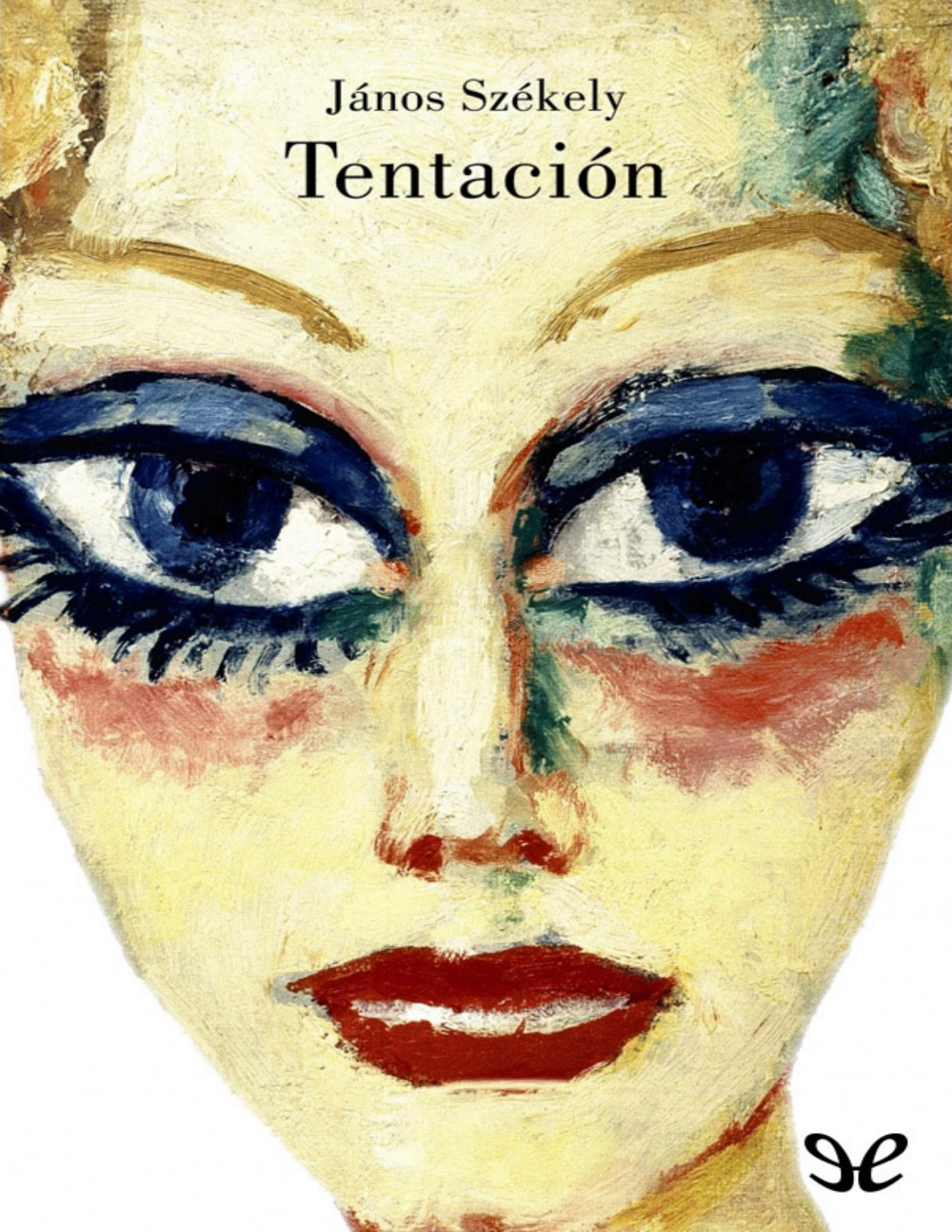
János Székely
Tentación

«Mi vida empezó como una novela negra. Intentaron asesinarme. Por suerte todo sucedió cinco meses antes de que yo naciera, así que no creo que la cosa me causara mayor sobresalto…».

Esta voz juguetona que nos sorprende desde las primeras líneas de *Tentación* pertenece a Béla, su protagonista, un chiquillo que a punto estuvo de no nacer, y que finalmente vino al mundo en la primavera de 1913 en una aldea de la campiña húngara, un lugar donde el hambre era el castigo de cada día. Su madre, una joven campesina, al nacer lo dejó en casa de una vieja arpía y fue su maestro quien le regaló los primeros libros, le hizo caer en la tentación del saber y le contó que más allá del pueblo había una ciudad mágica que se llamaba Budapest. Una vez llegado a la capital y empleado como botones en un gran hotel, durante el día Béla asiste al espectáculo de despilfarro de las clases acomodadas, dispuestas a ahogar su aburrimiento en champaña y caviar, y por la noche vuelve a la periferia para compartir con los suyos las miserias del proletariado. En la ciudad empieza también su despertar sexual a manos de una pelirroja perversa, rica y hermosa, y su coqueteo con la política de los años veinte. En los tres años de trabajo en el hotel, el joven Béla experimenta el límite del hambre y del agotamiento sexual, descubriendo lo mejor y lo peor de la sociedad que le rodea; en resumidas cuentas, juega con el destino poniendo sobre la mesa un deseo inmenso de vivir y gana su primera partida recién cumplidos los dieciocho años.

Novela veladamente autobiográfica, *Tentación* es uno de los grandes textos del siglo XX, pues su autor condensó en estas páginas todo el talento, el humor corrosivo y la ironía que distinguen a los buenos perdedores. Si Dickens y Thackeray vivieran, posiblemente aplaudirían a este admirable alumno, que aprendió de los grandes maestros ingleses el arte de contar una historia que era su misma vida.

János Székely

Tentación

ePub r1.1
Rob_Cole 02.06.2016

Título original: *Kísértés*
János Székely, 1949
Traducción: Mária Szijj

Editor digital: Rob_Cole
Primer editor: ArmandAthos (r1.0)
ePub base r1.2

A mi madre

I

Yo y el apuesto señorito

1

Mi vida empezó como una novela policíaca. Intentaron asesinarme. Por suerte eso pasó cinco meses antes de que yo naciera, de manera que no creo que la cosa me causara mayor sobresalto. Aunque de ser cierto lo que se rumoreaba en el pueblo, debería haber tenido mis razones para preocuparme. Faltó bien poco para que acabaran conmigo antes de que me hubiesen crecido los cinco dedos con los que ahora sujeto la pluma.

Mi madre tenía apenas dieciséis años y, según todos los indicios, ni en cuerpo ni en alma quería que yo llegara a llamarla madre. Si bien en términos generales pocas son las jovencitas que desean disfrutar de este honor, lo que hizo mi madre —según cuentan— fue absolutamente nauseabundo. Se rebeló contra su inminente maternidad como poseída por el demonio. Recurrió a los medios más reprobables y al mismo tiempo frecuentó las iglesias: se arrodillaba, rezaba, y luego, sin transición alguna, blasfemaba, montada en cólera, contra el santoral al completo. No quería tenerme, a buen seguro que no lo quería.

—¡Si al menos amara al sinvergüenza de su padre! —se decía —. Pero es que solo lo vi en una ocasión, ni siquiera sé por dónde diablos andará ahora.

Así fue, en efecto. Conoció a Mihály T. el día de San Pedro y San Pablo; no lo había visto antes ni lo volvió a ver después. No obstante, se produjo el accidente. Y eso que mi madre no era de esas mujeres que por aquí llaman ligeras de cascos, que se acuestan sin miramientos con cualquiera con tal de que lleve pantalones. No quiero embellecer las cosas, lo cuento todo tal como

a mí me lo relató más tarde la tía Rozika, una vecina del pueblo de la que hablaré después.

Según me contó, la «pobre Anna» no tenía nada que envidiar al resto de las mozas del pueblo. Era una muchacha callada, bien parecida, de piel blanca y pelo negro; una chica de singular belleza. Lo que más recuerdo son sus ojos. Los tenía muy hundidos, diminutos y negros, unos ojos de campesina desconfiada pero dócil en definitiva, que observan el mundo con agudeza y al mismo tiempo con una tristeza dulce y ancestral. Como su padre había muerto hacía tiempo, vivía en casa de su madrastra, pues a su madre no la había llegado a conocer; eran pobres de solemnidad. Trabajaba de criada, y a los quince años ya la mandaban a deslomarse de sol a sol en las tierras del conde. Así que de sobra merecía tomarse un respiro para asistir a la tradicional fiesta del día de San Pedro y San Pablo, en la que terminó en los brazos de Mihály T.

Este Mihály T. era un mozo afamado, las chicas lo llamaban Miguelindo, así, todo en una misma palabra, tal como lo escribo. Había nacido en el pueblo, pero hacía diez años que se había marchado. Era de sangre caliente y carácter aventurero; se había fugado de casa siendo adolescente, se fue a ver mundo, como se dice en los cuentos populares, y desde entonces circulaban misteriosas historias sobre él. Contaban que si había sido capitán de un barco, que si era pirata. En realidad, no llegó a ser ni lo uno ni lo otro, pero sí marinero en un barco de vapor, lo cual no deja de ser meritorio para un campesino. Volvió pues Miguelindo al cabo de diez años para que vieran en el pueblo a lo que había llegado. Se vistió con sus mejores galas; entre sus dientes fuertes y brillantes como la porcelana humeaba una auténtica pipa de madera inglesa, y llevaba de medio lado un sombrero verde que había comprado, según precisó, en Buenos Aires. Era un gañán locuaz, fuerte como un toro, engreído y pendenciero, que volvía locas a las chicas. Se pavoneaba por las calles del pueblo y cada noche se le veía en los pajares con una muchacha diferente.

Anna no conocía a Miguelindo, aunque había oído hablar mucho de él. Cuando lo vio por primera vez aquella famosa noche de verano, el día de San Pedro y San Pablo, no le pareció gran cosa.

«¿Y por este tipo suspiráis? —dijo en voz bien alta, para que todo el mundo lo oyera—. Pues vaya gusto el vuestro».

Las buenas amigas, ni cortas ni perezosas, se lo comentaron a Miguelindo, pero, como suele ocurrir, lograron justamente el efecto contrario del pretendido. Sucedió, pues, que Miguelindo se plantó ante Anna y, sin decir una sola palabra, la agarró por la cintura y la llevó a bailar una *czarda*. Nadie sabe muy bien qué diablos sucedió mientras bailaban. Dicen que más adelante mi madre juró que había bailado con el mozo por pura presunción, para dar envidia a sus irritadas compañeras. Sin embargo, el hecho es que bailó con Miguelindo hasta la madrugada, sin mirar a nadie más.

El del año 1912 fue un verano hermoso y fecundo, y el día de San Pedro y San Pablo se celebró por todo lo alto, como manda la tradición. Los aldeanos se saciaron comiendo el *gulash* que mandó preparar el terrateniente, hubo vino a espuertas y la banda de gitanos tocó *czardas*. Cuentan que aquella fue una noche tan calurosa que, pese a que el baile era al aire libre, nadie dejó de sudar hasta el amanecer. La suave brisa que se levantó después de medianoche tan solo alcanzó para que el fuego de los farolillos prendiera en el papel que los envolvía con los colores de la bandera nacional, pero no causó alivio alguno, ya que traía un ardor más propio de la boca de un horno. La gente apagó a pisotones los farolillos que se habían encendido y solo quedó la luz de la luna y de las estrellas del cielo, pero a la juventud le bastaba o incluso le sobraba, pues las parejas poco a poco se fueron retirando a parajes más tranquilos.

De repente Miguelindo le preguntó a mi madre:

—¿Tienes alguna canción preferida?

—Claro. ¿Cómo no la iba a tener?

—¿Cuál es?

—Es una canción muy antigua, los gitanos ya no la tocan.

—¿Ah, no? —contestó Miguelindo con picardía—. No tocarán ninguna otra cosa hasta la madrugada, ya verás.

Dicho y hecho. Sacó del bolsillo un billete de diez coronas, escupió sobre el papel y, con los modales de un caballero que busca jarana, lo pegó en la frente del primer violinista. Y, claro está, de inmediato la banda se arrancó con la canción elegida por mi madre, una antigua y dulce balada popular:

En el bosque donde entré,
un pajarillo me encontré
y un nido construía
y mi amor por ti crecía…

Luego sucedió lo que había anunciado Miguelindo: la banda no tocó otra melodía hasta el amanecer. De vez en cuando el primer violinista intentaba pasar a una canción de ritmo más rápido, pero Miguelindo aparecía de pronto y arremetía contra los músicos como un perro rabioso. No les quedó más remedio que continuar con la misma *czarda* lenta hasta que despuntó el día, mientras Miguelindo cantaba al oído de mi madre «Ay, mi amor por ti crecía», para exasperación del resto de las muchachas.

Fue una noche loca, apenas quedó una persona sobria en todo el pueblo. La abundancia de vino, la abundancia de *czardas* lentas y quizá también la abundancia de estrellas en el cielo surtieron efecto, y sucedió lo que suele suceder en tales ocasiones. Anna, de repente, se encontró tumbada en un pajar con Miguelindo. Fueron tan solo unos minutos, según contó más tarde la pobre, apenas se había dado cuenta de lo sucedido cuando de repente el mozo miró el reloj y bramó como si le asestaran una puñalada en la espalda: «¡Maldita sea, que pierdo el tren!».

Antes de que mi madre pudiera adecentarse, él ya se había alejado. Subió al tren en marcha desde el terraplén, según relató al día siguiente el guardabarrera, y nunca más le volvieron a ver.

Así sucedió. No fue amor, ni mucho menos. Fue una locura, ocurrió, ha habido locuras mayores el día de San Pedro y San Pablo. El día siguiente, según me contó la tía Rozika, mi madre se lo

tomó con calma. Le dolía la cabeza, le había sentado mal el vino, refunfuñaba malhumorada. No pensaba mal de Miguelindo, pero tampoco podía pensar bien de él. Se lo tomó como suelen tomarse esta clase de locuras. Sucedió y punto. Al fin y al cabo, el mozo no le había quitado nada.

Tal vez ya ni se acordaba de los célebres ojazos de Mihály T. cuando un día se percató del problema. Enseguida visitó, claro está, a las expertas en esos asuntos, pero a esas alturas ya no había solución. La tía Rozika, que también era una experta, confirmó que ahí había unas faltas en la regla pero que se había dado cuenta demasiado tarde. Sin duda, era muy joven y poco versada en esas cosas. Baste decir que por entonces yo ya llevaba más de tres meses en el vientre de mi madre.

En condiciones normales las comadronas de aldea no se asustan ante percances de tres meses, pero aquella vez tenían buenas razones para hacerlo. Hacía medio año más o menos que, en una de las aldeas vecinas, la criada de la familia del farmacéutico se había desangrado a manos de una vieja curandera. El escándalo trascendió a escala nacional y los gendarmes se llevaron a una docena de mujeres de nuestro pueblo; hubo lloros y lamentos, investigaciones y juicios, y hasta los periódicos hablaron largo y tendido del asunto. Desde entonces, para mayor pesar de Anna, el gremio de las hacedoras de ángeles —que florecía a la sombra— se volvió extremadamente cauteloso. No había en la aldea quien quisiera asumir tal responsabilidad.

Mi madre corrió de un sitio a otro, se subió a todos los carros que se dirigían a los pueblos vecinos, llamó a la puerta de todas las comadronas, de todos los curanderos y de todas las ancianas expertas que vivían en los alrededores. Nadie la ayudó, solo la engañaron. Le dieron toda clase de pomadas, tisanas y píldoras misteriosas, y la colmaron de buenos consejos. Le mandaron tomar baños tan calientes que durante semanas la pobre tuvo el cuerpo cubierto de ampollas. Nada surtía efecto. Aquellas mujeres de voz melosa no lograron más que sacar a la humilde criada el poco

dinero que había ahorrado con su sudor y sus lágrimas, y luego le dijeron con el gesto contrariado y un hondo pesar: «Has venido tarde, cielito».

Entonces «cielito» cogió el mantón, porque esto sucedía en época de Adviento, y se tiró al río. Bajo el temporal de nieve, el agua arrastraba pesados cascotes de hielo; sin embargo, la pequeña criada no logró ahogarse. La sacaron y no le pasó nada, no agarró siquiera un maldito catarro.

Parece que yo tenía una constitución muy fuerte aun siendo un embrión. El río helado no pudo congelarme, el agua hirviendo no pudo quemarme, las distintas pomadas, tisanas y píldoras no me hicieron el menor daño. Nací, estaba vivo y tan fuerte como un roble. Pesé cinco kilos y medio; no se había visto nada igual en el pueblo. Según decían, de mis pulmones recién estrenados salían unos gritos tan sonoros que el cuerno de los pastores se quedaba corto.

«¡Qué feo!», se limitó a decir mi madre al verme. Acto seguido se volvió hacia la pared y no me miró más.

Bueno, por lo visto debí de pensar que si había logrado sobrevivir al agua gélida y a los baños hirvientes, también sobreviviría a tal desprecio. Y, efectivamente, sobreviví. Crecí, engordé, cobré fuerzas; ni yo mismo sé con qué ni cómo. De un perro vagabundo se habrían ocupado más de lo que se ocuparon de mí. Crecí como la maleza y la mala hierba, y tengo que decir que fui igual de resistente.

Cuentan que lo primero que dije fue «diablo»; la palabra «madre» la aprendí mucho más tarde. Desgraciadamente eso no se debe a mi carácter burlón, sino más bien al triste hecho de que ya a esa tierna edad en infinidad de ocasiones se dirigieron a mí de tan jugosa manera; en cambio, con poca frecuencia pude utilizar esa otra palabra, que en mi tierra la gente pronuncia con especial dulzura: mamá.

Dos semanas después de nacer yo, mi madre ya trabajaba de nodriza en Budapest y, como mucho, iría al pueblo a verme cuatro o

cinco veces al año. Es difícil saber por qué iba tan poco. Tal vez no tenía más días libres, tal vez no le llegaba para pagarse el viaje en tren, aunque también es posible que siguiera considerándome tremendamente feo. Lo más probable es que fuera por las tres razones. Baste con decir que a un tiempo tenía y no tenía madre. Y esa dulce lechecita que según las leyes eternas de la naturaleza me hubiera correspondido, la chupaba el vástago sietemesino de un comerciante de paños al por mayor residente en Budapest, al que criaban entre algodones, como a un gusano de seda malherido.

Qué se le va a hacer, parece que las leyes, incluso las ancestrales leyes de la madre naturaleza, solo existen para que la gente las viole siempre que pueda.

2

Así que me quedé en el pueblo con la tía Rozika. Esta mujer de nombre enternecedor era la vieja más repugnante del lugar. Al hacerse mayor y no poder seguir ejerciendo su profesión, le dio por criar niños de origen dudoso, como yo, si es que puede llamarse criar a lo que hacía con nosotros.

Decían que en el pasado había sido una mujer de reconocida belleza, una eslovaca de ojos azules, rubia como el lino. Llegó al pueblo a los quince años, la trajeron del norte para trabajar de criada en casa del terrateniente. Rozika pasó tres años a su servicio, luego trajo al mundo a un robusto varón. El padre de la criatura era casi un niño, el hijo de dieciséis años del hacendado. En cuanto vieron que la tripa de Rozika empezaba a abultar la echaron, pero no lograron deshacerse de ella. La bella eslovaca era muy astuta, sabía de sobras lo que hacía. No paró de hablar, de discutir, de chillar, de amenazar con ir a un abogado hasta que el dueño optó por echar mano de la cartera. Con el dinero se compró la casita en los confines del pueblo donde también me crie yo.

Medio año después de que el terrateniente pagara la compensación, el hijo de Rozika murió. Sucedió de repente; en el pueblo se sigue rumoreando que la de la guadaña se lo llevó por mediación de su propia madre. Claro que puede tratarse de una simple habladuría, pero conozco bien a la tía Rozika y no me resulta imposible imaginarlo.

Por aquel entonces la solía visitar un caballero, por llamarle de algún modo, que siempre llegaba en coche desde una aldea vecina. Era un hombre casado y solo podía ir los sábados, pero como la

semana no solo tiene sábados, con el paso del tiempo Rozika se fue procurando convidados para el resto de los días. Acabó vendiendo amor como otros venden cebada.

Era muy ahorradora y con tesón iba amontonando el dinero ganado beso a beso. Pronto reformó la destartalada casa, y mandó poner una nueva valla alrededor del jardín, al que más tarde añadió un buen pedazo de tierra. Se enriqueció a ojos vistas, hasta tal punto, que al pueblo entero se le revolvían las tripas de envidia.

Un día le sucedió lo que suele ocurrir con las mujeres que solo ansían el dinero de los hombres. Se enamoró locamente de un mancebo que en realidad solo quería su dinero.

Era un hombre tosco y corpulento; nunca comprendí por qué se enamoró precisamente de aquel entre los muchos que había conocido. La última vez que estuve en casa se lo pregunté. No me supo dar una respuesta.

«Es cierto, mu guapo no era —me contó con su extraño acento eslovaco—, sin embargo, las chicas pirdían la cabesa por él».

Así que el famoso mozo, por añadidura, ni siquiera era guapo, porque de sus pocas luces pude cerciorarme más adelante. Además, según me contó la tía Rozika, era pobre como un mendigo, no tenía ni un céntimo cuando llegó al pueblo. Era uno de esos jóvenes vagabundos a quienes en teoría se supone que las muchachas no prestan ninguna atención.

«Mi consumía la curiosidad —me confesó la tía Rozika—, ¿qué sicreto pudía tené un don nadie ansí?».

Lo malo es que los secretos «ansí» se mantienen eternamente secretos. Viene un vagabundo que no es ni guapo ni inteligente ni rico y las mujeres se derriten por él. Además, de ser verdad lo que me contó Rozika, apenas se ocupaba de las muchachas: eran ellas las que iban detrás de él.

Al mozo tan solo le apasionaba una cosa: pescar. Tenía una caña bellísima, hecha por él mismo, y se pasaba el día entero sentado a la orilla del río sin soltar palabra. Estaba convencido de que los peces reconocen el habla humana y si oyen el menor

susurro se alejan del anzuelo. ¡Ay de aquel que se atreviera a hablar en voz alta cuando él aguardaba a que los peces picaran!

A Rozika le «consumía la curiosidad» y un día bajó a la orilla del río y se acercó al solitario pescador. Se paseó una o dos veces delante de él, pero:

«El tipo ni levantó la cabesa. No me hiso ningún caso».

De todos modos, Rozika no era de las que se rinden fácilmente; bajó una y otra vez al río hasta que un día el chico se compadeció de ella. No le habló —como ya he dicho, no hablaba mientras pescaba—, pero hizo un ademán con la cabeza indicándole que podía sentarse a su lado. Y Rozika se sentó. No se atrevió a decir ni una sola palabra, se limitó a mirar el agua y a callar. El mozo tampoco dijo nada, pero con la mano izquierda, con holgura y sin que la caña se le moviera de la derecha, le cogió un pecho y siguió en silencio. Así estuvieron sentados largo rato, callados. Rozika tenía, según sus propias palabras, «una calentura del demonio», cuando al fin el mozo, muy considerado, ató la caña a un junco y tumbó a la muchacha en la arena de la orilla.

«Pero estate callada —le susurró al oído—. No se vayan a ir los peces».

Todo esto suena como una anécdota inventada, pero ejerció tal efecto sobre Rozika que a partir de ese día no soltó al muchacho. Lo tuvo en su casa de las afueras de la aldea y todo lo que sacaba de los demás hombres lo invirtió en él.

El mozo siguió siendo el hombre tranquilo que siempre había sido. Nada podía sacarle de sus casillas, mucho menos la profesión de Rozika. Mientras pudiera pasarse el día pescando en el río y tomar uno o dos litros de vino para acompañar el guiso de pescado, por él la mujer podía hacer lo que le viniera en gana. Vivía del dinero que Rozika ganaba a costa de besos, como si de una mujer perezosa y mantenida se tratara. En el pueblo le llegaron a apodar el tío Rozika; hasta los niños lo llamábamos así entre nosotros.

Rozika entonces ya no era muy joven. Tendría unos treinta años, que para una muchacha del campo era una edad considerable. Los

visitantes más distinguidos fueron desapareciendo poco a poco y ella se vio obligada a bajar los precios y suplir las pérdidas multiplicando la clientela.

Mientras tanto, el tío Rozika seguía entreteniéndose alegremente con las muchachas. No porque le hicieran una falta tremenda, más bien lo hacía por aburrimiento; mientras aguardaba a que picaran los peces, llamaba con señas a una u otra para que se sentara a su lado. Y ellas lo hacían.

Rozika estaba al tanto de todo pero hacía como quien no se da cuenta. No podía decir nada, así que se limitaba a aguantar y a «consumirse». A veces pasaba las noches sin pegar ojo junto a su hombre, que roncaba plácidamente; sentía pinchazos en el pecho y la cubría un sudor frío. A la furcia que vendía el amor desde los quince años y no tenía ni la menor idea de qué iba eso de la fidelidad, de repente la invadieron los celos como una enfermedad incurable.

Un día ya no aguantó más. Se le ocurrió una idea: mandó llamar al sastre y encargó un nuevo traje para su hombre.

—¿Para qué? —preguntó el tío Rozika, que no era nada presumido.

—¿Para qué? Con el que tienes no puedes ir a la boda.

—¿Boda? ¿Quién diablos se casa?

—¿Quién? Pues tú y yo.

El hombre se limitó a guardar silencio un rato, porque le costó un poco entender el asunto. Cuando por fin lo comprendió, sonrió en silencio.

—Se nota que eres eslovaca —dijo lacónicamente—. Mira que eres astuta.

Sin embargo, no puso objeciones. ¿Matrimonio? Pues que haya matrimonio. Si eso es lo que quiere la mujer, sea como ella quiera. Es ella quien gana el dinero. Por fortuna, el día de la boda hizo un tiempo desastroso, habría sido imposible ir a pescar.

Rozika, por su parte, se tomó el matrimonio con tremenda seriedad. La alianza, el acta y el sermón del cura produjeron un

cambio radical en su vida. A partir de ese día echó a sus visitantes sin miramientos.

«Mi marido no me lo permite», afirmaba con dignidad, aunque sabía muy bien que su marido, de oírlo, se habría tronchado de risa.

Dos semanas después de la boda subió al tren y viajó a la capital de la provincia. Quería aprender el oficio de comadrona. En la aldea casi se mueren de risa. ¿Quién sería la infeliz que daría a luz con la ayuda de esa zorra?

Rozika, sin embargo, sabía muy bien lo que hacía. No quería traer niños al mundo. Todo lo contrario. Desde entonces se ganó el pan evitando su nacimiento.

Calculó bien. Las hacedoras de ángeles del pueblo eran unas viejas chapadas a la antigua, ignorantes y sucias; las mujeres preferían acudir a ella en caso de problemas. Y problemas surgían a menudo, sobre todo en invierno, cuando los hombres andaban más sobrados de tiempo.

Sin embargo, la tía Rozika tenía además una empresa de mayor envergadura. Aquellas muchachas a las que, como a mi madre, ya no se las podía ayudar, daban a luz en su casa, donde les daba de comer y de beber hasta que recobrasen las fuerzas y se fueran a la ciudad en calidad de nodrizas. El niño permanecía en casa de Rozika y la pobre madre —que así se libraba de golpe de sus problemas— le quedaba más que agradecida. Luego, claro está, debía mandar a la bondadosa tía Rozika la mayor parte de su miserable sueldo casi hasta el final de su vida.

Esta mujer indestructible era como los gatos: tenía siete vidas y siempre caía de pie. De los amoríos ajenos vivía tan bien, o mejor, como antes de los amores propios. La casa en las afueras de la aldea inauguró su segunda época de apogeo. Tenía cerdos, vacas, aves de corral, carro, caballo y servicio.

Siempre que podía la tía Rozika iba con su hombre a pescar al río. Pocas veces le dejaba solo, lo custodiaba con celo. Y eso que el tío Rozika tampoco estaba en la flor de la juventud: tendría la misma edad que su mujer, quien por entonces ya rozaba los cuarenta.

En aquella época en la casa se criaban ocho bastardos. Rozika podría haberse retirado. Para ella trabajaban ocho criadas en distintas ciudades de Hungría, desde primera hora de la madrugada hasta altas horas de la noche. Ella se limitaba a recaudar el dinero, y un buen día entró en la lista de los campesinos más pudientes de la mísera aldea. Ya no se hablaba de su pasado; se acabó lo que se daba, poderoso caballero es don dinero.

Rozika empezó a engordar. Los domingos llevaba un vestido de seda negra abotonado hasta la barbilla y un collar con una cruz tan grande como la de un obispo. Abandonó su forma de hablar bromista y vivaz, y pasó a meditar cada palabra antes de pronunciarla. A las muchachas con percances que acudían a ella les hablaba con una condescendencia mojigata, como quien, aun despreciándolas, las perdonaba en nombre del Dios eterno. Con la gente pobre hablaba escuetamente, no admitía muestras de confianza. A sus criadas las martirizaba día y noche; en cambio, se volvía melosa cuando un señor más rico la requería en el mercado. O sea, se comportaba como debe hacerlo una mujer virtuosa.

Le dio por la religión. Si hasta entonces nunca había pisado la iglesia, ahora se pasaba horas allí, arrodillada, como una monja. Sobre la vieja y deslustrada otomana donde antaño se revolcaba con sus visitantes colgó una enorme imagen de la Virgen María y debajo puso una vela en un vaso rojo de ribetes dorados.

Un día le preguntó al tío Rozika:

—¿Piensas alguna vez en la muerte?

—¿Qué diablos dices?

—No mientes al diablo. Lo digo en serio. No deberíamos dejar el dinero a los perros.

El tío Rozika se encogió de hombros. A él, el bienestar no lo había cambiado; todo le seguía dando igual, con tal de que lo dejasen en paz y tuviera la panza llena. No así a la tía Rozika. Ella aspiraba a la inmortalidad.

—Deberíamos hacer un hijo —dijo con severidad.

—¿Ahora mismo? —preguntó el tío Rozika, pues la conversación tenía lugar en la calle.

Pero a eso tampoco le puso reparos. ¿Un hijo? Pues que vengan. Si la mujer lo quiere, que así sea. Será ella quien lo geste y es ella quien gana el dinero. Bien se le puede hacer el favor. Además, de noche no se puede pescar.

—En navidades ya podría estar aquí —dijo la tía Rozika.

Pero no nació en navidades. Ni tampoco en Semana Santa. Vaya, no llegó a nacer. Esta mujer, que se había quedado embarazada Dios sabe cuántas veces sin quererlo, ahora que era su mayor deseo no lo lograba. Fue de médico en médico, se desplazó a la capital de la provincia e incluso viajó a Budapest. Tomó baños, ingirió medicamentos, recurrió a remedios caseros. De nada sirvió. Se le ocurrió que quizá el problema estuviera en su pareja. Le fue infiel. Tampoco resultó.

Por primera vez en la vida perdió la cabeza. Andaba de un lado a otro como si se hubiese vuelto loca. Ni pudo ni quiso resignarse, pues le obsesionaba la idea de que los perros heredarían sus bienes.

Un día arrancó de la pared la imagen de la Virgen y la tiró a un rincón con vela incluida. Ni un porquero desesperado habría soltado los tacos que ella profería. A veces las rabietas le duraban días y entonces pegaba a los niños. Luego, de repente, se volvía tan callada que daba miedo. Se quedaba en un rincón de la habitación y se pasaba horas sentada con las contraventanas cerradas. De vez en cuando murmuraba algo para sus adentros, sus labios se movían vacuos, casi sin voz, como un artilugio desvencijado y en desuso.

De pronto empezó a peinar canas. Adelgazó, se quedó enjuta, envejeció sin previo aviso. Se convirtió en una anciana quisquillosa y malintencionada.

Había sido una mala persona toda la vida, pero al menos hasta entonces su maldad había tenido algún objetivo. De ella había obtenido dinero, cadenas de oro, vestidos de seda, otro cerdo para la pocilga, otra vaca para el establo. Ahora su maldad era tan estéril

como su cuerpo: no le podía sacar ningún provecho. Era mezquina por el mero gusto de serlo. Martirizar a los demás le producía un goce perverso e inhumano, pérfido y enfermizo. Pero también sucedía lo que antes no le pasaba ni por asomo: a veces era buena. De pronto hacía regalos a cualquiera, era amable con todo el mundo, besaba a los niños como una desquiciada. Era una bondad delirante y peligrosa, que la poseía como la rabia se apodera de los perros, y cuando se le pasaba el ataque de bondad se volvía cien veces más malvada.

3

A mí me odió desde que nací.

Ya sé que parece inverosímil. Puede pasar que un adulto no simpatice con el niño al que cuida, o que de repente se enfade con él, pero ¿odiarlo…? Suena improbable y, sin embargo, es verdad: me odiaba. Además no es que fueran repentinas chispas de odio que saltasen del roce fortuito de unos nervios desgastados para luego apagarse enseguida. Era un odio serio, consecuente, que casi podría calificar de masculino. Vivimos una lucha perpetua. Durante los catorce años que estuve en su casa no hubo ni un alto el fuego.

Este odio debía de tener unas raíces tremendamente profundas. Yo nací en el preciso momento en que ella se enteró de que no podría tener hijos. Tal vez me odiaba por eso. No lo sé. No es más que una suposición. «¿Quién entre los hombres conoce las cosas del hombre —escribe el apóstol san Pablo en la Epístola a los Corintios— salvo el espíritu del hombre que está en él?».

Yo no era un niño agradable, debo reconocerlo en aras de la verdad. Era muy hostil, hermético, desconfiado, inflexible, siempre a la defensiva. Ya a los siete años había perdido lo que se suele denominar encanto infantil.

Tengo una foto de aquella época, una foto del grupo de los ocho, que mandó sacar una de las madres. No he visto a muchos niños tan repulsivos como yo en aquella instantánea. Todo mi ser inspira repulsión. Unos hombros como si me los hubiera prestado un chico cinco años mayor, el rostro adusto, sombrío, malintencionado. En aquella fotografía estoy feo, aunque si la observo mejor veo unas facciones bastante aceptables. Unos ojos llamativamente grandes,

de color gris oscuro, una nariz fuerte y recta, unos labios bien perfilados y hermosos, el pelo negro caído sobre la frente. Mis facciones apenas han cambiado, ya por entonces estaban muy formadas, y quizá era precisamente ese el problema. Tenía cara de hombre, y lo que en términos generales embellece el rostro de un hombre, afea al de un niño.

Cuentan que a los cinco o seis años ya estaba en pie de guerra con los adultos que me rodeaban. No abría la boca si no me dirigían la palabra, y si me hablaban daba respuestas escuetas y mordaces. Me paraba ante ellos con las piernas separadas y con las manos en los bolsillos, apretaba la barbilla contra el pecho y los miraba de abajo arriba, como un toro dispuesto a embestir.

«¿Qué muecas son esas? —me gritaba la tía Rozika al menos media docena de veces al día—. Pareces un asesino».

Seguro que no era un niño encantador pero, Dios mío, ¿cómo iba a serlo? La vida no empieza cuando uno nace. Dicen que el feto sufre las consecuencias de cualquier emoción que afecte a la madre embarazada. ¿Suena exagerado si digo que a veces siento que el profundo odio que mi madre alimentaba contra mí mientras me llevaba en su seno me ha marcado para toda la vida? No lo sé. No es más que una suposición. Pero recuerdo nítidamente que a los siete años ya veía con claridad cuál era mi lugar en el mundo. Sabía que —incluida mi madre— no habría nadie que se ocupase de mí, que en este mundo solo hay cazadores y presas, y yo no estaba del lado de los cazadores.

Lo que ocurre es que a mí todo eso me parecía natural. Estaba plenamente convencido de que solo era bueno el que no tenía otra opción. Un bastardo debía ser bueno; una persona adinerada, no. Envidiaba a la tía Rozika por permitirse ser mala. Quien puede ser malo es porque ya ha conseguido algo.

Me sorprendía que alguien se portara bien conmigo. Me parecía sospechoso. ¿Por qué iba alguien a portarse bien con un bastardo? ¿Qué querría?, pensaba yo. Presentía lo peor y, si al final resultaba que no quería nada, me quedaba mirándolo como si tuviera dos

narices o tres manos. Lo consideraba un trastorno. Algo antinatural. El cielo es azul, la hierba es verde, el hombre es abyecto. Todos los que tienen inteligencia para ello lo son. Tan solo Vilma la loca era buena, pero todo el pueblo se reía de ella.

Pensándolo bien, en realidad no comprendía qué entendían los adultos por bondad. Para mí era una expresión sin sustancia, inventada para engañar a los niños. Había muchas palabras así. «Religión», por ejemplo. Estaban la religión de domingo, que la gente practicaba en la iglesia, y la religión de entre semana, que se practicaba en la aldea, y yo no entendía qué tenía que ver la una con la otra. La tía Rozika también era creyente. Pasaba horas enteras arrodillada ante la imagen de la Virgen, y si le daba un ataque de bondad se llenaba la boca con la «caridad cristiana». Anda que no pude experimentar innumerables veces en qué consistía esa bondad cristiana. Y, aunque me rociaran con las más bellas y devotas palabras, era como si me amenazaran con el coco. Yo no creía ni en el coco ni en las palabras beatas. Yo solo creía en lo que veía.

Cuando los adultos se regalaban con palabras de ese tipo, en mi interior empezaba a dar saltos una especie de ardilla descarada que no paraba de hacer muecas. Eso sí, me guardaba de decir nada. La mofeta se defiende con la pestilencia; el campesino, con la indiferencia. En presencia de adultos ponía una cara tan boba como la de una vaca rumiando. Los consideraba tontos, mentirosos y ordinarios, y no me entretenía en discutir con ellos. Me limitaba a mirar su cara hipócrita, de abajo arriba, y a apretar la barbilla contra el pecho, con las piernas separadas y las manos metidas en los bolsillos. Impasible, me quedaba callado.

Honra a tu padre y a tu madre, me sermoneaban. Vale, me decía, hónralos tú. Entonces la ardillita pegaba un brinco, sacaba la lengua y se echaba a reír tontamente. A mi padre no lo había visto ni una vez en mi vida, de mi madre tan solo sabía que yo no le causaba muchos quebraderos de cabeza. Cuatro o cinco veces al

año me visitaba una desconocida, pasaba una tarde conmigo y luego se iba. Decían que era mi madre.

En secreto les tenía pavor a esas visitas. Al ver a mi madre me invadía una angustia violenta y sofocante; me acuerdo de que sentía un sabor amargo, como si hubiera comido algo que me había sentado mal. No sabría explicar por qué. Ella se mostraba amable conmigo, nunca me pegaba, ni siquiera me reñía, incluso me traía cinco *krajcár*[1] de dulce de patata, por el que tenía una tremenda debilidad. Sus visitas también comportaban otros beneficios. Esos días me daban un buen almuerzo y podía comer todo lo que deseara, algo que no era usual. «Por pura casualidad» en aquellas ocasiones siempre comíamos estofado de col a la Székely y pasta con requesón y chicharrones. Sin embargo, con gusto habría renunciado al estofado de col y a la pasta con requesón y chicharrones con tal de que la desconocida hubiera cambiado de opinión y se hubiese quedado en su casa.

Siempre mandaba una postal indicando la fecha de su llegada, y la angustia ya me invadía varios días antes. Solía venir los domingos a primera hora de la tarde. Entonces yo desaparecía de la vista de los demás. Normalmente me escondía en la barraca de madera de la letrina, anexa a la pared posterior de la casa, y si no me molestaban permanecía allí varias horas en el asiento —que ese día relucía— mirando absorto las gordas moscas verdes que se daban un atracón entre zumbidos de deleite. Reinaba entonces un denso y pesado silencio. La tía y el tío Rozika dormían la siesta, las criadas tenían descanso, los niños se habían desbandado. El sol de verano ardía contra el techo de la letrina, el calor era asfixiante y hediondo; yo sudaba copiosamente, los párpados me pesaban. Allí pasaba el rato acurrucado, con la cabeza caída sobre el pecho, dormitando, hasta que en medio del silencio dominical oía tintinear la campanilla de la entrada.

—¡Béla! —oía la voz de mi madre gritar—. ¡Tía Rozika!

Me ponía en pie, escupía y luego, a paso lento y majestuoso, como un campesino anciano, me dirigía a mi madre.

Por allí no era común besar la mano. Mi madre me besaba en la mejilla; yo a ella, nunca. No sé si se daba cuenta, pero no lo mencionaba. Era una mujer dura, no soportaba las cursilerías. Las otras madres mimaban a sus retoños en voz alta, derritiéndose de afectación, pero ella permanecía a mi lado en silencio y se notaba que tenía mala opinión de ellas.

—¿Qué hay de nuevo, Béla? —se limitaba a preguntarme muy seria, como si hablara con un adulto.

—Nada —decía yo pensando en el dulce de patata.

Entonces mi madre abría su deslucido bolso y sacaba el dulce.

Mientras, con singular teatralidad, se abría la puerta de la cocina y salía de la casa la tía Rozika, ataviada con un vestido de seda de color negro y una gran cruz, muy presumida, como la reina del pueblo.

—¿Cómo está, cómo está, querida? —decía atropelladamente ya desde lejos—. Hase siglos que no la vío. ¿Qué hay de su vida, querida?

—Gracias por su interés, tía Rozika —contestaba mi madre con mucha modestia—, voy tirando.

La vieja le daba a mi madre unas palmaditas en el hombro con una sonrisa empalagosa y una amabilidad magnánima, pero mientras tanto la examinaba de pies a cabeza con una mirada aguda y malintencionada.

—¡Qué vestidito más bonito tiene, querida! —constataba con un acento sin lugar a dudas malévolo, insinuando que le debía dinero, pero sin dejar de sonreír con dulzura.

—Tiene tres años, tía Rozika —contestaba mi madre, aturdida, y cambiaba de tema. La pobre; todos sus vestidos eran de hacía tres años.

Año tras año, visita tras visita, estos encuentros se desarrollaban como una pieza teatral escrupulosamente memorizada, casi con las mismas palabras. Luego llegaba el segundo acto: echar pestes de mí.

«Ese hijo suyo, querida —cacareaba la vieja—, ¡es el mayor sinvergüenza del mundo…!».

«Ese hijo suyo, querida, terminará en la horca, se lo digo yo, querida…».

«Ese hijo suyo…».

Y así durante media hora. Enumeraba con profusión de detalles todos los pecados que yo había cometido en los meses anteriores. Tenía una memoria portentosa. No se olvidaba de nada. Todo lo que decía era cierto, tan solo se le olvidaba mencionar por qué había hecho yo todo aquello. A fin de cuentas, todas mis gamberradas se debían a que no me daba bastante de comer.

Pero yo había aprendido muy pronto que en boca cerrada no entran moscas. No la acusaba y tampoco me defendía. Me limitaba a estar allí con las piernas separadas y las manos en los bolsillos, mirando en silencio la boca desdentada de la vieja por la que salía ese aluvión de basura.

Mi madre también callaba. Meneaba la cabeza, se sulfuraba y de vez en cuando me miraba con furia. Cuando la vieja terminaba, empezaba ella.

—¡No te da vergüenza! ¡Abusar así de la bondad de la tía Rozika!

Siempre decía lo mismo, al pie de la letra. Pues por mí, pensaba yo, puedes seguir dándole al pico. Deberías probar la bondad de la tía Rozika. ¡Zas!, la ardillita pegaba un brinco y sacaba la lengua. Y yo me quedaba inmóvil y callado.

—Ya me encargaré yo de castigar a ese sinvergüenza —amenazaba—. Ven…

Yo iba. Con pasos graves y firmes… Al fondo del jardín había un viejo melocotonero, y, debajo, un banco carcomido y sin respaldo. Nos sentábamos allí. Al quedar la vieja fuera del alcance, mi madre experimentaba una transformación radical. En vez de continuar riñéndome, miraba a su alrededor para cerciorarse de que no la oía nadie, y me preguntaba en voz baja:

—¿Te da suficiente comida?

—¡Diablos, claro que no! —le contestaba—. Tan solo cuando vienes tú.

Esta era otra escena que se repetía siempre. Mi madre fruncía la frente y permanecía un rato con la mirada clavada en el suelo. Luego decía:

—Ya hablaré con ella.

Con cinco años yo ya sabía que esa era una mentira como una catedral. La ardillita se reía en voz baja. Ya, ¡narices! ¡Será precisamente ella la que hable con la vieja! Ahora sé que la pobre siempre le debía dinero y vivía aterrorizada por temor a que la tía Rozika pudiera ponerme de patitas en la calle, o mandarme con ella a Budapest. Entonces aún no sabía nada de todo eso. Solo me percataba de que mi madre mentía. En lugar de exigirle responsabilidad a la vieja, le hablaba tan melindrosa que se me revolvía el estómago.

Pero yo no soltaba prenda. Me limitaba a estar en el raquítico banco, bajo el viejo melocotonero, y callar. El sol caía sobre el árbol, a cuya sombra temblaban minúsculas manchas de luz. Yo las observaba. Mi madre se limitaba a mirar a la nada con sus ojos pequeños, singularmente hundidos, o hacía dibujos en la arena con la punta del zapato, sin objetivo alguno.

El patio retumbaba a nuestro alrededor. Las madres jóvenes cuchicheaban con sus hijos, besuqueaban a sus vástagos, o jugaban, correteaban y retozaban con ellos; el bullicio de aquella maternidad fogosa llegaba hasta la calle.

Mi madre, me daba cuenta, no sabía qué hacer conmigo. Ni sus manos, ni sus labios sabían mimarme, y en general no tenía ganas de crear complicidades. Estaba sentada a mi lado, como si yo fuera un adulto a quien poco tenía que decirle.

Yo también tenía la culpa de que no nos acercáramos más. A mi madre, a veces, la poseía una especie de ternura extraña y cohibida; en cambio yo —sin querer— pisoteaba esas emociones que brotaban con timidez. Recuerdo que una vez me preguntó por qué era «siempre tan arisco».

—¡Vamos, ríete un poco! —dijo con jovialidad, y me hizo cosquillas.

Yo, que siempre he sido muy sensible a las cosquillas, pegué un salto y ella salió corriendo detrás de mí. Al alcanzarme, me agarró, me apretó contra ella y me colmó de besos. No sé por qué, pero en aquel instante tuve una sensación inexplicablemente embarazosa, una especie de vergüenza indescriptible. Me aparté de ella casi con asco. Al parecer se dio cuenta y enseguida me soltó. No dijo nada, tan solo se arregló el pañuelo en la cabeza y entró en casa de la tía Rozika para «pasar cuentas».

Con estas cuentas siempre había problemas. La vieja seguramente le exigía el dinero que le debía, porque del interior de la habitación se oían gritos vehementes, y cuando mi madre salía tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

—Bueno, vamos —decía seca y brevemente—. Buenas noches.

A modo de despedida siempre decía «buenas noches», aunque el sol aún estuviese alto. El tren salía a las siete y pico, pero nosotros ya estábamos en la estación a las seis. El tiempo que transcurría hasta la salida del tren se hacía insoportablemente largo. La estación estaba abarrotada de gente, porque en nuestro pueblo ir los domingos a la estación era un pasatiempo habitual. Apenas viajaba nadie, pero la gente se paseaba por entre las vías vestida con sus mejores galas; formaban grupos, se saludaban y caminaban. Acudía toda la juventud sin excepción, con el traje de los domingos. Los mozos se mostraban alegres y campechanos; las chicas se reían por todo, como si les hicieran cosquillas. Nosotros dos mirábamos a la radiante juventud igual que si fuéramos una pareja de ancianos, y callábamos, como hacíamos debajo del melocotonero. Pero era otro tipo de silencio. Aunque no sabía por qué razón mi madre tenía los ojos enrojecidos y, pensándolo mejor, tampoco me interesaba demasiado, de repente me entraba lástima y desazón por ella.

¿Quién es capaz de orientarse en la selva que es el alma de un niño? Aunque me puedan considerar inhumano, debo confesar que

nunca he sentido por mi madre lo que llaman amor filial. En cambio, casi siempre he sentido pena por ella. Me daba tanta pena que a veces el pecho me dolía de verdad. Pese a ser un niño pequeño y desalmado, siempre me consideré más fuerte, más listo y más hábil que mi madre; recuerdo que a los seis años me hubiera atrevido a jurar que era capaz de enderezar mi vida mejor que ella. Mi madre seguramente no sospechaba nada de eso. Me sentaba a su lado con educación y trataba de poner una cara tan boba como la de una vaca rumiando.

Por fin llegaba el tren. La tísica locomotora echaba grandes bocanadas de humo y la estación se llenaba de la emocionante fragancia de la despedida, la distancia y la aventura. Me aliviaba ver subir a mi madre al tren y, sin embargo, me sentía apesadumbrado.

—Que Dios te bendiga —decía ella.

—Que Dios te bendiga —contestaba yo.

Entonces el revisor soplaba el silbato y el tren se ponía en marcha. Mi madre no se despedía con la mano; nada más arrancar el tren, desaparecía tras la ventanilla.

4

En una ocasión, cuando miraba cómo se alejaba el tren, me invadió una emoción preocupante y enfermiza, un hechizo escalofriante que me oprimía la garganta. Con el paso de los años volví a sentirlo siempre que percibía el olor del humo de la locomotora.

Me gustaría describirlo con precisión, como si fuese un diagnóstico médico. Entonces tendría unos siete años. Era una sofocante tarde de mediados de verano, yo estaba descalzo junto a las vías del tren, sin pensar en nada, tan solo mirando el farolillo rojo colgado del último vagón, que se iba perdiendo en la lejanía. De súbito y sin razón aparente, sentí en el pecho una presión aguda y desconocida, y se me hizo un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar. Duró un par de minutos, pero en esos breves instantes me sentí tan aterrado y desesperado que perdí la cabeza. El corazón me golpeaba contra las costillas y sentía cómo las lágrimas se deslizaban hasta mi boca. Me invadió un deseo casi diría que carnal, horrible, punzante, doloroso… Quería irme, alejarme de mi madre, de la tía Rozika, del pueblo. ¿Adónde? No lo sabía. ¿Por qué? No lo sabía. No tenía ningún objetivo, ningún deseo, ninguna idea que pudiera servir de explicación. Tan solo eso, irme, salir de allí.

Pero yo era un chiquillo contenido, y media hora después ya me estaba diciendo: «¡Qué idiotez!».

Sin embargo, cada vez que sentía el olor acre y excitante del humo de la locomotora, volvía a experimentar con tanta fuerza ese anhelo insano e incomprensible que me asustaba de mí mismo.

Quizá fuera así como en su día mi padre se fugó de casa, siendo aún un adolescente. Puede que fuera una tarde de mediados de verano igual de sofocante cuando le dio por irse, sin saber por qué ni hacia dónde iba. Simplemente partió como un lunático que sigue un deseo indomable.

En tales ocasiones evitaba ir por la calle principal, que los domingos por la tarde estaba abarrotada de gente. A los campesinos, salvo los habituales de la taberna, les cuesta entretenerse el domingo por la tarde. El día ha sido largo, han descansado y charlado lo suficiente y ya están hartos de no hacer nada. No es de extrañar verlos parados a las puertas de sus casas, como si esperasen que en el tren de la tarde llegara el lunes.

Me daba un paseo hasta casa cogiendo un largo desvío por las huertas. Mientras me mantenía en los lindes del pueblo, cuidaba celosamente mi «reputación». Caminaba con las manos metidas en los bolsillos, la barbilla apretada contra el pecho, con paso grave y firme como un viejo campesino. De vez en cuando lanzaba un sonoro escupitajo por la comisura de los labios, ya que estaba absolutamente convencido de que aquello aumentaba el prestigio de un hombre. Pero al dejar a mis espaldas la última casa echaba a correr como un loco. Atravesaba a toda velocidad pastos, prados y aradas. Luego, sin resuello, me echaba en la hierba boca abajo y me quedaba tumbado sin moverme. De repente todo cambiaba. Lo confuso del día se evaporaba de mi cabeza y la absurda tensión de los nervios se aflojaba. En la hierba, crecida bajo un cielo increíblemente amplio, me sentía como quien por fin llega a casa dejando atrás mundos extraños y peligrosos.

Oscurecía, pero era un ocaso lento, como cuando se mira el paisaje a través de la ventana y el más ligero aliento empaña el cristal. Los prados se desprendían de la luz absorbida durante el día, flotaba un cálido aroma a tierra, y el sol sangraba en el horizonte. El firmamento se llenaba de colores como un inmenso mantón de campesina, y en la lejanía resonaban sordos los cencerros de las reses que volvían a la aldea. Me sentía en casa.

Caminaba hacia el pueblo tarareando. Al pasar junto a la vaca más sucia, el rocín más flaco o el perro más sarnoso, no podía evitar pararme y darles unas palmadas cariñosas. Me traicionaba mi apego por los animales. No existía persona alguna por la que sintiera la mitad de ternura que, por ejemplo, por nuestro perro. No amaba a nadie, ni a mi propia madre, pero está visto que el amor es algo humano y no era mi culpa tener que amar a los animales. Sentía por ellos una íntima amistad. En el pueblo no había perro, por mordedor que fuera, que no simpatizara conmigo, hasta los altivos lebreles del terrateniente brincaban alegres a mi alrededor, aunque no tuviera comida con que ganarme su afecto.

Pocos perros llevaban una vida tan desgraciada como la mía. Casi siempre me levantaba de la mesa con hambre. La vieja no era partidaria de la equidad: cada niño recibía una manutención acorde a lo que pagara su madre. No obstante, tampoco había grandes diferencias, ya que —excepto en mi caso— las madres visitaban a sus hijos con frecuencia y estos les relataban los ultrajes sufridos. Péter se lamentaba de que las raciones de Pál eran más abundantes, Pál se quejaba de que Istvány comía más y mejor que él. Las pobres criadas acababan por compadecerse y de alguna parte sacaban el dinero necesario para que a la semana Péter pudiera comer lo que Pál y este lo mismo que Istvány. Pero ¿quién se ocupaba de mí?

Mi madre venía a verme como mucho cuatro o cinco veces al año, unas ocasiones en las que además tenía que pasar un mal rato por los pagos atrasados. ¿Cómo iba la pobre a sacar a colación la calidad de mi alimentación? Día tras día tuve que constatar que los niños de mi edad comían más y mejor que yo. No tiene nada de extraño que llegara a ser como soy.

Hubo momentos en mi niñez en que hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa por un buen plato de comida.

Debo confesar que incluso llegué a robar. Robaba como la urraca. En vano encerraba la vieja las cosas a cal y canto: la necesidad y la práctica perfeccionaron mis dotes de ladrón. Claro,

me castigaba cuando se daba cuenta, pero me acuerdo con precisión de que nunca sentí arrepentimiento. Hay situaciones en la vida en las que no robar resulta abiertamente antinatural; sigo pensando igual. ¿Tendría que haberme quedado flaco, canijo o tísico solo para no sisar la fortuna que aquella vieja y asquerosa ramera había logrado amasar? Ni se me pasó por la cabeza.

Con el tiempo llegué a ser tan astuto y sagaz como un zorro en libertad. Por ejemplo, me percaté de que podía sacar provecho de la sed de venganza. Como es bien sabido, entre los niños rige la regla de la fuerza y siempre tiene razón el que más tiene y, claro está, todos quieren ser el que lleva razón. Yo no era así, tenía hambre y la justicia platónica me importaba un comino. Para el hambriento no existe más que una justicia: el pan. No me peleaba como los demás niños por simple amor al arte. Para mí las tundas eran una ocupación seria para ganarme el pan. Si dos chicos se peleaban, me acercaba al más débil y le preguntaba en un tono frío y objetivo: «¿Qué me das si le pego al grandullón?».

Pedía diez florines, pero por dos ya me habría andado a golpes con cualquiera, si bien la empresa no carecía de cierto riesgo. Los niños casi siempre se agrupaban en pandillas y a veces debía enfrentarme a ellas. En más de una ocasión abandoné el campo de batalla con la cabeza ensangrentada, pero ¡qué más daba! Con las monedas ganadas tintineando en el bolsillo, el sonido más consolador del mundo, podía ir a la tienda a comprarme un bollo.

Mi ídolo era el legendario bandolero Sándor Rózsa. Los demás chicos soñaban con ser curas o generales, pero yo deseaba ser un bandolero que le quitase el dinero a los ricos para redistribuirlo entre los pobres. Nunca llegué a repartir mi dinero, pero también es verdad que nunca di con nadie que fuera más pobre que yo.

5

En el verano de 1919 —yo tenía entonces seis años— mi madre perdió el empleo. En vez de giros postales, la pobre le enviaba a la vieja una carta tras otra suplicando por el amor de Dios que esperara al menos hasta primeros del mes siguiente, cuando seguramente ya habría encontrado algo. Pero no encontró nada.

Un día, al sentarme sin sospechar nada entre los demás niños para comer, la vieja irrumpió desde la cocina y gritó que para mí no había almuerzo porque mi madre ya llevaba tres meses sin pagar un céntimo.

—¡Y no es que seas precisamente un encanto de niño al que mantendría por amor!

Primero no entendí nada de nada. Estaba allí con las piernas separadas, las manos en los bolsillos, la barbilla apretada contra el pecho, mirando sin rechistar a la vieja que, completamente fuera de sus casillas, agitaba la carta de mi madre que acababa de llegar.

—Si tu cochina madre no me dibiera tanto —gritó—, ya te habría echado hase tiempo, ¡maldito canalla!

Yo seguía en silencio. Los demás ya habían empezado a comer, la boca se me hacía agua de verlos. Me acuerdo de que había patatas a la páprika con chorizo; aún puedo olerlas. Tenía un hambre atroz. El llanto me atenazaba la garganta, pero por nada del mundo me hubiera echado a llorar. Vi cómo los otros, con rostro malicioso, estaban a la expectativa, inclinados sobre el plato y dándose patadas por debajo de la mesa. Así que me concentré con obstinación en cuidar mi «reputación».

—Ya mandará el dinero —traté de zanjar el asunto por las buenas—. Vamos, por favor, deme algo de comer que estoy muerto de hambre.

—Que no. —Y también negó con la cabeza—. ¡Escribe a la sorra de tu madre y dile que no haga niños si no es capas de mantenerlos!

Vi que los demás chiquillos apenas podían contener la risa. De la ira me temblaba el cuerpo.

—¡Zorra lo será usted! —le espeté a la cara, y salí pitando.

La vieja no era dada a las limosnas, pero en cuanto solté aquellas palabras me lanzó la cazuela de patatas con tal fuerza que se hizo añicos. Por fortuna solo me dio en el trasero y no sufrí males mayores. Seguí corriendo, y ya en la calle aún sentía cómo las sabrosas patatas en salsa de páprika se deslizaban calientes por mis pantalones.

Estaba ciego de una ira impotente. Primero pensé en rodear la casa y por la ventana de atrás saltarle los ojos a la vieja con el tirachinas. También la podría haber estrangulado sin parpadear, pero entonces ya había aprendido que de ira no se llena el estómago y empecé a urdir planes más prácticos. Di una vuelta por el pueblo para ver si podía robar algo. Imposible. La mala suerte no me abandonaba. No pude afanar ni una fruta. Los perros, nada más verme, empezaban a ladrar de alegría y a armar tal alboroto que las dueñas no tardaron en asomarse por la puerta de la cocina. Pasé varias horas así, al acecho, sin resultado alguno.

De pronto me encontré delante de la escuela. Era la hora de la merienda, y los niños correteaban por el patio. La mayoría de ellos llevaba una rebanada de pan bien grande en la mano, untada de manteca o mermelada, a la que no prestaban mucha atención de lo concentrados que estaban en el juego. Se perseguían como locos, y tan solo se detenían de vez en cuando para darle un mordisco a toda prisa. Yo, en cambio, tenía un hambre canina.

En una situación así, ¿qué haría Sándor Rózsa? Medité y de repente supe qué debía hacer. Lancé un sonoro escupitajo por la

comisura de la boca, para que los niños vieran con quién se las tenían, y luego, con paso grave y firme, entré en el patio.

Por entonces aún no iba a la escuela. Los niños seguramente pensarían que buscaba a alguien y, en cierta forma, no iban desencaminados. Buscaba a una víctima. Debo reconocer que no me faltaba miedo, ya que aquellos chicos eran mucho mayores que yo, pero cuando se tiene hambre no hay que andarse con tonterías. Mi víctima estaba en la parte trasera del patio, un niño apoyado en una acacia solitaria que mordisqueaba el pan totalmente absorto. Tendría uno o dos años más que yo, pero era bajito y tenía una buena rebanada. Me dije: voy a probar suerte, y me fui hacia él. Me acerqué por la espalda, con una rapidez fulminante le arrebaté el pan, y pies para qué os quiero. La víctima desprevenida ni se dio cuenta de lo que había pasado. Cuando empezó a dar gritos yo ya había puesto tierra de por medio y por mí como si le daba por llorar a grito pelado.

Corrí al campo, y a la sombra de un espino empecé a comerme el pan. Me gustó la mermelada, pero lo que estaba para chuparse los dedos era el sabor de la aventura. «¡Esto es vida! —me dije—. ¡Esto sí es de bandoleros!». Me reía en alto, a todo pulmón. Estaba orgulloso de mí mismo.

Decidí no volver por casa. Temía que la vieja me tirara otra cazuela, y el trasero aún me dolía por la primera. Pero a medida que oscurecía también se me ensombrecía el ánimo. Por muy admirador que fuera de Sándor Rózsa, la oscuridad no me gustaba. Me encaminé hacia la casa.

En la casa ya dormían. Con el perro no hubo problemas: no tuve más que hacerle una señal y se agazapó enseguida, como un funcionario del más bajo escalafón. Era una noche sin luna, oscura como la boca del lobo, todo permanecía inmóvil. Trepé por la valla sin hacer ruido. La habitación de los niños estaba en un anexo que la vieja había mandado construir con posterioridad, y por suerte no había puerta entre las estancias, algo que la vieja había dispuesto, sin duda, para ahorrar. Se accedía por el patio. Giré el picaporte

despacio, con cautela. La puerta se abrió sin hacer ruido y así pude entrar en el dormitorio.

Todos tenían un sueño profundo. En total éramos ocho los que vivíamos en aquel cuarto, que, como mucho, tenía cinco metros de largo por cuatro de ancho. Al entrar te topabas con un olor mareante y repulsivo, y cada noche tardaba varios minutos en acostumbrarme. Todavía hoy siento esa terrible pestilencia, una rara y variada mezcla de olor a cuerpos, a comida y a la humedad que exhalaban las paredes mohosas, junto a la peste que despedía la letrina en la pared posterior de la habitación.

No teníamos camas. Dormíamos sobre un poco de paja, que estaba esparcida por el suelo fangoso, unos pegados a los otros. Tampoco tenía zapatos, así que no debía ocuparme de quitármelos. Me acosté tal como llegué y me cubrí con la manta. Ahora que ya me sentía seguro volvió a azotarme el hambre que, según parece, el miedo y la excitación de la odisea nocturna habían aplacado hasta entonces. No pude conciliar el sueño.

De repente se movió la paja a mi lado.

—¡Béla!, ¿duermes?

Era Gergely, un chico de segundo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada —susurró—. Toma.

Me puso en la mano una rebanada de pan y un pedazo de chorizo. Mi estómago dio un salto de alegría, pero me ocupé de que Gergely no lo notara. Recibí el regalo como el cobrador de impuestos recauda un tributo. No le di ni las gracias. Me lo comí sin decir palabra, volví a acostarme sobre la paja y le pregunté con el tono frío de un mercader:

—¿A quién tengo que pegar?

Ni se me ocurrió pensar que con el hambre que tenía alguien me pudiera dar una rebanada de pan y un pedazo de chorizo por simple amor al prójimo.

Este Gergely tenía casi dos años más que yo, y no obstante me tocaba a mí pelearme con sus «enemigos» por él. Desempeñaba el

papel de capitalista. Su madre le venía a ver cada domingo porque servía en el pueblo de al lado y siempre le daba unos *krajcár*. Así que Gergely estaba forrado y podía darse el lujo de pegar a sus enemigos por medio de otros. Era un chiquillo enclenque, muy rubio, con cara de niña y famoso por sus mentiras. Bajo los ojos tenía unas oscuras ojeras y yo sabía por qué.

Tardó un buen rato en responderme. Parece que la pregunta lo había pillado por sorpresa, sin duda esperaba unas negociaciones más complejas. Pero se acabó sincerando.

—A Ádám —gruñó—, ese cerdo pelirrojo ha vuelto a atacarme por la espalda.

—Pues poca falta le hace —dije, no tanto por desprecio como por estrategia en la negociación—. El pelirrojo es un chicarrón.

—Es grande pero no fuerte.

—¿Que no es fuerte? Entonces, ¿por qué le tienes miedo?

—Bueno… fuerte sí que es, pero no demasiado.

—Mucho o poco —zanjé el debate—, no le voy a pegar por un pedazo de chorizo.

—Mañana te daré más. Y el domingo tendré dinero.

No contesté. En el prado se me había ocurrido algo, era eso lo que tenía en mente.

—¿Sabes escribir? —le solté.

—¡Claro! ¿Qué tengo que escribir?

—Una carta.

—¿A quién?

—A mi madre.

—¿Por la vieja?

—Pues claro, demonios.

—Hum —murmuró Gergely—. No será nada fácil. Escribir una carta es difícil.

—¿Acaso es más fácil pegar a uno de segundo?

—Aún más difícil es escribir una carta. Tendrás que pegar a dos.

Estaba claro que pretendía chantajearme.

—A ver si vas a ser tú el segundo —le solté.

Eso le hizo recapacitar.

—Está bien —dijo al fin—. Escribiré la carta. Mañana por la tarde irá a la huerta.

—¿Quién, la vieja?

—No, hombre. Ádám. Siempre va por el camino de tierra.

—Tú y Ádám os pondréis a la cola —le dije—. Primero quiero la carta. Buenas noches.

Le di la espalda y, como quien lo deja todo bien atado, me dormí enseguida.

Al día siguiente la carta ya estaba escrita. Gergely apareció con uno de tercero muy pecoso; fue con él con quien redactó la carta, tras alguna que otra dificultad. Creo que yo sudé menos para pegar al «cerdo pelirrojo» que aquellos dos para escribir la carta. Años después la encontré entre las pertenencias de mi madre; debió de causarle una fuerte impresión a la pobre si la guardó con tanto esmero. La carta decía:

> Estimada doña Anna:
>
> Soy el Gergely, de segundo. Tal vez me conoce por la querida tía Rozika y le escribo porque el Béla me ha pedido que le diga que su hijo Béla tiene ambre. Porque la vieja dice que la estimada doña Anna no la manda dinero. Por eso, estimada doña Anna, aga usted el favor de mandar el dinero. Mándelo ya porque la pájara esa no le da de comer al Béla y qué va a acer el Béla si no le dan de comer, dígame usté. Termino la carta y su querido hijo también saluda a doña Anna.
>
> Un saludo patriótico
>
> GERGELY
> alumno de segundo

Bueno, con la carta ya escrita solo hacía falta un sello, pero costaba veinte florines. Casi nada, veinte míseros florines devaluados por la inflación, aunque yo en aquel entonces aún no entendía las complejidades económicas de esa clase. En mi mundo veinte florines seguían siendo veinte florines, una suma inalcanzable. Antes también me habría resultado imposible conseguirlos, pero ahora que además tenía que procurarme la comida, mucho menos. La vieja no se andaba con chiquitas. Estaba

convencido de que en cuanto me viera me tiraría a la cabeza lo primero que tuviera a mano, así que a la hora de comer tampoco aparecí por la casa.

El primer día aún me las arreglé. Los niños, después de amenazarlos uno por uno, me trajeron a escondidas algún bocado del almuerzo y la cena. Pero al día siguiente la vieja descubrió el ardid y se lió a tortas con todos los que se habían guardado comida en los bolsillos.

«¡Cochinos bastardos!», gritó a voz en cuello, como cada vez que se enfurecía con nosotros. Desde entonces no se movía de la mesa hasta que los muchachos terminaban de comer.

A ellos, creo, tampoco les vino tan mal. A un niño no le gusta compartir la comida con otros, sobre todo si no tiene mucha. Durante veinticuatro horas no probé bocado, y si uno tiene seis años escasos eso le desanima bastante.

Me volví más bruto aún. Robaba si podía, extorsionaba si se daba el caso, me peleaba si pagaban por ello. Sin embargo, no pude llenarme el buche porque solo había peleas muy de vez en cuando, y robar… ¿qué se puede robar en un pueblo? Con las aves de corral nada podía hacer. No quedaba más remedio que intentarlo con la fruta. Lo malo es que por esos lares los campesinos no dejaban que la fruta madurara en el árbol, así que la mayoría de las veces la cogía verde de las ramas o la encontraba medio podrida en el polvoriento camino. Siempre andaba con una gazuza tremenda y el dinero no dura nada en el bolsillo de un hombre hambriento. En cuanto me agenciaba unos florines corría enseguida a la tienda a comprarme pan. Una y otra vez me prometía que si conseguía dinero no lo gastaría, pero cada vez que reunía algo me lo gastaba en comida. Y la carta, que había metido en una caja y enterrado, seguía bajo tierra como un muerto, incapaz de emprender el camino de mi salvación.

El domingo era mi última esperanza. Tras largas negociaciones acordé con los chicos que me darían el dinero que les sacaran a sus madres y yo a cambio les prestaría mis servicios. Lo malo es que las

desgracias nunca vienen solas, y el domingo llovió a cántaros en todo el país y las madres no vinieron. Tan solo apareció la de Gergely a última hora de la tarde, cuando ya escampaba un poco. Gergely le contó para qué necesitaba yo los veinte florines, pero solo llevaba diez.

—Te daría los veinte para que compres el maldito sello —explicó —, pero ¿qué voy a hacer si yo tampoco los tengo?

Lo dijo con tanta amabilidad y candor que tuve que creerla, pero cuando se fue cacheé por si las moscas a Gergely para comprobar que no le hubiera dado dinero en secreto. Lamentablemente, no había sido así.

Puse los diez florines en una caja de cerillas para no caer en la tentación y los enterré junto a la carta. Me faltaban otros diez.

Al día siguiente la suerte se me puso un poco de cara. La vieja se fue a la aldea vecina y Gergely enseguida me comunicó la buena nueva. Entré en casa a hurtadillas. Sabía que después del almuerzo el tío Rozika siempre se echaba una siesta. Era la clase de hombre que incluso durante la cosecha, cuando los demás campesinos trabajaban en el campo de sol a sol, él, al doblar las campanas a mediodía se iba a casa a paso lento, comía en abundancia y luego se acostaba un ratito.

De modo que me escondí tras el establo y esperé. Media hora después apareció Gergely.

—El viejo ya está roncando —me susurró.

Cómo no, el viejo tenía la buena costumbre de roncar. Era tal el estruendo que armaba en sueños que cualquiera que no estuviese sordo y pasara por allí lo podía oír.

Me acerqué en silencio a la ventana abierta y me asomé con sumo cuidado. Era un otoño cálido y el viejo aún no llevaba chaqueta, solo chaleco. Estaba colgado del respaldo de una silla, invitando al hurto. Entré por la ventana sin hacer ruido, como un gato, y con el pulso a cien inspeccioné el chaleco. Encontré seis florines, me los metí en el bolsillo y salí por la ventana a toda prisa.

—Bueno, ya solo me faltan cuatro —informé victorioso a Gergely —. Luego ya podré mandar la carta a Budapest.

Estaba muy confiado. Esos cuatro florines no son nada, pensé, y decidí enterrar los que tenía para evitar tentaciones. Tuve que esperar a que Gergely se fuera, porque no quería revelarle el lugar donde había escondido el dinero. Sin embargo a Gergely la aventura lo había excitado, y en su exaltación le dio por hablar tanto que tardé una hora o más en librarme de él.

Serían las dos de la tarde y no había comido nada en todo el día. De súbito me invadió un hambre tan atroz y salvaje que, haciendo caso omiso a la razón, salí corriendo hacia la tienda y me gasté los seis florines.

Ahora tenía que empezar de nuevo.

«¿Qué será de mí? —pensé, desesperado—. Si siempre me zampo el dinero de los sellos, nunca podré mandar la carta, mi madre no mandará el dinero y yo no volveré a comer».

—Oh, la… —empecé a soltar una ristra interminable de obscenidades y rompí a llorar.

Tenía tanta hambre que un día me atreví a dirigirle la palabra a un judío errante.

—Señooor, por favooor —le supliqué con una cantinela como la de los mendigos profesionales—, deme un poco de dineeero, tengo haaambre.

Eso era algo que no me hubiera arriesgado a hacer con nadie del pueblo, pero este no era más que un judío andrajoso y hasta un niño de seis años sabía que eso era harina de otro costal. El Terror Blanco estaba en la luna de miel y un judío vagabundo podía sentirse feliz si lograba pasar por un pueblo sin que le dieran una paliza. Casi se emocionó al oír que le pedía dinero en vez de gritarle lo acostumbrado: «Judío asqueroso». No se hizo de rogar y enseguida se llevó la mano al bolsillo, sacó un montón de monedas, se acercó la palma temblorosa a los ojos miopes —eran unos ojos perrunos, llorosos, hinchados por la vejez— y buscó cinco florines.

—*Schlechte Zeit*, malos tiempos —murmuró entre suspiros—. *Schlechte Zeit*.

Luego me acarició la cabeza y siguió su lento camino, la viva imagen de la tristeza.

Esos cinco florines sí los enterré. Por entonces el hambre me había debilitado tanto que sudaba hasta los días en que hacía más fresco, los párpados me pesaban y a la que me sentaba me quedaba dormido.

En mi desesperación se me ocurrió una idea execrable. Espié a la criada mientras le llevaba las sobras del almuerzo al perro, luego me acerqué a hurtadillas y le quité el plato. Era mi antiguo y fiel compañero, y no emitió sonido alguno al robarle la comida; tan solo se me quedó mirando con los ojos inyectados de sangre, como si todo aquello no fuera con él. El viejo *komondor*, el perro pastor, me daba lástima, pero más pena me daba yo. Fui a la letrina, corrí el pestillo y me comí todo lo que había de comestible en la escudilla.

A partir de entonces viví de la comida del perro. Tenía un estómago fuerte, pero tampoco era de hierro. Una noche me desperté con unos retortijones terribles. Tuve tal diarrea que durante tres días apenas me atreví a salir del excusado. Solo allí me sentía seguro, porque en el patio temía que me viera la vieja, y en la calle me daba miedo hacérmelo encima. Así que, mientras no me echasen, pasaba horas sentado en el retrete, con la cabeza caída sobre el pecho, dando cabezadas. No fueron mis mejores horas, por decirlo con delicadeza. Pero, como ocurre con todo en la vida, estar así también tenía sus ventajas; dudosas, pero no por eso dejaban de tener su lado positivo: ya no pasaba hambre.

Cuando se me curó la diarrea me propuse conseguir a toda costa los cinco florines que aún me faltaban. Tuve suerte, pues me encargaron una pelea y prometieron pagarme cinco florines. El tipo al que había que sacudir era un chaval flacucho, que tampoco pertenecía a ninguna pandilla, así que podía dar por seguros los ingresos.

—Por fin podré mandar la carta —le dije orgulloso a Gergely cuando salí dispuesto a dar un buen varapalo.

Pero ni lo rocé. Ocurrió algo terrible, increíble. Fue ese mozuelo enclenque quien me pegó a mí. Antes lo podría haber tumbado con una sola mano, pero ahora fue él quien repartió, y de qué manera. Evidentemente, los cinco florines se fueron volando.

Torturado por la diarrea, famélico como un perro… pero ¿qué era todo aquello en comparación con la afrenta sufrida? Había perdido mi «reputación», había perdido el sello, lo había perdido todo. Salí corriendo al campo, me eché en la hierba y lloré como si fuera el fin del mundo.

—¿Qué será de mí? —decía entre sollozos—. ¿Qué será de mí?

6

De repente tuve una gran idea. A escondidas me fui hasta casa, desenterré los quince florines y me dirigí a correos.

Me topé con una empleada rubia, de cara redonda como la luna, que estaba sola y aburrida en la estafeta, la cual olía a ratones. Me cuadré ante ella, pero estaba tan nervioso que no me salían las palabras. La señorita esbozó una sonrisa.

—Dime, hijo, ¿qué quieres? —preguntó.

—Con todo respeto le pido —logré balbucir por fin—, que me haga el favor de mandar esta carta.

La señorita miró el sobre, luego contó las monedas.

—Faltan cinco florines —dijo—. Cuesta veinte.

—Ya lo sé, ilustre señorita —contesté con mucha decisión—. Pero ¿qué puedo hacer si solo tengo quince?

—Los otros cinco te los has gastado en caramelos, ¿eh?

Lo dijo con la severidad de una maestra; al decir la palabra «caramelo», frunció la cejas. «Por el amor de Dios —pensé—, de tener cinco florines me habría comprado un chusco de pan».

—Qué voy a tener yo ganas de comer caramelos, ilustre señorita —suspiré, y sentí cómo los ojos se me inundaban de lágrimas.

—No llores, anda —dijo la señorita, y volvió a sonreír—. ¿Has perdido el dinero?

Pensé que si aquello le gustaba tanto que la hacía sonreír, era mejor no contradecirla. Asentí con la cabeza.

—¿Te darán una azotaina?

Volví a asentir. Y ella seguía sonriendo. «¿Cómo diablos pueden sonreír tanto estas señoritas tan refinadas?», pensé. A mí la cosa no

me parecía como para batir palmas.

—Tenga un poco de compasión, señorita —supliqué con la voz quebrada—. No sé qué será de mí si no envío la carta.

La señorita no hacía más que mirarme complacida y menear la cabeza. No entendía qué significaba el meneo, ni esa sonrisa de oreja a oreja. ¿Se reía de mí o qué? Observaba todos sus gestos, el corazón me latía en la garganta.

—Bueno, está bien —dijo por fin—. ¡Pero me traerás el dinero!

No quería dar crédito a lo que oía.

—Entonces, ¿me la manda?

—Sí.

Temía que en ese preciso instante se me partiera el alma de la alegría. Tomé la mano de la señorita y la colmé de besos.

—Que Dios le pague su bondad, ilustre señorita —dije agradecido—. Traeré el dinero en cuanto me ponga un poco mejor.

Entonces desapareció de su rostro aquella sonrisa perpetua e imborrable.

—¿Por qué, qué te pasa? —preguntó, asombrada.

—Ay, señorita. —Y se me escapó un lamento reprimido, pero no fui capaz de decir más. Se me cortó la voz, de mis ojos fluía agua salada, y por mucho que intentara hablar, tan solo logré decir «ay, ay, ay», y entretanto no podía dejar de pensar en que ahora esa refinada señorita se iba a reír de mí, y me sentí tremendamente avergonzado. Sin soltar prenda, giré sobre mis talones y puse pies en polvorosa.

Corrí por la calle y me deshice en llanto.

Nunca antes me había sucedido. No era un niño llorón y, si a veces me daba por llorar, por nada del mundo lo hacía en presencia de otras personas. Solo tenía que pensar en mi «reputación» y mis ojos permanecían secos. Sin embargo, últimamente no me podía dominar. Mis nervios habían perdido toda rienda y los ojos siempre se me inundaban, haciendo caso omiso de mi honra.

—¿Qué pasa, hijo? —oí decir a una señora a mis espaldas, pero mi reacción a su buena voluntad no fue sino un taco, y corrí hacia el

campo para que no me viera nadie.

Al estar solo, la debilidad me invadió de tal manera que casi me desplomo. No entendía qué me estaba pasando. Sudaba y no obstante tenía frío. No podía ni arrastrarme, sentía como si las rodillas se me hubieran ablandado. Tenía que detenerme a descansar cada dos por tres, y tardé más de una hora en llegar a casa.

En el patio había un jaleo enorme. Los niños jugaban a policías y ladrones, de lo que concluí que la vieja estaba en casa. El mundo daba vueltas a mi alrededor, pero al entrar en el patio me quedé tieso, como si me hubiera tragado una estaca. Ni siquiera miré a los demás. Creía que ya sabían de mi «deshonra», aunque, según me enteré más tarde, no tenían ni idea. Fui directo a la habitación y caí redondo sobre la paja. Los dientes me castañeteaban, tenía escalofríos y me temblaba todo el cuerpo.

Nunca había estado enfermo y me invadió un miedo mortal. Observaba aterrado el apagado golpeteo de mis dientes. «Me moriré», pensé, y lloré, lloré y lloré. De repente ya no me enteré de nada más. Me quedé dormido.

Desperté, alguien me agarraba el hombro. Era Péter, uno de los niños. Estaba allí delante y me miraba asustado.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada —balbucí, aturdido—. Estaba durmiendo. ¿Qué miras?

—Gritabas en sueños.

—¿Qué dices?

—Que gritabas. Te hemos oído desde el patio.

Noté que me sonrojaba. Me sentí enormemente avergonzado por haber «gritado». ¿Qué había gritado? Me hubiera gustado preguntárselo, pero no me atreví.

—¡A ti qué te importa! —le dije resentido por haberme oído gritar —. ¡Vete al carajo! Quiero dormir.

Sin más, me volví hacia la pared y cerré los ojos. Pero él se quedó allí como si quisiera decirme algo. Decidí no averiguarlo. Al

final no aguantó más y se acercó.

—Oye… Béla…

Bajó la voz, puso cara enigmática. Enseguida supe que a continuación vendría una gran noticia.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Péter esperó unos instantes más para lograr mayor efecto. Y luego me dijo:

—A la vieja le ha dado por rezar.

Nada más oírlo salté como si me encontrara perfectamente. Si a la vieja le «daba por rezar» quería decir que podías obtener cualquier cosa. Todos lo sabían y aprovechaban al máximo sus ataques de bondad. Yo nunca. Mentía, robaba, me peleaba por dinero, pero nunca fui tan rastrero. Despreciaba a los que en esas ocasiones iban a mendigarle cosas, y ahora me despreciaba cien veces más por querer hacer lo mismo. «Pero ¿hay otro remedio? —me dije—. Ya me he puesto enfermo. Si no me da de comer, me moriré de hambre».

—Anda, ve a hablar con ella —me animó Péter—. Está allí, arrodillada ante la Virgen.

—¿Voy? —le pregunté, aunque ya me había decidido.

—Sí, ve.

—Pero ¿qué hay que hacer?

—¿Nunca lo has hecho?

—Yo no.

—Pues eres idiota. ¿Prefieres pasar hambre? Tú entra como si nada, te hincas de rodillas al lado de la vieja bruja y rezas en voz alta un padrenuestro.

—¿Nada más?

—No. Entonces te perdonará muy piadosamente.

—¡Que se muera! —Me salió del alma—. No la trago, ¿sabes?

—Yo tampoco —repuso Péter—. Pero tú entra. ¿Sabes qué hay de cena?

—¿Qué?

—Fiambre de cerdo con cebolla. Te lo juro.

Se me hizo la boca agua. Santo Dios, ¡fiambre de cerdo con cebolla! Y ya iba a salir, pero aún tenía un resquemor.

—¿Es necesario rezar el padrenuestro?

—No, pero da mejor resultado.

—Es que prefiero no rezarlo.

—¿Acaso le temes a Dios?

Lo preguntó con una superioridad tan tajante que me dio vergüenza. Péter ya estaba en tercero, y como en lo físico no podía competir conmigo trataba de imponerse con el intelecto. No supe qué contestarle. Debo confesar que a los seis años de edad no me ocupaba mucho de cuestiones teológicas. Ellos quizá ya lo habían estudiado en tercero, y yo, siendo un chiquillo precavido, preferí no hablar. Péter disfrutaba a ojos vistas de su superioridad intelectual. Me miraba con la frente fruncida, como un maestro bondadoso pero estricto, y me colocó la mano sobre el hombro en un gesto significativo.

—Pues atiende —dijo—. Yo ya no le temo.

—¿No le tienes miedo a Dios?

—No. Además, de los niños pobres no se ocupa. Ah, amigo, todo eso es puro teatro. El Niño Jesús, ¿te ha dado de comer? ¿Verdad que no? Por él como si te mueres de hambre, ¿o no?

No supe qué contestar. Es verdad que el Niño Jesús no me había dado de comer, pero aquella afirmación me enfureció sin saber por qué. Tal vez era una religiosidad instintiva la que protestaba en mi interior, o quizá solo estuviera furioso porque aquel descarado estaba de nuevo orgulloso de lo que sabía.

—¡De todas formas está muy mal rezar el padrenuestro en broma! —aventuré.

—Ah, amigo —dijo con cierto desdén—, no hay que tener miedo. Todo eso es puro teatro. Haz como yo.

—¿Cómo?

—Pues entro en la habitación, me arrodillo junto a la vieja bruja, entorno los ojos con beatitud y digo la oración con gran devoción,

como muy arrepentido de mis pecados. Pero para mis adentros voy repitiendo:

Padre nuestro,
tu padre es un perro,
tu madre una vaca,
y tú la gran cabra.

Eché a reír a carcajadas.

—Dilo otra vez —le pedí, con la respiración entrecortada—. ¿Cómo es?

Entonces a Péter también se le contagió la risa. Nos reíamos como poseídos y repetíamos el verso a pleno pulmón, brincando, dándonos palmadas:

Padre nuestro,
tu padre es un perro,
tu madre una vaca,
y tú la gran cabra.

Estuvimos varios minutos así, con la risa floja y tambaleándonos como borrachos. Luego Péter volvió a ponerme la mano en el hombro, y con la superioridad de un maestro de escuela me preguntó:

—Bueno, hijo mío, ¿aún tienes miedo?

—¿Miedo yo? —contesté airoso—. Y como me vuelvas a llamar hijo te doy una patada en el culo.

Con eso di media vuelta y salí al patio. Tenía sensaciones encontradas. El temor a Dios, el hambre que me estaba matando y la vieja allá, arrodillada… Lancé un sonoro escupitajo por la comisura de la boca y con la barbilla apretada contra el pecho me dirigí hacia el cuarto de la vieja con paso firme y furioso, como un toro que entra a matar.

Ya atardecía. En el patio reinaba un silencio sepulcral. No se veía a nadie. En la cocina la criada cantaba en un falsete desafinado, lo que acrecentaba la sensación de silencio. Sentía frío. Seguramente tenía mucha fiebre.

La criada dejó de cantar al entrar yo en la cocina y fijó en mí sus ojos vacunos.

—¿A ti qué te pasa?

No contesté. Decidido a todo, como quien sube al patíbulo, abrí la puerta de la habitación. La vieja estaba arrodillada ante la imagen de la Virgen y pasaba el rosario con la cabeza inclinada. Estábamos a oscuras, tan solo temblaba la llama de la vela en el vaso rojo, bajo la imagen. Por la ventana entraba corriente, la llama de la lamparilla titilaba y chisporroteaba, proyectando en la pared largas sombras oblicuas. La vieja me miró, pero hizo como si no me hubiera visto. Tenía la mirada perdida como los ciegos. Me arrodillé a su lado sin decir palabra y, siguiendo los consejos de Péter, musité mecánicamente para mis adentros:

Padre nuestro,
tu padre es un perro,
tu madre una vaca,
y tú la gran cabra.

—Padre nuestro que estás en los cielos…

Me estremecí. Mi voz me sonaba extraña, como si la oyera por primera vez. Me castañeteaban los dientes, apenas pude continuar la oración.

—El pan nuestro de cada día, dánosle hoy —oí suplicar a la extraña voz, y me puse a llorar desconsoladamente.

—Y perdónanos nuestras deudas —continuó la vieja— así como nosotros perdonamos a nuestros deudores…

Abrió los brazos como enloquecida y la voz le salió tan afectada como la de Gergely cuando la imitaba. De repente recobré la serenidad. Como si de pronto se hubiera asomado al ojo de la cerradura aquel Béla antiguo y sano, me vi a mí mismo llorando y retorciéndome en el suelo junto a la vieja bruja medio loca, y la ardillita hizo una mueca y empezó a gruñir:

Padre nuestro,
tu padre es un perro,
tu madre una vaca,

y tú la gran cabra.

—Amén —farfulló la vieja con voz de ultratumba. Había terminado de rezar y se dirigió a mí irritada, como un criado que cumple las órdenes de su amo a regañadientes. Me bramó: «Desde hoy te daré de comer. Puedes irte».

Pero yo me quedé petrificado, como si la despiadada absolución me hubiera paralizado. No sé qué esperaba. Quizá un prodigio o el tener valor suficiente para echarle en cara aquella infame limosna. La odiaba más que nunca y la idea de no tener derecho a odiarla aún más me parecía insoportable.

—Deme trabajo —le rogué—. Trabajaré a cambio de la comida.

—¡Cierra el pico! —me ladró—. Ya te he dicho que puedes irte.

Se santiguó y siguió rezando.

Aquella noche cené con los demás niños. Me sentía como un perro, no creo que me apeteciera comer, pero no solo se come con el estómago. La simple idea de poder comer por fin, y para colmo embutido de cerdo con cebolla, me había robado el sentido.

Cenamos fuera, en el patio, en la larga mesa bajo el nogal. Yo miraba fijamente y en silencio el quinqué humeante, a los niños ni siquiera les hice caso. Era una bella y tibia noche de otoño, las estrellas fugaces caían sin cesar una tras otra, y los chiquillos repetían a gritos sus deseos irrealizables. Yo solo deseaba comer caliente y que el diablo se llevara a la vieja bruja y consigo este maldito mundo.

La comida la repartía Ilona, la criada de mirada simplona. Era una chica brutota, de eso ya me había dado cuenta a los seis años, pero de buen corazón. Me puso dos veces más comida en el plato que a los otros. Lo devoré todo, pero justo al acabar me dio por eructar. Eso aún no me preocupaba. En mi tierra el regüeldo está considerado algo normal y saludable, a nadie se le ocurriría calificarlo de mala educación. Los campesinos están plenamente convencidos de que el que no eructa después de comer no se ha saciado, y se considera una descortesía no soltar un eructo si se es

un invitado. «Estoy lleno», pensé con satisfacción, y traté de no darme cuenta de que todo daba vueltas.

No aguanté mucho. Se me revolvió el estómago de tal forma que por poco lo echo todo allí mismo. Me levanté de un salto y salí corriendo a toda prisa, pero ni siquiera llegué hasta la letrina. En la esquina de la casa devolví en medio minuto la cena que había anhelado durante tanto tiempo y tan amargamente.

El viejo *komondor* recibió mi desgracia como un regalo de cumpleaños. Pegaba saltos a mi alrededor meneando la cola y se lo zampó todo antes de que se enfriara. Solo mucho más tarde me enteré de que a los perros el vómito humano les parece un manjar exquisito y que no hay criatura en el mundo a la que no le venga bien de alguna forma la desgracia de otra. Pero a los seis años de edad aún lo desconocía, por lo que con el resentimiento de los que sufren reconocí que Péter tenía razón al afirmar sin rodeos que Dios no se ocupa de los niños pobres.

Estuve enfermo una buena temporada. Había días en que tenía mucha fiebre, pero no me perdía ni una comida. Simplemente no se me pasaba por la cabeza la posibilidad de no comer si me lo ofrecían, de lo que volvió a beneficiarse el perro.

A mi madre le llegó la carta, pero no el empleo que esperaba. En vez de dinero seguía enviando cartas llenas de súplicas. La vieja —sin duda con la esperanza de cobrar lo que le debían— no me echó a la calle, pero una mañana me llamó a su habitación.

«Si quieres trabajo, lo tendrás —vociferó—. Pero tendrás que trabajar con algo más que tu asquerosa boca. ¿Entindido?».

Sí, lo había entendido. Estaba claro. No hacía falta ser una lumbrera para captarlo. Desde ese momento fui despreciablemente feliz por poder odiarla con la conciencia tranquila. Y, con el tiempo, mi equilibrio espiritual se restableció.

Me mataba a trabajar. No porque me lo ordenara la vieja; qué más me daba lo que dijera; yo trabajaba por orgullo, por hombría. Quise probarle a la arpía que no me hacía falta su caridad, que yo comía «de mi trabajo».

Con pausas más o menos largas, trabajaba siete u ocho horas al día. Iba a por agua al pozo, daba de comer a los animales, barría y limpiaba la casa. Tampoco dejé de hacerlo cuando llegó un poco de dinero que mi madre envió. Había perdido la fe en aquella fuente de recursos. Pasé a considerar el amor de madre una expresión sin sustancia que los adultos habían inventado para engañar a los niños. Con cosas así no se llena la panza, me decía pensando en los terribles días de hambre. Quería procurarme el sustento con mis propios medios.

Era un chiquillo tan hábil y fuerte que en ocasiones incluso campesinos de otros pueblos se quedaban boquiabiertos viéndome trabajar.

«¡Vaya por Dios! —decían al tocarme los músculos—. ¿Durante cuántos años te han dado de mamar?».

Pero yo hacía caso omiso de sus bromas. Hasta los halagos escuchaba con recelo. ¿Por qué iba alguien a adular a un bastardo? Tal vez solo sea para burlarse, pensaba. Apretaba la barbilla contra el pecho como un torito dispuesto a embestir y miraba de arriba abajo al parlanchín de turno. No, no era «un encanto de niño». Era un perro ilegítimo en un mundo creado por perros legítimos.

7

Si es verdad que no es sano pensar en las musarañas, mi pequeña vida no corría peligro alguno. Tenía los pies en la tierra, igual que un campesino viejo.

Solo perdí la cabeza en una ocasión, y fue —claro está— por culpa de una mujer. Fue un amor breve y precoz, pero tuve que pagar un precio tan alto por ello que durante los siguientes ocho años pocas ganas tuve de enamorarme.

Se llamaba Sárika. Ya no me acuerdo de su cara, tan solo de sus hermosos cabellos rubios rojizos, su piel blanca como la leche, sus incontables pecas y de que era una niña tan frágil que de ser un chico no lo hubiera tragado.

Tenía una enorme muñeca con la que jugaba todo el día, sola. No tenía amigas pero no por su culpa, ni mucho menos. Sárika era judía, y el antisemitismo que vino de la mano del Terror Blanco estaba en pleno auge. En el pueblo solo vivía una familia judía: los padres de Sárika y sus abuelos. El padre regentaba la tienda de abastos; su abuelo, la taberna. Eran gente de bien, y hasta que no estalló el renacimiento nacional eran queridos por el pueblo. Ahora solo iban a verlos los que querían pedir crédito. Los que no lo recibían, claro está, mandaban al diablo al socio judío; los que lo lograban asentían en silencio con la cabeza, porque ¿quién no desea que su acreedor se vaya al diablo?

Los niños aprendían el antisemitismo antes que el abecedario. No oían otro comentario, y no es de extrañar que simplificaran un poco las cosas. Los judíos tenían la culpa de todo, desde el granizo hasta el dolor de cabeza, y a Sárika, la única representante infantil

de esa raza infernal, la odiaban como si fuera el mal en persona. Era un ser tan marginado en el pueblo que incluso a los gitanos les daba vergüenza jugar con ella.

No sé lo que pensaba yo a los seis años sobre la cuestión judía, pero tengo la ligera sospecha de que si me enfrenté a la opinión pública no fue por puro heroísmo. Debía de tener el alma bastante en desorden para olvidarme incluso de mi «reputación», que tan celosamente guardaba. No me importaba lo que fueran diciendo por ahí. Habría aceptado de buen grado la marginación si aquella detestada judía hubiese querido ser mi amiga. Pero la verdad es que ni siquiera llegamos a hablar.

Cada vez que iba a la tienda me juraba que ese día le dirigiría la palabra, pero terminaba por acobardarme. También es cierto que sus padres siempre estaban presentes y no la dejaban salir sola a la calle. Una noche, al abuelo de Sárika, un mesonero de setenta años, le dieron tal paliza que quedó medio muerto y, a partir de entonces, desde que se encendían las farolas no se atrevían a salir ni los adultos de la familia. De noche en la taberna servía un cristiano; en la tienda bajaban la persiana al atardecer y la familia se encerraba en casa. En el pueblo se decía que era entonces cuando, a la luz de las velas, se dedicaban a ofrecer sacrificios diabólicos al vengativo Yahvé.

Sárika era una niña discreta. Iba y venía sin hacer ruido, siempre con la mirada baja, y en cuanto entraba yo en la tienda empezaba a hablar con sus padres en alemán. Al parecer no quería que la entendiera, porque en las demás ocasiones siempre hablaba en húngaro.

Ni que decir tiene que yo gastaba el poco dinero que tenía en la tienda de Sárika. Escogía las cosas lenta y minuciosamente, hasta el punto de poner pegas a la calidad de los productos, en parte porque quería recalcar que era un cliente fijo y a tener en cuenta, pero sobre todo porque así pasaba más tiempo allí. Entretanto no paraba de mirar a Sárika, quien, sin embargo, no me hacía caso. Pasé varios meses suspirando por ella, pero solo logré que me

sonriera una vez. Y fue por casualidad. Sucedió que un día, delante de la tienda, le hice la zancadilla a un crío. El chaval seguramente se dirigía a una fiesta de cumpleaños o algo similar, porque siendo día laborable llevaba sus mejores galas. Iba peripuesto de una forma irritante y con andares chulescos. No sé si lo hice porque le envidiaba las vestimentas o solo porque me repateaba su arrogancia; lo cierto es que le hice la zancadilla. La calle estaba embarrada y el muy presumido cayó de bruces en un enorme charco. Entonces oí a mis espaldas una risita apagada. Di la vuelta y me quedé sin aliento. Sárika estaba allí, en la puerta de la tienda, y sonreía. Me sonreía a mí.

Sabía que había llegado el momento. Debía decirle algo, rebusqué en mi interior y… no dije nada. Pasé días maldiciéndome por mi cobardía y durante semanas, o meses, hice todo lo posible por arrancarle otra sonrisa. Llegué a estar varias horas al acecho delante de la tienda y le hacía la zancadilla a todo niño que pasara por allí, sin reparar en sexo o edad. En vano. Sárika no volvió a sonreírme nunca más.

Estaba a punto de perder toda esperanza, cuando inesperadamente sucedió algo.

8

Llegados a este punto debo sincerarme. Yo no le era fiel a Sárika según los cánones de los adultos.

Solo según el concepto de los adultos, porque yo, por mi parte, no consideraba infidelidad, ni mucho menos, lo que hacía con una criada llamada Borcsa, pese al loco amor que sentía por Sárika. Yo también, como la mayoría de los niños, consideraba el amor carnal y el espiritual como dos cosas totalmente distintas. Con respecto a Sárika nunca sentí ningún deseo o curiosidad carnal, aunque en aquel entonces esos «deseos» ya me inquietaban bastante.

Vivía entre mujeres, con ellas trabajaba desde la mañana hasta la noche. Y estas mujeres eran, en su mayoría, campesinas jóvenes rebosantes de vida que, al desconocer las obras maestras de la cinematografía húngara de la época, ignoraban cómo tenía que ser una campesina reglamentaria, de acuerdo con lo decretado por las autoridades. Eran simplemente muchachas que no tenían pelos en la lengua, que decían lo que pensaban; y lo que pensaban, para qué negarlo, pocas veces aparecía en las susodichas obras maestras.

Conmigo se portaban como con un gatito recién nacido que aún no ha abierto los ojos. En mi presencia hablaban de todo y, en primer lugar, de cosas lo bastante propicias para inquietar a un adolescente.

En los calurosos días de verano, cuando sin que lo supiera la vieja bajábamos a bañarnos al río, la mayoría de las chicas se desnudaban ante mí. Mis ojos de niño podían pasear libremente por los valles y montes de aquellos cuerpos de mujeres maduras e inspeccionar con torpeza y asombro, con un hambre canina, las

«diferencias» que había en el pecho y otras partes, donde crecían exuberantes unos matojos salvajes, oscuros y excitantes: secretos vedados a un niño.

Las veía coquetear con los mozos, oía sus risitas sofocadas, sus carcajadas cuando se hacían cosquillas, sus gritos de deleite, veía la turbación en los mozos. Me contagié: noté cómo me subían las primeras fiebres de un delirio colosal e insondable.

Con todo, seguía andando entre los adultos con la cara más inocente. A sabiendas contestaba a «ciertas preguntas» con ingenuidad y hacía como que no entendía las reacciones jocosas que causaba. Estarían convencidos de que ni siquiera sabía si era un chico o una chica, cuando en realidad el diablo había encendido una mecha en mi cuerpo, una llama que tarde o temprano brillaría como si de una revelación se tratara. Lo cual, en parte, se produjo poco después gracias a los procederes de Borcsa.

Sucedió durante la cosecha del trigo. Una tarde de calor sofocante, cuando todos los de la casa estaban trabajando en el campo, la vieja le ordenó a Borcsa que limpiara el desván conmigo. No había nadie más en la casa, cerramos la puerta de la calle con llave y subimos.

Arriba el calor era aún más insoportable. Nos pusimos manos a la obra sin garbo ni ganas, y lo poco que hicimos no sirvió de nada. Borcsa no se esforzó mucho, dejó la escoba en un rincón y tras soltar un par de tacos se tiró sobre el heno del año anterior. Yo tampoco estaba para muchas tareas y seguí su ejemplo sin demora.

Estábamos echados uno junto al otro, sin movernos. Reinaba tal silencio que parecía que el bochorno hubiera acabado con todo el pueblo. Tan solo se oía el zumbido de unas moscas gordas e insolentes que se posaban en nuestras caras sudorosas.

Borcsa estaba tumbada y, al doblar las rodillas, su falda corta se deslizó hacia abajo. Quizá ni se dio cuenta, porque tenía los ojos cerrados, pero yo sí. Me fijé tan bien que sigo sin olvidarlo. Aún puedo ver aquellos muslos blancos, embriagadoramente hermosos,

que asomaban por debajo de su falda; su rostro, en cambio, se ha desvanecido de mi memoria.

Era una chica de bello cuerpo, cabellos negros como el azabache, tan inquieta como una pulga. No callaba en todo el santo día, cuchicheaba, contaba historias, se reía y, si estaba sola, canturreaba sin parar. No obstante, en cuanto olía a un hombre se volvía loca de verdad. Entonces ponía la casa patas arriba, como si le hubieran metido páprika en el culo.

—Yo, de joven, no es que fuera un ángel —decía la vieja—, pero tú, Borcsa, eres el demonio en persona.

Borcsa seguía con los ojos cerrados.

—Cierra la puerta —dijo con aire perezoso—. Durmamos un poco.

Cerré la puerta. El desván no tenía ventana, tan solo se filtraban unos haces de luz por las rendijas de la carcomida puerta, que se proyectaban en el suelo como trazados con regla. Yacíamos en la penumbra, sin hablar. De repente Borcsa se incorporó.

—¡Al diablo con este calor! —protestó, y se quitó la blusa.

Casi se me salieron los ojos. Su corpiño sudado se adhería a unos pequeños pechos, puntiagudos; de las axilas asomaba un vello negro que me hizo enloquecer. Con eso ya hubiera bastado para que yo perdiera el sentido, pero además se quitó la falda. Llevaba unas enaguas que no estaban ni almidonadas. Caían suavemente sobre su cuerpo esbelto y joven, prometiendo unas curvas que tumbaban de espaldas.

—Quítate esos harapos —dijo, y enseguida me desembaracé de mi pegajosa camisa. Eso aún no significaba nada, porque otras veces también correteaba con el torso desnudo. Pero entonces Borcsa me preguntó:

—Y los pantalones, ¿por qué no te los quitas?

—Porque no llevo calzoncillos.

—Yo tampoco. —Se rio.

—Bueno, bragas —opuse, bien informado.

—Tampoco.

—¿No?

—Nada.

—¿Nada?

—No, nada.

Y se rio como si le estuvieran haciendo cosquillas.

—No me tomes el pelo. —Me reí también y el corazón me empezó a latir a cien por hora, como si me estuviera persiguiendo el mismísimo Belcebú.

—No te miento —dijo burlona.

—Pues entonces, déjame ver…

Y extendí la mano hacia las enaguas. Borcsa me dio un manotazo.

—¡Ni se te ocurra, desvergonzado!

—¿Ves? —exclamé con un fingido tono infantil—. Llevas bragas, mientes.

—¡Y una leche miento yo!

—Pues demuéstralo.

—¡Un cuerno!

—Anda… Borcsa… solo un poquito.

Y de súbito metí la mano debajo de las enaguas. Ella me empujó con brusquedad.

—¡Vaya, hay que ver! —me gritó, escandalizada—. ¿No te da vergüenza? Se lo diré a la vieja.

Estaba tan enfadada que creí que me iba a echar del desván y a llevarme ante la vieja arrastrándome por la oreja. Pero no lo hizo, siguió acostada a mi lado en la penumbra. Solo lo puedo explicar a retazos, porque no recuerdo con exactitud qué pasó.

No sé cómo sucedió, pero de repente estaba recostado en su cálido y desnudo regazo y el mundo parecía tan maravilloso como nunca habría imaginado. No fue un acoplamiento normal, ni tan siquiera anormal, ya que yo no era más que un chiquillo curioso e inmaduro. Hizo conmigo lo que hacen —mucho más de lo que se piensa— las chicas de esa índole con los mocitos curiosos como yo.

Me sentía como cuando en sueños uno cae lentamente y tarda una eternidad en alcanzar el suelo. Mis manos se aferraban obstinadas a las carnes de la muchacha y mis uñas parecían arder. Sentí un placer inmenso, demencial, nunca antes vivido, que me dejó medio inconsciente. Los ojos me pesaban, me sumí en un duermevela extraño y mareante, pero al mismo tiempo estaba milagrosamente despierto. En aquel calor oscuro y viciado era como si nuestros cuerpos, y con ellos el mundo entero, hubieran empezado a derretirse; todo se fundió, se desvaneció, se convirtió en sueño, desapareció.

De repente volví en mí. Ella gemía en voz alta. Por la garganta le burbujeaban palabras inconexas e incomprensibles, y el corazón le latía tan fuerte que con cada palpitación sentía un empujón contra mi pecho. Miré asustado su cara desencajada. Tenía los labios entreabiertos, los párpados ennegrecidos, la respiración entrecortada como quien está a punto de ahogarse. Me pegué un susto tremendo. Creí que se estaba muriendo entre mis brazos. Quise zarandearla para preguntarle qué le pasaba pero al fin, por puro instinto, no lo hice.

Unos minutos más tarde se tranquilizó, fue casi un prodigio. Sus brazos cayeron lánguidos sobre el heno y por unos instantes no se movió. Yacía exangüe como un enfermo de muerte. Yo aún tenía un poco de miedo. Pero de repente abrió los ojos y me sonrió:

—¡Gusanito! —susurró con voz extraña y aterciopelada, y propinándome un cachete por el que ningún hombre, ni un chiquillo como yo, podría enfadarse.

—¡Bueno, manos a la obra! —dijo luego en un tono muy distinto —. ¡Ya es hora de ponerse a trabajar!

Se puso en pie de un salto y, como si nada hubiera sucedido, empezó a barrer tarareando alegremente.

A partir de ese día fuimos con frecuencia al desván, hasta que un día la vieja pilló a Borcsa con el tío Rozika y la echó de casa.

Todo esto ocurría estando yo locamente enamorado de Sárika. De Borcsa no estaba enamorado ni mucho menos, ni siquiera le

tenía cariño. La deseaba como el hambriento desea la comida, y su alma me interesaba tanto como la del cerdo asado que engullera con apetito. Me pasaba el día pensando en Sárika. En secreto la llamaba «el amor de mi vida», y mantenía con ella conversaciones imaginarias. Ella fue la primera persona en la vida que despertó en mí la dulce e increíble sospecha de que más allá del egoísmo, de la avaricia y las pasiones animales podía haber algo en el alma humana, la intuición de que los adultos, quién sabe, a lo mejor no mentían al hablar del cariño y el amor.

Después de que Borcsa se fuera de casa lo intenté con otras criadas, pero por desgracia sin éxito. Con el paso del tiempo empecé a echar de menos a Borcsa y pensé en ella más que nunca. A veces subía a hurtadillas al desván y en el mismo heno donde solíamos echarnos revivía aquellos excitantes encuentros con los ojos cerrados, recreando hasta el más lúbrico detalle. Oía sus gemidos de deleite, veía sus muslos blancos que me volvían loco, y hacía lo mismo que Gergely, de modo que poco después también me salieron aquellas oscuras ojeras.

9

Fue alrededor de Pascua cuando hablé por primera vez con Sárika. Era primavera, como en las historias de amor, y yo iba tranquilo, a paso lento, de las tierras de labranza hacia casa, envuelto en un crepúsculo color malva. De repente, al llegar a la calle principal, oí pasos y un terrible alboroto infantil:

¡Todos los judíos
son unos bandidos!

Se trataba de algo tan cotidiano por aquella época que ni siquiera aceleré la marcha. Pensé que habría llegado el trapero judío, o que tal vez jugaban a los pogromos, algo muy en boga aquel año. Pero al doblar la esquina y llegar a la plaza de la iglesia vi que el juego iba muy en serio. Llovían piedras y bolas de barro sobre una niñita que lloraba presa del miedo: era Sárika.

Me puse hecho una furia. Presa de la ira tiré el rastrillo que llevaba al hombro y en un santiamén tres pequeños devoradores de judíos acabaron por los suelos, llorando a grito pelado. Los demás, dos o tres, huyeron despavoridos, y los caídos tampoco dieron señales de mayor heroísmo. Se levantaron con lágrimas en los ojos y se alejaron del campo de batalla cojeando y soltando las habituales amenazas y maldiciones.

Allí estaba yo en mitad de la calle, dueño y señor del campo de batalla, como se solía decir en los informes de guerra, y en verdad me sentía como un general victorioso. Vi que Sárika estaba en la esquina, observando el desenlace del combate a una distancia prudencial. Al parecer, no se atrevía a entrar en la tienda:

evidentemente había salido de casa sin permiso y temía confesar lo que había ocurrido. Me hubiera gustado tirarme a sus pies como el doncel del cuento que con su heroísmo se ha ganado la mano de la princesa, pero enseguida me hice cargo de que aquello era indigno de un victorioso general. Me erguí, metí las manos en los bolsillos, apreté la barbilla contra el pecho y me acerqué con paso grave y firme al amor de mi vida. Por el camino hice serios esfuerzos para concebir una frase altisonante y poder iniciar una conversación a la altura de la situación. No conozco las dotes oratorias de otros generales, solo sé que a mí, tras la decisiva victoria, no me vino a la mente ni una sola palabra. Así pues, simplemente me quedé parado ante el amor de mi vida, sin decirle nada; ella también estaba en silencio. Los dos seguíamos jadeando con intensidad, yo por la pelea, ella por la carrera. Yo miraba su bella carita pálida, y ella la punta de sus zapatos. Permanecimos así durante varios minutos sin abrir la boca.

Al fin se me ocurrió una idea salvadora. Saqué de los bolsillos unas diez o quince canicas y poniéndome de cuclillas empecé a jugar con ellas. Lo hice con inmensa destreza, pues estaba seguro de que, después de mi proeza anterior, mi maestría en el juego le causaría una impresión mayor. Pero Sárika me observaba callada.

—¿Sabes jugar a las canicas? —acabé por preguntarle, pero solo de paso, concentrado en el juego.

—No —contestó con un hilo de voz.

—Ven, te enseño.

Sin embargo, Sárika no se movió.

—¡Vamos, no tengas miedo! —dije entonces, ya con cierta superioridad masculina—. No les hago daño a los niños buenos, solo lucho por la justicia, como Sándor Rózsa.

Fue una frase bonita, al menos a mí me pareció extraordinaria, pero parece que a Sárika no le hizo el menor efecto. Seguía inmóvil, con la mirada baja, escarbando en la acera con la punta del zapato. Me puse en pie y me acerqué.

—¿Por qué no quieres jugar conmigo?

—No me dejan —respondió apresuradamente, casi en un susurro.

—¿No te dejan? —pregunté pasmado—. ¿Te lo han prohibido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Porque sí —repetí con impaciencia—. Vamos, dime por qué.

No me contestó. Seguía allí, con la mirada hundida y rascando la acera.

—Te acabo de salvar la vida, ¿y tú no respondes? —dije yo con el orgullo herido de un general victorioso—. A ver, ¿por qué no te dejan?

Sárika se encogió levemente de hombros y con los ojos bajos y voz atropellada farfulló:

—Porque eres hijo de la tía Rozika.

Sentí que me ponía rojo como un tomate. De sobra sabía que no me consideraba hijo de la tía Rozika por ignorancia; todo el pueblo nos llamaba así, a los bastardos, y lo sabíamos, lo sabíamos muy bien. La constatación simple y llana de que era «hijo de la tía Rozika» resultaba casi tan insultante y denigrante como que te llamaran «judío». Era como estar marcado al fuego, igual que el ganado que llevan al mercado. Más de una vez, al ir tranquilamente por la calle, de repente había oído desde una ventana o de detrás de una valla a un coro burlón de chiquillos de mi edad:

—Hijo de la tía Roziiika, ¿dónde está tu padre…?

Bueno, estaba acostumbrado a eso. Pero que lo dijera precisamente la niña a quien acababa de salvar la vida…

—¡Judía asquerosa! —Y de mí brotó un odio tan siniestro e infinito que escupí a la cara a la misma niña por la que unos minutos antes hubiera sacrificado la vida.

10

Es evidente que ya antes estaba al tanto de que algo no andaba bien en relación con mi ascendencia. Pero uno, con el paso del tiempo, se habitúa y sobrevive a todo, a todo menos a la propia muerte. Mi estómago de campesino había digerido comida de perro; mi alma de campesino, una vida de perros. Tengo que admitir que de vez en cuando me entristecía oír tras una valla aquella burla cantada a coro, pero era como un resbalón emocional; la herida no se infectaba y sanaba casi sin dejar huella.

Sin embargo, aquella pálida chiquilla judía dio de pleno en mi corazón. Ya no hizo falta que me lo gritaran desde una cerca; empecé a oír sin parar la terrible pregunta y nunca más he podido rehuir la respuesta. La cuestión me seguía como la sombra y no paraba de torturarme el oído: «Hijo de la tía Roziiika, ¿dónde está tu paaadre…?».

Nació en mí un odio horrendo y recalcitrante contra mi madre. La culpaba de todos los males. Aquella criada desconocida había echado a perder mi vida, por su culpa era el perro del pueblo con el que no se paraba a hablar ni siquiera una niña judía. ¡Ya verás lo que pasará si vuelves a aparecer por aquí con tu cara de mojigata! —la amenazaba para mis adentros—. ¡Vas a oír a tu querido hijo!

No tuve que esperar mucho. Dos o tres días después de la pelea llegó de Budapest la postal, en viernes, como de costumbre, y el domingo llegó ella. Siempre había detestado sus visitas, pero esta vez la esperé con impaciencia. El odio me consumía. ¡Ahora saldaremos cuentas!, me prometía, y me chirriaban los dientes.

Al quedarme a solas con ella le pregunté sin más:

—¿Por qué no me hablas nunca de mi padre?

Mi madre me miró petrificada. Primero enrojeció y luego palideció, por lo que su rostro oliváceo adquirió un peculiar tono verde amarillento.

—¿De tu padre? —repitió con voz hueca y, siguiendo su costumbre, miró alrededor para ver si alguien la oía.

—¡Sí, de mi padre! —contesté con obstinación.

Estábamos sentados bajo el viejo melocotonero, en el banco destartalado. Mi madre se mostraba inquieta.

—¿Qué quieres saber? —preguntó con aparente soltura, aunque su voz era insegura y entrecortada.

—¡Todo! Quién es, cómo le va… —contesté implacable.

Vi que no sabía qué decir y saboreé con perfidia su sufrimiento. Sus pequeños ojos negros parpadearon asustados, en la sien se le hincharon las venas, no sabía qué hacer. De manera automática abrió su gastado bolso, rebuscó en él, sacó un pañuelo, se lo pasó por la nariz seca, lo guardó y cerró el bolso con parsimonia. Por fin, como quien no tiene otra alternativa, suspiró profundamente como una anciana y afirmó:

—El pobre ha muerto.

—¿Ha muerto? —pregunté pasmado, porque esperaba cualquier respuesta menos aquella.

—Sí, que descanse en paz.

Siguió una pausa larga e incómoda. El patio vibraba del alboroto dominical de madres e hijos, y sin embargo a nuestro alrededor reinaba el silencio. Era un silencio tangible, como si se hubiera materializado, como si hubiese tomado asiento entre los dos. Yo no sabía cómo reaccionar. Desde el viernes hasta el domingo no había hecho más que pensar en esta conversación, me había preparado para todas las respuestas posibles e imposibles, menos para esta. Sin embargo, ni por un instante me creí lo que decía mi madre. Sabía que mentía.

—En el pueblo se oyen otras cosas —dije, y me di cuenta de que tenía la voz ronca.

—¿Qué se dice en el pueblo?

—¡Pues dicen otras cosas sobre mi padre!

La voz de mi madre tembló de rabia. Me lanzó una mirada airada, como si yo tuviera la culpa de que todo hubiera sucedido tal y como sucedió. Aquello me enfureció aún más.

—Vamos, ¡no hagas como si no supieras nada! —brotó de mí la furia contenida—. ¡Lo sabes muy bien!

—¿Qué? ¿Qué es lo que sé? —me chilló, y de repente dejó de importarle que la pudieran oír los demás—. ¿Cómo te atreves a hablarle así a tu madre?

No contesté. Miraba obstinadamente al suelo y disfrutaba de la irritación de mi madre. Con mi aparente tranquilidad aún echaba más leña al fuego.

—¡Perro desagradecido! —gritó bajando la voz, porque al parecer había vuelto a acordarse de que había otras personas en el patio—. Yo trabajo día y noche como una burra, me dejo la vida, envío todo ese dinero ¿y así es como me lo agradeces?

La escuchaba con el corazón frío y hostil. En aquel momento la odiaba con todas mis fuerzas. Me vinieron a la cabeza las palabras que había dicho la vieja ante los demás chiquillos: «¡Escribe a la sorra de tu madre y dile que no haga hijos si no es capas de mantenerlos!».

—¡Tú eres mi madre y es tu deber cuidar de mí! —solté con descaro.

—¿Conque esas tenemos? —Se puso en pie de un salto—. ¡Al carajo tú y tu padre!

Y me dio tal bofetón que me caí del banco. Mi madre tenía unas manos grandes y huesudas, la cara me dolía horrores, pero por nada del mundo me hubiera echado a llorar. No estaba arrepentido, ¡todo lo contrario! Necesitaba aquella disputa turbulenta y quizá también el guantazo. Mis nervios alterados absorbían con avidez enfermiza el aire cargado de electricidad que presagiaba tormenta. Había perdido toda sobriedad. Mi alma de niño humillado vibraba por la terrible embriaguez de la venganza. Deseaba que se

produjera una especie de cataclismo, que todo explotara y que todo el mundo se pusiera patas arriba.

—¿Quién te ha metido en la cabeza estas cosas, majadero? —chilló mi madre.

—¡Lo dice incluso la vieja! —repliqué con malicia al levantarme del suelo—. ¡Y unas cuantas cosas más!

—¿Más cosas? ¿Como cuáles?

Casi me sentó bien espetarle:

—Que eres una puta de las peores.

—¿Qué? —gritó desgañitándose—. ¿Qué ha dicho esa vieja ramera?

—¡Pues eso! —contesté, y sentí una satisfacción repulsiva y bestial.

Entonces ya nos habían rodeado las madres y sus hijos, todos boquiabiertos; hasta Ilona, la criada de mirada boba, había salido corriendo de la cocina.

—¿Qué ha pasado, querida? —le preguntaban a mi madre—. Diga, ¿qué es lo que ocurre?

Mi madre no contestó. Repartiendo empujones a diestro y siniestro apartó a las mujeres que atraídas por la curiosidad se habían congregado a su alrededor, y echó a correr en dirección a la cocina con los ojos encendidos.

—¡Estrangularé a esa vieja puta! —gritó—. ¡Yo la mato!

Las madres echaron a correr tras ella. Se olvidaron de mí.

Entonces comprendí lo que había hecho. De repente yo también eché a correr, pero no en dirección a la casa sino en sentido contrario. A raíz del griterío se había agolpado gente en la puerta de la calle, y me di cuenta de que por allí no podría salir. Ante el establo había un carro cargado de heno, así que me subí a él con rapidez y desaparecí como la proverbial aguja en el pajar.

En el patio se armó un alboroto de mil demonios. Gritos, maldiciones y gente yendo y viniendo. Oí que me buscaban. Me asomé sin atreverme a respirar siquiera. A través del heno vi que mi madre, la vieja y todo el tropel de mujeres corrían hacia el establo.

—¿Dónde está ese canalla? —vociferó la vieja—. ¡Le voy a sacar los ojos!

—Grite todo lo que quiera —chilló mi madre—, pero esas cosas un niño no se las saca de la manga.

—¿Que no? —bramó la vieja, y se plantó ante mi madre con los brazos en jarras—. ¿Me está llamando mentirosa? Cierre esa bocaza, querida, que si no la sacarán de aquí con los pies por delante. Pagar, no paga, pero sí insulta. A ver. ¿Qué era lo que berreaba antes en el patio?

—Que esas cosas un niño no se las saca de la manga —repitió mi madre con obstinación.

—He preguntado qué era lo que gritaba antes en el patio. ¿Mi entiende?

Mi madre no respondió. Se le saltaban las lágrimas y tiritaba.

—Ahora no respondes, ¿verdad? Eres un gusano cobarde —gritó la vieja pasando al tuteo—. A ver, ¿quién es la puta de las dos?

—¡Yo no! —dijo mi madre con la voz quebrada—. A mí nunca me ha pagado ningún hombre. Yo trabajo día y noche por mi hijo.

—Vamos, vamos —gritó la vieja, apuntando con el índice al rostro de mi madre—. ¡No seas tan orgullosa, majadera! Te conozco muy bien, pajarraca. No te hagas la santa. Ni siquiera querías traer al mundo a ese renacuajo sarnoso. Ibas de un lado al otro como una loca, de curandera en curandera, para librarte de él. Solo querías al macho, pero no al hijo. Ahora tampoco pagas por él como las demás. Si por ti fuera tu bastardo podría morirse de hambre, mientras tú puteas por Budapest…

—¿Qué ha dicho? —preguntó mi madre con la voz áspera y a la vez amenazadoramente tranquila.

—Lo que he dicho, dicho está —repuso la vieja y miró desafiante a los ojos de mi madre.

Durante un instante reinó un silencio mortal. Luego mi madre emitió un chillido bestial y asió por el cuello a la vieja.

—¿Tú me dices eso, tú? —gritó a todo pulmón, y cayó al suelo sin soltar a la vieja—. ¡Vieja puta! ¡La zorra del pueblo!

—¡Asesina! —gimió la vieja—. Asesi…

Se le cortó la voz, solo le salían unos sonidos roncos.

Cerré los ojos instintivamente. Me hubiera gustado taparme los oídos, pero no me atreví a moverme, quizá tampoco tenía fuerzas suficientes para ello. Todo mi cuerpo temblaba.

Al abrir los ojos vi que la vieja estaba tendida en el suelo, inconsciente; a mi madre no la vi por ninguna parte. Todas corrían asustadas de un lado al otro en medio de un caos sobrecogedor. A la vieja trataban de reanimarla tres personas a la vez. Le hacían friegas con vinagre, le ponían compresas de agua fría, le daban a oler algo. Una de las mujeres fue corriendo a la taberna para llamar al tío Rozika, otra quería llamar a los gendarmes pero la disuadieron. Parecía que, en medio del alboroto, mi madre había puesto pies en polvorosa.

Por fin la vieja volvió en sí. Las pobres y desgraciadas muchachas —que la odiaban tanto como mi madre— no dudaron en aprovechar la ocasión para ganarse sus favores.

—¡Querida tía Rozika…! ¡Amada tía Rozika…! ¿Dónde le duele, tía Rozika…?

La mimaban, la agasajaban, la colmaban de atenciones. Cinco de ellas la levantaron del suelo, le sacudieron el polvo, la acariciaron, compadeciéndose. Fueron hacia la casa con la vieja renqueante, como si llevaran al Santísimo.

De repente todo quedó en calma. Después del griterío desmesurado, el repentino silencio era pavoroso. A los cinco años de edad, había visto a un viejo jornalero morir ante mis ojos en pleno campo. Fue la primera vez que vi a una persona luchar contra la muerte, pero ni los ojos vidriosos, ni los temblores de las extremidades ni los angustiosos suspiros que soltó me asustaron tanto como el indescriptible instante en que los labios del moribundo quedaron abiertos y, de súbito, sin transición alguna, se hizo un silencio. En aquel momento recordé ese silencio y permanecí en el heno como acostado en un ataúd.

Había pasado muchos sobresaltos en la niñez, pero nunca había sentido tanto miedo. Hasta entonces tan solo tenía que temer las palizas y el hambre, pero ahora también temía que la vieja me echara de la casa y que tuviera que irme con mi madre a Budapest. No me podía imaginar nada peor, si bien sería difícil explicar por qué. Peor vida que aquella no me podía esperar en Budapest. Aunque mi madre me hubiera prometido el paraíso terrenal, donde vestido con un traje bordado en oro se pudiera patinar sobre tocino ahumado, yo habría preferido arrodillarme ante ella y suplicarle que me dejara en el infierno comiendo pan duro.

—¡Prefiero morir! —dije entre dientes, si bien desde que había visto morir al viejo jornalero me aterraba la muerte.

No me atrevía a salir. Los minutos caían sobre mí como gotas de lluvia desde un canalón agujereado, con lentitud letal.

El patio estaba vacío. Nadie me buscaba.

Pronto oscureció. Oí a las huéspedes despedirse en voz alta, el triste mugir de las vacas que volvían del campo, el abrirse y cerrarse de la puerta de la calle, el tintineo apagado de los cubiertos colocados para la cena y el cuchicheo lejano de los niños que se retiraban a dormir. Luego quedé a solas con el silencio.

Ya nada se movía y, no obstante, yo seguía oyendo ruidos, rumores misteriosos, crujidos que me ponían los pelos de punta, que quizá procedían de otro mundo; unos murmullos insondables e indescriptibles que solo oyen los niños por la noche, cuando brilla la luna, se balancean las sombras y el miedo cabalga sobre los tejados montado en una escoba. En aquel momento me senté y agucé la atención con respiración contenida. El hechizo se rompió sin más, y reinó un silencio ordinario, cotidiano.

El mundo estaba muerto, muerto, muerto. La fría y malvada luna llena hacía muecas en el cielo. El jardín se me apareció negro y plateado como un ataúd.

El miedo me hizo vomitar. Sentí escalofríos, entre castañeteos recé el padrenuestro. Luego me pareció que yo también moría.

Me quedé dormido.

11

Pasé varios días escondiéndome de la vieja. De madrugada, antes de que despertara la casa, salía a escondidas por la puerta de la calle y solo regresaba por la noche, a hurtadillas, cuando ya todos se habían retirado. Me acosaban el hambre y el miedo, y las noches estaban plagadas de espectros. Por la ventana, bañada por la luna, se asomaban unos espeluznantes ojos verdes y por el patio andaba un ahorcado envuelto en una larga sábana. Si por debajo de los árboles pasaba un murciélago o el viento mecía un arbusto, creía que era la vieja que venía a echarme en mitad de la noche. En la espera daba diente con diente, pero pasaron los días y la vieja no venía. Por dinero estaba dispuesta a vender hasta el alma de un inocente y mi madre le debía mucho. Así que no me puso de patitas en la calle. Me retuvo a modo de rehén.

Ya estaba a punto de desfallecer de hambre cuando una mañana los niños me comunicaron que la noche anterior la vieja había mandado a Ilona repartir la cena, porque otra vez «le había dado por rezar». Fui a su habitación y me arrodillé a su lado. A esas alturas ya recitaba la oración con la misma apatía que un pregonero anunciando las disposiciones sobre el vacuno tras golpear tres veces su tambor. La vieja volvió a perdonarme pero, como más tarde me enteré, no lo hizo simplemente por «caridad cristiana». Ilona me contó muy en secreto que había llegado un giro postal enviado por mi madre y la vieja le había escrito una carta diciendo que el niño «podía quedarse», siempre y cuando llegaran con puntualidad las sumas mensuales, pero que mi madre no podía volver a cruzar el umbral de la casa.

Mi madre, al parecer, acató el ultimátum, y lo que es más, se resignó a él, porque a partir de entonces y durante ocho años no vino a verme.

Sigo sin entenderla del todo. Está claro que no se desvivía por mí, pero no por eso dejaba yo de ser su hijo, sangre de su sangre, según las leyes de la naturaleza. Pero ¿es posible juzgar con las leyes de la naturaleza a una sociedad cuya estructura resulta —por decirlo con delicadeza— bastante antinatural?

No puedo juzgarla, pero tampoco defenderla. Era mi madre y era como era. No fue ella quien decidió venir a este mundo, ni tampoco eligió el mundo en que le tocó vivir. Quién sabe por lo que pasarían su pobre y humillada alma y su cuerpo de sierva durante aquellos ochos años, extremadamente largos, en medio de inflaciones y deflaciones, demencias políticas, miserias del corazón, trabajos inhumanos y las vicisitudes brutales del paro… Y más allá de todo eso: «¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?».

Ocho años son mucho tiempo en la vida de un niño. Los años, que transcurrían de manera imperceptible, poco a poco borraron de mi mente la imagen de mi madre hasta el punto de que apenas me acordaba de ella.

La vieja seguramente se percató de lo mucho que temía que me echara, porque no dejaba escapar ni una ocasión de amenazarme con ello.

—¡Quietesito, canalla —me decía—, que si no ti echo y tendrás que irte a Budapest con la puta de tu madre!

De esta forma, en mi vida, mi madre hacía las veces de coco o de bruja malvada: me amenazaban con ella. En realidad ya no me ataba a ella ningún otro vínculo emocional, y con el paso del tiempo, igual que los niños empiezan a dudar de la existencia del coco o de las brujas, a mí también me surgió la vaga sospecha de que tal vez ya no tenía madre, que había muerto hacía tiempo, solo que no me lo habían dicho para poder seguir amenazándome con ella.

Nunca reconocí ante nadie, ni siquiera a mí mismo, que yo también necesitaba de ese algo que los adultos llaman amor materno y que a mí me seguía pareciendo una cosa extraña y rimbombante. Al cabo de una temporada noté en mí síntomas muy peculiares. Los domingos, cuando llegaban las madres de los demás niños, no soportaba quedarme en casa. Sentía el hormigueo de una irritación vaga y morbosa. Me marchaba en cuanto almorzaba y solo volvía para cenar, cuando las visitantes ya se habían despedido.

—¡Huele a madre! —gruñía entonces, haciendo muecas y echando miradas agudas a los chicos que ese día habían recibido la visita de sus madres. A la hora de cenar, los chicos aguantaban mis comentarios porque sabían que de otra forma habría pelea, y no andaban equivocados. En aquellas ocasiones no convenía meterse conmigo.

No, no soportaba el «olor a madre». En verano me escapaba, pero en invierno no podía pasar mucho tiempo a la intemperie. Mi vestuario —para expresarme con elocuencia— dejaba bastante que desear. En invierno llevaba la misma ropa que en verano, tenía los zapatos rotos y el abrigo solo lo conocía de oídas. ¿Qué remedio me quedaba? Como un perro huraño atado a su caseta, me retiraba a un rincón y desde allí observaba mudo y de mala gana las sentimentales escenas familiares. De vez en cuando alguna que otra madre se compadecía de mí y me dirigía la palabra, pero yo solo les daba respuestas escuetas y mordaces y tras ello me iba. Las odiaba. Incluso llegaba a sentir malestar físico. Tenía náuseas, se me revolvía el estómago. El «olor a madre» me provocaba vómitos.

Aborrecía los larguísimos domingos de invierno en que la noche caía temprano. Me acuerdo de que en ocasiones, todavía por la tarde, elegía a un niño colmado de mimos y regalos y, cuando llegaba la noche, en cuanto se iba su madre, le pegaba sin motivo aparente.

—¡Vamos, llora, corazoncito mío! —lo consolaba entre dos bofetadas—. ¡La próxima vez mamá le traerá un chupete a su bebé!

Había entre nosotros un niño llamado István a quien aporreaba con especial dedicación las noches de domingo. Este István, mejor dicho Istvány, como lo llamábamos, era un chiquillo tranquilo y bonachón. Yo no estaba enfadado con él sino con su madre. No había madre más loca que aquella, y eso que por la casa pasaban madres de todas clases. Había entre ellas mujeres tan blandas de corazón que se deshacían nada más mirar a sus vástagos, pero todas se quedaban cortas al lado de la madre de Istvány. En mi vida he visto a mujer que estuviera tan loca por su hijo como aquella criada que era casi una niña. En secreto Istvány también adoraba a su madre, pero el pobre no se atrevía a demostrarlo. Cuando pensaba que yo no le veía, la besaba, la agasajaba como un amante a su amada. Se tildaban con los diminutivos más increíbles. «Hijito mío, corazoncito, palomita, clavelito de mi alma», piaba sin parar la criadita, y también el niño llamaba a su madre «queridísima mamaíta» cuando pensaba que yo no le oía. Francamente, me daban asco. A Istvány lo comprendía un poco, al fin y al cabo aún era un niño y su madre le hacía muchísimos regalos, pero a la «mamaíta» adulta la consideraba simplemente una loca, y no solo de forma abstracta, sino en el sentido original y médico de la palabra.

Tengo que aclarar que esa «mamaíta» parecía, como mucho, una chica de quince años medianamente desarrollada. Debía de ser muy joven. A veces retozaba con su hijo con tal desenfreno que daba la impresión de que a ella tampoco le vendría mal una madre. Ya no recuerdo su rostro, pero sé que la consideraba muy hermosa, lo que en ocasiones me causaba una extraña inquietud, pues —como la mayoría de los niños— yo también era partidario de la teoría del blanco o negro; o sea, que pensaba que solo la gente simpática era hermosa, fuerte y sana, mientras que los antipáticos eran feos, raquíticos y repulsivos, como la vieja.

La madre gozaba de gran prestigio en la casa. La vieja la apodaba «Piroska de mi alma», y se ponía de lo más melosa cada vez que Piroska se presentaba los domingos. Esta inmensa dulzura no se debía tanto a sus virtudes maternales como a la facilidad con que soltaba el dinero. «Piroska de mi alma» llevaba el corazón en el monedero y la vieja sabía muy bien cómo acceder a él.

—Últimamente el niño está muy flacucho y enclenque —meneaba la cabeza—, no quiría desírselo por carta, querida, pero estoy preocupada, muy preocupada.

Bastaba con eso para que los ojos de «Piroska de mi alma» se llenaran de lágrimas y, tras una larga y excitada conversación, sacara el monedero. Desde ese día Istvány comía cada mañana huevos pasados por agua.

Y eso que «Piroska de mi alma» no era hermana del obispo de Vác, sino que estaba de fregona en Kaposvár, en casa de un abogado judío. No obstante, Istvány vivía a cuerpo de rey. Recibía un trato exasperantemente bueno. Le daban los mejores manjares y era el único de entre nosotros que comía algo a media mañana y merendaba por la tarde. La mayoría de los niños se tapaba con una burda manta tanto en verano como en invierno, y en cambio Istvány tenía un edredón y tres almohadas, dos grandes y una pequeña, cuando yo no tenía ni una. Todo eso «Piroska de mi alma» lo pagaba aparte, agotando —al parecer— la totalidad de sus escasos recursos. Durante años vino a vernos con el mismo vestido de percal viejo y, si había barro, andaba dando saltitos de puntillas como un gorrión porque tenía los zapatos rotos… Me acuerdo de que perdió diez florines en la estación y no pudo subir al tren porque no llevaba ni un céntimo más de lo que costaba el billete.

Pero nunca venía sin un regalo. Siempre le traía algo a su amado Istvány, aunque fuera una chuchería sin valor que sin duda había pescado en la basura de los señores. Para el invierno tejía chaquetas, bufandas, medias, muñequeras; su Istvány tenía hasta guantes y un gorro con borla.

Lo que era capaz de hacer esa media ración de madre por su hijo solo lo comprendí más tarde. Una vez —si mal no recuerdo, fue antes de las vacaciones de Pascua— el maestro pidió a los niños que leyeran un libro de cuentos y escribieran de memoria un breve resumen de su contenido. Así que el domingo Istvány le dijo a su madre que necesitaba un libro para las vacaciones.

—¡Ay, Dios mío! —se lamentó «Piroska de mi alma», y se le saltaron las lágrimas—. No tengo dinero, palomita mía.

—No importa —la consoló su hijo—, ya me lo traerás el domingo.

—Pero cómo voy a traértelo, cielito de mi alma, si hasta dentro de dos semanas no me dan la paga.

—Entonces tráelo en dos semanas. Se lo diré al maestro.

Eso era lo que había respondido Istvány, porque era un buen hijo, aunque no tranquilizó a su madre, que hizo pucheros y tuvo que disimular el llanto.

—Vida de perros es la de los pobres…

No obstante, el domingo siguiente le llevó un libro a su hijo, un libro bastante luminoso en el que ponía con letras doradas: *Código procesal civil*. Parece que la pobrecita no pudo soportar la idea de que su amado hijo no tuviera lectura para las vacaciones cuando así lo había ordenado el maestro, de modo que le robó a su patrón el *Código procesal civil* pensando que en ese libro había mucho para leer y que, si le servía al sabio de su señor, el abogado judío, también le serviría a su hijo.

Así era esa «mamaíta». Hubiera robado hasta las estrellas del cielo si su hijo las hubiera necesitado.

Una vez, al entrar en la habitación, vi que hacía arrumacos a su Istvány como si fuera un niño de pecho. Debí de mirarlos con cara extraña, porque Istvány se sobresaltó mucho. Quiso librarse del abrazo de su madre, pero esta no lo permitió.

—¿Qué te pasa, angelito? —preguntó inocente.

—¡Déjame, mamaíta! —dijo el chiquillo haciendo aspavientos—. Se burlan de mí.

—¿Quién se burla de ti?

Istvány no se atrevió a decírselo.

—¿Es Béla? —preguntó «Piroska de mi alma», y al ver que Istvány no respondía me gritó—: ¡Béla, ven aquí!

Me acerqué refunfuñando.

—A ver, dime, ¿por qué te burlas de Istvány?

No contesté, pero tampoco bajé la mirada como suelen hacer los niños en tales casos. Me quedé allí sin decir nada, apretando la barbilla contra el pecho, mirando fijamente a los ojos de la muchacha para que viera que no les tenía miedo a las madres.

—Vamos, no seas tan arisco —dijo «Piroska de mi alma»—. ¿Es que a ti no te mima tu mamá?

—¡No! —repuse con rudeza, y la dejé cortada.

«Ya verás Istvány —musité—, esta noche toca venganza».

Salí a la cocina soltando tacos y me acurruqué junto al hogar. La cocina estaba llena de visitantes, no podía librarme del «olor a madre». Las criadas de domingo no paraban de cuchichear y todas eran irritantemente remilgadas y ñoñas, como si hubieran dejado su forma de hablar natural en casa, en el armario, con la ropa de diario. Yo odiaba a los adultos melindrosos y también a los niños; en general aquellas asquerosas tardes de domingo odiaba a todo el mundo.

Saqué la navaja y empecé a tallar una ramita. Quería hacer un silbato, pues ya llevaba varios días tratando de hacer uno sin éxito. Deseaba ardientemente tener uno. Al principio me pareció un sueño inalcanzable, como todo lo que costaba dinero, pero no me había dado por vencido ya que me había enterado de que uno mismo podía hacerlo con un trozo de rama de sauce.

Estuve un largo rato trabajando en aquel cálido rincón. No conseguía que el silbato sonara. De pronto la navaja me resbaló, se me clavó en el pulgar izquierdo y empezó a sangrar a borbotones. Me asusté y apreté el dedo para parar el flujo de sangre, pero fue en vano. No sabía qué hacer. No tenía pañuelo para vendármelo y tampoco me atrevía a acudir a nadie; una vez me había sucedido algo similar y tras el primer susto fui corriendo a la vieja, quien a

manera de consuelo me dio un soplamocos tan fuerte que nunca se me ha olvidado.

—¿Por qué no te has cortado el cuello? —chilló—. ¡Hubiera sido más efictivo, sinvergüensa!

Pero aquello había sucedido en la prehistoria, a los cuatro años de edad. Desde entonces había aprendido qué era la «reputación». Decidí presionarme el dedo sin decir nada a nadie. Tenía las manos y las piernas cubiertas de sangre, sentí náuseas y mareos. Caí desfallecido contra la pared.

De repente oí la voz de Piroska:

—¿Qué te pasa, Béla?

—Nada —rezongué.

—A ver, ¿qué te has hecho?

Piroska se agachó y, al verme todo ensangrentado en la penumbra del rincón, lanzó un grito:

—Dios mío, ¿qué le ha pasado a este niño?

Todos se agolparon a mi alrededor. Piroska corría de un lado a otro como si se hubiera prendido fuego en la casa. Trajo agua en una palangana, sacó un trapo limpio de alguna parte, me lavó y me vendó el dedo, luego me abrazó y me llevó a la habitación. Echó a las madres que estaban sentadas en el diván, me acostó, se sentó a mi lado y me mimó como hacía otras veces con Istvány.

—¿Estás mejor, Béluska? —trinó—. Vamos, ¡ríete un poco, Béluska…!

A mí nunca me habían llamado Béluska; es más, le hubiera partido la cara a quien me hubiese llamado así. Pero ese día no rechisté. Aguanté que me llamara Béluska y también soporté sus mimos, y me di cuenta avergonzado de que, olvidada mi reputación, sus zalamerías me sentaban la mar de bien. Aquella noche no le pegué a Istvány.

El domingo siguiente caía a primeros de mes. Eran días en los que Piroska siempre llegaba con un montón de paquetes. En esa ocasión también trajo cuatro o cinco; claro que todos eran pequeñitos y los podía haber envuelto juntos, pero Piroska era una

madre astuta y conocía muy bien el alma de los niños. Había envuelto cada regalo por separado con tres o cuatro capas de papel, para lograr un mayor efecto, y atado cada uno con cordones de colores.

Istvány abrió con excitación los paquetitos y yo lo observé con envidia desde el rincón. Ese día no podía estar enfadado con él, lo que aún me hacía sufrir más. Se me instaló en el pecho una tristeza pesada y nebulosa, y tenía un nudo en la garganta. Miraba a Piroska, que no apartaba el rostro radiante de su sobreexcitado hijo, y de repente comprendí que aquella madre no estaba loca, lo cual me dolió tanto que casi pierdo la razón. Quise salir para no verlos, pero al moverme Piroska me llamó:

—¡Ven aquí, Béluska!

Y fui.

—Toma —me dijo sonriente, y me colocó en la mano un paquetito.

La miré consternado. No comprendía la situación. ¿Para qué iba alguien a dar un paquetito a un bastardo al que ni siquiera conocía?

—¡Vamos, ábrelo! —me animó—. Es para ti.

Las manos me temblaban tanto que apenas pude deshacer el nudo. En el paquete había una cajita; en la cajita algodón, y en el algodón un silbato de metal. Cuánto tiempo llevaba deseándolo… y ahora no podía alegrarme. No hacía más que mirarlo y mirarlo, y sentía el corazón tan pesado como si fuera de plomo.

—¿No te alegras, Béluska? —me preguntó Piroska—. ¿No querías tener uno?

—Sí, señora —tartamudeé—, me alegro.

—A ese no vale la pena darle nada —berreó la vieja, y me lanzó una mirada furiosa—. ¡Al menos le podrías dar las gracias a doña Piroska!

Tenía el alma tan llena de gratitud que habría colmado de besos la mano de doña Piroska; pero ahora, tras el latigazo de la vieja, ni siquiera pude darle las gracias. Me quedé parado, con el silbato tan largamente anhelado en la mano, mirando al suelo sin saber qué

hacer. Luego, sin decir nada, giré sobre mis talones y salí corriendo al patio.

Nevaba, reinaba un gran silencio de domingo invernal y caía la noche. Me paré en medio del patio e hice silbar mi regalo. Este sí que sonaba, no como el de sauce. Produjo un sonido agudo, cortante y magnífico, los árboles nevados casi se estremecieron al oírlo. Luego volvió el silencio. Entonces me senté en un tocón y empecé a llorar desconsoladamente.

A partir de ese día, los domingos por la tarde no salía de casa. «Hay mucho barro —me dije el primer domingo—, y tengo los zapatos rotos». Pero luego llegó el verano y trajo una sequía que hasta en la iglesia hubo que rezar para que lloviera, pero a mí no me apetecía salir. Hiciera buen o mal tiempo, yo me quedaba en casa los domingos, esperando como los demás niños. Y eso que nunca más me dieron paquetito alguno, aunque no era eso lo que yo esperaba, sino a la persona que los traía.

Por nada del mundo me acercaba a ella. Me sentaba en un rincón apartado del patio y esperaba que vertiera todo su cariño en Istvány y que por fin se acordara de mí.

—¿Por qué no vienes aquí, Béluska? —me preguntaba, y el corazón me daba un vuelco. Me hubiera gustado ir volando, pero en lugar de eso ponía cara de mucho sueño y me acercaba a paso lento, a regañadientes, como si no le diera mucha importancia. Me sentaba a su lado con un bostezo y callaba. Un día me preguntó por qué era «tan arisco», pero a diferencia de mi madre ella sabía cómo darle la vuelta al asunto. Me dio un sonoro cachete en el trasero y luego echó a correr como si la hubieran pillado robando.

—¡Tú la llevas! —gritó, y yo, el Béla serio y celoso de su «reputación», sin darme cuenta, me vi jugando al tú la llevas a grito pelado.

Otro domingo trajo una baraja y me enseñó a jugar a Pedro el Negro. Los tres pasamos toda la tarde jugando a las cartas. Tanto Istvány como yo estábamos muy emocionados, como si del juego

dependiera la salvación de nuestras almas, pero ninguno de los dos se emocionó tanto como la adulta, doña Piroska.

Se sabía todos los juegos de niños y se los tomaba muy en serio. Con ella aprendí el adivina adivinanza, el piedra, papel y tijera, el veo, veo y muchos más. Era la mejor corriendo, la mejor jugando a la pelota e incluso la que pegaba más fuerte al «adivina quién te dio», lo que hacía con mucho convencimiento.

También se inventó un juego: la consulta del dentista. Istvány hacía de dentista y yo de enfermero. Piroska echaba a todos de la habitación, salvo a Istvány y a mí, luego cerraba la puerta con llave y se escondía bajo el diván. István se colocaba las gafas de la vieja y esperaba a los pacientes blandiendo unas enormes tenazas. Yo abría la puerta y decía con la cara más seria que podía: «El siguiente».

El paciente entraba y nosotros, claro está, lo hacíamos sentar en el diván.

—¿Qué muela le duele? —inquiría Istvány con gran seriedad.

—Esta, esta de aquí —se quejaba el niño con preocupación fingida, ya que anteriormente le habíamos aclarado que no debía tener miedo, que todo iba en broma.

—Pues esta muela hay que sacarla —sentenciaba el médico—. No tiene miedo, ¿verdad?

—¡Qué voy a tener miedo! —contestaba el mozuelo, que no tenía ni idea de lo que le esperaba.

En ese momento, cuando Istvány abría y cerraba amenazantes sus tenazas y el hierro frío tocaba los labios del niño, desde debajo del diván Piroska pellizcaba al paciente, que en el primer momento del susto pensaba que le habían sacado de verdad una muela, por lo que soltaba un berrido espantoso.

En ocasiones, cuando no se le ocurría nada mejor, Piroska me cogía de la mano y empezaba a hacerme cosquillas como a un bebé. Lo más chocante era que yo no solo lo soportaba, sino que en secreto disfrutaba de este juego degradante, porque a las cosquillas Piroska solo jugaba conmigo; ni siquiera su hijo Istvány tomaba

parte en él. Hasta allí había llegado. ¿Para qué seguir enumerando datos infamantes? Llegué tan bajo que con doña Piroska incluso jugaba a las palmas en público.

A veces me daba cuenta de que los chicos me observaban con semblante burlón, como diciendo: ¿Tú también, chaval? En esas ocasiones me sentía muy avergonzado. «Si las cosas siguen así —pensaba—, se vendrá abajo mi "reputación"». Por desgracia no fue así.

Un domingo de finales de junio Piroska llegó acompañada de un hombre con un buen mostacho al que condujo con mucha seriedad ante Istvány.

—Este señor es tu padre, Istvány —anunció con el rostro enrojecido por la emoción—. Bésale la mano, angelito.

Istvány miró alarmado al bigotudo. Al principio el pobre ni siquiera se atrevió a moverse del susto, pero luego cumplió la orden y besó tímidamente la mano del señor. El hombretón de pelo canoso acarició torpemente la cabeza del chiquillo.

—Es un niño bien majo —dijo asintiendo con la cabeza, y sonrió a Piroska.

Piroska cogió precipitadamente la manaza rosa del caballero y la colocó ante los ojos de Istvány.

—¿Qué es esto? —preguntó con tono enigmático, y señaló uno de los dedos de hombre.

—Un anillo —masculló Istvány.

—¿Qué tipo de anillo?

—Una alianza.

—Y esto, ¿qué es? —preguntó a la vez que señalaba su propia mano.

—Otra alianza.

—¡Así es! —dijo Piroska con mucho orgullo y en voz bien alta para que todos la oyeran—. ¡Es porque tu padre y yo nos hemos casado!

Istvány no replicó. Los demás domingos no paraba de hablar, pero aquella vez callaba junto a su pequeña madre y su enorme

padre, como si se hubiera manchado los pantalones.

El bigotudo se sentó en el banquito y puso al chico entre sus piernas.

—Así que de ahora en adelante vivirás con nosotros, Istvány —dijo—. ¿Te alegras?

Istvány asintió. Entonces se quedó allí, sin decir nada, entre las fuertes rodillas de su padre; era imposible saber si estaba contento o no.

Al enterarse de la gran noticia, apareció la vieja y se puso a gimotear emocionada. Alababa entre sollozos el buen corazón de «Piroska de mi alma» y sus virtudes cristianas, aunque hasta el niño más bobo habría adivinado que solo lloraba por ver menguados sus ingresos. Abrazó a Istvány y le dijo con patetismo:

—¡Dale las gracias a nuestro Señor Jesucristo, que tiende una mano a los pobres niños!

—¡Amén! —suspiró Piroska, feliz, y se restregó los ojos húmedos.

Aquel domingo se olvidó de mí. Por muchas vueltas que diera a su alrededor para llamar la atención, ella permanecía concentrada exclusivamente en su propia y recién forjada felicidad, y ni siquiera se fijó en mí. Así que ese era el valor de nuestra gran amistad. Dios mío. Me volvía a sentir tan desesperadamente solo como antes. El corazón me dolía tanto que parecía que el bigotudo, en vez de sentarse en el banco, se hubiera sentado en mi pecho.

Ya oscurecía. Los visitantes empezaron a liar los bártulos e Ilona recogió las cuatro cosas que tenía Istvány. Entonces, en medio de las despedidas generales, Piroska por fin se acordó de mí.

—Béluska —dijo emocionada—, ¡nos llevamos a Istvány!

Asentí con la cabeza sin decir nada. No me atrevía a mirarla. Tenía los ojos clavados en el suelo, me mordía los labios porque temía echarme a llorar.

—¡Pórtate bien, Béluska! —añadió—. El Señor Todopoderoso también te echará una mano a ti.

Luego me abrazó y me besó. Dios mío, ¡cuántas cosas me hubiera gustado decirle en aquel momento nublado! Me hubiera gustado darle las gracias por lo buena que había sido conmigo, por vendarme el dedo, por regalarme el silbato, por jugar a las palmas los domingos por la tarde y por meterse bajo el diván en la «consulta del dentista». Y mucho más que le hubiera dicho de no tener el corazón tan encogido y a rebosar de lágrimas que temía moverme por si se derramaba aquella inmensa cantidad de agua salada.

—¡Gra… gracias! —fue todo lo que pude decirle.

—¿Por qué me das las gracias, Béluska? —preguntó, asombrada.

—¡Por el… silbato, doña Piroska! —balbucí con torpeza, y eché a correr porque ya no era capaz de contener más el llanto.

Avergonzado, me escondí entre unos arbustos de aligustre, pero, al verlos cruzar la puerta de la calle, los seguí con discreción. No se dieron la vuelta, no me vieron. En realidad no quería hablar con ellos, Dios sabe por qué había ido tras ellos. Observé cómo iban los tres por la calle principal, a la izquierda la media ración de mamaíta, a la derecha el corpulento papá y en medio el niño Istvány, al que los dos llevaban de la mano.

Así terminó mi humilde historia con «Piroska de mi alma». Nunca más los volví a ver, pero en otra ocasión volvieron a hacerme llorar amargamente. Una mañana, el cartero cojo me trajo una postal: «Un saludo afectuoso, István K.».

Tan solo ponía eso, pero a mí me bastaba. Sabía que hasta entonces se había llamado István C., y quizá fue en aquella tarjeta donde escribió por primera vez el apellido de su padre.

Había dejado de ser un bastardo.

12

Para ser fiel a la historia, no puedo callarme el hecho de que tuve que pedirle a Gergely que me leyera la postal de Istvány, porque si bien ya había cumplido los nueve años, aún no sabía leer ni escribir. A los seis años de edad, cuando salía henchido de orgullo con los otros niños en dirección a la escuela para matricularme, la vieja me agarró de la oreja y me llevó de vuelta a casa.

—¡Faltaría más, condenado golfo! —bramó indignada—. La sorra de tu madre lleva dos meses sin pagar un séntimo ¿y tú quieres ir a la escuela? ¿No se ti cae la cara de vergüensa? ¡Terminarás en la horca! No ti basta con comer de mi pan, que un mal rayo te parta el estómago ese tan hambriento que tienes, ¿también quieres ir a la escuela con mi dinero?

Yo estaba allí ante la vieja, que no paraba de berrear, como si me hubieran dado un golpe en la cabeza. La escuela había sido el mayor sueño de mi miserable infancia y ahora me enteraba de que era un golfo por querer matricularme. Las lágrimas me oprimían la garganta, pero mis ojos seguían secos. Era un bastardo, así que no dije nada. Pero ¿qué podría haber dicho? Si había enseñanza obligatoria, ni por asomo lo sabía, pero en cambio sí sabía que mi madre estaba otra vez sin trabajo; eso no me costaba entenderlo. Así, con esa sabiduría temprana, asumí que había sido en vano, que había fracasado en mi intento por robar educación. Me habían pillado con las manos en la masa.

Medio año antes quizá hubiera protestado, pero desde que mi madre le había saltado al cuello a la vieja no me atrevía a abrir la

boca. Temía que me echaran y me resignaba a agazaparme como un perro apaleado. La vieja seguramente pensaba que me había conformado con mi destino, pero en realidad no daba mi brazo a torcer. Pensaba como los campesinos. Al ver que el enemigo era más fuerte que yo, evitaba estrellarme en vano. Me atrincheraba en el sólido refugio del silencio y aguardaba. ¿Qué aguardaba? No lo sé. Quizá que se produjera algún milagro.

Nunca hablé de ello con nadie. A los chicos, si sacaban el tema, les decía que a la escuela solo iban los mocosos y que yo no era ningún mocoso. Pero en mi interior me moría de envidia cuando en las mañanas de otoño los demás salían cargados de libros o cuando a la hora de la comida discutían los asuntos de la escuela en una jerga enigmática, casi desconocida para mí.

Mientras tanto, me convertí en criada. Zsuzsa, la sirviente anterior, se había casado el día de la Purísima y desde entonces la vieja me mandaba hacer su trabajo. Yo lo hacía bien, a ella no le costaba dinero, ¿por qué iba a consentir que perdiera el tiempo yendo a la escuela? Me hice todo un experto en las labores domésticas, pelaba las patatas y fregaba el suelo con gran destreza, y de los animales me ocupaba tan bien que muchos adultos sentían envidia. Montaba a caballo sin silla y conducía el carro con mano tan firme que para trayectos cortos me dejaban ir solo.

Esa era mi actividad favorita. En tales ocasiones nadie me daba órdenes, me echaba atrás en el pescante como un señor y el caballo tuerto tiraba melancólicamente del carro entre traqueteos; mis pensamientos vagaban entonces por el mundo de los cuentos, entre hadas y palacios encantados. En la cabeza me rondaban historias fabulosas protagonizadas siempre por mí. Yo, el gran Béla, justo y famoso, me vengaba de los que maltrataban a los pobres, daba de comer a los hambrientos y hacía que los últimos fueran los primeros. En mis sueños el jamelgo tuerto se convertía en un corcel y el carro traqueteante en la cuadriga de un general victorioso que entraba a galope en el pueblo en medio de los vítores de la multitud. A veces me pasaba varios meses tejiendo el tapiz multicolor de mis

compañeros imaginarios, pronunciando encendidas arengas y diciendo pestes de mis enemigos.

¿Qué había sido del viejo Béla, el que tenía los pies en el suelo? Vivía envuelto en un mundo fabuloso y tomaba píldoras de fantasía para evadirme de la realidad. Tanto me acostumbré a ese juego peligroso que llegué a soñar con ser un príncipe salido de los cuentos que andaba descalzo y con la ropa raída para —tras examinar los males del mundo— administrar justicia como Dios manda. Me entretenía con grandes planes. Había previsto que de mayor reclutaría a los pobres en bandas, siguiendo el ejemplo de nuestra pandilla infantil, y, como Sándor Rózsa, robaría a los ricos para repartirlo entre los pobres.

—¡Ya veréis quién es Béla! —proclamaba empuñando con rostro siniestro el látigo, que en mis ensoñaciones hacía las veces de espada.

Creo que lo que esperaba era realmente un milagro. Lo malo es que no lo hubo. Los años iban avanzando como el carro de la vieja, los de primero pasaban a segundo, los de segundo a tercero, y yo seguía en el mismo sitio.

Tenía nueve años y medio pero aún no sabía leer ni escribir. Ya podría estar en cuarto, pensaba entonces, y me echaba a llorar desconsoladamente. Dios mío, ¿qué será de mí?

Cuando los chicos hacían los deberes, merodeaba a su alrededor como un perro, intentando sustraerles una pizca de sabiduría. Una vez le quité a Péter el cuaderno y pasé días examinándolo en la letrina. Pero ¿de qué servían un libro y la fuerza de voluntad si ni siquiera sabía distinguir la letra A de la B? «Si al menos supiera leer —pensaba—, entonces podría estudiar solo. Pero ¿así…?». En aquel instante veía muy claro que mis pretenciosos planes no eran más que fantasías infantiles; la realidad era bien distinta: no sabía nada en absoluto y con el tiempo sería como el caballo tuerto, que no hacía más que tirar del carro de la vieja hasta el día en que lo llevaran al matadero.

Por fin, en otoño de 1922, mi destino cambió de rumbo. Una mañana, mientras trabajaba en el campo de maíz, el porquero me dijo:

—Hijo, ¿y a la escuela cuándo vas?

—Cuando las ranas críen pelos —le contesté con la altivez habitual.

—¿Y aún no ha llegado la multa?

—¿A mí? ¿Por qué me iban a multar?

—A ti no, a la vieja.

—¿A la vieja? ¿Y eso?

—Pues por no mandarte a la escuela.

Eso me llamó la atención.

—¿Y por eso pueden poner una multa?

—Cómo no. Los niños tienen la obligación de ir a la escuela.

—¿También los niños pobres?

—Toma, claro. Niño pobre o niño rico, a la ley le da lo mismo.

Debo confesar que hasta entonces no había caído en la cuenta.

—¿Le da lo mismo? —pregunté, asombrado—. ¿Lo dice en serio, tío János?

El viejo asintió con la cabeza.

—Vaya, hijo, ¡qué sorprendido estás!

—¡Pues sí! —dije. El corazón me latía como queriendo escaparse de su cavidad—. Bueno, que Dios le bendiga, tío János.

Con eso di media vuelta y desaparecí en un abrir y cerrar de ojos. En mi interior bullía tal alegría que los que me vieron debieron de pensar que estaba borracho. Lo estaba. Las palabras del tío János me habían embriagado. Eché a correr exultante de alegría, trotando a través de pastos, praderas y tierras de labranza a toda velocidad. Resollando me tiré sobre la hierba y permanecí inmóvil. El vibrante silencio otoñal lo ocupaba todo, el sol abrasaba, en el aire flotaban rayos de la Virgen. Miraba al cielo y mis pensamientos se sucedían con fervor. Ya sabía lo que iba a hacer. Había concebido un gran plan: ¡iría a hablar con el maestro!

Pero no quería dar ningún paso en falso. Estuve tres o cuatro semanas preparándome para la crucial visita. Con la prudencia de un campesino sopesé todas las posibilidades: qué me preguntará, qué contestaré, qué hacer si… Pensé algunas frases largas y altisonantes y las repetí hasta aprenderlas al dedillo, como el padrenuestro.

Fijar la fecha de la visita también me causó quebraderos de cabeza. En día laborable podría decirme que tenía mucho que hacer y más bien poco tiempo; el domingo, en cambio, podría decir que estaba descansando, que no le molestase. A un niño pobre se le puede echar con cualquier excusa, pero por fin opté por el domingo. Sin embargo tampoco era tan fácil. Sí, el domingo, pero ¿cuándo? A primeras horas de la mañana seguro que lo encontraría en casa, pero si llegara a despertarlo se enfadaría y me echaría. Después de misa podría pillarlo delante de la iglesia, pero si había comulgado estaría con hambre y Dios me libre de tener que hablar con un señor hambriento. Por mucho que hubiera tomado el cuerpo y la sangre del Señor, se pondría a blasfemar nada más empezar a hablar con un pobre. Después del almuerzo, ya era otra cosa. Seguro que el domingo se llenaba la panza. Tras la comilona le entrará sueño y no querrá que le vengan con fastidios. Pero ¿comerá en casa? Es soltero. Quizá lo invitarían a un hogar con chicas casaderas, o a casa del cura o del médico. No, eso tampoco me gustó. Por fin me decidí por ir antes de la misa, pues eso era lo que prometía mejores resultados.

La víspera de aquel domingo no dormí mucho. Me desperté cada dos por tres y a las cinco de la madrugada ya estaba en pie. Caía una lluvia deprimente y fría, todo estaba tan oscuro como si fuera medianoche. Tiritando me retiré al establo, donde se estaba caliente, y volví a repasar mi rimbombante discurso. Cuando amaneció salí al pozo, y bajo la lluvia, que caía a chuzos, estuve media hora lavándome con agua fría. A Ilona le pedí prestadas unas tijeras y me corté las uñas de las manos y de los pies. Luego me puse ceremoniosamente la camisa limpia que ya tenía guardada

para la ocasión desde hacía dos semanas, porque en casos normales solo me daban ropa limpia cada tres o cuatro semanas.

Hacía un tiempo de perros, desalmado, una mañana de octubre concebida para suicidas. Las lluvias otoñales se habían iniciado hacía unas dos semanas y los caminos estaban tan embarrados que a uno le daba la sensación de pisar una masa de levadura en fermentación. Caminaba descalzo bajo la lluvia, ya que no tenía zapatos, y cuando llegué a la casa del maestro mis piernas llenas de lodo hasta la rodilla parecían la obra en barro de un tosco escultor.

El maestro vivía con su hermana soltera, a quien los chicos llamaban la Espantapájaros. Toqué el timbre y me abrió ella.

—¿Qué quieres? —preguntó con su peculiar voz chillona.

—¡Alabado sea el Señor! —entoné el discurso que me había aprendido al dedillo, pensando en que nuestro Señor Jesucristo también era pobre, algo que convenía recordar a los ricos—. Estimada señora, con todos mis respetos, tengo que hablar con el ilustre señor maestro de un asunto de vital importancia.

No sé por qué, pero estaba firmemente convencido de que si se hablaba con señores había que empezar cada oración con «estimado señor» o «estimada señora».

—El señor maestro está durmiendo —dijo escuetamente.

—Con todos mis respetos, en ese caso esperaré.

—Pues esperarás en vano —contestó impaciente, y se dispuso a cerrar la puerta—. El señor maestro no recibe en domingo.

«Empieza bien la cosa», me dije. Pero ni se me ocurrió irme. Me senté sobre una piedra, ante la valla, como quien se instala para un buen rato. «A la iglesia irá seguro —pensé—, y si no puedo entrar, hablaré con él cuando salga». Por si las moscas volví a repasar mi discurso de principio a fin y, como el maestro seguía sin salir, pasé la lección de nuevo. Me quedé acurrucado bajo la lluvia persistente y de repente a mis espaldas se abrió la ventana.

—¿Qué haces aquí, muchacho? —preguntó la Espantapájaros.

Me puse en pie de un salto y me cuadré como un soldado, tal como se lo había visto hacer a los *leventes*[2].

—Estimada señora, con todos mis respetos, estoy esperando.

—Pero ¿no te he dicho que el señor maestro no recibe a nadie?

—Sí, me lo ha dicho, estimada señora.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—Con todos mis respetos, al señor maestro.

—¡Vaya, qué bobo eres! —dijo la solterona meneando su cabecita de pájaro—. Vas a coger un resfriado con esta lluvia.

—Con todos mis respetos, estimada señora, es posible. Pero seguiré esperando.

La Espantapájaros sonrió. Que se vayan al diablo esas señoras tan finas, pensé, nunca se sabe por qué sonríen. ¿Qué tiene esto de gracioso?

—¿Tan importante es lo que tienes que decirle? —preguntó entonces en un tono más amistoso.

—Sí, estimada señora. Es tremendamente importante.

—Bueno, entonces entra, pero ahora mismo.

Volví a entrechocar los tobillos.

—Se lo agradezco con todos mis respetos, estimada señora.

Me acerqué a la puerta, pero antes de girar el picaporte miré alrededor, para comprobar que nadie me veía, y me santigüé. Era algo que no hacía otras veces, pero ahora quería tomar todas las precauciones posibles.

Por fin llegué ante el «ilustre maestro». El maestro estaba sentado a la mesa, en mangas de camisa, sin cuello, comiendo tocino con buen apetito. Era un hombre de buena planta, el típico húngaro de campo que nunca llegará a librarse del todo de su origen rural. Tenía el rostro huesudo, la piel bronceada y curtida, en las mejillas le habían florecido unas venas un poco azuladas, cuidadas con esmero y regadas con alcohol. Tendría unos cuarenta años. Era muy dado a la bebida, y también mujeriego; se contaban cosas de lo más curiosas acerca de él. Pero a los niños los trataba bien, siempre que no se le sacara de sus casillas, porque fácilmente se le escapaba una bofetada, y pegaba con mucha fuerza. Tenía un tórax de púgil, y viendo aquel cuello ancho, robusto y moreno no

podía concebir que se le cerrara el cuello de la camisa. Este hombre de rasgos un tanto asiáticos parecía un bisonte, pero me miraba tan tiernamente, y sus bigotes grandes y negros se movían de un modo tan bonachón al masticar el tocino que no sentí ni pizca de miedo.

—Bueno, ¿qué hay, muchacho? —preguntó afable, y echó un trago de *pálinka*, nuestro aguardiente, para bajar el tocino.

—Con todos mis respetos, ilustre señor —empecé con la voz algo temblorosa—, he venido a pedirle un gran favor al señor maestro.

—Bueno, ¡lárgalo!

Mordió la punta de un puro, lo encendió y se reclinó cómodamente en la destartalada silla.

—Mi humilde petición es que —dije en posición de firmes— por favor el ilustre señor deje que me matricule en la escuela.

El ilustre señor maestro se sorprendió.

—¿Cuántos años tienes, hijo?

—He cumplido nueve.

—Carajo, entonces, ¿por qué no vas a la escuela?

—No me dejan.

—¿No te dejan? ¿Quién es tu padre?

Sentí que me ponía como un tomate. Para esa pregunta no me había preparado. Permanecí callado y cohibido unos segundos, pero encontré una salida. Le dije con evasivas:

—Mi madre trabaja de criada en Budapest.

El maestro seguramente entendió la respuesta porque solo me preguntó:

—¿Con quién vives?

—Pues… con la tía Rozika.

—Hum. Y la vieja, ¿por qué no te deja ir a la escuela?

—Porque dice que mi madre no paga como es debido y yo tengo que trabajar a cambio de la comida.

El maestro se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Cómo? ¿Por qué trabajas?

—Por mi comida, ilustre señor.

El maestro meneó la cabeza y lanzó una mirada larga y expresiva a su hermana, que escuchaba la conversación apoyada en un viejo aparador. Pensé que la miraba así por estar enfadado con ella, ya que había dejado entrar en casa a un mendigo como yo. Ahora dirá lo que se suele decir en estas ocasiones, que, querido amigo, nada es gratis, ni siquiera la muerte, hasta al sacerdote hay que pagarle por el funeral. Pero yo había previsto esa posibilidad, no sin razón había invertido tanto tiempo en preparar la visita. Tenía la frase adecuada, tan solo faltaba pronunciarla. Empecé a decirla antes de que él pudiera tomar la palabra.

—Aunque soy pobre, ilustre señor maestro, yo no le pido que me enseñe gratis, no lo crea.

—¡Córcholis! —El maestro se sonrió—. ¿Así que también quieres pagar?

«Hay que ver —pensé—, enseguida sonríe cuando se habla de dinero».

—Dinero no tengo, estimado señor maestro, pero soy un chico fuerte, toque mi brazo, trabajaría a cambio de unas clases como es debido.

El maestro volvió a mirar a su hermana, pero esta vez sonriendo.

—¿Que qué harías? —preguntó.

—Trabajaría por las clases. Trabajaré a cambio de educación.

Al oír eso, la Espantapájaros se echó a reír en voz alta. «Ojalá te ahogues», pensé, porque me disgustaba ver que se burlaba de mí. Claro, resulta muy fácil despreciar el trabajo de los niños cuando los señores también pagan una miseria a los adultos. Pero incluso para esa eventualidad tenía un argumento preparado:

—Si no necesita mi trabajo le podría escribir una carta a Miklós Horthy, ya la tengo en mente, tan solo haría falta escribirla. Es una carta, señor maestro, que conmoverá a Miklós Horthy y sin duda pagará mis estudios.

Al oír eso el maestro se echó a reír. «Pues ahógate tú también», pensé, pero solo alcancé a decir con mucha humildad:

—Se lo suplico, a Miklós Horthy tampoco se lo pido gratis.

—¿No? —Se reía el maestro a carcajadas—. Y al señor regente, ¿cómo le quieres pagar?

—Pues en cuanto sea posible —expliqué— me enrolaría en el ejército o le sería útil al país de alguna otra forma, y entonces Miklós Horthy lo podría restar de mi sueldo.

Ahora eran los dos los que soltaban carcajadas. «Ojalá os muráis», me dije, y de lo enfadado que estaba se me escapó una frase que no había preparado de antemano:

—Discúlpeme, señor maestro, pero ¡un buen cristiano no le escatima una pizca de educación a un niño pobre como yo!

Con todo, seguían riéndose como locos sin parar. Me eché a llorar.

—¡Vamos, ven aquí, muchachito! —dijo entonces el maestro, y me tomó entre las rodillas—. ¿Así que quieres ir a la escuela cueste lo que cueste?

—Sí, señor —sollocé moqueando—. ¡Compadézcase de un niño pobre!

—¡Bueno, ya está bien, no llores! —gruñó afablemente, y me dio unas palmaditas en el rostro—. Dile a la vieja que venga a verme a la escuela mañana por la mañana.

Se me cortó la respiración.

—No se lo puedo decir, señor.

—¿No se lo puedes decir?

—No, porque la vieja me muele a palos.

—¿Te muele a palos?

—Sí —moquiteaba y sentía el sabor del agua salada en la boca.

El maestro no paraba de chupar el puro, que no tiraba bien. Entonces se le ocurrió algo y se irguió por completo.

—Bueno, entonces iré yo a verla —dijo—. ¡Espera un segundo, hijo!

Entró en la habitación contigua, se puso el abrigo y el sombrero, y unos minutos más tarde ya íbamos por la calle principal hacia las afueras del pueblo.

Avanzaba con malestar y desconfianza al lado del maestro de piernas largas, que parecía un bisonte. «¿Qué tipo de hombre será este? —pensé—. ¿Por qué hará lo que está haciendo? ¿Qué pretenderá? Si me dijera que "bien, puedes ganarte las clases, pero tienes que trabajar como una mula porque nada es gratis" lo comprendería. Pero no pide nada. Tan solo se muestra amable, como si no fuera un señor, y en un día como hoy, de lluvia y barro, va hasta la otra punta del pueblo por un bastardo que ni le va ni le viene. ¿Por qué?». Le tenía miedo a este hombre tan enigmático. Decidí no bajar la guardia.

Afortunadamente, la vieja no se había ido a misa, pues hacía días que le torturaba el reuma y apenas podía mover las extremidades de lo hinchadas que estaban.

—Quiero hablarle a solas —dijo el maestro cuando llegamos a casa—. Espera aquí en el patio.

Me escondí tras el arbusto de aligustre y esperé. Había dejado de llover, solo caía alguna que otra gota desde las ramas de los árboles, como los párpados de los ancianos, que de tan desgastados apenas pueden verter lágrimas. En el patio reinaba un silencio abierto y dominical. La casa dormía, como el palacio encantado del cuento. Tal vez habían transcurrido cien años desde que entró el maestro, y quizá no volvería a verlo hasta el día del juicio final. Los minutos pasaban deprisa pero el tiempo se había detenido. Tiritaba.

De pronto se oyeron unos gritos terribles procedentes de la casa. Escuchaba conteniendo la respiración, pero no lograba entender lo que berreaba la vieja. El maestro soltaba injurias. De repente se abrió la puerta y aquel hombre hercúleo salió bruscamente al patio con el rostro sofocado.

—¿Me oyes? —me gritó—. ¡Si mañana a las ocho no estás en la escuela te parto los huesos! ¿Entendido?

Dios mío, ¿que si lo había entendido? Ni una palabra amable me había hecho tan feliz como aquella amenaza. Entrechoqué mis tobillos desnudos y embarrados y exclamé en tono militar:

—¡A la orden, señor maestro!

Se me empañaron los ojos, como les ocurre a las muchachas cuando se prometen en secreto con un estudiante; sin duda sentía que me había comprometido con la felicidad. Pero entonces me dieron tal colleja por detrás que me empezó a sangrar la nariz. Conocía muy bien la mano de la vieja, no necesitaba girarme, salí corriendo. Huí a la pradera y pegué brincos como un potrillo enloquecido.

—¡Iré a la escuela! —grité—. ¡Iré a la escuela!

Sí, aquella mañana me casé con la felicidad.

Cuánto placer sentía las mañanas de otoño al trotar hacia la escuela cargado de libros y al mediodía discutiendo con los niños en aquella jerga enigmática que había dejado de serme desconocida.

Qué placer despertarse por la mañana sabiendo que me esperaba la escuela, y acostarme por la noche pensando que el día no había transcurrido en vano.

Ya ni siquiera espiaba a las chicas que se desvestían junto al río. Mi precoz inquietud sexual desapareció como por arte de magia. No me interesaba nada más que los estudios.

Fui el mejor alumno, y eso que no podía enorgullecerme de tener facilidad para los estudios. La mía era una cabeza campesina poco ventilada a la que le costaba abrirse, pero una vez que me aprendía algo se me quedaba tan fuertemente grabado como los anillos en el tronco de los árboles.

En casa únicamente podía estudiar en secreto. Por las tardes tenía que trabajar, porque la vieja no me dispensó de ello, y por las noches nos mandaba directos a la cama. Ay del que estuviera despierto después de las ocho de la noche; a mí me perseguía con especial vehemencia. De modo que me hacía el dormido hasta que todos conciliaban el sueño. Entonces, cargado de libros y cuadernos, salía a escondidas a la letrina. Ahora el poco dinero que tenía lo gastaba en velas y a veces pasaba la mitad de la noche estudiando en silencio como un conspirador solitario.

Seguí recelando del maestro durante mucho tiempo. No entendía por qué era bueno conmigo. ¿Por qué iba uno a ser bueno con un bastardo? ¿Qué querría? Pero cuando me di cuenta de que no buscaba nada, me preocupé aún más. Lo consideraba un poco loco y al mismo tiempo estaba convencido de que era el hombre más sabio del mundo. Lo adoraba y a la vez desconfiaba de él. No entendía por qué hacía aquello, aunque también es verdad que otros tampoco lo entendían. En el pueblo unos lo tenían por chalado, y otros por un genio, y hasta hoy se siguen rumoreando historias curiosas sobre él.

Había llegado de la provincia de Zala, de un pueblo muy pequeño. Su padre era un campesino sin tierra y él nunca había cruzado las fronteras del país; no obstante hablaba cuatro idiomas, le llegaban revistas en inglés y francés, y en el pueblo tan apartado donde vivíamos aplicaba tales métodos didácticos que hubiera podido competir con la mejor escuela de una metrópoli. Araba, sembraba y cultivaba nuestros cerebros ignorantes con la paciencia ancestral y la perseverancia devota con que sus antepasados habían arado, sembrado y cultivado las tierras ajenas. El peor de sus alumnos era mejor que los mejores estudiantes de los pueblos vecinos, pero ni siquiera con eso se conformaba.

—Quiero educaros, tontorrones, no solo enseñaros —decía, y la suya no era pura palabrería. Sabía lo que hacía feliz e infeliz a cada uno de sus alumnos, las condiciones en que vivía y, si se olía que alguno de nosotros tenía problemas, lo llamaba aparte y le decía:

—Por la tarde ven a mi casa.

Allí, tomando café y pan dulce, conversaba con ellos. Astuto como un juez instructor, bondadoso como un sacerdote confesor, iba sonsacando nuestros íntimos secretos y con mano mansa y segura restablecía el equilibrio perdido de nuestras pequeñas vidas. No obstante, si se enojaba se olvidaba de sus principios educativos y afloraba en él el campesino tosco. Nos pegaba y maldecía. Después se arrepentía. Recuerdo que una vez abofeteó injustamente a uno de nuestros compañeros. Todos sabíamos que el chico era inocente,

pero nadie se atrevió a decírselo. Medio año más tarde, cuando ya nos habíamos olvidado del asunto, el chico cometió una falta, pero el maestro no le pegó. Le preguntó ante toda la clase:

—¿Sabes por qué no te doy un bofetón?

—No lo sé, señor maestro —dijo el chico lloriqueando.

—Porque —repuso el maestro— la torta que ahora mereces ya te la di hace medio año. Ahora estamos en paz.

Una o dos veces por semana organizaba «tertulias vespertinas».

—Que solo venga quien tenga ganas —decía en tales ocasiones, pero era difícil que hubiera un niño que no tuviera ganas de acudir a las dichosas «tertulias vespertinas».

Las «tertulias» no tenían nada que ver con la escuela; al menos eso nos parecía. Salíamos cantando a pasear por el campo, nos sentábamos alrededor del maestro y «conversábamos» con él. Siempre empezaba aquellas charlas con alguna anécdota. Nos contaba historias divertidas. Luego, lentamente, entre juegos, sin que nos diéramos cuenta, encauzaba la conversación hacia temas serios. Nos preguntaba qué pensábamos de tal o cual cosa y escuchaba nuestra opinión como si fuéramos de su misma edad. Todos podían decir lo que pensaban. Nunca mandó callar a nadie, y solo exponía su punto de vista cuando nosotros ya habíamos agotado el tema. Le gustaba que discutiéramos. Fomentaba y aparentemente disfrutaba de nuestros duelos dialécticos, y se ocupaba de que todos participaran en el debate. A los más tímidos los animaba, los enardecía, y escuchaba los razonamientos más necios con enorme respeto. A todos nos tomaba en serio y como consecuencia de ello discutíamos sin complejos. En la escuela era riguroso, pero en esas tardes aflojaba las riendas. Podíamos vociferar todo lo que quisiéramos. Esperaba con paciencia hasta el final de la polémica y luego nos daba su parecer con tranquilidad, con frases sencillas y claras.

Con el tiempo nos inculcó su filosofía, que era tan extraña y ambigua como él mismo. Le entusiasmaban los ideales nacionales más extremistas, pero a su vez se confesaba seguidor del líder

campesino György Dózsa y profesaba unos principios casi revolucionarios. Odiaba el gran capital, los latifundios, a los magnates judíos de la banca y de la prensa, a la clase media cristiana y servil, a los gremios políticos, a todo el sistema nepótico de favoritismos a amigos y parientes; en fin, creo que odiaba a todos los que no eran pobres ni campesinos. La tierra es de quien la trabaja, el poder es de quien posee la tierra, y las tierras húngaras se extienden desde los Cárpatos hasta el Adriático: eso era lo que pensaba. Lo traducía al lenguaje de los niños y lo explicaba con tal sencillez que lo entendían hasta los de primer curso.

—Decidme, niños —preguntó en una ocasión—, ¿os habéis planteado alguna vez de quién es la nieve?

Risotadas.

—¡De nadie! —apuntó uno.

—¡De Dios! —gritó otro.

—Y si uno hace un muñeco de nieve, entonces, ¿de quién será el muñeco?

—Del que lo hizo.

—Hum —gruñó el maestro—. Y si alguien convierte en un trigal una tierra sin cultivar, lo ara y lo cuida, ¿de quién será el trigal?

—Del que lo aró y lo cuidó.

—¿Ah, sí? —asintió el maestro—. Pues dime, Péter Balog, tu padre ara, siembra y cosecha, ¿verdad?

—Así es, señor maestro.

—¿Y cuántas tierras tiene?

—No tiene ninguna, señor maestro.

—Vaya —se asombró el señor maestro, como si hasta entonces no lo hubiera sabido—. Entonces, niños, aquí falla algo.

Sí, sí, algo fallaba y callamos. El señor maestro también hizo como que no entendía, miró al suelo pensativo, se rascó la barbilla.

—¿Qué pensáis, niños? —preguntó a continuación—. ¿Os parece bien?

—¡No está bien! —gritamos a coro, porque hasta el más tonto sabía que no estaba bien.

—Pues si no está bien, entonces, ¿no habría que cambiarlo?

—Sí, claro —concedimos.

—Pero ¿cómo? —preguntó el maestro—. ¿Cómo cambiar esto?

Eso no lo sabíamos. De modo que el maestro levantó la voz y anunció casi ceremoniosamente:

—Niños, esto solo cambiará si *vosotros* lo cambiáis cuando seáis mayores.

Nos enseñaba cosas así en los fustigantes tiempos del renacimiento nacional, en el país de Horthy controlado por los gendarmes con plumas de gallo. Los que mandaban en el pueblo lo rehuían como a un leproso, pero no se atrevían a meterse con él porque aquel hombre del tamaño de un bisonte tenía tal carácter que si se sulfuraba era capaz de arremeter incluso contra el ministro de Instrucción Pública.

Para los campesinos era como la Santísima Trinidad: no lo entendían pero lo adoraban. Una vez lo presentaron para candidato a diputado, y sobre eso aún hoy siguen circulando historias en el pueblo. El maestro, según cuentan, pronunció en uno de los pueblos vecinos un discurso tan feroz que al final los gendarmes lo echaron de la tribuna y se lo llevaron detenido. El otro candidato, el del partido del gobierno, un alemán que se jactaba de ser húngaro de pura cepa, lo tildó de rata roja, pero por fin al húngaro de pura cepa también lo hicieron bajar de la tribuna, aunque en su caso fue porque los campesinos pretendían lincharlo. A pesar de ello —y es que por estos parajes suelen ocurrir milagros de este tipo— salió elegido el candidato del partido del gobierno. En cuanto al maestro, lo quisieron soltar de inmediato, pero luego los señores de Budapest cambiaron de opinión porque temían que, al no tener nada que perder, desenmascarase el fraude electoral. Eso es lo que se cuenta en el pueblo, aunque no sé si es verdad. De hecho, unos años más tarde le quitaron el empleo y también la pensión.

Al día siguiente de las elecciones nos dijo:

—No importa, niños. Cuando seáis mayores, ¡todo será distinto en Hungría! Es verdad que entonces yo seré un viejo imbécil y quizá

diputado del partido en el gobierno. Pero en tal caso, os lo digo ahora, me podréis escupir a la cara.

Así era el maestro, por un lado. Por otro, si le daba por ahí, echaba por tierra sus principios y se emborrachaba de tal forma que en ocasiones no era capaz de dar clase durante tres días. Había épocas en que, a las ocho de la mañana, cuando llegábamos a la escuela, de su casa aún salía música cíngara y jaleo. Entonces la pobre señorita Espantapájaros trataba de hacernos entrar en el aula con los ojos llorosos, y se notaba que sentía vergüenza incluso ante los niños de seis años. En una ocasión la oí llamar a la puerta para decirle a su hermano en tono suplicante:

—Sándor, cielo, ya es de mañana, te están esperando los niños.

—¡Hoy no hay mañana, querida, Horthy la ha prohibido! —gritó el maestro sin abrir la puerta—. Es de noche, una regia noche húngara. Que los niños se vayan a casa a dormir.

La pobre y larguirucha solterona se echó a llorar ante mis ojos. Pero dentro, los gitanos volvieron a tocar y resonó la potente y hermosa voz de barítono del maestro. Cantaba su canción favorita:

Tengo monedero, pero no tengo dinero,
bebamos, compañero.
Tengo fiel caballo, pero no tengo freno,
me siento y me sereno.
Un buen potranco no necesita espuelas,
muy bien trota ese ciensuelas.
El marido de mi amada está hecho una antigualla,
yo me llevo las medallas.

La canción tenía su historia, aunque no sé hasta qué punto era verdad. Cuentan que el maestro, que les tenía un odio visceral a los magnates y a los terratenientes, estaba enamorado en secreto de la esposa del conde, quien poseía treinta mil fanegas de tierra. La espiaba todos los días cuando salía a cabalgar, pasaba por su lado como por casualidad y la miraba como un estudiante que sueña despierto, aunque ni siquiera habían llegado a hablarse. Parece que un día se cansó de tan desesperada situación y decidió tomar la iniciativa. En el Círculo Social propuso organizar una «velada

cultural benéfica» a favor de la campaña iniciada por la señora de Horthy para aliviar la miseria, y solicitó a la condesa que patrocinara el evento. A los señores les gustó la idea, así que bajo la dirección del maestro salió una comitiva hacia el palacio. La condesa aceptó auspiciar la velada y prometió asistir a ella. El maestro estuvo tres meses enteros preparándose para el crucial encuentro. Viajó a la capital de la provincia y le encargó un frac al mejor sastre. Mayor sacrificio que ese no podía haber hecho ni cayéndose muerto ante los pies de su amada, porque en el campo cuesta menos un entierro que un frac en la ciudad, y un maestro muerto no necesita romperse la cabeza pensando en cómo pagar los plazos.

Como se suele decir, no busques a la vez fortuna y mujer. Por desgracia fue esto lo que le ocurrió al maestro. En aquella época lo presentaron como candidato a diputado, y la fortuna y la mujer resultaron incompatibles. Unos días antes de la velada cultural, cuando el frac ya estaba en el armario del maestro, el Círculo Social le instó, en una carta sumamente cortés, a que renunciara al cargo de organizador, ya que «el hecho de que» la condesa amadrinara el evento no podía compaginarse con aquel otro hecho, «según el cual», el maestro, el impulsor de la gala, habría atacado al señor conde en su discurso electoral. Tuvo que renunciar, ¿qué otra alternativa le quedaba al desgraciado? Con todo, en la fecha señalada no dejó de ponerse el frac e irse… a la taberna.

Era invierno y nevaba, pero no se arredró. Mandó poner una mesa y sillas delante de la taberna y se sentó en la calle vestido de frac y con la cabeza descubierta. Después del primer litro de vino llamó a una banda de cíngaros y los mandó tocar en medio de la nevada.

Fue este un acontecimiento singular en un pueblo de vida monótona. Hubo quien saltó de la cama y corrió medio desnudo por la calle principal para no perderse aquel extravagante espectáculo. Nadie se atrevía a acercarse al maestro, porque incluso los que hasta entonces le consideraban un genio ya daban por hecho que se había vuelto loco. Ahora lo miraban desde lejos, desde los

oscuros portales o paseándose con sigilo por el otro lado de la calle, como si fueran conspiradores que acudían a una reunión secreta. Todos intuían que el excéntrico profesor tramaba algo, pero nadie sabía qué.

La velada cultural terminó a medianoche, y el público se dirigió a casa por la calle principal. El maestro no se sobresaltó. Siguió sentado en la calle nevada con su flamante frac, sus zapatos de charol y sus guantes de cabritilla, y continuó pidiendo canciones.

Cuando la carroza de los condes apareció a toda velocidad, el maestro se plantó en medio de la calle y se abalanzó contra los purasangres. Los dos caballos frenaron relinchando y encabritándose, pero se detuvieron y se quedaron quietos, sin moverse en absoluto: con tanta fuerza los sujetaba el loco maestro. Luego se acercó tranquilamente a los condes, ya se habría bebido unos tres litros de vino, y con los modales más impecables les pidió que le honraran con su compañía.

El conde, según cuentan, recibió aquella novelesca invitación con tanto desconcierto que parecía que el borracho fuera él y no el maestro. Apabullado, masculló algo, que si eso y lo otro, que era tarde, que tenía sueño, pero terminó aceptando la oferta porque le tenía miedo al maestro y más aún a su enérgica esposa quien, por otra parte, no apartaba la vista de aquel hombre embravecido pero de buena planta, además de opinar que una copita sí que podían tomársela.

—Bien —concedió el conde—, ¡pero solo una copita!

—¡Solo una copita! —aseguró el maestro, que no obstante se ocupó de que aquella primera copita no quedara huérfana, de modo que a las dos de la madrugada la singular cuadrilla seguía bebiendo acompañada por los músicos cíngaros.

A las tres el conde ya estaba tan borracho que el maestro lo llevó en brazos al dormitorio del tabernero. Así se quedaron los dos solitos.

El primer violín contó más tarde que el maestro le dijo a la condesa que sería agradable dar un paseo bajo la preciosa nevada

y la condesa contestó que por qué no, que nunca serían tan jóvenes como entonces. El maestro juró por Dios y su honor que suscribía al pie de la letra aquellas palabras y que nunca morirían, ¿verdad, condesa? La condesa le volvió a dar la razón, tomaron otra copa, como corresponde, y acto seguido los dos salieron a la noche. Había aún más de un curioso rondando alrededor de la taberna y, como agentes secretos, siguieron a escondidas a la pareja, que nada sospechaba.

Al día siguiente, todo el mundo sabía ya que la condesa se había encerrado con el señor maestro en la escuela, pero no en la casa del maestro, puesto que allí dormía la señorita Espantapájaros, sino —y esto es lo que más divirtió a los vecinos del pueblo— en el gimnasio. Los ejercicios que ejecutaron allí no los pudieron espiar ni los más curiosos, porque por mucho que fisgaran por la ventana, aquellos dos no encendieron la luz en el interior. Baste decir que desde entonces, cuando el maestro se emborrachaba, siempre cantaba:

Tengo monedero, pero no tengo dinero,
bebamos, compañero.
Tengo fiel caballo, pero no tengo freno,
me siento y me sereno.
Un buen potranco no necesita espuelas,
muy bien trota ese ciensuelas.
El marido de mi amada está hecho una antigualla,
yo me llevo las medallas.

Se dice que aquella aventura nocturna desembocó en un amor profundo y serio. Los más enterados cuentan que el profesor quiso casarse con la condesa, pero que curiosamente ella no estuvo dispuesta a renunciar a las treinta mil fanegas y a su corona de nueve puntas para convertirse en la esposa de un maestro rural. La condesa era partidaria de la división racional del trabajo: mantuvo al conde como marido y confió al otro un papel que, si las apariencias no engañan, cumplió impecablemente, porque desde entonces la vieron muchas veces en compañía del rebelde, al que, según

parece, quiso convencer de lo generosa que podía ser la aristocracia.

Siempre me invadía una extraña ansiedad cuando, por la mañana, al llegar a la escuela, aún se filtraba la música cíngara desde la casa del maestro. Sentía vergüenza, no sé bien por qué. Hasta entonces siempre había pensado en términos simples. Fulano es bueno, Mengano es malo. A cada sujeto le correspondía un solo predicado, y a cada sentimiento, un calificativo. Amaba u odiaba, apreciaba o despreciaba a alguien. Ahora estos sentimientos se habían enturbiado, desdibujado y entremezclado de una forma alarmante. Empecé a sospechar con inquietud que una buena persona también podía ser mala y que la mala asimismo podía ser buena, y que el ser humano quizá no era del todo bueno ni del todo malo, sino como el río que fluía en los confines del pueblo, unas veces sucio y turbulento, otras plácido y tan cristalino que incluso se veía el fondo. «Dios mío —pensé—, los hombres como este tienen mil caras y mil almas, ¿cómo voy a saber cuál es la verdadera cuando, tomadas una por una, ninguna lo parece?».

Estos pensamientos me acosaron durante mucho tiempo, pero no me atreví a revelárselos a nadie. Me olía que había un secreto oscuro y turbio que todos conocían menos yo, y me avergonzaba de mi ignorancia.

No entendía al maestro, ni mucho menos a mí mismo. Yo era un joven campesino de mentalidad simple que se escandalizaba cuando su maestro cantaba borracho a las ocho de la mañana, sabiendo que sus alumnos lo oían desde el patio, pero a pesar de todo —y esto era lo que más me molestaba— lo admiraba y adoraba, y en vez de sentir rencor por el maestro lo sentía por los alumnos.

Odiaba a esos tipos renacuajos que no se atrevían ni a pestañear cuando el maestro estaba sobrio y en cambio se desbocaban enseguida cuando se les soltaba de la correa. Sabían muy bien que el pueblo entero la tenía tomada con el maestro, al

que todos los alumnos querían, y sin embargo aquellas mañanas armaban tal alboroto que toda la gente acababa congregándose ante la escuela. Me hubiera gustado agarrarlos del cuello o exigirles que se estuvieran quietos, pero permanecía en un rincón sin decirles nada porque temía que me consideraran un adulador que estaba de parte de los «señores».

Sin embargo, en una ocasión no pude contener la ira. Aquella mañana los gitanos cantaban una canción obscena en casa del maestro y los niños lo tuvieron a huevo. Empezaron a repetir las cochinas rimas a voz en cuello, sin prestar atención alguna a los vecinos que se amontonaban ante la valla entre gestos de reprobación.

La pobre señorita Espantapájaros trataba en vano de hacerlos entrar en clase; la horda de chiquillos desbocados no le hacía el menor caso.

—¡Qué vergüenza! —gruñó alguien ante la verja—. ¡Vaya escuela que tenemos! ¡Vaya maestro!

La señorita Espantapájaros se echó a llorar de impotencia y, reclinada contra la pared, sacudía sus delgados hombros.

En ese momento me invadió una furia terrible que nunca había experimentado. Me puse en pie de un salto y grité con tanta fuerza que incluso yo me asusté:

—¡Todos adentro!

Como si se hubiera producido un milagro, un minuto más tarde el patio estaba vacío. Los niños entraron en la clase en avalancha y en un santiamén ya estaban todos sentados en sus sitios, callados como muertos. Yo estaba delante de ellos y me estremecí. ¿Qué había sido eso? ¿Qué les había pasado? ¿Qué me había pasado a mí? Yo no había querido gritar, pero lo había hecho. Me dio la extraña sensación de que otro había gritado a través de mi garganta y que los niños le habían obedecido a él y no a mí. O quizá es que solo entraron corriendo en clase porque pensaban que yo había visto llegar al maestro y temían que pudiera entrar en cualquier instante.

Estaba confuso. No sabía qué hacer y los niños lo notaron enseguida. La magia se había desvanecido. Empezaron a moverse, a cuchichear. Y como seguía sin ocurrir nada, un chico grandote se puso en pie en la última fila y me gritó fanfarroneando:

—Vamos, ¿qué pasa? ¿Por qué estás allí parado como un gendarme?

Todos empezaron a reírse. Sentí que las rodillas me temblaban. Por un instante permanecí indeciso, pero solo duró unos segundos. Luego volvió a apoderarse de mí esa furia terrible que nunca había experimentado y me puse rojo de ira. Me acerqué al chico y le solté un tortazo que lo dejó tendido. Volvía a no pensar, tal vez ni sabía lo que me hacía, no obstante me invadió una maravillosa sensación de seguridad, esa fuerza enigmática que da equilibrio a los sonámbulos cuando andan por los tejados. Subí a la tarima y con el puño pegué un golpe en la mesa.

—¡Le rompo la cabeza al que se mueva! —grité—. ¡Sacad el libro! ¡A leer la lección! ¡Empieza tú, Alföldy!

Y volvió a producirse el milagro: Alföldy se puso en pie y recitó obediente la lección, y los demás tampoco se atrevieron a rechistar.

No, no lo entendía. Hasta entonces medía la fuerza de una forma muy sencilla: este chico es más fuerte que yo, y yo soy más fuerte que aquel. Pero esta clase, a la que miraba de hito en hito, era cien veces más fuerte que yo, y, sin embargo, Dios sabe por qué, yo tenía más fuerza que todos ellos. Por primera vez en mi vida sentí de una forma turbia y emocionada que en el mundo existen fuerzas secretas, poderes que no se pueden medir ni comprender.

Fue un momento maravilloso. Me sentía investido de una potestad ritual, casi religiosa. «Dios mío, qué enigmático es tu mundo», pensé; y me estremecí de escalofrío.

Desde ese día, cuando el maestro estaba borracho, la señorita Espantapájaros me hacía una señal y me decía en voz baja:

—¡Mantén el orden, Béla!

Y yo me encargaba de mantenerlo, porque el ladrón es el mejor gendarme. Si un niño empezaba a armar bulla, le daba un sopapo que no olvidaría mientras fuera a la escuela. Nadie se atrevía a «denunciarme» al maestro, porque temía que él le diera otro. Así, poco a poco, se resignaron al nuevo orden de cosas y no volvió a haber curiosos ante la escuela.

El verano ya había cargado los árboles de hojas, se acercaba el día de San Pedro y San Pablo, el día en el que se entregaban las notas. Otros años, ese día me escapaba para no oír jactarse a los niños. El que estaba en primero sacaba pecho porque ya se consideraba estudiante de segundo, el de segundo porque ya se veía en tercero y yo me quedaba apenado pensando que era un don nadie. Pero ese año todo era bien distinto. Ese año no había transcurrido en vano. Había aprendido a leer y escribir, y sabía que iba a sacar sobresaliente en todo.

Lo malo es que el último día de clase recibí un revés. El señor maestro dijo que el día de San Pedro y San Pablo nos pusiéramos ropa de domingo, y esos fueron los primeros deberes con los que no pude cumplir. ¿Cómo iba a ponerme el traje de los domingos si nunca en la vida lo había tenido?

Entré sigilosamente en el gimnasio decorado para la fiesta, como un mendigo al que le ladran los perros. Alrededor de la tribuna del orador estaban sentados señoras y señores emperifollados y los niños con sus mejores galas. Cuando me miraba alguien me sonrojaba porque pensaba que se estaba fijando en mi ropa andrajosa, y cuando en el armonio empezaron a sonar los compases del himno nacional casi rompí a llorar. ¿De qué servía sacar las mejores notas, si la ropa más bonita la llevaba el hijo del notario, al que habían aprobado por ser su padre quien era?

La música cesó y empezaron a hablar los oradores. Hubo discursos seguidos de poemas y poemas seguidos de discursos. Las palabras caían como gotas de lluvia otoñal. No prestaba atención, tenía ganas de llorar.

Sobre la mesa del orador había un paquete atado con un lazo con los colores de la bandera: el tradicional premio de fin de curso. En nuestra miserable escuela solo se regalaba un libro al año, que compraba el propio maestro con su miserable sueldo. Siempre se lo daban al alumno del último curso que hubiera sacado las mejores notas durante los seis años de primaria. Los niños ya llevaban semanas discutiendo emocionados sobre quién recibiría el libro aquel año, y ahora trataba de consolarme pensando en que dentro de cinco años seguramente me lo darían a mí. Era una idea alentadora, pero poco valía como consuelo, porque si se tienen tiene diez años, cinco años parecen cincuenta, y a los bastardos les cunde el doble.

Por fin se acabó el chubasco de poemas y el profesor tomó en la mano el libro atado con el lazo de colores nacionales.

—Desde que soy el maestro de esta escuela —dijo con inusual solemnidad—, el premio siempre se lo he dado a un alumno de sexto. Este año me aparto de esta costumbre y se lo voy a dar a un alumno de primero, porque desde que empecé a enseñar nunca he tenido un alumno de primero igual. A este chico pobre le hacen trabajar en casa como a un jornalero y, no obstante, supera a todos sus compañeros en la escuela. Con esta distinción excepcional no solo le quiero probar a él, sino también a todos vosotros, que nada es imposible: estudiando y trabajando con diligencia los últimos pueden llegar a ser los primeros.

Entonces levantó el libro.

—A Béla R. —dijo en voz alta en medio de un imponente silencio —. El orgullo de nuestra escuela.

Creí que se me paraba el corazón. Sentí que todos me miraban, pero era incapaz de moverme. Seguía sentado con los ojos clavados en el suelo, petrificado, como fulminado por un rayo. Por fin mi vecino me dio un codazo. Me puse en pie de un salto, pero las piernas me temblaban tanto que apenas pude subir a la tarima.

—Sigue estudiando con el mismo entusiasmo —dijo el maestro al entregarme el libro, creo que un tanto emocionado.

—Gracias… muchísimas… gracias, señor maestro —tartamudeé, y sentí en la boca el sabor de las lágrimas.

El señor maestro me tomó por el hombro y me condujo ante los invitados. Todos me sonrieron, todos me dieron la mano, incluso el notario, que era tan grande como un toro.

Yo era el héroe del día.

Sin embargo, la felicidad llega a grados que casi se asemejan a los del sufrimiento. Parece que el alma humana solo puede calentarse hasta un determinado punto, y más allá de ese punto da igual si te abrasan los fuegos del cielo o del infierno: te quemas, perece. No en vano existe la expresión «morir de felicidad».

A mí me sucedió eso mismo. Andaba febril como un enfermo. Nunca me hubiera imaginado que, con la poca comida que me daban, pudiera dejar una sola migaja, pero ese día apenas toqué el plato. La vieja, que sabía lo que había pasado, me observó de reojo con una mirada burlona cuando un niño le dio la gran noticia «oficialmente». Tan solo dijo con desprecio:

—¡Más les hubiera valido darle unos calzoncillos para que no le asome el culo por los pantalones!

Pero ese día no me enfadé con ella. Cada loco con su tema, pensé con indulgencia, y sonreí. La felicidad me embriagaba, y, como los borrachos, quería abrazar a todo el mundo.

Después del almuerzo me escapé, y con el libro bajo el brazo fui al campo. Allí también era día de fiesta. No había nadie, tan solo en el bosquecito se veía alguna que otra chica y algún mozo que desaparecían abrazados entre la fronda, como buscando refugio ante un enemigo invisible. No se movía nada. La tierra yacía soñolienta bajo el aire inmóvil, el paisaje se había calado una pamela florida y dormitaba bajo su capa multicolor. Reinaba el silencio, el silencio del verano ya maduro, susurrante y tibio, que casi flotaba en el aire como las babas del diablo.

Me eché sobre la hierba y empecé a leer. Estaba tumbado en el lugar de siempre, donde antes tanto había llorado solo. La hierba estaba baja, como aplastada por el peso de las horas del pasado, y

quizá mis penas anteriores también reptaban por allí en forma de culebras invisibles. No era un niño muy creyente, pero entonces sentía que Dios me miraba desde el cielo y me sonreía.

Leí en voz alta, sílaba a sílaba, como solíamos hacerlo en la escuela. El volumen se titulaba *Cuento de hadas*, de Elek Benedek. Era un libro maravilloso, tan maravilloso como solo puede ser el primer libro de cuentos que te regalan. Más tarde lo volví a leer tantas veces que acabé aprendiéndomelo de memoria, y aún hoy puedo recitar palabra por palabra fragmentos enteros. Me acuerdo de que mi cuento favorito empezaba así:

«Érase una vez un pequeño y pobre criado que vivía más allá de las siete colinas, a poca distancia del mar de la Opulencia, donde a las moscas les ponían herraduras de cobre para que no resbalasen por las arrugas de la gente. Después de servir durante tres años, fue a casa de su padre y dijo:

»—Querido padre, no serviré más, ya he comido bastante pan ajeno. Tengo cien florines y con ellos me voy a buscar fortuna…».

Sí, pensé, algún día yo también tendré cien florines e iré a buscar fortuna, y quizá también a mí me espere el hada Ilona.

Dios mío, ¡qué maravillosa es la vida!

Dios mío, ¡qué cosas me aguardan aún!

Dios mío, ¡con voluntad los últimos serán los primeros y el pobre criado ganará la mano del hada Ilona!

¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Sentía que si no hacía algo en ese preciso momento me volvería loco de felicidad. Y entonces, como quien encuentra la clave de un secreto, me arrodillé en aquel inmenso prado y grité:

—¡Alabado sea el Señor, por los siglos de los siglos, amén!

13

Desde entonces era yo quien recibía cada año el libro el día de San Pedro y San Pablo. Cumplidos los catorce ya tenía cinco libros encuadernados en piel, pero ni un par de zapatos. Otros años para el invierno me procuraba algún calzado que otros habían desechado; ese año, sin embargo, por Adviento aún andaba descalzo. Si en los últimos años nuestro miserable pueblo se había empobrecido tanto que hasta los señores se contentaban con calzarse cualquier cosa, ¡qué iba a hacer yo con mi madre ingresada en el hospital de San Roque, en Budapest, desde el otoño! Por esos parajes ya no había botas viejas que estuvieran lo suficientemente rotas para que su dueño se deshiciera de ellas.

Aquel fue un invierno negro, aunque en octubre habíamos tenido nieve hasta las rodillas. Nevó tanto que la aldea estuvo varios meses aislada del mundo exterior. Durante un tiempo ni siquiera circuló el tren comarcal, pero eso no inquietó a nadie, pues ¿quién tenía dinero para viajar? Los hermosos días de la inflación habían pasado a la historia; ahora lo pasaban mal incluso los campesinos más acomodados. Habían quedado atrás los billetes de muchos ceros que se multiplicaban con rapidez, los muebles, los pianos y los gramófonos comprados con precipitación y sin tino. Se hablaba de aquellos tiempos como de una legendaria tierra de Canaán que se perdía en el pasado.

—¡Ay, los felices tiempos de la inflación! —decían suspirando con añoranza.

El campesino pobre nada tenía que añorar. A él la inflación solo le había supuesto problemas, como le habían supuesto problemas

la guerra y el resto de las empresas señoriales. La diferencia era que durante los tiempos de la inflación aún podía llevar el uniforme de soldado con el que había vuelto del frente, pero entretanto este se había desgastado y compuesto, como otras tantas cosas en los últimos veinte años. Se acabó la guerra, se acabó el reino, se acabó la república, se acabó la dictadura del proletariado, se acabó el Terror Blanco.

—Así es —decía el campesino pobre con desdén—, no hay bien ni mal que cien años dure.

Y por principio se resignaba a todo, por principio no creía en nada. De él solo se ocupaban en tiempos de campaña electoral y entonces también eran los gendarmes los que más atención le prestaban. No es que los gendarmes tuvieran mucho que hacer en nuestro pueblo: la gente pobre no decía lo que opinaba, por un lado porque en boca cerrada no entran moscas, por otro porque sabía que todo era en vano. En secreto existían algunas sectas religiosas, pero las integraban en su mayoría personas que habían perdido la razón entre las muchas vicisitudes de la historia mundial. En general la gente no iba mucho a la iglesia y si se paraba a pensar en algo era en cómo llenarse el estómago. Los pueblos vecinos habían pasado a formar parte de países extranjeros, los cuñados, los compadres, los hijos y los sobrinos que no hablaban ni una maldita palabra de otro idioma, de un día a otro habían pasado a ser ciudadanos extranjeros y uno ya no podía ni escupir sin visado, porque un escupitajo lanzado con ímpetu caía más allá de la frontera. Pero de eso también se hablaba ya con indiferencia. En nuestra maldita aldea se acabó todo; los caminos y las almas quedaron cubiertos por la nieve, y con la primavera también eso llegaría a su fin.

Reinaban el orden y el silencio, es verdad; un orden y un silencio de cementerio. El campesino, como el oso, se refugiaba en casa con toda su parentela y, si no necesitaba salir, no salía. ¿Para qué iba a salir? Caminar despierta el apetito. En la mayoría de las casas la estufa y el horno habían dejado de usarse; poco faltaba para que

los niños preguntaran: ¿para qué sirve eso, mamaíta? Y eso que a media hora de camino de la aldea el conde tenía unos bosques tan inmensos que con la mitad hubiera bastado para que las chimeneas de la aldea humearan durante un siglo. Claro que el bosque era del conde, cuyos antepasados lo habían conseguido traicionando al país y vendiéndose a los Habsburgo, mientras que los antepasados de los campesinos pobres se habían dejado la vida sin más, luchando incondicionalmente por la patria.

Cuando llegaron los primeros vientos de otoño, el campesino tapó las ventanas de su casa con trapos y papel de periódico, y no las volvió a destapar hasta Pascua. Porque es un prodigio que hoy en día se pueda caldear una casa con gas o electricidad, pero mayor prodigio era que también se pudiera caldear con hedor humano. Había más de una casa en la que seis u ocho personas dormían en la misma habitación y producían allí tal cantidad de ese prodigioso combustible que les había sobrado para dárselo al ministro de Bienestar Social. El campesino no tenía dinero ni para comprar cerillas. Al ver que la chimenea de una casa empezaba a humear, los vecinos iban enseguida a ella en peregrinación para pedir un poco de brasa. Simplemente, no se veían lámparas encendidas. A las cinco o seis de la tarde la aldea estaba tan oscura y abandonada como un inmenso camposanto. El campesino pasó el invierno durmiendo como la semilla bajo la nieve, pero, mientras la semilla germinaba en primavera, del sueño invernal del campesino solo se beneficiaban las hacedoras de ángeles.

A la vieja también empezó a abandonarle la suerte. Las madres de varios niños se quedaron sin trabajo y cada vez escaseaban más los giros postales de color rosa con las mensualidades. Las tierras apenas daban fruto. Bajó el precio de todo, solo subieron los impuestos. La vieja recortó las raciones, aunque su despensa nunca había estado tan llena como aquel año, porque en otoño había tenido pocos compradores.

—¡No están los tiempos para comer mucho! —decía, y finalmente tuvo que echar a los puercos los mejores manjares,

porque durante el largo invierno se enmohecieron en la húmeda despensa.

Los niños apenas se quejaban ya cuando sus madres iban a verlos los domingos. Sabían que todo era en vano. Callaban y, si podían, robaban algo de las provisiones.

A mí todo eso me resultaba familiar. Me había formado en la escuela de la miseria durante «los felices tiempos» y ahora, cuando los niños despotricaban de la vieja por su tacañería, yo sonreía como los ancianos a los que ya nada les sorprende.

Ese año no era yo el único niño que carecía de calzado, solo que los demás simplemente dejaron de ir a la escuela en invierno. El campesino decía que si al ministro no le gustaba que el niño faltara a clase, que le mandara un par de botas y asunto solucionado. Hubo días en los que solo éramos seis u ocho en el aula.

A mí la vieja también me prohibió que fuera a la escuela, pero yo iba aunque hiciera mucho frío. Dejando a un lado la resistencia de mi organismo, si no morí de pulmonía fue gracias a la prensa húngara. No es que la prensa se ocupara de los niños pobres como yo —era algo que no podía pedirle a la prensa húngara porque ya en el primer curso había aprendido que el periodista y el campesino eran cosas bien distintas—, sino que cada mañana me envolvía los pies con papel de periódico, un material que —independientemente de lo que lleve impreso— abriga la mar de bien. Bajo la planta de los pies me colocaba una tabla de madera tallada para este fin, lo ataba todo con un cordel y así iba a la escuela, por caminos con un metro de nieve.

Los días pasaban como si no pasaran. Daba la impresión de que el tiempo se había detenido, se había atascado en la nieve al igual que el tren comarcal.

Tan solo para navidades abandonó la aldea su estado de letargo. En el aire flotaba como una expectativa tímida, liviana, aunque es posible que solo lo sintiéramos nosotros, los niños. Cada mañana esperábamos emocionados al cartero para ver a quién traía paquetes de regalo de su madre. Si traía algo no sabíamos a quién,

porque se lo entregaba a la vieja y era ella quien se lo daba al legítimo propietario. Pero de todas formas nosotros correteábamos alrededor del cartero cojo y malhumorado como gorriones impacientes y tratábamos de adivinar a gritos para quién sería el bulto y qué contenía. La emoción crecía día a día. Recuerdo que una vez un chiquillo de primero pegó un grito tan desgarrador mientras dormía que todos nos despertamos.

—¡No toques mi paquete! —gritó a voz en cuello—. ¡Me lo mandó mi mamaíta!

Yo no estaba muy seguro de que mi «mamaíta» me fuera a mandar un paquete para Navidad. Mi «mamaíta» no tenía tales costumbres muy arraigadas. Había sucedido alguna que otra vez, pero había sido hacía mucho tiempo, y yo pensaba del regalo de Navidad lo mismo que piensan los campesinos de la nieve de mayo: que puede venir, pero es muy improbable. Hacía ocho años que no había visto a mi madre, su imagen se me había borrado de la mente, como la de los que han muerto hace mucho, y ya pensaba en ella como si también hubiera muerto hacía tiempo; nada esperaba de ella.

Pero al alma humana la mueven unos resortes muy peculiares. Se resiste mientras puede y luego, cuando le aprietan los zapatos, empieza a creer en lo increíble, porque, según parece, el ser humano no puede evitar creer en algo. Sería por eso que dos o tres semanas antes de Navidad le escribí una carta a mi madre y le pedí que me mandara un par de botas. No fue fácil ponerme a escribir la carta, pero ya empezaba a tener poco aguante y no me quedaba otra alternativa. La ropa me quedaba pequeña y estaba tan gastada que el viento pasaba por ella como por un cedazo. La escasa alimentación también había hecho mella en mí. Tenía frío hasta en el interior de la casa, con la cabeza tan turbia que apenas podía aprenderme la lección. Sabía que si para navidades no me agenciaba un par de botas, yo también claudicaría ante las adversidades y dejaría de ir a clase. Me quedaría en casa perdiendo

el tiempo como los demás niños campesinos descalzos y me embrutecería en aquel hogar que olía a animal salvaje.

Arranqué dos hojas de mi cuaderno de lengua; una la consideré papel de carta, con la otra hice un sobre pegándola con engrudo. La harina me la había dado la pequeña Ilona de ojos bobos, que —gracias a mi sabia previsión— estaba en deuda conmigo desde el verano. Por las noches, cuando estudiaba en secreto en la letrina, me percaté de que en cuanto la casa quedaba en silencio, por la valla trepaba un fantasma en forma de hombre que entraba en la habitación de Ilona, quien, por lo visto, no era tan tonta. Cuando le hice saber que estaba al tanto del asunto, me guiñó un ojo y dijo con énfasis que si callaba no me arrepentiría. Y callé como una tumba. Entretanto se acabó el romance, el mozo no había vuelto desde el otoño, pero el compromiso, como suele suceder, se mantuvo, y a la pequeña Ilona de mirada azul y simple mi silencio le costó un sello de veinte florines.

Una vez superados los obstáculos técnicos de la iniciativa me dispuse a redactar la carta. Primero la escribí en sucio, tal como nos lo habían enseñado en la escuela, dividí mi mensaje en tres partes —introducción, desarrollo y conclusión—, y expuse lo desesperada que era mi situación con oraciones sumamente rebuscadas, ya que me dije que cualquier cabeza de chorlito podía escribir en un estilo simple. Con gran elocuencia y profusión de detalles expliqué que no era un hijo falto de humildad que pretendiera causarle gastos de una manera irresponsable, que tan solo le pedía con profundo respeto que me consiguiera calzado para poder ir a la escuela. No importaba que estuviera gastado o fuera excesivamente grande, lo primordial era que fueran un par de zapatos. Para dar mayor énfasis a mi petición le mentí un poco. Puse que por el frío intenso había contraído un terrible resfriado y que el médico me había prohibido ir descalzo a la escuela. Añadí asimismo que sería una pena desatender mis estudios, teniendo en cuenta mi certificado de notas —todos sobresalientes—, «que me permito adjuntar con sumo respeto para avalar mi petición». Al final, el texto se parecía más a

una solicitud de exención de pago de matrícula que a la carta de un hijo a su madre.

A mí, sin embargo, me gustó muchísimo. Me parecía imposible que mi madre, después de leer una carta así, no atendiera mi petición. Aun estando enferma, aun sin tener dinero, me parecía imposible que en esa ciudad tan grande no pudiera conseguir un par de zapatos gastados sabiendo que su hijo andaba descalzo en pleno invierno. Tenía entendido que últimamente se ganaba la vida como lavandera, o sea, pensé, trata con señores, y los señores no llevan zapatos gastados, los zapatos gastados los regalan, ¿y por qué no regalarlos precisamente a la lavandera? Para qué extenderme: todos los argumentos apuntaban a que los conseguiría. Cuanto más se aproximaba la Nochebuena, más seguro estaba yo de que los iba a recibir. Así que también asediaba al cartero junto a los demás niños y esperaba la Navidad más que nunca.

El 24 de diciembre por la mañana no me envolví los pies en papel de periódico. Creo que deseaba sufrir con el terrible frío, sufrir más que otras veces, para luego disfrutar al máximo el exquisito placer de unas botas abrigadas. Después del almuerzo, cuando el tío y la tía Rozika se encerraron en la habitación para decorar el árbol de Navidad, yo salí descalzo al campo corriendo como un loco.

Hacía un frío glacial, tanto que ni siquiera nevaba, y apenas flotaban en el aire algunos copos helados; no sabía si caían del cielo o si los arrastraba el viento desde los árboles. La baja temperatura me corroía la piel como un ácido. Pero yo pensaba en el árbol de Navidad decorado y entre los regalos veía «mi par de botas» con tal claridad y nitidez que casi las podía tocar. «Por la noche ya no tendré frío en los pies», pensé emocionado, e hice lo que nunca había hecho: me postré de rodillas ante el crucifijo de hojalata que había en el camino, cubierto de nieve.

—Alabado sea el Señor —dije en voz alta—, que por Navidad trae botas a los niños pobres.

Volví cantando. Tras las ventanas de las casas, como si se hubiera producido un milagro, aquella noche se encendieron las

luces y las chimeneas empezaron a echar humo, como si hubieran resucitado.

—«Ángel bajado del cielo», canté, y mis ojos se nublaron de felicidad.

Al entrar en casa, los demás niños ya se agolpaban ante la puerta cerrada de la habitación. Los que tenían ropa de domingo la llevaban puesta; los demás se habían adecentado como pudieron. La emoción, como suele decirse, estaba en su punto álgido. De la habitación se filtraban ruidos misteriosos: pies arrastrándose, palabras ininteligibles pronunciadas en voz baja, un mueble moviéndose, algo cayó al suelo. Luego se oyó un cencerro dentro del cuarto y la puerta se abrió.

De la emoción sentí un sabor amargo en la boca. En medio de la habitación, en la penumbra vacilante con olor a abeto, las velas del árbol de Navidad ardían chispeando, iluminando misteriosamente los regalos dispuestos con gran pompa. La diminuta estufa de hierro con patas curvadas estaba al rojo vivo en un rincón. Hacía un calor sofocante. Los dos viejos estaban junto al árbol de Navidad, muy ceremoniosos. Ese día don Rozika tampoco llevaba corbata, pero en cambio el cuello de la camisa era tieso y tremendamente alto además de muy estrecho, por lo que el rostro se le había hinchado y enrojecido mucho, como si le dolieran las muelas. La vieja iba de negro de pies a cabeza, como un engalanado caballo de pompas fúnebres. El vestido que llevaba estaba hecho de una seda pesada y rígida, y a cada paso que daba crujía como los arbustos en otoño cuando el viento sacude las hojas secas. Se notaba que disfrutaba al máximo de la situación. Con la majestuosidad de un obispo se paró ante nosotros y, con aire presuntuoso y los ojos entornados, entonó una piadosa canción de Navidad. Todos cantamos con ella, pero de refilón íbamos echando miradas a los regalos, que centelleaban enigmáticamente a la luz de las velas.

Enseguida me percaté de que entre los regalos había nada menos que dos pares de botas. Uno de ellos era del todo nuevo; evidentemente no podía ser mío. En cambio, el otro par tenía los

tacones torcidos, una edad más que venerable y eran de una talla enorme. «Eso me lo ha mandado mi madre», pensé; y el corazón me dio un vuelco. «¡Vaya par de botas!», me dije, entusiasmado. Tenían la suela tan gruesa como mi pulgar. ¿No valen mucho más que esas otras diminutas botas de niño? ¡Ahora, por mí, ya puede helar hasta Semana Santa! Me sentí completamente feliz, mirando aquellas botas arrugadas y tristes como un romántico empedernido mira a su amor.

El villancico llegó a su fin. La vieja se acercó a la mesa y fue llamando a los niños uno por uno, por su nombre. Ese día no nos llamó por el nombre de pila, sino por el apellido, sin duda alguna para realzar el carácter festivo de la ocasión. Yo, como mi apellido empezaba por R, ocupaba la última posición en la lista alfabética de la casa, pero estaba convencido de que, de haber empezado mi apellido por la A, la vieja se las habría arreglado para colocarme igualmente en último lugar.

Las botas nuevas, tal como había supuesto, se las dieron a otro niño, que soltó salvajes gritos de regocijo y enseguida se sentó en el suelo para probárselas. «Bueno, ahora le toca a Demeter —pensé —, que ya es el penúltimo». Me acerqué a la mesa. Sin embargo en ese instante se me cortó el aliento. La vieja le entregó las botas a Demeter. ¡Mis botas! Por poco me desmayo.

—A ti no te han mandado nada —dijo la vieja con una mezcla de ironía y de placer por mi desgracia.

Me quedé paralizado. Permanecí quieto ante la mesa, con las manos tan vacías como la mesa, solo. Esperaba que se produjera algún milagro, que de repente se aclarase que a Demeter le habían dado las botas por equivocación o al menos que alguien me dirigiera unas palabras cariñosas, que me dieran ánimos: «Venga, no siempre será igual». Pero no. Lo cierto es que no pasó nada, ningún milagro. Los demás ni se dieron la vuelta cuando salí cabizbajo.

Cerré la puerta sin hacer ruido y me quedé parado en el pasillo, que estaba a oscuras. Me invadió la misma languidez que una

persona siente en sueños cuando va corriendo a toda velocidad hacia una meta lejana y al llegar no se acuerda de por qué ha ido.

En la otra habitación volvieron a entonar el villancico: «Ángel bajado del cielo…».

—¿Ángel? —gruñí—. ¡La madre que te parió!

Y me veía arrodillado ante el crucifijo, con los ojos llenos de lágrimas, dando las gracias por las botas que… que en realidad eran para Demeter.

—Parece que el Niño Jesús no nos trata a todos igual —protesté —. ¿Es que no sabe que Demeter suspendió en religión?

En mi garganta se abría paso una risa malsana y maliciosa. Refunfuñando salí a tientas al patio. Era una noche sin luna, soplaba el viento, hacía un frío de mil demonios. Crucé el patio descalzo y entré en el dormitorio, que estaba tan helado y olía tan mal como un pozo negro, helado por las bajas temperaturas. En la habitación ni siquiera había humero, como si hubieran querido evitar que un loco prendiera la lumbre en un arranque de demencia. Me eché con la ropa puesta sobre la paja y me acurruqué tiritando bajo la burda manta que había absorbido la humedad del suelo, de forma que cada vez que entraba en contacto con el cuerpo me daban escalofríos. La cabeza me ardía, los dientes me castañeteaban. En medio del profundo silencio se oía otro villancico: «Pastores, pastores…».

—¡Ojalá os muráis! —exclamé, y solté otros tacos más. Echaba pestes de mi madre. Años más tarde me enteré de que no había recibido la carta porque unos días antes de Navidad le habían dado el alta en el hospital. Blasfemaba contra la vieja, los niños, el mundo entero, hasta contra los santos que están en el cielo. Luego, igual que el pus que sale del absceso, se me saltaron las lágrimas.

Al día siguiente me desperté con dolor de cabeza, como si hubiera estado bebiendo toda la noche. Los demás niños dormían profundamente. Todos tenían a su lado el paquete que tanto habían deseado. Unos habían recibido muchos regalos; otros, pocos, pero

todos habían cosechado algo. Sándor, el niño de primero que había soñado que le quitaban el suyo, dormía con el gorro de punto que le habían regalado, y de debajo de la manta de Demeter asomaban «mis botas». Volví a llorar.

Los niños respiraban plácidamente en la penumbra. Moqueando, me calcé el papel de periódico, até la tabla que hacía las veces de suela y salí arrastrando los pies. Hacía menos frío y nevaba en abundancia. Me recibió un silencio blanco y terrible. La casa seguía dormida, tan solo Ilona estaba despierta. Hervía leche, vestida con sus enaguas. Desayunamos juntos en la mesa de la cocina.

—Te he guardado la cena —me anunció en voz baja, y como de costumbre entornó sus ojos azulados—. No tienes por qué regalarle comida a esa vieja bruja, ¿verdad?

No le contesté. Estaba demasiado agotado para abrir boca. Había maldecido y llorado tanto que ya estaba vacío, solo quedaba en mí un enorme hueco sin fin ni objeto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ilona.

—Nada —repuse irritado, y envolví la cena en un trozo de periódico.

Sabía que los niños pronto despertarían e instintivamente quise huir de su felicidad navideña. Me metí el paquete con la cena en el bolsillo y salí en plena nevada sin propósito concreto.

El pueblo despertaba sin prisas, aún aletargado. La calle estaba desierta, caminaba sobre nieve virgen. No pensaba en nada, no sentía nada. Estaba tan vacío como un reloj al que hubieran extraído el mecanismo. ¿Por qué camino, por qué respiro, por qué me late el corazón? Caminaba como un lunático, sin saber adónde me dirigía ni con qué fin. Por la ventana de la parroquia se asomó el cura, pero no le saludé. Volví la cabeza con obstinación.

Delante del ayuntamiento había un grupo de hombres harapientos. Su pinta era tal que si los hubiera visto un forastero seguramente habría pensado que se había dado cita todo el gremio provincial de mendigos. Pero en realidad no había entre ellos ni un solo mendigo. Todos eran campesinos fuertes como bueyes, apenas

había entre ellos hombres sin trabajo, ya que en verano casi todos habían trabajado de sol a sol en las tierras del conde. El hecho de que muchos de ellos estuvieran esperando descalzos ante el ayuntamiento se debía a la circunstancia bien conocida y ampliamente aceptada de que, mientras un par de botas costaba veinticinco pengos, el conde no pagaba ni un pengo por doce horas de trabajo.

En el grupo distinguí al tío János, el porquero, gracias al cual cinco años antes me había enterado de la existencia de la obligatoriedad de la enseñanza. Le saludé al instante y lo hice en voz bien alta.

—Bueno, hijo —empezó a hablarme el viejo, y me dio unas cariñosas palmaditas en el hombro—. A ver, ¿qué te ha traído el Niño Jesús? Porque ya veo que zapatos no te ha traído.

—Nada de nada —le contesté.

—Vamos, vamos —dijo el viejo sonriendo—. Muy triste te veo.

—¿Qué más da, tío János? Ya se ríe el conde en mi lugar, con sus botitas de charol.

—Pues que se ría si tiene ganas —dijo el tío János, y se atusó el imponente bigote encanecido mientras sus pequeños ojos porcinos brillaban con socarronería—. ¡La cuestión está, hijo mío, en quién ríe el último!

Charlamos. Me enteré de que la gente estaba esperando la limosna de Navidad; llevaban ya una semana o más esperando cada santa mañana delante del ayuntamiento, porque los paquetes no llegaban a causa de las nevadas. Los señores habían dicho que lo anunciarían en cuanto llegaran, pero la gente pobre, por si las moscas, prefería acudir cada mañana. El día anterior, por fin, habían informado de que los donativos habían llegado y se había fijado el reparto a las nueve de la mañana. Aún no eran ni las siete, pero ya se habían reunido al menos cincuenta personas y más de uno llevaba esperando desde las cinco de la mañana.

—Vamos, hijo, ponte en la cola —me aconsejó el viejo—. Quizá te toque algún calzado.

La invitación me animó. Volvió a germinar en mi alma una pizca de esperanza. Como no tenía nada mejor que hacer, me sumé a la fila. El buen trato me había consolado, entre los pordioseros me sentía como en casa. No tenía de qué avergonzarme. Ellos también estaban harapientos y tenían frío, y el Niño Jesús también se había olvidado de llevarles regalos de Navidad. Había llegado a pensar que no formaba parte de ningún colectivo, pero ahora de repente sentí la cálida sensación de pertenecer a aquel grupo.

Seguía nevando. El papel de periódico ya se había empapado. Como los demás también tenían frío, no dejábamos de bailar «el baile de los cocheros». De vez en cuando, a falta de otra cosa para calentar el espíritu, uno lanzaba alguna maldición; nos reíamos un poco, blasfemábamos, y así logramos matar el tiempo. A las nueve ya había tanta gente que apenas cabíamos en la plaza, pero el reparto no se inició hasta las once, con dos horas de retraso. Nadie protestó. Todos estaban acostumbrados a esperar, no hacían otra cosa desde hacía mil años. Aguardaban con paciencia hasta que les tocaba el turno, y el que recibía su limosna se alejaba raudo para que su familia también disfrutara un poco el día de Navidad.

Muchos, sin embargo, debido a alguna causa misteriosa, no recibieron nada. Esos no se movieron de la plaza. Se concentraron en grupo ante el ayuntamiento y empezaron a murmurar. No mucho, solo con moderación, en voz baja, porque a esas alturas ya había gendarmes ante la oficina, con la bayoneta calada en el fusil.

—Solo dan regalo a los que votaron por el partido del gobierno —gruñó a mi lado un viejo campesino y lanzó un voluminoso escupitajo.

En la aldea se venía diciendo hacía tiempo que el aguinaldo se repartía así. En otras partes también se habían producido abusos similares: los diputados de la oposición protestaron varias veces en el Parlamento. El ministro les prometió cortésmente que investigaría el asunto con todo rigor y la susodicha investigación, realizada con todo rigor, reveló que no se había producido injusticia alguna. Sus señorías dieron el visto bueno al informe del ministro, los periódicos

comunicaron la noticia en tres renglones, el campesino hizo un ademán de desprecio y refunfuñó en voz baja. Así que todo seguía igual.

Ya doblaban las campanas del mediodía cuando llegó mi turno. Tras la mesa cargada de paquetes se alzaba la figura de un señorito de pelo rubio y engominado.

—¿Qué quieres? —bufó lacónico y malhumorado, a punto de bostezar.

—Le pido, señor, con mucha humildad —empecé a hablarle con la tremenda sumisión propia del campesino húngaro desde hacía mil años—, necesito algún tipo de calzado, porque descalzo no puedo seguir yendo a la escuela. No importa que esté roto…

—¿Nombre, dirección? —me interrumpió el señorito con impaciencia.

Se lo dije. Hojeó su libro, luego constató secamente:

—No estás en la lista. Puedes irte.

Detrás de mí venía un campesino musculoso de unos cuarenta años, si no recuerdo mal se llamaba Balog. El señorito engominado le dijo también a él lo de «no está en la lista» y «puede irse».

Pero entonces sucedió algo, algo que me afectó el resto de mi vida.

Ese tal Balog, o como se llamara, no se movió al oír lo de «puede irse». Seguía parado ante el joven que olía a barbería y le preguntó con una tranquilidad que nada bueno auguraba por qué no estaba en la lista si tenía cinco hijos y su mujer estaba enferma de los pulmones, no tenía antecedentes penales y había pasado cuatro años en el frente. En un primer momento pensé que el hombre estaba bebido. Un campesino sobrio no suele preguntar a los señores que por qué; se limita a hablar «con mucha humildad» y, si le dicen que «puede irse», se va obedientemente. En todo caso suelta una maldición una vez esté fuera de tiro o, si es de naturaleza agresiva, en casa le propina una bofetada a la mujer. Nunca en la vida había visto algo similar a lo que estaba haciendo ese Balog, y parece que los demás tampoco.

Se produjo un tenso silencio en aquel recinto atestado y maloliente. Todos miraban a Balog. Lo observaban con la boca abierta, parpadeando, como si vieran un extraño fenómeno natural. El señorito rubio tampoco sabía qué contestar. Daba golpecitos nerviosos con su lápiz sobre la mesa y repetía en voz atiplada:

—¡El siguiente! ¡El siguiente!

Pero el hombre no se iba. Se quedó allí parado como un viejo árbol vencido por la tempestad, que puede talarse pero no desarraigarse. Había hecho una pregunta y esperaba una respuesta, y se notaba que nada podía disuadirlo.

Entonces el de pelo engominado se acordó de que los señores, en caso de no saber qué responder, gritan.

—¡Si sigue dándole a la lengua —gritó— ya le contestará el gendarme!

Tampoco eso dio resultado. El hombre seguía allí, sin moverse.

—¡Yo no soy ninguna vieja que le dé a la lengua! —dijo con la voz algo ronca, pero aún tranquilo—. Además, señorito, si no me asustaron los rusos, ¡tampoco me voy a cagar de miedo ante un gendarme!

En medio del profundo silencio alguien soltó una sonora carcajada. Siguieron risas irónicas por doquier y los comentarios envenenados volaban como moscardones. La cola se descompuso, todos se dirigieron a la mesa excitados. Tan solo Balog se mantenía prodigiosamente tranquilo.

—Porque uno no vote por el partido del gobierno —dijo con una voz neutra— eso no quiere decir que no sea un húngaro cabal y honrado.

Esta frase contundente y sencilla bastó para desatar las pasiones reprimidas.

—¡Así es! —gritaron por todos lados—. ¡Así es!

Los ojos brillaban, los brazos se agitaban, los pies retumbaban, se armó un griterío tremendo. La voz del señorito rubio se perdió en medio del alboroto; boqueaba como si gritara tras una ventana cerrada.

En medio del tumulto yo no veía lo que sucedía, porque todo el mundo me sacaba al menos una cabeza. Solo me acuerdo de que de repente la muchedumbre se abalanzó hacia delante, la gente empezó a forcejear, y la masa se hundió, como si los hubieran revuelto con una inmensa cuchara. Luego un chillido, otro y otro más; las bayonetas de los gendarmes zigzagueaban entre la muchedumbre: rostros retorcidos de dolor, cuerpos desplomados, un joven con el casco empenachado con plumas de gallo abalanzándose sobre Balog; Balog cayendo encima de mí, y yo que me refugio debajo de la mesa. Solo veo pies que dan patadas y pisotean encarnizados, como las extremidades de un terrible monstruo prehistórico.

No tengo tiempo ni para asustarme. A gatas, como un animal aterrado, reculo debajo de la mesa y de repente me percato de que me encuentro donde antes estaba el funcionario rubio. Desparramados a mi alrededor yacen en el suelo los donativos: ropa interior, trajes usados, sombreros ajados y… ¡botas!

Resulta difícil explicarlo *a posteriori*. Pensando con serenidad, cualquiera diría que en momentos de peligro solo se piensa en salvar el pellejo, ni siquiera se da cuenta de que…

¡Pues yo sí me di cuenta! Quién sabe, quizá el deseo de poseer unas botas ya se había convertido en una fijación o simplemente no percibía el peligro que corría. Pero ahí estoy yo, de repente, con un par de botas en la mano y dispuesto a escapar con ellas.

Entonces siento una mano. En medio de la masa informe solo lo reconozco por el olor: el señorito engominado. Con un movimiento desesperado me libro de sus manos y corro hacia la salida.

—¡Ladrón! —grita el del pelo engominado—. ¡Agárrenlo!

El resto es solo un sueño confuso. Un gendarme que me lleva por la calle principal. La gente congregada ante las casas.

—¿Qué ha pasado, señor sargento?

Meneos de cabeza. Miradas incisivas. Palabras que se me clavan en el alma como espinas.

—¿No lo conoces? Es uno de los hijos de Rozika.

—Solo podía ser así. Un…

Luego la oficina, ante un suboficial de los gendarmes con bigotes puntiagudos.

En este punto la memoria me traiciona. ¿Me ha preguntado algo el suboficial? ¿Le he contestado? No lo sé. Solo recuerdo que se pone en pie de un salto y me pega una bofetada descomunal.

Yo ya estoy fuera de mis casillas. Odio a este hombre, a ese gendarme de mano fácil con toda la amargura, toda la miseria y toda la humillación que he acumulado en el curso de mi vida, como si él hubiera sido el culpable de todo. No hay bebida que embriague tanto como la ira. Se remueve todo en mi interior, nada me importa. Agarro el enorme tintero que hay sobre la mesa y lo arrojo con todas mis fuerzas a la cara del suboficial. Le veo perder el equilibrio todo manchado de tinta y siento un terrible golpe por detrás. Alguien me golpea con la culata de un fusil y se me nubla la vista.

Recobré la conciencia en una pequeña celda que olía a ratones. ¿Sonaban las campanas o quizá solo me zumbaban los oídos…? «Ángel bajado del cielo…». Dos pares de botas bajo el árbol de Navidad… Olor a abeto y velas encendidas… Bueno, hijo, a ver, ¿qué te ha traído el Niño Jesús? El suboficial tambaleándose con el rostro manchado de tinta…

Me puse en pie, aún mareado. Sentía un dolor agudo que me atravesaba todo el cuerpo. En el estómago notaba un temblor desconocido. ¿Qué me habría pasado?

Miré a mi alrededor. Rejas en la ventana. Pero si estoy en la…

Entonces de repente me acordé de todo. Había robado y después me habían pillado con las manos en la masa. Me habían encerrado.

—¡Qué horror! —balbucí en voz alta, pero sin ninguna convicción —. ¡Qué horror! —repetí, pero de súbito la ardillita se echó a reír. Y ya no entendía nada.

Sabía que según el rasero de los adultos lo que había hecho era «vergonzoso» o más aún: «depravado». Pero no sentía ni pizca de

remordimiento. Al contrario, sentí una satisfacción inmensa y placentera al acordarme del suboficial tambaleándose, humillado, con la cara manchada de tinta. La ardillita meneaba la cola triunfante.

—Bueno, ¡se lo merecía! —gruñí, y me eché a reír en voz baja.

«Es extraño —pensé—, me han encerrado y me estoy riendo».

En cuanto a mí… me habían dado una buena paliza. Me palpé el cuerpo. Ningún problema, constaté satisfecho. Aunque en la cabeza tenía un voluminoso chichón y me dolía la espalda, ese dolor profundo e indefinido me resultaba familiar, no en vano era un púgil profesional. Los dolores eran los reglamentarios, lo que casi me tranquilizó después de tantas irregularidades experimentadas en un día.

—Ningún problema —me repetí en voz alta.

La espalda… sí, en la espalda también tenía una magulladura. Parece que siguieron pegándome estando inconsciente. ¿O me lo hice al caerme?

Al palparme de pronto noté que seguía en mi bolsillo el paquetito con la cena que había guardado por la mañana. Y entonces, sin transición, sentí un placer indescriptible y agradable; entre el hablar confuso y preocupante de mi turbada alma se abrió paso la voz simple y redentora del cuerpo: ¡tengo hambre! «Claro —pensé con objetividad—, no he comido nada desde la mañana»; y deshice, sin más, el paquete. Dentro había un buen trozo de carne, patatas, una gruesa rebanada de pan y pastel navideño de nuez y semillas de amapola; una sabrosa cena de Nochebuena que solo se come una vez al año. Se me hizo la boca agua. Mordí la carne con un hambre canina, pero un poco turbado y avergonzado, como quien sabe que está haciendo algo que no debería hacer y que —de alguna manera poco definida— va en contra de las reglas.

Pero mi estómago no tomaba en serio estas circunstancias. Era un chico sano y fuerte, y me encantaba comer. En el estómago se me formó un trajín alegre, los dientes desgarraban la carne con arrebato, las mandíbulas ejecutaban su labor con una diligencia

apasionada, por el cuerpo se me arremolinaba una savia potente y alentadora; me invadió la confianza dulce y sólida de la existencia animal, una realidad de sangre y hueso.

«Es extraño —pensé—, estoy en el cuartelillo comiendo con placer».

Me observaba como a un extraño: como si por arte de magia cuerpo y alma se hubieran escindido y estuviera allí sentado conversando conmigo mismo. Así que… así que era un ladrón. Un ladrón de verdad, como aquellos que aparecían en los periódicos o en los folletines. Y me llevarían esposado a la capital de la provincia, como habían hecho con Kelement el año pasado y me condenarían…

—¡Tal vez lleguen a ahorcarme! —balbucí, pero seguí engullendo el pastel con semillas de amapola y de repente me di cuenta de que estaba canturreando una cancioncilla tonta:

Si me muero, moriré
y al cielo subiré,
si la diño, diñaré
y al infierno bajaré.

Me asustó mi propia voz.

¿Es verdad que terminaría en la horca como decía la vieja?

¡Qué diablos! ¿Por qué iba a terminar en la horca?

¿Por robar? Vale, había robado. En cambio, Berci no había robado. Era un buen chico. Prefirió andar descalzo. Pues sí. Tosió hasta morir a principios de noviembre. Y yo no quiero morir de tos. ¡No quiero morirme! ¡Yo quiero vivir!

Y si esto es pecado, ¡pues que sea pecado! Y si un niño pobre tiene que morir de todas formas, lo mismo da morir de pulmonía que ahorcado.

Yo por lo menos le había dado un buen golpe al de los bigotes puntiagudos, ¡que se vaya al diablo con todos los de su ralea!

Si me muero, moriré
y al cielo subiré,
si la diño, diñaré

y al infierno bajaré.

De repente oí ruido de pasos. Rápidamente me guardé en el bolsillo lo que me quedaba de la cena y me quedé escuchando con el corazón en vilo. Alguien se detuvo ante la puerta.

No, eran dos. Los oía hablar, pero no entendía lo que decían. Se me cortó la respiración.

Chirrió la llave en la cerradura. Primero vi la cresta de gallo de un gendarme y luego, detrás, en el umbral de la puerta, como un espectro, apareció el maestro.

Me puse en posición de firmes. El corazón me latía en la garganta.

Nunca había visto así al maestro. Su hermosa cara tártara estaba fría y rígida, como si se le hubieran congelado todos los sentimientos. No dijo ni una palabra; estaba allí, con su enorme cuerpo en medio de la diminuta puerta, con los ojos clavados en mí. Luego, tras un silencio que pareció infinito, se dirigió al gendarme y dijo en tono grave:

—Buena paliza le han dado.

El gendarme no respondió. Seguía inalterado, como si no le hubieran hablado a él.

El maestro me miró enfadado.

—¡Ven! —dijo lacónicamente, y salió sin ni siquiera despedirse del gendarme.

Yo le seguí. «¿Qué pasará ahora? —pensaba; y empecé a sudar —. ¿Adónde me llevará?».

El maestro no dijo nada; andaba furioso delante de mí por el pasillo desierto y en penumbras. Se detuvo en la puerta y le enseñó un papel al gendarme de guardia, luego se volvió y me dijo que le siguiera.

No entendía qué pasaba. ¿Estaba libre?

Sí, estaba libre, estaba en la calle, sentía el olor a nieve en el aire y… seguía sin entender. Parecía tan increíble, tan imposible. Tanto el haberme encerrado, como que me hubieran soltado. Me

sentía como si acabara de despertarme y aún no supiera si lo que había soñado había sucedido de veras.

Caminaba detrás del maestro, aturdido y lleno de miedo, avanzando a pasos largos por el camino cubierto de nieve con esas piernas tan largas que tenía.

Llegamos a la escuela. El maestro abrió la puerta sin emitir una sola palabra y yo entré tras él.

El corazón me palpitaba como una campana anunciando peligro. Sabía que el señor maestro tenía unas manazas impresionantes, pero ahora no eran sus manos lo que temía, sino sus palabras. Era la única persona a quien amaba.

Nunca le había visto así. Otras veces, si se enfurecía, repartía bofetadas y daba gritos, pero ahora no hacía más que andar de un lado al otro con pasos pesados y sin mirarme siquiera. En mi imaginación los minutos se convirtieron en horas. Ojalá al menos gritara.

Pero no gritó. Se paró tranquilamente ante mí y me dijo con aspereza:

—He arreglado el asunto con los señores. Sin embargo, tendrás que irte del pueblo para siempre. ¿Entendido?

Todo mi cuerpo temblaba, pero aun así estaba tan tieso como un soldado ante su superior.

—Sí, señor maestro.

—Le he mandado un telegrama a tu madre y ya ha llegado la respuesta. El día treinta y uno viene por ti y te llevará a Budapest.

—Sí, señor maestro.

No dije nada más aunque sentía como si el mundo se hubiera venido abajo. Acababa de pasar lo que había temido durante toda mi infancia. El llanto me atenazaba la garganta.

El maestro se acercó a la ventana y estuvo un rato mirando a la calle sin hablar. Luego, como si hubiera adivinado mis pensamientos, dijo:

—Es mejor que ir al reformatorio.

Ni siquiera se volvió, tenía la voz seca y descolorida, y sin embargo sentía que emanaba de ella una ternura cálida y consoladora.

—Gracias por su bondad, señor maestro.

En cuanto lo dije, el maestro se volvió con el rostro rojo como la grana y me miró como si hubiera dicho una insolencia imperdonable.

—¡No creas que con eso te has librado! —vociferó—. Supongo que sabrás que otros han terminado en la horca por gamberradas de menor calibre. A los señores les prometí que te daría una buena paliza. Mañana por la mañana te presentas aquí, y entonces te moleré a palos, ¿entendido? Por lo que veo, por hoy ya has tenido suficiente.

Pues sí, eso era más que verdad. Me dolía todo el cuerpo y, sin embargo, sentía que el golpe que me había propinado el gendarme me había causado menos daño que las palabras del maestro.

—¡Si vuelvo a enterarme de que has cometido alguna fechoría —rugió—, te juro que te rompo los huesos! ¿Entendido?

—Sí, señor maestro.

—Pues no lo olvides.

Entonces abrió de un fuerte tirón la puerta del armario —la desvencijada estructura casi se vino abajo—, sacó un par de botas y las tiró a mis pies con furia.

—¡Póntelas!

Lo miré como si se hubiera vuelto loco. ¿Qué le ha pasado? ¿Primero me llama delincuente y luego me regala unas botas?

—¿No has entendido? —gritó—. ¡Póntelas!

Luego añadió algo más tranquilo:

—Dentro están los peales.

Las manos me temblaban tanto que apenas conseguí calzarme. Eran unos armatostes de enormes dimensiones, me hubieran cabido dos pies en una, pero nunca unas botas le habían causado tanta alegría a un ser humano. Eran cálidas como la más tierna palabra y me acariciaban como la mano de un amigo. Rompí a llorar.

—¡Vamos, muchacho! —me gruñó—. ¿No te pondrás a llorar como una vieja? Lo pasado, pasado está. Eso no te impedirá llegar a ser emperador de China.

Entonces me dio un buen azote en las nalgas. Ese golpe nunca lo voy a olvidar. Le agarré la mano, grandota y velluda, con la que me había pegado, y la cubrí de besos.

Me empujó con rabia.

—¡Vete de aquí —rugió—, porque te voy a dar tal patada en el culo que hasta tus nietos tendrán que ponerte compresas!

Después me agarró por el cuello y me puso de patitas en la calle. Pero antes de cerrar la puerta me dijo en voz baja:

—Que las disfrutes.

14

Una vez en la calle me invadió una alegría increíble. De no haber temido por mi «reputación» de hombre, hubiera pegado brincos como una cabra; aun así apenas pude contenerme hasta llegar a la carretera. Allí, bien calentito con mis botas, me metí en la nieve y empecé a corretear a lo loco.

Cantaba a grito pelado como un borracho:

De vuestra aldea pronto me iré,
a otra parte del mundo me mudaré.

Los pulmones me ardían del aire gélido que aspiraba con precipitación, mi corazón palpitaba con desenfreno. Jadeante, me apoyé contra un poste de telégrafo.

No entendía lo que me pasaba. Sin duda alguna me habían impresionado las botas abrigadas y más aún aquellas tiernas palabras, pero eso no explicaba la dulce locura que se había adueñado de mí. Media hora antes deseaba que todo el mundo se fuera al diablo, pero ahora todo era maravilloso, como si Dios hubiera creado el mundo de nuevo, con serpiente y todo, pero hecho de dulce de patata. No era por el par de botas; de hecho, no tenía ni idea de a qué se debía.

Estaba loco de alegría, si bien sabía que tenía mis razones para estar triste. Allí, apoyado en el poste, pasé lista a todas las desgracias que me habían sucedido ese día, pero una locura desenfrenada no hacía más que cantar y cantar en mi interior, haciendo caso omiso a cualquier razonamiento. En vano me decía que había robado, que me habían pillado con las manos en la masa,

que me habían llevado al calabozo, que me habían expulsado del pueblo como si fuera un leproso y que ahora sucedería lo que siempre había temido: vendría mi madre y me llevaría a Budapest.

—¡Qué horror! —dije en voz alta, pero seguía loco de alegría.

No sabía por qué.

Deambulé sin rumbo fijo. Ya había caído la noche, el pueblo se había escondido bajo su grueso edredón blanco y dormía bajo un cielo de estrellas titilantes. Caían grandes copos de nieve, el camino estaba blanco e intacto, como si nadie hubiera pasado por allí antes que yo, como si Dios en verdad hubiera vuelto a crear el mundo y yo fuera el primer hombre en aquel paraíso.

De repente me encontré en la estación de ferrocarril. No había pasado por allí desde que había acompañado por última vez a mi madre. No sabría decir si la había evitado intencionadamente pero de hecho así había sido, como le sucede a todo el mundo que, a sabiendas o no, pasa media vida rehuyendo con tenacidad y obstinación algo de lo que, finalmente, no se puede librar.

El tren de la noche jadeaba listo para salir. Sentí el olor acre del humo de la locomotora y volvió a embriagarme ese antiguo temblor mágico que había sentido de niño al ver salir un tren. Pero ahora no me provocaba lágrimas, sino una felicidad indescriptible. El día 31 a mí también me llevaría el tren, pensé al ponerse en marcha la pequeña y tísica locomotora, y de pronto entendí por qué me sentía tan feliz.

—¡Me voy! —dije, pero ese «me voy» no solo significaba «me mudo», que cambiaría de domicilio y de destino: significaba mucho más, algo más misterioso, algo ardiente, nebuloso y simbólico que no podría haber expresado con palabras.

Sentía que algo terminaba y que empezaba una nueva vida.

¿Qué era?

—La vida —contesté ampulosamente, y a mi oído de catorce años eso sonaba como si hubiera dicho: la felicidad.

¡La gran aventura!

Era la sangre de mi padre, ahora lo sé. La sangre de mi padre, que se había fugado de casa a los quince años y se había pasado la vida errando por el mundo; cuando años más tarde le pregunté por qué, qué objetivo perseguía, qué deseos lo habían movido, me miró como si no entendiera la pregunta y me di cuenta de que nunca se había parado a pensarlo.

—Porque —dijo, sin ser capaz de explicarlo mejor— hay personas que se quedan sentadas en un sitio, hasta que les vienen a buscar con el ataúd, y hay otras que no pueden estarse quietas ni en el seno materno. A estos es absurdo encerrarlos, escapan volando aunque sea por el ojo de la cerradura.

¿Yo también era así?

Sí, así era. Ya no me importaba tener que irme con mi madre, con solo pensar «me voy», ya temblaba de felicidad. Sí, en realidad a mi madre solo la odiaba por costumbre. Aquel odio antiguo, feroz y antinatural que me abrasaba de niño ya hacía años que se había deshecho en el cementerio de mi mente, y ahora, al sacarlo a la luz, se resquebrajó como las momias cuando las extraen de las pirámides. A decir verdad, en ese momento me habría ido con ella, por mucho que la hubiera odiado en mi infancia; me habría ido con el mismísimo diablo, tantas ganas tenía de irme.

Esperaba impaciente a que llegara el día 31. Un factor de impaciencia más fue el tener que pasar por el trance de la paliza que tan siniestramente me había prometido el maestro. Pese a mi hombría, aquel castigo me daba mucho miedo y, para qué negarlo, me temblaron las rodillas al llamar a su puerta.

Me abrió la Espantapájaros.

—El señor maestro ha salido de viaje —dijo—, pero para el día treinta y uno estará de vuelta. Me mandó que te dijera que vinieras entonces.

—Sí, señora —repuse, y salí corriendo muy feliz.

Pero por la tarde, al pasar por delante de la escuela, me quedé consternado al ver al señor maestro asomarse a la ventana. Se me

cortó la respiración. Miré fijamente por encima de su cabeza, como si no lo viera. «Si quiere —pensé—, me llamará». Pero el señor maestro no me llamó.

Mintió y ahora sé que en su lugar yo también hubiera mentido. A los señores les prometió que me castigaría, aunque sabía de sobra a quién había que castigar porque un niño descalzo robara un par de botas para poder ir a la escuela. Pero eso no se le podía decir a un alumno de catorce años, así que mintió para no tener que mentir. Entonces no lo entendí muy bien, pero ni que decir tiene que me resigné con facilidad. «De buena me he librado», pensé satisfecho; porque sabía que el día de mi marcha en tren no tendría que temer castigo alguno.

Hacer la maleta no me supuso mayor problema. Toda mi ropa me cabía en el bolsillo del pantalón. Consistía en dos camisas viejas que hacía tiempo que me venían pequeñas; tenían el cuello tan estrecho que llevaba años sin poder abrocharlo, y las mangas solo me llegaban hasta los codos. Poseía además, para dar parte del resto de mis bienes, cinco libros que me habían dado como premio en la escuela, unas seis docenas de canicas, una pelota de trapo hecha por mí mismo y un silbato de plomo celosamente guardado. El regalo de «Piroska de mi alma».

Las canicas se las «vendí» a un chico de segundo a cambio de hilo y aguja; la pelota, a uno de cuarto a cambio de trapos para hacer remiendos. Luego me pasé el día entero cosiendo y lavando el único traje y las dos camisas que tenía.

Los niños se sentaron a mi alrededor y me miraron con los ojos bien abiertos, como a una especie de prodigio menor. Desde que había pasado por la cárcel, mi reputación crecía de día en día. Todos trataban de echarme una mano. Trajinaban a mi alrededor: uno me cortó las uñas; otro, el pelo; un tercero robó jabón para lavar, y Sándor arrancó los botones de su nuevo traje para que se los pudiera coser al mío. Yo, a cambio, tenía que contar una y otra vez mis desventuras navideñas, desde el robo de las botas hasta la celda de la gendarmería. Me escuchaban con la boca abierta, el

rostro les ardía de la emoción. Lo que más les gustaba era lo del tintero a la cara del suboficial. Les encantaba la simple idea de que un harapiento bastardo como yo pudiera vengarse así de alguien que ocupaba un cargo tan alto.

—¡Béla se ha vengado! —decían por la calle en voz bien alta, para que todo el mundo los oyera, y los ojos les brillaban de orgullo.

La vieja no mencionó el asunto en absoluto. Los niños me contaron que, antes de dejarme salir de la cárcel, el maestro estuvo un buen rato hablando con ella a puerta cerrada y eso explicaba su discreción. Solo cuando me veía de buen humor me lanzaba miradas asesinas, pero no decía nada. Gruñía algo tras su visible bigote y yo decía por lo bajo: «¡Muérete!». Así que estábamos a las mil maravillas.

La víspera del 31 me acosté desnudo porque había lavado ambas camisas y, junto al traje, las había tendido debajo de mí para «plancharlas». Esta forma de planchado algo extraña estaba muy en boga entre nosotros, aunque solo en verano, porque en invierno no podíamos dormir sin ropa en la habitación helada. Pero no pude dormir mucho aquella noche. Mis ideas galopaban como potros salvajes y, si después de dar muchas vueltas lograba conciliar el sueño, al cabo de pocos minutos me despertaba sobresaltado como si me hubieran dado una puñalada por la espalda: soñaba una y otra vez que perdía el tren.

Por la mañana temprano fui a la escuela para despedirme del maestro. Sin embargo, ese día el hombre había vuelto a celebrar una «regia noche húngara» y no estaba dispuesto a aceptar que ya era de día. La casa permanecía ciega, con las contraventanas cerradas bajo el sol que resplandecía sobre la nieve, y desde dentro se oían la música cíngara y el griterío. La puerta estaba abierta de par en par, así que podría haber vaciado la casa entera.

Esperé sin saber qué hacer en la antesala, entre abrigos mojados que despedían nubes de vapor. En vano llamé a la puerta: no me respondieron. Por fin, después de mucho titubear, giré el picaporte y entré en la sala de estar. No había nadie. La compañía

se divertía en la habitación contigua; la puerta estaba entreabierta y el humo de tabaco salía como por una chimenea.

No me atreví a entrar. A la luz amarilla y enfermiza de un quinqué había siete u ocho hombres borrachos, tambaleándose. Con los ojos acostumbrados a la luz del día, me parecieron espectrales en medio de aquella noche artificial, gritando con los ojos inyectados en sangre tras nubes de humo, como fanáticos de una secta semisalvaje. Los cíngaros, sudorosos y agotados, tocaban la canción del maestro.

Un buen potranco no necesita espuelas,
muy bien trota ese ciensuelas.
El marido de mi amada está hecho una antigualla,
yo me llevo las medallas.

¡—*Czarda*! —gritó el maestro, y con una copa de vino en la mano subió de un salto a la mesa, bailoteando como un demente.

—¡Nunca moriremos! —gritó—. ¡Nunca moriremos!

Se bebió el vino de un trago y arrojó la copa contra el espejo con tal fuerza que lo hizo añicos.

Nadie se dio cuenta de que yo estaba allí. Sentí una tristeza profunda en el corazón. Era consciente de que no iba a despedirme del maestro, ni yo mismo sabía por qué permanecía aún allí. Me quedé un rato, luego salí de la casa en silencio.

Aquella fue la última vez que lo vi. Medio año más tarde murió su hermana y a partir de entonces, según cuentan, se volvió aún más salvaje. Un día le quitaron el empleo, también su miserable pensión. La última vez que estuve en casa, en la aldea apenas se acordaban de él. Todavía circulaban algunos rumores dudosos, como ese sobre la condesa, pero de su excepcional formación y talento pedagógico ya no se acordaban ni sus propios discípulos. Se convirtió en un cuento para viejas; desapareció como la nieve del año anterior.

El nuevo maestro dio excelente resultado. Sus superiores lo tenían en gran estima y gozaba de enorme popularidad en las casas señoriales. Los campesinos no se desvivían por él, pero le saludaban con deferencia y también decían que era una persona

honrada. Cumplía sus obligaciones de una forma ejemplar, no jugaba a las cartas, no bebía y si, muy de vez en cuando, se fijaba en alguna muchacha, las madres que querían colocar a sus hijas se alegraban. «Buen partido», decían, y tenían toda la razón. Era un señorito humilde, de buenos modales, trabajador, todos conocían a su familia. Estaba lejanamente emparentado con un edil budapestino que, siendo un húngaro feroz y protector de la raza magiar, era, al igual que él, de ascendencia alemana. A él le debía el puesto de maestro en la aldea, donde tan solo permaneció tres años, porque entretanto el edil se puso al timón de los asuntos escolares y entonces al maestro —naturalmente— lo trasladaron a Budapest.

El buen joven dio un gran impulso al prestigio de la escuela. Sus alumnos se sabían la cartilla al pie de la letra y no tenían tiempo para pensar de quién era la nieve. Era un hombre justo, no favorecía a nadie. Si no acudían a la escuela, castigaba por igual a los hijos de señores con botas de invierno como a los niños campesinos descalzos. Su carácter y su formalidad eran incuestionables. Su ideología era reflejo fiel de la ideología de los ministros de Asuntos Religiosos e Instrucción Pública del Reino de Hungría. Enseñaba con la precisión, disciplina y entrega que caracteriza a los alemanes. Impartía con plena dedicación las materias establecidas, respetando el espíritu de las leyes, decretos e instrucciones en vigor, y silenciaba con la misma dedicación todo lo que quedaba fuera de ello. Baste decir que era una persona de la que seguramente escribirán, cuando algún día muera a avanzada edad, que «era un maestro ejemplar y un hombre de conducta impecable». Añadamos con plena convicción que, gracias a estos maestros ejemplares, nuestra sociedad se ha mantenido en pie hasta hoy, y además lo hace de una forma modélica, pese a haber tantos millones de niños descalzos.

En un principio, en el pueblo creyeron que a mi maestro el despido no le había afectado mucho. Tenía que ceder la vivienda al nuevo profesor el 1 de septiembre de 1930, y el 31 de agosto

celebró una fiesta con música cíngara por todo lo alto. Al día siguiente apareció el nuevo maestro para instalarse en la casa; fue inútil que tocara el timbre, nadie le abrió la puerta. Al final tuvo que dirigirse a la gendarmería y llamar a un cerrajero para que le abriera la casa. Al anterior maestro lo encontraron tendido sobre el diván, entre copas rotas, botellas y charcos de vino, la sangre manándole del pecho. El médico, que se había divertido con él hasta las cinco de la madrugada, ya nada pudo hacer por salvarle la vida. El maestro era conocido por su puntería: había acertado el tiro en pleno corazón.

15

Pero la mañana de mi partida el maestro aún cantaba con tanta vehemencia que se le oía desde la calle. Yo me había parado ante la escuela y no sabía qué hacer. Ya estaba todo listo, solo faltaba subir al tren. Sin embargo, el tren salía a las dos y veinte, y en ese momento me parecía totalmente improbable que alguna vez llegaran a ser las dos y veinte. Mi madre me escribió que llegaría a las once y media, y que la esperase en la estación, pues no estaba dispuesta a entrar en la casa de la vieja.

Miré el reloj de la iglesia. Las ocho y cuarto. «Faltan aún seis horas —pensé—, y entonces comenzaré a vivir». Para matar el tiempo deambulé sin rumbo. En mis oídos resonaba una letrilla que habíamos aprendido en la escuela:

Me despido de la aldea donde nací,
Dios sabe si volveré por aquí.

«Ahora yo también me despido de mi aldea», pensé, y traté de emocionarme debidamente, siguiendo las pautas marcadas por el poeta que disfrutaba del visto bueno de las autoridades. Siendo como era un tipo poco poético, me dije que todo aquello eran tonterías porque, ¿cómo podía uno despedirse de su aldea? ¿Debería acaso despedirme de las casas, cuyo umbral nunca me habían dejado cruzar, porque los bastardos no podían entrar? ¿O acaso de las tiendas donde nunca había podido comprar porque nadie me había dado dinero para ello? ¿Debería acaso llamar a la puerta de desconocidos o de aquellos que jamás me habían

considerado un ser humano? ¿Debería despedirme quizá del suboficial de la gendarmería?

De repente me acordé de Sárika. De alguna forma confusa y vaga la niña aún seguía rondando mi cabeza. No es que estuviera enamorado de ella; el tiempo ya se había llevado las últimas cenizas de ese amor infantil, pero las ascuas de mi odio seguían candentes, pues por lo que parece el odio es un lazo más fuerte que el amor. Quería volver a verla. Ni yo mismo sé por qué; a los catorce años aún no se sabe que solo importan las emociones y que es mejor tener emociones negativas que no tener ninguna.

Así pues, eché a andar por la calle principal y me asomé a la tienda. El anémico sol invernal entraba perpendicular por la puerta de cristal y cubría de una luz débil y enfermiza los panzudos sacos colocados en el suelo. Sárika estaba tras el mostrador y se arreglaba el pelo mirándose en un pequeño espejo. Había crecido mucho desde la última vez que la había visto. Era una adolescente espigada, larguirucha, y las pecas se apretaban en su rostro blanco formando manchas marrones. La miré y sentí de inmediato que ya no la odiaba. No la odiaba, pero tampoco la quería. «Nada tengo que ver con ella», me dije y se me encogió el corazón. No entendía por qué. ¿Cómo lo iba a entender? De repente me di cuenta de que en aquella maldita aldea no había ni una sola persona a cuya puerta pudiera llamar para decirle con el alma: «Me voy, amigo, que Dios te bendiga».

«¿A quién le importa que me vaya ahora, cuando durante catorce años nadie se ha ocupado de saber si estaba vivo o muerto? Si ahora me desplomo en la nieve, tal vez llamen al perrero, ya que nadie, salvo el maestro, me considera un ser humano. Pero yo no me desplomo con facilidad —me dije—. ¡Ya veréis quién soy! ¡Ya lo veréis!», me repetía, y de pronto mis ilusiones infantiles resurgieron de sus cenizas. Me vi entrar en el pueblo a lomos de un caballo engalanado, en medio de los vítores de los vecinos. El gran Béla, el justo y famoso, que se venga de los

que maltratan a los niños pobres, da de comer a los hambrientos y hace que los últimos sean los primeros.

—¡Ya pasaremos cuentas! —gruñí, y con la barbilla pegada al pecho miré a los que venían enfrente como un toro que se dispone a embestir.

Al pasar por delante de la gendarmería, lancé un escupitajo sonoro por la comisura de los labios y con ello di por terminada la emocionada despedida de «mi aldea».

El adiós tampoco resultó mucho más enternecedor en casa. Los chiquillos sentían envidia y, si alguno de ellos albergaba un sentimiento más cálido, no lo reveló. Discutían sobre los detalles prácticos de mi viaje, dónde haría el transbordo del tren comarcal al «grande», por dónde pasaría el «gran tren», cuándo llegaría a Budapest… y lo señalaban emocionados en el mapa escolar. El tío Rozika no almorzaba en casa, así que no pude despedirme de él. De todas formas, me traía sin cuidado. Era una pieza viviente del mobiliario, estábamos acostumbrados a su presencia y no nos preocupábamos de él. No se portaba mal con nosotros, pero tampoco se portaba bien. No se portaba de ninguna forma. Lo único que le importaba eran los peces. La vieja hizo como si no supiera que me iba, y yo me esforcé en disimular la emoción infernal que sentía para irme tranquila y majestuosamente, como corresponde a un hombre hecho y derecho.

Sin embargo, después del almuerzo, cuando con el hatillo bajo el brazo me presenté ante la vieja, sentí en mi interior el temblor de una extraña emoción. Quizá ella también se emocionó un poco. Tenía algo raro en los ojos, una turbiedad poco habitual, y junto a los labios, en el profundo cauce de sus retorcidas arrugas, discurrió una ligera e inquietante sonrisa. Pero al fin dijo tan solo:

—A ver si empiezas a portarte bien.

Así fue como nos despedimos tras catorce años de convivencia.

A los chicos les hubiera gustado acompañarme a la estación, pero yo no quería que estuvieran allí cuando me encontrara con mi madre. De modo que emprendí el camino en solitario. Aún me

quedaba mucho tiempo; iba sin prisas por la calle principal y pensaba en aquella noche de finales de junio cuando Istvány salió de viaje, con la única diferencia de que de una mano le llevaba su bigotudo papá, y de la otra, su media ración de mamá.

Estaba junto a las vías cuando llegó el tren de las once y media, pero no vi a mi madre. Me perdí entre los numerosos pasajeros, que armaban un bullicio impresionante; tenía la boca seca por los nervios. Hacía ya ocho años que no la había visto y, por mucho que me esforzaba en recordar su rostro, no lo conseguía. Tal vez ella tampoco me reconocería a mí. Traté de tranquilizarme y me senté en un banco con un nudo en la garganta. «Cuando se dispersen los pasajeros —pensé—, ya nos encontraremos». Pero debido a las fiestas la estación estaba inusualmente llena. Había acudido toda la juventud, junto a las vías resplandecían rostros jóvenes encendidos por el frío, los mozos traían una alegría campechana y las chicas se reían como si les hiciesen cosquillas. Y yo me encontraba solo en medio de aquel jolgorio, espiando a la gente con el corazón palpitante.

¿Quién sería mi madre?

Si por casualidad se me quedaba mirando alguna mujer que pareciera de ciudad, enseguida pensaba que era ella y se me paraba el corazón. Pero luego la mujer seguía su camino y yo pensaba aterrado en qué pasaría si no encontraba a mi madre, en la vergüenza que sería tener que quedarme en el pueblo después de haberme despedido.

A eso de las dos estacionaron el tren en la vía. Tras otra aglomeración, los pasajeros asediaron los vagones y los demás se hacinaron bajo las ventanillas para cuchichear las necedades de siempre con los que marchaban. En medio del gentío, una mujer de abrigo verde y con pañuelo corría de un lado a otro toda nerviosa, y enseguida supe que era mi madre.

Me invadió una emoción terrible. Vi que se dirigía a mí, pero no me moví. Me quedé mirando al suelo con cara de aburrimiento, como si no la hubiera visto, aunque oía el ruido de sus pasos, que

se acercaban como si cada uno fuera un martillazo. Ya estaba delante de mí, pero yo seguía sin alzar la vista. Solo oí su voz, como si me llegara desde otro mundo.

—¿Niño, eres tú Béla R.?

Me puse en pie de un salto y me cuadré con firmeza, tal como suele hacerse en presencia de los señores.

—A sus órdenes —contesté como un soldado.

La mujer se quedó inmóvil, mirándome.

—¿Es que no reconoces a tu madre? —preguntó con una leve sonrisa.

—Tú tampoco me has reconocido a mí —respondí bajando los ojos, y también traté de sonreír.

Fijó la mirada en sus zapatos y calló. Se notaba que estaba muy emocionada, pero solo dijo:

—¡Cómo has crecido!

No teníamos nada más que decirnos. Estábamos uno frente al otro, sin chistar. De repente me pareció que la recordaba, sí, la recordaba claramente. «¡Cómo ha envejecido! —pensé—. Es una anciana». (Ahora sé que entonces tenía treinta y un años).

—Bueno, subamos —dijo finalmente, y se dirigió al tren.

Subimos. A nuestro alrededor la gente se despedía en voz alta; unos lloraban, otros reían, pero nosotros estábamos quietos, como una pareja entrada en años, y mirábamos por la ventanilla. Volvía a nevar.

—Este año tenemos un invierno duro —dijo mi madre.

—Sí —respondí—. Muy duro.

Esa fue toda nuestra conversación. Ella no me preguntaba y yo no hablaba. Nos limitábamos a mirar por la ventanilla.

El revisor sopló el silbato y el tren se puso en marcha. Me invadió tal emoción que casi me olvidé de mi madre. Apreté el rostro contra el cristal de la ventanilla y observé con las sienes palpitantes el paisaje que corría a nuestro lado. Aquellas pocas calles, aquellos centenares de casas junto a las cuales pasó el tren en escasos dos minutos habían sido para mí, durante catorce años, «el mundo». En

vano había estudiado acerca de otras aldeas, de otras ciudades, de otros países; para mí eran como imágenes de *Las mil y una noches*. Eran puro cuento, el país de Nunca Jamás. Pese a mis estudios de geografía, para mí el fin del mundo estaba allí donde el cielo se juntaba con la tierra, en los confines del pueblo. Dentro de aquellos límites se había desarrollado todo lo que para mí fue real y tangible: el placer y el dolor, la bondad y la maldad, toda mi infancia. Y ahora, al mirar por la ventanilla del tren, vi de repente que la aldea que había significado el mundo entero era ridículamente pequeña.

El maestro tenía un cuento sobre «los huevos de Pascua que traen la felicidad». «Dios —decía el cuento— escondió la felicidad de los hombres en los lugares más dispersos del mundo, al igual que suele hacerse con los huevos en Pascua, y por eso ahora la gente va de una ciudad a otra, de un país a otro, en tren, en barco y en avión, para buscar irremediablemente la felicidad oculta». Pensé en ese cuento y de repente me pareció incomprensible, imperdonable y vergonzoso haber perdido catorce años de mi vida en aquella maldita aldea, cuando en el mundo había tantas cosas por hacer. Me pareció ver el globo terráqueo de la escuela en el que ni siquiera aparecía el nombre de nuestro pueblo, donde Hungría tampoco era más que una minúscula mancha de color rosa en el mapa de Europa, y Europa igual de pequeñita en comparación con el mundo entero.

En aquel cuento el muchacho pobre se decía: «Solo tengo una vida, voy a buscarla». En ese momento me hice la misma promesa.

Sentía que Budapest no era más que una estación en el largo camino que había emprendido a bordo del tren comarcal a las dos y veinte de la tarde, y quizá ni siquiera era una estación mucho más importante que aquella otra en la que haría el transbordo al «gran tren».

De repente me llenó una impaciencia tan jocosa, una curiosidad tan dulce, que me hubiera gustado acelerar la marcha del tren con un látigo y gritar como un cochero borracho. Sentía que no tenía ni un minuto que perder, porque en alguna parte me esperaba la

felicidad y tenía que darme prisa para compensar los catorce años que había perdido de forma imperdonable.

Fue mi madre la que me sacó de la ensoñación.

—Ven —dijo—, vamos a hacer el transbordo al gran tren.

En el «gran tren» sucedió algo. No fue gran cosa, entonces no le di ninguna importancia, pero ahora sé que en cierto sentido afectó a toda mi vida.

En cuanto el tren se puso en marcha, pasó por el hacinado vagón una señora regordeta, pechugona y pintarrajeada, acompañada de un muchacho de mi edad. Al verla, mi madre se puso en pie de un salto, se dirigió a ella corriendo, le agarró la mano y la besó con gran entusiasmo. La señora también esbozó una sonrisa dulzona, sin embargo a mí me dio la impresión de que le cansaba la efusión de mi madre. Más tarde me hicieron una seña para que me acercara y mi madre me presentó a la señora y a su emperifollado hijo.

—¿Ves? —preguntó con la voz aflautada—. Al nacer tú, fui nodriza de este señorito tan apuesto.

Miré al apuesto señorito, pero juro por Dios que no lo encontré nada apuesto. Era un tipo enclenque, un canijo, yo abultaba el doble. Así que este era el que me había robado la leche de mi madre.

La señora paseó la vista por el vagón con ademán afectado.

—Querida, vengan a segunda clase —dijo—. Aquí en tercera huele tan mal que no se puede soportar.

En segunda, sin duda alguna, soplaban mejores aires. Al entrar en el compartimiento me quedé con la boca abierta. Nunca había visto nada parecido. Los asientos estaban tapizados en terciopelo rojo, como el sillón del maestro, y las paredes decoradas con cuadros preciosos.

—Bueno, ¡siéntese, querida, y cuénteme! —dijo muy generosa la señora, y se echó con tanto ímpetu sobre el suave sofá que sus

grandes y repugnantes senos se asomaron peligrosamente por el escote del vestido de seda.

Mi madre también se sentó, pero ella lo hizo con mucha modestia, en el canto del asiento, como temiendo que la delicada estructura se sintiera herida por el contacto de sus plebeyas posaderas.

Nosotros dos, los niños, nos quedamos fuera, en el pasillo. El señorito «apuesto» iba vestido como si fuese a una boda. Llevaba un abrigo de piel como el de un cazador con un penacho de pelo de jabalí. Sin embargo, lo que más me impresionó fue su calzado. A mí me habían encerrado por querer agenciarme un par de botas desgastadas para poder ir a la escuela; en cambio, ese papanatas llevaba nada menos que dos pares de zapatos, uno encima del otro. El de dentro era amarillo; el de fuera, brillante y negro. Más tarde me enteré de que a eso lo llamaban chanclos.

Yo estaba parado ante el muchacho peripuesto y me di cuenta de que no era más que un mendigo harapiento. Él también pensaría lo mismo, porque me miraba de tal forma que me sentí molesto. Si alguien me hubiera mirado así en el pueblo, le hubiera dado una buena torta en el acto, pero allí me limité a sonreír como un idiota. Sonreía y sentía una furia terrible, porque lo de la «reputación» me lo tomaba muy en serio. Estaba harto del señorito «apuesto» y, como no podía abofetearlo, traté de vencerle por otros medios. Me puse a hablar de asuntos escolares, pensando que ahí tenía yo las de ganar. Empecé a preguntarle con una astucia campesina disfrazada de ignorancia, y al final acabé casi examinando al muchacho, porque quería saber si por dentro iba tan bien vestido como por fuera.

El resultado fue sorprendente. Ya cursaba cuarto de bachiller, pero yo, que estaba en sexto de primaria, lo sabía todo mejor que él, con la salvedad del latín y de otras asignaturas de bachillerato. De geografía no sabía nada, de historia no tenía ni idea; no hacía más que jactarse de que las cosas se enseñaban de manera diferente en bachillerato. Vamos, maldita sea, en bachillerato dos por dos

también son cuatro y no cinco, y es que el señorito cometía errores de esta índole.

Hasta entonces no es que me desviviera por los señores, pero me imaginaba que de alguna manera valían más que nosotros, los pobres, igual que el tejido caro es de mejor calidad que el barato. Pero ese día pude cerciorarme de mi error.

Así que estos son los que nos lo quitan todo, pensé, hasta la leche materna.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Con qué derecho?

Soy más listo, sé más, y no hablemos de lo que vale mi puño… Casi me eché a reír. Si llego a agarrar al señorito, sin duda alguna su madre pechugona y pintarrajeada tendría que habérselo llevado hecho pedacitos en una bolsa.

Con estos puedo competir. Maldita sea su toda su ralea.

El poco miedo que había tenido se evaporó, voló como la arena que se lleva el viento.

¿Qué puedo perder?

Nada.

Delante de mí, el mundo entero.

Tras de mí, el diluvio.

II

Yo y el perro de la excelentísima señora

1

Buda era blanca e irreal como un cuento de Navidad. Por las calles nevadas el aire permanecía quieto, con una inmovilidad extraña, hechizada, como si la ciudad hubiera retenido el aliento. Alrededor del halo dorado de las escuálidas farolas caían con lentitud soñolienta copos de nieve grandes y resplandecientes como diamantes, y mi imaginación desenfrenada intuía palacios encantados por entre la neblina y el fulgor. Tras la cortina de nieve que me deslumbraba, se deslizaban misteriosos vehículos: grandes y relucientes automóviles, pequeños y ruidosos taxis en busca de pasajeros, inmensos autobuses renqueando e incluso un trineo con sus plateadas campanillas, que parecía salido de un cuento de Andersen. De las cafeterías salía luz y música a borbotones, y ante un local iluminado con lámparas multicolores un hombre mayor, vestido con uniforme de general, abría las puertas de los vehículos haciendo reverencias.

—¡Feliz Año Nuevo! —repetía con voz estridente, si bien aún faltaban varias horas hasta la medianoche—. ¡Feliz Año Nuevo!

De los automóviles emergían damas con tez de porcelana, cogidas del brazo de caballeros engalanados y calzadas con zapatos de tacones como mondadientes. En sus cabellos brillaba la nieve, en sus orejas, las piedras preciosas, en sus rostros, la sonrisa. Eran bellas e irreales, al igual que toda la ciudad, y me recordaban los cuentos de hadas de Elek Benedek, porque en la vida de cada día nunca había visto nada que se le pareciera.

El Danubio estaba blanco e inerte como una carretera nevada. Tan solo al acercarnos vi que por el centro del río discurrían

cascotes de hielo y que debajo bullía un agua negra como la pez. De repente, mi madre se detuvo bajo los arcos con farolas adornadas del puente de las Cadenas.

—¡Mira esto! —dijo, como si poseyera toda aquella ciudad y quisiera vendérmela y obtener pingües beneficios—. Dicen —relató con orgullo— que hasta al príncipe de Gales se le cortó la respiración al verlo.

No sé qué le ocurrió al príncipe de Gales, pero a mí sí que se me cortó la respiración al ver las dos ciudades que se abrazaban gracias a los largos y brillantes puentes sobre el Danubio. Movía la cabeza de un lado a otro, no sabía adónde mirar. En las laderas de los montes, como una mujer tendida, se ofrecía Buda bajo su blanco manto nevado; en la otra orilla, llana y ufana, pestañeaba gallardo Pest con sus miríadas de ojos luminosos. Aquí y allá, en la niebla blanquecina destellaban rayos enigmáticos, inundando de luz estatuas o edificios fabulosos. En lo alto, como flotando entre las nubes, brillaban las ruinas del castillo sobre la ciudad, y más allá, en la cima de otro monte, un edificio de ensueño con numerosos bastiones. No tenía ni idea de qué podía ser.

—El bastión de los Pescadores —me explicó mi madre—. Y eso de allí es el palacio real.

Yo lo miraba todo con la boca abierta. Entre la niebla y las luces de los reflectores, el palacio real parecía tan inverosímil que no podía imaginarme a nadie viviendo en él. Su cúpula cubierta de nieve, que apuntaba al cielo desde la cima de la montaña, me recordaba los blancos adornos de una tarta nupcial. Con el corazón palpitando me apoyé en la barandilla del puente y unas lágrimas de felicidad me empañaron los ojos. «¡Qué bonito poder vivir aquí! —pensé—. ¡Qué bonito es vivir! Qué bonito…».

—¿Qué hacen aquí parados? —nos gritó una voz tosca y ronca.

Me volví sobresaltado. Ante nosotros había un hombre bigotudo, con casco plateado y uniforme negro. De un lado le colgaba una espada; del cinturón, una pistolera; del bigote, un carámbano. Llevaba guantes blancos como las jovencitas que toman la

comunión, y con esa mano alba y delicada apartó rudamente a mi madre de la barandilla.

—¡Vamos, vamos! —gruñó—. Aquí no pueden detenerse.

Mi madre huyó, asustada, y yo la seguí a toda velocidad.

—¿Por qué nos ha echado ese soldado? —pregunté cuando estuvimos fuera de su alcance.

Mi madre sonrió.

—No es un soldado. Es un policía.

—Bueno, ¡pues un policía! —refunfuñé irritado, porque sentía que me habían herido en el orgullo—. ¿Por qué te ha apartado de allí el policía?

—Pensaría que me quería tirar al río.

—¿Por qué ibas a tirarte? —pregunté, y la miré perplejo.

—Pues por lo mismo que los demás. Últimamente son tantos los que lo hacen que hay que poner guardias en los puentes. Los periódicos dicen que en ninguna otra parte hay tantos suicidios como aquí.

Ya en la orilla de Pest, pasamos ante grandes hoteles. Aquí la riqueza sacaba pecho, como los pavos en época de celo. Ante las entradas alfombradas en rojo se agolpaban enormes automóviles. Brillaban las pecheras blancas, resplandecían las joyas, crujían las sedas bajo los abrigos de piel, y los generales encargados de abrir las puertas se inclinaban ante los recién llegados.

—¡Buenas noches, su señoría!

—¡Su seguro servidor, ilustrísimo señor!

—¡Bienvenida, excelentísima señora!

—¡Que lo pase bien, señor consejero!

—¡A su servicio, señor presidente!

Nunca habría imaginado que pudieran existir tantos títulos en el mundo, tantos abrigos de piel, tantas alhajas. En el aire flotaban nubes de perfume y las damas de tez de porcelana se movían sobre sus pequeños pies como pájaros que pasan la mayor parte de su vida volando. ¿Por qué iban estos a tirarse al Danubio?

Mi madre aminoró la marcha porque seguramente se había quedado embelesada, pero yo pensé que habíamos llegado a casa.

—¿Es aquí donde vives?

Mi madre volvió a sonreír y me pregunté irritado qué error habría cometido.

—Nosotros vivimos en Újpest —dijo.

Me acuerdo de que ese comentario me llenó de alegría. «Újpest, o sea Nuevo Pest», me dije, y me invadió la curiosidad. Si el Pest antiguo es tan bello, ¿cómo será el nuevo?

Subimos al tranvía, lo que suena muy natural, pero no lo era para una persona que nunca había montado en uno. Tenía noticias de su existencia, pero una cosa es oír y otra diferente es ver, mucho más si se tienen catorce años. Imaginen un vagón de tren que sin más se desprende de la locomotora y se pone en marcha para ir por donde le plazca; a mí me pareció algo así.

Tardamos mucho en llegar a Újpest. Cuanto más avanzaba el tranvía, más oscura y desierta se volvía la ciudad. Las hermosas casas señoriales desaparecieron pronto, y en las calles mal iluminadas se sucedieron vulgares y destartaladas casas de vecindad, luego durante un tramo largo solo fábricas, almacenes, edificios informes como graneros, alguna que otra caseta, y finalmente nada más que nieve y oscuridad y, de vez en cuando, una farola con luz enfermiza.

—¿Esto es Újpest? —pregunté desilusionado al bajar del tranvía.

—Sí —confirmó mi madre.

Cruzamos la calle. Al otro lado, adosada a una de las esquinas de un depósito de chatarra, había una chabola medio caída en la nieve, como un enorme tacón de zapato torcido. Dentro, ante un quinqué humeante, se acurrucaba un hombre raquítico, despeinado y de mirada torva, y detrás de él colgaba de la pared un viejo reloj de hojalata. Mi madre miró el reloj y soltó una blasfemia.

—¡Vaya, se me ha pasado la hora! —gruñó—. Apresúrate, tenemos que llegar a casa antes de que cierren la puerta.

—¿Es que aquí cierran las casas? —pregunté, asombrado.

—Claro. A las diez.

—¿Y luego no te dejan entrar?

—Solo si pagas. Diez florines por persona. Veinte después de medianoche.

Pasamos por un terreno sembrado de hoyos, la nieve tenía una altura de un metro. Solo lo atravesaba una senda de pisadas tan estrecha que no cabíamos los dos. Fue entonces cuando me di cuenta del frío que tenía. Solo me faltaba pasar la noche a la intemperie. Sería el colmo.

—¿No tienes veinte florines? —me arriesgué a preguntar.

—Pues sí —contestó mi madre tras un leve suspiro—. Pero pensaba comprar leche para el desayuno.

—Entonces corramos —propuse.

Mi madre echó a correr y yo detrás de ella. Por fin apareció la casa. Era un edificio bastante extraño, tan estrecho y alto como un ladrillo gigante puesto de pie. Se erguía solitario en medio de solares desiertos, en un vacío blanco; solo en la lejanía se divisaba la silueta negra de las chimeneas de unas fábricas. En la planta baja había una taberna maltrecha de la que se filtraba música cíngara.

—Y si nos cruzamos con el portero —dijo mi madre resoplando mientras corría— tienes que ser muy humilde con él, por… —de repente interrumpió la frase y gritó excitada—: ¡La puerta aún está abierta!

Aceleramos. Ante la puerta, mi madre me asió del brazo y entramos furtivamente, como si fuéramos ladrones. No se detuvo a recobrar el aliento hasta el primer piso. Vivíamos en el tercero, porque en Budapest —según me explicó mi madre— se paga menos alquiler cuanto más alto esté el piso y nosotros vivíamos en el tercero porque en aquella casa no había cuarto.

Al llegar, mi madre se detuvo en las escaleras.

—Voy al retrete —dijo—. Espérame, luego tú también puedes ir.

En toda la planta no había más que un retrete; luego me enteré de que lo utilizaban doce familias. En casa de la tía Rozika también había una sola letrina para todos, pero ¡qué diferencia! Allí cada

sábado la vieja me hacía fregar las tablas hasta que quedaran relucientes, en cambio, aquí un osado investigador podría toparse hasta con estratos de la Edad de la Piedra bajo la ilustre obra de tantos y tantos descendientes. El cuartito daba al patio, el agua se había helado y el mal olor era tan insoportable que le pareció excesivo incluso a mi experimentado olfato.

Mientras, mi madre ya había entrado en casa. En el piso había doce viviendas y en la oscuridad yo no encontraba la nuestra. Finalmente llamé a mi madre y entonces se abrió una puerta.

—¡No grites, maldita sea! —me chilló—. ¡Vas a molestar al señor portero!

Había irritación en su voz, pero en el rostro se le dibujó una sonrisa y con los ojos me indicó que aquello era para complacer al portero. Luego con voz cohibida dijo:

—Entra, hijo. Bienvenido a casa.

Eso ocurrió el 31 de diciembre de 1927 a las diez de la noche, a la hora del cierre de la puerta, tres meses y medio antes de mi decimoquinto cumpleaños. Fue entonces cuando crucé por primera vez lo que pomposamente se podría denominar el umbral del hogar materno.

El «hogar materno» constaba de un cuarto y una cocina. La cocina era muy estrecha y larga, más bien parecida a un pasillo sin ventana, pero tenía un fogón y cacharros. Mi madre ya había encendido la lumbre, y sobre el fogón había una gran cazuela de hierro que inundaba el piso de un fuerte olor a col.

Entramos en la habitación. El tosco suelo de madera estaba aún húmedo, ya que lo habían fregado. Todo en general estaba inmaculado y a la vez era muy triste, aunque no sabría decir por qué. En realidad, para los parámetros que yo tenía, la habitación era bastante amplia y, pensándolo bien, también me gustaron los muebles. En el fondo de la estancia había una cama, lo que para mí era símbolo de opulencia; sobre ella, en un grueso marco dorado, una reproducción a color: la Virgen María con el Niño Jesús. Junto a

la cama también había un aguamanil que sostenía una palangana blanca desconchada, aunque solo se apoyaba sobre dos de sus patas, porque la tercera no llegaba al suelo, que hacía pendiente.

En la otra punta de la habitación, un armario voluminoso y oscuro se apoyaba más mal que bien en la pared y miraba de hito en hito a una vieja cómoda de hombros torcidos, escondida junto a la puerta como un pariente venido a menos. Encima, atado con un lazo rosa desteñido, colgaba un corazón de pan dulce decorado con pequeños espejos; lo habrían comprado hacía tiempo en una verbena, y ya se le habían caído las partes azucaradas. En el centro de la habitación había una mesa cubierta con un hule y encima de ella ardía un quinqué de pantalla verde.

—Pero también hay electricidad —dijo mi madre con orgullo, y para que viera que decía la verdad, encendió por un instante la bombilla que pendía de un cable negro—. Es un gran invento —reconoció con objetividad— pero no para los pobres. Resulta muy caro, no la utilizamos.

No sabía por qué hablaba en plural.

—¿Vive alguien más en la casa? —pregunté.

—Ahora ya solo Manci —contestó—, pero antes tenía a otro inquilino. Imagínate, me pagaba cuatro pengos al mes, y eso que dormía en la cocina, en la cama plegable. Antal, así se llamaba, era muy generoso, pero ¿qué le vamos a hacer? —suspiró mi madre—; tuve que deshacerme de él por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—¿Dónde ibas a dormir? Manci alquila la cama, y Antal, ya te lo he dicho, dormía en la cocina.

—¿Y tú?

—Aquí, en el suelo. Ahora yo dormiré en la cocina y tú en la habitación.

—¿Con Manci?

Sentí que me sonrojaba, pero mi madre no se dio cuenta.

—Manci es una buena chica. No ha puesto pegas. Si no llega con el último tranvía, puedes meterte tranquilamente en la cama.

—¿En la cama?

El corazón me dio un vuelco. Nunca había dormido en una cama.

—Hoy es Nochevieja. Seguro que no vuelve a casa.

—¿Otras veces también pasa la noche fuera? —tanteé.

—Si tiene clientes hasta tarde. Ya sabes, es una mujer de esas, pero mientras pague, ¿qué más me da? Bueno, no vaya a quemarse la cena. ¿Sabes lo que te he preparado?

—¿Qué?

Me guiñó el ojo.

—Estofado de col a la Székely.

Se me hizo la boca agua. De no temer por mi «reputación» hubiera dado gritos de alegría. Pero con mucha hombría me limité a decir:

—No está mal.

Pero al salir mi madre de la habitación, no pude contenerme y me puse a dar brincos de alegría, de veras, no solo en sentido figurado. «Vaya, esto sí que está bien —me dije—, ni me lo podría haber imaginado. Dormir en una cama y cenar estofado de col. Si se lo dijera en una carta a los chicos, seguro que pensarían que eran trolas de las mías».

De la taberna llegaba la música cíngara. Tocaban una canción sentimental, pero a mí me pareció tremendamente alegre. Por fin mi madre me llamó:

—Ven, Béla, la cena está lista.

El estofado de col ya humeaba sobre la mesa de la cocina, en la gran cazuela de hierro, y mi madre me sirvió una ración tan grande que hubiera satisfecho incluso al tío Rozika, y eso que seguramente no había nadie en el mundo que comiera más que él.

Tanto me harté que empecé a sudar. ¡Dios mío, qué estofado de col! Llevaba nata, sabrosa carne de cerdo que se me deshacía en la boca y col. ¡Dios mío, qué col! Se notaba que mi madre la había preparado por la mañana, o quizá el día anterior, porque solo la col recalentada sabía así de bien. Me enternecí. Porque a los ricos la comida les llega al estómago, pero a los pobres nos llega también al

corazón. Miré a mi madre de reojo. «No puede ser mala persona», pensé. Allí está ese Antal tan generoso y lo echa de la noche a la mañana para poder dormir bajo el mismo techo con su hijo que acaba de salir de la cárcel. Y de cena prepara estofado de col, cuando la pobre solo tiene veinte florines. Me incliné sobre el plato para que mi madre no viera mi enternecimiento.

—Y ¿cuánto costó este estofado? —pregunté lo más fríamente que pude.

—¿Que cuánto? —Mi madre empezó a hacer cuentas—. Por la carne pagué ochenta florines, por la col, diez, por la nata, dieciséis, más un poco de manteca, comino y los demás condimentos. Pues no lo sé, quizá un pengo con diez en total.

—¡Eso es mucho dinero! —constaté.

Mi madre no contestó, pero me di cuenta de que le sentaba bien mi halago. Yo no lo había dicho por eso. Tenía una pequeña agenda, me la había dado la señorita Espantapájaros para apuntar el nombre de los que se portaban mal. La saqué, extraje de su lomo un lapicero fino y con mucha seriedad empecé a escribir. Aún la conservo; entre los gastos, en el recuadro del debe escribí: «31 de dic. de 1927. A mi madre por una ración de estofado de col: 55 florines».

—¿Qué apuntas?

—El precio de una cena.

—¿Por qué?

—Para poder hacer las cuentas. Porque te lo pagaré todo hasta el último florín. Ya verás, el generoso Antal se quedará corto a mi lado.

Y apunté en el cuaderno: «A mi madre por un mes de alquiler 5 pengos».

Mi madre me miró con tal expresión que al principio pensé que no había captado nada. Pero sí lo había entendido. De repente sus ojos se llenaron de lágrimas y volvió la cabeza.

—Es una bonita idea —dijo con la voz algo entrecortada—, pero ¿para qué tantos garabatos? No estás con desconocidos.

Entonces fui yo quien volvió la cabeza, porque esas pocas palabras «No estás con desconocidos» se me quedaron atragantadas como un hueso. Pensé en Istvány. Quizá algún día venga a Budapest y nos encontremos en la calle y entonces me pregunte: «¿Dónde vives, Béla?». «¿Que dónde? —preguntaré—. Pues en la casa de mi madre». Lo diré como si nada, como si fuera lo más natural del mundo. «Es que ya no me gusta vivir con desconocidos, Istvány».

Mi madre examinaba su plato vacío y yo el grifo del que de vez en cuando caía una soñolienta gota a la pila. Desde la taberna seguía llegando la música cíngara. Tocaban una canción famosa, era agradable oírla. Mi madre ladeó la cabeza y canturreó, ensimismada:

Cabemos en un cuartucho,
cuando hay amor, poco es mucho.
Pero vivimos felices:
Dios la pobreza bendice.

El violín lloraba, el címbalo reía, la flauta susurraba y el contrabajo gruñía. En la cocina hacía calor y la buena comida me llevaba el cuerpo como una bendición, se me cerraban los párpados. Satisfecho, me eché hacia atrás.

«Porque ya no me gusta vivir con desconocidos, Istvány».

De repente mi madre dijo:

—Tengo que hablar seriamente contigo, Béla.

La miré como si me hubieran echado un jarro de agua fría.

—Sí. Adelante.

Mi madre juntó las manos sobre el regazo, como hacen las mujeres pobres cuando tienen algo serio que decir.

—Te he conseguido un puesto en un hotel.

—¿En un hotel? —La miré extrañado—. ¿Para qué?

—Pues para trabajar —contestó—. Es un buen sitio. Tenemos mucha suerte. Hace tiempo que conozco al primer conserje, hace años que le hago la colada. Cuando llegó la carta del maestro, fui a

verlo y le dije: «Léala, señor primer conserje. El maestro dice que mi hijo llegará lejos, aquí está, léalo. Se lo digo porque ahora el chico viene a Budapest, y quizá el señor primer conserje lo pueda colocar en el hotel. No se lo pido gratis, entendámonos: no le cobraré por hacer la colada mientras el chico esté allí». Y le gustó al muy tacaño. Lo disimuló, porque así es su carácter; más bien puso pegas, que si esto y lo otro, que no es tan sencillo, pero al fin dijo: «Está bien, Anna, traiga al chico para que lo vea». Así que mañana vamos al hotel y tú no te olvides de sacar a relucir tu sabiduría, para que yo no me avergüence.

—No te avergonzarás —afirmé con sequedad y mucha hombría, y traté de parecer indiferente, aunque la noticia me había emocionado sobremanera.

También me picaba la curiosidad por la carta del maestro. A mí solo me había mencionado un telegrama, pero no había dicho nada sobre una carta escrita a mi madre. ¿De verdad había escrito que llegaría lejos? Las palmas de las manos me empezaron a sudar del orgullo.

—¿Y de qué haré en ese hotel?

—De botones —contestó mi madre.

—¿Eso qué es?

—Pues… botones. Eso. Así les llaman. Llevan un uniforme rojo y los señores los mandan de un sitio a otro.

—¿Y cuánto gana un… uno de esos?

—No les dan sueldo —explicó—, porque tienen que estar cuatro años de aprendiz y el hotel no paga a los aprendices. Pero allí viven señores muy distinguidos, según dice el primer conserje, que suelen dar buenas propinas. Dice que a veces un chico de esos gana hasta dos o tres pengos al día, pero a lo mejor exagera un poco, por lo de la colada gratis.

Eché cuentas. Si el primer conserje decía que ganaban dos o tres pengos, entonces seguro que ganaban uno o dos, lo que serían cincuenta pengos al mes. Mucho dinero. Demasiado, pensé desconfiado. Debe de haber gato encerrado. Pregunté:

—¿Cuánto tiempo hay que trabajar en el hotel?

—Pues lo normal —contestó mi madre—. De la mañana a la noche.

«Vaya, vaya —me dije—. Hemos dado con el gato».

—Imposible —afirmé.

—¿Imposible? —Mi madre me miró consternada—. ¿Y por qué?

—Porque tengo que ir a la escuela.

—¡Y un cuerno tienes que ir! Has cumplido los catorce, has hecho los seis años de primaria, la ley no exige más.

—La ley la hacen los ricos —dije muy bien informado—. El pobre, si no estudia, tendrá una vida de perros.

—Ya has estudiado bastante. El maestro me ha hablado muy bien de ti.

—Bah —dije, e hice un ademán con la mano—, eso no es nada. Por ejemplo, ahí tienes la historia mundial. ¿Qué estudiamos sobre eso? Solo nos han hecho empollar la historia húngara. Que también es interesante, no digo que no, pero lo interesante viene en la historia mundial; ahí es donde uno se entera de por qué ocurrieron las cosas en el mundo y todo eso, ya sabes. O las ciencias naturales. Tampoco las estudiamos. Puedes haber aprendido la estructura del mundo, pero sin lo otro te quedas como un idiota que va en tranvía sin entender por qué anda sin locomotora. ¡Y luego están los idiomas! Yo hablaré muchísimos idiomas, porque el señor maestro dice que con el húngaro solo se llega hasta la frontera de Hegyeshalom; más allá, por mucho que ladres no te entienden ni los perros.

—¿Y qué? —Mi madre sonrió—. Tú no quieres irte al extranjero.

—¡Claro que sí! —exclamé—. ¡Quiero ver el mundo entero! Dios no creó el mundo para que el hombre no lo viera. ¿Has estado alguna vez en el extranjero?

—¿Yo? —Mi madre se echó a reír—. ¿Para qué iba a ir?

—¿Es que no sientes curiosidad?

—¿Curiosidad de qué?

—Del mundo ¡El mundo es tan maravilloso! ¿Sabes cuántas cosas hay en el mundo? En la ciudad de Venecia, según cuentan, los palacios de mármol están construidos sobre pilotes.

—¿Sobre qué?

—Pilotes de madera. Porque lo creas o no, por las calles fluyen ríos y hay que ir en barca hasta la tienda de la esquina. Y en la ciudad de París hay una torre tan alta como el monte Gellért. Ya se me ha olvidado cómo se llama, pero es de acero y es tan grande que tiene hasta posadas dentro. ¡Y América! ¿Has oído hablar de los palacios de cien plantas que tienen allí, y de los fabulosos países de Oriente, donde tuvieron lugar los *Cuentos de las mil y una noches*? ¿Y del África negra? ¿Y de las selvas donde se cazan tigres? Pues yo quiero verlo todo, absolutamente todo. Quiero conocer todos los pueblos del mundo, a los amarillos, a los negros y a los indios de piel roja. Y todos los mares. El mar Negro, donde desemboca nuestro Danubio, y el mar de China, donde hay potentes tifones. ¿Sabes qué es un tifón?

—Mira, Béla —dijo mi madre con un deje de impaciencia—, está bien que seas uno de esos… como se diga, que lo quieras saber todo y lo quieras ver todo. Pero tu madre es pobre y… ya me entiendes.

—No irás a creer que no quiero trabajar —protesté—. Con la vieja me deslomé. Ahora tampoco quiero otra cosa. Solo digo que quiero un trabajo que me permita ir a la escuela.

—No lo hay.

—¿Cómo que no lo hay? Ahí tienes e esos chicos que venden periódicos. He visto a muchos en la calle. ¿Por qué no trabajar de eso? Por la mañana iría a la escuela y luego, hasta la noche, podría vender prensa.

—Te morirías de hambre.

—Entonces haría otra cosa.

—¿Y qué narices harías?

No supe decírselo. Mi madre sonrió.

—Dices tonterías —soltó—; si tan listo eres, ¿por qué no piensas? Vas a estar en el mejor hotel del país y, si espabilas, en quince o veinte años llegarás a primer conserje.

—¡Pero yo no quiero ser primer conserje!

—Entonces, ¿qué quieres ser? ¿Primer ministro?

—De momento no lo sé —contesté titubeando, como quien aún está considerando cuál será su decisión definitiva—. Eso depende del gobierno que para entonces haya en Hungría. Porque con los de ahora no sería primer ministro aunque me pagaran diez pengos al día. Este es un mundo de ladrones, créeme, de ladrones ricos, eso dijo el señor maestro, y la gente pobre no lo soportará mucho tiempo.

Mi madre me miró horrorizada.

—Pero ¿qué dices? —preguntó moviendo la cabeza—. Dime, ¿ese maestro no será «camionista»?

Nosotros, los niños de la aldea, de los «camionistas» solo sabíamos que eran en su mayoría judíos y que se dedicaban a traicionar a la patria.

—¿Cómo puedes decir algo así? —estallé—. ¡El señor maestro no es judío!

—No es judío —gruñó mi madre—. Es peor que eso. Un cerdo borracho, eso es lo que siempre ha sido. Enreda a los niños ignorantes, ¡qué vergüenza! Es camionista, te lo digo yo, y tú también hablas como si ya lo fueras. Y en mi casa no se hablará de camionismo. Me gano el pan con trabajo honrado y tú también lo harás, porque si no te retuerzo el pescuezo. Mañana vamos a ese hotel y no quiero oírte más cháchara pagana.

Con ello, al parecer, dio por zanjado el asunto. Se puso en pie, quitó la mesa y empezó a fregar los platos.

Volví a odiarla igual que en mi infancia. El maestro significaba para mí todo lo bueno y hermoso de la vida, y ella, que lo denigraba, todo lo contrario.

«Durante ocho años no me ha venido a ver —me dije—, y ni siquiera me mandó un par de zapatos rotos para que no me helara

de frío, y ahora quiere que me vuelva tonto a cambio de los dos o tres pengos con que la engatusa el tacaño del primer conserje».

—Pues no pienso ir al hotel —afirmé con insolente tranquilidad, porque no quería revelar lo nervioso que estaba.

Mi madre se volvió tan de repente que el plato mojado casi se le cae de la mano.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Robar?

—No soy ningún ladrón —refunfuñé.

—¿No? —preguntó, y en su rostro se dibujó una sonrisa socarrona—. ¿Fue a mí a quien encerraron por robar?

Solo faltaba eso. Me puse en pie de un salto.

—No me llames ladrón porque…

Mi madre puso el plato en la mesa y se me acercó con siniestra lentitud.

—¿Porque qué? —preguntó, y clavó en mí sus ojillos negros y profundos.

Me puse hecho una furia.

—¡No te servirá de nada llamar comunista al señor maestro! —grité—. Se portó conmigo mejor que mi propia madre. ¡Por ti ya me podría haber muerto!

—¡Ojalá! —rugió, y con sus grandes manos huesudas me agarró el brazo. Pensé que iba a pegarme, pero solo lo apartó con brusquedad—. ¡Vete a la habitación —chilló—, porque si no te rompo la crisma esta misma noche!

No esperé a que lo hiciera. Me fui al cuarto, pero di un portazo para que viera que yo era un hombre que, si bien se retira, no renuncia a la lucha.

—¡Camionista! —me gritó, luego gruñó alguna cosa más, pero ya no lo entendí.

Se hizo un silencio, un silencio hostil y sofocante. Estaba en medio de la habitación, en el «hogar materno», y de repente me di cuenta de que sentía deseos de estar con aquella vieja a la que odiaba y con los siete bastardos.

Empecé a soltar maldiciones a destajo. Eché pestes de mi madre, eché pestes contra todos los «ladrones ricos» que se habían aliado contra los niños pobres. Mi imaginación agitada tramaba planes a cuál más novelesco. Decidí escapar. No sabía adónde ni me importaba. Solo quería irme de allí, después ya me las arreglaría de un modo u otro.

—¿Por qué gastas tanto petróleo? —gritó mi madre—. ¡Apaga la luz y acuéstate de una vez!

Empecé a desvestirme. Eso suena muy natural, pero no lo es para una persona que en invierno suele dormir con lo puesto. Con la salvedad de la noche anterior a mi viaje, llevaba tres meses sin quitarme la ropa. Me desnudé, como solía hacer en el pueblo los días de bochorno, y me metí bajo el cálido edredón tal y como mi madre me había traído al mundo.

Fue la primera vez en mi vida que me acosté en una cama. Cuántas veces había soñado con ello en las noches frías de invierno, cuando me revolvía, con los dientes castañeteando, sobre la paja húmeda. Pero ahora tampoco me sentía feliz en ese lecho. En aquel mullido abrigadero comprendí enseguida que mis planes de fuga se esfumaban, porque… ¿adónde iba a ir en pleno invierno, cuando no tenía nada ni a nadie en el mundo, ni siquiera unos calzoncillos desgastados? No obstante toda mi hombría, un agua salada empezó a brotarme de los ojos y me dormí como un bebé que concilia el sueño entre sollozos.

Me despertaron unas tremendas blasfemias. Una chica fuera de sí gesticulaba en la puerta, y los tacos le salían de la boca a borbotones como aguas fecales de una tubería rota. Tenía el pelo color panocha, la cara pintarrajeada, y el carmín se había corrido de sus labios maldicientes. Mi madre estaba ante ella descalza, en camisón, tratando de calmarla.

—Manci, querida —repetía—, ¿cómo iba a saber yo que usted volvería en plena Nochevieja?

—¡Nochevieja o no —chilló la muchacha—, la cama es mía, y no le pago todo ese dineral para que meta en ella al cochino de su hijo!

De repente se tambaleó y empezó a hipar. Solo entonces me di cuenta de que estaba borracha.

—¿Le preparo un café? —preguntó mi madre con mucha humildad.

—¡Me cago en su café! —berreó la chica—. Hágase la idea de que me largo.

—Vamos, mire, Manci —insistió mi madre, pero Manci la empujó a la cocina y de un portazo cerró la puerta en sus narices.

De no ir desnudo, habría saltado de la cama hacía rato, pero tal como estaba no sabía qué hacer. Cerré los ojos y me quedé quieto como si aún estuviera durmiendo. De repente sentí un agrio olor a bebida y la chica me agarró de los hombros.

—¡Lárgate de mi cama —gritó—, o te abro la cabeza!

—Estoy desnudo —dije con torpeza.

—¿Y qué? —refunfuñó—. Les he visto los bajos a muchos hombres.

No había más remedio: salté de la cama. De lo asustado que estaba no encontraba la ropa y correteaba de un lado a otro como un loco.

De repente sentí la mirada de la joven borracha sobre mi cuerpo. No me miraba como se mira a los niños sino… no sé cómo. Me invadió una extraña congoja. Rápidamente me subí los pantalones, me puse la camisa, la chaqueta y, de espaldas a la chica, me paré ante la ventana. Fuera todo estaba oscuro, en el cristal se reflejaba la habitación y vi que la chica empezaba a desvestirse. Yo era un chiquillo que se excitaba con facilidad, y perdía la cabeza en cuanto el viento levantaba la falda de una chica. Pero ahora, al ver desnudarse a esa Manci, solo sentí una fría repulsión.

Me di la vuelta. Oí cómo se acostaba y más tarde vi que echaba un buen trago de una botella de *pálinka*. Luego desplegó el periódico, pero solo ella sabría por qué, ya que no leía. Cruzó los

brazos bajo la cabeza y se quedó mirando el techo sin decir nada. Desde abajo se seguía oyendo la música cíngara.

—Tocan bien —dijo pensativa.

No abrí la boca. Durante un rato ella tampoco habló.

—Pobres gitanos —dijo a continuación—, también les va mal. Recuerdo los tiempos en los que les pegaban billetes en la frente, y ahora duermen en el parque, sobre los bancos. La zorra de la tabernera se les acerca y les dice: «¿No quieren tocar en mi taberna?». «Cómo no, contesta el pobre gitano. ¿Cuánto paga?». «¿Cómo iba a pagarles?», dice la muy puta lloriqueando. «Tengo un negocio miserable, no gano nada. Pero me daba pena verlos dormir aquí en el banco, y pensé que quizá podrían dormir en la taberna y les daría algo de comer». Es así como esa zorra consigue a los músicos. Y luego, si entre ellos hay alguno apuesto, enseguida se le echa encima como un gavilán y se lo lleva a la cama. Bueno, ¿qué haces ahí parado como un idiota? —me gritó de repente—. ¿Es que te has quedado mudo?

—¡Maleducado! —gritó mi madre desde la cocina—. ¿Por qué no le contestas a la señorita Manci?

Y es que la señorita Manci estaba ahora más conciliadora.

—No le regañe —dijo—. Budapest confunde a un chico así. Recuerdo que yo también estaba así de asustada cuando vine del campo. ¡Ay! —suspiró—. Vamos, Anna, entre, que aún queda algo en la botella.

Mi madre no se hizo de rogar. Tanta prisa tenía en llegar que las enaguas se las puso por el camino, sobre el camisón. Manci le extendió la botella de *pálinka*.

—¡A su salud!

Mi madre levantó la botella.

—Pues ¡feliz Año Nuevo, Manci!

Manci miró su reloj.

—Aún no es Año Nuevo —dijo—. Y quizá nunca lleguen felices años nuevos. Este es un mundo de perros, se lo digo yo, un mundo de perros.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre—. ¿Cómo es que ha vuelto tan pronto en Nochevieja?

—¿Que qué pasa? —Manci hizo un gesto de resignación—. Pasa que a partir de noviembre no se puede hacer caja, porque los hombres con dinero se lo gastan en regalos. Me pongo a esperar la Nochevieja como una loca. Y entonces sucede esto.

Estalló en una carcajada histérica.

—Venga, ¿me dice por fin lo que le pasa?

—¿Que qué me pasa? —La risa de Manci se ahogó en llantos. Hundió la cabeza en la almohada y sollozó desesperada—. ¡Tengo la visita de cada mes!

Mi madre permaneció a su lado callada, como quien sabe que no hay consuelo posible para desastres de esta clase.

—A los pobres todo se nos tuerce —añadió en voz baja; luego ella también se echó a llorar.

En ese momento doblaron las campanas y abajo en la taberna el gitano empezó a tocar. Se oyó un gran griterío, chillidos locos de mujeres y risas roncas de borrachos.

—¡Feliz Año Nuevo! —vociferaban—. ¡Feliz Año Nuevo!

«Bueno —pensé—, otro año que empieza bien, ¡al diablo con todo!».

2

Por la mañana mi madre me despertó a sacudidas.

—Vamos, levántate ya —dijo—. Tenemos que irnos.

No aclaró adónde, y yo tampoco se lo pregunté. De todas formas, ya lo sabía. Era una mañana de invierno fría y gris, justo como yo me sentía. Pensaba en mis planes que se habían ido a pique como la cosecha tras el granizo. Qué lástima, qué lástima, pero ¿había remedio? Me acordé de aquella nefasta mañana de otoño en que la vieja me tildó de canalla y auguró que terminaría en la horca por querer matricularme en la escuela. Finalmente fui más listo que ella. Eso me consoló. También sería más listo que mi madre. Con la educación sucede lo mismo que con el pan: a los niños pobres les tocan pocas rebanadas.

Una penumbra amarillenta inundaba la habitación.

Me incorporé. Manci seguía durmiendo. Producía unos sonidos como de sierra; daba la impresión de que tenía la garganta de madera y que se la estuvieran serrando para poder sacar el aire. Fuera había dejado de nevar. «No hay nada bueno en ser pobre», me dije.

Salí a la cocina y me lavé. Mi madre me puso delante un vaso de leche y una rebanada de pan. El pan estaba duro por mucho que lo hubiera cortado ante mis ojos. De todos modos, no me extrañó. Sabía muy bien que los pobres no compran pan tierno porque es demasiado bueno y se acaba pronto. Pero la leche sí me sorprendió. Hasta entonces no conocía otra leche que la que dan las vacas o cabras. Esta era de otra clase. La habían inventado los señores para la gente pobre. La llamaban leche desnatada, pero

más bien la tenían que haber llamado leche deslechada. Tenía un color más gris que blanco y sabía más a agua que a leche. Antes de ponerme a comer, saqué el librito y la apunté junto al pan en el recuadro del debe. Lo anoté de manera ostentosa en presencia de mi madre, pero no con la intención de la noche anterior, cuando el estofado de col. Aquello me lo había dictado el corazón; esto, las malas pulgas. Quise demostrarle a mi madre que nuestra relación era puramente comercial; la comida la aceptaba como un crédito y no como regalo.

Ella no dijo nada. Se puso un ajado abrigo marrón y un viejo pañuelo negro, luego sacó de la cama plegable el edredón y la almohada y los envolvió en una sábana. Yo había dormido en el suelo, pero también tenía edredón y almohada, así que mi madre los metió en otra sábana. Llevó el bulto a la cocina y me lo dio.

—Coge esto —dijo—. Yo llevaré el otro.

Sentí curiosidad por saber por qué llevábamos la ropa de la cama al hotel, pero no se lo pregunté para que no se le ocurriera pensar que quería hacer las paces.

Bajamos por la estrecha escalera sin dirigirnos la palabra. En las paredes sucias y carcomidas por el salitre negreaban los garabatos. Aquellos instructivos tratados versaban en primer lugar sobre la relación entre el hombre y la mujer, con especial hincapié en los órganos sexuales, que los autores no se habían olvidado de dibujar junto al texto para no dar lugar a malentendidos. Las inscripciones eran muy variadas, e incluso había entre ellas manifestaciones líricas. Recuerdo que en el tercer piso apareció lo siguiente junto a un corazón atravesado por una flecha: 18 DE MAYO DE 1926: ÉRAMOS MUY FELICES. Según los indicios, la política también inquietaba a los vecinos. En la pared del retrete de la segunda planta alguien hacía una propuesta deshonesta al jefe de Estado y otro parroquiano de ideas afines había escrito: ¡A MÍ TAMBIÉN! Las frases que más abundaban eran del tipo: ¡QUE MUERAN LOS QUE DESOLLAN A LOS OBREROS! ¡VIVAN LOS OBREROS ORGANIZADOS! ¡BURGUESES, TEMBLAD! Entre

la primera y la segunda planta un poeta desconocido había escrito lo siguiente sobre el primer ministro, parodiando una canción popular:

Avanza el coche levantando el polvo,
va István Bethlen en el asiento rojo,
piensa que el pueblo húngaro lo ama,
que lo ama, que lo ama…
La verdad es que su muerte reclama.

Al llegar a la planta baja, mi madre aceleró el paso. Aunque procuró pasar con sigilo por delante de la portería, la puerta se abrió de golpe y una voz campanuda le gritó:

—No tan rápido, señora.

Vi que a mi madre se le ponían las orejas coloradas.

—Feliz Año Nuevo —dijo turbada, y me dio un tirón en la manga de la chaqueta—. Saluda al señor portero.

—Buenos días —rezongué.

Sin embargo, el señor portero no correspondió ni a los buenos días ni al feliz Año Nuevo. Se quedó parado en la puerta mirando a mi madre como un dios vengativo. Era un hombre de enormes dimensiones, un alemán entre rubio y pelirrojo, de acuosos ojos azules. En aquel rostro rojo, tosco y picado de viruelas se dibujaba una telaraña de finas arterias azules y su narizota de amplias aletas delataba su amor por las bebidas alcohólicas. Seguramente estaba desayunando, porque del bigote le goteaba el café y se hurgaba en la boca con la remolacha que tenía por índice. Cuando por fin logró extraer el resto de comida que le estorbaba, dijo sin transición:

—¿Qué hay del alquiler?

Mi madre señaló los bultos.

—Precisamente ahora vamos a la casa de empeños, señor portero.

—No le he preguntado adónde van —gruñó el hombre—. He preguntado qué hay del alquiler.

—Se me ha ido en los billetes de tren, señor portero —se quejó —. He tenido que traer a mi hijo del pueblo y ahora no tendremos ni

con qué taparnos, porque aquí está la ropa de cama que llevo a la casa de empeños. Ya sabe usted que yo pago religiosamente.

—¡Pagaba! —repuso el portero, lacónico—. Ya debe dos meses de alquiler.

—¿Qué culpa tengo yo de haber pasado seis semanas en el San Roque? Casi me muero de esa pulmonía, ahora también debería descansar y comer bien, eso me dijo el médico. No hago más que trabajar como una negra todo el santo día, y aun así no me llega para pagar el maldito alquiler. Pero ¿qué solución me queda? Dígame usted. Usted también es un buen cristiano, señor portero.

El señor portero no entró en debates de índole religiosa. Tras hurgarse de nuevo en la boca con el índice, solo dijo:

—Ustedes siempre tienen algún pretexto.

Se hizo un silencio. Mi madre no respondió. Vi que tenía muchas ganas de irse pero no se atrevía, esperaba a que aquel hombre omnipotente le diera la venia.

—Yo solo le recomiendo —afirmó por fin con tono de mal agüero — que me traiga ese dinero, porque si no la desalojo en un santiamén. ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó mi madre con humildad, y me tiró de la manga—. Ven, Béla.

Tuvimos que andar tres cuartos de hora hasta llegar a la casa de empeños, ya que no nos llegaba para el tranvía. Al ser día festivo, el negocio estaba cerrado, y creí que habíamos hecho todo el camino en balde. Sin embargo, mi madre entró en el edificio, cruzó el patio y llamó a la puerta de la planta baja.

Abrió un anciano con cara de pez. Tenía los ojos saltones como un lucio, y su cabezota calva se movía de un lado a otro como si siempre estuviera protestando contra algo.

—Buenos días, señor —saludó mi madre con mucha humildad, como solo saben hacer las mujeres pobres de Hungría ante los señores.

Cara de Pez asintió, pero no dijo nada. Se comportaba como un sordomudo. Dio media vuelta sin hablar, como si no estuviéramos

allí, y arrastrando los pies pasó por una oscura antesala en dirección a una puerta. Lo seguimos en silencio con nuestros bultos.

La puerta daba a la casa de préstamos. Era un negocio miserable, de una única habitación. El viejo encendió la luz, se colocó en la punta de la nariz unas gafas atadas con hilo y luego hizo una seña para que abriéramos los hatillos, pero siguió sin dirigirnos la palabra. Estuvo largo rato mirando y palpando los dos edredones y las cuatro almohadas y por fin, muy generosamente, abrió la boca y con voz gutural dijo:

—Tres pengos.

—¿Por todo? —preguntó mi madre, asustada.

—No, por cada pluma de pollo.

Mi madre no respondió, solo suspiró. Luego se quitó el abrigo.

—¿Y por esto cuánto me da?

—Nada.

—¿Por qué? —preguntó mi madre con asombro—. Abriga mucho.

—Es posible —dijo Cara de Pez—. Pero solo las princesas llevan prendas así, y no suelen venir por aquí.

Mi madre se puso el abrigo y se quedó pensativa, sin saber qué hacer.

—¿Algo más? —preguntó el viejo con impaciencia.

Mi madre no dijo ni sí ni no; vi que se debatía en su fuero interno. Por fin se dio la vuelta y se quitó del cuello una pequeña cruz que pendía de una fina cadena de oro. Como queriendo limpiarse la boca, le dio un beso tímido y rápido. Luego, sin decir nada, la colocó ante Cara de Pez.

—Dos —dijo este—. En total, cinco.

Entonces mi madre se le acercó y dijo avergonzada y en voz baja, casi susurrando:

—Estoy en un gran aprieto, señor.

—Seis. —Hizo un ademán con la mano y metió la mano en el bolsillo para sacar los pengos de plata.

Mi madre solo se atrevió a hacer cuentas después de salir a la calle.

—¡Seis pengos! ¿Qué hago con ellos? El alquiler de un mes son veinte, y debo cuarenta más. Dios mío, ¿qué será de nosotros?

No supe decírselo. Caminamos hacia la parada del tranvía sin hablar. Hacía mucho frío y bajo los pies la nieve crujía como el vidrio roto.

—Será desagradable dormir sin edredón —dijo mi madre—. El muy sinvergüenza solo nos ha dado un pengo por cada uno. Con lo bien que se dormía con ellos.

«Con lo bien que se dormía con ellos», repetí en voz baja.

En el aire flotaban copos de nieve extraviados. El cielo estaba hundido, el horizonte, blanco. La mirada de mi madre se perdió en la lejanía.

—Sin embargo, lo que más me duele es la cruz —dijo—. Era de mi abuela, que se la dio a mi madre. —Suspiró—. Así es, hasta Jesucristo abandona a los pobres.

No me miró, yo tampoco a ella.

—Era una cruz bonita —dije.

Me hubiera gustado halagar hasta su abrigo, que había sido objeto de burla, tanta pena me daba entonces. Casi me sentó bien agarrarla del brazo cuando resbaló en la calle, que estaba helada. Pero mi madre estaba enfadada incluso con el tiempo.

—Hace un tiempo de perros —gruñó—. Hace más frío que en el infierno.

—En el infierno hace calor —dije bien informado—. Allí no hace falta ni edredón.

Mi madre esbozó una leve sonrisa.

—Quién sabe, tal vez saldremos ganando con el cambio.

Llegó el tranvía, subimos. El vagón estaba casi vacío. Mi madre, sentada junto a la ventanilla con la cabeza gacha, miraba fijamente sus zapatos. La observé a la luz de esa mañana gris. Solo entonces me percaté del mal aspecto que tenía. «Claro —pensé—, la

pulmonía. Berci también murió de eso el pasado otoño. Debería comer bien. Y descansar».

—¡Madre! —le dije.

Hacía ocho años que no pronunciaba esa palabra; sonaba extraño. Mi madre también lo notó.

—¿Qué pasa?

—Si entro a trabajar en ese hotel, entonces… —Hubiera preferido callarme, pero ya era tarde para no continuar—. Entonces —tartamudeé— recuperaré esa cruz, porque… ninguna otra mujer debería llevarla.

Mi madre me lanzó una mirada extraña, luego volvió a fijarse en sus zapatos. Vi que le temblaban los labios.

—Fue de tu bisabuela —dijo—, y después de tu abuela. Las dos rezarán por ti en el cielo.

Entonces yo también me puse a mirarme los zapatos. El tranvía seguía su camino. Estuvimos callados un buen rato.

—No eres mal chico —dijo mi madre—. Lo que es malo es la vida. La pobreza.

—Así es —asentí, y no hablamos más.

El hotel estaba en la calle Mária Valéria, donde la noche anterior habíamos visto todos esos automóviles, abrigos de piel y alhajas. Mi madre admiraba con un fervor casi religioso aquel templo de la riqueza.

—Es bonito, ¿verdad?

—Precioso —confirmé para complacerla.

Estuvimos esperando en la puerta, porque el conserje no estaba. A través de los cristales vi las enormes columnas de mármol del vestíbulo, las alfombras, las arañas de cristal, los enormes sillones, y no pude evitar pensar de nuevo en los cuentos de hadas.

—¿Qué hacen aquí parados? —nos preguntó entonces un portero vestido de general que apareció como por arte de magia. Dijo, palabra por palabra, lo mismo que había dicho el policía en el puente; hasta tenía la voz parecida, o al menos me dio esa

impresión. Era un hombre de unos cuarenta años, huesudo, bien afeitado, muy alto, muy delgado y muy severo.

—Con su permiso —dijo mi madre haciendo una torpe reverencia—, quisiera hablar con el señor primer conserje.

—¿De qué asunto? —preguntó el portero, desconfiado.

—Empleo —contestó mi madre—. Se trata del chico.

El portero me miró. Vi, o al menos me lo pareció, que encontraba ridícula la idea de que un chiquillo tan pequeño y harapiento trabajara en un hotel tan grande y selecto. Pero se limitó a decir:

—A mí el primer conserje no me ha dicho nada. Mejor diríjase a él por escrito.

—Pero, señor —contestó mi madre, nerviosa—, el señor primer conserje me dijo…

El portero no llegó a enterarse nunca de lo que había dicho el primer conserje. En ese instante, tras la puerta de vidrio, apareció un hombrecito obeso cuya presencia cambió radicalmente los modales del empleado. En su cara arisca se dibujó una sonrisa almibarada y abrió la puerta de un tirón. Pero, entretanto, le gritó a mi madre:

—¡Ya está bien, largo de aquí!

El hombrecito obeso salió por la puerta, seguido de un criado que llevaba el equipaje. El antipático portero habló con ese hombrecito feo y gordo con la misma humildad que mi madre había gastado antes con él.

—Sí, señor, enseguida le traigo el automóvil —dijo atropelladamente, y acompañado del criado salió corriendo hacia el coche sin perder un segundo.

Mi madre se detuvo unos pasos más allá.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó desesperada, como si yo pudiera aconsejarla. Casi se echó a llorar, tan impotente se sentía —. Ay, Dios mío —le salió del alma—, es como si tuviera la negra. Con la falta que nos hace ese dinero, ya ves en qué aprieto estoy.

Pues sí, eso sí que lo veía. ¡Y cuánto lo veía! Todos tratan a los pobres como un trapo sucio. ¿Y por qué? ¿Por ser pobre? ¿Acaso

Jesucristo fue rico? Apreté los puños.

—Vamos —le dije con aquella seguridad inexplicable que me invadía cada vez que decidía actuar.

—¿Adónde? —preguntó, asombrada.

—Ven, rápido.

Vi que el portero estaba entretenido detrás del automóvil, colocando el equipaje con la ayuda del criado. Agarré por el brazo a mi madre y, ¡zas!, entramos en el hotel. En el amplio y suntuoso vestíbulo, la mujer movía la cabeza de un lado a otro presa del miedo.

—Dios mío —susurró—, ¿cómo lo vamos a encontrar?

—Pues preguntaremos —contesté con una seguridad inexplicable—. Mira, ya viene alguien.

Hacia nosotros venía un tipo uniformado. Era un chiquillo rubio, con cara de niña, y apenas tendría un año más que yo.

—¿Adónde van? —preguntó con una voz que me volvió a traer el recuerdo del policía.

Mi madre le sonrió con ternura.

—Quisiéramos hablar con el señor primer conserje, por favor.

—¿Aquí?

El chico nos miró como si nos hubiéramos extraviado en un templo y ahora lo estuviéramos profanando con nuestra presencia.

—¿Dónde podemos encontrarle? —preguntó mi madre con la misma candidez de antes.

—Aquí no —repuso el chiquillo con rudeza—. Hagan el favor de irse.

Mi madre ya se disponía a salir, pero yo di un paso hacia delante. No podía contenerme más. ¿Incluso un mocoso como este podía humillar a mi madre? Lo miré fijamente.

—No hacemos el favor de irnos —dije, preparado para el combate—. Y no te creas tan superior solo porque llevas esos pantalones rojos.

El rostro del chiquillo adquirió un tono más colorado que el de sus pantalones. Le tembló la voz al espetarme:

—Salgan, o si no…

—¿Qué ocurre? —se oyó detrás de nosotros la voz de otro chico uniformado.

El de la cara de niña me señaló.

—Es un impertinente —dijo—. Enseguida daré parte.

Mi madre me daba tirones en la manga de la chaqueta, pero a mí en aquel momento no me hubiera asustado ni el mismísimo diablo.

—Queríamos hablar con el señor primer conserje —dije con terquedad—. Y este chico le ha faltado el respeto a mi madre.

El otro mozo tendría ya unos diecisiete años. Tenía un rostro prematuramente envejecido y era bajo, callado y serio. Me escuchó con paciencia, pero no se entrometió en la discusión.

—Hagan el favor de venir conmigo —dijo con un tono tranquilo y objetivo, e hizo una señal al otro indicándole que él se encargaba del asunto. El de la cara de niña se encogió de hombros, furioso, y giró sobre sus talones. Nosotros seguimos al que tenía cara de viejo.

No sabíamos adónde nos conducía. Cruzamos con él el vestíbulo, nos hizo bajar unas escaleras y llegamos a los sótanos.

—¿Adónde nos lleva? —preguntó mi madre con timidez.

—A ver al primer conserje —contestó el chico—. ¿No era allí adonde querían ir?

—Pues sí —repuso mi madre, aliviada, y sus ojos se llenaron de agradecimiento—. Gracias por su bondad, joven.

—Es un placer —dijo el chico, a quien aparentemente turbaba la humildad de mi madre—. Lo siento —añadió más tarde—, de verdad siento que ese mocoso… —No terminó la frase, solo hizo un ademán con la mano—. Así son. Almas de ciclista.

—¿Cómo? —preguntó mi madre.

—Almas de ciclista —repitió el chico—. Se yerguen hacia arriba y pisotean hacia abajo. Una vieja costumbre húngara.

Su voz era monótona, y cuando hablaba tenía el rostro tan inmóvil que parecía tallado en madera. Su piel era grisácea, y los

dientes, pequeños y amarillentos. Pero sus ojos despedían calor humano. «Habrá visto muchas miserias», pensé.

El trato humano del chico aflojó la lengua de mi madre. Le contó con profusión de detalles por qué habíamos ido allí. Él la escuchaba con semblante serio.

—Hay una vacante —dijo al fin—. Hace unos días echaron a un chico. Era un buen muchacho, pero una de las huéspedes lo denunció —se dirigió a mi madre—. Un asunto de faldas, ya sabe usted, una excelentísima señora. —Lo de «excelentísima señora» lo pronunció con la misma repulsa que si se hubiera tragado un huevo podrido. Luego se dirigió a mí y agregó—: Aquí hay que tener mucho cuidado.

No entendí bien de qué me hablaba, pero no me atreví a preguntárselo por temor a que me considerara un paleto ignorante. En ese instante el chico se detuvo ante una puerta.

—Ahora lo aviso —dijo—. Hagan el favor de esperar.

Unos minutos más tarde apareció acompañado del primer conserje.

Este parecía un bebé crecido al que hubieran disfrazado de Papá Noel. Tenía la enorme panza embutida en un uniforme bordado y en el mentón lucía una barba blanca de abuelo, aunque su rostro, del que asomaban un par de ojillos de color violeta y una diminuta nariz, era más propio de un lactante. Su cutis era tan rosado que parecía un recién nacido.

—Dios la bendiga, Anna —dijo—. ¿Qué la trae por aquí?

—Le presento al muchacho, señor primer conserje.

Papá Noel me miró.

—Ya —dijo, pero no pronunció una palabra más.

Se hizo un silencio tenso.

—¿Se lo presentará a los señores? —preguntó por fin mi madre, con tono preocupado.

El primer conserje me señaló.

—¿Así?

No comprendí qué pretendía decir con el «así», y seguramente mi madre tampoco.

—No le entiendo, señor primer conserje —dijo mi madre.

—¿No me entiende? —repitió el primer conserje—. Pues mírelo. Son unos harapos con un chico dentro. En la oficina pensarían que les he llevado un vagabundo que encontré en la calle. Cómprele un traje, y luego hablaremos.

—Ay, querido señor primer conserje —gimió mi madre—, ¿de dónde saco yo el dinero para un traje?

Al querido señor primer conserje eso seguramente le importaba un comino. Miró su reloj.

—Ahora tengo que irme —dijo, y enseguida se puso en marcha —. Pues ya vendrán otro día. Que pasen un buen día.

Nos miramos sin decirnos nada. Pasamos por los sótanos sin cruzar palabra. De repente se plantó ante nosotros el chico del uniforme rojo. Debíamos de estar muy alicaídos, porque nos preguntó:

—¿Hay algún problema?

—Vaya que si lo hay —se lamentó mi madre—. El primer conserje dice que el chico va hecho un guiñapo y así no se lo puede presentar a los señores.

—¿No tiene otra ropa?

—Pues no —suspiró mi madre.

El chico me miró de arriba abajo y dijo:

—Mi traje le quedará bien. Se lo presto con mucho gusto.

—¿De veras? —se alegró mi madre.

—Claro —contestó airoso el chico—. Yo, de todas formas, tengo que llevar esto. —Y señaló con desprecio el uniforme—. Espéreme aquí —dijo, y me hizo una señal para que fuera con él.

Me condujo a un espacioso vestuario. A lo largo de las paredes se alineaban estrechos armarios de chapa. Abrió uno de ellos y sacó su ropa de calle.

—Es usted muy atento, señorito —dije, avergonzado, y sentí que me sonrojaba.

—No soy ningún señorito —repuso—. Soy un proletario, igual que tú. Puedes tutearme sin problema. Me llamo Elemér.

—Yo me llamo Béla.

Nos dimos la mano. Me hubiera gustado mucho saber qué era un «proletario», pero no me atreví a revelar mi ignorancia. Empecé a desvestirme sin decir nada.

—¿No tienes calzoncillos? —preguntó con asombro.

Me encogí de hombros.

—No hace tanto frío.

Elemér no me contestó, pero sus ojos lanzaron un destello extraño. Permaneció un rato mirando al suelo y luego dijo en voz baja:

—¿Y los de arriba piensan que esto puede continuar así?

—Sí. —Y asentí con la cabeza, porque ahora sabía muy bien de qué hablaba. Nuestras miradas se cruzaron. «En el campo seguro que habríamos sido amigos», pensé.

Elemér se quitó la chaqueta, luego la camisa, y me la ofreció.

—Póntela.

—¿Y tú?

—No se nota debajo del uniforme. ¿Sabes atarte la corbata?

—Nunca he tenido una —confesé.

Sacó la corbata del armario y me la ató por debajo del cuello de la camisa. Luego volvió a mirarme de arriba abajo.

—Esos zapatos tampoco cuelan —constató.

Ahí sí que me pilló desprevenido.

—Son unas botas muy buenas —le dije—. Eran del señor maestro.

—Ya veo —respondió Elemér—, pero mejor ponte mis zapatos.

Cambiamos de calzado y acto seguido me condujo al espejo. No daba crédito. Con aquel traje azul parecía todo un señorito.

Mi madre también se asombró al verme.

—¡Vaya! —dijo, y le brillaron los ojos—. Juro por Dios que no te habría reconocido.

También le gusté al primer conserje.

—¿Los conocías? —le preguntó a Elemér, al enterarse de que el traje era suyo.

—Es la primera vez que nos ve —contestó mi madre, y miró agradecida a Elemér—. Es todo un caballero, se lo digo yo.

—Bueno —propuso el primer conserje—. Hablaré con el señor comandante.

—El comandante es el jefe de personal —aclaró Elemér en voz baja en cuanto salió el primer conserje—. Es blanco, blanco como la nieve, ya me entienden. Antes de acostarse le reza a Mussolini.

Tampoco lo entendí, pero hubiera jurado que era verdad. Ese Elemér siempre sabía de qué hablaba.

Estuvimos un buen rato esperando al primer conserje, al menos una hora. Más tarde me enteré de que el todopoderoso Papá Noel le temía tanto al comandante como nosotros a él, y que lo único que le había llevado a emprender la peligrosa tarea era pensar en que le harían la colada gratis.

Por fin yo también obtuve audiencia con el ilustre comandante. Estaba sentado tras un gran escritorio y me miraba de tal forma que me dio la impresión de que para verificar lo que yo dijese era capaz de trepanarme el cráneo. Era un hombre enjuto y seco, con los labios siempre encorvados hacia abajo, como si algo le provocara un asco permanente. En el ojo derecho llevaba un disco de cristal, como el de los relojes de bolsillo. «¿Para qué servirá?», me pregunté. Su pelo brillante, peinado con raya en medio, estaba pegado al cráneo; antes habría sido negro, pero ahora más bien parecía verdoso por el tinte. El bigote tenía el mismo tono, al igual que su cara, o al menos eso me parecía a mí.

Me cuadré ante él y apreté las manos contra la costura de los pantalones, según lo reglamentario. El primer conserje también estaba en posición de firmes. Solo faltaba que resonaran los tambores.

El comandante me observó durante una eternidad, como si yo fuera un caballo en la feria de ganado. Luego se quitó el cristal del ojo y ametralló:

—¿Nombre?

Se lo dije.

—¿Año de nacimiento?

Se lo dije.

—¿Profesión del padre?

Eso no se lo supe decir. Sentí cómo me sonrojaba. Se produjo un silencio insoportable.

Finalmente fue el primer conserje quien salvó la situación.

—Murió —dijo con una sonrisa condescendiente.

—¡Deje que hable el chico! —le llamó la atención el comandante en tono incisivo.

—Sí, señor, a la orden.

—¿Cuántos años has estudiado?

—Seis.

—¿Has traído tus certificados de notas?

—Sí.

Se los entregué. El comandante volvió a colocarse el cristal en el ojo y se dispuso a analizar mis notas. Para evitar malentendidos, le aclaré con tono militar:

—Nunca en la vida he sacado peor nota que sobresaliente. A la orden, le informo.

El comandante esbozó una leve sonrisa. «Muérete», pensé.

—¿Has sido *levente*?

—Sí. Me dieron un premio en tiro al blanco.

Eso le gustó. Se dirigió al primer conserje.

—¿Así que conoce bien a la madre?

—Sí, señor. Es una mujer pobre, pero muy decente.

—Ya veo que viste bien al chico —constató el comandante, y luego continuó con otra ráfaga—. Claro, la gente del campo sigue siendo distinta a la chusma de Budapest. —Me miró—. Que no te vayan a estropear esos cerdos rojos.

—Sí, señor comandante —repuse, sin tener ni la menor idea de a qué se refería.

—Entonces, todo está en regla —afirmó—. Ve con tu madre a la agrupación gremial por el contrato de aprendiz. Kálmán te lo explicará.

—A la orden, señor comandante —dijo el primer conserje, y entrechocó los tobillos.

Yo también di un taconazo. El interrogatorio había finalizado.

Cuando mi madre se enteró de que me habían admitido, se echó a llorar de alegría.

—¡Nunca le han hecho la colada como yo se la haré a usted! —sollozó, y casi le besa la mano al primer conserje.

Me cambié de ropa y nos pusimos en camino. Aunque Elemér nos había explicado dónde estaba la entrada de servicio, nos perdimos entre las numerosas escaleras y de repente volvimos a encontrarnos en el vestíbulo de columnas de mármol. Mi madre zigzagueaba asustada por las mullidas alfombras y cada dos por tres topaba con alguien.

—Dios mío, sácanos de aquí —susurró—, porque si no lo echaremos todo a perder.

Afortunadamente logramos salir del vestíbulo, pero a la pobre se le olvidó incluir en sus rezos la puerta de entrada. El portero nos reconoció.

—¿Cómo se han atrevido a entrar? —nos gritó—. ¿Dónde han estado?

Mi madre, en vez de responder, echó a correr como si la hubieran pillado con las manos en la masa y, claro está, yo fui detrás de ella.

—¡Pordioseros, la próxima vez que os vea por aquí…! —bramó el portero, y los transeúntes nos miraron como si en efecto fuéramos malhechores.

Me hubiera gustado embestirlos para sacarles esos ojos que delataban sospecha, pero me embargó una gran vergüenza y me refugié en la selva de mis ilusiones infantiles. No había renunciado a mi antiguo plan de que cuando fuera mayor —siguiendo el ejemplo de la pandilla infantil— reclutaría una banda de adultos y, como

Sándor Rózsa, robaría el dinero a los ricos para distribuirlo entre los pobres. «¡No sabéis quién soy yo! —me decía—. ¡Ya veréis quién soy yo!». En una ocasión el maestro nos había contado la historia del caballo de Troya y ahora me acordaba de ella. Sí, ahora yo también me infiltraré en la fortaleza del enemigo, me pondré su uniforme, lo serviré con gesto hipócrita, pero un día saldré del caballo de madera y entonces me vengaré del mundo de los señores ladrones, porque ese día se impartirá justicia. Habrá cañones en la calle Mária Valéria y yo entraré con la espada en alto…

Mi madre se reía por lo bajo. La miré asustado. Íbamos por la calle del Emperador Guillermo y ella, de lo feliz que estaba, se había olvidado ya del miedo pasado.

—Mi hijo… primer conserje —dijo riéndose como una chiquilla, y me dio una palmadita en el hombro—. Vaya, vaya, ya te veo con el bigote atusado, vistiendo un elegante uniforme. Entonces será igual de difícil entrar a verte y tú también mandarás al cuerno a los pobres.

—¡Yo solo mandaré al cuerno a los ricos! —respondí todo serio —. Y será un cuerno bien afilado, no te quepa la menor duda.

—¡Bah! —dijo mi madre haciendo un gesto de resignación—. Eso es lo que crees ahora. Pero cuando llegues a primer conserje pensarás de otra forma. El pobre se olvida de los suyos en cuanto está entre ricos, así es el mundo.

No lo dijo con tristeza, lo dijo sonriendo, ilusionada, hasta se echó a reír. Luego empezó a toser. Era una tos alarmante, al pobre Berci también le había pasado lo mismo. «Le compraré tocino cuando tenga dinero —pensé—, tocino bien sabroso y nutritivo, y leche, litros de leche, pero no de esa leche desnatada sino leche de verdad, con mucha nata, que le vaya bien a sus pulmones».

—Vamos, dame unos golpes en la espalda —dijo mi madre, porque la tos no se le iba.

Le di unos golpecitos, aunque me hubiera gustado acariciarla. Mientras lo hacía pensaba en los cañones que un día tronarían en la

calle Mária Valéria. Ese día la tomaría de su encallecida mano, la conduciría al vestíbulo de columnas de mármol y diría ante los ilustres huéspedes: «¡La mejor habitación para esta dama, para mi madre!».

3

Así fue como de la noche al día pasé del mundo de los más miserables al de los más ricos, sin que mediara transición alguna entre los dos extremos. Hasta entonces había visto que el campesino, trabajando de sol a sol, no ganaba ni un pengo al día, y en cambio ahora veía que los señores pagaban tres veces más por una cajetilla de tabaco egipcio. Mi madre se despertaba a las cinco de la madrugada y se deslomaba hasta altas horas de la noche, pero no ganaba lo que costaba el desayuno que las damas se hacían llevar entre bostezos a su cama del hotel a las once de la mañana.

Desde entonces, por las mañanas, al llegar desde Újpest y entrar en el vestíbulo de columnas de mármol, me sentía como si me hubiera introducido furtivamente en la fortaleza del enemigo. Odiaba esa clientela internacional, refinada y de rostro aburrido. Los odiaba por todos mis males, por estar mi madre cada día más flaca, por no poder yo ir a la escuela, por ser el mundo tal y como era. Sin embargo, las cosas me iban bien. El primer conserje me puso con Elemér, quien me trataba como si fuera su hermano. La manutención era excelente. Nunca en la vida había comido como allí. A pesar de todo, me sentía perdido. En el pueblo me trataban como a un perro, pero formaba parte de una comunidad. El campesino me pegaba una buena zurra si me pillaba robando fruta; con todo, la siguiente vez que me veía me preguntaba: «¿Cómo te van las cosas, bribonzuelo?». Estos no me pegaban ni me gritaban. Sencillamente me ignoraban. Miraban a través de mí como si fuera transparente. Me recordaban a las carpas del invernadero; también

parecían estar rodeados de cristal. Los veía, vivía en su proximidad y, no obstante, eran inalcanzables. Si me cayera muerto ahí mismo, pensaba a veces, ellos seguramente seguirían sonriendo, con cortesía y sin sentido, como los ciegos. Quizá algún señor se quitaría el monóculo, se acercaría al teléfono con un semblante de fastidio y con voz aburrida llamaría al conserje: «Oiga… aquí hay un cadáver. Manden subir al director, que quiero presentar una queja».

Ni siquiera los botones me admitieron entre ellos. Eran chicos de Budapest y despreciaban a los campesinos. Les parecía ridículo mi dialecto, mi comportamiento, mi forma de pensar y, en general, todo mi ser. Eran húngaros de Horthy hasta la médula: tenían almas de ciclista. Se erguían hacia arriba y pisoteaban hacia abajo, como todos en la regia patria húngara. Con el andar de los años, el sistema social en que vivían les daba a cada uno un título o un rango, y como en el país no había rango tan bajo que no tuviera otro inferior, incluso el paria más miserable se consolaba con poder pisar a alguien. En el hotel había un señor director general, un señor director ejecutivo, un señor director, un señor subdirector, un señor gerente, un señor vicegerente, un señor director de departamento, al igual que había un señor primer conserje, un señor conserje, un señor conserje adjunto y, ¡ay de aquel que se atreviera a llamarles por el apellido en vez de por su título!

—¡Qué idiotas! —estalló Elemér en una ocasión—. Si les da una patada una persona de rango superior, ellos enseguida se vengan en la piel de un inferior, en vez de unirse y echar colectivamente a los que idearon todo este sistema.

Pero Elemér solo hablaba así cuando estábamos solos. Delante de los demás la mayoría de las veces callaba, y si muy de vez en cuando decía algo, por lo general sopesaba cada una de sus palabras. Los botones lo respetaban en todo, nunca le contradecían, pero más tarde me sorprendió ver que no lo querían y que en secreto lo apodaban Cara de Palo.

Los botones no paraban de espiar a los huéspedes, de olisquear y de cotillear, y solo se sentían bien si hurgaban con el hocico en la

inmundicia moral. Eran como la fruta tierna pasada, que aunque no está aún madura, ya ha empezado a pudrirse en su interior. El olor dulzón de la podredumbre llenaba todo el hotel. Era eso lo que sentía a través de la delicada fragancia de los perfumes franceses, aunque entonces aún no lo sabía. Tan solo olía, intuía algo que me causaba repulsa desde el primer instante, pero que por otro lado me atraía con una fuerza alarmante.

Todo era muy raro. Allí estaba por ejemplo ese chico con rostro de niña que había sido tan descarado con mi madre la primera vez que habíamos estado en el hotel. Se llamaba Ferenc, pero ya en los primeros días me di cuenta de que a sus espaldas los demás lo llamaban Franciska. Le pregunté a Elemér por qué, pero evadió la pregunta. Era un chico púdico que se sonrojaba con facilidad y entonces también se puso colorado.

—¡Tonterías! —gruñó, y zanjó el asunto con un gesto de desinterés.

Si Elemér no hubiera actuado de un modo tan enigmático, habría pensado que el mote de Ferenc se debía a su cara de muchacha, pero así me percaté de que se trataba de otra cosa, lo que no hizo más que avivar mi interés.

Un día sucedió algo curioso. El primer conserje preguntó:

—¿Dónde está Ferenc?

—Viene enseguida —contesté, porque Franciska había dicho que subía a la 302 y yo ya sabía que en las habitaciones solo nos daban órdenes breves, y luego volvíamos al vestíbulo o informábamos de adónde nos habían mandado ir.

Pero cuando el primer conserje se alejó, Antal, otro botones, me dijo con irritación:

—¿Es que eres tonto?

—¿Por qué? —pregunté.

—Has dicho que venía enseguida.

—Dijo que iba solo a la trescientos dos.

—Precisamente por eso. Entonces no viene enseguida.

—¿Por qué? —pregunté con asombro.

—¿Por qué? —repitió Antal con un tono desdeñoso, y en vez de responder hizo un gesto de desprecio, como dando a entender que no valía la pena perder el tiempo respondiendo a un tonto como yo.

Pero, en efecto, Franciska no bajó: se quedó en la 302 durante más de una hora. No lo entendía. Si fuera una cosa de faldas, aún, pensé. Pero en la 302 vivía un caballero alemán mayor y muy rico, el representante en Budapest de una empresa química de Renania. A ver quién lo iba a entender.

Sí, todo era muy raro. Sobre Elemér también se cuchicheaba mucho. Me picaba la curiosidad, pero los chicos no me confiaban sus secretos. Solo por casualidad pillaba alguna que otra frase.

—Chicos —notificó una mañana Lajos—, no os lo vais a creer. Mi viejo se cruzó con Cara de Palo a las tres de la madrugada. ¿No os había dicho que iba a reuniones secretas?

Luego en otra ocasión, después de que Elemér le hubiera echado una bronca por algo, murmuró a los chicos:

—Mirad qué importante se cree. El comunista.

Eso, claro está, no me lo creí. Elemér no era judío y yo lo tenía por un muchacho honrado. Aunque tampoco le entendía del todo. Siempre sospechaba que decía solo la mitad de lo que pensaba. Nunca estaba alegre, ni triste tampoco. Era un cara de palo. Hablaba con la apatía de un anciano, tan preciso e impersonal como un código legal. No podía imaginarme cómo vivía, qué hacía una vez que se desprendía del uniforme. Nunca hablaba de sí mismo y cuando trataba de preguntarle, siempre esquivaba la respuesta.

Y eso que me tenía afecto. Me cuidaba, se aplicaba a enseñarme como una gata a su cría, aunque debía de sufrir mucho conmigo. A un campesino le cuesta comprender los asuntos de los señores, pero tal vez eso era algo que le agradaba de mí. Cuando pretendía agradecer sus favores, solo hacía un gesto con la mano.

—Tonterías —refunfuñaba en tales ocasiones—. Somos proletarios, tenemos que apoyarnos, eso es todo.

Aquel término fue la primera palabra extranjera que aprendí. Seguía sin saber qué significaba, pero me parecía la más bonita del

mundo. Para mí quería decir que Elemér me tenía por un igual y que yo pertenecía a alguna comunidad.

Cada vez que llegaba a casa lo primero que me preguntaba mi madre era:

—¿Has traído dinero?

—No —respondía avergonzado, porque de momento me dedicaba a aprender y no me confiaban tareas por las que los huéspedes dieran propina.

Mi madre no decía nada, se limitaba a mirar al suelo.

—Tal vez mañana —trataba de consolarla, pero al día siguiente volvía a ir con las manos vacías.

Pasaban las semanas, se aproximaba febrero y mi madre estaba cada día más inquieta. El 1 de enero solo pudo pagar cinco pengos del alquiler y el portero la advirtió de que si a principios de febrero no saldaba toda la deuda, nos desalojaría sin más. Mi madre debía setenta y cinco pengos y solo había logrado reunir veintidós, tampoco entiendo cómo. Ganaba tres pengos al día, si trabajaba, porque no solía hacerlo más de quince días al mes. El resto del tiempo lo pasaba buscando trabajo, lo que le costaba muchísimo dinero porque las señoras vivían en Budapest y mi madre no aguantaba las caminatas. Por las noches tosía cada vez más bajo su ajado abrigo pardo que hacía las veces de edredón. Yo dormía vestido, pero ella, la pobre, no podía acostumbrarse. Estaba cada día más flaca y sus diminutos ojos negros se habían hundido en aquel rostro pálido, como queriendo esconderse de los problemas.

El 1 de febrero, al llegar a casa, parecía tan turbada que en lugar de saludarla le pregunté:

—¿Nos desalojan?

—Todavía no —contestó—. Pero si no pago lo que debo el primero de marzo, entonces… —En lugar de terminar la frase, se echó a llorar desconsoladamente—. Porque mientras uno pase hambre entre cuatro paredes sigue siendo un ser humano —

sollozaba—. Pero si ya no tiene casa, no queda otro remedio que eso. —Y señaló la botella de lejía.

Me hubiera gustado consolarla, pero ¿cómo la iba a consolar? Me quedé sentado a su lado, sin poder hacer nada. Pasamos la noche sin hablar.

Al día siguiente, cuando me despertó, miré el reloj con asombro.

—¿Por qué me despiertas tan temprano? —pregunté—. Son las cuatro y media.

Mi madre se miraba los zapatos, como siempre hacía cuando se sentía desconcertada.

—Béla —dijo en voz baja—, no puedo darte dinero para el tranvía.

—No importa —contesté—. ¿Cuánto tiempo se tarda andando?

—Tres horas si te apuras.

—Bien —dije—. De eso nunca se ha muerto nadie.

Pero mi madre seguía allí parada y no dejaba de mirarse los zapatos.

—No tenemos leche en casa —dijo al fin.

—¿Qué más da? —Hice un gesto de resignación—. Además, no me gusta ese aguachirle. Dame el pan, me lo comeré por el camino.

—¡Tampoco hay pan! —Estalló en llantos—. No tenemos más que miseria.

Así pues, salí a la calle en ayunas, a las cinco de la mañana. Era una noche oscura como boca de lobo, hacía un tiempo horrible. El viento se me colaba dentro de la ropa, helándome los miembros. Hice la última parte del trayecto corriendo, pero logré llegar a tiempo. Por la noche, sin embargo, tardé más. Estaba tremendamente cansado. De vez en cuando me sentaba en un banco o en el borde de la acera. Con la cabeza caída sobre el pecho, dormitaba un rato. Al llegar a casa eran ya las doce.

Y desde entonces siempre igual. Caminaba seis horas al día. Estaba cansado todo el tiempo, tremendamente cansado, pero más que el cansancio me torturaba el sueño. Si por entonces un hada me hubiera preguntado cuál era mi mayor deseo, le habría

contestado que dormir. Siempre tenía sueño. En la escuela de aprendices, adonde tenía que acudir dos veces por semana, me escondía tras el que se sentaba delante de mí y en ocasiones llegaba incluso a dormir una hora entera. En los entrenamientos de *levente* mi ejercicio favorito era dormir. En el hotel desaparecía a ratos y a escondidas echaba una cabezadita.

Mi madre apenas lograba despertarme por las mañanas. Emprendía el camino de tres horas con la furia que me provocaba la falta de sueño, tiritando y con el estómago rugiendo. Cómo odiaba las muertas y desalmadas calles de Újpest, por donde en aquellas oscuras madrugadas de invierno no pasaban más que borrachos, prostitutas y ladrones. Ni los policías se atrevían a asomarse por allí a esa hora. Solo me crucé una vez con uno, pero con gusto hubiera renunciado a ese encuentro.

—¿Qué haces aquí vagabundeando? —me gritó—. A estas horas los niños deberían estar en la cama.

No le contesté. ¿Qué le podía decir? Estaba totalmente de acuerdo con él. Pero mi silencio no hizo más que enfurecerlo.

—¿Adónde vas? —bramó.

—Al trabajo —repuse.

—¿Ahora? ¿En mitad de la noche?

—Cuando llegue al trabajo ya será de día —le dije.

—¿No tienes dinero para el tranvía?

—No.

—A ver tus bolsillos.

Me revolvió los bolsillos y también me cacheó.

—¿Y a tu madre y tu padre no les da pena? —gruñó por fin, y escupió como indicando lo que opinaba de mis padres.

En el hotel nos daban almuerzo y cena abundantes, pero no desayuno, de manera que hasta mediodía trabajaba en ayunas y hacia las diez de la mañana ya estaba mareado de hambre. A mi alrededor los camareros pasaban con bandejas de plata cargadas de desayunos que bien podrían ser almuerzos, y yo miraba,

aguantándome las ganas, aquellos suculentos manjares que nunca había probado: los pescados, las frutas, por no hablar del invariable solomillo del fascista lord inglés, que el ilustre señor mandaba de vuelta casi todas las mañanas por estar poco hecho o poco jugoso.

Los observaba apretando los puños. Yo tenía que caminar seis horas al día porque no tenía los cuarenta y ocho florines que costaba el tranvía; pero allí, en el hotel, se decía que Hungría les parecía ridículamente barata a los extranjeros. En efecto, para ellos lo era. Por el mismo dinero aquí les daban el doble que en su patria y aún vivían dos veces mejor. Libras esterlinas, francos, dólares y marcos fluían a raudales, y a mí no me correspondía nada, ni el precio de un billete de tranvía.

—Parece —le dije una vez a Elemér— que Hungría es el país más pobre del mundo.

—Por esta parte de mundo hay unos cuantos más —repuso Elemér—. Antes del catorce tampoco es que les importáramos mucho. Entonces pensaban que nada tenían que ver con nosotros, que les daba igual que nos aniquiláramos a la brava. Pero luego vino la guerra y las balas respetaron sus cabezas tan poco como las nuestras. ¿Te acuerdas del de la ciento ocho?

No comprendí por qué mencionaba la 108.

—¿Ese que tuvo apendicitis?

—Sí, ese —confirmó—. Fíjate. Era rico, poderoso, estaba como un roble, o al menos lo pensaba. Entonces le empezaron esos dolores y tres días más tarde, ¡cataplum! —Se me acercó—. ¿Sabes qué tamaño tiene un apéndice? Así de pequeñín. Pues Hungría es igual de diminuta si se la compara con el mundo entero, y el mundo tampoco se ocupa de ella al igual que hace un hombre sano de su apéndice. Pero si un día estos países apéndice se inflaman, entonces ya verás como todo el mundo se retorcerá de dolor. ¿Entiendes de qué te estoy hablando?

No lo seguía del todo, pero hubiera jurado que era verdad. Elemér sabía de qué hablaba y además era proletario. Del hambre que tenía notaba un gusto amargo en la boca.

—¡Ya les llegará la hora! —gruñí—. A este mundo de señores no le vendría mal una apendicitis.

4

El edificio donde vivíamos parecía una estación terminal. Allí iban a parar los que ya no tenían nada, y los que aún nada tenían partían de ese punto. Los jóvenes matrimonios de proletarios que aún creían en los milagros compartían rellano con desempleados maltrechos con numerosos hijos, que ya no creían en nada, absolutamente en nada. También entre los jóvenes había más de un parado, pero los mayores de cuarenta años se llevaban la palma. De qué vivían estas familias, nadie lo sabía, tal vez ni ellos. Hombres aplicados, fuertes como bueyes, perdían el tiempo todo el santo día en los pasillos de la casa en espera de que sus hijos o hijas, aprendices de quince años, les consiguieran algo para cenar. En más de una familia eran esos chiquillos espabilados los que mantenían a los demás. Al aprendiz de vez en cuando le caía alguna propina o algún trabajo extra y si no, incapaz de soportar el hambre que pasaban sus hermanos pequeños, se iba a robar. En el tribunal de menores no había paro y la plantilla de policía también trabajaba al completo. Apenas había días en que alguien no llamara sigilosamente a la puerta de la cocina:

—Llega la poli.

O bien:

—¡Que viene András el Inútil!

Muchas veces eran los niños los que daban la noticia.

—Oigan, que aquí está el ¡Eh!

Así llamaba la generación más joven a los policías. El ¡Eh! corriente era el agente de a pie, y el ¡Eh! con tono elevado, el policía a caballo. Si el ¡Eh! se llevaba a uno, tan solo decían:

—El pobre —y luego añadían—: Vaya mala pata.

Y eso que la casa no era ninguna guarida de ladrones. La mayoría de los vecinos eran obreros, personas honradas y bienintencionadas que no tenían más culpa que vivir y querer mantener a sus familias.

A nuestro lado vivía un anciano ebanista a quien llamaban tío Gábor. Al tío Gábor se le mostraba un gran respeto a pesar de que todos sabían que le faltaba un tornillo. Era un hombre alto, bien parecido, de rostro serio y majestuoso. Andaba más derecho que una vela y cuidaba mucho su aspecto. En los pantalones gastados siempre se planchaba unas rayas impecables, nunca se olvidaba de lustrarse los zapatos remendados, y sus enormes bigotes blancos de húsar eran inconcebibles en alguien que no durmiera con la bigotera puesta. Era viudo, pero en su diminuta casa vivían cuatro personas. Alquilaba la habitación a tres obreras jóvenes y él dormía en la cocina. En tiempos mejores había tenido su propio taller en un pueblo cercano a Budapest, donde trabajaba con tres ayudantes. Fabricaban ataúdes. Confió en la muerte y no salió decepcionado. Había reunido toda una fortuna, y llegó a tener ocho mil coronas en la caja de ahorros, pero entonces estalló la guerra, lo llamaron a filas y tuvo que cerrar el taller. Luego llegó la revolución y los rojos declararon que la moneda antigua no valía nada. Vino la contrarrevolución y los blancos declararon que la nueva tampoco. Después le tocó el turno a la inflación y entonces ninguna de las dos monedas tuvo valor. El tío Gábor, ya anciano, se quedó sin blanca y los excesos de la historia mundial le afectaron la cabeza. Tenía la manía de que los siniestros féretros actuales iban en contra del espíritu cristiano, según el cual, como bien se sabe, se pasa a mejor vida, por lo que no hay razón para ponerse triste. Empezó, pues, a fabricar ataúdes alegres. Los enlutados clientes se mostraron recelosos ante la innovación y el tío Gábor acabó por enfadarse con la aldea. Se trasladó a Budapest para intentar llevar su iniciativa a buen puerto en la capital, pero a falta de dinero no pudo montar un

negocio propio; y como tampoco encontró empleo, pronto se vio en el nutrido grupo de los desempleados.

Pero no se dio por aludido. Con las herramientas que le quedaban, instaló un taller en la cocina y siguió llevando una vida tan laboriosa como la de antes. Se levantaba a las cinco en punto, empezaba a trabajar a las seis, dejaba el cepillo a las doce y durante el «receso del almuerzo» se iba a buscar trabajo. Nunca encontraba nada, pero no se desalentaba. Volvía a casa, se quitaba la ropa de calle y seguía trabajando hasta las seis en punto. ¿Qué hacía? En primer lugar amuebló la casa, y lo hizo de manera admirable. Pintó los muebles con los colores nacionales, porque era muy patriota y estaba orgulloso de ello. En la habitación había tres camitas, verdaderas obras de arte. Estaban decoradas con tallas de madera y pintadas de rojo y verde sobre fondo blanco. En la cabecera dos angelitos rojos sostenían un corazón blanco, en el que figuraba el nombre de la ocupante en letras verdes: Sári, Bözsi o Borcsa. En cuanto el tío Gábor notaba algún desperfecto, enseguida acudía con sus herramientas para repararlo, porque más allá de los féretros alegres, también era un maniático del orden. Las muchachas no podían mover nada de su sitio, ni siquiera las sillas, bajo cuyas patas había en el suelo cuatro círculos de colores: rojo, blanco y verde.

Si alguien en los alrededores necesitaba muebles, le llevaba al tío Gábor la madera y todo lo necesario, y este los hacía con esmero y presteza. Luego le pagaban o no, y más bien ocurría lo segundo. De todos modos, últimamente, pese a aquellas ventajosas formas de pago, escaseaban los encargos, porque la gente que vivía en la zona ni siquiera tenía para materia prima. Tampoco eso desalentó al tío Gábor. Siguió trabajando por cuenta propia. En qué, eso nunca lo decía. En nuestra casa se oían sus martillazos todo el día, y cuando dejaban de oírse sabíamos que eran las seis de la tarde.

Una vez mi madre me mandó a su casa a buscar un martillo y entonces me enteré de lo que hacía. Estaba preparando un ataúd.

Era alegre, y en los cuatro lados había querubines que sacaban la lengua, como burlándose del mundo.

—¡Esto no es nada! —me aseguró el tío Gábor—. Ya verás cuando esté terminado. Pero me llevará unos meses más.

—¿Unos meses? —pregunté—. ¿Para quién es el féretro, tío Gábor?

—Para mí —repuso.

—¿Está de broma?

—No, hijo —dijo con rostro serio—. Como en la tierra no me dan ocupación, trabajo para el cielo.

Así era el tío Gábor. Lo apreciaban todos los vecinos de la casa, pero él solo tenía un amigo: Áron el sabatario. Eran como uña y carne, pero reñían sin parar. Al tío Gábor le hubiera gustado declarar la guerra al mundo entero para reconquistar las antiguas fronteras de Hungría; en cambio, Áron detestaba la violencia y solo creía en el reino de los cielos. El sabatario era un hombre extraño, larguirucho. Su cara delgada, como la de Jesucristo, estaba coronada por una melena de león: Tenía una rala barba pelirroja, la nariz, prominente y puntiaguda, era increíblemente fina y casi tan transparente como el pergamino. Tendría unos cincuenta y cinco o sesenta años, pero aparentaba muchos más. El sabatario era vigilante nocturno en el depósito de chatarra más cercano, ante el que habíamos pasado en Nochevieja. Allí le veía cada noche al volver a casa, leyendo la Biblia dentro de su chabola.

—Si no fuera por él —me dijo en una ocasión, el tío Gábor—, haría ya tiempo que este edificio no existiría.

—¿Qué quiere decir con eso, tío Gábor? —pregunté, y el viejo me lo explicó.

Así me enteré de por qué aquel bloque de tres pisos se erguía aislado en medio de solares desiertos. Una vez, contó, hubo allí una colonia obrera, pero en los tiempos de la inflación una empresa compró las casas para construir en su lugar una fábrica. Los edificios se fueron demoliendo uno a uno y los habitantes se vieron en la calle de un día para otro, porque en aquellos años escaseaba

tanto la vivienda que hasta a los ricos les costaba trabajo procurarse un techo. Los vecinos de nuestra casa también recibieron los avisos correspondientes, pero Áron, el sabatario, contestó que no pensaba irse. Dijo que tenía un contrato y que no lo podían desalojar. La empresa llevó el asunto a los tribunales, pero al obstinado sabatario no le pudo ir mejor: el caso llegó a manos de un juez que había huido de Transilvania. Los rumanos, al ocupar la región habían obligado al juez a abandonarla, por lo que el anciano huyó con su numerosa familia a Budapest. Allí pasó ocho meses viviendo en un vagón de tren, como otros muchos húngaros llegados de Transilvania. Al parecer, el juez nunca había olvidado esos ocho meses de su vida en el vagón, y el sabatario ganó el pleito. Desde entonces circulaban sobre él historias prodigiosas y en el barrio todos lo respetaban.

La pura verdad es que había tenido suerte. La empresa recurrió la sentencia, pero entonces llegó la deflación y la sociedad, que se había enriquecido con la inflación, quebró. El plan de la fábrica se quedó en nada y la casa, junto con el montante de la deuda, pasó a manos de un gran banco. Entre los centenares de empleados que tenía el banco apenas unos cuatro o cinco sabían de la existencia del edificio y solo uno de ellos lo había visto en una ocasión, cuando acudió a firmar el traspaso de la propiedad. A principios de mes el portero llevaba al banco el dinero que recaudaba en concepto de alquiler, y la cifra quedaba apuntada en una cuenta corriente. La casa pasó a ser un ítem más en la serie de posesiones del banco, un ítem de poca monta, tan insignificante que nadie se ocupaba de él.

De esta forma, el portero era el gallo de la casa. Tenía un poder sin límites, echaba al que le venía en gana, y como no se podía conseguir vivienda, el desahuciado se quedaba literalmente en la calle. El portero lo sabía y disfrutaba de su poder con placer enfermizo. Trataba a los inquilinos como a galeotes. Era un hombre de pocas luces y bruto a más no poder, pues apenas sabía leer y escribir. Había servido durante quince años en el ejército como

sargento; fue allí donde perfeccionó sus dotes de maltratar a la gente. En aquella época, en Újpest, ser sargento no solo implicaba un rango sino un concepto. Si de alguien se decía que era todo un «sargento», no significaba necesariamente que el tipo fuera militar. También los había en todos los terrenos de la vida civil. Eran proletarios que ya no formaban parte del proletariado pero que tampoco se habían integrado aún en la burguesía, y trataban a sus semejantes con menos piedad que los capitalistas más crueles.

Conseguir un puesto de portero no resultaba fácil. Los candidatos tenían que ser gente de absoluta confianza, o sea, más o menos como nuestro portero. Además, y allí estaba el quid de la cuestión, los propietarios les exigían una caución muy cuantiosa. Nuestro portero obtuvo la caución gracias a su esposa, y ella pudo casarse gracias a ese dinero. Era una mujer tremendamente fea, tanto que costaba trabajo hasta mirarla, y no digamos acostarse con ella. Era una mujer descarnada, con ojos de mosca y cara de rábano. Había trabajado de cocinera en casa de un cura en Vác, quien al morir le dejó el dinero: nunca he visto una cocinera tan flaca como ella.

—¡Pero tiene la tisis! —decía el portero, guiñando el ojo, cuando estaba ebrio, para que viéramos que no era tan tonto como se pudiera haber pensado.

Esperaba la muerte de su esposa como otros esperan el primer premio de la lotería. Si discutían —y lo hacían varias veces al día—, los niños nos acomodábamos ante la puerta de su casa para deleitarnos escuchando sus insultos.

—¡No pienso estirar la pata! —chillaba entonces la mujer—. ¡Te sobreviviré, cerdo asqueroso! ¡Seré yo quien te vea reventar!

Pero el «cerdo asqueroso» no reventó. Se consolaba con las esposas de terceros, con ellas satisfacía lo que no podía o no quería obtener de la propia. Le gustaban las mujeres muy jóvenes, y como estas no le correspondían, simplemente las chantajeaba. Si una de esas mujeres no pagaba el alquiler el primer día del mes, subía a su casa cuando el marido estaba fuera y le decía sin rodeos:

—Bueno, querida, o me paga el alquiler o si no…

—¡Que viene el «o si no»! —decían las mujeres al ver que entraba en casa de una joven cuyo marido no estaba en casa.

Nosotros, los chicos, también decíamos lo mismo y entonces, sin más, alguno se traía de la cocina el reloj para ver cuánto «tardaban».

Lo suyo era más bien propio de un coleccionista perverso. Después de aprovecharse de una mujer, por lo general no la volvía a mirar más: se lanzaba tras otra. Luego, abajo en la taberna, si salía el tema, hablaba con indiferencia.

—¡Asunto cumplido! —soltaba, y para que vieran que decía la verdad, exponía con profusión de detalles las dotes sexuales de la fémina en cuestión.

Tenía, sin embargo, un amor imposible. Su nombre era Mária, pero en casa todos la llamaban Mári. Era rellenita como una paloma, morena, de mofletes colorados, increíblemente joven. Iba y venía por los pasillos como el viento, llevaba y traía las noticias, visitaba a todos los vecinos sin distinción. Compartía la alegría y la tristeza de todos. Se reía, lloraba, hablaba sin parar y, pese a la expresa prohibición del portero, se entretenía cantando a grito pelado. A ella, claro está, no la reprendía el «cerdo asqueroso». Con solo verla se le ponía tal cara de tonto que el edificio entero se reía de él. Pero con Mári poco podía hacer. No podía chantajearla porque pagaba con puntualidad y además odiaba al portero. Una vez que la abrazó, recibió tal sopapo que no es que yo lo viera, sino que lo oí desde el tercer piso.

Mári estaba casada y solo amaba a su marido. Lo quería con pasión, y su amor resonaba por todo el inmueble. El objeto de su pasión se llamaba Árpád, tenía veinte años y era cajista de imprenta. Él también amaba a Mári, pero lo hacía con más recato, a su manera. Era un chico poco locuaz, pálido y bajo. Sobre la nariz fina y encorvada llevaba unas gafas con gruesas lentes que le agrandaban los ojos, por lo común irritados, de una forma pavorosa. Era el cerebro del edificio. Si alguien tenía un asunto oficial que

solventar o debía escribir alguna carta o solicitud, subía al tercer piso, a casa de Árpád. Este llegaba siempre a altas horas de la noche, pues pasaba su tiempo libre en el círculo de impresores o se metía a leer en un rincón de su casa. Mári lo admiraba como otros miran las estrellas, sin esperar —o incluso sin desear— alcanzar alguna vez tales alturas.

Los dos tenían trabajo. Árpád en una imprenta, Mári en una empresa de limpieza. Vivían con una austeridad más bien propia de ancianos. Para ahorrarse el precio del billete de tranvía, iban a Budapest en bicicleta: Árpád pedaleaba y Mári iba detrás, agarrada a su marido. Él aún era aprendiz, porque había empezado a estudiar tarde. Era un chico de Salgótarján; lo habían mandado de niño a las galerías de la mina, y tuvo que recorrer un camino largo y penoso hasta llegar a aquella imprenta de Budapest.

—¡Y cuando algo se le mete entre ceja y ceja! —se jactaba Mári, y daba una palmada indicando que no había nada imposible para él.

Siempre soñaba con el día en que Árpád pasara de aprendiz a oficial.

—Cuando eso ocurra… —decía con los ojos brillantes, y echaba la cabeza hacia atrás, embelesada.

Un domingo por la tarde estábamos en la cocina los tres. Mári había traído castañas y las estábamos asando en el fogón.

—Entonces tendréis dinero de sobra —dijo mi madre—. Y si encontráis una casa mejor, os iréis de aquí dejándonos plantados como pinos.

Mári hizo un gesto enigmático.

—No puede ser —apuntó.

—¿Por qué no?

—Pues… por el niño.

—¡Vaya, qué cosas! —reaccionó mi madre—. ¿No estarás encinta?

—Aún no —contestó Mári—. Pero cuando Árpád…

No habló de nada más en toda la tarde.

—Por eso ahorramos tanto —dijo casi susurrando, como revelando un gran secreto—. Nuestro niño tendrá de todo, lo juro por Dios.

—Seguro —contestó mi madre en voz queda—. El vuestro lo tendrá todo.

Mári se sentía muy unida a mi madre, como si fuera su propia hija. El sentimiento era recíproco.

—¡De no ser por ellos —dijo mi madre como en broma, y señaló a Mári con un gesto cariñoso— yo quizá no estaría con vida!

Mári se echó a reír. Yo no entendía por qué.

—Estaba yo con cuarenta de fiebre —relató mi madre—, no tenía dinero para el médico y no me querían en el hospital. «Ya sabemos que está enferma —me decían—, pero no hay camas libres. ¿Qué le vamos a hacer?, en el tejado no la podemos poner». En otro me dijeron: «Si hiciera falta una operación urgente, sí, pero así no podemos ingresarla». En el tercero ni siquiera buscaron excusas, simplemente me indicaron la puerta, no hay, vaya con Dios, y yo tenía que seguir deambulando por la ciudad. Además, debía hacerlo a pie, porque me había gastado todo el dinero en tranvías. Tenía escalofríos, apenas me podía tener en pie, me veía más muerta que viva. Entonces el listo de Árpád ideó lo del desmayo.

—¿Cómo?

—Pues el desmayo —repitió mi madre—. Porque viene y me dice Árpád: en mitad de la calle no dejan tirado ni al más pobre, porque estorbaría el tráfico de los señores. A por los perros mandan a los de la perrera; a por las personas, mandan ambulancias. Que me lo piense, me dice. Pero ¿qué hago, le digo, si no me desmayo ni estando medio muerta? Pues haga como que se desmaya, me contesta Árpád, y me llevó a la avenida Váci. Entonces ya estaba tan enferma que juro por Dios que no me costó mucho fingir el desmayo. Un policía me dio unos empujones para que me levantara, pero Árpád me había dicho que no me moviera por nada del mundo.

Pues me quedé allí en el suelo hasta que llegó la ambulancia y entonces sí que me llevaron al San Roque. Así de listo es Árpád.

—Pues sí —añadió Mári—. Es de lo más listo, y la gente no lo sabe, porque como habla tan poco…

Mientras, las castañas se habían terminado de asar y empezamos a comer. Estaban riquísimas, le hubieran gustado a cualquiera, pero a mi madre y a mí nos gustaron en especial porque la verdad es que ese domingo aún no habíamos probado bocado. Claro que a Mári no se lo dijimos.

—¡Qué vida aquella! —suspiró mi madre—. ¡Era como en un cuento de hadas! «¿Tiene hambre, querida?», me preguntaba la hermana, y me traía la leche. Y no era como la que bebemos nosotros, sino leche de verdad, leche sabrosa que cuesta treinta y cuatro florines el litro. ¡No me había ido mejor ni en el vientre de mi madre!

Tiempo después me acordé mucho de esto, cuando leí en los periódicos que en el San Roque las condiciones eran infrahumanas. Parece que en este mundo todo es relativo.

—¡De maravilla! —repetía mi madre—. Muchas veces pienso en lo bien que me vendría una pulmonía.

—Ni que lo diga —asintió Mári—. Nosotros también estuvimos hablando el otro día de que no nos iría mal pasar unas semanas en el hospital. Estar en la cama tranquilos, beber de esa leche tan rica sin tener que ir mirando cuánto cuesta. Me han dicho que a los enfermos graves a veces les dan hasta carne de pollo… ¡hay que ver! —dijo con entusiasmo, echando la cabeza hacia atrás con gesto soñador, como hacía siempre que estaba entusiasmada.

Así se soñaba en aquella casa. De allí salía yo todas las mañanas camino del hotel, donde los señores —no sé por qué, pero eso era lo que más me indignaba— pagaban dos pengos con cincuenta por una cajetilla de cigarrillos.

5

Una noche al llegar a casa y subir al tercer piso vi con asombro que había luz en nuestra cocina. No podía imaginar qué pasaba. A esa hora mi madre ya solía dormir y si estaba despierta tampoco encendía la luz, pues no podíamos permitirnos ese lujo. Reconocí la voz de Mári y entonces me quedé aún más perplejo. ¿Qué haría Mári a esas horas con mi madre?

Abrí la puerta. Mi madre estaba tumbada en la cama con el rostro amarillento y, pese al frío glacial, tenía gotas de sudor en la frente. Mári estaba sentada en el borde de la cama con una cazuela de sopa en el regazo, de la que mi madre comía con afán. Las miré callado.

—Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote. No me moriré tan fácilmente. Mala hierba nunca muere.

—¿Qué pasa? —logré soltar por fin.

—Se ha puesto mala —me contó Mári—. Estaba lavando en casa del primer conserje y se desmayó junto a la artesa.

—Pero esta vez no me han llevado al San Roque —bromeó mi madre—. Al que se desmaya de verdad parece que no lo llevan.

—¿Has ido al médico?

—Llamaron a uno. Ha sido él quien me ha hecho recobrar el conocimiento.

—¿Y qué ha dicho?

—Pues… lo que suelen decir. Que descanse, que coma bien. —Hizo un gesto de resignación—. ¡Que se vayan a la porra!

Siguió tomando la sopa. Se hizo un silencio, y solo se oía la música cíngara procedente de la taberna. Los párpados de mi

madre se cerraron, recostó la cabeza sobre el colchón y se quedó dormida con la cuchara en la mano. Mári se puso en pie sin hacer ruido.

—La pobre está muy débil —susurró, alejándose de la cama—. Dime, Béla —preguntó—, ¿come bien tu madre?

«Pero ¿es que come?», pensé.

—No lo sé —musité, pero entonces me acordé de que a mi madre le daría mucha vergüenza si otros llegaran a saber que pasaba hambre, y enseguida añadí—: Claro, seguro.

Mi madre gimió en sueños. La miré y vi su rostro rígido y descolorido, y sentí la punzada de un miedo escalofriante. «¿Qué pasará si se muere de hambre por la noche? —pensé—. El otro día también se quejó de que el tacaño del primer conserje pensaba que hacer la colada gratis significaba que no tenían que darle de comer siquiera». ¿Quién sabe desde cuándo estaría sin comer?

—Mári —empecé a hablar, y me asusté al oír que me temblaba la voz.

Se volvió hacia mí, sorprendida.

—¿Qué hay, Béla?

—Pues —tartamudeé—, no sé cómo decirlo. Me da mucha vergüenza. Por la mañana mi madre me dio dinero para comprar pan, pero yo…

—¿Te lo has gastado? —preguntó Mári.

La señorita gorda de la oficina de correos me había preguntado lo mismo cuando no tenía suficiente para comprar los sellos. Ahora ya sabía que en esas ocasiones hay que decir que sí. Asentí.

—¿Podría prestarnos una rebanada?

—Claro, cómo no —contestó Mári, y salió corriendo.

Vivían enfrente de nosotros, así que no tardó mucho en volver. Traía un panecillo entero, casi le doy un beso por su amabilidad. «Dios mío —pensé—, qué bien le sentará a mi madre».

—Pero no le diga nada —susurré, porque sabía bien cómo era la que me trajo al mundo.

—Ni se me pasaría por la cabeza —dijo, y me guiñó un ojo con complicidad—. Pero la próxima vez no te gastes el dinero. Buenas noches.

—Buenas noches, Mári. Que Dios la bendiga por su amabilidad.

La puerta se cerró a su espalda y reinó un silencio aterrador. Abajo en la taberna los gitanos seguían tocando. Me acordé del pobre Berci. Él también se desmayó una vez. Fue en clase de geografía. El señor maestro dibujaba en la pizarra los ríos de Hungría y el golpe seco de un cuerpo cayendo al suelo rompió la calma. Fue en primavera. En otoño lo enterraron.

—¡Madre! —dije, asustado.

Mi madre se estremeció.

—¿Qué pasa?

—He traído un poco de pan. ¿No quieres comer?

—Sí —contestó sin fuerzas, pero cuando se lo llevé ya estaba otra vez dormida.

Me senté en el borde de su cama y esperé. Dormía tan profundamente que me daba pena despertarla. Me quedé allí observando su rostro sufrido, y no sé cómo pero yo también me quedé dormido. Soñé que era monaguillo y tocaba la campanilla en el entierro de mi madre. Me despertó mi propio llanto. Mi madre seguía durmiendo, soltando unos ruidos roncos y silbantes, y a veces gimoteaba como un niño pequeño. El petróleo se había agotado en el quinqué, la mecha candente humeaba en la oscuridad. La apagué. Solo al tocar la lámpara caliente me di cuenta del frío que tenía. Encendí una cerilla y miré la hora. Eran las tres y media. «Dentro de hora y media tengo que ponerme en marcha —pensé—. Debo dormir porque si no habrá problemas en el hotel».

Entré en la habitación y me acosté, pero no pude conciliar el sueño. Los dientes me castañeteaban por el frío. Manci no estaba en casa, así que me levanté y empecé a andar de un lado a otro de la habitación. Estuve en pie hasta la madrugada, pero cuando salí de casa ya sabía qué iba a hacer.

A mediodía me las arreglé para llegar tarde al almuerzo y solo me presenté en la cocina cuando los demás ya se habían dispersado. Me llené los bolsillos de papel y cuando no me veían envolví en él la comida. Solo me comí lo que no podía guardarme: la sopa y el guiso. Por la noche hice lo mismo con la cena. Camino de casa el hambre me torturaba tanto que apenas pude resistir la tentación. Pero entonces me acordé de mi madre y de repente se me quitaron las ganas de comer.

Mi madre ya estaba dormida cuando llegué.

—Buenas noches —dije en voz alta.

Me miró sorprendida, porque otras veces no la despertaba.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Qué va —le contesté—. Solo quería saber cómo estabas.

Hizo un gesto de resignación.

—Ya ves, hecha un pellejo.

Pues sí, saltaba a la vista. Rápidamente cambié de tema.

—¿El médico no te recetó ningún medicamento?

—No —repuso algo nerviosa.

La conversación se nos resistía.

—¿Ha venido Mári? —aventuré, solo por decir algo.

—Sí.

—¿Alguien más?

—El sabatario ha venido por la tarde.

—¿Qué quería?

—Nada. Se enteró de que estoy enferma. Me ha leído unos fragmentos de la Biblia.

Seguí preguntándole por esto y lo otro y unos diez minutos más tarde dejé caer:

—He traído un poco de comida. Aquí está.

Del bolsillo extraje el paquetito. Eran dos trozos de carne, una buena cantidad de patatas y dos rebanadas de pan. Se me hizo la boca agua y vi que mi madre también tragaba saliva. Pero apartó la comida.

—Cómetelo tú, hijo —dijo—. A los adultos les cuesta menos pasar hambre.

—¿Quién diablos pasa hambre? —dije airoso—. Hay tanta comida en ese hotel que comemos hasta reventar. Siempre dejo la mitad.

Mi madre me miró extrañada.

—¿No te lo acabas?

Lo preguntó incrédula, con un deje de indignación en la voz. Me di cuenta de que me había pasado de la raya. Yo tampoco la creería si me dijera que dejaba comida. Enseguida añadí:

—Ya sabes, no quería guardarla delante de los demás.

—Claro —asintió, porque eso ya lo entendía. Los pobres no hacen gala de sus problemas.

—Pero ahora soy más astuto. He aprendido un truco.

—Ten cuidado, hijo, no vayas a tener problemas.

—¿Te parezco un tonto? ¿No soy bastante listo?

—Sí —contestó con seriedad—. Eres listo, ya lo sé. —Miró al suelo y luego dijo, sin levantar los ojos—: Deberías estudiar.

No le respondí. En el silencio solo se oía el goteo del grifo.

La mirada de mi madre se concentró en la comida.

—¿De verdad que no quieres?

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—Vamos, cómete al menos la mitad.

—¿Quieres que me dé una indigestión?

Eso acabó de convencerla.

—Está bien —dijo. Esbozó una sonrisa avergonzada y le hincó el diente a una de aquellas suculentas chuletas de cerdo.

Tuve que sentarme porque tenía el estómago vacío y empezaba a marearme. Fue un momento inolvidable, uno de los momentos más hermosos de mi juventud.

A partir de entonces cada día me llevaba la comida a casa. Las cortas raciones y las largas caminatas me debilitaron tanto que a la hora en que se encendían las lámparas apenas podía tenerme en

pie. Esperaba el cambio de turno y al mismo tiempo lo aborrecía porque el mayor desafío llegaba después: volver caminando a Újpest. Me arrastraba como un animal herido y al llegar a casa muchas veces estaba al borde del desmayo. Y entonces vino otra calamidad.

El comandante, según parece, no soportaba la vida sin el ejército y por eso se entretenía jugando a soldados con nosotros. Por las mañanas nos mandaba formar en fila, como a los reclutas, y con todo rigor pasaba revista a la tropa. Los botones de cobre de nuestros rojos uniformes debían relucir, y a los que no tenían impecable la raya del pantalón les esperaba la condena eterna. Había que peinarse el pelo de forma reglamentaria: pegado al cráneo y con la raya a la izquierda. Nos examinaba las uñas, las orejas, el cuello; a veces incluso nos olisqueaba como un perro y menuda bronca le caía al que olía a sudor.

En una de esas inspecciones me rugió:

—¿Qué botas son estas?

No supe qué contestarle. ¿Debería haberle dicho que eran las botas del señor maestro y que había tenido que sufrir lo indecible para conseguirlas? ¿Que por su culpa me habían metido en la cárcel, que me habían llovido culatazos y que me habían desterrado del pueblo? ¿Que por su culpa no podía ir a la escuela? ¿Qué podía decirle?

Se produjo un tenso silencio. Creí que había llegado el fin del mundo. Entonces, de pronto, Elemér habló:

—Señor comandante, le han salido ampollas en los pies. Los tiene vendados, por eso lleva unas botas así… tan viejas y tan grandes.

Pero al señor comandante no le importaba el estado de mis pies. Zanjó el asunto así:

—¡Que no te vuelva a ver con eso en los pies!

—Bien, señor comandante.

—No digas «bien», sino «a la orden».

—A la orden, señor comandante.

—Rompan filas.

Una vez el comandante se hubo marchado, Elemér se me acercó.

—Deberías comprarte unos zapatos —susurró.

—Ya.

—¿No tenéis dinero?

—No.

—Pues algo habrá que hacer.

—Sí, pero ¿qué? —Me encogí de hombros—. Ya verás como me echan. Además, en el peor momento.

—¿Por qué?

—Mi madre está enferma. Muy enferma.

Elemér no dijo nada, se limitó a mirar al vacío. Estuvo un buen rato sin abrir la boca.

—Yo tampoco tengo dinero —dijo como disculpándose, luego se me acercó un poco más—. Que no te vea —musitó—, escóndete en cuanto aparezca.

—¿Y de qué va a servir —objeté— si tengo que presentarme en las inspecciones?

—Le diré que te he mandado a alguna parte. Estás bajo mis órdenes, déjame hacer a mí.

—Vale —me encogí de hombros—, pero ¿hasta cuándo durará?

—Ya inventaremos algo —dijo, pero su voz delataba escasa esperanza.

A mi madre no le mencioné nada. La pobre tenía ya bastantes problemas. Dejó la cama en cuanto pudo y sin más remedio que ir a trabajar. Todo volvió a su cauce.

Pero una noche me recibió muy contenta.

—¿Sabes lo último? —preguntó sonriente.

—No, ¿qué?

—Se acabó el aprendizaje. Te van a dar un puesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el primer conserje. Dice que lo demás ya depende de ti. Si haces bien las cosas podrás ganar hasta dos o tres pengos de

propina al día.

La cara le brillaba de emoción, demasiado. Todo era en vano, no podía seguir callando.

—Madre —apunté—, me temo que no habrá puesto.

—¿Por qué?

—Porque hay un problema. Al señor comandante no le gustan mis botas.

—¿Qué tienen de malo?

—No sé. Al señor maestro le parecían bien. Pero, claro, un meñique suyo valdría más que el señor comandante, monóculo incluido. Siento decepcionarte.

Pero para mi mayor sorpresa mi madre dijo:

—Si no hay otra salida, compraremos un par.

No daba crédito.

—¿Y qué será del alquiler de la casa?

—Si es verdad lo que dice el señor primer conserje, en tres o cuatro días habrás recuperado lo que cuesten los zapatos.

—Tienes razón. —Respiré con alivio—. Ya ves, ni se me había ocurrido.

Hice novillos en la escuela de aprendices y me fui con mi madre a comprar zapatos. Fue un gran acontecimiento. Así quedó reflejado en mi vieja agenda, en la página del debe: «18 de febrero de 1928. 7 pengos con 20 florines a mi madre por unos zapatos». Y abajo puse entre paréntesis: «Pero son sin usar, completamente nuevos». Pues sí, tenía unos zapatos «completamente nuevos». Preciosos. La gente no debía de entender por qué me miraba constantemente los pies. Lo que más me gustaba de los zapatos es que crujían. Suena extraño, pero solo crujen los zapatos que aún no se han desgastado, y yo nunca había tenido algo por el estilo. Así que estaba orgulloso, tremendamente orgulloso.

En efecto, me dieron un puesto, pero de poco me sirvió. Me asignaron uno de los ascensores y seguramente se habrán dado cuenta de que nadie da propina al botones que los maneja. Allí estaba yo, pues, con mis bonitos y crujientes zapatos, mostrando mi

sonrisa más seductora a los huéspedes, inútilmente. Como mucho lograba que los más generosos me correspondieran con otra sonrisa.

Al enterarse mi madre, me miró de una forma que creí que se desmayaba.

—Dios mío —dijo, blanca como la cal—, los siete pengos los quité del alquiler.

Nunca la oí quejarse cuando no tenía nada que comer, pero por el alquiler se lamentaba sin parar. A nadie le gusta que le pongan de patitas en la calle, pero su constante terror resultaba casi enfermizo.

—Mientras uno pasa hambre entre cuatro paredes —decía— sigue siendo un ser humano. Pero si no se tiene ni eso, entonces solo queda… —Y señalaba la botella de lejía.

¡Cuántas veces la oí decir lo mismo! Me estremecía cada vez que veía aquella botella.

Sin embargo, el 1 de marzo nos libramos. Mi madre le prometió al portero que a partir de entonces le haría la colada gratis, y este le dio de plazo hasta el 1 de abril.

El 1 de abril cumplí quince años. Nadie se dio cuenta, y hasta a mi madre se le olvidó. A la pobre la traía de cabeza el asunto del alquiler y no mi cumpleaños. Tenía que pagar noventa pengos, según vi en mi cuaderno, pero solo logró reunir treinta. Así que no pasé un cumpleaños feliz. Me tiré todo el día rompiéndome la cabeza con lo que podía ocurrir si nos echaban de casa, y se me paraba el corazón al pensar en la botella de lejía.

Ese día el hotel estaba inusitadamente alegre: era el día de los Inocentes en Hungría y la gente se entretenía gastándose bromas. «Nací en un día de broma —pensé—, no tiene nada de extraño que la vida se burle de mí». Me equivocaba continuamente de piso, la gente me echaba broncas, y yo incluso temía perder la compostura. Llegó la noche y apenas podía contenerme. Quería saber a toda costa qué habría sucedido en casa, y a su vez me daba miedo llegar a averiguarlo.

Caminé más lentamente que nunca. Era una noche fría, había niebla y lloviznaba. Andaba por las calles desiertas con el cuello subido y las manos hundidas en los bolsillos, y dondequiera que mirara veía a mi madre con los ojos desorbitados, tumbada en el camastro junto a la botella de lejía vacía.

Serían ya las doce de la noche. La lluvia me empapaba la ropa y sentía que también se me filtraba por la piel y me ablandaba los huesos. Me apoyé en una farola, la cabeza me cayó contra el pecho, y se me juntaron los párpados. La lluvia se me escurría por el cuello, por mi espalda caían regueros de agua helada. No hice nada por impedirlo. Era incapaz de levantar la cabeza.

—¡Menudo cumpleaños! —balbucí, y al mismo tiempo constaté que estaba hablando conmigo mismo en voz alta, como solía hacer Vilma, la loca del pueblo. Pero no podía parar: naciste el día de los inocentes, ¡tonto de abril! Y se ríe de ti toda la gente.

«Qué raro —pensé—, esto rima. ¿Lo habré leído en alguna parte? No, no creo… No, es imposible. Curioso». Hablaba en verso. Me mareé. Uno se siente así cuando está entre el sueño y la vigilia, cuando la realidad se funde con la fantasía. Era una especie de embriaguez sobria, un éxtasis sereno.

Me acuerdo perfectamente de esos minutos, como los epilépticos deben de recordar su primer ataque o como los locos rememoran, en sus momentos de lucidez, la primera noche en que tuvieron visiones. Fue entonces cuando empezó todo.

Repetía los versos como cuando se repiten los compases de una antigua canción ya olvidada, o que tal vez se ha oído solo en la imaginación. Fueron unos momentos impresionantes, caí víctima de un siniestro milagro, un prodigio que no puedo explicar sin hablar entrecortadamente. Estás sentado ante la radio, con dedos titubeantes giras el dial, estás buscando algo, ni tú mismo sabes qué. De pronto oyes una música celestial. Te suena, te rompes la cabeza intentando recordarla, pero nunca la habías oído. ¿Qué es?, te preguntas. ¿De dónde viene? ¿Quién la toca? Dura unos instantes, tan solo cuatro compases, y luego se desvanece. La

melodía se pierde en el éter y en vano la persigues. Mueves el mando cada vez más excitado, pero solo oyes ruidos caóticos, señales ininteligibles que parecen llegar de otro mundo —una corta, otra larga, una corta, otra larga— y no tienes ni idea de qué pueden significar. Y entonces vuelves a oírla. Ahora con toda claridad. Y la escuchas de principio a fin, perfectamente, pero sigues sin saber de dónde procede y no lo vas a saber nunca.

Preso de un estado febril, saqué del bolsillo la agenda y con el fino lapicero empecé a escribir bajo la llovizna. Aún hoy se ve en el papel el rastro de la lluvia. Fue mi primer poema. Lo copio aquí, tal y como quedó:

TONTO DE ABRIL

Naciste el día de los inocentes,
¡tonto de abril!
Y se ríe de ti toda la gente,
¡tonto de abril!

Tenías hambre y quisiste mamar,
¡tonto de abril!
Un señorito te supo robar,
¡tonto de abril!

Dicen que a todos nos toca la Gracia,
¡tonto de abril!
Mas no se aparta de la aristocracia,
¡tonto de abril!

Los ricos tienen lo que a ti te falta,
¡tonto de abril!
Lujo y hoteles y leche. ¿Te exalta?
¡Tonto de abril!

¿Creen los señores que todo irá bien?
¡Tontos de abril!
¿Es que se creen que diremos amén?
Vais a cascarla de un tiro en la sien.

Más tarde taché el último verso. Parece que me asusté de mi propia osadía, nada extraño, teniendo en cuenta que los poemas que estudiábamos en la escuela, y que evidentemente llevaban el

visto bueno de las autoridades, nunca contenían expresiones fuertes. Cambié el verso, pero luego también lo borré y puse una línea de puntos para marcar que quedaba tal como estaba. Y al final de la página figura, bien subrayado:

«No hago poesía para los señores ni quiero hacerla. Que se vayan al cuerno».

Eso era lo que escribí al final de mi primer poema. Al final del último podría haber anotado lo mismo. Parece que no he cambiado mucho.

En casa me esperaba una buena noticia: el portero había fijado como nuevo plazo el 1 de mayo. No lo hizo gratis, tan desinteresado no era. En lo sucesivo mi madre tendría que hacer la colada gratis para tres «conocidos» del ilustre varón, lo que al señor portero le suponía nueve pengos de ingresos extras al mes, o sea, doce si añadimos su propia colada. Pero ¡qué le importaba eso a mi madre! Me recibió como si hubiéramos ganado el primer premio de la lotería.

Era el día de San Hugo, y como el hermano menor de Árpád se llamaba Hugó, el cajista y su esposa nos invitaron. Mári había repartido un buen trozo de pastel con semillas de amapola y mi madre me lo guardó. Nos sentamos a la mesa; ella comía lo que yo le había traído, y yo, su pastel con semillas de amapola. Bajo el resplandor de la buena nueva comíamos como dos compinches que acaban de librarse de la horca.

Por la mañana mi madre me besó al irme, lo que no solía hacer nunca. En cambio, cuando llegué a casa por la noche ni me saludó.

—¡Entrégame el dinero! —me soltó sin más.

—¿Qué dinero? —pregunté.

—Lo sabes muy bien —repuso enfadada—, el que ganas.

La miré consternado.

—¿Estás de broma?

Mi madre se puso en pie y se me acercó con el rostro encendido.

—¿Te atreves a mentirme a la cara?

—¿Quién miente aquí? —grité, indignado.

—¡Tú! —chilló—. ¿No se te cae la cara de vergüenza? Hoy he ido a lavar a casa del primer conserje y he vuelto a encontrar prendas con manchas de sangre entre la ropa sucia. Su esposa está demasiado vieja para esas cosas, así que le digo: «Señora, ¿usted me trae a lavar la ropa de otra gente?». A lo que ella se pone a gritar que si esto y lo otro, que si soy una desagradecida, que si mi hijito bastante gana ya en el hotel.

—¡Miente! —grité, me había sacado de mis casillas—. ¡Es una infame y cochina mentirosa!

—¡Mentiroso el que lo dice! —rugió—. Esa vieja no se atrevería a mentirme así. ¡No puede ser tan abyecta como tú!

Solo faltaba eso. Le dije cosas terribles a mi madre; ni lo recuerdo ni creo que entonces fuera consciente de lo que decía. Reñimos a grito pelado, como enemigos mortales. De repente estalló en nosotros la cantidad de odio reprimido que no podíamos lanzar contra los que lo merecían. Habíamos perdido la razón, como fieras acorraladas y hambrientas.

—Cierren el maldito pico o llamaré a la policía —bramó el portero.

Mi madre recobró la serenidad de golpe.

—Vete a tu cuarto —dijo con voz ronca—, porque si no terminaré retorciéndote el pescuezo.

Pasamos varias semanas sin hablarnos. Por la noche, al volver a casa ella ya dormía, o al menos lo simulaba. Yo seguía llevándole comida, la ponía sin decir nada sobre la mesa de la cocina y me encerraba en la habitación. De madrugada casi siempre me despertaba un sonido: mi madre hurgando en mis bolsillos. Buscaba en balde. Me hacía el dormido, sin abrir los ojos, hasta que me gritaba:

—¡Son las cuatro! ¡A levantarse!

Entonces me lavaba rápido y me iba sin despedirme.

Así vivía en la «casa materna». Por si fuera poco, a Elemér lo pusieron en el turno de noche. Ya no había ni un alma con quien tener una charla amigable. Me sentía tan solo como en mi niñez y volví a refugiarme en el mundo de la fantasía. Por las oscuras y temibles calles de Újpest me acompañaban compañeros imaginarios a quienes les contaba lo que no le podía contar a nadie. Me inventaba tramas delirantes en las que yo era el héroe, el gran y famoso Béla, que siempre impartía justicia, que se vengaba de quienes maltrataban a los niños y que, al igual que Sándor Rózsa, robaba a los ricos para repartirlo entre los pobres. Hace tiempo que he olvidado esas fabulaciones, pero sigo recordando una historia nada novelesca y muy convencional, una ensoñación recurrente. Trataba de lo siguiente: yo era ya un hombre adulto, tenía mujer e hijos y vivíamos felices en un piso de tres habitaciones. La «acción» se iniciaba normalmente con las campanadas de medianoche y conmigo volviendo agotado a casa.

Mi esposa —que se llamaba Erzsike y, cómo no, era preciosa— salía al vestíbulo a mi encuentro, corriendo, y se me echaba a los brazos llorando.

—Ay, cariño —decía entre sollozos y risas—, ya empezaba a pensar que te había sucedido algo. ¿Es que no sabes que esperamos tu llegada con todo el cariño? Son más de las doce, ¿qué te ha entretenido?

—He venido a pie —respondía, y daba una chupada a mi distinguida pipa.

—¿A pie? —se extrañaba mi mujer—. ¿Con este tiempo? No nos va tan mal como para que tengas que andar seis horas al día.

—¡Por supuesto que no! —apuntaba con orgullo—. Pero así ahorramos.

—¿De qué sirve el dinero, querido, si te dejas la piel? No creas que podrás aguantar este ritmo mucho tiempo. Júrame, mi amor, que nunca más lo volverás a hacer.

—La vida es dura —oponía con gravedad—. Un hombre adulto debe pensar en su familia.

Al pronunciar la palabra «familia», aparecían los hijos, concretamente cinco: tres niños y dos niñas. Eran hijos legítimos que no habían probado más que leche materna durante el primer año de su vida. Todos llevaban zapatos hermosos y crujientes, y en casa incluso iban con chanclos para no tener frío en los pies. Los chicos vestían la misma ropa que el apuesto señorito que había criado mi madre, e incluso les había comprado un sombrero verde de cazador, tocado con un penacho de pelo de jabalí. Las chicas, por su parte, también relucían. Parecían princesitas. Ambas llevaban colgadas del cuello cruces de oro; les habría dado un azote si las hubieran querido empeñar.

Y los cinco a la vez me colmaban de besos y me rogaban que no volviera a ir a pie. Luego la familia por completo me acompañaba a la sala. Era una estancia preciosa. Crepitaba la leña en el hogar, y al lado había un sillón igual que el del señor maestro, y yo me acomodaba en él. Entonces mi hijo mayor me descalzaba el pie derecho, el mediano el izquierdo, y el menor entraba corriendo en el dormitorio para traerme las pantuflas, ya que con la lluvia se me habían mojado los pies —yo, a diferencia de mis hijos, no tenía chanclos—. Entretanto las dos niñas me frotaban las manos entumecidas: la mayor la derecha y la menor la izquierda, para que no hubiera malentendidos. Por fin Erzsike los mandaba irse.

—Dejad a vuestro padre —decía—, porque el pobre debe de tener mucha hambre.

—Así es —admitía yo—. ¿Qué hay para cenar?

—Estofado de col —contestaba con la mayor naturalidad del mundo.

—No está mal —constataba yo, como si fuera también lo más normal.

—Y aún otra cosa, amor mío —comentaba ella, muy cursi.

—¿Más todavía? ¿Estás de broma?

—Qué va —respondía—. ¿Por qué iba a engañarte? Con lo mucho que trabajas tienes que alimentarte bien. También he hecho un poco de pasta con requesón.

—Bueno —concedía—, ha valido la pena andar tanto. Venid, niños, vamos a rezar. Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos…

Con razón dice el refrán húngaro: «Si no tienes perro, ladra tú mismo».

6

En una de las páginas de mi vieja agenda aparece una nota misteriosa:

«3 de julio de 1928, a las 8.42 de la mañana. P. ¡La primera vez!». Me acuerdo perfectamente de aquella «primera vez». Al entrar dos nuevos clientes en el ascensor, enseguida sentí una emoción peculiar.

—Vamos, ¿a qué esperas? —soltó furioso el conserje que acompañaba a los recién llegados—. Al tercer piso, rápido.

Me puse en marcha. «Son ingleses o estadounidenses», pensé, porque aquel conserje solía ocuparse principalmente de gente de allí. A los clientes anglosajones los cortejaba con tanto esmero que los muchachos lo llamábamos Mister Empalagoso. Era un joven pelirrojo, de piel clara, regordete. Tenía el carácter de una araña revestida de caramelo. A los subordinados les chupaba la sangre, pero en cambio hablaba con los extranjeros ricos como si quisiera atraerlos a su telaraña con azúcar como reclamo. También había una expresión para eso:

—Otra víctima bañada en almíbar.

Mister Empalagoso se estaba aplicando precisamente a eso. En esta ocasión la «víctima» era un hombre de unos cuarenta años, alto y rubio, pero mi atención no se centró a él. Mis ojos eran solo para la hija, la chica más bonita que había pisado un ascensor desde la creación del mundo, o al menos eso creía yo. Tendría uno o dos años menos que yo. Una cabellera dorada le llegaba hasta los hombros; sus ojos eran grandes, negros y traviesos; los labios, carnosos y redondos, y tenía la nariz más respingona que jamás

había visto. La miraba de soslayo, con el rabillo del ojo, con cautela, como si el manejo del ascensor acaparara toda mi atención. Siempre observaba de esa manera a los clientes «interesantes», era un método probado, nadie se daba cuenta. Pero entonces sucedió algo sin precedentes.

La chiquilla me sonrió. Primero pensé que había descubierto algo raro en mí o que se había dado cuenta de que la espiaba. Pero al salir del ascensor volvió a sonreírme y me quedó claro que no lo hacía con malicia. Era una sonrisa cálida, amigable, una sonrisa cómplice. Me emocioné tanto que se me olvidó cerrar la puerta. Oí la señal, sabía que alguien esperaba el ascensor, pero yo seguía allí con la puerta abierta mirando al pasillo, que ya estaba desierto. No había ni un alma, tan solo un solitario reloj en la pared que con su tictac parecía marcar el instante histórico. Eran las ocho y cuarenta y dos minutos.

Hasta las diez creo que me equivoqué de piso en nada menos que media docena de ocasiones. Entonces, por fin, volvieron a aparecer. La chiquilla se había cambiado, llevaba un ligero vestido con estampados de flores y una bolsa de baño se columpiaba en su mano. Al entrar en el ascensor me sonrió y, para mayor sorpresa, saludó en húngaro.

—Buenos días —dijo con un encantador acento extranjero.

Pero no volvió a mirarme, lo que me serenó un poco. Quién sabe, tal vez en el extranjero las chicas sonrían a todos los chicos. De todas maneras, no quería resignarme. Esperaba algo aunque no sabía qué.

Hasta las cinco no sucedió nada. Pensaba ya que había subido en el otro ascensor cuando de súbito la vi aparecer al final del pasillo. Nada más verme me sonrió. Me puse tan nervioso que apenas pude cerrar la puerta. Estábamos solos.

—Dime. ¿Está mi padre vuelto?

—Aún no he visto al señor —contesté—. Es eso lo que me está preguntando, ¿verdad?

—Sí —se rio—. Yo otra vez no sé hablar húngaro. Todos los años, si vengo, ya no sé. Eso que ya hablé, cuando yo era pequeña así. —Y señaló con la mano lo «pequeña» que había sido.

—¿Es usted húngara? —pregunté, sorprendido.

—Oh, no —volvió a reír—. Yo soy americana. Pero el mío padre trae a mí todos los años, si viene a la sucursal de aquí para… ¿cómo se dice? Espera. —Sacó del bolso un pequeño diccionario—. Supervisar —leyó—, supervisar nuestra sucursal de aquí. *American company*, ¿sabes? Petróleo. ¿Tú entiendes cuando yo lo hablo húngaro?

—Sí, habla usted muy bien —la halagué mientras atendía nervioso la señal. El ascensor ya llevaba un buen rato parado, pero la chica no salía—. Disculpe —le dije por fin, turbado—, están llamando el ascensor, tengo que bajar.

—Yo voy también —respondió con buen humor—. Yo espero mi padre. Mucho tiempo es aburrido sola, ¿sabes?

—Sí —contesté como un necio, porque no se me ocurrió nada mejor.

Abajo esperaba un señor mayor furioso.

—¿Es que estás durmiendo? —me gritó—. Llevo cinco minutos esperando el ascensor.

Quise excusarme como se suele hacer en esos casos, pero no me atreví a abrir la boca porque la chiquilla hacía unas muecas tan graciosas detrás del señor que temía echarme a reír en cuanto me pusiera a hablar.

—*Monkey* —dijo al salir el señor—. Dime, ¿usted te gusta esto trabajo?

—No sé —contesté con una evasiva, porque no quería mentir y tampoco me atrevía a decir la verdad.

—Esto es aburrido, ¿no? —preguntó—. Siempre arriba, abajo, arriba, abajo, todo día. Y hay muchos *monkey* así. ¿Usted qué quieres hacer?

—Estudiar —contesté.

—¿Qué?

—De todo.

Se echó a reír.

—¿De todo? ¿Todas cosas? ¿Usted quieres ser sabio?

—Me gustaría —confesé, y sentí que me sonrojaba.

Mientras, el ascensor se detuvo. Abrí la puerta, pero la chiquilla quería hablar.

—Yo vi eso enseguida —dijo.

—¿Qué es lo que vio, señorita?

—Que tú eres una clase de… —No encontró la palabra, se puso a pensar—. Que tú tienes aquí. —Lo solucionó señalándose la cabeza con el dedo índice.

—¡Oh! —balbucí, y me puse aún más colorado.

La chiquilla sacó una bolsa de golosinas y me ofreció una. Estuvimos un rato mascando sin hablar. No sé cómo se sentiría ella, pero lo que yo no sentía era el sabor del caramelo.

—¿Cuántos años eres usted? —preguntó.

—Voy para los dieciséis, señorita.

—Yo pensé que tienes más —afirmó—. Porque tú eres tan grande. Yo soy trece.

—Yo también pensaba que tenía más —le devolví el piropo—, muchos más.

—Oh, aquí en Budapest todos piensan así. Porque yo pinto mis labios. He oído que si aquí chica pinta sus labios, echan de escuela. Tontería, ¿no?

Quise responder, pero la respuesta se me atragantó. Vi que llegaba su padre. «Ahora viene la bronca —pensé—. Seguro que el viejo se ha dado cuenta de que su hija hace buenas migas con el ascensorista».

Pero no sucedió nada de eso. El «viejo» me lanzó una sonrisa amable y su hija no pareció avergonzada. Me señaló con gesto alegre y le explicó algo a su padre en inglés, pues no hablaba nada de húngaro. Entonces él volvió a sonreírme. Y cuando salió, me puso en la mano un pengo.

Fue mi primera ganancia. Por la noche, al llegar a casa, coloqué la moneda junto al paquete de la comida, sobre la mesa de la cocina, sin decir nada. Mi madre también guardó silencio —seguíamos sin dirigirnos la palabra—, pero a la mañana siguiente no me registró los bolsillos. ¿O quizá no me di cuenta? Aquella mañana dormía profundamente porque había pasado media noche en vilo. En medio de la oscuridad no podía evitar ver aquellos ojos traviesos y aquella nariz respingona, y me revolcaba febril en la cama, como un enfermo.

Llevaba medio año en el hotel y nunca me había pasado algo semejante. Las señoritas o no me dirigían la palabra o, si lo hacían, hablaban desde las alturas, como el almuecín cuando llama a la oración desde el alminar de la mezquita. Estaba tan habituado a que no me tomaran en consideración que no entendía la conducta de la americanita. ¿Estará enamorada de mí?, me preguntaba emocionado. Pero por la mañana constaté más sobriamente que eso era una idiotez.

Al día siguiente volvió de la piscina a las cinco de la tarde. Esperó de nuevo a su padre, que no llegó hasta mucho después de las seis. Subía y bajaba conmigo en el ascensor y, si no había huéspedes, aprovechábamos el tiempo para charlar. De repente me reprobó:

—¿Por qué usted dices a mí siempre «señorita»? Yo tengo nombre. Patsy. Escrito así. ¿Tienes lápiz? —Le alargué la agenda con el lapicero. Escribió su nombre, que sigue apuntado—. ¿Ves? —indicó—. Ahora tú escribe tu nombre aquí. —Lo hice—. Béla —leyó, letra por letra—. En inglés no hay nombre así. Pero me gusta. Bonito nombre.

—En húngaro tampoco existe Patsy —constaté—. Pero también es un nombre bonito.

Se rio.

—Ambos de nosotros tenemos bonito nombre, ¿no?

Yo también reí. Estuvimos varios minutos así. Al rato me sorprendió:

—¿Cuánto dinero haces tú, Béla?

—Nada —respondí, avergonzado.

No quiso creerme.

—Entonces, ¿por qué tú estás aquí en el ascensor?

—Porque tal vez más adelante me paguen.

—¿Cuánto?

—Según. Hay chicos que ganan hasta cuarenta o cincuenta pengos al mes.

Patsy no estaba nada satisfecha.

—*In America* —dijo— hombre ascensor gana más en *dollars*. Eso que *dollar* vale cinco veces más que pengo. Y puede estudiar mientras, si él quiere.

—¿De verdad? —me asombré.

—Claro —contestó—. Tú sabes, tu país es bonito, pero no es bueno.

Me dolió un poco que hablara así de Hungría.

—No es un mal país —dije—. El pueblo es buena gente, créame. El problema son los señores.

—¿Por qué el pueblo soporta?

Sonreí. La pregunta parecía tremendamente ingenua.

—¿Y qué se puede hacer?

—¡Cambiar el gobierno y ya está!

Y me reí en voz alta. «Vaya con la niña», pensé.

—No puede ser —contesté con voz de maestro impaciente—. El gobierno está en manos de los señores. El pueblo no puede interferir.

—Este es el asunto —repuso Patsy con vehemencia—. *In America*, si el pueblo no quiere el gobierno, entonces echa.

—¿Lo echan? —pregunté, animado.

—Lo echan, claro. Ellos eligen otro nuevo. ¿Por qué no? Nosotros somos un libre país.

—¿Y no hay pobres?

—Sí.

—Y a ellos, ¿por qué no les ayudan?

—Oh —sonrió Patsy—, pobres siempre ha habido y siempre habrá.

Aquello me hizo bajar de las nubes. El señor maestro nunca había dicho eso. Elemér tampoco. Pero a Patsy no le comenté nada.

Desde entonces cada día esperaba a su padre, y yo suspiraba por la hora que iba a pasar con ella en el ascensor. Con el tiempo, en vez de venir a las cinco volvía de la piscina a las cuatro y media, en ocasiones a las cuatro. Luego subía y bajaba conmigo en el ascensor.

A los chicos, claro está, les llamó la atención aquella extraña amistad. Hacían comentarios, se mofaban, nos espiaban. Me consideraban un paleto ignorante y no entendían qué podía querer de mí esa «damita».

—A fuego lento se cuece el puchero —comentó una vez Antal con mala leche, y se me pegó el mote.

Desde entonces me llamaron Mister Fuego Lento.

Una vez Patsy me dijo al volver de la piscina:

—¿Por qué no tú vienes a nadar conmigo?

La pregunta me sorprendió tanto que no supe qué decir. Pensé que me tomaba el pelo.

—¿Tú no quieres?

—¡Cómo no iba a querer!

—Entonces, ven.

Ya nos llevábamos bastante bien, hasta me atrevía a bromear con ella. Le dije:

—Vale, ¿cuándo?

—Mañana.

—De acuerdo.

Patsy me dio con el dedo en el costado.

—¿Por qué tú ríes? Yo le digo al director y él te deja ir. ¿No me crees?

—Claro que sí.

—¿Apostamos?

—Venga —dije para no llevarle la contraria, porque seguía pensando que lo decía en broma.

Sin embargo, al día siguiente el comandante me llamó.

—¿Te orientas por la ciudad? —preguntó.

—Sí, señor —mentí sin pestañear.

—Entonces ahora te vas con la señorita americana y le enseñas Budapest.

—Sí, señor comandante.

Sentí que me ponía rojo como un tomate. Por fortuna el señor comandante no me miró, porque se estaba limpiando el monóculo.

—Y que no haya quejas. Pórtate con todo respeto, ¿entendido? ¡Nada de confianzas!

—Sí, señor comandante.

—Si tienes gastos, los apuntas. ¿Llevas dinero encima?

—No, señor comandante.

El comandante garabateó algo en un trozo de papel y me lo extendió.

—Con esto vas a caja. Allí te darán diez pengos. Mañana pasarás cuentas, hasta el último florín. —Se colocó el monóculo y me miró con rigor—. Hasta el último florín —repitió con tono siniestro—. ¿Entendido?

—Sí, señor comandante.

—Puedes irte.

Y me dieron un billete de diez pengos. Sabía que existían, pero nunca había visto ninguno. Fue emocionante. No sabía en qué bolsillo metérmelo, temía perderlo.

Patsy ya me esperaba delante del ascensor.

—¿Qué creías? —dijo, y sus ojos parecieron más traviesos que nunca.

En la calle le pregunté:

—¿Qué quieres ver, Patsy?

—La cara tan fea de tú —respondió alegre.

Yo, sin embargo, me puse serio.

—El señor comandante dijo que quería usted ver la ciudad.

—¿De verdad? —se asombró—. ¿Quién se lo habrá dicho?

Nos echamos a reír, tanto que apenas pudimos parar.

—En realidad, ¿adónde nosotros vamos?

—No lo sé —confesé—, a donde quiera.

—¿Te gusta la playa de la isla Margarita?

—Nunca he estado en la isla Margarita.

—¡Santo Dios! —dijo con asombro—. ¿Tú vives en Budapest y no has estado en la isla Margarita? Yo vengo de otro extremo del planeta para verla. Es el más bonito lugar del mundo.

Me convencí de ello cuando llegamos, aunque en realidad mucho no vi. Los antiguos edificios tomados por los búhos, los flamantes hoteles de lujo, los árboles centenarios y las pistas deportivas más modernas, el legendario monasterio y la llamativa sala de fiestas, la exuberante fronda de los arbustos entre las ruinas y los parterres dispuestos con arte, el infinito césped de la pista de polo y la rosaleda que parecía sacada de un cuento de hadas: todo ese paraíso del Danubio se desdibujó ante mis ojos, como el fondo borroso de un nítido retrato. Solo la veía a ella; el mundo se limitó a ser un paisaje nebuloso e irreal.

Serían finales de agosto. El verano sesteaba perezoso a la sombra espolvoreada de oro de los panzudos árboles. Del Danubio venía un viento tibio que transportaba una fragancia de flores y jirones de una lejana música. Todo parecía de ensueño, era como si el mundo se hubiera puesto el sombrero de medio lado.

No sabíamos qué hacer con la alegría que nos embargaba. Echamos a correr sin motivo y luego paseamos tan lentos como gusanos aquejados de gota. Había momentos en que teníamos que decirnos algo con tanta urgencia que interrumpíamos al otro a gritos, en otros estábamos un cuarto de hora sin dirigirnos la palabra.

Patsy iba de mi brazo; yo, sin embargo, no me atrevía ni a tocarle la mano. De noche no podía dormir por su culpa, me imaginaba muchas cosas de las que me arrepentía por la mañana, como si hubiera tramado un asesinato. Cosas que se podían hacer con Borcsa y otras chicas por el estilo, pero con Patsy… no, nunca.

Me hervía la sangre más que a muchos chicos de dieciocho años, pero también pensaba con más inocencia que la mayoría de las niñas de trece. Seguía considerando que el amor carnal y el espiritual eran completamente distintos. Hay chicas como Borcsa y hay chicas como Patsy: suponía que así eran las leyes de la vida. Amaba a Patsy con el corazón, un amor sagrado e intocable.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Patsy.

—En nada —respondí—. Es cierto, la isla Margarita es el lugar más bonito del mundo.

No fue hasta llegar a la orilla que me acordé de que no llevaba bañador.

—Allí te lo dan. —Indicó uno de los edificios—. Cámbiate, luego nosotros nos encontramos en ese banco. ¿Ves?

—Sí.

Cuando, con el traje de baño en la mano, me disponía a entrar en el vestuario, vi que Patsy seguía donde la había dejado. Conversaba con un chico de más o menos mi edad. Iba todo de blanco: traje, zapatos y panamá; en el ojal lucía un clavel rojo. De súbito me arrepentí de haber ido. No podía competir con personas así, pensé abatido, y traté de escabullirme. Pero Patsy me vio y me presentó al muchacho.

—El conde B… —dijo—. Miki para los amigos.

El apellido lo conocía de sobra: lo habíamos estudiado en clase de historia. Ni siquiera el conde de nuestro pueblo era de tan ilustre y antigua alcurnia, y aun así lo consideraban todopoderoso. Estaba terriblemente avergonzado.

—Este es mi amigo —me presentó Patsy.

El conde me miró y sonrió condescendiente. Seguramente pensaría que traía un mensaje de algún hotel y la palabra «amigo» era una exageración americana. Pero cuando vio que Patsy actuaba en consecuencia con lo que decía, en su rostro apareció una especie de mohín forzado.

—Mucho gusto —concedió, en un tono tal que hubiera dado diez años de mi vida por poder pegarle una bofetada.

No me tendió la mano. Intercambió algunas palabras con Patsy y luego se despidió.

—Cosas así no se pueden hacer en Hungría —dije.

—¿Cuáles cosas? —preguntó Patsy.

—Presentarme a un conde y decirle además que soy su amigo.

—¿Es que tú no eres mi amigo?

—Sí, pero…

—¿Pero?

Me puse bien erguido.

—Yo no soy un señorito —dije casi con hostilidad, y añadí, aunque seguía sin saber lo que significaba—: soy un proletario.

—¿Y qué? —se rio Patsy—. Tú eres mi amigo. El conde me importa un bledo. Vamos, ve a cambiar, borrico.

Fue la primera vez en mi vida que me puse un bañador. Al salir del vestuario me sentía totalmente desnudo. Creía que todos me miraban.

Patsy ya estaba tomando el sol sobre la arena. Al verla en bañador me turbé tanto que no sabía qué hacer. Sentí que ella también me miraba, aunque no le veía los ojos, que estaban ocultos tras unas gafas de sol. Se produjo un silencio desagradable. Durante minutos no pudimos decir nada.

—Hace calor —habló al fin.

—Sí —contesté—. Mucho.

Luego continuamos callados. El sol abrasaba, los bañistas gritaban. Cerré los ojos y de repente me rodeó una peculiar calma, como si estuviera en el fondo del mar con el rumor de las cálidas olas sobre mi cabeza. «Estaría bien besarla —pensé—. Al menos en la mano».

De repente Patsy se puso en pie. No muy lejos había media docena de chicos tumbados boca abajo sobre la arena.

—Dime —preguntó en voz baja—, ¿cuál de ellos es el conde?

No entendí qué pretendía. La miré sorprendido.

—No lo sé.

—¿Sabes por qué tú no sabes? —expuso—, porque el conde desnudo es como otro hombre. O es menos. Mírate. Tú eres más grande que él. Tú eres más fuerte. Tú eres inteligente como tres condes. ¿Comprendes, borrico?

Oh, sí. Eso lo entendía, vaya que si lo entendía. Absorbía cada una de sus palabras como la tierra se empapa de las gotas de lluvia en tiempos de sequía. Lo malo era… ¿por qué de los pobres no hablan así? Si de los condes pensara lo mismo que de los pobres, ahora debería decir que «condes siempre ha habido y siempre habrá». «Solo aplica sus ideas sobre la igualdad a unos y no a todos», me dije, y de repente entendí algo de cuya trascendencia solo fui consciente mucho más tarde. Pero de eso no le hablé a Patsy.

Se me acercó.

—Tú estás no bien aquí —dijo en voz baja—. Aprende *english* y ven a América. Allí hay *chance* para ti.

—¿Qué? —pregunté.

—*Chance*. ¿Cómo se dice en húngaro?

No daba con la palabra. Rebuscó en su bolsa de baño, pero no encontró el pequeño diccionario. Llamó al conde.

—¡Miki!

—¿Sí?

El chico vino.

—Dime, ¿cómo dices en húngaro *chance*?

—Oportunidad —contestó el conde.

—¿Entiendes ya? —Patsy me miró—. *In America* hay oportunidades. Aquí no hay.

—¿Por qué crees que no? —preguntó el conde, quien seguramente pensaba que Patsy lo había invitado a tomar parte en la conversación.

—Porque esto es no un libre país.

—¿Y por qué no es un país libre?

—Porque no. No hay democracia. Miki, ¿tú eres demócrata?

—Yo soy húngaro —contestó el conde ingeniosamente—. Y estoy orgulloso de ello.

—¿Por qué? —preguntó Patsy con tono provocador.

—¿Tú estás orgullosa de ser americana?

—No. ¿Por qué estoy? Dónde tú naces, es casualidad; pero a América la gente fueron porque no querían el país donde fueron nacidos.

—¿No ama a su país?

—Sí, pero no por nacer allí por casualidad.

—Entonces, ¿por qué lo prefiere?

—Porque para mí allí es mejor. Aquí en Europe veo todas partes lo mismo. El francés está orgulloso de ser francés y odia al alemán por ser alemán. El alemán está orgulloso de ser alemán y odia al francés por ser francés. Tú, Miki, estás orgulloso de ser húngaro y odias al rumano, al serbio y qué sé yo. Toda Europe es así.

—Con todo yo sí me siento orgulloso de ser húngaro —insistió el conde, ya un poco irritado.

—¡Orgulloso! —Patsy hizo un gesto de desdén—. Mira ese viejo que allí barre la arena. Yo lo respeto, porque yo respeto todos trabajos. Pero si viene aquí y dice que él está orgulloso de ser barrendero y odia el mozo de carga porque no es barrendero, entonces yo digo que el barrendero está loco. Tú Miki también estás así, loco. Toda Europe está así, loca.

Continuaron así durante media hora. Yo no tomé parte en la polémica, me limitaba a escucharlos con la boca abierta. «Dios mío —me decía—, ¿cómo se atreve a hablar así con un conde? Debe de ser bueno ser americano. Un americano rico. Claro que ser rico es bueno hasta en el infierno».

Los días pasaron con la rapidez propia de los días felices. Agosto desembocó en septiembre y las hojas de los castaños de Indias que había ante el hotel empezaron a tomar el color de la herrumbre. Aún hacía calor, pero al verano se le escapaba ya su ardiente aliento,

igual que a un atleta que se desploma justo antes de la meta. El otoño empezaba a subirse a los montes de Buda.

Una mañana Patsy me informó:

—En una semana viajamos, Béla.

Sentí un nudo en la garganta, pero no dije nada. Ella tampoco habló. No volvimos a sacar el tema del viaje. Y, sin embargo, era como si siempre nos estuviéramos despidiendo.

Un día dijo:

—Dame una foto, Béla.

—No tengo ninguna —contesté avergonzado.

—¿Y una vieja?

—Tampoco.

A la mañana siguiente vino con una cámara fotográfica y me sacó una foto. Entonces le eché valor y también le pedí una a ella. Parece que no la pillé por sorpresa, porque enseguida extrajo una de su bolso.

—Es de hace tiempo —se lamentó—. Parezco muy niña en ella.

—¿De cuándo es?

—Oh, no sé. De hace un año quizá.

Robé un papel de carta y un sobre del despacho y envolví la foto para que no se estropeara. Desde aquel día la llevé siempre encima, en el bolsillo izquierdo.

En otra ocasión se señaló la mano.

—¿Te gusta mi sortija?

—Es preciosa —fue mi halago.

Entonces se la quitó y me la dio.

—De recuerdo —dijo, y se sonrojó un poco.

En la sortija aún sentí el calor de su cuerpo. La miré conmovido. Era fina y estaba trenzada con un cordón dorado. Llevaba engastadas tres piedrecitas, dos pequeños rubíes y en medio un diamante de menor tamaño. No tenía ni idea de qué podía valer aquello. Pensé que costaría una fortuna.

—Gracias, Patsy —balbucí—. Me encantaría, pero no la puedo aceptar.

—¿Por qué no? —se asombró.

—Porque yo no tengo anillo. No le puedo dar nada.

—¿He pedido mí algo?

—No, pero…

—¡No seas borrico! No tiene valor.

Insistió mucho, pero no di el brazo a torcer. ¡Cuánto me hubiera gustado tener un recuerdo de ella! «No es bueno ser pobre», pensé.

Su marcha estaba prevista para el 24 de septiembre. Caía en lunes y yo el domingo no trabajaba. El sábado Patsy me propuso que hiciéramos una excursión a Visegrád.

—¡Es un lugar precioso! —dijo entusiasmada—. Hay viejo castillo también, la torre de Salomón. Y el viaje en barco… *Oh, My God*! Me encanta el Danubio. ¿Vendrás?

—Claro, cómo no —dije con entusiasmo, porque me embriagó la simple idea de poder pasar un día con ella.

Pero cuando nos despedimos me serené. «Santo cielo —me dije —, estoy completamente loco». No podía ponerme el uniforme del hotel en un día de descanso y con los andrajos que tenía no podía aparecer ante ella. Además, ¿de dónde iba a sacar el dinero para la excursión?

Pasé todo el día rompiéndome la cabeza, pensando qué podía hacer. Finalmente, a última hora de la tarde le escribí una carta en la que mentí: dije que me había resfriado, tenía fiebre y no podía ir de excusión. La entregué en conserjería.

—Acaban de traerla. —Y me fui rápido del hotel para que Patsy no me viera cuando se la entregaran.

Fue un domingo inenarrable. Ese día se suspendió el adiestramiento militar de los *levantes*, así que podía dormir. Pero tanto me había acostumbrado a madrugar que me desperté cuando rompía la mañana. Estaba solo en el piso. Manci no había venido, y mi madre se había ido a casa del primer conserje a hacer la colada porque no quería dejar el trabajo gratis para un día laborable. El edificio aún dormía. Había tal silencio que de la cocina me llegaba el goteo del agua. «Mañana se va», eso fue lo primero que pensé, y

me quedé tumbado en la cama. Me dolían tanto el cuerpo y el alma que parecía que un tren les hubiera pasado por encima.

El tiempo no avanzaba, aunque hice todo lo posible por matarlo. Limpié la casa, me remendé la ropa, lavé y planché mis camisas… y apenas eran las nueve. Como no tenía nada mejor que hacer, me puse a preparar la comida. Hice sopa de patata con corteza de pan duro, que llena mucho. A las once ya había lavado las cacerolas y no se me ocurrió nada más en que ocuparme.

Salí al pasillo y me senté ante la puerta, esperando que alguien me dirigiera la palabra. Los niños jugaban al fútbol en el solar de al lado; podría haber bajado, pero no me decidía. Si se trabaja con hambre toda la semana y, para colmo, se camina seis horas al día, el domingo a nadie se le pasa por la cabeza ponerse a perseguir una pelota. Nadie reparó en mí. Los adultos no suelen pararse a charlar con los adolescentes, salvo el tío Gábor, pero este no descansaba últimamente ni en domingo. El trabajo le salía por las orejas. Del segundo piso habían desalojado a una familia en paro y su lugar fue ocupado por un cerrajero muy joven y su esposa más joven todavía. Ya llevaban tres meses en la casa, pero tenían el piso tan vacío como el día en que lo alquilaron. Dormían en el suelo, tenían dos viejos baúles y nada más. El tío Gábor se compadeció de ellos. Prometió amueblarles la casa a crédito si le conseguían la materia prima. El cerrajero se la facilitó. Y le había costado tan solo veinte florines, o al menos eso era lo que se contaba. No lejos de nuestro edificio había un aserradero que custodiaba un vigilante nocturno. El cerrajero entabló amistad con él y los dos se pasaron una semana entera jugando a las cartas. El cerrajero perdió únicamente veinte florines; según dicen, por pura cortesía. Mientras, la mujer se iba llevando la madera a casa ya que, modesta como era, no quería molestar al propietario con asuntos como el transporte.

De modo que el tío Gábor tenía mucho trajín. Trabajaba a diario en los muebles de los jóvenes, y solo le quedaban los domingos para ocuparse de su féretro. La obra maestra estaba aún sin

terminar. O, mejor dicho, la había terminado en varias ocasiones pero volvía a empezarla una y otra vez porque nunca quedaba satisfecho.

—Se quiere complacer a los que mandan en el cielo —me confesó un día—, pero también se desea el reconocimiento en la tierra. Ese es el problema del artista.

Al oír sus martillazos de pronto me di cuenta de que lo envidiaba. Qué suerte poder trabajar en lo que a uno le gusta, aunque sea tu propio ataúd. Qué fortuna creer en algo, aunque se trate de una locura.

El edificio cayó presa de un pesado tedio dominical, las ventanas abiertas parecían bostezar. Del piso del cajista se oía cantar a Mári:

De la otra orilla del río
dice un gorrión con su canto
tu bello amado se ha ido,
y estas aguas son tu llanto.

Acabé por hartarme. Entré en la habitación y me tumbé en la cama. Deseé, al igual que muchos millones de pobres, que no existiera el domingo. Los días laborables aún te las arreglas. Vas con prisas y no hay tiempo de pararse a pensar. Sin embargo, en domingo te quedas solo con tus penas, te encierras en casa con la soledad como con una fiera. Es mala pareja, peligrosa, puede suceder cualquier cosa. No hay nadie a quien mirar, tan solo la botella de lejía debajo del fregadero.

Mári seguía cantando:

Los encajes que te dio
han caído en el olvido.
Vas sin nido y sin calor
como un triste pajarillo.

De repente comprendí el mensaje de aquella vieja canción. Pensé que Mári seguía sin entenderla. Qué afortunada.

Llamaron a la puerta. Abrí y me pareció ver una aparición. Era Patsy.

—¿Cómo ha venido hasta aquí? —pregunté todavía petrificado.

—Yo pedí la dirección —contestó sonriendo—. A ver, ¿tienes todavía fiebre?

—No —alcancé a decir, y la hice pasar.

Yo llevaba mis pantalones cortos en estado terminal, una camisa totalmente remendada que me quedaba pequeña y las enormes botas del señor maestro. Fue entonces cuando Patsy se dio cuenta; de repente, todo encajaba. No volvió a preguntarme sobre mi enfermedad. Nos sentamos.

—¿Tus padres no están en casa? —preguntó.

—Mi madre se ha ido a trabajar —contesté con una evasiva.

—¿En domingo? —expresó con asombro—. ¿Qué negocio tiene tu madre?

—No tiene negocio alguno. —Eludí la respuesta, pero no paraba de sonrojarme.

Me sentía muy avergonzado. Primero, solo de nuestra pobreza; luego, cien veces más por haberme avergonzado de ella.

—Mi madre es lavandera —aclaré al fin—, y somos tan pobres que a veces ni siquiera nos alcanza para comer. Por eso no he ido a la excursión. Cualquier otra cosa es mentira. No me llega ni para el tranvía, debo caminar seis horas al día. Esta es la única ropa que tengo, ¡mire! ¿Hubiera ido conmigo así a Visegrád?

No respondió. Observaba la imagen de la Virgen sobre la cama, como si ninguna otra cosa le interesara. Pero tenía el rostro tan blanco como la cal.

De pronto me agarró la mano. No dijo nada, solo se me quedó mirando. Las suyas estaban calientes.

—Me hubiera gustado muchísimo ir de excursión —declaré—. ¿Me cree?

Asintió. Estuvimos un buen rato en silencio.

—Béla —dijo luego—. Me espera el taxi. Ven.

—¿Adónde?

—Da igual. A donde quieras.

—Así no puedo ir, Patsy. Y otra ropa no tengo.

—Vamos donde nadie nos puede ver. Hüvösvölgy, ¿está bien? Allí hay mucho gran bosque.

Se puso en pie, me tomó del brazo y dejé de poner pegas.

El taxi causó sensación entre los vecinos. Era quizá el primero que paraba ante el edificio. La gente se quedó con la boca abierta al verme subir. Yo no sabía qué hacer en una situación tan embarazosa.

Fue la primera vez que subí a un automóvil. «Dios mío —pensé después de acomodarme en el mullido asiento—, ojalá pudiera hacer algo por ella. Algo. Cualquier cosa. Por ejemplo, podría defenderla si nos atacaran unos bandidos. Eso no cuesta dinero. O si el chófer se diera media vuelta y la apuntara con una pistola, yo la salvaría aunque tuviera que dar la vida». Pero el chófer solo se volvió cuando llegamos al bosque y detuvo el vehículo. Nos dio las gracias por la propina y nos quedamos solos, sin ningún peligro a la vista.

Paseamos tranquilamente. Por allí pasaba poca gente, y la mayoría eran personas de mi clase, así que me olvidé de mi ropa remendada. Patsy sacó una bolsita de cacahuetes y comimos sin hablar. Hacía calor, reinaba la calma, por entre las ramas piaban los pájaros.

En el interior del bosque nos tumbamos en un claro. El lugar estaba desierto. Estábamos solos, era como si el mundo hubiera cerrado los ojos. Callamos. Sobre la hierba había hojas marchitas, el bosque ya había empezado a mudar el color.

—Pronto llegará el otoño —dijo Patsy, quien no obstante parecía estar pensando en otra cosa.

—Sí —contesté; también yo tenía la cabeza en otro lugar.

«¿Dónde estará mañana a esta hora? —cavilaba yo—. Dios mío, si al menos pudiera besarle las manos». Pero evitaba hasta su mirada, como un asesino que evita la mirada de la víctima. Estaba echado en la hierba sin moverme, mirando el cielo azul en el que pastaban inmensos cirros que parecían corderos. «Qué bonito sería

morir por ella», pensé en un arranque de sentimentalismo ñoño y sincero…

Una ardilla cruzó por el sendero. Patsy empezó a llamarla ofreciéndole cacahuetes, pero no obtuvo resultado alguno. La ardilla subió a un árbol y tampoco cogió el fruto cuando Patsy se lo tiró.

—Qué rara ardilla —soltó, negando con la cabeza.

—¿Por qué es rara? —pregunté.

—Porque no quiere comer cacahuetes.

—Sí quiere —le expliqué, con voz de experto—, pero tiene miedo. Todas las ardillas son así.

—Oh, no —protestó Patsy—. En New York comen de la mano de la gente en todos los parques. Es la diferencia entre América y Europe, ya ves. Aquí en Europe todos tienen miedo. Eso es lo que causa problema. ¿Sabes qué pasó una vez?

—Cuénteme.

—Era yo ocho años entonces y fui a casa de una amiga a hacer deberes de cálculo. Yo siempre fui mala en cálculo, pero la lección era tan difícil que mi amiga casi tampoco sabía hacerla. Pensamos mucho y de repente veo que son las diez. Tenía mucho, mucho miedo, porque mi amiga vivía en una zona mala, lejos, en afueras, tú sabes. Y de repente entro en una calle sin gente y un hombre me habla. Yo no sé qué dice, solo corro y entonces el hombre me agarra y yo chillo: socorro, socorro. Viene otro señor y se enfrenta al primer hombre y dice: «¿No le da vergüenza, meterse con niña pequeña?». «No digas tonterías», contesta; «yo conozco la niña y si usted no me deja, ya verá». Y entonces los dos pelean y caen en charco, y viene policía y lleva a todos a la comisaría y llaman a mi padre. Y entonces resulta… ¿sabes qué? Que el hombre que me habló era amigo de mi padre, pero yo tenía miedo de mirar a él en la calle. El otro hombre también resulta que era bueno. Los dos personas buenas y casi matan uno a otro porque niña tonta tiene miedo. ¿Sabes qué dijo mi padre cuando vimos en Berlín, París y todas partes que los *European* tienen miedo unos de otros? Dijo: «A

toda Europe le pasará como a esas dos buenas personas. Pero no habrá policía para poner orden».

Tiempo después cuando esta anécdota se hizo realidad histórica, pensé mucho en aquellas dos buenas personas. Pero entonces tampoco sospeché que el padre de Patsy, quien había adivinado el futuro con tanta lucidez, dejaría veinte años más tarde la empresa petrolera para asumir un alto cargo en el gobierno estadounidense, ni que se portaría tan neciamente como las buenas personas *European*. Parece que el miedo cambia hasta a los estadounidenses. ¿O es que en el caso del padre de Patsy no se trataba de miedo sino de petróleo? ¡Quién sabe!

Al día siguiente partieron. Bajaron tarde de la habitación, tenían mucha prisa. El padre de Patsy miraba el reloj. Patsy se miraba los zapatos. No alzó la vista cuando el ascensor se detuvo.

—Hasta el próximo verano —dijo, y salió rápido. Pero entonces exclamó—: ¡Ay, he dejado una cosa arriba!

Habló con su padre en inglés y luego volvió al ascensor corriendo. Entre el segundo y el tercer piso de repente soltó:

—Stop el ascensor.

No la entendí.

—Para —dijo impaciente.

Y paré.

—Quería despedirme —dijo en voz queda.

—Sí —balbucí, y las lágrimas me atenazaron la garganta.

No nos miramos. Estuvimos varios minutos sin hablar, entornando los ojos. De súbito me abrazó y me dio un fugaz beso en los labios.

—Vamos —susurró después, y yo puse el ascensor en marcha.

Ninguno de los dos abrió la boca. El ascensor se detuvo y Patsy salió disparada. Un minuto más tarde todo parecía inverosímil, como si lo hubiera soñado.

A la mañana siguiente me despertó la voz airada de mi madre.

—¿Has vuelto a robar? ¿No se te cae la cara de vergüenza?

La miré sin entender nada. Vi que tenía la sortija de Patsy.

—¿De dónde la has sacado? —gritó.

—No lo sé —dije tartamudeando, y le conté la historia del anillo.

—¿Es de la niña de la foto, la que llevas en el bolsillo? —preguntó.

—Sí.

Entonces me pareció descubrir una especie de sonrisa en su rostro. Pero no dijo nada y se fue a la cocina.

He perdido muchas cosas desde aquel día, pero sigo conservando la sortija de Patsy. Debo confesar que cuando la miro no se me ocurren cosas muy originales. Tan solo pienso: así es la vida. Si el 3 de julio de 1928 a las ocho y cuarenta y dos minutos de la mañana alguien no hubiera entrado en un ascensor de Budapest, tal vez ahora yo no estaría en América.

7

Unos días después, en una lluviosa tarde de octubre, de repente paré el ascensor entre la segunda y la tercera planta, justo donde Patsy me había besado, y dije en voz alta:

—Me voy a América.

Al poco rato caí en lo ingenuo de la idea. ¿Cómo llegar a América si para ir a Újpest no tenía otro medio de transporte que caminar? Pero de poco sirvió tan sereno razonamiento. Tenía un objetivo y no podía ni quería ignorarlo.

Desde entonces América se volvió el escenario de mis fantasías, en las que la protagonista, claro está, siempre era Patsy. Pero solo soñaba así de noche, camino de casa; durante el día me ocupaban asuntos más prácticos. Antes que nada decidí aprender inglés lo más rápido posible. Sí, pero ¿cómo? ¿Cómo podía agenciarse un chiquillo pobre unos conocimientos de inglés? La escuela era un sueño inalcanzable, así que la descarté sin más. «Aprenderé solo —me dije—, únicamente debo conseguir un libro. Pero ¿dónde? ¿Cuánto costará?». No tenía ni idea.

Empecé a investigar y lo hice metódicamente. Cuando libraba, en vez de descansar, me iba a Pest a mediodía y estaba hasta tarde mirando los escaparates de las librerías. No me atrevía a entrar porque ya sabía que con esa ropa no convenía personarse ante los señores. Podrían ignorarme. Podrían echarme. Poco a poco me di cuenta de que había tiendas que vendían libros usados, y en estas me centré. Las visité una por una y un día encontré lo que buscaba.

Se aburría en un escaparate de la calle del Emperador Guillermo, como esperándome. El corazón me empezó a latir con

fuerza nada más verlo. Era un libro bonito, grueso, con tapas de colores, rodeado por una faja que rezaba:

CON ESTE LIBRO APRENDERÁ PERFECTAMENTE INGLÉS EN MEDIO AÑO SIN PROFESOR Y EN SU PROPIO HOGAR

Y abajo, en una ficha de cartón, ponía:

EJEMPLAR DE SEGUNDA MANO, EN BUEN ESTADO, 2,20

Nunca en la vida había tenido dos pengos con veinte florines, pero la idea de reunirlos para poder comprar palabras inglesas me consolaba enormemente. Allí mismo juré que pasara lo que pasase conseguiría los dos pengos con veinte. Lo único que me preocupaba era que mientras tanto vendieran el único ejemplar.

Al día siguiente, después del trabajo, fui a toda prisa a la calle del Emperador Guillermo para comprobar si seguía en el escaparate. Allí estaba. Me tranquilicé. Desde entonces cada noche daba un rodeo: lo primero era ir a visitar el método de inglés. Lo miraba a través del cristal igual que se miran el pobre mozo y su amada a quien rondan pretendientes adinerados y cuyo padre tal vez ha pactado ya el matrimonio.

Otro día me di cuenta de que el primer conserje hojeaba un diccionario inglés-húngaro. No pude quitármelo de la cabeza en todo el santo día, y la jornada siguiente decidí dar un gran paso adelante. Me acerqué al hombre.

—Señor primer conserje —le dije presa de la emoción—, ¿me podría prestar el diccionario inglés-húngaro unos diez minutos?

—¿Para qué? —preguntó—. No estás estudiando inglés, ¿no?

—Sí que estudio —le dije—. ¿Me lo podría dejar? Solo serán diez minutos.

—Está bien —accedió—. Pero procura devolvérmelo en ese plazo porque me puede hacer falta.

—Sí, señor primer conserje. Se lo agradezco de veras.

Al momento robé una hoja de papel de la oficina y apunté tantas palabras como pude. No fueron muchas porque no paraban de llegar huéspedes y siempre me veía obligado a interrumpir el trabajo. Diez minutos después devolví el diccionario y empecé a memorizar lo que había copiado. No resultó fácil. Llevaba escuchando húngaro toda la vida, no había oído otro idioma antes de llegar al hotel. Pero lo que aprendí nunca lo olvidé. Incluso hoy, a veces, pronuncio mal ciertas palabras que copié de aquel diccionario, tan bien grabado se me quedó lo que tan mal aprendí.

A partir de entonces siempre le pedía prestado el diccionario. No me atrevía a tenerlo durante más de diez o quince minutos por temor a que no volviera a dejármelo. Pero si el primer conserje se iba a almorzar o a cenar y no había nadie alrededor, rápidamente cogía el diccionario y empezaba a copiar como un poseso. Era tan goloso con las palabras inglesas como otros niños lo son con la mermelada. Y cuanto más comía, más hambre me entraba. Era insaciable.

Una noche el botones que me relevó me dijo:

—Ve a conserjería. Tienes una carta.

Primero creí que me estaba tomando el pelo. ¿Quién iba a escribirme, y, además, mandarme la carta al hotel? Pero entonces el corazón me dio un vuelco. «¡Patsy!», pensé y fui como un cohete.

No era una carta, sino una postal. Había llegado de París; recuerdo que era una reproducción del arco del Triunfo. Solo había escrito un par de palabras, pero mi imaginación las suplió con otras que no hubieran cabido ni en un centenar de postales como aquella. Di brincos de alegría.

Desde entonces esperaba siempre al cartero. Tuve que esperar mucho. La siguiente postal vino de Nueva York. Patsy decía que había llegado bien, que ya deseaba que volviera a ser verano para venir a verme de nuevo y que hasta entonces le escribiera «muy mucho y con muchos detalles». Hasta ahí todo en orden. Esa postal me hizo todavía más feliz que la que llegó de París. Pero me di

cuenta de que en correos habían estampado el matasellos sobre el remite, con tan mala suerte que resultaba imposible descifrar la dirección. Esperé a la próxima postal. ¿Qué otra salida me quedaba? Fue en vano. No recibí otra. Ya llegará mañana, me consolaba, y al día siguiente volvía a decir: ya llegará mañana.

Entretanto trataba de obtener la mayor cantidad posible de información sobre América. Si me llegaba a las manos un periódico, antes que nada miraba las noticias sobre el país. Devoraba las informaciones sobre ultramar como si en ellas me hablaran de conocidos. Me acuerdo de que en una ocasión en el número dominical de un diario se publicó la biografía de un famoso millonario que había llegado a América siendo un niño pobre, un mendigo. Recorté el artículo y desde entonces siempre lo llevé encima, entre la fotografía de Patsy y sus dos postales. Si la vida me trataba mal, me consolaba diciendo: «En América todo será distinto». Al ver algo indignante, me decía: «Esto en América no podría suceder». América se convirtió para mí en la Tierra Prometida de la Biblia, y Patsy, en la Bella Durmiente que esperaba mi llegada allende los mares.

Poco a poco me dio por escribir poemas. Todo empezó como la tisis, con fiebres leves e inesperadas, de forma furtiva, casi imperceptible. Camino de casa, en lugar de tramar historias me dedicaba a componer poemas, pero tampoco les daba importancia, al igual que antes a mis fantasías. Escribía como puede ladrar un perro. Hubo semanas en que cada día hacía uno o dos poemas. No me preocupaba si eran buenos o malos. A mí me gustaban, y si alguien hubiera llegado a decirme que eran nefastos seguramente le hubiera creído sin necesidad de ponerme a llorar como una Magdalena. No sabía con qué rasero medirlos: solo conocía la poca poesía que habíamos estudiado en la escuela. La verdad es que la lírica nunca me había interesado demasiado. Me inclinaba por las ciencias, más que nada, por la historia y la geografía, y me hubiera

gustado aprender idiomas, muchísimos idiomas. Pero poemas… ¿para qué?

Ahora de repente empezaba a sentir su sabor. Devoraba las rimas con un hambre perruna. En el hotel había infinidad de revistas literarias; de los números caducados recorté los poemas y los leí sin excepción. Me provocaban una sensación extraña. Eran muy bellos y, sin embargo…, un no sé qué me alejaba de ellos. Me recordaban a las damas emperifolladas, con rostro de porcelana, que entraban en el ascensor envueltas en nubes de perfume y zapatos con un mondadientes por tacón. Las admiraba pero no me gustaban. No es que mis propios poemas me parecieran mejores. Claro que no. Sabía que las damas de finas mejillas eran grandes señoras y yo, en cambio, era un campesino cualquiera. Estaba muy convencido de que lo que leía era literatura, y de que en cambio yo escribía simples garabatos. No lo constataba con tristeza, sencillamente lo acataba y punto. Me sentía bien versificando, y como tampoco costaba dinero, pues a ello me dediqué.

Pero de pronto surgieron algunos síntomas preocupantes. Me empecé a enamorar de mis propias obras y criticaba los «poemas señoriales», tal como los denominaba en aquel entonces. «Se parecen a los dulces de la confitería —pensaba—. Son para señores empachados que ya no saben qué hacer con su cuerpo y su alma». Pero como era un joven campesino con los pies sobre la tierra pronto superé la megalomanía. Me decía: verdes están las uvas, paleto. Sin embargo, acabé por desconfiar también de mi escepticismo. Hasta que un día tomé una decisión.

El plan, en un principio, me atemorizó, pero por fin me dije: ¿y por qué no? Corté el membrete de los papeles del hotel y copié en ellos mis poemas. Entonces ya tendría treinta o cuarenta. Titulé la «colección»: «Si no tienes perro, ladra tú mismo». Luego los metí en un sobre con la dirección del mayor diario de la ciudad. El problema era que en aquella época correos no enviaba gratis ni la más bella poesía. Yo no tenía sellos, y mucho menos dinero para comprarlos. Estuve unos días esperando un giro de la fortuna hasta que se me

ocurrió una idea salvadora. Llevé la carta a la redacción y se la entregué al primero con el que me crucé.

—Lo manda un caballero —mentí—. Me dijo que la entregara aquí.

Sin esperar la respuesta, giré sobre mis talones y salí a la calle.

A partir de entonces, no abría los periódicos por delante sino por detrás, donde se publicaban los «Mensajes del redactor». Estaba a la espera del veredicto. No sé cuánto tiempo pasé así, porque me pareció un período muy largo; lo que por otra parte no significa nada, ya que cuando tienes quince años y toda una vida por delante, curiosamente eres mucho más impaciente que cuando ya has vivido buena parte de tu vida.

Un día se me cortó la respiración al abrir el periódico. Entre los «Mensajes del redactor» estaba el siguiente:

> Béla R. Sus poemas, aunque algo inmaduros, sorprenden por su talento y su inmensa originalidad. La pieza titulada «Mi armónica» se publicará en el número dominical. Persónese en la redacción entre las cinco y las siete de la tarde.

Fue como un terremoto. No sabía cómo reaccionar. Entré en los aseos, me encerré y me invadió tal sensación de gratitud que enseguida las lágrimas brotaron de mis ojos.

—¡Oh, Dios Misericordioso, te lo agradezco! —musité, juntando las manos en señal de plegaria, y a falta de un altar más apropiado me arrodillé allí mismo, ante la taza de porcelana. Espero que las autoridades celestiales no lo tomaran a mal.

Al día siguiente libraba. Pasé la mañana con los nervios a flor de piel. Me preparaba para la visita a la redacción como si fuera una pedida de mano. En efecto, era como un noviazgo, un compromiso serio para toda la vida, claro que aún lo ignoraba. Simplemente me abandoné a mi destino.

Salí de casa a mediodía para llegar al periódico a las cinco en punto. Estábamos a finales de noviembre, pero aún hacía un tiempo inusitadamente benigno. Caminé hacia Pest con lentitud. Me

atenazaba un miedo sin motivo claro, un sabor amargo me llenaba la boca de tanta tensión. Traté de imaginar cómo iría la conversación: las preguntas del editor, mis respuestas y, en general, todas las eventualidades posibles e imposibles. No sabía si pagaban por un poema así y mucho menos cuánto. «Dios mío —pensé—, si me dieran dos pengos, desempeñaría de inmediato la cruz de mi madre».

Al llegar a la redacción, la emoción ya me causaba retortijones. En el vestíbulo solo había un empleado que se entretenía pegando sobres sentado a un escritorio. Era un alemán de unos treinta años, rechoncho, con cara de sargento, y sobre sus labios resaltaban unos arrogantes bigotes rubios. En cuanto alzó la vista me di cuenta de que aquel tipo de mirada azul acuosa me iba a echar.

—¿Qué quieres? —me gruñó.

—Quisiera hablar con el señor redactor.

—¿Con cuál de ellos? —preguntó, malhumorado—. Aquí hay más redactores que langostas en una plaga.

Quedé desconcertado. No me había preparado para una pregunta así. En la cabecera del diario ponía «a cargo del redactor», por lo que siempre había pensado que no había más que uno. Y como la sección en que me contestaron se llamaba «Mensajes del redactor», me pareció evidente que la había escrito el redactor en persona. No sabía qué contestar.

—Con uno de ellos —balbucí al fin, para que viera que no era un prepotente, y añadí con humildad—, con cualquiera, por favor.

—Con cualquiera no puede ser —afirmó el ingenioso hombre—. Don Cualquiera ha salido de cacería. Será mejor que le escribas.

—Pero, por favor —dije nervioso, y ya me disponía a explicarle que me habían llamado cuando se abrió una puerta y se oyó la voz de un señor:

—¡Bence!

Bence me dejó plantado y entró presuroso en el despacho. Me quedé solo. Y entonces me vi en el espejo.

Fue un instante pavoroso. En el espejo que teníamos en casa solo podía verme la cara y los espejos del hotel reflejaban a un muchacho bien plantado, bastante guapo, ataviado con un vistoso uniforme rojo. Ahora en cambio veía a un mendigo asustado y harapiento, con ropa remendada a más no poder, con pantalones cortos, sin calcetines. «Dios mío —pensé—, si el señor redactor llega a verme así tal vez cambie de opinión y no publique mi poema el domingo. Seguro que al escribir "su talento y su inmensa originalidad" se imaginaba a un señor refinado y ahora…».

Oí que se abría la puerta, y me alejé de un salto del espejo.

—Sí, señor redactor —se oyó la voz de Bence—. Enseguida llamo a la imprenta.

En ese momento tomé una decisión. Cuando Bence volvió al vestíbulo, yo ya estaba en el pasillo corriendo hacia las escaleras. Nunca llegué a saber cuál de los muchos redactores había escrito aquel precioso «Mensaje del redactor», y el hombre en cuestión tampoco se enteró de quién era yo porque nunca más volví a pisar aquella redacción.

Eso pasó un lunes o un martes y me hubiera gustado retirarme a una cueva, como hacen los osos, para dormir hasta el domingo. No sé qué esperaba de ese día. Tal vez un giro en mi destino, una señal celestial, un milagro. Uno solo siente algo así una vez en la vida: cuando espera que su primer poema aparezca impreso. Fueron días de prodigios y desgracias. A veces me sentía presa de un miedo supersticioso, temía morir antes del domingo y no llegar a ver mis versos en el periódico. Por las noches me despertaba y me repetía el poema durante horas, entusiasmado por alguna rima que me parecía hermosa y desesperado por algún adjetivo no tan logrado. Me bastaba con ver el diario en cuestión en las manos de un huésped para que el corazón me empezara a palpitar sin freno. «Ahora ni me ves —me decía—, pero el domingo tú también leerás mi poema, eso es, mi poema. Porque tú eres un señor y yo un pueblerino cualquiera; sin embargo, es este campesino el que sabe

hacer versos y tú, con esas manos de muñeca que tienes, nunca sabrás».

El mundo giraba en torno al poema. «Dios mío —pensaba—, ¡si se lo pudiera mandar a Patsy! ¿Qué diría? El próximo verano, cuando vuelva, un día regresaremos a la isla Margarita, nos sentaremos entre las ruinas por donde no pasa nadie y entonces se lo entregaré sin decir nada. "¿Cómo pudiste escribir algo tan bonito?", preguntará ella, y yo contestaré: "Tú has sido mi musa". Entonces me abrazará y me besará como hizo antes de irse, pero esta vez yo le devolveré el beso y eso será nuestro compromiso. Y si en América le preguntan quién es su novio, ella dirá: un poeta. Un poeta de verdad».

Así soñaba, de día y de noche. El sábado tanta tensión acabó por ponerme enfermo. Me torturaba un punzante dolor de cabeza, sentía el chasquido de un espasmo en el estómago y la garganta. Me pasé las horas esperando que llegara la noche, pero cuando al fin llegó y me relevaron de turno, me invadió un peculiar vacío, un desengaño inexplicable.

Me sentía incapaz de irme a casa. Deambulé por las calles y de repente me encontré ante el edificio del periódico. «Ya lo estarán imprimiendo», pensé, y di vueltas al edificio con el corazón a mil, como sintiéndome el asesino que vuelve al lugar del crimen. La imprenta estaba en los sótanos, sus ventanas daban a un tranquilo callejón. Estaban abiertas y me asomé. Me asaltó el olor fuerte y acre a pintura, la peligrosa fragancia de las musas. Era la primera vez que lo sentía y fue un gran momento. Al fondo traqueteaban las rotativas, el papel se deslizaba entre los cilindros. «Están imprimiendo mi poema», me dije, y se me empañaron los ojos. Es algo que solo pueden sentir los poetas adolescentes cuando les publican su primera composición, o los padres mayores cuando sus hijas se visten de novia.

No pude dormirme hasta la madrugada. Por la mañana, al ir al adiestramiento de los *levente*, el periódico del domingo ya estaba en la calle. Me lanzaba señales luminosas, pero lo hacía en vano

porque no podía comprármelo. ¿De dónde iba a sacar dieciséis florines? En la pista deportiva pregunté a cada uno de los muchachos si tenía el diario, pero si alguno lo tenía, no era el que yo buscaba. Por fin, me vi obligado a recurrir a mi madre.

—Madre —dije torpe y desconcertado—, ¿me puedes dejar dieciséis florines?

—¿Para qué los quieres? —preguntó sorprendida, porque hasta entonces nunca le había pedido dinero.

—Quería comprar un periódico.

—¿Te has vuelto loco? ¿Cómo se te ocurre gastar el dinero en eso?

Me sonrojé. La composición de poemas constituía un secreto inconfesable, lo guardaba con un pudor casi enfermizo. Nunca le había hablado de ello a nadie, y mucho menos a mi madre. Ahora, sin embargo, tenía que confesarlo.

—Yo… he escrito en el diario —tartamudeé.

Mi madre me miró, boquiabierta.

—¿Has escrito algo para el periódico?

—Sí.

—¿Qué has escrito?

—Un poema.

—¿Y lo han impreso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pues… porque les ha gustado.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han escrito. Aquí está, mira.

Saqué la agenda, en la que, por si las moscas, había pegado el «Mensaje del redactor» para evitar que se perdiera. Mi madre lo leyó, me miró y luego, como no daba crédito, volvió a leerlo. Después se quedó callada.

—¿Dónde has aprendido a escribir poemas? —preguntó al fin.

—En ninguna parte, madre.

—Entonces… ¿cómo es que lo sabes hacer?

—No lo sé. Me viene, sin más.

—¿En serio?

—A veces. No siempre.

—¿De qué depende?

—No sé. Quizá de Dios.

—Hum.

Mi madre se miraba los zapatos, como hacía siempre cuando estaba nerviosa.

—En ese caso, con gusto me gastaría los dieciséis florines —afirmó, sin levantar los ojos.

—¿No los tienes? —pregunté en voz baja.

—No. Ayer fue primero de mes.

No contesté. ¿Qué podía decirle? Mi madre se quedó un rato allí parada, luego salió a la cocina sin decir nada. Para mis adentros maldije nuestra situación todo lo que pude, pero de nada sirvió. Saqué mis apuntes de inglés y traté de estudiar. No podía. Me era imposible dejar de pensar en el poema. Todos lo podrían leer, menos yo.

Desde el pasillo se oía cantar a Mári. De repente, dejé mis notas sobre la mesa.

—¿Adónde vas? —preguntó mi madre.

—A casa de Mári —repliqué.

—¿Por el periódico?

—Sí.

Mi madre hizo un gesto de resignación.

—Irás en vano. Ellos leen el *Népszava*.

—Entonces tal vez lo tenga otro vecino del edificio.

—Nadie lo tiene.

—¿Cómo lo sabes?

Mi madre se sonrojó, como si la hubiera pillado haciendo una travesura.

—Ya lo he preguntado —confesó, y me dio la espalda haciendo como que estaba ocupada en algo urgente.

Volví a la habitación. Intenté estudiar, pero tampoco ahora podía. Unos minutos más tarde entró mi madre.

—Oye —me dijo—, le hago la colada a una quiosquera; quizá nos deje echarle un vistazo al periódico.

—¿Tú crees? —pregunté, esperanzado.

—Sí —repuso—. Si está la vieja, no habrá problema, pero a la hija no la conozco bien. Ven, vamos a intentarlo al menos.

No me hice de rogar.

—¿Dónde vive esa señora?

—En Buda —contestó—. En el bulevar Margit.

—¿En el bulevar Margit?

—Sí. ¿Por qué te asombra tanto?

—¿No será mucho para ti? Tres horas de ida y tres de vuelta. Será de noche cuando lleguemos a casa.

Mi madre se encogió de hombros.

—Es domingo, no tengo nada mejor que hacer —contestó con forzada desenvoltura—. Nos llevaremos pan. Otra cosa no hay para almorzar.

—Muchas gracias, madre.

—¿Gracias por qué? —bromeó—. ¿Por tenerte a pan y agua?

—No está tan mal si te los dan con cariño —le contesté con un tono pomposo y artificial—. Es muy amable de tu parte que me acompañes hasta tan lejos.

A mi madre se le escapó una risita.

—Al cine pueden ir todos los que tienen dinero, pero un hijo poeta no lo tiene cualquiera, ¿no crees? Bueno, démonos prisa que si no, no llegaremos nunca.

Ya habían dado las tres cuando llegamos al bulevar Margit. Mi madre entró primero para explorar el terreno.

—Está ella —informó entusiasmada—. Ven.

Al entrar, la propietaria del quiosco estaba enfrascada en una conversación con un señor mayor. Era una mujer rellenita, de ojos oscuros muy vivos. Trató a mi madre con amabilidad, como si fuera su perro favorito.

—¿Qué hay de nuevo, hija?

Mi madre se quedó parada durante un instante mirándose los zapatos. Parece que le daba vergüenza que el anciano la oyera.

—Por favor, señora —dijo al rato, con humildad—, ¿podría echar un vistazo a uno de los periódicos?

—Claro —asintió—. Ahí los tiene, disponga usted.

Y siguió conversando con el cliente.

Mi madre se acercó al mostrador, pero no se atrevió a levantar el periódico. Lo hojeaba echada hacia delante y yo, de puntillas, miraba con el corazón en un puño por encima de sus hombros. De repente se me cortó el aliento.

—¡Allí, allí está! —exclamé, y noté cómo sudaba.

Mi madre se inclinó sobre el periódico y yo me estiré; así leímos mi primer poema impreso en un diario, que además era prestado.

—¿Qué te parece? —pregunté con un hilo de voz.

—No lo sé —contestó mi madre—. Si lo han impreso seguro que es bueno.

Y cuando el anciano salió, le alargó el periódico a la quiosquera.

—¿Ha leído este poema, señora?

Miró el periódico.

—Mire el nombre —la animó mi madre.

—¿Algún pariente? —inquirió la señora.

—Es mi hijo —dijo mi madre, y tragó saliva. Tenía las mejillas rojas, los ojos le brillaban—. ¡Este es mi hijo!

La señora se quedó sorprendida.

—¿Cuántos años tienes?

—Voy para los dieciséis.

—¿Y ya escribes en el periódico? —Negó con la cabeza—. Vaya, Anna —dijo en un tono complaciente—, es una gran cosa. Déjeme ver el poema.

Se colocó los anteojos y se puso a leer. Me fijé en su rostro, pero no sirvió de mucho. Estaba igual que cuando hablaba con el anciano.

—Bonito —afirmó finalmente—. Un poco moderno, pero bonito.

Me hubiera gustado preguntarle qué entendía por «moderno», pero pensé que sería mejor quedarme callado, ya que era obvio que un poeta debería saberlo. Además, seguro que no lo había dicho como un cumplido. Allí mismo me juré que no se lo enseñaría a nadie más en el mundo. A Patsy, tal vez, añadí más tarde, ella era más tolerante.

La quiosquera miró a mi madre.

—¿No estará enferma, Anna?

—¿Yo? ¡Qué va! —exclamó mi madre—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque su hijo dice aquí que usted tose.

Mi madre quedó absolutamente desconcertada.

—¡Oh! —acertó a decir—, eso solo lo escribió… ya sabe.

—Por la rima —dijo la señora sonriendo, como si entendiera del tema.

—Sí —reaccionó mi madre—. ¿Verdad, Béla?

—Claro —contesté, y me ruboricé por completo.

Cuando mi madre, tras infinitos agradecimientos, se dispuso a irse, la quiosquera me preguntó:

—¿No quieres llevarte el periódico?

¿Que si quería llevármelo? ¡Menuda pregunta! Miré a mi madre de reojo.

—Se me olvidó traer dinero, señora —se excusó mi madre.

—No pasa nada, se lo descontaré de la próxima paga.

—Se lo agradezco.

—Yo también, señora —dije.

Cuando pisé la calle me sentí en la gloria. Durante un rato mi madre no abrió la boca; luego me reprendió:

—Eso no lo tendrías que haber escrito.

Callé. Ella bajó la voz, como si temiera que alguien nos pudiera oír.

—A los señores no les gustan los pobres que tosen —dijo—. Les tienen miedo. No les dan trabajo. Creo que será mejor no enseñarle el poema a nadie.

—No pensaba enseñárselo a nadie —gruñí.

—¿Por qué?

—Es mejor cerrar el pico.

—Así es —asintió mi madre—. La gente como nosotros debe cerrar el pico. Oye, ¿a ti no te ha entrado hambre?

Asentí.

—Entonces vayamos a ese banco a comernos el pan —propuso justo cuando pasábamos por la plaza Pálffy.

Nos sentamos. Mi madre partió el pan en dos, me dio uno de los trozos y mordió el otro con avidez. Luego abrió el periódico. No lo trataba como en el quiosco. En cada uno de sus movimientos se notaba que era su periódico, que trabajaría para pagarlo, que podía hacer con él lo que le placiera. Alisó sobre las rodillas la página en las que aparecía mi poema, luego la dobló por la mitad y empezó a leer. Pronunciaba palabra por palabra, despacio, con ensoñación, los labios se le movían ligeramente al ir leyendo. Cuando lo terminó, dijo:

—Una gran cosa. —Pero entonces, al parecer, se avergonzó de la alabanza, porque enseguida añadió—: Bueno, lo ha dicho la señora del quiosco. ¿La has oído?

—Sí.

Su mirada se perdió en dirección al Danubio. Sobre el río se arremolinaba la bruma, a lo lejos un barco hacía sonar la sirena. Permanecimos largo rato sin hablar. De repente me dijo:

—Ya se arrepentirá tu padre de no haberse ocupado de ti. Ahora su apellido estaría en el periódico.

—Me vale el tuyo —dije en voz baja.

—Bueno, no hay de qué avergonzarse. Es un apellido bastante ordinario, no digo que no lo sea, pero lo han llevado buenos cristianos.

—Un día estarás orgullosa de él.

—¿Orgullosa? ¿Por qué?

—Porque haré famoso tu apellido. Lo van a conocer en todo el mundo, hasta en América. ¿Me crees?

—Es posible —dijo con la mirada perdida—. Porque si a un chico tan pobre como tú le puede pasar una cosa así a los quince años, nada parece imposible en este mundo. —Permaneció un rato callada, observando el Danubio—. Pero ¿quién sabe? —Siguió mordisqueando el pan—. Quizá un día seas famoso y reniegues de tu madre.

—¿Cómo iba a hacer algo así?

—¿Por qué no? —dijo tranquilamente, sin amargura—. Reniega de mí si eso te beneficia. Así es el orden de las cosas. No hay motivos para jactarse de una madre como yo. Además —hizo un gesto de resignación—, ¿dónde estaré yo entonces?

—No digas tonterías —le espeté—. ¿Cómo que dónde estarás? Yo te lo diré. ¿Sabes dónde?

—¿Dónde?

—Pues en América.

Sonrió.

—¿Por qué precisamente en América?

—Porque te llevaré conmigo. Allí muchos mendigos se han hecho millonarios. Yo también lo seré. Ya verás. Si nos entra hambre como hace un rato, iremos al mejor restaurante y allí podrás comer tanto que al final tendrás que tragarte esos polvos blancos que toman los señores.

—Que se los traguen ellos, maldito sea su estómago. Yo me conformaré con el estofado de col a la Székely.

—Y con pasta de requesón —añadí con seriedad.

—Y antes, ¿no te gustaría una sopa de judías? —se interesó, risueña.

—De acuerdo —asentí con gravedad—. Pero que lleve costilla ahumada.

—Eso. —Soltó una carcajada—. Estamos bien. ¿Y cuándo nos vamos?

—¿Crees que estoy de broma? Lo tengo todo planeado. Porque, ¿sabes?, voy a ganar mucho dinero en América, de eso puedes estar segura. Conseguiré una casa preciosa. Una mansión. Habrá

tres habitaciones, calefacción central… hasta retrete habrá en la casa, en invierno no tendremos que helarnos en la taza del rellano. La habitación más bonita será la tuya. Compraré un sofá como el que tiene Mári y podrás remolonear todo el santo día. Te traeré una lavandera cada mes.

—¿Una lavandera? —se rio mi madre mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Una lavandera? —repitió entre risotadas, y me abrazó—. Aunque escribas poemas no eres más que un chiquillo. Pero tienes un gran corazón, sí señor.

Luego abrió su viejo bolso y sacó el pañuelo porque ya no reía: lloraba, lloraba desconsoladamente.

8

El invierno se introdujo en la ciudad de puntillas, como un malhechor. Por la mañana aún brillaba el sol, los crisantemos lucían en los jardines de Buda sin sospechar nada; los señores paseaban por la orilla del Danubio con los abrigos desabrochados. Por la tarde el cielo se encapotó inesperadamente, un furioso viento del norte barrió las calles y esparció por la ciudad una espuma indefinible que no era ni nieve ni lluvia. Por la noche me despertó el frío. Atravesaba la habitación una corriente de aire gélido, la ventana y las puertas chirriaban y en el tejado se oía un golpeteo siniestro. El viento ululaba de forma que podía pensarse que afuera, en la oscuridad de la noche, se estaba llevando a cabo una matanza. Cuando al día siguiente salí a la calle, la ciudad estaba tan callada que parecía que a todo el mundo se le hubiera muerto algún familiar. El viento había dejado de soplar. Por el Danubio bajaban cascotes de hielo. Nevaba.

Sucedió ese día. Por la tarde se estropeó el ascensor y, como hasta la mañana siguiente no lo podían arreglar, dejaron que me fuera. Serían las diez cuando entré en casa. En la cocina no había luz. Con el sigilo de costumbre me acerqué a la mesa a tientas, coloqué sobre ella el paquete de comida y entré en la habitación, pero cuando iba a acostarme me invadió una sensación extraña. Volví a la cocina y encendí una cerilla. Mi madre no estaba en la cama. Entré con la lumbre en la habitación y allí tampoco estaba. Llevaba casi un año viviendo con mi madre, pero nunca había sucedido eso; claro que, en condiciones normales, yo volvía dos horas más tarde. «¿Será que nunca está a esta hora?», me

pregunté. Tuve un presentimiento desagradable. Resolví no dormirme hasta que volviera mi madre, pero estaba tan cansado que en cuanto me eché me venció el sueño.

Me despertó el ruido de la puerta abriéndose. Quise decir algo, pero de la cocina llegó una voz de hombre. Hablaba con mi madre. Susurraban. La voz de ella me resultaba tan extraña que primero pensé que tal vez no fuera ella. Soltaba unas risitas de colegiala.

—No deberías haberme hecho beber tanto vino —dijo—, estoy mareada, como si hubiese montado en un carrusel.

—No me negarás que te lo has pasado bien, ¿eh? —preguntó el hombre con deje ligeramente beodo.

—No lo niego. ¡Cuánto tiempo llevaba sin probar vino! ¡Cuánto tiempo sin escuchar música cíngara! ¿Qué hora será?

Oí el chasquido de una cerilla. Encendieron el quinqué.

—El reloj se ha parado —constató el hombre.

A mi madre eso le pareció de lo más divertido.

—Está de huelga —comentó retozona—. Suelo darle cuerda a las ocho. Seguro que se ha enfadado porque no me he ocupado de él. ¿Cómo dice la canción?

—¿Cuál?

—La que siempre pedías para mí.

El hombre empezó a canturrear en voz baja. Tenía un bello timbre de barítono. Tarareaba una canción melancólica y mi madre lo acompañaba.

Sentí una presión desagradable en el estómago. ¿Qué es esto? ¿Mi madre bebe en secreto? ¿Y trae hombres a casa? Quizá otras veces también recibía visitas, pero yo nunca me había dado cuenta. Sentí asco e indignación. Mi madre rio.

—¿Por qué te ríes? —preguntó el hombre.

—Es que me río cuando me viene a la cabeza.

—¿El qué?

—Que ni siquiera me reconociste. No me lo hubiera imaginado.

—Pero al rato me acordé de ti —se justificó el hombre.

—¡Al rato! Eso puede decirlo cualquiera. Me has mirado como si nunca me hubieras visto. Me gustaría saber por qué me has dirigido la palabra.

—¿Por qué? Porque me mirabas. ¿No es así?

—¡Cómo no iba a mirarte!

—Pues eso. Si una mujer tan bella como tú me mira, es evidente que le tengo que hacer caso. Así soy yo. No puedo remediarlo.

—Tienes una forma de hablar muy dulce. —Mi madre volvió a reírse—. Qué cara más tonta has puesto cuando te he llamado por tu nombre.

—Pues… mucho ha llovido desde la última vez que nos vimos.

—Mucho, sin duda alguna —replicó ella, y la oí suspirar muy claramente.

«Así que son viejos conocidos —pensé—, y llevan tiempo sin verse». Eso me tranquilizó un poco. Pero entonces él dijo:

—Dime Anna, ¿no podría dormir aquí contigo?

—¡Qué cosas dices! ¿Te has vuelto loco?

—Bueno, bueno, tampoco es para ponerse así. En el peor de los casos, podría dormir en la habitación.

—Ya te he dicho que tengo una inquilina. ¿Por qué quieres dormir aquí?

El hombre calló un instante. Luego dijo:

—Te lo diré sin rodeos. Lo que pasa, Anna, es que no tengo casa.

—Pero si has dicho que vivías en la avenida Váci.

—No es cierto. En realidad acababa de llegar a Pest cuando nos hemos encontrado junto a la estación de Nyugati.

—¿No vives en Budapest?

—Sí, normalmente sí.

—Entonces, ¿por qué no tienes casa?

—He estado fuera.

—¿Dónde?

—En muchas partes.

—¿Y eso por qué?

—Por negocios.

—¿Te dedicas a hacer negocios?

—La mayor parte del tiempo.

—¿Qué tipo de negocios?

—Todos.

Así estuvieron un buen rato. Mi madre le preguntaba una cosa tras otra, y él siempre contestaba con evasivas. Empecé a sentirme incómodo. «Hay algo raro en ese hombre», me dije. Dios sabe a quién había traído mi madre a casa.

—Entonces, ¿no puedo pasar la noche aquí? —insistió.

—Ya te he dicho que no puede ser. Pero si no tienes casa, podrías preguntar a los Bognár. Viven en el segundo. Tal vez aún estén despiertos. ¿Te acompaño?

—No hace falta.

—¿Por qué no?

—No importa. Olvídalo.

Siguió un silencio de varios minutos.

—Oye, ¿no te habrás gastado todo el dinero en la taberna?

No hubo respuesta.

—¡Qué cosas! —se escandalizó mi madre—, eres la persona más frívola que he conocido jamás. Me invitas a cenar, pides vino y más vino, das propina hasta a los músicos gitanos y luego no te queda dinero ni para pagarte una cama.

—Así soy yo. No puedo remediarlo —se enorgulleció—. Si me divierto con una mujer, no pienso en el después. Nunca me preocupo por el dinero cuando tengo compañía femenina. Así soy yo.

—No has cambiado nada, ¿verdad?

—No mucho —reconoció—. Y eso que han pasado quince años.

—No te quites años. Hace ya más de dieciséis. ¡Si lo sabré yo!

Me invadió una terrible sospecha. ¿No será mi…? Tenía un nudo en la garganta.

En la cocina se hizo un silencio. Luego mi madre dijo:

—Si Manci no vuelve con el último tranvía, entonces no me importa, puedes dormir en su cama. Ojalá supiera qué hora es.

—Hace rato que ha pasado el último tranvía.

—¿Cómo lo sabes? No tienes reloj.

—No lo necesito para saberlo —se jactó el tipo—. Los marinos siempre saben la hora. Lo llevan en la sangre.

«¡Marino! —me dije—. “Más de dieciséis años… ¡No lo sabré yo…!”». Me cubrió un sudor helado.

—Prefiero dormir aquí fuera, contigo —susurró el hombre, y de pronto se oyó el ruido apagado de un forcejeo.

—No, vamos… ¿Te has vuelto loco? ¡Que lo va a oír el chico!

—¡Qué más da! Ya tengo ganas de verlo.

—Hasta ahora no tenías tanta prisa.

—¿Cómo iba a tenerla, si ni siquiera sabía que existía? —Y en voz más baja añadió—: Anna… venga, no seas así… eres la madre de mi hijo, ¿no?

Un objeto de metal cayó al suelo con estrépito.

—Ya ves —susurró el hombre—, acabarás despertándolo tú.

Se produjo otro silencio.

—Bueno, entra en la habitación —concedió mi madre—. Pero no enciendas la luz. La cama está al fondo, contra la pared.

—No te preocupes, muñeca. Un buen timonel no se pierde ni en la noche más oscura. Buenas noches. ¿No me das ni un beso?

—Buenas noches —contestó mi madre, lacónica e impaciente.

La puerta se abrió con cuidado y se volvió a cerrar. Pasos lentos y cautelosos, alguien iba a tientas. De repente el crujido de la cama. El ruido de una persona desvistiéndose. El golpe apagado de un zapato que cae al suelo.

Sentí que el corazón me latía en la garganta. Mi madre abrió el plegatín y se acostó. Pocos minutos después también gimió la cama de la habitación. Luego silencio, silencio y más silencio.

Los minutos se diluían, transcurrían con una lentitud insoportable. De la cama llegaba una respiración tranquila, regular. Fuera no se oía nada. Los dos dormían. De vez en cuando se

desprendía del tejado un bloque de nieve, que hacía vibrar las ventanas y se estrellaba contra la galería levantando una niebla arenosa. Se oía el goteo del grifo en la cocina. «Mi padre», pensé, y me tapé la boca para que no me oyeran llorar.

Estaba a punto de conciliar al sueño cuando de pronto se abrió la puerta. Entró en el cuarto un haz de luz amarillenta que resaltó el contorno de las enaguas de mi madre. Se acercó de puntillas a la cama y empezó a despertar a ese hombre.

—Levántate —susurró—, ha llegado Manci.

—Demonios —gruñó mi padre aún medio dormido, pero luego saltó de la cama, se puso la ropa a toda prisa y fue a la cocina.

Siguió una larga conversación en la que mi padre también tildó de hermosa señorita a Manci en varias ocasiones, y esta —por lo que pude deducir de su tono de voz— curiosamente no se enfadó en absoluto por que un extraño hubiera dormido en su cama.

—Así estará caliente —dijo entre risitas, y me pareció que tenía la voz distinta a la habitual.

Por fin les dio las buenas noches y entró en el cuarto.

—¿Duermes? —preguntó en un susurro.

Decía lo mismo cada noche, pero yo nunca contestaba. Siempre que entraba, yo hacía como si estuviera roque. Sentía por ella una mezcla de odio indefinible y de curiosidad que me ponía la piel de gallina y, aunque era incapaz de admitirlo, también le tenía un poco de miedo. No podía olvidar la mirada ebria con que me había repasado de arriba abajo en Nochevieja, cuando me sacó de la cama. Sí, le tenía un poco de miedo.

Oí cómo encendía la lámpara y se quitaba la ropa. Conocía tan bien el proceso que incluso con los ojos cerrados sabía predecir cuándo se sacaría las medias, cuándo se desabrocharía el sostén y todo lo demás. También me sabía de memoria los ruidos que se oían una vez que estaba desnuda. El crujir de la cama, el rumor del periódico extendido sobre su cuerpo, el chasquido de sus labios al echar un trago de la botella de *pálinka*, y el chisporroteo mudo del

quinqué al apagarlo. Luego seguían unos minutos de silencio y después un ronquido profundo y pavoroso que en medio de la oscuridad sonaba como si tuviera la garganta de madera y se la serraran para poder expulsar el aire.

Pero ese día solo percibí a medias lo acostumbrado. Atendía continuamente a lo que transcurría en la cocina. Había calma, como si no hubiera nadie, a pesar de que mi padre aún no había salido. ¿O no lo había oído marcharse? Incluso aguanté la respiración para escuchar mejor. En vano. Solo había silencio, un silencio exasperante. No sé cuánto rato estuve pendiente de cada ruido, si cinco minutos, media hora o una eternidad; había perdido por completo la noción del tiempo.

De pronto se oyó un susurro.

—No. Miska… que te van a oír…

—Qué va, si están roncando.

—Vamos… Miska… Por favor…

—Anda, no te pongas así…

—Miska…

La cama crujió. Únicamente se oían sonidos desencajados, inarticulados. Las palabras se encendían y flotaban por el aire hasta apagarse, negras e irreconocibles, como cenizas. Siempre había pensado que solo los enfermos mortales gemían, jadeaban y expiraban así. Me hubiera gustado quedarme sordo para no oírlo, pero a su vez atendía a cada detalle, como si fuera un médico que examina los síntomas de una enfermedad desconocida.

Cuando se restableció el silencio, yo también concilié el sueño. No sé cuánto dormí, era aún muy oscuro cuando me desperté sobresaltado. En la cabeza me pesaba una densa niebla; recuerdo que creí haberlo soñado todo. Volví a dormirme. Cuando desperté de nuevo, tenía la camisa empapada en sudor. «Ya debe de ser tarde —pensé—, mi madre puede entrar en cualquier momento». Esa idea me provocó un pánico inexplicable. No quería verla. Ni a ella ni a aquel hombre. Nunca. Nunca más.

Me puse en pie de un salto. El suelo se quejó por el repentino movimiento. Me detuve, inquieto, para descubrir si lo había oído alguien. No. Manci seguía roncando y en la cocina se oía una respiración tranquila. Me acerqué a la ventana de puntillas y la abrí con mucho cuidado. El aire cortante, con olor a nieve, me dio en el rostro. Fuera todo estaba tranquilo. El edificio reposaba. Me senté en el alféizar, pasé las piernas sin hacer ruido y salí a la galería. Bajé corriendo las escaleras como si me estuvieran persiguiendo. Al llegar a la calle me sentí aliviado, como si acabara de librarme del mal.

No quería volver a pisar mi casa. Pasé todo el día urdiendo planes para escapar, pero entretanto mi sobria mente de campesino sabía perfectamente que volvería, pues ¿qué alternativa me quedaba? Lo único que no podía figurarme es lo que pasaría cuando me topara con mi madre, y más aún, con mi… con ese hombre. Traté de tranquilizarme pensando que cuando llegara a casa mi madre ya estaría dormida, y que al día siguiente volvería a salir por la ventana.

Por la noche emprendí el camino a casa resuelto a cumplir con lo planificado. Pero al pasar junto a la chatarrería, de repente oí la voz de mi madre a mis espaldas.

—¡Béla!

Me volví, asustado. Mi madre estaba en la chabola del sabatario y me gritaba desde la puerta.

—Sí —esbocé con un nudo en la garganta, y traté de rehuir su mirada.

Ella me siguió, pero no dijo nada. Cruzamos los solares desiertos sin abrir la boca. Me di cuenta de que llevaba en la mano la bolsa con la que solía ir al trabajo por las mañanas: aún no había pasado por casa. Me había estado espiando. Esperé con recelo lo que iba a suceder.

Era más de medianoche. Por el cielo vagabundeaba una fría luna llena de invierno, en los terrenos vacíos la nieve chispeaba, en

la lejanía se vislumbraba una neblina azulada.

—No tenías por qué salir por la ventana como un ladrón —espetó de pronto, sin ningún preámbulo.

No contesté. Bajo nuestros pies la nieve crujía con un ruido antinatural.

—Al fin y al cabo es tu padre —añadió. Su tono, que en un principio iba a ser de reproche, sonó más bien a perdón—. ¿No tienes curiosidad por conocerlo?

—No.

La palabra me salió de los labios como una bala mortal e hizo callar definitivamente a mi madre. No dijo nada más hasta llegar a casa.

Al entrar en el edificio, nos recibió una gran algarabía. En uno de los pisos de arriba un grupo de borrachos cantaba a gritos.

Nuestras miradas se cruzaron. Sabíamos muy bien que el todopoderoso portero no permitía ni hablar en voz alta y no concebíamos qué podía haber pasado. Era imposible que no oyera ese jolgorio.

—Sin duda, no está en casa —dijo mi madre—. Vaya bronca echará cuando llegue. ¿Dónde gritarán tanto?

—En la segunda o en la tercera planta —intuí.

—¿No será en casa?

—¿Quién iba a gritar en nuestro piso?

Mi madre no respondió, pero conforme subíamos, más nerviosa se ponía. Al llegar al tercero, comprendí por qué. El griterío salía de nuestro piso.

—¡Dios mío! —exclamó aterrada, y se santiguó.

Con el jaleo nadie se percató de que entrábamos. La cocina estaba vacía; nos detuvimos en la oscuridad y por la rendija de la puerta entreabierta miramos en el cuarto horrorizados.

El espectáculo era desolador. En la cama de Manci roncaba un hombre corpulento, con una boina sobre los ojos y el corazón de pan dulce de mi madre colgándole del cuello. Por la habitación estaban esparcidos vasos rotos, botellas caídas, restos de comida y

colillas; en el suelo recién fregado brillaba el vino tinto derramado como una mancha de sangre. Todo estaba lleno de humo, los muebles parecían tambalearse en la neblina, entre nubes de tormenta malolientes en las que se entremezclaba el olor a alcohol y sudor con la pestilencia nauseabunda de los estómagos revueltos. Y estaba encendida la luz eléctrica, la costosa luz eléctrica que era un tabú hasta para Manci. Sobre el armario yacía la lámpara de mesa, caída, como si se hubiera emborrachado, y goteaba de ella el petróleo.

Los borrachos se tambaleaban abrazados unos a otros. Eran unas figuras curiosas, más que curiosas, o al menos yo no había visto nada semejante. Conocía a campesinos, obreros y señores, pero estos no formaban parte de ninguna de esas categorías. Para ser señores tenían un aspecto demasiado miserable y para ser pobres, parecían demasiado distinguidos. Iban vestidos con la ligereza de los niños malcriados, pero en su dejadez había algo penosamente premeditado. Llevaban corbatas de colores chillones, de los bolsillos frontales de sus chaquetas asomaban estridentes pañuelos de seda, y su forma de hablar era aún más extravagante que su indumentaria. Utilizaban una jerga retorcida, las palabras brotaban de sus labios con expresión desencajada, apenas entendía lo que decían. Se tambaleaban alrededor de la mesa y, abrazados en un corro, bramaban una instructiva coplilla, muy en boga en aquella época:

Dicen que en Budapest no hay rameras.
Pero ¿quiénes son todas esas damas,
princesas, baronesas y condesas?
Mayores putas nunca vio mi sesera.

En medio del grupillo había un hombre alto y bien plantado. Con una botella de vino vacía dirigía a la orquesta de borrachos. Su voz de barítono ondeaba como una bandera sobre la de los demás, el cabello negro como la pez le bailaba sobre la frente, sus dientes fuertes y sanos casi brillaban. Miré aquel rostro desconocido y me pareció que nunca había visto ninguno más familiar. Sentí un

extraño pálpito en el corazón. ¿Por qué me sonaban esos ojos grises de bandolero, esos pesados párpados caídos, esos labios carnosos y sensuales, esa nariz, esa frente, ese mentón obstinado y cuadrado? Me estremecí. De pronto me di cuenta de que los conocía del espejo. Aquella cara que veía por primera vez era mi propio rostro. Ese hombre, con el que nunca había hablado, era mi padre. Quería salir corriendo, pero me quedé allí observándolo. No podía evitarlo.

De repente, como si hubiese percibido mi mirada, se dio media vuelta. Al verme entreabrió la boca y se hizo un silencio en la habitación. Todavía hoy me parece oírlo. Era un silencio que se tambaleaba ebrio, y sentí cómo se apoyaba contra mí queriendo tirarme al suelo. Mi padre se me acercó, me tomó por la barbilla y me miró a los ojos. Luego esbozó una sonrisa. Aquel gesto no era canallesco en absoluto, sino una sonrisa mansa, casi emocionada. Se le desparramó por el rostro como agua limpia y le borró los turbios rastros de embriaguez. No pronunció ni una palabra, se limitó a mirarme y sonreír. Una sonrisa seria.

Pero al instante pareció que se avergonzaba. ¿O era la borrachera, que volvía a apoderarse de él? Emitió un grito de placer, con una sola mano me levantó y, como si fuera una ligera copa de vino, me colocó sobre la mesa.

—¡Señoreeees! —bramó, igual que un pregonero—. ¡Este de aquí es el hijo de Miguelindo!

No sabría definir lo que sentí en ese instante. Creo que nada en absoluto, como el paciente a quien han administrado anestesia local: ve, oye, sabe que lo están operando, pero no siente nada. Miré sin decir esta boca es mía a los borrachos de rostros abotargado que me examinaban como si fuera un monstruo de feria completamente tatuado.

—Tres veces hurra por el hijo de Miguelindo —gritó alguien, y desde las cuatro esquinas del cuarto se oyó un estrépito:

—¡Hip, hip, hurra!

—¡Hip, hip, hurra!

—¡Hip, hip, hurra!

Mi padre me observaba apoyado contra la pared con la mirada del escultor que acaba de terminar su obra.

—Vaya, qué bien —dijo, satisfecho—. Anna, lo hemos hecho pero que muy bien. A ver, calamidades, ¿qué os parece? Estáis ante todo un poeta.

—¿Poeta?

—¡Y de los buenos! —se jactó mi padre, que sacó del bolsillo el periódico—. ¡Aquí está! Escribe en el diario más importante. Echadle un vistazo.

Uno de los borrachos le quitó el periódico de la mano y empezó a leer mi poema en voz alta. Se me encogió el estómago. Me hubiera gustado estrangular a aquel tipo. Aunque, en realidad, el hombre estaba encantado.

—¡Vaya rimas! —constató, después de terminar de leerlo—. ¿Es verdad que solo tiene quince años?

—¡Como lo oyes, compadre! —repuso mi padre henchido de orgullo—. Es un prodigio de chico. Será un poeta más grande incluso que el gran Sándor Petöfi. ¡Y qué músculos tiene! —añadió sin transición alguna, porque entretanto había empezado a palparme los brazos—. Ha salido a su padre. Tocad, tocad.

Empezaron a examinarme como a un caballo en una feria de ganado. Mi madre aún estaba en la puerta sin decir nada.

—¡Baja de allí! —me gritó de repente, como si acabara de volver a la realidad. En un abrir y cerrar de ojos se acercó a la mesa y me dio un tirón—. ¡Miska! —le chilló a mi padre—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué es esto?

—¿Esto? —reaccionó mi padre con alegría—. Un bautizo. No todos los días le nace a uno un hijo de quince años. He traído a mis amigos para que lo vean. Es algo que hay que celebrar. Os estuvimos esperando, pero como no veníais… hemos calentado las gargantas.

—Para no defraudarle —intervino alguien.

—No griten, por el amor de Dios —suplicó mi madre casi llorando—. Que subirá el portero y…

—Ya ha subido —afirmó mi padre, jovial, a lo que los demás reaccionaron, yo no entendía por qué, con una tempestuosa carcajada.

Mi madre se puso pálida.

—¿Cómo? —preguntó, asustada—. ¿Y qué ha pasado?

—Pues… venía muy chulito —explicó mi padre—. Que si esto y lo otro, que nos callábamos la boca o…

—Ve al grano, ¿qué más? —le interrumpió mi madre.

—¿Qué más? —Mi padre guiñó un ojo—. Lo agarro así, de la camisa —dijo, y lo escenificó con el borracho que tenía más a mano —, y le suelto: «Macho, a Miguelindo no se le habla así. O te tomas este vaso de vino y me das un abrazo como hacen los buenos amigos o ya te puedes ir olvidando de la extremaunción. Porque Miguelindo solo necesita un golpe. El segundo ya sería profanación de cadáver».

—No te enrolles tanto —le rogó mi madre—. ¿Y qué ha hecho él?

—Pues, ¿qué iba a hacer? Ha bebido, y ni un vaso ni dos. Acaba de salir a vomitar al retrete.

—¡A mear! —dijo con dignidad el portero, que acababa de entrar en el cuarto dando tumbos.

—Vomitar tampoco tiene nada de malo —lo tranquilizó mi padre —. Lo uno viene de arriba, lo otro de abajo. ¿Qué diferencia hay? ¿Eres mi compadre o no?

—Sí, soy tu compadre —aseguró el portero—. Pero sigue con la historia.

—¡Eso! —gritaron varias personas a la vez—. Sigue contando, Miguelindo.

—Bueno —dijo él, y se sentó sobre la mesa—. ¿Por dónde iba?

—Los italianos habían torpedeado el barco —recordó el portero.

—Eso ya lo hemos oído —intervino un tipo con una cicatriz en el rostro—. ¿Qué pasó cuando te quedaste solo en el bote?

—Ahí está el problema. Que no pasó nada en absoluto. Pasé dos semanas a la deriva en ese maldito bote y no pasó nada. No había ni un alma, ni un barco a la vista. Ni comida, ni bebida, ni nada de nada. Solo el mar, yo y los tiburones. Vivía de pescado crudo, como las focas, siempre que lograra pescar alguno. Bueno, Miska, pensé, si algún día sales de esta sano y salvo, podrás decir que en el cielo te han dado vacaciones.

—¿Y cómo te rescataron? —preguntó el portero.

—Apenas lo recuerdo. Entonces ya estaba atontado por completo. Me sacó un crucero, luego dormí treinta y seis horas, pero lo realmente divertido vino después.

—¿Y eso? —se asombró el de la cicatriz.

—Pues que estalló la revolución, porque todo eso había ocurrido en octubre del dieciocho. La iniciaron los marineros, fueron los primeros que se hartaron. Un buen día ignoraron las órdenes, llevaron el barco al puerto y se fueron a Budapest para extender la revuelta. Fue una época maravillosa. ¡Qué tiempos aquellos! La gente se emborrachó con la llegada de la paz, los desconocidos se abrazaban por la calle, todos decían que vendría una nueva era, mucho mejor. ¿Y qué vino? Pura mierda. A Hungría la cortaron en pedazos como a una res en el matadero. Los italianos nos robaron el mar, y donde no hay mar tampoco hace falta marina, claro. Tampoco quedaron barcos húngaros y en las naves extranjeras no me dejaban trabajar. Decían que les sobraba personal. Así que me vine a Budapest, pero aquí encontré aún mayor desconcierto. Nuestro almirante Horthy ejercía de Dios Todopoderoso, y os aseguro que era un Dios bien raro. Durante la guerra había predicado que matáramos a los italianos y diéramos la vida por el rey, pero ahora echaba pestes del rey y se postraba ante los italianos. Uña y carne con el cabezón de Mussolini, y ya nadie sacaba el tema del mar para Hungría. Bueno, me digo, pues sí que ha valido la pena el esfuerzo. El pobre se había empobrecido aún más que antes, y el rico era todavía más rico. Los que tenían dinero no lo hacían trabajar. ¿Para qué?, si la Bolsa les daba más

beneficios. Si ni siquiera los obreros cualificados encontraban trabajo, entonces, ¿cómo iba a encontrar algo yo, que solo entendía de barcos? Estaba como en aquel bote: ni comida, ni bebida, ni nada de nada, solo tres baratijas, pero en la casa de empeños no me daban nada por ellas.

—¿Qué hiciste? —inquirió el de la cicatriz.

Mi padre se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer? Hice lo que en ese bote. Traté de mantenerme a flote. Como no lo logré con trabajo, traté de hacerlo sin él. Tenía un buen amigo que se llamaba Menyhért; también había servido en la marina y luego hizo la revolución. Pues un día este Menyhért vino y me dijo: «Miska, en un mundo como el nuestro solo tienes dos alternativas; hacerte revolucionario o sinvergüenza». Y yo no me hice revolucionario. No iba conmigo. En aquel bote había jurado que si salía con vida nunca más me pondría de mal humor. Y lo he mantenido. Si la comida era mala, pensaba en el pescado crudo, y si no tenía donde dormir, pensaba en aquel bote. Así es como me he convertido en una persona feliz. Comía cuando había algo que echarse al gaznate, besaba si alguien se prestaba, y nunca preguntaba de quién era la comida o la mujer. Viví como bien podía, ¿qué más se puede pedir? Señores, lo principal es el buen humor. Uno está solo en el mar y se las arregla como mejor puede. Esa es la verdad, y lo demás, pura palabrería. Hay que mantenerse a flote, el resto no importa. Todos tienen razón, porque lo único que quieren es vivir; pero, según como se mire, nadie la tiene. De hecho, todo da igual, es como en la guerra: unos ganan y otros pierden.

—Y a otros los hacen prisioneros —añadió el de la cicatriz, como si estuviera muy bien informado, porque provocó una carcajada general.

—Tú no escuches esas cosas —me gruñó mi madre en voz alta para que lo oyeran todos, y a empujones me hizo salir a la cocina.

Serían las dos de la madrugada. Yo estaba muerto de cansancio. En cuanto me senté, me quedé dormido, pero me despertaban una y otra vez los gritos. Mi madre entraba y salía hecha una furia.

—Malditos sean sus buches —exclamó de pronto—. Se han comido el tocino de Manci.

No me lo podía creer. El tocino de Manci era sagrado e intocable, no lo habríamos cogido ni estando muertos de hambre. ¿Y aquellos se lo habían zampado? Pues sí, no había duda. Mi madre señaló el clavo del que solía colgar el tocino: solo pendía el cordón.

—¡Qué asco de gente! —refunfuñó, y abrió la puerta de una patada—. ¡Son las dos! —gritó—. El chico tiene que acostarse.

La compañía simplemente la ignoró.

—¿No me oyen? —chilló a grito pelado—. ¡Miska! ¡Venga!

Mi padre se le acercó, pero con tanto alboroto no oí qué se decían. De repente se subió a la mesa de un salto.

—Hora de cierre. Se ha acabado la fiesta —gritó con buen humor—. ¡Buenas noches, caballeros!

Sin embargo, a los caballeros ni se les pasó por la cabeza la posibilidad de irse a casa. Gritaban a pleno pulmón:

¡No, no, no! ¡No, no, no!
De aquí no nos vamos.
Hasta que el patrón
nos pegue nos quedamos.

—Pues palo para pegar no tengo —afirmó mi padre, y bajó de la mesa riéndose—. Pero si es lo que queréis, os puedo echar a puñetazo limpio.

Y sin pensárselo dos veces, agarró a dos de los tipos y los arrojó por la puerta. Hizo lo mismo con el resto de sus huéspedes hasta que el piso quedó vacío.

—Ha sido una noche hermosa —constató con satisfacción—. Ven, Anna, tómate un vasito a la salud del chico.

Pero mi madre no bebió.

—¿De dónde has sacado este vino? —preguntó con hostilidad.

—No es de la botica, te lo puedes beber tranquilamente.

Le alargó el vaso, pero ella lo apartó.

—Ayer dijiste que no tenías dinero.

—¿Para qué necesita dinero quien tiene crédito?

—Por estos lares no se fía.

—Depende de a quién, sí. —Y mi padre rio.

—¿Lo has traído de la taberna de abajo?

—Sí.

A mi madre le bullía la sangre.

—¿No se te cae la cara de vergüenza? El primer día y ya te acuestas con la zorra de la tabernera, que se va con el primero que pasa con tal de que lleve pantalones.

Mi padre la miró socarrón.

—¿Quién se acuesta con quién? —preguntó con jovialidad.

—¡Tú con esa zorra! —repuso mi madre—. No te hagas el tonto. Tan listo no eres. A mí la puta esa no me fía.

Mi padre le guiñó un ojo.

—Porque tú no eres Miguelindo.

—¡Al demonio con tu hermosura! —estalló mi madre con amargura—. Nosotros pasando hambre y vosotros os zampáis el tocino de Manci. ¿No te da vergüenza? Un perro se ocupa mejor de su cachorro que tú. En dieciséis años ni te has interesado y ahora, ¿quieres meterte en casa? Que te quede claro: no me vas a chupar la sangre. Si has podido conseguir vino, también encontrarás cobijo. No te quiero volver a ver. ¡Lárgate de aquí!

Pero mi padre ni se inmutó. Apartó el vaso, se metió el tabaco en el bolsillo, se desperezó y se levantó como si nada.

—Pues adiós, hijo —soltó, y me dio una palmadita en el hombro —. Mañana hablamos. Ahora no puede ser, porque tu madre está de malas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Me quedé solo en la habitación. En la cocina continuaba la riña. Mi madre increpó a Miska con todas las palabras soeces de la lengua húngara, que no son pocas. Lo culpó de todas las penas, amarguras y humillaciones por las que había pasado en diecisiete años y maldijo el día en que se conocieron.

Yo apenas podía tenerme en pie. Me acosté y me quedé frito. Curiosamente los gritos de mi madre no perturbaron mi sueño en

absoluto, pero en cuanto se calló, me desperté. Volví a oír aquellos susurros y jadeos que el chirriar de la cama tapaba. Esta vez me chocó aún más. No los comprendía. Hacía poco mi madre insultaba a mi padre y ahora le susurraba palabras melosas. Me repugnaba mi madre, me repugnaba mi padre, me repugnaba la vida entera.

Pero al día siguiente no salté por la ventana. Fui a la cocina, como de costumbre, y me lavé en la pila. Mi padre se afeitaba con el torso desnudo ante un espejo de un palmo. En el pecho velludo lucía el tatuaje de una mujer desnuda, con las piernas abiertas y la melena suelta. El vello estaba rasurado en la zona del tatuaje, pero no del todo: la mujer tenía pelo de verdad en la cabeza y en otro sitio. Resultaba muy divertida, pero a mí no me hizo gracia. «Bueno —me dije—, vaya joya de padre».

Él no se dio cuenta de mi reacción.

—Un día hermoso —dijo alegremente, y siguió afeitándose y silbando.

En cambio, mi madre se puso colorada hasta las orejas. Presa de los nervios empezó a escarbar la lumbre, lo que no tenía ningún sentido, y no se movió de allí mientras yo permanecí en la cocina.

Aquella noche Manci volvió en el último tranvía y entonces mi padre ya durmió «oficialmente» en la cama de mi madre. Lo sentí, lo supe al entrar a oscuras en la cocina, pero él, para evitar malentendidos, me dio las buenas noches en voz bien alta.

—No lo tendrías que haber hecho —oí a mi madre susurrar cuando cerré la puerta.

—¿Por qué? Carajo, soy su padre.

—Da igual. Le parecerá extraño.

—¿Qué más da? Ya se acostumbrará.

Tenía razón. Con el tiempo me acostumbré porque a todo se acostumbra uno. Por las noches un hombre dormía en la cama con mi madre y por las mañanas se afeitaba en la cocina con el torso desnudo. Decían que ese desconocido era mi padre.

9

Yo era un chico resistente, pero no por ello dejaba de ser humano y, al parecer, a los quince años el ser humano no está hecho para trabajar durante el día entero con el estómago vacío y, para colmo, andando seis horas diarias. Aquel ritmo de vida me debilitó tanto que camino de casa no podía evitar sentarme cada dos por tres en el borde de la acera, porque mis pies, como los de una mula terca, no querían seguir cargando conmigo. Una fría noche de diciembre me quedé dormido en la calle, y si una ramera no me hubiera despertado zarandeándome quizá hubiera muerto congelado.

También en el hotel me asediaba el sueño. Un día me sorprendí echando una cabezadita de pie en medio del vestíbulo. Si me pillaban, por un desliz así me podía quedar sin puesto. Luché a regañadientes por quedarme despierto, pero fue en vano. El sueño no dejaba de rondarme, como los infartos a un gordinflón.

Tampoco soportaba el frío como antes. Otros inviernos los había pasado también sin abrigo, en pantalones cortos y sin calzoncillos, y no me había ocurrido nada. Ese año el frío me produjo irritaciones de cintura para abajo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes piojos? —me bramó en una ocasión el primer conserje—. Vete con cuidado, porque si se dan cuenta de que te rascas te pondrán de patitas en la calle.

Sabía de sobra que rascarme no servía de nada, pero la posibilidad de no hacerlo a veces me volvía loco. Y mientras tanto debía procurar no retorcerme de dolor ni hacer muecas, ni poner cara seria, algo que el comandante no toleraba; el botones tenía que

sonreír sin parar, como un bailarín. En ocasiones, cuando estaba solo, detenía el ascensor entre dos pisos y aullaba como un animal herido. Pero no solía permitirme esos lujos y aun así era por poco rato. Minutos después ya estaba cuadrado para recibir al siguiente huésped, sonriendo, de acuerdo con el reglamento.

Mi fuerza de voluntad me mantenía unido, como los flejes al barril. Mis estudios de inglés resultaban más trabajosos que antes, pero seguía estudiando, obstinado. Cada noche tenía una cita fiel con el libro de inglés. «Dos pengos con veinte no son el fin del mundo —me animaba—, algún día los conseguiré y podré comprármelo. En medio año aprenderé inglés y me iré a América». En aquella época salió en los periódicos la noticia de un polizón de trece años que se había escondido con tanta habilidad en un transatlántico que no lo descubrieron hasta que atracó en Nueva York. Desde que lo leí, dejó de preocuparme el precio del pasaje del barco. «Solo tengo que llegar a un puerto —me decía—, y lo conseguiré aunque tenga que ir a pie».

Las noches de verano pasaba mucho tiempo en la orilla del Danubio observando los barcos que zarpaban hacia Viena. «Por la mañana ya estará en Austria —pensaba—, y Austria está más cerca de América». Pensaba en el Nuevo Mundo como los creyentes en el más allá. Estaba convencido hasta la médula de que con solo llegar a América mi vida cambiaría a mejor. Ya no pensaba en que allí también había pobres y que, según Patsy, siempre los habría. En mi imaginación aquel continente se tornaba cada vez más bello y acabé por verlo como el paraíso terrenal. «Con llegar bastará —me decía—, y llegaré cueste lo que cueste».

Sin embargo, un día pillé un resfriado y empecé a toser sin control. El catarro se me pasó, pero la tos, no. Era seca y persistente, como la de Berci. Cuando me daba un ataque más fuerte pensaba aterrado en la mañana de primavera en que enterramos a Berci.

—Lo mató la pobreza —dijo el señor maestro ante la tumba abierta—, y no se puede pedir clemencia para los asesinos. La tos

del niño pobre es como un grito de socorro, y quien no quiere oírla es cómplice de asesinato.

La verdad es que en aquella época nosotros, los niños, tampoco la oímos. La tos de Berci formaba ya parte de las oscuras mañanas, igual que la luz de la lámpara o el repicar de la campana de la escuela. De hecho, yo no la percibí hasta que el pobre dejó de toser. En clase empezó a reinar un silencio insoportable del que me acordaba cuando de noche me despertaba mi propia tos. Dios mío, ¿qué me pasará? Sí, mi tos también era un grito de auxilio y tampoco la oía nadie. Me sentía tan solo como el primer hombre en la tierra y sabía además que de mi costilla no surgiría una compañera, sino que más bien acabaría entre los desechos de una operación, como sucedió con la de Berci.

Lo sabía, sí, lo sabía, pero ni por asomo me resigné; al contrario, me defendí con desesperación. Se me ocurrieron las ideas más disparatadas. Robé del hotel un rollo de papel higiénico y me lo enrollé en los muslos para que hiciera las veces de calzoncillos. Por delante y por detrás me metía bajo la camisa papel de periódico. Al caminar por la calle me tapaba la boca con la mano para «calentar» el aire que inhalaba. Si sentía mucho el frío, echaba a correr y a la vez respiraba con cuidado a través de la nariz. A mi madre le llevaba menos comida a casa, pero lo poco que sisaba de su ración causó más remordimientos que beneficios a mi estómago. Sabía que mi padre no trabajaba y también era consciente de cómo afectaba eso a mi madre, que tenía mal aspecto, mucho peor que yo, y se me encogía el corazón al verla. Ella no notaba nada raro en mí o al menos no me lo hizo saber, y a mí tampoco se me pasaba por la cabeza decírselo; la pobre tenía ya bastantes problemas. Sabía muy bien que no podía contar con nadie.

Y Patsy no me escribía. No la culpaba, ¿cómo iba a hacerlo? Fui yo quien no contestó. Pero ¿cómo podía haberle escrito sin tener su dirección? Y de haberla sabido —añadía con amargura—, ¿de dónde iba a sacar el dinero para el sello?

Estaba hundido en la desesperación. Los días pasaban, no sucedía nada, mis fuerzas iban a menos, y mi tos, a más. Era parte de un siniestro proceso y no podía hacer nada para remediarlo. En los días de más frío incluso un sudor gélido me recorría el cuerpo, una pesada neblina me cubría la cabeza y constantemente temía desmayarme.

Una noche me dio un vahído en la calle del Emperador Guillermo. Las fuerzas solo me alcanzaron para sentarme en las escaleras de la basílica, luego perdí el conocimiento. A los pocos minutos recobré la conciencia, pero me sentí incapaz de seguir andando. Me arrastré al interior de la iglesia. En la penumbra solo distinguí unas pocas figuras arrodilladas. Olía a incienso, la corriente avivaba las llamas de las velas y a mí me daba la sensación de que todo el templo temblaba. Me desplomé en el primer banco y me quedé dormido.

Me despertó un zumbido de palabras extrañas y mágicas, parecían abejas del otro mundo que me traían su miel agridulce. Me costó mucho abrir los ojos, pero la mente me funcionaba con una lucidez inusitada. Saqué la agenda del bolsillo, extraje el fino lapicero del lomo y empecé a escribir a toda velocidad. Era un poema, una pregunta desesperada a aquel hijo de carpintero que un día dijo: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos».

Fue mi último poema. Después me costó mucho volver a escribir. El hechizo se rompió, se secó la fuente que alimentaba mi fantasía. Aún seguí copiando palabras inglesas del diccionario, pero ya no era capaz de aprendérmelas. Mi cabeza dijo basta. La pequeña y obstinada llama del instinto vital vivía en un cuerpo hueco; se me había quemado el alma, como una cacerola olvidada en el fogón. Una noche, de vuelta a casa, me di cuenta de que iba repitiendo en voz alta:

—Estiraré la pata y no habré visto América.

Habría muerto si la buena fortuna no me hubiera echado una mano. Fue una ayuda discutible, tuve que pagar un alto precio por

ella, pero me salvó la vida.

Todo se lo debo a un perro. Se llamaba César y era muy distinguido. Se paseaba por el hotel como un altivo diplomático que goza de inmunidad y a quien todo el mundo importa un bledo. Era un animal grande y hermoso, un galgo ruso de pelo largo y de una blancura inverosímil. La gente se quedaba pasmada al verlo pasar por el vestíbulo, pero él ni se molestaba en devolverles la mirada. Su morro aristocrático reflejaba indiferencia y aburrimiento. Si alguien preguntaba de quién era, el botones encargado de sacarlo a pasear contestaba en voz baja y con pompa:

—Es el perro de la excelentísima señora.

A la excelentísima señora yo no la conocía, pues llevaba ya algún tiempo en París. El perro lo bajaba en ascensor el excelentísimo señor, o Doni, como decían los botones. Tal nombre, según me enteré más tarde, venía de Don Influencias. No sé si fueron los botones quienes inventaron el apodo o si otros también lo llamaban así a sus espaldas; la cuestión es que para nosotros era simplemente Doni.

Doni tendría unos cincuenta años. Era un hombre pesado, de cuello ancho, y su cabeza parecía una bola de billar de tamaño descomunal. Era calvo de la frente hasta la nuca, y los islotes de pelo que la calvicie había olvidado llevarse se los afeitaba igual que la barba. Tenía pequeños ojos de cerdo y una voluminosa nariz carnosa, bajo la cual lucía un grueso bigote al estilo inglés cuidado con esmero, que debido al exceso de tintes parecía más negro que el más negro de los bigotes negros. Era un tipo de tez sonrosada, fogoso, se notaba que le encantaba comer grandes trozos de carne sanguinolenta y platos pesados y grasientos. Lo curioso era que este hombre sano como un roble, lento y grandote, hacía todo lo posible para tener el aire de los aristócratas decadentes. Imitaba su forma de hablar petulante y arrastrada, sus andares descuidados y algo bamboleantes, y trataba de parecer tan lánguido y distraído como los robles aquejados de una senilidad precoz. Pero todos

sabían que era de ascendencia lamentablemente «plebeya». Su padre era un campesino adinerado de los alrededores de Debrecen de quien se rumoreaba que ni siquiera sabía leer ni escribir; de no haber llevado Doni unos trajes ingleses tan exquisitos, cualquiera hubiera pensado también que era un campesino rico que había viajado a la pecaminosa capital para tramitar algunos asuntos y que se esforzaba en comportarse igual que los grandes señores.

En una ocasión Elemér dijo con muy mala uva que Doni debía su título de excelentísimo señor a que un primer ministro distraído le había dado un cargo en el gobierno por equivocación. Había sido ministro sin cartera durante siete u ocho meses. Eso había sucedido muchos años atrás; pero en aquella época si alguien ocupaba un sillón ministerial durante dos meses y medio, entonces podía poner «ex ministro» en su tarjeta de visita hasta el fin de sus días, y en Hungría una credencial así obraba milagros. Un ex ministro, mucho más si era tan avispado como Doni, lo podía tramitar casi todo, y lo que no podía tramitar, se lo hacía alguien a quien él había tramitado algo. Con el paso del tiempo, Doni acumuló todo lo que se podía ser en el país. Era diputado parlamentario, consejero secreto, miembro de la Orden de los Héroes Nacionales, poseía la Cadena Corvina y la mayoría de las condecoraciones civiles existentes, era presidente, vicepresidente o secretario general de las instituciones sociales y culturales más selectas, padrino de duelo de personajes ilustres, orador, patrocinador, ciudadano de honor y, en general, todo lo que en aquel tiempo solía figurar en la tarjeta de visita y en la esquela mortuoria de un prohombre de la Hungría regia. Pero no fue con eso con lo que adquirió sus veinte mil fanegas de tierras. Doni, a quien los periódicos y columnistas solo mencionaban como «gran personalidad de la vida pública», era en realidad un enchufe, es decir, un intermediario de favores.

El término «enchufe» no aparecía en la enciclopedia húngara como forma de ocupación, pero estaba más que presente en la vida real. El insigne Estado húngaro de Horthy había extendido su pegajoso manto de modo que al final ya no se podía ni respirar sin

solicitar una autorización oficial. Todo el que no quisiera encanecer hasta ver tramitado su asunto —si es que lo terminaban de procesar algún día—, solicitaba la ayuda de un enchufe para que le echara una mano. Los enchufes eran como el dinero, y al igual que existían billetes de un dígito y de seis, también había enchufes de un dígito y de seis. El de un dígito era un don nadie de pantalones deshilachados que vivía de conocer a tres empleados en un ministerio o cualquier otra oficina pública, donde estos, a cambio de una retribución adecuada, colocaban la solicitud en cuestión en lo alto de la pila que había en la mesa del señor secretario o, de no estar en ella, la ponían allí a escondidas. El enchufe de dos dígitos ya conocía personalmente al señor secretario, que ejecutaba idéntica operación en la mesa de su superior. El de tres dígitos conocía al superior, y lo que es más, se tuteaba con él. El de cuatro era amigo del consejero ministerial. El de cinco, del secretario de Estado, y así sucesivamente hasta llegar a los ministros.

Doni, en efecto, era un enchufe de seis dígitos. Como correspondía a su rango, solo sobornaba a honorables, ilustrísimos y excelentísimos señores, por lo que a nadie se le habría ocurrido llamarlo mediador. Solo los enchufes de uno, dos o tres dígitos «mediaban» para obtener algún favor. Los de cuatro ya «intervenían», los de cinco «respaldaban el asunto» y los de seis «gestionaban por el bien público».

La «gestión» de Doni se veía facilitada —más allá de su propio rango— por el hecho de que su difunto suegro había sido años atrás uno de los hombres más influyentes del país. El auge de Doni se inició el mismo día en que contrajo matrimonio con la hija de aquel; el porqué y el cómo de tal enlace solo lo sabían los iniciados, pero eso ya no viene a cuento.

Se decía que Doni imitaba en todo a su suegro. El anciano había sido un aristócrata de pura cepa, un conde y una personalidad tan ilustre que en las ocasiones más solemnes se sentaba a la derecha del omnipotente Horthy, y en términos generales solo se diferenciaba de Jesucristo en que el escenario de sus actividades

era la tierra, más concretamente la tierra húngara, que en aquella época guardaba escaso parecido con el cielo.

La viuda del conde salía con frecuencia en la sección de «Noticias de sociedad» de los periódicos. Tiempo atrás había sido una mujer de resonada belleza, y los periodistas de la sección de «Noticias de sociedad» seguían tildándola de tal. Era más de treinta años menor que su marido, a quien, según los rumores, engañaba desde el primer día de su matrimonio con un caballero del Ministerio de Asuntos Exteriores, algo que todos sabían menos el conde, aunque se decía que él también sospechaba algo. No sé qué habría de cierto en ello pero, de hecho, una vez muerto el conde el caballero se casó con la condesa y las cuarenta mil fanegas que venían en el lote. En aquella época ocupaba un alto cargo en la embajada húngara de París, y la esposa de Doni, la excelentísima señora, visitaba a su madre en dicha ciudad.

El perro de la esposa de Doni fue el primer animal en mi vida por el que sentí una clara animadversión. Al verlo me invadía cierta irritación. Me enfurecían su porte aristocrático, sus lentos y majestuosos andares de diplomático y, en general, todo lo que tenía que ver con él. Era una aversión recíproca, que en el caso de César se manifestaba no tomándome en cuenta. Me ignoraba, como los demás huéspedes. Su repulsa resultaba comprensible desde el punto de vista humano y también desde el —por así decirlo— perruno. Los demás botones siempre lo agasajaban, por un lado porque era el perro de la esposa de Doni, y por otro porque quien lo sacaba a pasear recibía propina. Yo no lo mimaba, aunque a decir verdad tampoco lo podía sacar a pasear, ya que no me dejaban abandonar mi puesto en el ascensor.

Cada mañana, cuando Doni salía del ascensor, arrojaba la correa del perro al primer botones con el que se topaba y decía con el aire despistado de los aristócratas:

—Oye… muchacho… ¿cómo te llamas? Saca a César a pasear.

Una mañana no encontró a nadie en el vestíbulo y entonces se dio la vuelta y se me acercó con el perro.

—Oye… muchacho… ¿cómo te llamas? —preguntó, y sin esperar la respuesta, tal como hacía siempre, dijo—: Cuida de César hasta que vengan a buscarlo.

Así que nos quedamos los dos solos. En la conserjería, al parecer, se olvidaron del perro, porque solo vinieron a buscarlo dos horas más tarde.

Ambos nos sentíamos incómodos. Primero tratamos de ignorarnos, pero con el paso del tiempo resultó ser una estrategia impracticable. Cuando venía un huésped, tenía que pedirle a César que hiciera el favor de entrar en el ascensor y, si mostraba un interés excesivo por las medias de seda de una dama, me veía obligado a intervenir. Su presencia me cohibía. El perro también estaba intranquilo. Nos observábamos nerviosos.

A eso de las doce de la mañana accioné la palanca un instante antes de lo debido y la puerta le pilló la cola. Entonces lo acaricié. Eso fue todo.

Sin embargo, desde entonces nuestra relación cambió. Seguía guardando las distancias, pero ya no había hostilidad entre nosotros. César empezó a notar que yo existía. No se permitía confianzas, pero a veces movía su aristocrática cabeza en dirección a donde yo estaba y me miraba con una cortesía distante, como se mira a un conocido lejano que, aun sin ser un amigo, es una persona aceptable y decente.

Días después sucedió algo curioso. Doni solía darle chocolate al perro, lo que a mí, siendo del campo, me parecía una barbaridad. El excelentísimo señor, que también era de origen rural, seguramente se percató de ello, porque una vez me dijo con tono de disculpa:

—Fue la excelentísima señora quien lo acostumbró.

Una mañana, cuando volvió a confiarme a César, me puso en la mano un puñado de chocolatinas.

—Dáselas —dijo—. Chocolate Gerbaud, del mejor de la ciudad. Le gusta.

Sucedió sobre las once de la mañana. Yo no había probado bocado desde las siete de la tarde del día anterior y tampoco

entonces había comido suficiente. La cuestión es que cuando Doni se fue me metí en el ascensor con el perro y las golosinas y detuve el artefacto entre dos pisos, donde nadie podía sorprenderme. Acto seguido me atiborré de chocolate.

César me miró con rabia, o eso me pareció.

—¿Por qué te da pena que me lo coma? —gruñí, masticando a dos carrillos—. Tú puedes tragar hasta hartarte, pero yo me muero de hambre.

No le conmovió mi queja, y se alzó sobre las patas traseras exigiendo lo que era suyo. Si le daba una seguramente se tranquilizaría, pero entonces sonó la señal y me metí en la boca las chocolatinas que quedaban. César empezó a ladrar como un poseso. Temía que lo oyeran y me echaran bronca por estar parado entre dos pisos con gente aguardando el ascensor. Pero también quería acabarme el chocolate, y, además, con la boca llena no podía presentarme ante los clientes. En cambio, él ladraba cada vez con más furia, y la señal volvió a sonar. Eso bastó para que mis debilitados nervios se vinieran abajo. Me eché a llorar.

Entonces sucedió algo extraño. Cuando César se dio cuenta de que lloraba, apretó su costado contra mí y empezó a gemir. Yo era un experto en perros, sabía que tales cosas existían, pero nunca hubiera imaginado que ese perro de morro altivo y aburrido fuera capaz de algo semejante.

Cuando Lajos vino a buscarlo para llevarlo de paseo, le pedí que me sustituyera unos minutos en el ascensor y bajé a la cocina a pedir un hueso «para el perro de la excelentísima señora».

Se lo di y César irrumpió en ladridos alegres y desenfrenados. Fue la primera vez que lo vi feliz. Cambió todo su ser. Dejó de ser un cánido aristocrático y fue sencillamente un perro contento por haber recibido un hueso.

A la mañana siguiente se me acercó y dejó caer a mis pies el chocolate que le había dado Doni. Estoy plenamente convencido de que lo hizo en señal de agradecimiento, aunque también es posible

que estuviera harto de los dulces. Baste decir que desde ese momento lo empecé a querer más que a los huéspedes bípedos.

Siempre le conseguía un hueso bien grande cuando me lo confiaban. Una vez Doni se dio cuenta.

—¿Tú le das huesos al perro? —preguntó consternado.

Le miré con cara inocente.

—Es un hueso muy sabroso, excelentísimo señor —dije—. Fíjese cómo le gusta.

—Puede ser —concedió, seguramente acordándose de su infancia en el campo—. Pero si se entera la excelentísima señora te parte la cabeza.

Era como si él también le tuviera un poco de miedo. De hecho, me daba la impresión de que todos se lo tenían.

La excelentísima señora era una figura legendaria en el hotel. Se contaban historias bastante extrañas sobre ella. Una vez, por ejemplo, abofeteó brutalmente a la doncella del segundo piso, la dócil y servicial Eszter, porque su nuevo traje de noche le quedaba pequeño y la pobre chica no había sido capaz de abrochárselo. Luego le regaló el traje, que costaba doscientos cincuenta pengos.

—No es mala persona —opinó Eszter—, pero está loca. Nunca sabes lo que va a hacer.

—Es una tipa de primera —comentó Gyula con pose de experto —. Amigo, ¡qué tetas tiene… así! —Señaló—. Todo natural: no lleva sostén. Te juro que es la mejor hembra que he visto en mi vida.

Los superlativos eran de uso obligado al hablar de la excelentísima señora. Tenía las «tetas más fabulosas», «las piernas más bellas», «las nalgas más dulces», «el cabello pelirrojo más reluciente». Daba las mejores propinas. Era la huésped más amable. Y la más grosera. Armaba el alboroto más sonoro cuando bebía demasiado en el bar, lo que sucedía a menudo. Podía decir las palabras más soeces. Era la señora más refinada. En general, era la «más» en todo.

Si un botones nuevo se quejaba de un cliente, los veteranos se limitaban a señalar con desdén:

—¡Eso no es nada en comparación con la esposa de Doni!

Pero si halagaba a alguien, también le decían:

—¡Eso no es nada en comparación con la esposa de Doni!

Insistían de un modo incomprensible y a veces ridículo en que la esposa de Doni era insuperable. Recuerdo que una vez le trajeron a alguien una cesta de flores de casi dos metros de alto y la chica de la floristería dijo que era la mayor cesta que jamás les habían encargado. No pudieron resistirse. Tres botones dijeron al unísono:

—¡Tendrías que haber visto las flores de la señora de Doni!

La señora de Doni era, entre otras muchas cosas, la mujer más irresistible. Se rumoreaba que todos los hombres enloquecían por ella. Los botones podían recitar de corrido la lista completa de sus admiradores, entre los que figuraban los varones más ilustres de la ciudad.

—Pero ella les toma el pelo —decía Gyula—. Los engaña a todos.

—A András no —intervino Antal—. Con él se acostó.

—Qué bien lo sabes —se burló Gyula—. ¿Estabas allí de carabina?

—No hacía falta —repuso Antal—. Hasta un ciego lo hubiera visto.

—¡Carajo! —se enfureció Gyula, que por algún misterio inexplicable se aferraba a la inaccesibilidad de la señora de Doni—. ¿Por qué iba a querer a András? Anda ya, ¿a Horthy no, pero a ese mocoso de quince años sí?

—Hay casos así —intervino Lajos—. Lo que buscan es carne fresca. Es precisamente eso lo que quieren.

—Entonces, ¿por qué mandó expulsar a András del hotel? —preguntó Gyula, irritado.

—Porque se cansó de él —contestó Lajos—. András armaría un lío y, ¡hala!, lo despachó.

—Iros al cuerno —zanjó Gyula el debate—. En lugar de boca parece que tengáis una cloaca.

Gyula andaba en lo cierto. Pero la conversación no hizo más que avivar mi interés por la excelentísima señora.

Esta charla había tenido lugar cuando Elemér aún trabajaba en el turno de día. Después me acordé de que cuando mi madre le había preguntado si quedaba algún puesto vacante, él habló de un chico a quien acababan de echar por culpa de una excelentísima señora. Traté de sonsacarle algo más, pero él contestó con evasivas al igual que cuando le había preguntado por qué a Ferenc lo llamaban Franciska. Volvió a sonrojarse.

—¡Tonterías! —dijo con un gesto de desdén—. Dezsö tuvo mala suerte, eso es todo.

Así que se llamaba Dezsö. Al menos me enteré de eso.

En otra ocasión, cuando Antal estaba más hablador, le pregunté:

—¿La señora de Doni también tenía relación con un tío llamado Dezsö?

—¿Dezsö? —me miró Antal—. Querrás decir András.

—¿Cómo?

—Pues que Doni le bautizó András y se le quedó pegado el nombre.

Esto ahora suena bastante raro, pero a mí entonces me pareció de lo más natural. Era una costumbre antigua, una tradición que también se respetaba en la casa de nuestro terrateniente. Un verdadero señor ni siquiera se tomaba la molestia de aprender el nombre de sus criados. El sucesor del sirviente anterior, además del uniforme heredaba su nombre. Los lacayos, las doncellas y las muchachas podían cambiar, pero su nombre era siempre el mismo. De esta manera, los señores dejaban de relieve, aunque no lo hicieran ex profeso, que a los criados no los consideraban seres humanos, sino simplemente objetos de uso diario que formaban parte del mobiliario, igual que la mesa del comedor.

Yo, como he dicho, no lo encontraba nada indignante. Tan solo me sentí un poco raro cuando una mañana Doni me dijo:

—Oye… muchacho… ¿cómo te llamabas? —Y, en contra de lo que solía hacer, esperó mi respuesta. Después de darle a entender

con mucho respeto que me habían bautizado con el nombre de Béla, con la voz más natural del mundo dijo:

—Yo te llamaré András. Ya me he acostumbrado.

—Sí, excelentísimo señor —contesté muy educado. Pero en la espalda, no sé muy bien por qué, sentí escalofríos.

Y eso que entonces aún no conocía a la excelentísima señora. Para mí era solo un número de habitación, como lo era el resto de los huéspedes, y los números no dan miedo.

Sin embargo, al entrar una mañana en el vestuario para ponerme el uniforme, los chicos estaban enfrascados en una conversación muy agitada.

—¿Qué pasa? —pregunté, ya que últimamente me confiaban sus secretos.

—¿Es que no lo has oído? —se asombró Lajos—. Ha llegado la esposa de Doni.

Nada más entrar en el ascensor supe que se trataba de ella. Los chicos la habían descrito tantas veces que al verla me sentí como un niño pequeño a quien se le aparece en sueños un hada o una bruja pero aún no sabe distinguir entre ambas. Había algo en ella que me infundía tanto respeto que apenas me atreví a mirarla, y al mismo tiempo me hechizaba de tal manera que me costaba dejar de mirarla.

La señora de Doni realmente era el no va más. Me pareció que tenía veintiocho o treinta años, pero ahora sé que las mujeres de su clase son de edad indefinible. Quizá tenía diez años más, pero también es posible que tuviera diez menos. Lo que más me cautivó fueron sus ojos. Eran los ojos más grises que había visto en mi vida, de un color gris manchado de azul, como el cielo de invierno cuando el sol se agazapa tras las nubes y te deslumbra al mirarlo. Tenía los ojos ligeramente rasgados y debajo de ellos, como si su mirada le hubiera chamuscado la piel, unas pequeñas medias lunas cenicientas. El cabello pelirrojo le llegaba hasta los hombros, tenía una nariz fina y recta, y una boca grande y exótica en la que se

esbozaba un gesto lánguido, un mohín de enfado como el de los niños después de llorar. Se ponía un perfume penetrante y turbador, cuya fragancia permanecía en el ascensor durante horas, o eso me parecía. Y, en efecto, no llevaba sostén.

Siempre que entraba me invadía una extraña excitación. Solía ajustarse los guantes e irse directa al espejo, como la mayoría de las mujeres. Se arreglaba el cabello, el velo o el sombrero, pero se veía claramente que era un simple pretexto. En realidad lo hacía para mirarse. Las demás se comportaban igual cuando estaban solas en el ascensor, pero ella se observaba de otra forma. Había mujeres a las que yo notaba tan enamoradas de sí mismas que a veces creía que no tardarían en besar su reflejo. Las había que estaban enfadadas consigo mismas o como mínimo con la noche anterior, que había dejado una huella en sus caras. Se palpaban nerviosas las arrugas alrededor de los ojos y, por lo general, recurrían —como último remedio— a la borla de la polvera. También las había apáticas, que se examinaban con la frialdad e indiferencia de un comerciante que va a colocar una mercancía en el escaparate. Lo que más les estorbaba a unas eran las medias, a otras, el corsé, que daba un chasquido cuando lograban reajustárselo.

La esposa de Doni no formaba parte de ninguno de estos grupos. Ella se contemplaba como admira el entendido en arte su cuadro más apreciado, cuyo valor conoce de sobra pero cuyos defectos no se le escapan, es decir, con la escrupulosa minuciosidad del experto. Y el corsé no lo hacía sonar porque, como puede constatar, no llevaba. Tenía un vestido de seda negro que se ceñía a su cuerpo de tal forma que, cada vez que se lo veía puesto, me daba la impresión de que estaba desnuda y tan solo se había pintado de negro. No, a buen seguro que la excelentísima señora no llevaba corsé ni faja ni nada, y lo que es más, según pude comprobar con posterioridad, tampoco usaba liguero con enganches, como las otras mujeres.

Se sujetaba las medias con ligas y una vez vi en el espejo cómo se las arreglaba —estaba de espaldas a mí—, y cómo por encima de las medias no había nada durante un buen trecho, tan solo una blancura exasperante; a veces incluso sospechaba que tampoco llevaba bragas.

Pocas veces bajaba con su marido; generalmente lo hacía con una amiga. Los botones llamaban a la amiga Brochón, en primer lugar porque era flaca y alta como el mango de un brochón, y en segundo lugar porque se maquillaba la cara tan blanca que se diría que su mayor deseo era parecer un cadáver. De esa blancura amortajada solo sobresalían sus gruesos labios de color morado, que acentuaban aún más su cabellera negra y brillante, lisa y suelta. Era la mejor amiga de la excelentísima señora. Cuando Doni salía de viaje, lo que sucedía con frecuencia, Brochón a veces pasaba la noche con su esposa. Su novio era un armero vienés con cara de ostra, que siempre se alojaba en el hotel cuando realizaba visitas a Budapest. En qué medida era su novio, no lo sé, pero según los chicos, lo era, y mucho.

Los primeros días la esposa de Doni no salió con César. Se levantaba a mediodía, cuando al perro ya lo habían traído de vuelta de su paseo matutino; por las noches, cuando regresaba, César ya había concluido su segundo paseo. Sin embargo, un día lo llevó con ella y a eso se debió mi buena fortuna.

Nada más verme, César estalló en ladridos de alegría. Como de costumbre, intentó acercarse a mí, pero su dueña, como siempre, se fue directa al espejo y arrastró al perro, que no se resignó. Tiraba de la correa, en señal de que quería venir a mí, y como su dueña no se daba por enterada, empezó a ladrar con furia. Por fin ella se volvió y preguntó irritada:

—¿Qué pasa?

No sé si se dirigía a mí o al perro, pero en cualquier caso no me dio tiempo a responder, porque César le dio tal tirón a la correa que la excelentísima señora casi se cae para atrás.

La agarré en el último instante. La tuve en mis brazos durante solo un momento, pero casi me abrasó tocarla. Sentí que se me encendía el rostro.

Su excelencia me miró. Primero fugazmente, pero después volvió a fijarse en mí y allí se quedó. No me miraba como a un ascensorista, sino… ni yo mismo sabía cómo. Me vino a la mente un recuerdo lejano, pero no pude distinguir cuál era. Solo sentí que me temblaban las rodillas.

Entonces la excelentísima señora esbozó una sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con cierta musicalidad.

—Béla —contesté, y solo mucho después me acordé de que tendría que haber dicho András.

—¿Y cómo es que no te había visto hasta ahora? ¿Eres nuevo?

—Llevo más de un año aquí, su excelencia.

—¿En el ascensor?

—Sí. A su excelencia la he llevado muchas veces.

—¿De verdad? —preguntó con asombro, y volvió a mirarme de esa forma extraña.

De pronto supe a qué me recordaba aquella mirada. Manci fue la que me había mirado así cuando salí desnudo de su cama. Sentí que volvía a ruborizarme.

Entretanto, César me lamía la mano.

—Por lo que veo os lleváis la mar de bien —dijo sonriendo—. ¿Eres tú quien lo saca a pasear?

—No, su excelencia.

—¿Y por qué no, si os caéis tan bien?

—No puedo dejar el ascensor.

—¿Quieres ser tú quien lo acompañe a la calle?

—Sí, su excelencia.

—Está bien —concluyó—. Lo propondré.

Con eso se puso en marcha, pero al pasar a mi lado volvió a sonreírme y con la yema del dedo me tocó, juguetona, la punta de la nariz.

10

De esta manera, César, ese perro influyente, logró con un tirón de correa lo que mi madre llevaba más de un año suplicándole al primer conserje. Al día siguiente estaba en la conserjería.

La señora de Doni no debía de sospechar siquiera que había desempeñado el papel de hada bondadosa en mi vida. Seguramente se limitó a decirle al director, o con quien hablara, que le gustaría que el botones llamado Béla fuera quien sacase a pasear al perro, y puesto que el ascensorista —como todos sabían— no podía salir a la calle, al botones Béla lo colocaron en conserjería.

Para mí, aquel puesto fue una auténtica mina de oro. Siempre que traía o llevaba algo, el cliente me ponía en la mano una moneda de diez o veinte florines, y a veces incluso más. Cada encargo que cumplía suponía una propina, y cada propina un poco más de pan, un poco menos de tos, la mitad o las tres cuartas partes del precio de un billete de tranvía, una fracción del alquiler y una ración bien grande de esperanza.

El primer día gané dos pengos. Cuando sumé el primer pengo decidí tomar el tranvía para irme a casa. Todo el día pensé con regocijo en el viaje de vuelta, pero por la tarde cambié de opinión. Volvería a pie y con los dos pengos recuperaría la cruz de oro que había empeñado mi madre. Me sentía muy orgulloso. Mi bisabuela se la había dado a mi abuela, y esta a mi madre. Y ahora sería yo quien se la devolviera.

Me hubiera gustado ver la cara de mi madre al ponérsela, pero la cocina ya estaba a oscuras cuando llegué a casa. Abrí la puerta

haciendo más ruido que otras veces para despertarla, pero a alguien que pasa doce horas al día lavando no se la saca de la cama con facilidad. Me acerqué a tientas a la mesa de la cocina y, como siempre, dejé el paquetito de la comida y encima la cruz de oro.

Vi en los ojos de mi madre un extraño brillo cuando a la mañana siguiente entró en mi habitación.

—¿Qué ha pasado, hijo mío? —preguntó emocionada, y al enterarse de la gran noticia se echó a llorar.

Procuré mantenerme sereno, como corresponde a un hombre serio que gana su sustento, hasta traté de echar mano de un bostezo de adulto. Mi madre tenía la cruz en la mano y la miraba entre lágrimas.

—Fue de tu bisabuela, luego de tu abuela —sollozó—. ¿No te había dicho que rezarían por ti?

No contesté. Hacía como si tuviera sueño, porque temía ponerme sentimental. Mi madre me acarició.

—Quizá no debería haberte despertado tan temprano.

—¿Por qué? ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Entonces es hora de irme.

—¿Es que no te queda dinero para el tranvía?

—Tenía dos pengos y los gasté en la cruz.

—¡Dios mío! —se lamentó mi madre—. Podrías haber esperado.

—No —afirmé con mucha hombría—. Prometí que la sacaría cuando tuviera dinero, y cuando se promete algo hay que cumplirlo.

—Tienes el corazón de oro, hijo mío, igual que la cruz —contestó. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y luego añadió fríamente—: Pero de ahora en adelante tienes que viajar en tranvía si te lo puedes permitir, porque has adelgazado mucho. No te lo había querido decir antes.

No me hice de rogar. Por la noche volví en tranvía, que, señoras y señores, es un gran invento. Solo saben lo grande que es quienes deben andar seis horas al día durante más de un año. Da gusto subir a un vehículo tan refinado e iluminado y entretenerse mirando

por la ventanilla las calles por donde se ha pasado tantas veces a patita. Da gusto reclinarse en el cómodo asiento, descansar los pies sin tener en cuenta qué tiempo hace, mirar aquí y allá, pensar en Patsy y en América.

¡Y qué pronto se llega! Otras veces no había andado ni una cuarta parte del camino cuando ahora, en casita, me desperezaba en la silla, leía, estudiaba o me distraía, me estaba de brazos cruzados mirando las musarañas, dejaba que las ideas vagaran por los pastos del ocio y fueran pasando los dulces y perezosos minutos. Los párpados se me hacían más pesados, se cerraban como los de un gato acurrucado al calor de la estufa, pero ¿qué más daba?, ¿para qué esforzarme? Me quitaba los zapatos, me tumbaba cómodamente en el suelo, apoyaba la cabeza en la gorra y dormía hasta las seis y media, igual que los ricos. El botón de la gorra me dejaba una marca en la cara y sentía la huella del sueño en todo el cuerpo. No me torturaba la irritación que provoca dormir poco. Me sentaban bien el agua fría y la mañana, y en general me sentaba bien estar en este mundo. Sí, el tranvía es un gran invento, señoras y señores. Cantémosle odas, compongamos himnos al sueño largo y glorifiquemos el sol de las afueras de la ciudad, que de vez en cuando también vierte su luz sobre los pobres.

Cada día le daba a mi madre uno o dos pengos.

Anotaba escrupulosamente lo que ganaba en la agenda, en la sección del haber, porque en mi contabilidad no admitía la menor negligencia. Desde que llegué había apuntado cada florín que recibía de mi madre y ahora, con gran empeño, me puse a saldar cuentas. Daba gusto poder apuntar al fin en la sección del haber. Tres semanas después desempeñé la ropa de cama, pero eso no lo apunté, porque solo los ricos tienen tanto rigor llevando el saldo de sus posesiones; los pobres lo hacen con más generosidad, que por algo son pobres.

Un día le dije a mi madre:

—¿Sabes que en el hotel no me dan el desayuno?

—¿No? —preguntó, asombrada—. ¿Desde cuándo?

—Nunca me lo han dado.

—No me lo habías dicho.

—Pues te lo digo ahora. Y también te digo, para evitar malentendidos, que a mi panza este estado de cosas no le agrada en absoluto.

—Pues te daré dinero para el desayuno. No tengo la culpa de que no me lo hayas dicho.

—No me malinterpretes. Los caballos comen solos, pero yo soy un hombre. Lo que me gustaría, madre, es que de ahora en adelante hubiera pan y leche en casa y que desayunemos juntos como el resto de las familias.

—No malgastes el dinero —advirtió mi madre—. Desayuna solito, que bien te lo mereces.

—¿Acaso no lo mereces tú? Lo merece toda persona que trabaja, los que no lo merecen son los muchos holgazanes que hay por ahí.

—Vale, vale —me reprendió—. Tampoco es para sacar a colación las ideas camionistas.

Pero ahora no se enfadó por las «ideas camionistas». Me dio un golpe en el trasero en broma, luego fue a la cocina y oí cómo hablaba emocionada con mi padre.

Nunca olvidaré nuestro primer desayuno en familia. Al sentarnos los tres alrededor de la mesa estábamos bastante emocionados y evitamos mirarnos a los ojos. El olor del café y de la leche recién hervida inundaba el piso; por primera vez aquella mísera vivienda fue un hogar, y nosotros, una familia. Mi madre se santiguó antes de cortar el pan y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Alabado sea el Señor —dijo, y cortó unas rebanadas tan gruesas como libros de oraciones.

Luego las untó generosamente con manteca de cerdo y mientras lo hacía empezamos a comerlas con los ojos. El aroma a comida revoloteaba a nuestro alrededor, como la primera paloma tras el

diluvio. La cocina aparentemente muerta volvió a llenarse de olor y vida.

Nos metimos en faena y no pronunciamos una palabra hasta que acabamos con todo. Entonces mi madre puso su mano sobre la mía.

—Nuestro hijo es un buen chico —declaró mirando a mi padre—. ¿Verdad que sí, Miska?

Mi padre lo tomó a broma.

—No te quites años —dijo con voz burlona—. Ya no es un chico, qué va. —Y en un tono muy distinto añadió—: Un chico no piensa como él. Es todo un hombre, te lo digo yo, un hombre hecho y derecho. —Y me ofreció un cigarrillo—. Fúmate uno —dijo—, te sentará bien después de un desayuno tan suculento.

—Gracias —contesté sonrojado, y lo encendí con excitación.

Fue mi primer cigarrillo. A mis pulmones y a mi estómago no les sentó nada bien, pero a mi vanidad… Me despedí rápido para que en el edificio me vieran fumando y tomaran nota de que ya no era un chiquillo sino todo un hombre, un hombre hecho y derecho.

Desde entonces comí tres veces al día: una vez en casa y otras dos en el hotel. A mi madre no le guardaba nada, porque pensaba que, con lo que ganaba —y le entregaba hasta el último florín—, podía comprarse lo que necesitara. Pero pronto me di cuenta de que estaba equivocado. Alguien que ha pasado por apuros como yo reconoce al hambriento sin problemas. Se les nota en el rostro, en el habla, en el aliento, y lo más revelador es la forma en que comen si muy de vez en cuando tienen ocasión de hacerlo. Una mañana me quedé observándola mientras desayunaba y enseguida comprendí que volvía a pasar hambre.

—Me parece que no estás bien alimentada —dejé caer al quedarnos solos.

—Sí que lo estoy —contestó algo pasmada.

—Pues no se nota.

—¿Qué se le va a hacer? Por mucho que coma no engordo.

Estaba claro que con esa estrategia poco podría conseguir.

—Puedo volver a traer comida del hotel, siempre sobra —le dije.

—Pues… nos vendría bien —confesó—. Porque tu padre no tiene trabajo y… ya sabes. El mes pasado no nos llegó para el alquiler y tenemos problemas, para qué negarlo. El portero gana doce pengos con la colada gratis, pero él también tiene que pasar cuentas con el banco y esos dicen que si el día uno no he pagado, nos desalojan. Así estamos. —Y concluyó su confesión con la vista puesta en los zapatos, avergonzada.

A partir de ese día volví a llevar el almuerzo y la cena a casa. Pero era una artimaña piadosa: yo me compraba algo más. También es verdad que eran productos baratos: pan, tocino, chorizo, queso de cerdo… en buenas cantidades, eso sí. Hoy no podría comer ni la mitad que entonces, y eso que tampoco soy un hombre de comidas frugales. Tragaba la comida como otros la medicina que les va a salvar la vida, y añadía satisfecho: «Y lo bien que sabe».

Me sucedía lo mismo con lo que leía. Devoraba palabras inglesas como la manteca de cerdo. Cada una significaba un bocado de América, y apuntaba agradecido: «Y lo bien que saben».

—Madre —le dije un día—, quisiera ahorrar dinero para comprarme un libro de inglés.

—¿Un libro de inglés? —repitió con tono desconfiado—. ¿Otra vez estás en las nubes?

Vi con claridad que con la verdad no llegaría lejos, así que opté por mentir.

—Me lo han ordenado —argumenté—. Hay muchos huéspedes ingleses y no puedo hablar con ellos.

De pronto a mi madre le cambió la expresión.

—Eso ya es otra cosa —dijo con otro tono—. ¿Cuánto cuesta?

—Dos con veinte.

—Es mucho —suspiró—, pero lo juntaremos de alguna forma.

Sabía que no hablaba por hablar. Mi madre era una pobre muy bien educada: consideraba inapelable la orden de los señores, más aún tratándose de un puesto tan envidiable como el mío. Al día siguiente miré el libro de inglés como un novio a su prometida. «Unas semanas más —pensé—, y serás mío». Al parecer, el buen

comer también alimenta la esperanza. En aquella época tenía la sensación de que tarde o temprano conseguiría todo lo que me propusiera.

Gané peso, estaba más fuerte y poco a poco también se me quitó la tos. Cargaba con las maletas más pesadas —que unos meses antes ni podría haber movido— y hasta los adultos se quedaban boquiabiertos. Ese portero tan acicalado que nos había tildado de pordioseros la primera vez que había entrado en el hotel con mi madre, me advirtió con cara de susto:

—Deja eso, por el amor de Dios, que vas a reventar.

—¿Yo? —Le guiñé el ojo con picardía y seguí mi camino con la maleta a cuestas.

—Vaya fuerza que tienes —dijo él, y me tocó los brazos—. Madre mía —se asombró—. ¿De dónde has sacado estos músculos?

—Me viene de familia. —Saqué pecho—. Mi padre puede levantar con un solo brazo al hombre más pesado.

—¿Tu padre? —El conserje me miró anonadado—. Creía que había muerto.

Me sonrojé, pero al instante di con una respuesta, porque al parecer el chorizo también aguza el ingenio.

—Qué va —contesté—. Creíamos que había muerto, porque durante mucho tiempo no tuvimos noticias de él.

—¿Dónde estaba?

—En América —mentí—. Es que mi padre es marino y ha visto mucho mundo.

—Y se nota que estás muy orgulloso de él.

A decir verdad, muy orgulloso no estaba, pero lo que sí me gustaba era jactarme de tener padre.

—Pues yo creo en eso de «honrarás a tu padre», si lo tienes, claro —afirmé, como si fuera un cura.

—Así es —asintió el conserje—. Ojalá mi hijo pensara así.

Mi fuerza pronto se hizo legendaria en el hotel y mi fama llegó hasta el señor comandante. En una ocasión presenció cómo me

echaba a la espalda un enorme baúl y su corazón fascista se hinchó como una vejiga de cerdo.

—¡*Levente*! —exclamó con aires de superioridad a los subordinados, que miraban asombrados—. Aquí pueden ver lo que hace la formación militar. Del movimiento de los *levente* salen chicos así.

«Bueno —pensé—, si fuera por ellos me podría haber muerto de tos», pero cerré el pico, porque el pobre aprende pronto que en boca cerrada no entran moscas. Sin embargo, el halago me sentó la mar de bien, porque quien pocos halagos oye también se alegra aun cuando el cumplido venga de una persona a la que detesta.

Mi autoestima se asentó poco a poco. Volví a ocuparme de mi «reputación», no toleré que los demás botones se rieran de mí en la cara y, llegado el caso, no dudaba en maldecir a sus antepasados y sugerir lo que podían hacer con sus abuelas. Acabaron por claudicar porque se dieron cuenta de que las bofetadas se me escapaban con facilidad y que no tenía nada que envidiar a los chicos mayores. Nadie se atrevía a meterse conmigo y yo sabía muy bien por qué. Volví a ser Béla, el único gallo del corral.

A la excelentísima señora no la había vuelto a ver. Apareció como un hada, me enderezó la vida y luego desapareció en el intocable mundo de cuentos que era para mí la vida de los ricos.

Cuando por la mañana devolvía a César, ella aún dormía, y por la tarde, cuando iba a recoger el perro, ya no la encontraba en la habitación. En esos momentos tenía la suite para mí solo y no había mayor problema. Sin embargo, las mañanas resultaban peligrosas. Doni insistió en que sobre todo no despertara a la excelentísima señora; por los relatos de horror de los compañeros sabía muy bien lo que le esperaba al infortunado que cometiera tal error.

Pero no era solo eso lo que me preocupaba durante la mañana. Había algo más. Algo que no podía poner en palabras, algo que durante mucho tiempo solo vivió en lo más profundo de mi mente. Siempre me daba un pálpito al abrir la puerta de la suite para dejar

entrar a César en el recibidor. Eran unos instantes oscuros con sabor a aventura. Allí, más allá del recibidor, todo era puro misterio. Allí dormía una señora, una señora bella y temible, y a veces sentía vagamente que no solo temía despertarla. Sí, había algo más. Tras el paseo de la tarde la suite estaba vacía y a César lo tenía que encerrar en el cuarto de baño, al que se llegaba a través del dormitorio. Siempre que entraba en él me invadía una extraña emoción. Era como el resto de los dormitorios del hotel, y sin embargo era distinto por completo. Por alguna razón me recordaba a otro, el de la 508, donde una noche estrangularon a una anciana. Horas después subí al lugar del crimen para llevarles papel y pluma a los detectives. Ya habían retirado el cadáver, pero lo demás estaba intacto, tal y como lo había dejado el asesino. Y a pesar de ello —fue lo que más me impresionó—, en la habitación no se notaba rastro alguno del suceso. Por la ventana entraba el sol, pero la noche y el crimen seguían presentes en el lugar. Los muebles rodeaban a los detectives como silenciosos y obstinados cómplices que lo saben todo pero no están dispuestos a revelar nada en absoluto.

Todo en la suite de su excelencia me miraba de la misma forma. A esa hora la camarera aún no había pasado por ahí, de modo que las cosas estaban tal y como las habían dejado. En la penumbra destacaba blanca y misteriosa la cama deshecha y sobre ella, como el cadáver de una mujer hermosa, estaba su camisón. Nada más entrar, mis ojos cayeron sobre él y a partir de entonces fui incapaz de apartar la mirada. Durante mucho tiempo no me atreví a tocarlo. Lo observaba como si fuera una mujer dormida que en cualquier momento pudiese despertarse y llamar al director.

Sin embargo, un día no fui capaz de resistirme a la tentación. Cerré la puerta de la suite, dejé la llave metida por dentro, volví corriendo al dormitorio y levanté el camisón. Era de seda color salmón, con puntilla, y exhalaba una fragancia muy peculiar. El olor penetrante que ya conocía del ascensor se entremezclaba con otro que me enloqueció.

Pasé la mano por debajo. Podía verla a través del fino tejido como a través de un cristal encantado y maravilloso que tuviera un tacto tan suave y cálido como el cuerpo de una mujer. Cuando por la mañana entraba en la suite, a través de las puertas cerradas me parecía verla vestida con ese camisón y durante el día entero era incapaz de librarme de aquella imagen, que en ocasiones también me tentaba de noche.

Una noche soñé que András, el András que me precedió y al que nunca había visto, se metía en la suite antes de volver yo con César. Solo le vi la espalda desapareciendo en el recibidor oscuro y él no se percató de que le seguía. Atravesamos un número interminable de habitaciones, bajamos y subimos escaleras y, de súbito, nos encontramos en su dormitorio. No podía ver nada porque el cuarto estaba totalmente a oscuras, pero enseguida supe que se trataba de su alcoba. András, el otro András, se fue directo a la cama y los dos susurraron, jadearon y gimieron como mi padre y mi madre la primera noche. Me hubiera gustado acercarme, pero no podía moverme: se me había paralizado todo el cuerpo. Me limité a estar allí en la oscuridad y escuchar con atención, aguantando la respiración. Quería saber qué se decían, pero no pude comprender nada. Las palabras se les encendían en los labios y flotaban en el silencio negras e irreconocibles como cenizas. Luego se oyó una risita callada. Era ella quien reía, con un extraño arrullo, como si le hicieran cosquillas en los rincones más secretos del cuerpo. De repente desperté en el estado en que suelen hacerlo en tales ocasiones los chicos de dieciséis años.

En mis fantasías perseguía con creciente ahínco los «secretos» de aquella mujer bella y temible. Buscaba algo en la suite sin saber exactamente qué. Cada día era más osado. En una ocasión me acosté en su cama y, temblando, apoyé la cabeza allí donde se veía la marca de la suya sobre la almohada.

También inspeccioné el resto de dependencias. Lo más excitante era el cuarto de baño. Al entrar me daba en el rostro un calor húmedo. Las toallas mojadas desprendían esa fragancia

embriagadora. Hacía poco había estado en aquella bañera y ni siquiera la había cubierto el tenue camisón. En el borde brillaban unas gotas de agua y el vaho se había depositado en las paredes como si fuera rocío. Eso es lo que veía, pero no me atrevo a contar lo que añadía mi imaginación.

También estaba el enigmático bidé. Durante mucho tiempo no supe para qué servía, solo lo intuía vagamente. Me hubiera gustado preguntárselo a los compañeros, pero temía que se rieran de mí. Al final me fue revelado el enigma gracias a mis conocimientos de inglés. Un día oí a Mister Empalagoso decirle a otro trabajador que en América no se conocía el bidé y que —imagínense— los americanos no tenían ni idea de para qué se utilizaba. Una vez, relató, una dama americana le había preguntado:

—*Is that to wash the baby in*?

—*No, Ma'm* —respondió al parecer Mister Empalagoso—, *it is to wash the baby out*.

Sin duda alguna se aprende rápido en un hotel así. Al fin me enteraba de para qué servía, y desde entonces empecé a pasar más tiempo ante el bidé. Era como el resto de los bidés del hotel y, sin embargo, era totalmente distinto. También me miraba como un callado y obstinado cómplice que lo sabe todo pero no está dispuesto a revelar nada en absoluto.

Temía a esa mujer «enigmática». Indagaba su «secreto», pero en el fondo me alegraba de no encontrarme con ella. Al miedo instintivo e inexplicable que había sentido al verla por primera vez en el ascensor se sumaba ahora otra clase de temor, muy racional y nada injustificado. Temía acabar como el András que me precedió.

Los chicos, que envidiaban mi privilegiada situación, no paraban de hacer comentarios. En una ocasión Antal dijo abiertamente:

—Bueno será tener cuidado, Mister Fuego Lento. El otro András también creía que los árboles podían crecer hasta tocar el cielo.

—Lo que pasa es que tienes envidia —le dije altivo, aunque de poco me sirvió.

Vivía sumido en un temor permanente, que se convirtió en pánico cuando a principios de febrero me encontré con ella; y no solo una vez, sino nada menos que en tres ocasiones en dos semanas. No es que pasase algo: no sucedió nada en absoluto. Dos veces iba acompañada, y entonces apenas me sonrió al irse, tampoco podría asegurar que me hubiera reconocido. Pero el día que iba sola se detuvo un instante.

—¿Cómo estás? —preguntó esbozando una leve y misteriosa sonrisa, y con la yema del dedo me tocó, juguetona, la punta de la nariz.

Eso fue todo. No la volví a ver en semanas.

A decir verdad, el miedo solo pasó a mayores cuando pusieron a Gyula en el turno de noche y su lugar fue ocupado por Elemér. La primera mañana me llamó al lavabo.

—Me han dicho que ahora tú haces de András —dijo.

—Sí —respondí, y traté de esquivar su mirada.

Elemér miró alrededor para cerciorarse de que nadie lo oía y luego musitó:

—Ándate con cuidado con esa mujer.

Sentí que me sonrojaba, pero Elemér no lo pudo ver porque me había agachado a atarme los cordones de los zapatos.

—¿Por qué? —pregunté como si no supiera a qué se refería.

Permaneció callado un rato.

—¿Sabes lo que le pasó al otro András?

—No —mentí—. ¿Qué le pasó?

Ahora era Elemér quien se ruborizaba.

—Da igual —dijo, azorado—. ¿Cómo te trata?

—¿Quién? —Aunque sabía de sobras a quién se refería.

—La mujer.

—De ninguna forma —respondí—. No la veo nunca.

Elemér me miró de pies a cabeza.

—¿Y cómo es eso?

—Pues tal como lo oyes. Por la mañana aún duerme cuando subo con el perro y por la tarde nunca está.

—Está bien —gruñó Elemér, y añadió con énfasis—: Mientras no la veas, mejor para ti.

Solo me faltaba eso. A partir de entonces le cogí tal pavor a aquella mujer, que literalmente la rehuía. Pensaba en el hambre y las caminatas de seis horas, y me repetía las palabras de Elemér: «Mientras no la veas, mejor para ti».

Durante algún tiempo logré no toparme con ella. Pero ocurrió algo, y a partir de entonces todo cambió.

Una noche Doni partió de viaje y a la mañana siguiente nadie bajó a César. A mediodía, me llamó el primer conserje.

—Sube a la doscientos cinco —ordenó—. Te reclama la excelentísima señora.

—¿La excelentísima señora? —repetí como un bobo, y del susto me quedé petrificado ante el primer conserje, que se parecía a Papá Noel, como esperando otra explicación o que se produjera un milagro para no tener que subir a esa habitación.

—Vamos, ¿a qué esperas? —preguntó con impaciencia—. Apúrate.

—Sí, señor.

Al llamar a la puerta sentí que tenía un nudo en la garganta. Primero fueron unos toques delicados, luego más enérgicos, pero nadie contestó. Saqué la llave que tenía, como se solía hacer en tales casos, y abrí. El recibidor estaba a oscuras y en la suite no parecía haber nadie. A tientas —porque no me atreví a encender la luz— llegué a la puerta del salón y volví a llamar. Tampoco respondieron. Di dos o tres golpes más y luego abrí. No había nadie, pero el dormitorio estaba abierto y se oían voces. Sentí un alivio indescriptible: así que no estaba sola. Tras el alivio vino la decepción.

Hablaba con una mujer. Sería una conversación confidencial, una de esas charlas secretas entre mujeres. Reían con complicidad, eran risas ambiguas. Al parecer no habían notado mi presencia. No

sabía qué hacer. No podía llamar a la puerta porque ya estaba abierta, pero tampoco me atrevía a entrar. Al fin, carraspeé.

—András —dijo ella entonces—. ¿Eres tú?

—Sí, su excelencia.

—Entra.

Pasé, me cuadré como un soldado y, aunque ya habían dado las doce hacía rato, les deseé buenos días, como era debido.

Estaba con Brochón, las dos en la cama, desayunando. La colcha las cubría hasta la cintura y al barrer con la mirada me pareció verles los pechos a través del tenue camisón de seda. Aún no sabía que las señoras húngaras ignoraban al servicio masculino hasta el extremo de pasearse ante nosotros semidesnudas. Creí que la imaginación me jugaba una mala pasada, pero no me atreví a fijarme más.

En cuanto pisé el dormitorio César se me acercó.

—Sácalo a pasear —ordenó la señora—. El pobre no ha bajado desde ayer.

—Sí, su excelencia —contesté, y me incliné para ajustarle la correa al perro.

Al erguirme, mi mirada se posó sin querer en ella. Estaba inclinada sobre el plato, quitando la cáscara del huevo, el camisón le caía hacia delante y dejé de engañarme pensando que la fantasía me hacía una jugarreta. Aquello era real, un enloquecedor arrebato de realidad. Por el escote del camisón asomaban los pechos, esos pechos legendariamente hermosos de los que tanto hablaban los chicos y con los que tanto soñaba en secreto.

Se me iluminó el rostro. Tomé a César por la correa y salí huyendo del dormitorio, pero la mujer me llamó.

—¡András! —dijo con su voz aguda y cantarina, y en sus labios se dibujó una sonrisa traviesa.

Cuando me volví supe que se había dado cuenta de todo. Mi rostro debía de estar rojo como un tomate y ella, con toda certeza, se había percatado de aún más. Pero no subió la colcha.

Simplemente me miró sonriendo, y aquellos ojos volvieron a recordarme a los de Manci.

—A ver —dijo con el aire distraído que la caracterizaba—, acércame el bolso. Está sobre la cómoda.

Se lo di. No me atreví a alzar la vista, pero sentía que tenía la suya clavada en mí. Sacó un pengo del bolso y me lo puso en la mano. No sé si le di las gracias, tan desconcertado estaba. Solo me acuerdo de que al final volvió a sonreír y, como de costumbre, con la yema del dedo me tocó, juguetona, la punta de la nariz.

Después de dar media vuelta para salir, oí la voz de Brochón. Hablaba en inglés, en voz muy baja.

—*What a handsome boy*! —dijo.

—*Isn't he*? —repuso la señora, y luego añadió algo que no entendí y se echaron a reír, ambiguas y cómplices.

Salí de la suite como si allí dentro me hubiera emborrachado. Me paré ante el primer espejo y me miré. *What a handsome boy*! Resonaba en mi interior. Y luego otra voz, algo cantarina. *Isn't he*?

Estaba ebrio por completo. En la plaza del Parlamento de repente pensé que quizá Brochón ya se habría ido y que su excelencia estaría acostada en la cama, sola, con el camisón traslúcido. Todo dejó de importarme, absolutamente todo. Tiré de la correa de César y volví al hotel a toda prisa.

No estaba. Seguramente acababa de salir, porque un pitillo aún humeaba sobre la mesilla de noche. El cuarto de baño todavía estaba cálido, con vaho, y frente a la bañera, en la alfombra rosada, se veían las huellas de sus pies. En el dormitorio reinaba una penumbra amarillenta, las persianas estaban bajadas y en la cama sin hacer yacía su camisón, impúdicamente al descubierto. Me lancé sobre la prenda y, como si hubiera perdido la razón, la abracé y la besé, y volvió a sucederme lo que me pasaba en sueños.

Al día siguiente libré. Mientras deambulaba extasiado por las calles, me pareció verla por todas partes con el camisón color salmón, y sus blancos senos asomándose al inclinarse sobre el plato. Ella percibía mi mirada, me la devolvía igual que Manci, y no

se tapaba. Solo soñaba con la mañana siguiente, pero me esperaba una desagradable sorpresa. La noche anterior había vuelto Doni y fue él quien bajó a César.

A ella no volví a verla en semanas. Antes, cuando la rehuía, siempre me cruzaba con ella, y ahora que la buscaba y la esperaba todo el santo día, no me la encontraba nunca.

Cada vez estaba más inquieto. Temía lo que deseaba y deseaba lo que temía. Con el tiempo llegué incluso a atreverme a dar portazos, aunque sabía muy bien qué me pasaría si la despertaba. No me importaba. De hecho, no me importaba en absoluto. Lo que quería era que me llamara, poder entrar a verla; había perdido la razón, estaba borracho de pasión.

Por fin conseguí lo que tanto había anhelado. Una mañana, cuando entré a César en la suite, desde el dormitorio se oyó una voz aguda y cantarina:

—András… ¿eres tú?

No sé qué me sucedió en ese instante, pero en lugar de contestar, en lugar de sentirme feliz, di media vuelta como un loco y bajé las escaleras corriendo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó el conserje cuando me vio llegar al vestíbulo—. Estás más blanco que la cal.

—No sé —bisbisé, secándome el sudor.

—Vete a dar una vuelta —propuso—. El aire te sentará bien.

Salí y me fui andando hasta la sala de fiestas Vigadó. Allí de repente me paré. Se me ocurrió que la señora habría pensado que no la había oído y que quizá en ese preciso momento me estaba llamando por teléfono. En cuanto lo pensé, giré sobre mis talones y volví a toda prisa al hotel para recuperar aquello de lo que hacía un rato había huido, y como quien sucumbe a su destino, aguardar a que llamara. Tuve que esperar mucho.

Casi cuatro meses.

11

Aquel año parecía que la primavera hubiese vuelto loco a todo el mundo. Por las mañanas mis compañeros llegaban ojerosos y formaban corrillos como si fueran conspiradores. Tenían la cara llena de granos y misterios, se enseñaban cartas y fotografías, y cualquiera que se preciase llevaba un mechón del cabello de una chica en la billetera. Algunos se lo tomaron muy en serio, como Antal, que se enamoró «apasionadamente» de Flóra, la camarera de la tercera planta. Otros prefirieron dedicarse a la caza libre, como Gyula, que ligaba con las chicas en la calle o en el parque y al día siguiente nos informaba sobre sus gloriosas conquistas. Los hubo que se vieron metidos en graves problemas, como Lajos, que a punto estuvo de ser padre: con la primavera pudo al fin ir con su novia Ilus a los bosques de Hüvösvölgy; en invierno habían tenido que conformarse con besos en el cine. Pero también había muchos que únicamente hablaban por hablar. Estos andaban mintiéndole a todo el mundo para librarse de la terrible sospecha de que aún eran vírgenes. Aunque en aquellos días locos nunca se sabía si por la noche se haría realidad lo que por la mañana no había sido más que una mentira. En la temprana primavera de la adolescencia el amor se nos acercaba como un cálido chaparrón estival que veíamos avecinarse con nuestros propios ojos. Aún no nos mojábamos, pero veíamos que al otro lado de la calle las gotas de lluvia ya levantaban el polvo y sabíamos que tarde o temprano también nos empaparían a nosotros.

Se hablaba de mujeres durante todo el santo día. Los muchachos intercambiaban los conocimientos técnicos en materia

amorosa como si fueran cromos. Solo los amantes novatos y los estudiantes de medicina de primer año son capaces de analizar con semejante profusión de detalles y tan escrupulosa exactitud los secretos del cuerpo femenino. Hablaban en voz alta, con aires de superioridad, y utilizaban palabras soeces, pero muchas veces me daba la impresión de que estaban tan asustados y desconcertados como yo. En ocasiones entraban por la mañana al lavabo ariscos y huraños, permanecían callados e irritables durante días enteros y generalmente tardaban mucho en decidirse a pedir consejo a un compañero.

—Oye, dime —susurraban entonces en algún rincón apartado—, ¿a ti también te ha sucedido que…?

Pues sí, todo eso era fruto de la primavera. En invierno el amor salía caro y a mis compañeros no les alcanzaba para ello. Solo Franciska tenía dinero, pero él no lo gastaba en mujeres. Para los demás, que solo se interesaban por el sexo débil, el invierno era el tiempo de las vacas flacas. Ni ellos ni sus amigas tenían casa propia, como mucho hubieran ido con ellas a una casa de citas, pero no se lo podían permitir. Se besaban en los portales oscuros, en los bancos apartados de los parques cubiertos de nieve o al otro lado del río, en Buda, bajo los románticos arcos del bastión de los Pescadores, donde cada noche rompían las bombillas de las farolas, con tal insistencia que por fin los responsables renunciaron a reemplazarlas. Luego estaban, cómo no, los cines baratos y sospechosos de los callejones, que los vecinos de la capital llamaban «cochambrosos». Si a uno le daban una buena propina y en casa no pasaban apuros mayores, entonces se llevaba a su novia a un cine de esos y al día siguiente no era de la película de lo que contaba maravillas, sino de los pechos de la mujer en cuestión y, para ser sinceros, no solo de sus pechos. Había incluso cines «cochambrosos» que se habían amoldado a los nuevos tiempos y se habían preparado con perspicacia para esta clase de clientela. En dichos locales ponían a disposición de los enamorados pequeños y acogedores habitáculos que en la lista de precios de la

taquilla aparecían como «palcos», en los cuales, según relataban los muchachos, se podía hacer «de todo». Antes de encenderse las luces, sonaba un timbre de manera discreta pero con gran insistencia, para guiar a las parejas desde el séptimo cielo hasta la tierra y que no las pillaran desprevenidas. Pero también eso era cuestión de dinero, o sea, una cuestión sin solución, porque los «palcos» costaban mucho más que las butacas ordinarias y los chicos pocas veces tenían recursos suficientes para costearse siquiera una de estas.

Pero ahora todo era diferente: era primavera, y por las mañanas los muchachos contaban con gran entusiasmo:

—Anoche llevé a la chavala al hotel Mauthner.

El hotel Mauthner era lo que los escritores de antaño llamaban «el seno de la naturaleza». Debía su nombre al mayor comerciante de semillas, que en los parques anunciaba en pequeños letreros que el césped en cuestión era fruto de las semillas Mauthner. De forma que del hotel Mauthner había que hablar en plural, porque no había uno, sino muchísimos, todo un consorcio, todo un trust hotelero que acogía gratis a los enamorados pobres e impacientes.

De entre nosotros, Gyula era el cliente más antiguo del hotel Mauthner. Lo considerábamos un tenorio infame y sin escrúpulos, y en nuestro grupo se le tenía un gran respeto. Era un adolescente de rostro pecoso, un tipo larguirucho, muy amable y bastante necio. Se podría decir que amaba a las chicas al por mayor: exhibía sus cartas, sus fotos y hasta sus prendas más íntimas, e informaba con meticulosidad de sus habilidades e ineptitudes amatorias. Tanto le gustaba fanfarronear que después de un agotador turno de noche no se iba a casa, sino que se quedaba a dormir hasta la mañana en un rincón del sótano para poder relatar sus últimas conquistas.

Este donjuán de bolsillo, este ingenuo seductor, fue la primera víctima de la primavera. Una mañana nos hechizó a todos al afirmar:

—Chicos, creo que ahora sí ha sido un flechazo. Estoy locamente enamorado.

Los muchachos, claro está, empezaron a preguntar quién era y de dónde venía, a lo que Gyula, para nuestro mayor asombro, confesó que él tampoco lo sabía.

—No tengo ni idea —dijo—. Todo comenzó en el tranvía. La mujer quiso subir la ventanilla y yo, naturalmente, le eché una mano. Y claro, que si caída de ojos, que si manitas, aterrizamos en Hüvösvölgy. Lo bueno viene ahora: la chica no me quiso decir ni su nombre de pila. Me susurró: «No preguntes nada, yo tampoco lo haré, es primavera y somos jóvenes». ¿Qué os parece? Yo creía que eso solo se veía en el cine. A propósito, a la chica no la cambiaría por ninguna de esas rubias oxigenadas de Hollywood. ¡Chicos, os digo que es una mujer de bandera!

Nosotros, claro, queríamos saber más y Gyula no se hizo de rogar. Nos obsequió con una descripción detallada, y así nos enteramos —a grandes rasgos— de que la fémina en cuestión era la mujer más bella, más elegante, más misteriosa y, en resumen, más extraordinaria del mundo.

—¿Y después qué? —preguntó Lajos—. En el Mauthner, ¿qué pasó?

Gyula silbó.

—Atentos —dijo—. No habéis oído nada igual. Allí estoy con ella en el oscuro bosque y no me deja ni tocarle las manos. Al querer besarla, me dio tal bofetón que vi las estrellas. Vaya, me digo, aquí no haremos negocio y le solté que tenía la abuela enferma. Bueno, pues ella me suelta que también debe irse. «¿Ni siquiera me das un beso de despedida?», le pregunté. «De acuerdo», responde, «si te portas bien, no tengo inconveniente. Pero solo un besito». El besito se convirtió en uno de agárrate y no te menees. Ella se excitó tanto que allí mismo me la follé. ¿Os lo podéis imaginar?

No, no nos lo podíamos imaginar, lo cual no hacía más que acrecentar el interés de la historia. El cine, los folletines de la radio y de la prensa hablaban tanto de encuentros y aventuras amorosas que en secreto todos deseábamos dar con una mujer así de enigmática. Esperamos emocionados la continuación del romance,

pero este, desgraciadamente, no siguió la pauta de las obras de arte antes citadas. La mujer no acudió a la siguiente cita, lo que más o menos se ajustaba aún a los procederes novelescos. Lo que ya no cuadraba era que Gyula no se pusiera melancólico, como hacían los protagonistas de los seriales, sino que empezó a cortejar a la nueva ayudante de cocina. Pero todo eso no era nada. El giro más sorprendente se produciría después.

Unas dos o tres semanas después, cuando el asunto ya casi había pasado al olvido, notamos cambios extraños en Gyula. Dejó de hablar de mujeres, nada le interesaba, y hasta rompió con la cocinera. Adelgazó, estaba pálido y se comportaba como si estuviera de luto.

—No puede olvidarla —afirmó Antal, que gracias a Flóra era todo un experto en amores apasionados. Los demás también estábamos convencidos de que era el amor no correspondido lo que corroía el alma del chico.

Pero una mañana Gyula reveló su secreto. Cuando yo entré en el vestuario ya lo había contado todo, y por el rostro de los muchachos comprendí que habían oído algo importante.

—Mi hermano mayor lo tuvo —dijo Márton al cabo de un rato—. Te puedo decir si tienes lo mismo.

—Vamos a los aseos —propuso Franciska, siempre muy cauteloso—. Aquí podría entrar alguien.

Se encerraron en los servicios y al salir estaban desconcertados y algo asustados.

—Lo de mi hermano no era así —afirmó Márton—. Mejor ve a ver a un médico.

—Pero si no tengo un céntimo —gruñó Gyula.

—Entonces ve al patronato de socorro.

—¿Cómo voy a ir allí? —reaccionó Gyula con enfado—. No dejaría ni que me tocaran el dedo meñique, y mucho menos mi… —y no terminó la frase.

No era el único que pensaba eso del patronato de socorro. Los que podían iban a la consulta de un médico «normal». Los chicos ni

siquiera trataron de convencerle. Además, ya era tarde y todos teníamos que volver al trabajo.

Elemér, que había estado todo el tiempo presente, no dijo nada. Se peinó en silencio, se puso el uniforme e hizo como si el asunto no le importara en absoluto. Pero cuando Gyula se dispuso a salir con los demás, lo llamó.

—Si quieres te recomiendo un médico —susurró—. No te cobrará.

—¿Cómo que no? —preguntó Gyula, y miró a Elemér algo desconfiado—. ¿Qué médico es?

—Un médico muy bueno.

—Entonces, ¿por qué no cobra?

—Por solidaridad proletaria —contestó Elemér y en sus ojos, demasiado maduros para su edad, asomó un destello—. Es un camarada —dijo en voz más baja—. Un socialista.

—Yo no soy militante —aclaró Gyula.

—Si lo fueras no te hubieras pringado con esas guarradas —contestó Elemér con rigor—. Estarías mejor informado. Serías un hombre, no solo un macho. Pero ahora no se trata de eso. —Hizo un gesto con la mano. Su tono de voz era neutro, como siempre, pero muy decidido—. Hoy mismo irás a ver a ese médico. ¿Entendido?

—Sí —contestó Gyula. El enorme muchacho permanecía ante Elemér, una cabeza más bajo que él, como si estuviera ante su padre—. Sí —repitió obediente—, iré hoy mismo, sin falta.

Al día siguiente, sin embargo, no se le vio en el vestuario.

—¿Lo ha visto alguien? —preguntó Elemér.

—No —apuntó Lajos—. Parece que algo no anda bien.

Esperamos un rato, porque todos queríamos saber qué le había dicho el médico, pero al final tuvimos que irnos. Elemér y yo éramos los últimos. Ya íbamos a salir cuando se abrió la puerta de los aseos y apareció Gyula.

—¿Estás aquí? —le preguntó Elemér, asombrado.

Gyula no contestó. Se limitó a estar allí, ante los aseos, blanco como la cal, como si no hubiera oído que le hablaban.

—¿Has ido al médico? —inquirió Elemér.

Gyula asintió con la cabeza, pero seguía sin abrir la boca. El silencio era insoportable.

—¿Y qué? —disparó por fin Elemér.

Gyula se nos acercó más y se derrumbó sobre el banco. Sus labios se abrieron, quiso decir algo, pero no le salía la voz. Se tumbó y rompió a llorar desconsoladamente.

—Sí-fi-lis —balbuceó entre sollozos—. Sí-fi-lis.

Nos quedamos mudos. Miramos al muchacho, asustados como niños, sin saber qué hacer. Al rato Elemér se sentó a su lado y le rodeó con el brazo.

—Te vas a curar —dijo en voz baja.

—No estés tan seguro —gimió Gyula—. Ayer leí en un libro de medicina que muchas veces vuelve a aparecer. Y aunque no reaparezca, más tarde puedes volverte loco y… ¿qué será de Katica? —reveló sin transición alguna.

—¿Quién? —preguntó Elemér, asombrado.

—Mi… mi… prometida —sollozó Gyula—. Íbamos a casarnos cuando yo ganara un poco más y… —No pudo continuar porque solo emitía sonidos inarticulados.

Lo escuchamos petrificados. Este adolescente fanfarrón que nos daba parte de cada una de sus aventuras con todo detalle nunca había mencionado a Katica.

Permanecimos un buen rato en silencio. Luego Elemér dijo:

—A ella también la tienes que llevar al médico.

—¿Por qué? —preguntó Gyula.

—¿Que por qué? —repitió Elemér, algo irritado—. Tarde o temprano se dará cuenta de que se lo has pegado.

—¿A Katica? —Gyula lo miró incrédulo—. Pero ¿tú qué te crees? A Katica no la he tocado. Con ella me quiero casar… quería casarme con ella —añadió con amargura, y volvió a echarse a llorar.

El asunto, cómo no, causó sensación. Los muchachos trataron de hablar del «caso» como si fueran viejos profesores de medicina, como se espera de hombres expertos que han visto mucho y ya no se asombran ante nada, pero sus ojos reflejaban miedo al posarse en Gyula. Él era la primera víctima, y los altivos soldaditos del amor, que habían partido hacia el campo de batalla con tanta euforia, ahora lo miraban horrorizados y hubieran preferido correr a refugiarse bajo las faldas de sus madres. Algunos incluso hicieron voto de castidad, y nadie habló de mujeres… durante tres días. Luego, poco a poco se repusieron e intentaron convencerse de que nunca habían estado asustados. Una mañana volvieron a sentarse alrededor de uno que se había enredado en otra singular y extraordinaria aventura amorosa y lo interrogaron excitados —que si «quién era y de dónde venía»—, y al oír los detalles rieron mucho pero con algo de inquietud. Sobre Gyula prefirieron no hablar, al igual que los soldados no mencionan a un compañero caído. Hicieron como si nada hubiera pasado y todo volvió a ser como al principio.

Los huéspedes del hotel no necesitaban recurrir al consorcio Mauthner, pero no por ello carecían de problemas amorosos. Subir a una mujer a la habitación estaba terminantemente prohibido. Esta regla ética, a la que se aferraban los «mejores» hoteles, era tan inmoral como el régimen que la había ideado. De hecho, quien alquilaba una suite podía subir a todas las mujeres que quisiera; y a los que solo podían permitirse una habitación, nadie les podía impedir que reservaran otra para la dama que unas horas más tarde «saldría inesperadamente de viaje». El problema era que los nuevos huéspedes tenían que pasar por ciertas formalidades, y las señoritas de buena familia, que guardaban con celo su reputación, al igual que las señoras decentes que respetaban el sacramento del matrimonio, no querían asumir tales riesgos. Entre otras cosas había que rellenar unos formularios para la policía. Eso quizá no las asustaba tanto, porque podían dar datos falsos, pero sí temían que

mientras los cumplimentaban alguien las pudiera ver y pensar mal, cuando en realidad ellas no habían mostrado ninguna mala fe al aceptar la invitación.

En esos casos los señores actuaban con sigilo y nosotros, con mucho tacto y sin llamar la atención, subíamos a la dama a la alcoba. El contrabando de mujeres era una de nuestras principales fuentes de ingresos. Nos aportaba las propinas más abultadas, además de proporcionar otras ventajas. Gracias a ello, siempre sabíamos dónde tenía lugar una noche —o tarde— de bodas y, si la habitación contigua estaba desocupada, ahí nos metíamos en grupos más o menos pequeños. Los cuartos estaban separados por puertas cuyas hojas eran lo bastante finas para poder satisfacer en parte nuestra curiosidad. Si la llave no estaba en la cerradura, algo que nosotros, en general, nos encargábamos de impedir, entonces no solo oíamos sino que también podíamos presenciar la sesión que —huelga decirlo— resultaba en extremo instructiva, porque por un hotel pasa toda clase de gente y cada cual rinde un culto distinto a la diosa del amor.

Llevaba más de un año viviendo así. El bochornoso clima de aquella ciénaga era el culpable de mi malaria amorosa, que me tenía sumido en un estado febril desde hacía meses. Los demás, dijeran la verdad o mintieran, podían expulsar a través de las palabras el veneno, o al menos parte de él, pero yo callaba como una tumba. Había enterrado mi secreto y a veces incluso me convencí de que había muerto. Me daba asco lo que veía y hacía, y solo en ocasiones lograba serenarme. Pero era una serenidad diurna, que se veía interrumpida constantemente por la voz aguda y seductora de cada noche, y hasta dos o tres veces por semana me despertaba tras soñar que me había acercado a tientas a su dormitorio, arriba y abajo por las escaleras; y todo terminaba como suelen acabar tales situaciones.

También cambió mi aspecto. Di tal estirón que mi padre decía que se notaba cómo crecía. Medía un metro ochenta y, al igual que

los arbustos en primavera, me floreció el rostro. Tenía la cara llena de granos y el vello me nacía con la obstinación de la mala hierba.

—¿Por qué no te afeitas? —me reprendió una mañana el comandante al inspeccionarnos—. Tienes la cara como un mono de luto.

Desde entonces, cada domingo me afeitaba con la navaja de mi padre. Al cumplir los dieciséis ya tenía bigote, ralo y pobre, pero tan oscuro que nadie reparaba en lo escaso que era. De hecho, aparentaba ser dos años mayor.

Las mujeres me miraban de forma distinta que seis meses atrás. Las camareras se metían conmigo, se reían, se contoneaban, y alguna incluso restregó su cuerpo contra el mío; en definitiva, todas me observaban como si tuvieran algún secreto que quisieran confiarme con la mayor urgencia. Tal vez las atraía mi mala fama, que era mucha y sigo sin comprender muy bien por qué. En una ocasión Lajos causó un gran regocijo entre los muchachos al preguntarme:

—Dime, Mister Fuego Lento, ¿a las chicas las llevas al Mauthner por orden alfabético o sencillamente al azar?

La verdad es que no me entendía con ninguna. Alguna que otra vez, no lo niego, toqueteé a alguna, si surgía la oportunidad, pero nunca iba más allá, aunque no porque ellas no quisieran. No podían entender que un mozo tan grandote y pícaro como yo pudiese esconder en su interior a un niño asustado e inofensivo que, a pesar de su bigote, su fuerza física y su malaria amorosa, seguía soñando en secreto con una niña americana de catorce años.

Sí, parecía que la primavera hubiese vuelto loco a todo el mundo. Mis padres también estaban muy raros. Algo había cambiado en casa. Flotaba en el ambiente algo sospechoso e inquietante. Lo notaba como notan los enfermos de gota el cambio de tiempo, pero no sabía explicarlo. A decir verdad, tampoco me importaba demasiado. Uno está tan ocupado con sus cosas cuando tiene dieciséis años que apenas le queda tiempo para fijarse en los

demás. «Están raros», me decía, y enseguida dejaba de pensar en ellos. Pero otras veces pensaba: «Les pasa algo».

A mi madre le cambió el aspecto. Tenía la cara más llena y colorada, pocas veces la oía toser. La silueta se le volvió más atractiva, el andar más liviano; por alguna razón incomprensible había rejuvenecido. De su rostro desapareció la amargura, esa desesperación apática, casi soñolienta, que tanto me entristecía ya de niño. Tenía la mirada más mansa, los rasgos más suaves; desprendía una curiosa jovialidad. Sonreía mucho y se comportaba de manera algo misteriosa, como si supiera algo que no podía compartir con nadie.

Primero creí que se debía a la vida más holgada, pero luego me di cuenta de que iba desencaminado. Lo noté en el cabello. Un día me sorprendió ver que se había peinado. Hasta entonces siempre había llevado pañuelo y, como suelen hacer las mujeres pobres, en casa apenas se lo quitaba. El pelo negro y graso se le pegaba al cuero cabelludo, y en la nuca quedaba rematado en una trenza deforme. Esa trenza desapareció. Fue Mári quien se la cortó y, tras una deliberación larga y minuciosa, mi madre pasó a llevar un peinado como las señoras. Ya no tenía el pelo graso y pegajoso; ahora le envolvía la cabeza un ondulado pelo azabache, y me di cuenta de que tenía el cabello hermoso.

Luego descubrí sus piernas. Se cortó las faldas y de pronto se puso de manifiesto que también tenía unas piernas bonitas. Cuando mi padre no estaba en casa, ella se dedicaba a «operar» la ropa que tenía. Amputó mangas largas y gastadas, escotó blusas cerradas y les puso botones nuevos, bonitos cuellos hechos por ella misma e incluso coquetas chorreras en alguna. Bajo esas blusas «operadas» abultaban con tersura unos senos sorprendentemente atractivos que hasta entonces no había notado, al igual que las piernas y el cabello. Siempre la había considerado un ser asexuado y ahora me daba cuenta de que era una mujer. Esta revelación —no sé por qué — me turbó de un modo extraño. Hay muchas mujeres en el mundo,

pero madre solo hay una. Me sentía desconcertado al mirarla. Una madre no debería ser mujer.

Antes, cuando llegaba del trabajo, comía algo y luego se iba a dormir. Ahora, sin embargo, parecía que la vida empezase al entrar en casa. Se encerraba en la cocina y pasaba, inexplicablemente, un buen rato lavándose y acicalándose. Se ponía ropa limpia que aún olía a jabón y plancha, y antes de sentarse se recogía la falda para no arrugarla. Siempre que la veía así me entraban ganas de reír. Sabía que si mi padre entrara en ese instante, ella enseguida se sentaría sobre su falda recién planchada e intentaría desenvolverse con el mismo desenfado y soltura que él.

Yo observaba esa transformación con recelo. Mi madre seguramente intuía lo que me pasaba por la cabeza, porque ella tampoco se encontraba a gusto cuando estábamos a solas. Eran tardes en que hablábamos poco. Yo me dedicaba a estudiar inglés; ella, a coser y esperar. Si a eso de las diez mi padre aún no había llegado, empezaba a insistir para que me fuera a la cama.

—Se te cierran los ojos —decía, y la notaba aliviada si al fin le contestaba:

—Sí, es tarde.

Entonces iba a la cocina y seguía esperando. Por la rendija de la puerta la veía con la lámpara aún encendida, algo que nunca antes habría hecho. Eso también me fastidiaba. «Si el hombre la quiere ver, pues que venga a casa a tiempo; y si no la quiere ver, entonces, ¿por qué diablos lo espera y gasta el costoso petróleo? Más valdría que ahorrara para comprarme el libro de inglés», pensaba.

Mi padre a veces no llegaba hasta la madrugada. Solía despertarme, porque siempre entraba silbando y hablando en voz alta. Mi madre nunca le preguntaba dónde había estado. Hacía como si hubiera llegado precisamente a la hora que ella esperaba. Hablaban animados, bromeaban, se reían, como si no tuvieran problema alguno. Por fin se acostaban y entonces empezaba ese maldito chirriar del camastro que cada día resultaba más feroz.

Mi padre siempre estaba de buen humor. Por las mañanas se iba silbando y por las noches volvía igual. De lo que hacía entretanto, creo que mi madre sabía tan poco como yo. Trabajar no trabajaba, pero al parecer vivía bien, pues siempre tenía un aspecto inmejorable y una salud de hierro. Compraba cigarrillos Extra, a cinco florines la unidad, y él mismo reconocía que se fumaba cuarenta o cincuenta al día. Cómo podía permitírselo solo lo sabían él y el Todopoderoso.

Nos unía una extraña relación. Me impresionaban su fortaleza física, su constante buen humor, su intrepidez y la independencia —«¡A mí no me manda nadie!»— con la que organizaba —mejor dicho, desorganizaba— su destino. Le pegaba unos mordiscos a la vida como si fuera una manzana, el dulce jugo resbalándole por los labios, y si encontraba algún gusano —«¡A mí no me manda nadie!»— lo escupía y seguía comiendo con ganas. Me impresionaba su sabiduría popular, que no hizo más que ensanchar y profundizar durante sus viajes sin perder un ápice del olor y el color originales. Me impresionaba su hombría y me gustaba que a mí también me considerara un hombre; aunque me negara a reconocerlo, siempre se me avinagraba el humor cuando no lo veía por casa. Me gustaba pasar las tardes a su lado, para a la mañana siguiente darme cuenta de que no estaba sino criticando con irritación cada una de sus palabras. Las misteriosas atracción y repulsión de su magnetismo operaban simultáneamente en mí, hasta el punto de no saber definir qué sentía por él. Era un hombre irresistible, una tentación.

—A tu madre la trata como a una reina —dijo una vez Mári, y tuve que admitir que tenía razón.

Mi padre trataba a mi madre, día tras día, como los hombres de Újpest trataban a sus novias en la época en que las agasajaban con mayor ardor. Por un lado, siempre le hablaba con amabilidad y nunca se daba aires ante ella, lo que me alegraba sobremanera. Por el otro, me invadía una desconcertante ansiedad al ver cómo se la comía a besos. Me hubiera gustado que se comportara como los

padres de los otros chicos. No está bien que tu padre le haga la corte a tu madre.

Todo había cambiado radicalmente desde que vivía con nosotros. Hasta nuestro piso. Antes era limpio y triste, como mi madre, y nunca sucedía nada en él. La pena había tejido su telaraña en todos y cada uno de los rincones, y en ella había quedado prendida, como una mosca muerta, nuestro día a día. Ahora parecíamos vivir en una corriente de aire. Como poeta en ciernes, definía así lo que nos pasaba: mi padre ha traído consigo el olor a vida. La frase me gustó, pero no el modo de vida de mi padre, ya que por aquel entonces la idea que yo tenía del «olor a vida» resultaba bastante difusa. Aún no sabía, o no quería admitir, que la tierra no solo despide el calor del sol y la frescura de los vientos, sino también la pestilencia del estiércol y de la podredumbre, ni que el misterio que rodeaba a mi padre era en cierto punto el misterio de la fertilidad, el misterio de la vida.

Pretendía descifrar ese enigma a toda costa y no era capaz de comprender que mi madre se hubiera resignado a no plantear ni una sola pregunta. «Eso acabará mal», pensaba, y cuando, en efecto, acabó mal, me dije que ella se lo merecía. A los dieciséis años aún se ignora que para una mujer es preferible tener que pagar por la felicidad que pasar la vida sin tan siquiera atisbarla.

El primer escándalo estalló una tarde a principios de primavera. Cuando llegué a casa mi madre conversaba con la tabernera de abajo, y enseguida sospeché que no había subido para traer cerveza. Era una de esas señoras acicaladas de las afueras de la ciudad, rubia, rellena y —de un modo ordinario— podría decirse incluso que guapa. Tendría unos treinta o treinta y cinco años, hablaba haciendo pucheros, con afectación y al hacerlo entornaba los ojos. Estaban sentadas a la mesa, muy serias, y al entrar yo sonrieron cohibidas.

—Vete a la cocina, hijo —dijo mi madre, y enseguida supe que se trataba de mi padre y que habría problemas.

Tras la puerta, con ese arte refinado que había perfeccionado en el hotel, me puse a escuchar lo que decían. Primero hablaban tan bajo que apenas oía nada, pero luego la tabernera se acaloró y pocos minutos después ya sabía con toda certeza que, en efecto, el tema era mi padre.

—Y entonces va ese sinvergüenza —contó excitada— y me dice, Karolin, ya sabes que tengo familia y que esto no puede seguir así. Claro que no, eso lo sabía yo, pero ¿por qué no me lo dijo antes de seducirme? Porque, insisto, no lo mencionó, se lo juro, no soltó ni una palabra. Fue a la mañana siguiente, no lo niego, entonces lo confesó, pero claro, ya habíamos… —La frase quedó en el aire y la oí llorar—. Se lo juro —gimoteó la tabernera—, se lo confesé todo al cura y recé y encendí cirios, pero todo en vano. No lo pude dejar. Fui mala, pecadora, se lo confieso, ¿qué le voy a hacer? Soy una mujer indefensa. Me ha vuelto loca. Ese hombre es el mismo diablo. Las hechiza a todas, les roba la voluntad. A mí me sabe mal por usted, créame. Y cuando el muy canalla me dejó me fui a la iglesia y le juré a la Virgen María que no descansaría hasta que purgara mi pecado. Mucho trabajo me ha dado, pero por fin lo he conseguido. Me ha costado ochenta y cinco pengos. Que me muera aquí mismo si no es verdad.

—¿Ha pagado ochenta y cinco pengos a la Iglesia? —preguntó mi madre, asombrada.

—A la Iglesia no —contestó—. Al detective.

—¿Qué detective?

—Al que fue tras él.

—¿Tras quién?

—Pues tras él. ¿Es que no comprende? Tras ese cerdo que me mintió, el muy hipócrita, que me dijo que me dejaba porque tenía familia. Pero ahora he descubierto lo que hay de verdad en su historia. ¿Sabe, querida, cuál es la verdad?

La «querida» calló, pero eso no impidió que la tabernera le revelase la verdad.

—Que se ha liado con otra —bisbiseó—. Con una cualquiera. Una mocosa. Qué asco, ¿no se le cae la cara de vergüenza? No tiene más de dieciocho años, es una pájara de nariz respingona. La doncella de una baronesa. Sé cómo se llama. ¿Se lo digo?

—No —contestó mi madre muy decidida.

Se hizo un silencio.

—Pues… la comprendo a usted —dijo la tabernera en voz baja —. No importa con quién la engañan a una. Lo importante es que la engañan. Yo solo quise purgar mi pecado. Ya sabe lo que dice el padrenuestro: y líbranos del mal. Pues eso he hecho yo. No permito que siga mintiéndole a usted. Aquí vengo y se lo diré a la cara. ¿Sobre qué hora llega a casa?

—Depende —repuso mi madre de mala gana.

—¡No importa! —la animó la tabernera—. Puede contar conmigo. Si hace falta, me quedaré aquí hasta la madrugada.

—No se quede —la cortó con sequedad.

—¿Por qué no? —inquirió la otra.

Mi madre permaneció unos instantes callada, luego, con voz algo ronca, apuntó:

—Porque a usted eso no le incumbe en absoluto.

—¿Que no? —estalló la señora, como si le hubieran pisado un juanete, y oí que se ponía en pie.

Me alejé de la puerta a toda prisa, para que no se dieran cuenta de que había estado escuchándolas. Me senté y esperé, pero reanudaron la conversación. No oía lo que decían, pero no me atreví a acercarme más. Solo me llegaban palabras sueltas. En la taberna tocaban música cíngara, pues era sábado.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero me pareció una eternidad. De súbito se oyeron gritos desde la habitación.

—¿Cómo se atreve a decirme eso? —chilló la tabernera—. Yo soy una señora decente que…

—¡… que se acuesta con el marido de otra! —mi madre concluyó la frase—. No me venga con el cura ni con la Virgen María. Lo que usted quiere no aparece en la Biblia. La verdad es que Miska se

hartó de usted, por eso está tan desesperada, todo lo demás es puro cuento.

—¡Ja, ja, ja! —gritó la tabernera, sin reírse de veras—. ¡Ja, ja, ja! Me da risa. No se creerá que está con usted por amor, o por su cara bonita… ¡Ja, ja, ja! Es un chulo, un chulo cualquiera. Está con usted porque lo mantiene.

—¡Por eso estaría con usted, pero no conmigo! —reaccionó mi madre—. Porque de mí no ha sacado ni una perra. No le he dado nada, nada excepto una cama, lo que usted también le daría con gusto.

—¡Conque esas tenemos! —rugió la tabernera—. Entiendo. Ahora resulta que se han aliado contra mí.

—¿Cómo? ¿Que hemos hecho qué?

—Se han aliado. Usted consiente que se acueste con otras, y él le da parte de la pasta. No hay duda de que a mí también me han robado y…

Más allá de este «y» no llegó. La frase quedó interrumpida por un tremendo cachete. Luego se oyeron chillidos, gritos bestiales, y cuando abrí la puerta a toda prisa ya se estaban estrangulando.

Salté entre las dos. La tabernera, enfurecida, también quiso agredirme, pero le agarré las dos manos y la eché del piso.

Fuera la recibió una sonora carcajada. Todos los niños que podían tenerse en pie se habían congregado delante de nuestra puerta para disfrutar del espectáculo gratis. La enloquecida tabernera les sacó la lengua y se subió la falda por el trasero.

—¡Más arriba! —gritaron los niños—. ¡Más arriba!

Los adultos tampoco querían perderse la función; el pasillo estaba abarrotado. Los que ya se habían acostado saltaron de la cama y se asomaban semidesnudos por las puertas o las ventanas. Todos querían saber qué sucedía y hablaban al unísono; cualquiera que llegase en ese preciso momento habría pensado que estaba en un manicomio.

Áron el sabatario corría de un lado a otro, procurando hacer entrar en razón a aquella gente sedienta de escándalo. Hablaba en

vano sobre el amor al prójimo y la dignidad humana, pues nadie le hacía caso.

En el patio bramaba el portero:

—¡Cállense o llamo al policía!

Por las escaleras chillaba la tabernera:

—¡Viven del dinero de otras mujeres! ¡Ladrones, asesinos!

Pero eso no resultó tan insoportable como el silencio que se hizo al final, cuando se oyó de nuevo la música cíngara.

Pululamos por casa sin decirnos nada. Mi madre se limitó a refunfuñar:

—Ahora al menos tienen material para cotillear.

Y yo repuse con un viejo refrán húngaro:

—El ladrido de los perros no se oye en el cielo.

No hablamos más.

Mi madre se metió en la cocina, se lavó, se cambió y luego volvió, se sentó en su sitio y esperó. Pero no se arremangó la falda ni tampoco cosió. Se limitó a esperar.

Al fin llegó mi padre.

—Buenas noches —saludó y, como siempre, lanzó el sombrero al perchero y acertó.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Se volvió a hacer un silencio. Mi madre fue a la cocina y yo hice ver que estudiaba.

—¿Inglés? —me preguntó mi padre.

—Sí.

—¿Cómo te va?

—Bastante bien.

Se acercó y miró mis apuntes.

—Es un idioma difícil —afirmó.

—Sí —contesté—. Bastante difícil.

Con eso encalló definitivamente nuestra conversación.

Mi madre entró con la cena y la colocó sobre la mesa. Había bastante comida en el plato, ya que últimamente completábamos la

comida del hotel con los embutidos que yo compraba. Mi padre y yo no acostumbrábamos a comer con ella, porque veníamos cenados a casa, pero mi madre siempre nos colocaba un plato delante. Solíamos tomar un bocado para complacerla, pero aquella noche ninguno de los dos se atrevió a rechazar la oferta. Comimos en silencio, evitando cruzar miradas. El ágape fue insoportablemente largo. No nos decidíamos a dar la cena por finalizada.

De pronto mi padre dio un golpe en la mesa.

—¡Basta ya de esta comedia! —gritó, y apartó el plato.

—¿Qué comedia? —preguntó mi madre en voz baja, sin levantar la vista.

—Lo sabes de sobra —gruñó mi padre, rojo de ira—. El muchacho también lo sabe. Lo sabe todo el bloque. Conmigo no juegues al escondite. ¡Habla!

Mi madre se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que diga?

—¿Qué más me da? Cualquier cosa. Mándame al cuerno. Dime que soy un canalla. Échame. Haz lo que quieras. Pero no te estés callada como Cristo en el crucifijo, porque no lo soporto. ¿Entendido? —bramó, y volvió a dar un manotazo a la madera—. ¡No lo soporto!

Entonces mi madre lo miró por primera vez aquella noche.

—¿Quieres dejarme? —preguntó secamente, con una contención admirable.

—¡Es tu casa! —exclamó mi padre—. De aquí solo me puedes echar tú. ¡Vamos, empieza de una vez y pasemos el mal trago!

Mi madre apartó su mirada de él. Recogió las migas de pan de encima de la mesa y permaneció en silencio un buen rato.

—No tienes nada que temer, Miska —dijo por fin—. No te voy a mandar al cuerno ni te gritaré que te vayas, pero tampoco te voy a suplicar que te quedes. Has venido por tu cuenta, y por tu cuenta puedes quedarte o irte. Puedes tener la conciencia tranquila. Nunca has sido malo conmigo, las cosas como son, te lo digo aquí delante de tu hijo. Siempre me has tratado bien, y en la vida pocas personas

lo han hecho. Tampoco tengo tantos recuerdos agradables para olvidarlos. Me has tratado con cariño y no lo olvidaré nunca. Esto es todo. No puedo decirte nada más.

Al parecer mi padre no se esperaba eso. Se notaba que no sabía cómo reaccionar. No miraba a mi madre, pestañeaba nervioso, no hacía más que removerse en el asiento. Finalmente le dio una patada a la silla, se puso en pie, caminó de un lado a otro y encendió un cigarrillo con gesto precipitado. De repente se detuvo ante mi madre.

—¿Sabes cómo eres tú? —le gritó—. Eres como ese muñeco de feria al que la gente sacude para comprobar su fuerza. Carajo. Tú no devuelves los golpes, y los puños acaban doliéndole a uno. ¿Es que no ves que soy una mala persona?

—Puede que lo seas —dijo mi madre con frialdad—. Es posible. No lo sé. Pero aunque lo supiera, ¿de qué me serviría? ¿Tanto importa? Perteneces a alguien o no le perteneces. Nadie se corta la mano por mucho que le duela. Si se la cortan, eso ya es otra cosa, porque o se muere del dolor o se resigna. Pero mientras tenga mano, ¿qué puede hacer con ella? Si duele, hay que aguantarse. Desear que mejore, si es posible. Por eso te digo, Miska, que a mí no me tienes que temer. Puedes hacer lo que quieras.

Calló y siguió recogiendo migas de pan. Allí sentada, parecía un acusado que hubiera confesado y esperase el veredicto. Solo se oían los pasos de mi padre, que seguía caminando de un lado a otro. De pronto se paró.

—¿Tienes sobre y papel? —preguntó mirándome.

—Solo de esos del hotel —contesté.

—Ya me sirven —dijo, y sin mirar a mi madre se sentó a la mesa.

Le puse delante lo que me había pedido. Sacó un lápiz, lo mordisqueó un rato y empezó a escribir. Cuando terminó la carta, le dijo a mi madre:

—Léela, Anna.

La leyó y se la devolvió sin más. Hizo como si en la carta no hubiera nada interesante, pero vi que los labios le temblaban.

Entonces mi padre le pellizcó el costado, travieso, y mi madre esbozó una sonrisa leve y cansada.

—Léelo tú también —me alargó la carta.

Iba dirigida a una tal Gizike, a quien informaba sin rodeos, aunque no sin cierta melancolía, de lo sucedido. Decía que todo había terminado, porque «un hombre con familia a ella se debe», pero no dejaba de confesarle que había sido bonito, muy bonito, que no la olvidaría nunca y le pedía a Gizike que no se enfadara con él, que lamentablemente la vida era así y las cosas siempre llegaban a su fin.

Mi padre se inclinó sobre mí, leía conmigo y parecía encantado con lo que había escrito.

—Tu padre también sabe escribir, ¿eh? —apuntó con picardía, y empezó a silbar alegremente—. ¿Quieres bajar a echarla? —preguntó—. Me gustaría que tu madre durmiese tranquila esta noche.

Lo hice y no supe si alegrarme o no por cómo se había desarrollado el asunto.

Al volver, reinaba en el piso un silencio sospechoso. Tosí antes de abrir la puerta, pero aun así entré demasiado pronto. Seguían fundidos en un abrazo. Se avergonzaron, y no tardaron en decir que era hora de acostarse.

Me fui a la cama, pero no podía dormirme. Aquella noche el camastro chirrió durante al menos dos horas. Los odié, pues me parecieron repulsivos. No los comprendía; la verdad es que no entendía nada, ni a mí mismo. Miraba la oscuridad y toda la vida me parecía negra.

«Patsy —me dije—, ¿verdad que en América no suceden cosas así?».

A partir de entonces mi padre pasó las tardes en casa. Lo que hacía de día seguía siendo un misterio. Por la mañana salía silbando y por la tarde regresaba silbando también. Nunca se le escapó una palabra sobre su manera de ocupar el tiempo. Entraba por la puerta

como un invitado, como de visita a un lugar donde solo se habla de temas amenos y placenteros.

Sería difícil determinar quién estaba más satisfecho, si mi madre o él mismo. Era un farsante nato, se le notaba entusiasmado interpretando el difícil papel de padre de familia, que no cuadraba con su personalidad, y se le veía encantado con lo bien que le salía. Sin embargo, a veces me daba la impresión de que estaba harto, como un actor que llevase demasiado tiempo haciendo el mismo papel y anhelara uno nuevo. Entonces notaba cómo le invadía un extraño desasosiego, sobre todo en las tardes de sábado y domingo, cuando de la taberna salía música cíngara.

—¿Por qué te quedas en casa? —le preguntaba mi madre en esas ocasiones, con falsa ingenuidad—. ¡Echa una canita al aire, ve y diviértete!

No obstante, mi padre no consideraba tal posibilidad. Trataba de zanjar el asunto con bromas.

—No puede ser, cariño —decía—. La Bolsa no va bien. Hasta los corredores de Bolsa duermen con la legítima.

Se reían y no volvían a sacar el tema. Pero la inquietud seguía flotando en el aire, como el olor a incienso después de la misa. A mi madre se le ponía una carita como la de esas señoras pobres y solitarias que van a la iglesia a rezarle a san Antonio cuando tienen un familiar enfermo.

Una tarde le preguntó a mi padre:

—¿Te gusta jugar al siete y medio?

Él se quedó desconcertado.

—¿Por qué? —preguntó con cara de sospecha.

—Por saberlo —contestó mi madre—. Dicen que es divertido.

—Pues… no está mal.

—¿Es difícil jugar?

—Qué va. Si tuvieras una baraja te enseñaría en diez minutos.

—Tengo una —afirmó inesperadamente mi madre.

—¿Cómo? —se asombró mi padre—. ¿De dónde la has sacado?

—De donde el rey su castillo —contestó mi madre, enigmática, y sacó del armario una baraja sin estrenar—. ¿Me enseñas?

Parece que no era esa la pregunta que él esperaba.

—¿Y por qué no? —contestó con visible alivio—. Oye, ¿qué mosca te ha picado?

—Me ha poseído el demonio —contestó mi madre, y se sentó a la mesa con buen humor—. Explícame cómo diantres se juega.

A lo que mi padre procedió, y a partir de entonces todas las noches jugábamos al siete y medio con tal entusiasmo que por una buena carta hubiéramos dado el alma. Quien más se excitaba era siempre mi padre, ya que era el más infantil de los tres. Era incapaz de dar con el término medio. Gritaba de euforia si le sonreía la fortuna y pasaba lista al santoral si tenía mala suerte.

Una tarde mi madre se levantó a media partida y, para mayor sorpresa, colocó sobre la mesa una botella de vino.

—¿De quién es el cumpleaños? —preguntó mi padre.

Mi madre le guiñó un ojo.

—Del as de picas —dijo, y llenó los vasos.

—Entonces, ¡que viva el as de picas! —gritó mi padre, y los tres bebimos a su salud.

Desde entonces el as de picas cumplió años cada día. Siempre había vino en casa, y más adelante mi madre también nos deleitó con otras «sorpresas». De pronto se ponía en pie, iba a la cocina y volvía con pasteles, queso, rosquillas o algo por el estilo; una vez incluso sacó un arenque. Sí, en aquella época vivimos a lo grande.

A mi padre le gustaban el vino, las cartas y las mujeres, y mi madre, al parecer, se había empeñado en demostrarle que todo eso lo podía tener en casa. Comíamos, bebíamos, nos divertíamos, jugábamos a las cartas y a veces —cuando se oía música en la taberna— cantábamos acompañando al gitano. Fueron noches hermosas y entrañables, las mejores de mi adolescencia.

Una vez la banda de cíngaros tocó:

En el bosque donde entré,
un pajarillo me encontré

y un nido construía
y mi amor por ti crecía…

—¿Te acuerdas? —preguntó mi madre en voz baja, y acto seguido escondió la cabeza porque notaba que le caían las lágrimas.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —contestó él, y tomó la mano de mi madre—. ¡Qué noche más bella! ¡Qué noche más loca! —Y de repente también a mí me cogió de la mano—. Así conocí a tu madre —dijo, y con su sonora voz de barítono empezó a cantar al compás de la música:

y mi amor por ti crecía…

Durante aquellas semanas trató a mi madre con tanta ternura que ni me imaginaba que pudiera mirar a otra mujer. Pero pudo, vaya si pudo, y tuve ocasión de comprobarlo.

Fue en el ferry que lleva a la isla Margarita. Un huésped me envió allí a entregar un enorme ramo de flores. Era una cálida tarde de primavera, y yo andaba por el barco completamente despistado. Bajé por una de las escaleras y de súbito se me cortó la respiración. Estaba allí abajo, en aquel recinto ovalado que denominaban salón, donde no bajaba nadie cuando hacía buen tiempo. Estaba sentado en la penumbra con una chica muy joven y muy bella, y no hizo falta romperse la cabeza para averiguar por qué. Él también me vio, no me cabía la menor duda, aunque desaparecí en cuanto me miró. Huí de él como si hubiera sido yo el sorprendido y como si me esperara un tremendo castigo.

Me pasé el resto del día temiendo el reencuentro. Volví a tramar un plan para escapar, pero acabé por volver a casa, y el asunto se zanjó de forma distinta a la imaginada.

Mi padre se comportó como si nada hubiera sucedido. Me trató con amabilidad, no más que de costumbre, y entre dos partidas, mientras mi madre barajaba, me dijo riéndose:

—¡Nunca temas a las mujeres, Béla! Solo tienes que evitar a las que son como tu madre.

Me puse colorado, pero mi madre no se dio cuenta porque, como ya he dicho, estaba ocupada con las cartas. Además, el comentario de mi padre la halagó.

—¿Por qué? —preguntó con un tono casi coqueto.

—Pues verás —contestó mi padre—, mujeres hay muchas en el mundo. Unas son dulces como la miel, otras picantes como el estofado. Las hay para todos los gustos. Pero las mujeres como esta —dijo, y señaló a mi madre— son como el pan casero. Nunca te hartas de ellas. A veces, no lo niego, hace falta estofado para acompañar el pan, pero ¿qué importa eso? Nada —él mismo respondió a la pregunta y me miró—. Nada en absoluto. Acabas empachándote con cualquier plato, pero el pan siempre te hará falta. El estofado es eso, carne y poco más; pero el pan es también el cuerpo de Cristo y… ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Nada —repitió, y volvió a mirarme—. Nada en absoluto. Un día tú también lo comprenderás, hijo.

—Vaya cosas le enseñas —le reprendió mi madre con desenfado—. Mejor ocúpate de las cartas. Te toca a ti.

Y punto. Mi padre siguió comiéndose a besos a mi madre, y yo, me decía que era un farsante, un comediante mentiroso. Pero en el fondo del corazón estaba convencido de que besaba a mi madre con la misma sinceridad que a aquella chica en el barco, y era precisamente eso lo que más me desconcertaba. «La vida es terrible», pensé, y las tardes en familia dejaron de gustarme. Las «sorpresas» de mi madre me enfurecían. Me preguntaba irritado: «¿De dónde sacará el dinero para esto?».

—¿No hemos juntado ya suficiente para el libro de inglés? —inquirí un día de un modo un tanto grosero.

Mi madre se puso colorada, como si la hubiera pillado con las manos en la masa.

—¿Te lo han vuelto a recordar? —preguntó, asustada.

—Sí —mentí sin piedad.

—¡Dios mío! —balbuceó mirando al suelo y a continuación a los zapatos. Luego, con voz entrecortada dijo—: Tu padre encontrará trabajo pronto —tragó saliva—, entonces compraremos el libro.

—¡Habrá que darse prisa! —exclamé taciturno, y la dejé con la palabra en la boca.

—¡Béla! —me llamó.

—¿Sí?

—A tu padre no le hables del asunto.

—¿Por qué no? —disparé hostil.

—Porque… ya sabes —la mirada le volvió a los zapatos—, prefiero no preocuparle con esas cosas.

«Pues bien estamos», me dije con furia. «Prefiero no preocuparle con esas cosas». Ridículo. Hablar así iba tanto con ella como a mí fumar en pipa. «No hay quien los entienda», pensé, pero no abrí la boca. Me fui al cuarto refunfuñando. Aquí habrá problemas, constaté una vez más, y desgraciadamente no me equivoqué.

Una noche, mientras jugábamos a las cartas, llamaron a casa. Mi madre se levantó, cerró tras de sí la puerta de la habitación, lo que normalmente no hacía, y se quedó un buen rato hablando con alguien en la cocina.

—¿Quién es? —preguntó mi padre al poco tiempo.

—No lo sé —contesté—. Creo que es el portero.

Entonces se puso en pie y fue a la cocina.

—¿Qué pasa, compadre? —le dijo al portero, porque en efecto era él—. ¿Es que tenéis secretos?

—Ya hemos terminado —dijo mi madre rápido. Se la veía nerviosa, y parecía que el portero tenía otra opinión.

—¡Todavía no! —Sonó a amenaza.

—Bueno, entonces entra a echar un trago —dijo mi padre, alegre —. Bebiendo se conversa mejor. ¿De qué se trata?

El portero se secó la boca con el dorso de la mano, pues antes ya se había tomado un vaso de vino. Miró a mi madre, se encogió

de hombros como apenado y al fin declaró, tan siniestro como el destino:

—El banco no está dispuesto a esperar más.

—¿Quién le ha pedido que espere? —preguntó mi padre, en absoluto mosqueado.

El portero carraspeó.

—Lleváis dos meses sin pagar el alquiler —dijo todo serio—. Y luego está la deuda anterior. De modo que no quieren esperar más.

Mi madre, la pobre, hubiera preferido que la tragara la tierra, y yo tampoco me sentía nada bien. Pero ni tan solo eso acabó con el buen humor de mi padre.

—¿Cuánto se les debe? —preguntó sin sobresaltarse.

—Mucho —contestó el portero, que no quería entrar en detalles —, pero creo que con cincuenta pengos podría arreglarlo.

—Hablas como un judío polaco —soltó mi padre con desprecio —. No te he preguntado si lo puedes arreglar sino cuánto se debe.

Entonces el portero volvió a mirar a mi madre como diciendo: «¿Qué le voy a hacer?, ya ve que no depende de mí». Y a continuación:

—Ochenta y siete pengos.

Mi padre se echó a reír.

—Vaya —dijo—, estaba de más andarse con tantos rodeos. Mañana cobrarás.

Lo miramos como si nos hubieran dado un mazazo en la cabeza a cada uno. Los tres estábamos convencidos de que mentía, pero nadie osó decir esta boca es mía, ni siquiera el portero. Ya había aprendido que no convenía meterse con Miguelindo, así que se conformó con la promesa y se largó sin rechistar.

Al quedarnos solos, mi madre quiso decir algo, pero mi padre la interrumpió.

—Déjamelo a mí. —E hizo un gesto de desprecio, como si no le diera ninguna importancia al asunto, y seguimos jugando a las cartas.

La tarde siguiente mi madre no se atrevió a preguntarle sobre los ochenta y siete pengos y él tampoco lo mencionó. Reinaba un silencio inquietante. Echamos la partida sin pronunciar palabra.

El portero llamó a eso de las diez. Mi madre se levantó para abrir, pero mi padre la hizo sentarse.

—¡Pasa! —gritó, y siguió jugando tan tranquilo.

El portero entró.

—Siéntate —le dijo mi padre—, y quédate mirando, si quieres.

Estaba más que claro que no quería. El hombre siguió de pie, como si fuera a ejecutar a alguien.

—Tengo cosas que hacer —afirmó amenazador, pero no consiguió sacar a mi padre de sus casillas.

—Entonces ve a hacerlas —contestó despectivo, sin ni siquiera levantar los ojos de los naipes.

Pero el portero no se fue. Se quedó allí quieto, esperando. «Igual que el destino», pensé en clave poética, y vi que a mi madre le temblaban las manos.

Cuando terminó la partida, mi padre se reclinó en la silla y distraídamente, como si acabara de acordarse, le dijo al portero:

—Ah, sí. A ver el recibo.

—¿Qué suma pongo?

—¿Cómo que qué suma? —le gritó mi padre—. Te dije que te pagaría ochenta y siete pengos y si digo algo, dicho está. ¿Entendido?

El portero no pareció entender, eso saltaba a la vista, pero de todas formas hizo un recibo y se lo entregó a mi padre. Se metió la mano en el bolsillo del chaleco y con gesto displicente extrajo ochenta y siete pengos, que arrojó al portero. Lo hizo como el jugador que tira un cigarrillo cuando alguien se lo pide durante la partida, y sin más se puso a barajar las cartas.

El portero puso los ojos como platos. Contó el dinero tres veces; era evidente que no entendía nada.

—¿Debemos algo más? —preguntó mi padre, sarcástico.

—No —repuso el portero, desconcertado.

Entonces mi padre dejó las cartas sobre la mesa.

—¿Colada gratis tampoco? —preguntó enarcando una ceja.

El portero se sonrojó. Debo decir que ver a un hombre con el rostro cubierto de granos ponerse colorado es un espectáculo único; destacaban unas manchas blancas y ovaladas, como si se las hubiera pintado.

—Yo nunca le exigí eso —afirmó con precipitación—. Fue ella quien se ofreció. Un favor entre amigos.

El buen hombre seguramente temía que mi padre le exigiera los doce pengos al mes y se dio un buen susto. Puso cara de perro asustado y con gusto hubiera ladrado y mordido. Pero era un perro cobarde, y prefirió callarse la boca.

Mi padre lo estuvo observando un rato, no sin disfrutar del espectáculo. Luego se echó a reír.

—Eres un payaso —soltó, y le dio un golpe en el hombro con desenfado—. No creerás que estoy cabreado… ¿Por qué iba a estarlo? Es una tontería, tú no tienes la culpa, ni mucho menos, de que Anna te lo ofreciera. Quien no toma las perras que le ofrecen es un idiota. No se trata de eso, compadre. Pero pasa que ahora esta mujer es de Miguelindo y eso debe saberlo todo el mundo. Atiende, amigo. Lo pasado, pasado está, pero si olvidas lo que ahora te he dicho te parto la cabeza. Y ya está. Ahora echemos un trago. ¿Eres mi compadre o no?

—Soy tu compadre —sonrió el portero con el rostro dulzón, pero no dejaba de observar a mi padre con recelo porque temía que hubiera gato encerrado.

Pero no lo había. Así era como Miguelindo arreglaba siempre sus asuntos. Era un hombre altanero e intrépido, temible cuando se enfurecía; si alguien lo sacaba de sus casillas, le daba una paliza en el acto, pero nunca guardaba rencor. Estoy seguro de que en aquel momento ya se le había pasado el enfado con el portero, al igual que también estoy convencido de que le hubiera partido la cabeza si llega a meterse con mi madre.

Nunca supe de dónde había sacado aquellos ochenta y siete pengos. Mi madre, en lugar de preguntárselo, le agarró la mano en cuanto se fue el portero y allí, delante de mí, se la besó. Él la cogió por la cintura y le dijo que era tarde, que era hora de acostarse, y yo tuve que oír un buen rato el maldito chirriar de la cama.

¡Parecía que a todas horas y en todas partes se hablaba de «eso», como si no existiera otra cosa en el mundo! De «eso» charlaban en el vestuario los botones con el rostro lleno de granos, de «eso» susurraban en las habitaciones del hotel las parejas desnudas a las que espiábamos por el ojo de la cerradura y de «eso» cuchicheaban ahora mis padres en la cama chirriante, a pocos metros de mí, al otro lado de la destartalada puerta. «Eso» era lo que veía en casa y en el hotel. Lo veía de noche en los bancos de los parques, tras los arbustos, tras las maderas apiladas en los solares abandonados de la periferia de la ciudad, bajo los arcos oscuros del bastión de los Pescadores, entre las ruinas del monasterio de la isla Margarita, a orilla del Danubio, en las barcas que flotaban a la deriva, en los montes de Buda, en las praderas llenas de escondites, tras las ventanas de casuchas de aspecto inquietante, en el interior de los automóviles aparcados, en la penumbra de los soportales, en la oscuridad de los callejones e incluso en los cementerios tras la puesta de sol.

—¡Parece que la primavera haya vuelto loco a todo el mundo!

Lo decía con desprecio, con una risa nerviosa, y no me daba cuenta, no quería darme cuenta de que yo también me había vuelto loco.

En ocasiones casi maullaba de deseo, como los gatos en los tejados bañados por la luz de la luna; buscaba y olisqueaba con el pelo erizado, y sin embargo no me acercaba a la gata de al lado. Era virgen. Aún no sabía nada y ya lo había visto todo. Por el ojo de la cerradura presencié misas negras, vi los ejercicios acrobáticos de otros, pero yo seguía siendo virgen. Afrontaba el hecho como un doloroso tumor que causa fiebre y escalofríos, pero no lo hubiera

confesado por nada del mundo. Me avergonzaba de ello como si fuera una enfermedad abyecta, y cada día salía de casa con la idea de que por fin iba a hacerlo, pero siempre terminaba asustándome.

Era un chico de alma pura y al mismo tiempo corrupta. Cuando nadie me veía me acostaba en la cama de la excelentísima señora y le hacía el amor a su camisón, pero cuando sucedía lo que era de esperar me invadía una repugnancia feroz, una resaca mortal, y habría sido capaz de escupirme a la cara. Juraba que «nunca más» lo haría y volvía a pensar en Patsy… hasta el próximo ataque de locura.

Tenía la cabeza como una placa fotográfica sobre la que un lunático hubiera tomado infinidad de instantáneas. Quizá una por una habrían sido aceptables, pero juntas carecían de sentido. Antes, mucho antes, meses antes, el mundo me había parecido sencillo cuando Elemér me habló de «solidaridad proletaria». Entonces sentí que pertenecía a algún lugar y sabía a cuál. Ahora estaba sumido en un caos sofocante y no me reconocía en nada. Le daba la razón a Elemér al oír sus argumentos, pero también se la concedía a la excelentísima señora al presenciar su vida frívola y refinada, al verla elevarse con las alas de la riqueza por encima de todo aquello que en mi existencia parecía imposible de esquivar. Y no solo tenía que vérmelas con esas dos caras de la moneda. También estaba ese sinfín de periódicos, diarios, semanarios y revistas literarias que había en el hotel y que leía sin ton ni son. Vendían asimismo «verdades» tentadoras como las joyas falsas de los bazares y durante un par de días o de semanas llegaba a entusiasmarme con una cosa u otra. Era como una mujer embarazada: se me antojaba todo pero al final nada me gustaba. Quería ser proletario y burgués al mismo tiempo; un Sándor Rózsa, robando en nombre de los pobres, y un gran señor rodeado por criados serviciales; un rebelde György Dózsa que salva al campesinado, y un poeta remilgado que vive confinado en su torre de marfil.

Mis versos también se volvieron turbios, como los torrentes en época de lluvia. No paraba de escribir sobre el Amor, así con

mayúscula, pero los poemas quedaban inconclusos, igual que mis amores. Tenía la agenda llena de estrofas inacabadas y el corazón rebosante de sentimientos a medio cocer. Todo lo que sentía quedaba a medias, todo resultaba borroso y nunca lograba pasarlo a limpio. Soñaba con una chica y no podía dormir por culpa de una mujer. La chica vivía en otro continente, la mujer en otra galaxia y yo pendía en la nada, entre el cielo y la tierra.

¿Sería la primavera?

12

Un día se armó un gran escándalo en el vestuario. La causa fue la toalla común, y los protagonistas, Franciska y Gyula. En principio Franciska tenía razón. Gyula se había secado con la toalla de todos, aunque había sido él mismo quien al enfermar dijo que a partir de entonces únicamente utilizaría la suya. Franciska no fue desagradable con él; ese chico con cara de niña solo lo era con quienes a todas luces eran más débiles que él. Tan solo dijo:

—Gyula, por favor, no uses nuestra toalla.

Así que no había razón alguna para que se armara semejante escándalo. Gyula, además, se comportaba con exceso de celo desde que se había enterado de lo que tenía, y tal vez había utilizado la toalla por pura distracción. Se habría olvidado de su enfermedad, lo que le sucedía muy pocas veces. Se notaba, o al menos a mí me lo parecía, que siempre pensaba en «eso». Se había vuelto tan introvertido y poco hablador que no entendíamos por qué se quedaba a esperarnos hasta la mañana. Creo que aparte de nosotros apenas tenía amigos o alguien con quien poder hablar de su problema. Pero también es verdad que con nosotros casi no abría la boca. La mayoría de las veces se quedaba sentado, con la cabeza caída y en silencio, fumando un pitillo tras otro. No es que antes tuviera un carácter pendenciero, pero desde que le había sucedido «eso», se había vuelto muy reservado. Por eso no entendimos su reacción ese día. En lugar de hacer caso a la advertencia, siguió secándose adrede con la toalla común.

—¿Es que tienes alguna objeción? —dijo con voz siniestra, y se acercó a Franciska con gesto amenazante—. Atiende, voy a usar la

toalla que me dé la realísima gana.

Sabíamos que no tenía razón, estaba claro, pero curiosamente todos nos pusimos en contra de Franciska.

—No te metas con él —advirtió Lajos.

—¿Que yo me meto con él? —se indignó Franciska—. ¿Queréis que nos lo pegue a todos?

Tenía razón y nos lo dijo en un tono objetivo, casi cortés. Gyula no la tenía y además había reaccionado de manera bastante grosera. ¿Por qué nos pusimos todos en contra de Franciska? Al fin y al cabo tampoco es que suspirásemos por las delicias de la sífilis y estábamos tan expuestos al peligro como él. En cuanto a mí, podía haber explicado mi postura contra él por el deseo de venganza, ya que había sido muy insolente con mi madre, pero los demás no habían sufrido afrentas personales y, sin embargo, actuaron igual. Había algo en su voz, su mirada y su forma de ser, no sabría decir qué, pero tenía algo que exasperaba. Hay una clase de personas que indigna hasta con sus verdades y aquella mañana, al parecer, sentimos por instinto que Franciska pertenecía a ese grupo.

—Sé que no tengo razón —dijo Gyula inesperadamente—. Pero es mejor coger la sífilis de una mujer que cobrar dinero por acostarse con un hombre. ¿Entiendes? —Y agarró al otro por las solapas.

Franciska chilló como una vieja loca.

—¡No grites! —le gruñó Elemér—. Te van a oír.

—Pues que me oigan —protestó Franciska con voz aguda, de capón—. Que se entere todo el mundo. Decidle al sifilítico que no me toque.

Por suerte, Elemér se abalanzó sobre ellos y los separó.

—Suéltalo, Gyula —ordenó—. Y tú cierra el pico.

Gyula apartó al chico de un empujón.

—Tienes razón, Elemér —rezongó—. No se debe pegar a las mujeres.

La «mujer» no dijo nada, se puso el uniforme bajo el brazo y salió medio vestido. Pero al llegar al pasillo, donde ya se sentía

plenamente seguro, se dio media vuelta.

—¡Qué asco! —Y escupió—. Cerdo sifilítico.

Gyula salió corriendo tras él, pero Elemér le cortó el paso.

—¿Quieres que todos se enteren y que ese mocoso ría el último?

Eso convenció a Gyula. Hizo un gesto mudo de resignación, como diciendo: ¿qué le vamos a hacer? Y luego, titubeante, con movimientos automáticos, sacó la cajetilla y encendió distraídamente un cigarrillo, se puso el sombrero y se marchó sin despedirse.

Pensábamos que con eso el asunto estaba zanjado, pero no fue así. Lo peor estaba por venir. En realidad nadie supo qué sucedió, pero al día siguiente echaron del hotel a Gyula.

Estábamos convencidos de que la mano de Franciska se ocultaba tras el despido y quisimos vengarnos. Justo estábamos pensando en cómo hacerlo cuando Elemér entró en el vestuario y declaró que aquello no estaría bien.

—Ya sé que todo apunta en esa dirección, lo reconozco —dijo—, pero no significa nada. Las apariencias engañan.

Elemér era un chico fuera de lo común. Yo sabía que no simpatizaba con Franciska. Era algo que nunca había confesado a nadie, pero en las primeras semanas que pasé con Elemér me di cuenta de que sentía cierta aversión por él y no me costó trabajo comprender por qué. Lo curioso era que sentía una especie de remordimiento por ello y me pareció que era eso lo que se ocultaba ahora tras sus palabras.

—No conviene guiarse por los impulsos —dijo con inusual vehemencia. Indicó que nos acercáramos a él y bajó la voz—. Prestad atención —susurró—, dentro de unos días habré averiguado qué ha pasado, y si es verdad lo que decís, me pondré de vuestra parte. ¿De acuerdo?

—¿Cómo lo vas a averiguar? —preguntó Antal.

—Por un camarada —repuso Elemér, pero pareció arrepentirse nada más decirlo, porque se sonrojó.

Fue así como supimos que también había un camarada en las «altas esferas» del hotel, pero no nos aclaró de quién se trataba.

Los muchachos aceptaron la «moción» y cada uno se marchó a hacer su trabajo. Fue una mañana normal, una mañana ordinaria de día laborable, una mañana igual a cualquier otra, y yo pensaba en mil cosas menos en que el asunto pudiera afectarme o acarrear serios cambios en mi vida.

Pero sí lo hizo. Por la tarde el comandante me mandó llamar y me preguntó con tono amigable, incomprensiblemente amigable, si estaba dispuesto a ocupar el puesto de Gyula. Yo, claro está, dije que sí, porque en la Hungría de entonces los chicos pobres no tardábamos mucho en aprender que a ciertas preguntas planteadas por los señores solo se podía dar respuestas afirmativas. Y como el señor comandante lo sabía tan bien como yo, no acerté a comprender por qué se andaba con rodeos. Enfatizó en varias ocasiones que si no quería no tenía que aceptar el nuevo cargo, y en caso de quererlo solo me confiaría el puesto si mis padres declaraban por escrito que no tenían inconveniente en que trabajase en el turno de noche. También dijo que yo le caía muy bien y que quería que ganara más. De noche en el bar, por si no lo sabía, la gente solía beber y el alcohol ablanda prodigiosamente el corazón de los señores y abulta las propinas. Por supuesto yo no tenía nada contra eso, pero me inquietaba un poco el «benévolo paternalismo» del comandante porque entre otras cosas también había aprendido que al pobre le conviene estar al acecho si el señor se dirige a él con «benévolo paternalismo».

Solo entendí por qué era tan incomprensiblemente amigable conmigo años más tarde, cuando ya llevaba mucho tiempo fuera del hotel. Fue entonces cuando me enteré por primera vez de que —según decían— había alguna ley o decreto que prohibía que muchachos de mi edad trabajaran de noche. No me he molestado en averiguarlo, así que sigo sin saber con certeza si en realidad existía alguna norma en este sentido, lo que de hecho no cambiaría

nada, porque si la había solo era papel mojado como tantas otras normas en Hungría.

La verdad es que en aquella época una ley así no me hubiera entusiasmado. Tenía dieciséis años y la enigmática vida nocturna sobre la que tanto hablaban mis compañeros me tentaba incluso más que las pingües propinas. Así que poca falta hacía que trataran de convencerme. Accedí sin poner pegas. Al día siguiente le anuncié con gran entusiasmo al comandante que mis padres no se oponían a que trabajara en el turno de noche, y con ello se inició un nuevo capítulo en mi vida.

Los primeros días tenía la impresión de vivir en otro continente, en un mundo nuevo, novelesco, lleno de aventuras, donde había otro clima, otras costumbres, y donde todo, absolutamente todo, funcionaba al revés. Me ponía el uniforme cuando los demás se lo quitaban, y a la hora en que la vida del bar alcanzaba su cenit tres cuartas partes de la ciudad ya dormían. Al despertarme decía «buenas noches», y al acostarme, «buenos días». Vivía en Budapest como los demás y, sin embargo, me encontraba en otra dimensión, un mundo donde el sol salía a medianoche y se ponía al amanecer, en un país cuyos ciudadanos vivían del o para el amor, y donde no existía nada más que eso.

Todo giraba en torno al amor: los bares nocturnos, los burdeles, las elegantes salas de fiestas, las tascas conocidas por las cuchilladas que allí se habían asestado y los tugurios donde constantemente se temía recibir una visita policial. Era el amor lo que mantenía despiertos los selectos hoteles a orillas del Danubio, los pisos de soltero alquilados entre cuatro que disponían de habitaciones con entrada separada para viajeros de paso, las innumerables casas de citas, lugares de reunión y salones de masaje, por no hablar de los recintos gratuitos del consorcio Mauthner. Era eso lo que hacía sonreír a las damas de tez de porcelana, a las zorras de la esquina que eran verdaderas máquinas de placer y a las agotadas camareras que cobraban salarios

miserables. Era el amor lo que hacía inclinarse a los porteros enfundados en uniformes de general, a sus colegas llenos de varices que saludaban a los huéspedes a la entrada de los locales, a los taberneros, a los camareros, a las ancianas vendedoras de flores y a los taxistas a la caza de parejas de enamorados. Era el amor lo que hacía entonar a las cantantes en sus relucientes trajes de noche y a las miserables cupletistas de suburbio, muertas de hambre. Era eso lo que hacía bailar a los proletarios y a la clientela selecta; lo que hacía tocar a la orquesta de jazz, a la banda de cíngaros con frac y a la de aficionados; lo que hacía llorar al violín, reír al saxofón, tocar al batería su instrumento como un demente. Por amor se compraban rosas rojas y canciones románticas para las buenas mozas. Por amor se bailaba, se cantaba y se tocaba música. Por amor había penumbra, susurros y champán. Por amor se buscaban las manos y los pies bajo la mesa. Por amor brillaba la calle las noches de luna, cuando mi tarea consistía en abrir la puerta a las parejas que salían y parecían encaminarse todas ellas al mismo sitio, a la misteriosa Meca del amor.

Sí, el amor era la causa de todo eso y yo ese amor aún no lo tenía.

«Eso» pasó en mi primera noche.

Entre el bar y el guardarropa había un tenebroso recinto que comunicaba con los servicios y las cabinas telefónicas. Yo montaba guardia allí con mi gallardo uniforme de botones dorados, entre el aseo de las damas y un teléfono. Mi tarea era tan oscura como el recinto donde me apostaba. Contestaba al teléfono, traía y llevaba mensajes, de vez en cuando sustituía al conserje, a la señorita del guardarropa y, en general, a cualquiera a quien hubiera que sustituir. Pero también era a mí a quien a las tres de la madrugada mandaban a la farmacia a buscar preservativos, y era yo quien tenía que llamar a los cónyuges de los maridos y las esposas para transmitir unas mentiras burdas y gastadas. Yo era el ordenanza que comunicaba a la esposa del jefe que la conferencia podía

alargarse hasta la madrugada, el chófer que avisaba al marido de que su esposa no llegaría a casa hasta la mañana siguiente porque el automóvil se había averiado en la carretera. En una ocasión me hice pasar por policía y como tal le di a entender a la mujer de un fiscal que el acusado seguía sin confesar y posiblemente no le arrancarían nada hasta el día siguiente.

En la penumbra de aquel cuartucho, las mentiras zumbaban con monotonía soñolienta, como abejas alrededor de una colmena. Todos hablaban susurrando, como entre bastidores. El bar era el escenario donde la gente se aferraba en la medida de lo posible al texto de una comedia de enredos, pero cerca de los aseos había que vérselas con la realidad, por lo que se bajaba la voz. Ahí hombres y mujeres, que habían dejado a su pareja bailando en el salón, iban a buscar apaños. Allí cuchicheaba el galán impaciente con el camarero que, a cambio de una buena propina, le prometía mezclar algo en la bebida de la dama reacia, algo que «ya verá usted, dará el resultado deseado». Allí los caballeros fumaban nerviosos a la espera de bellas damas a quienes no se atrevían a acercarse a la luz pública, en el bar. Allí se daban bofetadas los hombres celosos, intercambiaban sus tarjetas de visita los miembros del casino que jugaban a ser elegantes. Allí citó una madrugada un tipo de traje gris a un famoso director de banco, a quien le enseñó por breves instantes un documento oficial y luego dijo en voz baja y con cierta teatralidad: «Haga el favor de seguirme sin llamar la atención».

Mientras, dentro, la gente bailaba charlestón, porque era eso lo que estaba de moda, y al llegar la madrugada, todos cantaban a pleno pulmón acompañando al cantante:

Nada más bello que mi amor,
sus ojos brillan como una flor,
moreno el pelo,
morena la piel,
sus besos saben a dulce miel.

Las parejas se apretujaban en la pequeña pista de baile, los focos de colores hendían la espesa niebla de tabaco; las joyas lanzaban destellos sobre las pálidas pieles femeninas, retronaba el bombo, silbaban ansiosas las flautas, en lo alto flotaban globos y a mí, que nunca había visto nada parecido, todo me parecía tan hermoso e irreal como un cuento de hadas.

Me gustaba la vida nocturna, esa enorme y pomposa locura; ¿qué muchacho de dieciséis años no se hubiera entusiasmado? Además, ganaba mucho, las propinas me pesaban en los bolsillos, podía comer y beber todo lo que quisiera. Regentaba la cocina una mujer muy eficaz, grande como un bisonte, a quien todo el mundo llamaba Iluci. Esta Iluci era un cielo. Tenía cincuenta y tantos años y pesaba más de cien kilos, pero aun con esa edad y ese peso tenía un amante tan joven que la primera vez que lo vi creí que era su hijo. Era una mujer morena, los ojos le echaban chispas, le encantaban la bebida, las canciones y las obscenidades, pero los domingos iba directamente del hotel a la iglesia a confesarse y comulgar. Enseguida me cogió cariño y me alimentó como a las ocas de mi pueblo. Me hacía comer los carísimos *hors d'oeuvres*, que me sabían a gloria y que ya se habían incluido en la cuenta de tres o cuatro clientes. Se echó a reír cuando la primera noche le pedí un vaso de agua.

—No querrás coger el cólera, ¿verdad? —Y me señaló la hilera de botellas de champán que, entrada la madrugada, los camareros solían recoger medio llenas de las mesas—. Igualmente hay que tirarlo —explicó—. Así que mejor te lo tomas a mi salud.

Con el tiempo me acostumbré a la vida paradisíaca, pero esa primera noche no pude dominarme. Comí hasta reventar, probé todos los manjares desconocidos que pude y bebí del mejor champán francés con la ansiedad de un caballo que ha hecho una larga carrera.

De pronto estaba de un humor espléndido. El mundo nunca me había parecido un lugar tan seguro como aquella madrugada; lo único que no acababa de entender del todo era por qué me

flaqueaban las piernas al volver a mi puesto. Pero tampoco me preocupaba. ¡Al demonio con las preocupaciones! Que se preocupen los preocupados, pero no yo. Me sentía raro, sí, pero se trataba de una rareza positiva, de modo que no me inquietaba. La orquesta tocaba:

¡Señor Stux, menudo porte!
Esta será una larga noche.

Solo me di cuenta de que cantaba al ritmo de la orquesta cuando sentí que me clavaba la mirada un cliente salido de la nada. Gracias a Dios, él también estaba bastante borracho y en vez de reprenderme me gritó campechano:

—¡Viva la vida! ¡Nunca moriremos!, ¿verdad, muchacho?

—Así es —repliqué—. Solo mueren los que beben agua.

Entonces el tipo me tendió un pitillo egipcio y constaté conmovido que todo el conflicto proletario-burgués era una majadería. Este burgués, por ejemplo, era un puro encanto, ¿no? ¿Tenía alguna razón para no quererle? Los quería a todos, sobre todo a las burguesas, que también me sonreían al verme tan alegre. «¡Ay, gatita! —suspiraba al ver a las más guapas encerrarse en los servicios—. Con qué ganas te seguiría. Vaya meneo te daría».

¡Señor Stux, qué decadente!
Pero te quiero locamente.

De donde estaba sentado solo se veía una parte del bar. Allí había una pareja de lo más divertida, los había estado observando toda la noche. Me parecía curioso que al entrar se hubieran tratado con mucha distancia; él la llamaba «distinguida señora» y ella se portaba como tal. Luego se compenetraron a una velocidad tan vertiginosa que no pude quitarles el ojo de encima. Me hubiera gustado aprender a desenvolverme igual. Los vigilaba como un perro a su presa. El hombre era apuesto, plata en las sienes, rostro agitanado: un impetuoso señor de Transilvania. Llevaba unas tres semanas en el hotel, pero a ella no la había visto nunca. Me tentó lo

suyo, para qué negarlo, y estaba casi tan excitado como el caballero. Era una mujer de mirada traviesa, fogosa, muy rubia, muy suave, apetitosa. Al salir de la cocina vi que ya estaban acaramelados, pero eso no era comparable a lo que vino después. La mujer, ya algo bebida, se echó hacia atrás; estaba casi tumbada junto al hombre, cuya mano… «Vaya —me dije—, no puede ser, ¿estaré borracho?». Una de las manos del hombre parecía moverse bajo la falda mientras que con la otra sostenía el cigarrillo como si nada, y yo me preguntaba si las dos manos obedecían al mismo amo.

No pude resistir la tentación, me levanté y me acerqué. Pues no, no eran imaginaciones mías. Algo se movía debajo de la falda.

Me quedé alucinado. El tipo susurró algo al oído de la mujer y luego se puso de repente en pie y vino hacia mí. «Bueno —me dije —, aquí se va a armar un buen lío, menuda bronca me echará por estar espiándolos».

Pero el «tipo» no tenía eso en mente. Me entregó su ficha de guardarropía y además me sonrió.

—Enseguida se lo traigo —dije aliviado, pero cuando me disponía a irme me puso una mano en el hombro.

—Espera —dijo en voz baja, y me deslizó una moneda de cinco pengos en la mano al tiempo que miró breve pero elocuentemente a la dama y luego a mí otra vez.

A un experimentado contrabandista de mujeres no le hacía falta más. Enseguida comprendí de qué se trataba.

—De acuerdo, señor —contesté en un tono discretamente malicioso, resuelto pero sin confianzas—. ¿Ahora mismo?

—Sí —contestó—. Pero ten cuidado. La señora ha bebido bastante. Me entiendes, ¿verdad?

—Naturalmente.

Al volver del guardarropa, los dos me esperaban en la puerta. Era cierto que ella había bebido bastante, más bien demasiado, pero así estaba aún más apetecible. En sus ojos brillaba la impaciencia de tal forma que un extraño calor me invadió todo el

cuerpo. Al ayudarla a ponerse la capa de armiño, rocé «sin querer» sus hombros desnudos y la dama seguramente pensó lo mismo que yo porque se dio media vuelta y me sonrió.

Fui volando al vestíbulo para ver si acechaba algún peligro y constaté con satisfacción que no había nadie. Las grandes arañas de cristal ya estaban apagadas hacía rato y solo algunas lámparas soñolientas interrumpían la oscuridad. No había moros en la costa. Volví a buscarlos, o mejor dicho, entreabrí la puerta y les hice una señal indicándoles que salieran.

Los andares de la dama eran bastante delatadores, pero gracias a Dios no nos cruzamos con nadie; yo mismo los subí en el ascensor de día, que a esas horas no se utilizaba. Estaban pegados uno al otro, muy juntitos, el hombre tarareaba, la mujer entrecerraba los ojos y yo no paraba de darle vueltas en mi cabeza achispada a lo que harían en la habitación.

Bajaron en el tercer piso. Cuando estaba cerrando la puerta vi que la mujer se tambaleaba. Se apoyó contra la pared, se apretó la mano contra la frente y empezó a tragar como si tuviera algo en la garganta.

—¿Qué te pasa? —preguntó el hombre, algo asustado.

—No lo sé —respondió con un hilo de voz—. Estoy mareada.

El hombre hizo un gesto para que me acercara.

—¿Podrías subir un café bien cargado?

—Sí, señor.

—Date prisa.

Pero, a pesar de la prisa que me di, no pude subir el café hasta media hora más tarde, porque entretanto tuve que sustituir a la chica del guardarropía. Cuando al fin volví y llamé a la puerta, no contestaron. Pensé que el hombre habría creído más conveniente acompañar a la dama a su casa, pero como abajo ya habían pasado la factura del pedido, abrí la puerta con mi llave maestra para dejarle el café a su legítimo dueño.

El recibidor estaba a oscuras, pero todas las puertas estaban abiertas de par en par. De repente me eché para atrás y la bandeja

casi se me cayó de la mano. A través del salón vi que más allá, en el dormitorio iluminado… «¿Qué es eso? —pensé—, ¿estaré borracho?». Primero me pareció ver una estatua, un desnudo femenino sentado, pero… ¿cómo puede haber una estatua encima de la cama?… y…

No sé cuánto tiempo estuve mirándolos. Es posible que solo fueran unos segundos, unos minutos o mucho más. De pronto el café caliente se me derramó sobre la mano y eso me hizo volver en mí. Coloqué la bandeja en la mesa del salón y salí como pude, dando tumbos, de aquella penumbra.

De alguna forma logré alcanzar el ascensor, pero no pude ponerlo en marcha. Había sido demasiado para una sola noche: eso y el champán francés.

El pecho me quemaba, el ardor casi me abrasó el corazón. Me derrumbé mareado sobre el asiento tapizado y caí en un estupor. Tenía la boca seca, me notaba la lengua hinchada y me torturaba una sed insoportable.

Me observaba como un necio. ¿Qué es esto? ¿Qué me ha pasado? Pero luego se me pasó el mareo y recobré mi hombría.

«¡Viva la vida! ¡Nunca moriremos! —me dije—. Tengo sed, eso es todo».

Y como no quería coger el cólera, bajé a la cocina y me tomé otra copa de champán.

No sé cómo llegué a casa; sospecho que tampoco entonces lo supe. Mis padres no estaban, lo que le sentó muy bien a mi estado de ánimo ya de por sí bastante optimista. Bien por ello.

—Veamos —dije en voz alta, y enseguida constaté que estaba hablando solo, o sea que estaba borracho, o mejor dicho, no lo estaba, porque si hubiera sido así no lo habría sabido—. Vale, vamos viendo —dije, y entré en la habitación.

Las contraventanas estaban cerradas, lo que me volvió a llenar de satisfacción. «Hay que ver, los viejos han pensado en mí. Bien. Muy bien. Por este tipo de cosas uno aprecia a sus padres».

Empecé a desvestirme. Estaba a oscuras y no me veía ni las manos, pero decidí no abrir los postigos. Al carajo la luz. No hace más que nublarle a uno el buen humor. El mundo es tan feo por la mañana, tan maloliente, tan mugriento, tan vomitivo. Por la calle andan cadáveres, gente amargada, desgraciada. ¡Y cómo te miran! Idiotas. ¿Qué sabrán ellos?

¡Señor Stux, menudo derroche!
Esta será una larga noche.

Ay, si esa rubia hubiera estado sola en la cama…

¿Cómo hubiera reaccionado la mujer si de repente hubiese entrado yo en el dormitorio? Se había fijado en mí al ponerle la capa. Había visto el deseo en sus ojos. ¿O solo me lo pareció? Bueno, y tampoco se podría haber quejado. Llevaba el café que habían pedido. Como mucho, se hubiera cubierto con la colcha. Pero tampoco estoy seguro. Su excelencia no se había tapado.

¡Ay, ay! Ella es otra cosa… Esa cabellera pelirroja… esos pechos tan dulces asomándole por el escote del camisón… ¡Qué bella debe de ser desnuda! Con toda esa cabellera… Es una pena que se depile las axilas. Con lo que me gusta que a una mujer le asome el vello por debajo de los brazos…

La rubita también las tenía depiladas. Y tampoco estaba nada mal. Ni mucho menos. Vaya, allí en la cama… ¡Acostarse con una mujer así! Bueno, ella estaba sentada. Cómo me gustaría sentarla… sentarla… oh… ¿Cómo voy a dormir así?

¡Señor Stux, qué decadente!
Pero te quiero locamente.

Ya estaba como mi madre me trajo al mundo, pero seguía sin ganas de dormirme. Iba y venía a tientas por la habitación hasta que me topé con los cigarrillos de mi padre y una caja de cerillas. Encendí un fósforo y de pronto me quedé helado.

Había alguien en el cuarto.

Alguien se reía detrás de mí.

Me volví tan rápido que la cerilla me quemó el dedo. Era Manci. Estaba acostada y se reía.

Claro, ella también llegaba por la mañana. Se me había olvidado que existía. ¿Por qué existiría una mujer así?

—¿De qué se ríe? —pregunté, irritado.

No contestó, era incapaz. La risa la sacudía de tal forma que solo emitía sonidos desarticulados.

—¿De qué se ríe? —volví a inquirir, ahora ya gritando, pero ella seguía con lo mismo, como una loca.

—Dame un pitillo —dijo al fin, exhausta.

Me acerqué a la cama. Manci encendió el pitillo lentamente y con dificultad, sin quitarme el ojo de encima.

—¿Dónde has estado? —preguntó entre risitas.

—En casa de mi chica —repuse enfadado.

Eso le hizo aún más gracia.

—¿Tan divertido es? ¿Es que no se lo cree?

—No, amiguito —dijo entre carcajadas—. Cualquier cosa menos eso.

—¿Por qué no?

—¡Bobo! —Se rio—. ¿Cómo vas a venir en este estado de casa de tu chica? —dijo, y de pronto sentí sus manos tocándome.

En ese momento me invadió aquel asco inexplicable que me provocó la primera vez que la vi. Me aparté, presa de un pánico casi pueril. «Me comporto como una niñita virgen muerta de miedo», pensé avergonzado, y no supe cómo reaccionar. El tacto de sus manos cálidas y obscenas me agradó, me atrajo con una fuerza tremenda, casi humillante; pero hubiera preferido salir corriendo. Sí, ahora volvía a tenerle miedo.

Se hizo un silencio. Las puntas de los dos cigarrillos brillaban en la oscuridad.

—Dime —preguntó entonces—, ¿has estado ya con alguna mujer?

—Claro que sí —repuse herido en mi orgullo, y añadí, para que viera que era un tipo con experiencia—: ¡A pares!

—¿Con muchas mujeres?

—Con la mejor.

—¿Vas a burdeles?

—No.

—¿Entonces?

—A su casa.

—¿Tiene casa?

—Y vaya casita…

Acompañé esta frase con un ampuloso gesto, dejando intuir enormes secretos, porque quería deslumbrarla. Quería que sintiera curiosidad, que me preguntara; y yo contestaría. Ya no me daba ni asco ni miedo; el deseo de fardar se impuso.

Manci se incorporó.

—¿Tan rica es?

—Ni se lo imagina.

—¿Un tonto la mantiene?

—¡Qué va!

—¿Y bien?

—Es una señora. Está casada.

—Y su marido, ¿quién es?

Entonces dudé.

—¿Por qué no contestas?

—¿Promete que no se lo dirá a nadie?

—¡Ay, ay!, ¡si yo soltara todo lo que me cuentan los hombres!

Me halagó que me considerase un hombre. Sí, con esa mujer se podía hablar.

—Entonces se lo digo —concedí magnánimo, y me incliné hacia ella—. Es ministro —susurré—. Mejor dicho ex ministro.

Manci silbó.

—Vaya, vaya. No te conformas con poco, ¿eh?

Yo chupaba el cigarrillo como si quisiera tragármelo.

—Dígame, Manci —pregunté excitado—, ¿usted… usted había oído hablar de mujeres así?

—Claro. —Hizo un gesto de desdén—. Buscan carne fresca. ¿Te pescó en el hotel?

—¿Cómo que me pescó? A mí no me pescan así como así.

—Déjate de tonterías, chiquillo. ¿Te da dinero?

—¿Quién ha hablado de dinero? No soy un chulo.

Dio una calada. Vi que sonreía.

—Así que solo te toma el pelo.

—¿Cómo que me toma el pelo?

—Juguetea, pero no se entrega.

—¿Se cree que soy tonto?

—Entonces, ¿qué haces aquí con el asta levantada? ¿No has dicho que venías de su casa?

—Sí, pero…

—Pero ¿qué?

—Su marido estaba en casa. Bueno. Ahora ya lo sabe.

—Ajá —dijo Manci, pero su voz no delató si me creía o no—. ¿Es muy vieja? —preguntó.

—Es más joven que usted. ¡Y qué mujer!

—Y te mueres por sus huesos…

—Pues sí —confesé.

—¿Y ella?

—Seguro que no está conmigo por mi dinero.

—¿Entonces?

—Será por el asta de mi bandera.

—No tiene mal gusto. La entiendo.

Entonces no me reí. Ya habíamos apagado los cigarrillos. El cuarto estaba a oscuras.

—Hace calor —dijo, y la oí destaparse.

Entonces me llegó un olor. No era desagradable pero volví a sentir asco. Era olor a mujer, ni peor ni mejor que el del camisón color salmón, pero mientras aquel me volvía loco, este me repugnaba. A los dieciséis años no te vas a preguntar el porqué de todo.

De todas formas, solo duró unos instantes. Luego ya solo sentía el otro olor, tan cerca y tan palpable como si su dueña estuviera a mi lado en la cama y, en efecto, ahí la tenía, aunque se llamara Manci.

—¿Estás durmiendo? —me preguntó.

—Qué va.

—Ven… acuéstate aquí…

—…

—No… tú estate quieto… déjame a mí… Así…

—…

—¿Te gusta?… Dime si te gusta… ¿Por qué no respondes?

—¡Cállese! —le grité, porque cuando hablaba no oía la voz, esa voz aguda y cantarina que se me acercaba al oído y me tentaba cuerpo y alma.

13

Por la noche, al llegar al hotel, tuve la impresión de que algo había sucedido. Seguía con los nervios a flor de piel, sobreexcitado, y sentía un desasosiego indefinido, cuyo origen no sabía explicar. No había cambiado nada, la vida en el hotel giraba en la órbita definida por la dirección, como un planeta por descubrir al que no le afectan las leyes ordinarias de la existencia terrenal. Sobre las mullidas alfombras ni siquiera se habrían oído los pasos de la Muerte; todo estaba tan silencioso, tan frío y tan elegante que parecía que allí no pudiera suceder nada extraño. Y, sin embargo, flotaba algo insólito en el ambiente, algo que, como el aire, era invisible e intangible.

¿Qué podía haber pasado? Aún sufría los efectos de la borrachera de la noche anterior. Manci y los *hors d'oeuvres* me habían empachado y terminé por creer que simplemente era yo el desajustado. Pero entonces dos empleados cuchichearon algo, o quizá fue la corriente, que cerró una puerta de golpe, y de pronto volvió a envolverme el desasosiego. «Ha sucedido algo», me dije.

No vi a ningún conocido. Los compañeros ya se habían ido a casa, el bar aún estaba vacío. Solo había un camarero malhumorado haciendo solitarios en una de las mesas mientras se rascaba un grano de la calva.

—Buenas noches —le saludé pensando que tal vez me informaría.

Pero el viejo ni siquiera levantó la vista.

—Buenas —respondió con un bostezo.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté—. ¿Ha pasado algo?

—Sí —contestó hurgándose el grano—. Una vaca pasó volando por encima del tejado.

Volvió a bostezar y acto seguido extrajo un espejo del bolsillo y se miró el grano de soslayo.

—Se ha roto una pata —añadió.

—¿Quién?

—La vaca.

Se le escapó una risa estúpida. Su voz ronca resonó fantasmagóricamente en el local vacío. A esa hora el bar parecía un cadáver en traje de noche. El día anterior había sido una bella mujer, habías bailado con ella, habías sentido su cálido y jadeante aliento, sus ojos, su cabello, sus hombros te habían vuelto loco, y ahora estaba allí tendida, sin vida, con las lentejuelas rotas, y te dabas cuenta de que tenía pechos postizos.

Me senté en mi puesto. Tras el silencio y la oscuridad se escondía el sopor. En la pared una mosca se echaba una siesta, rascándose de vez en cuando con una de las patas traseras. Era una mosca muy vieja, muy cansada, quizá también tenía un grano en la calva.

De pronto oí mi propia voz.

—Nunca más —gruñí, aunque no sabía muy bien a qué me refería: si a Manci o a todo el género femenino, si a la borrachera o a algo totalmente distinto y más esencial.

Se me nubló la cabeza, las náuseas sacudieron mi estómago. Me hubiera gustado vomitar sobre el mundo entero, pero más que nada sobre mí mismo. Quizá nunca había odiado a nadie tanto como a ese extraño, a ese muchacho con uniforme rojo que llevaba mi nombre y apellido. Hubiera deseado desprenderme de mi piel como hacen las serpientes e iniciar una nueva vida en un paraíso libre de tentaciones.

De pronto el recinto me pareció insoportable; era como si hubieran extraído con una bomba el aire de su interior. Me asomé al bar y grité:

—¿Puedo ir afuera un rato?

El viejo se encogió de hombros.

—Tanto me da —dijo, y siguió rascándose el grano.

La puerta exterior del bar daba al Danubio. Era una noche agradable, y la avanzadilla del verano ya había acampado en los montes de Buda. En las cimas se iban encendiendo los focos que bañaban con luz de plata la ciudadela, el palacio real, el bastión de los Pescadores y el mirador. También se veía ya el lucero vespertino, que se entretenía mirándose en el río junto a las farolas de la orilla, pero el cielo aún estaba teñido de tenues colores opalinos y dibujaba imágenes pasajeras sobre el agua. Se oía la música de los cafés, el viento a veces entremezclaba el jazz y los ritmos gitanos, y del parque llegaba un fuerte olor a lilas. Por el paseo de la orilla discurría una colorida riada de gente. Las mujeres, bajo las costosas chaquetas de piel, llevaban ya vestidos de verano, y los hombres, en su mayoría, iban sin abrigo. Todo era luz, fulgor, fragancia y música; la primavera lo llenaba todo, absolutamente todo. Me quedé observando a los ricos que paseaban y suspiré.

A continuación, sin más, mi alma infantil se colmó de felicidad. Pensé que pronto llegaría el verano, y el verano significaba la vuelta de Patsy, y ella significaba la felicidad. Llegaría el verano y con él la felicidad. No sé por qué, pero estaba convencido de que cuando Patsy llegara todo se solucionaría. Toda mi vida. Le confesaría lo de la noche anterior, se lo confesaría todo, no se puede iniciar una nueva vida arrastrando mentiras.

Me invadió una emoción solemne, una serenidad enorme. Sentí que hasta entonces mi vida había sido una fase transitoria, que esperaba mi tren en una estación de paso y tal vez no importaba a qué me dedicase entretanto; con qué mataba el tiempo, con quién hablaba, con quién me besaba. La vida empezaba justo entonces y era bella y maravillosa.

A mis espaldas se abrió la puerta. Del bar salió una joven, tendría unos quince o dieciséis años. Era una chica mona, no tenía nada de particular, una joven proletaria bien arreglada. Llevaba un vestido de volantes almidonado, medias de hilo blanco y zapatos de

charol negros. El cabello, moreno y liso, le caía sobre los hombros recogidos en dos gruesas trenzas; en cada una destacaba un lazo de color rosa y del cuello le colgaba una cruz dorada. «¿Qué estará haciendo en el bar?», pensé.

Me miró indecisa.

—¿Es usted el señor Béla? —preguntó.

—Sí —contesté pasmado.

—El camarero me dijo que lo encontraría aquí.

—¿Y bien?

Miró al suelo desconcertada. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo turbada que estaba. Estaba blanca como la cera y tenía los ojos rojos e hinchados. Permaneció un rato callada y luego me volvió a mirar.

—¿Elemér se ha ido ya a casa?

—Sí. ¿Por qué?

—Le traía recuerdos —dijo con un tono de voz algo tenso, evitando que nuestras miradas se cruzasen. A usted también.

Yo no entendía nada.

—¿De quién? —pregunté.

—De Gyula —respondió, y vi que le temblaban los labios.

—¿Cómo está Gyula?

—Que… ¿cómo está? —Me miró asustada y se echó a llorar—. ¿Es que no se ha enterado?

—¿De qué?

—Ha salido hasta en el periódico. En todos los diarios de la tarde.

—No entiendo —dije nervioso—. ¿Qué es lo que ha salido en los periódicos?

La joven se puso a sollozar desconsoladamente, y yo apenas entendía lo que me decía.

—Se acabó —tartamudeó—. Se acabó. Murió en el acto.

—¿Cómo? —reaccioné—. Gyula ha mu… —Ni siquiera fui capaz de decirlo—. ¿Qué ha pasado, por el amor de Dios?

—Al pobre lo echaron —gimoteaba la joven—. Lo expulsaron, ¿lo sabía?

—Sí —dije impaciente—. ¿Y qué?

—Pues que hoy ha venido a recoger sus papeles y… se despidió de todos y… bajó también a la cocina a decir adiós y… cogió un cuchillo, el más grande y… se lo clavó en el corazón y… —Lo demás ya no lo entendí, se perdió entre el llanto.

Eso era lo que había sucedido, me dije, y sumido en la impotencia me quedé petrificado junto a la chica, que no dejaba de llorar. La gente que pasaba nos miraba. Le toqué el brazo.

—Venga conmigo al parque —le dije—. Allí podremos hablar más tranquilos.

Me siguió obediente.

El parque estaba oscuro y tranquilo, en el aire flotaba la densa fragancia de las lilas. Nos sentamos en un banco. Solo entonces caí en la cuenta de que ni siquiera sabía quién era la muchacha. ¿O sí?

—¿Es usted Katica? —pregunté.

—Perdone, no me he presentado —se lamentó—. Debo de parecer una loca. Dios mío. Quién lo hubiera pensado. Anoche… —Interrumpió la frase y me miró—. ¿Cómo sabe que soy Katica?

—Gyula hablaba mucho de usted, señorita.

Noté que se me había pegado esa forma de hablar que los pobres adoptan cuando quieren parecer refinados, del mismo modo que se ponen el traje de los domingos para ir a una boda.

Katica permaneció un rato en silencio.

—¿Qué decía de mí? —preguntó tímida.

—Que era su prometida —contesté.

—Y… ¿qué más?

Lo pidió con una voz tan suplicante que me compadecí de ella.

—Decía que la quería mucho. Que nunca había amado tanto a nadie.

Bueno, eso nunca se lo había oído a Gyula, pero aun así pensé que no faltaba a la verdad.

Katica rompió a llorar de nuevo.

—Entonces, ¿usted lo comprende?

—¿Cómo?

—Lo que hizo, eso.

—Dios mío —exclamé, pero luego me limité a mirar al suelo porque me di cuenta de que no podía decir otra cosa.

Ella también permaneció callada. Luego se volvió hacia mí.

—¿Usted sabía lo que tenía? —me preguntó en un susurro.

—Sí —asentí—. ¿Y usted?

—Qué va —dijo con gesto resignado—. Solo me enteré por la carta de despedida. Ya sabe, la misma en que le manda recuerdos a usted. Y en ella también ponía que nunca había amado tanto a nadie y que… —otra vez lágrimas— me esperaría en el cielo y… dígame, ¿cómo pueden compaginarse dos cosas tan distintas?

—Oh, señorita… —Suspiré y de repente me sentí tremendamente viejo—. Créame, una cosa no tiene que ver con la otra. Eso en sí no es relevante para un hombre. Lo digo por experiencia, hágame caso. Uno ama a una mujer y se va con otra a la que no ama. ¿Por qué? En realidad no lo sé. No se puede remediar. O sea, sí se puede, pero en ocasiones no. Resulta difícil de explicar. Usted es tan joven, señorita. Créame, esa mujer no significó nada para Gyula.

—¿Que no significó nada? —dijo Katica mirándome—. Pues escúcheme, señor Béla. Gyula me escribió que solo había estado una vez con aquella —tragó saliva—… con aquella mujer. A mí en cambio me conocía desde pequeña, decía que me amaba y yo no podía imaginarme la vida sin él. Ahora tampoco puedo, nunca podré y, sin embargo…, ¿fue importante lo nuestro? Gyula murió de eso. ¿Y dice usted que no significó nada?

Iba a contestarle, pero las palabras se me atragantaron. Me vino una idea sofocante, un pensamiento temible. No pude sacármelo de la cabeza.

El sudor me cubrió todo el cuerpo. Sí, yo pensaba que Manci no significaba nada, pero tal vez resultara que lo que tuve con ella fuera importante. Quizá en mi sangre estuviera ya germinando la semilla

mortal que había plantado la noche anterior. Y entonces no habría Patsy, no habría América y no habría nada de nada. Se acabaría todo antes de haber empezado. ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Qué me importaba ella? Una sola palabra de Patsy valía más que todo ese cuerpo, que toda esa mujer que toda esa… asquerosidad. ¡No tenía que ver nada con ella, nada, nada! Estaba en una estación de paso deseando que llegara mi tren y de pronto me envenenaban en la sala de espera.

—¡Horrible! —dije casi a gritos—. ¡Horrible!

Katica sollozó y luego se produjo un largo silencio. Desde el paseo se oía la música cíngara, las lilas se mecían en el viento, todo era luz, fulgor, fragancia, música, la primavera lo llenaba todo, absolutamente todo. Dentro de poco sería verano y… De repente sentí la mano de Katica en mi brazo.

—¿Usted también llora? —inquirió entre lágrimas.

Me sentí tremendamente avergonzado.

—Tengo que irme —le dije de repente—. Seguro que me estarán buscando. Es muy tarde.

Se levantó, y yo también. Pero antes de irme se me acercó y me miró como un cervatillo asustado.

—¡Béla! —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—¿Usted también piensa que la culpa es mía?

—¿Por qué iba a pensarlo?

La miré asombrado.

—Böske me dijo que yo tenía la culpa. Böske es una amiga mía.

—¿Cómo dice?

—Pues que si yo hubiera hecho con Gyula lo que aquella mujer… Es que Böske y su novio… —Se echó a llorar—. Dios mío, todo esto me va a volver loca.

No sabía qué contestar. Tal vez tenía razón aquella Böske. Es posible. Pero no era el momento de andarse con rodeos.

—Esa Böske es una cualquiera —dije con rudeza, mostrando un odio salvaje y sincero—. Es una mujer ordinaria. No le haga caso.

Usted no debería tener amigas así. Los hombres buscan a mujeres puras e inocentes como usted.

—Y luego se van con otras que… —Me agarró el brazo y preguntó casi gritando—: ¿Por qué, dígame, por qué?

—¡Porque somos animales! —estallé—. ¿Entiende? ¡Animales! Unos animales asquerosos y depravados. Peores que los animales.

Solo entonces me di cuenta de que gritaba, pero ya no pude contenerme. No sé qué dije, no sé cómo me despedí de Katica, tampoco sé si me despedí de ella. Solo recuerdo que en cuanto llegué al hotel entré en los aseos para averiguar si ya se me «notaba». Y no. Pero entonces recordé que Gyula solo lo notó dos semanas después y me quedé tanto tiempo llorando en solitario que cuando volví al bar ya estaba tocando la orquesta de jazz.

¡Señor Stux, menudo derroche!
Esta será una larga noche.

Tras la hora del cierre no me atrevía a volver a casa por temor a encontrarme con Manci. Me tumbé en un rincón del sótano, como solía hacer el pobre Gyula, pero no pude conciliar el sueño hasta que llegaron los compañeros. Entonces entré con ellos al vestuario y escuché entre escalofríos la historia del suicidio de Gyula, que en sus relatos se había convertido en una sangrienta y enmarañada tragedia.

De hecho, tampoco sabían nada. Ninguno de ellos había sido testigo del suicidio y los pocos empleados que sabían algo prefirieron mantener la boca cerrada, porque en esos asuntos la dirección no tenía clemencia: cualquier indicio de indiscreción se castigaba con el despido inmediato. Los periódicos, que en esos casos siempre se dejaban sobornar, solo publicaron, entre las tantas noticias del día, que «en un elegante hotel a orillas del Danubio» se había suicidado un aprendiz de tal y cual nombre y edad, pero se desconocía el motivo de su acción. Pese a ello, o por eso mismo, no hubo nadie en el lavabo que no quisiera añadir algún detalle escabroso a la muerte de aquel desdichado. Antal, por ejemplo,

contó que Gyula, con el cuchillo clavado en el corazón, entró tambaleándose en el vestíbulo y, cubierto de sangre, agonizando, empezó a gritar a los huéspedes que estaban al borde del desfallecimiento: «¡Me ha matado la dirección! ¡Boicoteen el hotel!».

Lajos, en cambio, le había oído decir a la cocinera, una de las muchas chicas que Gyula había cortejado, que nuestro compañero se había desangrado en los servicios que estaban junto a la cocina, cortándose las venas con un cuchillo de matar cerdos.

«Él es el culpable de mi muerte», dijo, según los rumores, y cuando le preguntaron a quién se refería, masculló con ojos desorbitados: «Franciska». Y se murió.

Esos engreídos muchachos de ciudad, que en condiciones normales no habrían hecho ningún caso a historias de este tipo, ahora escuchaban cada dramático y estrafalario detalle con rostro serio y consternado. Pese a su corrupción, en el fondo seguían siendo unos niños inocentes; la mayoría de ellos se enfrentaba por primera vez a la muerte y tras aquel suceso nada parecía demasiado increíble. El alma del pobre Gyula empezó a transmigrar: se convirtió en una leyenda, y Gyula en el protagonista de una epopeya sentimental.

No cabía duda de que había sido Franciska el delator. Elemér habló con el «camarada», y cuando le preguntamos qué había averiguado tan solo dijo, desganado:

—Lamentablemente, teníais razón.

Así que por unanimidad decidimos vengarnos de Franciska, pero a la hora de acordar cómo hacerlo los compañeros quedaron visiblemente desconcertados. El ejemplo de Gyula les intimidaba, ninguno de ellos quería exponerse, temían buscarse problemas. Se andaban con rodeos, se iban por las ramas, decían vaguedades.

—Habría que darle una buena tunda —soltaban—. Habría que acosarle hasta que también acabe por suicidarse.

—¿Cómo que «habría»? —estallé al fin—. Hoy mismo le daremos una buena paliza para que nunca más se le ocurra volver a hacer lo mismo.

—Sí —dijo Márton—, pero ¿cómo?

—Dejadme a mí —contesté—. Yo le daré una buena lección a ese maricón.

Esta propuesta desencadenó el entusiasmo general, solo Elemér protestó.

—No sería digno de un proletario con conciencia de clase —afirmó tajante, con su habitual tono didáctico—. Va en contra de los «ideales socialistas».

—Pues si quieres ve y dale un beso —repliqué, enfurecido.

—¡Eso! —exclamaron los muchachos.

Los «ideales socialistas» los dejaron igual de fríos que a mí; por otra parte, si no me equivoco, acerca de este tema tenían unas nociones tan turbias como las mías. Todos se pusieron de mi parte y me aproveché de la situación.

—¿Ideales socialistas? —pregunté con ironía—. Eso en mi pueblo se llama cobardía.

Todos rieron, pero Elemér ignoró mi comentario. Siguió hablando con un tono tranquilo y frío.

—Dejemos la demagogia —dijo sin resentimiento alguno—. Pensad: Franciska delataría sin más a Béla y entonces a él también lo echarían.

—Sería mi problema —espeté—. ¿Por qué te rompes la cabeza con los problemas de los demás?

—Porque esto es una acción colectiva —contestó Elemér—. Una sola persona no puede asumir toda la responsabilidad.

—Por mí, vosotros también le podéis dar una patada en el culo —anuncié en un registro menos erudito, y con ello creí que ya me había ganado el apoyo definitivo del grupo.

Pero no. Ni mucho menos. Con eso lo eché todo a perder. Nadie se atrevía a apoyarme porque evidentemente pensaban que tendrían que tomar parte en la pelea, o sea, que Franciska también los podría delatar y entonces terminarían como Gyula.

Además, surgió una nueva propuesta.

—Hagamos con él lo que él hizo con Gyula —propuso Gábor—. Le decimos a la dirección que es maricón y entonces lo echarán.

Eso sería efectivo y, además, no parecía implicar peligro alguno. Todos estaban encantados. Elemér esperó a que nos apaciguáramos para luego preguntar en voz baja:

—¿Conocéis a la familia de Franciska?

Se produjo un silencio. Resulta que no sabíamos nada de Franciska, tan solo que era «maricón».

—Ya veis —dijo entonces Elemér—. Prestad atención: el padre de Franciska es uno de los más ejemplares camaradas, un trabajador siderúrgico, un socialista de toda la vida. Lleva varios años en la lista negra, no le dan trabajo, toda la familia vive de lo que gana Franciska. No querréis que se mueran de hambre, ¿verdad?

Eso serenó un poco a los muchachos, pero tampoco ejerció mayor efecto que lo de los «ideales socialistas».

—Nunca llueve a gusto de todos —dijo Lajos—. Ya los mantendrá con lo que le saque al alemán en la cama.

Eso volvió a provocar risotadas. Elemér esperó que guardáramos silencio y esgrimió otro argumento.

—Bueno, en cualquier caso —dijo—, ¿qué os creéis? ¿Pensáis que la dirección no sabe por qué pasa Franciska media jornada en la trescientos dos? Si vosotros faltáis media hora, os echan una bronca. ¿Por qué creéis que hacen la vista gorda? Porque su amante está forrado de dinero. Es el que vende al ejército los productos químicos alemanes, y para un burgués eso es más importante que la moral. Podéis estar seguros de que una denuncia anónima terminará en la papelera, y si alguien lo delata personalmente será él quien cargue con el muerto. ¿Qué sentido tiene?

Dio en el blanco. Ya no se reía nadie. Volvieron a andarse con rodeos, a irse por las ramas.

Yo ya no tomaba parte en la discusión. Me había retirado, fumaba un pitillo tras otro y callaba. Me comportaba igual que el

pobre Gyula, pensé, y se me hizo un nudo en la garganta.

El debate llegó a un punto muerto y entonces Elemér expuso su propio plan.

—Vamos a boicotearle —propuso—. No le volveremos a dirigir la palabra. Quedamos en que a partir de hoy es como si hubiera muerto, y si alguno de nosotros le habla, lo excluimos del grupo. Que levante la mano quien esté de acuerdo.

Todos votaron que sí menos yo.

—¿Y tú? —preguntó Elemér, mirándome—. ¿Se te ocurre otra cosa?

—Podéis iros a la mierda —gruñí—. Esta es la alternativa que os propongo.

Salí y cerré dando un portazo.

Eran las ocho y no me atrevía a irme a casa. Volví a acostarme en el sótano, pero tampoco pude dormir. Al final entré en el vestuario y me cambié. En el aseo volví a comprobar que no notaba nada sospechoso, lo que me tranquilizó un poco. Resolví irme a Buda a dar un paseo.

Al salir del hotel, de repente me topé con Franciska. Estaba guapo, descansado, perfumado, su rostro de niña era pura sonrisa. ¿Habría sonreído también por la noche?

Iba a seguir mi camino, pero me di cuenta de que Elemér me miraba por la ventana del vestíbulo y, como poseído por el diablo, saludé a Franciska.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunté—. ¿Adónde vas?

Franciska me guiñó un ojo.

—Oficialmente, al Ministerio de Defensa.

—¿Y extraoficialmente?

—Adivínalo.

—¿De paseo?

—Sí. ¿Tú vas a casa?

—Aún no. Voy a dar una vuelta.

—¿Por qué no subimos al monte Gellért?

—De acuerdo —asentí, y me fui con él.

Elemér seguía mirando por la ventana, lo que me produjo una perversa satisfacción. Me puse a silbar.

—¿Le has visto? —preguntó Franciska.

—¿A quién?

—A Elemér. Nos estaba espiando.

—¿Y qué?

Franciska me miró con ojos escrutadores; eran azules, distantes, fríos como el acero.

—Me han excomulgado —dijo con ironía—. ¿No tienes miedo?

—Solo le tengo miedo a Dios Padre. Y no siempre.

«Así que ya lo sabe —pensé—. ¿O simplemente sospecha algo y quiere sonsacármelo? Pues ya puede esperar sentado».

—¿No te sorprende? —preguntó.

—¿Qué?

—Que ya lo sepa.

Para chincharle, no indagué más. Seguí silbando la canción del señor Stux.

—Tengo buenas fuentes de información, ¿no? —Se rio—. Qué idiotas. ¿Boicot? Vaya gracia. Elemér seguramente ha vuelto a soltar el rollo de los ideales socialistas.

Traté de sonreír. No sé si lo conseguí.

Era una mañana hermosa y soleada. Ya íbamos por el puente. ¿Qué pasaría si lo tiraba al río? Y sin querer me estremecí, porque pasó a nuestro lado un policía.

Franciska me tomó del brazo.

—Chico —dijo con tono confidencial—, te juro que me impresionas.

—¿Por qué?

—Porque pasas de ellos. Sabes de qué lado tienes que ponerte.

—¿Lo sé?

—Claro. No seas tan modesto. Llevo algún tiempo observándote. Primero estaban esos americanos, luego los excelentísimos señores, y ahora el turno de noche. Tú eres el único de los

muchachos que sabe de qué va la cosa. —Ahora hablaba con absoluta sinceridad. Me sentí muy desconcertado. Cada vez parecía apreciarme más—. No entiendo por qué no nos hemos hecho amigos antes. Juntos llegaremos lejos. ¿Sabes por qué?

—A ver, ¿por qué?

—Porque sabemos a quién hay que arrimarse. Esos inútiles se pasarán la vida recogiendo boñigas de caballo, porque corren tras un carro que va de vacío. —Me sonrió—. En cambio, nosotros sabemos de qué va la cosa. ¿Ideales socialistas? —Torció el gesto —. ¿Tú qué opinas de eso?

—No sé. No entiendo de esas cosas.

—Yo sí entiendo —afirmó en tono despectivo—. Mi padre es socialdemócrata. A mí me dan ideales socialistas hasta para desayunar.

—¿Y tú qué opinión tienes?

—¿Qué pienso? —Se encogió de hombros—. Que tienen razón. La pobreza es mala. ¿Y qué? La muerte también lo es. Vete a combatir la muerte. Siempre ha habido muerte y siempre ha habido pobreza. Lo único que cuenta es si te gusta ser pobre.

—A quién le va a gustar.

—Claro. Entonces, ¿qué es eso de conciencia proletaria? La cuadratura del círculo. A nadie le gusta ser pobre. ¿Y cómo se remedia la pobreza? Con dinero, ¿verdad? ¿Dónde puedes encontrar dinero? Allí donde lo hay. ¿Dónde lo hay? Entre los ricos. Ya ves. Entonces, ¿para qué voy a querer seguir con los pobres? Es como lo de la zorra y las uvas. Solo dice que los capitalistas están verdes quien no es suficientemente listo para ponerse a su nivel. Bueno, y los tipos como Elemér, que son peores incluso que los idiotas.

—¿Por qué?

—Porque no son idiotas, y sin embargo viven como si lo fueran. En vez de ayudarse a sí mismos pretenden salvar el mundo. Menuda gracia si lo piensas bien. Fíjate en Elemér: son ocho en un

mismo cuarto, tres de sus hermanos ya han muerto de tisis, pero él tiene principios.

—¿Tú no tienes principios?

—Sí. La diferencia es que yo no me aferro a ellos. La vida no es una ciencia exacta, donde todas las cuentas cuadran. Yo siempre me guío por el principio que me da mejor resultado. ¿Para qué aferrarme a algo que no me dé provecho?

—Pero tú también te beneficiarías si se aboliera la pobreza.

—¡Si se aboliera! ¿Dónde lo han hecho? ¿Cuándo?

—Por eso luchan, ¿no? Algún día lo conseguirán.

—¡Algún día! Me encanta. Después de que me muera, ¿no? Pues oye, yo me cago en eso. Mira a mi viejo. Se ha pasado toda la vida luchando por sus ideales. ¿Y de qué le ha servido? De nada. No ha logrado mejorar las cosas, pero ha echado a perder su propia vida. Desde que tengo uso de razón no he visto en casa más que miseria, penas, enfermedad y miedo. Cada vez que un policía entra en el edificio, a mi madre le da un ataque de corazón. El viejo ya ha estado cuatro veces en chirona, en una ocasión dos años seguidos. Tuvieron que operarle tres costillas tras la paliza que le dieron los guardias. Está en la lista negra, no le dan trabajo en ninguna parte, parece una presa en una cacería y siempre ha sido así. Nunca hemos tenido lo suficiente para comer, nunca hemos tenido ropa decente, nunca hemos tenido un día agradable. Siempre hemos vivido como perros. ¿Por qué? Por el futuro, dice el viejo. Y yo, su hijo, ¿no soy su futuro? Contéstame, por favor. ¿Qué me dices?

—Claro que lo eres.

—Ya ves. Pero yo me cago en aquello por lo que él ha luchado toda la vida. No necesito ese mundo, se lo regalo. Entonces, ¿de qué le ha servido la lucha? ¿Qué sentido ha tenido?

—No todos piensan como tú.

—Pero tampoco como él. ¿Cómo diantre sabe que a la gente le gustará el mundo que él desea para todos? ¿Tengo razón o no? ¿Por qué no respondes?

—Tienes razón —dije, y me quedé desolado al darme cuenta de que lo decía en serio.

Sí, tenía razón, la tenía en muchas cosas, era horrible.

Subíamos por la ladera del monte. Desde allí los antiguos paganos habían arrojado al obispo Gerardo al Danubio cuando pretendía convertirlos al cristianismo. ¿Qué pasaría si yo ahora…?

Le solté el brazo.

—¿Tienes un pitillo? —pregunté, y mi voz sonó extraña. Él no lo notó.

—Aquí tienes —dijo con amabilidad y me extendió una pitillera de plata.

En su interior había cigarrillos egipcios, diez a cada lado. En mi pueblo un labrador tenía que trabajar cuatro días enteros para ganar lo que valían esos veinte cigarrillos. Entonces, ¿quién tenía razón?

—Vamos a sentarnos —propuso Franciska.

Nos acomodamos a la sombra de un arbusto de lilas. En el aire flotaba una fragancia dulce y cálida, el claro estaba repleto de flores silvestres de todos los colores, una brisa suave y tibia peinaba la crecida hierba. El murmullo de la ciudad quedaba lejos. No había ni un alma; un pájaro cantaba sobre nuestras cabezas. Súbitamente voló en picado, cazó un insecto y siguió con su vuelo y su canto. Todo era idílico. Los animales grandes se comían a los más pequeños, y abajo en la ciudad la gente hacía lo mismo. Fumábamos sin hablar.

De pronto Franciska se volvió hacia mí.

—¿Sabes que soy yo quien mantiene a toda la familia?

—¿De verdad?

—Sí. ¿Y sabes cómo me lo agradecen? Ayer mi hermano menor me echó en cara, delante de toda la familia, que era un gamberro, un cerdo egoísta. ¿Crees que mi padre le dio una bofetada? Nada de eso. No dijo ni una palabra, pero sé que opina lo mismo. Toda mi familia piensa igual. ¿Qué te parece? Yo, que los mantengo a todos, soy el egoísta y mi padre es el altruista, aunque si por él fuera hace tiempo que habríamos muerto de hambre. —Irritado, le dio un

golpecito al pitillo para que cayera la ceniza—. Pero no será por mucho tiempo —dijo enfadado—. Le conseguiré un puesto a mi padre, para que no los desahucien y luego los dejaré plantados como a una estaca.

—¿Vas a conseguirle un puesto?

—Claro, no lo va a hacer el Partido Socialista.

—¿Y cómo puedes conseguirle un trabajo tal y como está el mundo?

Franciska permaneció en silencio un instante.

—A ti te lo puedo decir —soltó, bajando un poco la voz—. He hablado con el alemán. A ese no le costará ningún esfuerzo.

—Así que a tu padre le darán trabajo.

El chico frunció el entrecejo y su mirada se perdió entre las volutas de humo.

—Bueno, no es tan fácil —concedió al fin.

—¿Por qué?

—Ya sabes que ese alemán es buena persona, pero tiene una manía. Mejor dicho, dos: los rojos y los judíos. Hermano, seguro que nunca habías oído algo parecido. Dice que en Alemania los van a eliminar, pero no de una forma tan chapucera como hicieron los blancos aquí, que como mucho arrojaron al Danubio a los redactores del *Népszava* o degollaron a unos centenares de judíos y luego aquí no ha pasado nada, todos en paz. Dice que eso fue una chapuza. Hay que exterminarlos legalmente, dice, sin secretos, de una forma limpia, ordenada, con precisión alemana.

—¿Y sabe que tu padre es rojo?

—Ahora sí. Lo malo es que no se ha enterado por mí. Ya sabes, se lo tenía que haber dicho poco a poco, dorándole la píldora. Pero ahora ya da igual. Fui tonto al no contárselo. Se enteró en la fábrica donde quería conseguirle un puesto.

—¿Y qué pasó?

Franciska silbó.

—¡Casi nada! Tendrías que haberle visto. Le dio un ataque de furia. Que si lo había puesto en una situación delicada, que si me

creía que él podía ayudar a un hombre como mi padre… Que la gente así debía morir con su familia y todo, etcétera, etcétera.

—¿Y qué vas a hacer?

—Déjamelo a mí. —Hizo un gesto tranquilizador—. Primero haré que el tipo se consuma de ganas.

—¿Cómo?

—Lo sabes de sobra —contestó algo irritado—. Bastante hablan de mí en el hotel. —Me miró y luego añadió con misterio—: Pero hay algo que ignoran.

—¿Qué?

—Que está colado por mí.

Lo dijo con tanta naturalidad como si el alemán fuera una mujer, o si la mujer hubiera sido él y el alemán un amante consumido de amor. Debí poner cara de tonto ya que con un tono casi hostil me preguntó:

—¿Por qué me miras así?

—Es que… —balbucí— nunca había conocido a nadie así. —Bajé el tono de voz involuntariamente—. En realidad, ¿cómo funciona? ¿Un hombre de esos puede enamorarse de otro hombre igual que yo de una mujer?

Franciska hizo un ademán de superioridad.

—Claro. E incluso más.

—Y… ¿tú también estás enamorado de él?

—Qué va —contestó, soltando una risotada.

—Pero tú también eres de esos, ¿no?

—No.

—¿No?

—Pues no. A ver, ¿por qué me miras con esa cara de estúpido? No todos los que lo hacen lo son.

—¿Cómo?

—Algunos nacen así y otros solo lo hacen. Yo solo lo hago.

—Pero ¿cómo puedes hacerlo si no eres de esos?

—¿Cómo? Mira que eres bobo. ¿Es que en tu escuela los chicos no se lo hacían entre ellos?

—Algunos sí.

—¿Y eran todos de esos?

—No creo.

—Ahí lo tienes. Pues si se puede hacer entre compañeros, ¿cómo no voy a poder hacerlo con él?

—¿Y es lo único que hacéis? ¿Nada más?

—También otras cosas, no lo niego, pero… —Sonrió—. Tampoco es que esté mal. Además, ¿por qué no lo voy a hacer si me conviene?

—¿Solo lo haces por interés?

Franciska recapacitó.

—En realidad no lo sé. De todas formas algo hay que hacer, y en resumidas cuentas es lo mismo, ¿o no? Los chicos se gastan el dinero en ello, y las mujeres les pegan toda clase de enfermedades. Y encima ellos van explicándolo por ahí. Bueno, no seré yo quien se lo impida. Pero terminaré casándome, y ya verás con qué mujer.

Lo miré asombrado.

—¿Tienes novia?

—Aún no. Me echaré novia cuando llegue arriba.

—¿Por qué? ¿Vas a casarte por dinero?

—¡Qué va! Yo voy a querer a mi mujer, pero solo me casaré con una mujer muy bella e inteligente. ¿O te crees que solo las pobres son bellas e inteligentes?

—No. Pero ¿qué harás si te enamoras de una mujer pobre?

—Por eso quiero llegar a los círculos más altos. Si solo conozco a gente rica, no podré enamorarme de una pobre. ¿Qué te parece? De modo que sí, me casaré por amor, pero a mi manera.

¿Quién sería tan listo de demostrar lo contrario? Sí, ese muchacho acabaría casándose por amor. Me sentía estúpido a su lado. Permanecí allí tumbado boca arriba, mirando el firmamento en silencio. El cielo era azul y distante, como los ojos de Franciska.

—Dime —le pregunté—, ¿eres ateo?

—¿Yo? —Me miró casi indignado—. ¿Cómo se te ocurre? Solo los rojos y los judíos son ateos. Yo le doy a Dios lo que es de Dios, y

al César lo que es del César.

—Pues no piensas como si fueras una persona religiosa.

—¿Cómo que no? ¿Porque soy una persona realista? Pienso como la sociedad en que vivo. La sociedad es el César, ¿no? La Biblia no dice que des al buen César lo que es del buen César: la Biblia habla del César a secas. Y ya aprendiste en la escuela cómo eran los césares en aquella época. ¿Eran acaso buenas personas? ¿Por qué no me respondes?

—No —dije entre dientes.

—¿Ves? —apuntó—. Ahí tienes mis firmes bases morales y religiosas.

¿Quién podría discutírselo? En realidad volvía a tener razón. Sí, sabía dónde estaba la madre del cordero. Y llegaría lejos. ¿Y Elemér lo quería despachar con un boicot? Pobre Elemér. Pobres creyentes. Miré al cielo porque no quería que viera qué cara ponía.

—Dime —pregunté—. ¿Qué opinas del pobre Gyula?

—Terrible —contestó con tono inexpresivo—. Pobre muchacho.

—¿Crees que lo delató alguien?

—No lo sé. ¿Qué importa eso ya?

—¿Cómo? Si no lo hubieran delatado no se habría suicidado.

—Ese no era motivo para matarse. Además, como creyente desapruebo el suicidio. Era una persona débil, por eso murió. Qué se le va a hacer, así es la vida. Los débiles sucumben.

—Pero Gyula no era débil. Era más fuerte y sano que tú.

Franciska me lanzó una mirada de sospecha.

—Pero esa no es la cuestión, amigo —dijo, y percibí un deje irónico y malicioso en su voz.

—¿Ah, no?

—El más fuerte es quien logra imponerse sobre los demás. El resto no cuenta.

Permanecí en silencio. ¿Por qué no había sido Gyula el vencedor, ese Gyula fuerte y sano? ¿Tal vez porque no era lo bastante «fuerte» y «sano» para romperle la crisma a su compañero? ¿O porque se había atrevido a soñar? ¿Porque

fantaseaba con que aquella zorra sifilítica era una heroína romántica? Franciska, en cambio, no soñaba. Franciska era una «persona realista». Él sencillamente se hubiera puesto un preservativo. ¿Dependía la vida de nimiedades de esa clase?

—¿El resto no cuenta? —disparé al fin.

—Claro que no.

—¿Y te parece bien?

—No sé —dijo encogiéndose de hombros—. A decir verdad, tampoco me quita el sueño. Las cosas son así y me conformo con los hechos. Soy una persona realista.

—¿Y qué pasaría si fueras tú el más débil? —le pregunté de repente, y me acerqué a él—. Mira, por poner un ejemplo, aquí estamos tú y yo. Yo soy más fuerte que tú. ¿Qué harías si quisiera estrangularte?

Sus ojos azules y distantes me miraban con tranquilidad.

—Te pegaría un tiro —dijo con el tono más natural del mundo.

—¿Llevas pistola?

—Sí. ¿Tú no?

—No.

—Ya ves. —Sonrió—. La vida depende de nimiedades como estas. —Y sacó del bolsillo del pantalón una delicada y diminuta Browning—. Está cargada.

Observé la pistola en silencio. Era un arma minúscula, fina, casi femenina. «Parece de juguete —pensé—. Y si me pega un tiro, moriré. Sí, parece que la vida depende de nimiedades como estas». El corazón me palpitaba. Me invadió un temor mortal.

Franciska sonreía.

—Vámonos —dijo con desenvoltura, pero en su voz se notaba una amenaza oculta. Una orden.

Me puse en pie. Seguía sosteniendo la pistola en la mano. Ahora la tenía en la mano izquierda porque con la derecha se estaba limpiando el polvo del trasero del pantalón. «He aquí al vencedor», pensé. Miré su cara de muñeca engreída, sus ojos azules y

distantes, su sonrisa. Se sentía muy seguro. Y entonces algo sucedió en mi interior.

Resulta difícil, tal vez imposible, de explicar. Era como lo que sentía de niño en la escuela al enfrentarme a toda la clase; podían haberme despedazado como una fiera y no obstante yo fui más fuerte. Me invadió la ira. Había perdido la serenidad. Era una confianza en mis posibilidades más bien propia de un lunático. «¡Qué idiotez! —pensé entretanto—. Eres idiota. Te matará». Pero fui incapaz de seguir pensando con claridad. Me arrastró la furia, la sangre, el instinto o algo totalmente diferente que no puede reducirse a meras palabras.

—¡Pégame un tiro si te atreves! —le dije con tono bronco.

Franciska se puso pálido.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó con una sonrisa forzada—. ¿Qué te pasa?

—Te voy a dar una paliza y te dejaré medio muerto —dije sin alzar la voz—. Tú tienes la pistola. Veamos quién de los dos sale vencedor.

Franciska hizo un gesto nervioso.

—¡Vete al carajo! —dijo, y se alejó.

En ese mismo instante le di una bofetada tremenda. Franciska asió la pistola, pero de un golpe se la tiré al suelo. Empezó a chillar.

—Socooo…

No pudo decir nada más. Le metí el pañuelo en la boca y le asesté un mamporro en la cabeza que lo dejó tendido. Entonces me senté sobre su barriga.

—Muy bien —dije—. Ahora estamos tú y yo solos. Veamos quién sale vencedor. Te podría matar a puñetazos, pero no lo haré. ¿Sabes por qué? Porque entonces yo también me vería en un aprieto. Ya ves que aprendo rápido. Solo te dejaré medio muerto, porque eso no me acarreará problemas. ¿Por qué no? Porque a mí no me vas a denunciar, como al pobre Gyula. ¿Y sabes por qué no, querido realista? Porque entonces yo diría que querías abusar de mí. ¿Quién no se lo va a creer? Todo el mundo sabe que eres

maricón. ¿Crees que tu alemán te sacará del apuro? ¿Que mandará que me echen del hotel? Te equivocas. Porque entonces yo lo pondré todo por escrito y lo mandaré a la prensa. ¿Que sobornáis a la prensa? Entonces te denunciaré. ¿Que sobornáis al juez? ¿De qué os servirá? Mientras tanto, habré aireado todo lo que sé sobre ti, el alemán y una refinada dirección de hotel que consiente tales cosas. Pero no será necesario. ¿Sabes por qué? Pues porque sois personas realistas. Tenéis miedo. Solo tenéis miedo a lo ordinario y tangible. A los fantasmas no les tenéis miedo. Pero ahora es el fantasma de Gyula el que está sentado sobre tu vientre. ¿No te lo crees, querido realista? Entonces fíjate: esta bofetada te la da el difunto Gyula. ¿Cómo te sientes cuando eres tú quien recibe los golpes? ¿Acaso los débiles creéis que siempre saldréis venciendo y nosotros los fuertes, perdiendo? ¿Acaso piensas que los escrúpulos de los soñadores os podían librar de pasarlo mal? Tienes mala pata, hermano, no has tenido en cuenta que hay brutos como yo que también tienen sueños. Que no solo existen tipos como Elemér. Que también hay asquerosos campesinos como yo que aún no han olvidado cómo dar palizas. ¡Pues fíjate bien, querido realista!

Le di un puñetazo y continué sacudiéndole hasta que se desmayó. Después le saqué el pañuelo de la boca, me guardé la Browning en el bolsillo y bajé al Danubio. Solo al llegar a la orilla noté lo cansado que estaba. Me senté en las escaleras que bordeaban el río. Entonces noté el bulto de la pistola contra la piedra.

Miré alrededor. No había nadie a la vista. Saqué la pistola y la tiré al agua. Luego me quedé allí, contemplando el río. La oí hundirse. Sobre la superficie se iban ensanchando unos círculos temblorosos; luego el agua quedó tan lisa que vi mi cara reflejada en ella. Sonreí.

Me empezaron a pesar los párpados y fui dando cabezadas. Me acordé de ciertas noches de verano, de cuando con catorce años me hacían cosechar trigo de sol a sol. Sentía el mismo cansancio y la misma satisfacción que entonces. La luna brillaba sobre el trigal

segado. Y yo había hecho un buen trabajo. Caminaba hacia casa en compañía de los demás campesinos, nuestros pasos pesados y cansados retumbaban bajo los álamos bañados por la luz de la luna. En el casino los gitanos tocaban para los señores; nosotros también cantábamos, pero la letra de nuestra canción era bien distinta:

Soy tan fuerte como tú,
pego fuerte, igual que tú.

14

Serían las nueve de la noche cuando sonó el teléfono.

—¿Eres tú, Béla? —preguntó una voz.

—Sí, ¿quién habla?

—Elemér.

Me estremecí. ¿Qué querría? Tal vez Franciska me había delatado y… Cerré la puerta de la cabina, para que nadie me oyera.

—Dime —le dije, nervioso.

—¿Podrías esperarme por la mañana?

—¿Por qué?

—Quisiera hablar contigo.

—¿Ha pasado… algo?

Se hizo un silencio, y luego:

—Sí.

—¿Qué?

—Ya te lo diré mañana. Nos vemos a las ocho y media en la entrada.

—Está bien.

Miré el reloj. No eran ni las nueve y media. Tenía que esperar once horas más. Once horas son seiscientos sesenta minutos y en momentos así de poco valen las grandes palabras. Pensé en los terribles días del hambre, las caminatas de seis horas, las noches de tos. Pensé en Berci, en mi madre, en la botella de lejía. Y me pregunté: ¿ha valido la pena?

Me invadió el miedo. Al decir que sí, una voz decía en mi interior: no. Al decir que no, otra voz contestaba: sí.

Sí. No. Sí. No. ¿Quién tenía razón?

¿Franciska? Sí. Una vez más. Él no habría cometido una estupidez como la mía. Primero se preguntaría: «¿Qué beneficio me aporta?». «Solo yo puedo ser tan idiota», me decía. Pero en el fondo estaba orgulloso de mi «idiotez». Me sentía orgulloso de no ser tan «listo» como él. Y le envidiaba.

Elemér llegó, como siempre, puntual, con una puntualidad que «daba risa», según decían los compañeros. No llegaba ni antes ni después de la hora fijada. Entró por la puerta a la hora exacta, cuando en el reloj de la esquina la manecilla marcaba el número seis.

—¿Me acompañas? —preguntó—. Voy a la comisaría.

Al oír «comisaría» me estremecí instintivamente.

—Tengo que llevar las fichas de los clientes que llegan y se van —dijo, y señaló el fajo de volantes.

Claro, me acordé de que lo hacía cada mañana. Tal vez me estaba volviendo loco.

—Vamos —dije, y nos pusimos en marcha.

Caminamos sin hablar, uno junto al otro. Elemér sin duda esperaba que yo iniciara la conversación, pero yo no decía ni pío. Me limitaba a velar por mi «reputación». Caminaba a su lado con las manos hundidas en los bolsillos y la barbilla apretada contra el pecho, como solía hacer cuando era niño.

Fue él quien rompió el silencio.

—¿Lo has oído?

—¿Qué?

—Que Franciska está hospitalizado.

—¿Qué le pasa? —pregunté con una tranquilidad forzada.

—¿No lo sabes?

—¿Debería saberlo?

—Tú fuiste el último que habló con él.

—Entonces aún estaba bien.

No le miré, pero sentía que sus ojos se clavaban en mí.

—Pues ahora está en un estado bastante lamentable —dijo—. Los médicos temen que tenga lesiones internas.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Para ser franco, tengo que admitir que a mí lo que me preocupaba no eran las lesiones internas de Franciska. Se trataba más bien de mis propias lesiones. Levanté la mirada, pero el rostro de Elemér no revelaba nada. Era, como siempre, inexpresivo. «Cara de Palo», pensé, irritado.

—¿Y en el hotel qué dicen? —tanteé.

—Dicen que ha tenido un accidente de tráfico.

—¿Accidente de tráfico?

—Sí.

Casi me lo creí. ¿Por qué no?, me animé. A veces se dan coincidencias extrañas.

—¿No le habrá atropellado un coche?

—No. —Elemér permaneció un instante callado—. Creo que lo del accidente es un cuento.

Notaba algo raro en su voz. No me atreví a mirarlo.

—¿Por qué?

No me contestó enseguida.

—Creo que le han pegado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Fui a verlo al hospital.

—¿Pese al boicot?

Hizo como si no hubiera notado la ironía.

—Sí —repuso—. Temía que otro más terminara como Gyula.

Lo dijo con llaneza, con naturalidad, como si el alma de todos nosotros estuviera a su cargo y él tuviera que pagar con su vida por ellas. Sentí vergüenza.

Volvimos a callar. Un buen rato después me atreví a preguntarle:

—¿Y qué dijo Franciska?

—Dijo lo mismo.

—¿Que había tenido un accidente de tráfico?

—Sí.

—¿No dijo nada más?

—No.

—¿Y a la dirección también le dijo lo mismo?

—Supongo.

—¿No estás seguro? Me refiero a que… —De pronto cerré la boca.

Elemér me miró con ojos inquisidores.

—¿Querías preguntar si había delatado a alguien?

—Sí.

—No creo —dijo, sin dejar de escrutarme.

Sentí que me sonrojaba. Pero no pude resistirme a hacer otra pregunta:

—¿Y por qué no?

—Porque entonces esa persona ya no estaría en el hotel. Los señores no hacen la vista gorda en asuntos así.

«Así que no hay ningún problema», pensé aliviado. Pero luego me pregunté sobresaltado: «¿Y entonces por qué quería hablar conmigo?».

Ya se veía el inmenso edificio amarillo de la comisaría. Tenía que averiguarlo. Pero ¿cómo…, cómo se lo preguntaría sin descubrirme? Aminoré la marcha.

Elemér me miró.

—¿Bajamos unos minutos a la orilla? —preguntó.

—Sí —repuse. Quería saber más.

Atravesamos la plaza y bajamos al muelle. No había nadie a excepción de unos marinos más allá, en el puerto desierto. Nos sentamos en unos escalones.

—¿Le has pegado tú? —preguntó Elemér sin más.

Me miró con tal sinceridad con sus ojos de gato viejo que no me atreví a mentirle.

—Sí.

No dijo nada. Se quedó mirando el agua, pensando un buen rato, y luego, con una frialdad impresionante, con un interés casi

científico, preguntó:

—¿Por qué lo has hecho?

Me exasperaba su calma. Me encogí de hombros.

—Lo sabes muy bien.

—Yo sí lo sé —contestó—. La cuestión es si lo sabes tú.

—No te entiendo. —Y lo miré perplejo.

—Si te cabreas no lo entenderás nunca —añadió con un tono de voz seco y doctoral, pero en aquellos ojos de gato viejo que por edad no le correspondían entreví su buena voluntad—. Quisiera hablar contigo en serio. Dime, ¿por qué lo hiciste?

Volví a encogerme de hombros.

—Como ves, yo tenía razón.

—¿En qué?

—No se ha atrevido a delatarme.

—No. ¿Y qué?

—¿Y qué? —solté, cada vez más irritado—. Se reía de vuestro genial boicot. De esto no va a reírse. Esto no lo va a olvidar. La próxima vez que quiera delatar a alguien se acordará de su «accidente de tráfico». Cruzará la calle con mayor precaución.

—Es posible —admitió Elemér—. Pero tú no solo le has pegado por eso… ¿O sí?

—No —repuse, y me invadió una vaga inquietud—. ¿Cómo lo sabes? —pregunté con asombro pueril.

—A mí me pasaba lo mismo. Todos empezamos así. Uno se enfrenta a un sinvergüenza cualquiera y se imagina que acaba de emprender una cruzada contra todos los sinvergüenzas del mundo. Solo por Franciska tú no lo hubieras arriesgado todo. Lo que provocó tu conducta era algo más hondo, y estas cosas no pueden arreglarse pegando a la gente.

—¡Sí, solo se solucionan así! —contesté acalorado—. Precisamente ayer me di cuenta de ello. ¿Has charlado alguna vez con Franciska?

—No.

—¡Ajá! Si hubieras oído las cosas que me dijo, no me estarías hablando así. ¿Crees que a esos tipos se les puede convencer? ¡Una leche! Es imposible, ¿y sabes por qué no? Porque… —De súbito me detuve. Parecía tan terrible, tan indignante lo que iba a decir que no me atrevía a hacerlo. Pero entonces nuestras miradas se cruzaron y al ver en sus ojos ese tremendo e inquebrantable sosiego, me irrité. Decidí confesárselo y lo hice casi gritando—: ¡Porque tienen razón! ¿Entiendes? Ellos tienen razón.

—Claro —dijo Elemér sin mostrar ninguna señal de asombro—. De eso se trata precisamente. Quien quiera llegar a ser alguien en este mundo, a grandes rasgos tiene que proceder como Franciska. ¿Cómo sería posible cambiarlos? Es el mundo lo que hay que cambiar, Béla, de eso se trata. Entonces sus verdades se convertirán en mentiras y sus vilezas ya no tendrán razón de ser. ¿Crees acaso que Franciska es peor que los demás? Qué va. Entiéndelo: el mundo actual es de los que son como Franciska. Todos llevamos en nuestro interior a un Franciska, lo que ocurre es que no asoma de buenas a primeras. Ya verás, en la vida te encontrarás con miles y miles de personas honradas y decentes que, si tuvieran que tomar partido en una situación crítica, no serían mejores que él. Entonces oirás los lamentos de los burgueses: «Ay, qué mala es la gente». Pero no. La gente no es mala ni buena. La gente es gente. Quiere vivir y vive como puede. ¿Que hoy solo puede vivir así?, pues vive así. ¿Qué remedio les queda? «Si se quiere aullar, hay que hacerlo en la manada», dicen los burgueses tan tranquilamente. Si quieres, en eso también tienen razón. Hay que unirse a los lobos. O enfrentarse a ellos. No queda otra alternativa. Hay que elegir entre estas dos. ¿Me sigues?

—Sí —contesté, y de pronto me acordé de lo que le había dicho Menyhért, el marino, a mi padre: «En un mundo como el nuestro solo tienes dos alternativas: hacerte revolucionario o sinvergüenza».

Sí, al parecer hay que optar por una de estas dos salidas. Ni que decir tiene que hay sinvergüenzas buenos y honrados, como por ejemplo mi padre; al igual que los hay pequeños e insignificantes,

con el corazón podrido como Franciska, o altivos y pomposos como el excelentísimo señor. Pero ¿qué diferencia hay entre ellos? Al fin y al cabo da lo mismo. Si hay que tomar partido, uno se hace revolucionario o sinvergüenza. O aúllas con los lobos o te enfrentas a ellos.

—Sí —le dije, y mi voz adquirió un tono solemne—. Acabo de aprender algo para toda la vida.

Elemér me puso la mano en el hombro.

—Serás un buen socialista, Béla.

—¿De verdad? —pregunté con ardor infantil.

—Sí —concedió, y me sentí como en la ceremonia de fin de curso de la escuela, cuando me entregaron el libro.

«Oh, Dios mío —pensé—, cómo me gustaría sentirme parte de algo. ¡Salir de esta bruma, de esta turbación, encontrarme por fin a mí mismo y tener un lugar entre la gente!».

—Dime —le pregunté emocionado—, ¿militas en el partido?

—Sí. Estoy en el movimiento de jóvenes obreros.

—¿Me podrías llevar contigo?

—Sí —respondió, pensativo—. Pero habría que hacerlo paso a paso.

—¿Por qué?

—Porque aún no sabes lo suficiente.

—¡Pero si los demás también son aprendices! —me rebelé—. ¿Todos saben más que yo?

—Todo lo contrario —afirmó Elemér—. No son tan inteligentes como tú. El talento implica peligro, Béla. Tú además fuiste campesino, y la burguesía tiene al campesinado sumido en la más oscura ignorancia. Me temo que te desconcertaría tanta luz de repente. Sin ir más lejos, Franciska te sacó de tus casillas hasta el punto de que casi le rompes la crisma. No tienes ni idea de lo que vas a ver cuando te integres en el movimiento. Espera, Béla, y aprende.

—Pero ¿cómo narices voy a aprender si no estoy entre ellos?

—Leyendo.

—No tengo dinero para comprarme libros.

—Ya te los traeré yo —dijo, y con un gesto torpe metió la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Hoy te he traído uno.

Extrajo un libro manoseado y desencolado que se titulaba *El abecedario del socialismo*.

Me quedé mirando la cubierta amarillenta y me puse triste. Me acordé del libro de inglés de la avenida del Emperador Guillermo. En aquel libro ponía que en medio año cualquiera podía llegar a dominar el inglés «sin profesor y en su propio hogar». Este, en cambio, no enseñaba más que el abecedario. ¿Y dónde estaba el resto? Me hubiera gustado preguntarle cuánto tiempo se necesitaba para aprender qué era el socialismo, pero no me atreví, porque temía que el gran sabelotodo se riera de mí. No obstante, decidí que en cuanto se marchara me volcaría en el libro y no me movería de allí hasta devorarlo. Le demostraría lo rápido y capaz que era de aprenderme el socialismo y algún día sabría incluso más que él.

—Si te apetece —siguió Elemér— me puedes esperar por las mañanas. Damos una vuelta y hablamos de tus lecturas.

—Vale.

—Y no les digas nada a los compañeros —añadió—. Ni les comentes que he ido a ver a Franciska ni que… Bueno, no les comentes nada. El boicot lo mantenemos. Creo que a partir de ahora, tú tampoco tendrás ganas de hablar con él, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces me voy —dijo, poniéndose en pie.

Se levantó como un dependiente atento y esforzado que acabara de convencer a su cliente de la calidad de la mercancía y la fiabilidad de la empresa. Había algo en él que me daba risa y al mismo tiempo admiraba. Lo miré y de pronto me invadió tal sentimiento de gratitud que no supe qué hacer. «Dios mío —pensé —, ¡cuánto le debo! Primero me prestó su traje, luego su amistad y ahora la mente».

—Gracias, Elemér —se me escapó.

—¿Gracias por qué? —preguntó extrañado.

Su expresión era neutra: volvía a ser Cara de Palo.

—Por el libro —contesté, e intenté poner cara de palo como un buen socialista.

Pasaron dos semanas y seguía sin «notarme» nada raro. Me iba tranquilizando. A mi alrededor también se apaciguaron las cosas. Mandamos una corona de flores al entierro de Gyula y le olvidamos rápido. Su lugar fue ocupado por otro muchacho, un tal Boldizsár, y un día a Franciska le dieron de alta en el hospital. Durante un tiempo lo observé con recelo, pero al final me convencí de que nada tenía que temer. Cuando nos cruzábamos hacía como si nunca en la vida nos hubiéramos visto y yo, naturalmente, evitaba llamarle la atención. Los demás lo boicoteaban de veras, lo que era muy encomiable pero nada difícil, porque Franciska nos rehuía de tal manera que sin el boicot tampoco hubiésemos podido hablarle. Por cierto, el accidente de tráfico no pareció dejar ninguna secuela. Iba guapo, relajado, perfumado, igual que antes: un rostro de muñeca y todo sonrisas. A Boldizsár el uniforme de Gyula le quedaba como anillo al dedo, no hubo que cambiar ni un botón. Se adaptó al trabajo con tal perfección que apenas notamos el cambio. No era tonto ni listo: era neutral, como Suiza. A las pocas semanas ni siquiera lo notábamos, ya era como una pieza del mobiliario. La vida en el hotel giraba sin sobresaltos por su órbita de costumbre y los días eran grises como burros que van siempre por los mismos senderos trillados.

Desde el percance, rehuía a Manci como a la peste. Cuando el bar cerraba no me iba a casa para evitar encontrarme con ella; de madrugada me acostaba en uno de los rincones del sótano, dormía hasta las ocho y media y luego acompañaba a Elemér a la comisaría. Así un día tras otro. Tras cumplir Elemér su tarea, bajábamos andando al Danubio, dábamos una vuelta por Buda, por entre las casas de planta baja que parecían hechas de pan dulce y en las que aún estaba de moda el Biedermeier, con las ventanas

adornadas con geranios y donde las jovencitas tocaban al piano «Para Elisa».

Estos tranquilos paseos matutinos resultaban muy placenteros. Elemér tendría por aquel entonces dieciocho años, y yo, dieciséis. La nuestra era una amistad curiosa. Nos encontrábamos cada día, nos sentíamos tan apegados como solo pueden sentirse dos adolescentes, pero nunca intercambiamos confidencias. Elemér seguía siendo hermético, no hablaba de sus asuntos personales y tampoco preguntaba sobre los míos. Exponía incansable los «ideales socialistas». Empezó, en efecto, por el abecedario, y me guió por la jungla de esa ciencia desconocida con la serenidad, la prudencia y la profesionalidad de un cazador de leones. Me traía un libro manoseado tras otro y yo los devoraba con un hambre canina; hubo semanas en que casi leía uno por día.

Tenía, en efecto, un hambre canina. Mi curiosidad insatisfecha se lanzó sobre el marxismo como un lobo hambriento, engullía el pesado alimento a medio masticar y más de una vez sufrí problemas de digestión. Con el tiempo, aprendí la jerga y los términos técnicos, y al «discutir nuestras lecturas» con Elemér hacía malabarismos con las palabras extranjeras. Pero en privado, para decirlo con delicadeza, «simplificaba» el socialismo. Me parecía el típico asunto de Sándor Rózsa. Quitar el dinero a los ricos y repartirlo entre los pobres. Era eso y no otra cosa, no me cabía la menor duda. La idea no me parecía nada novedosa. Sándor Rózsa había hecho lo propio en su tiempo y yo siempre había sido un asiduo seguidor del famoso bandolero. En lo que respecta a la organización del proletariado, mantenía la misma opinión que en mi niñez, cuando pretendía reclutar a los adultos pobres siguiendo el ejemplo de las pandillas de chavales. La única diferencia, pensaba yo, residía en que los socialistas no solo pretendían reclutar a los pobres de una aldea, de una ciudad o de un pueblo, sino de los cinco continentes, lo que consideraba una idea muy acertada: ¡Proletarios del mundo, uníos!

Hasta ahí todo bien. Me parecía bonito, novelesco y sentía un entusiasmo sin reservas. No obstante, había muchos detalles que

detestaba en secreto. En primer lugar, no era capaz de entender para qué servía todo ese complicado devanarse los sesos. Al pobre no había necesidad de convencerlo de que la pobreza era mala, y con el rico no valía la pena ni intentarlo. Los capitalistas eran el origen de tanta injusticia y ni se les ocurriría devolver por las buenas lo que les habían robado a los pobres durante siglos. Había que conseguir el poder por la fuerza, según Marx: por la fuerza, o sea, de la única manera posible.

—¿Y por qué no lo hacen? —le pregunté a Elemér.

—Porque aún no se puede —contestó—. La burguesía tiene una fuerza excesiva. Aún no ha llegado el momento histórico.

En un principio más o menos lo asumí, pero más adelante, al empezar a leer la sección de internacional de los periódicos, me surgieron unas dudas inquietantes. Me percaté de que el Partido —término con el que designábamos al Partido Socialdemócrata— ya estaba en el poder en numerosos países: tenía ministros y hasta primeros ministros y, no obstante, todo seguía como antes.

—¿Por qué? —inquiría yo.

—Porque aún no han tomado el poder.

—No entiendo —replicaba—. ¿Cómo es que no han tomado el poder si están en el poder?

—Porque aún no ha llegado el momento histórico —repetía Elemér.

No, eso no podía comprenderlo, y de pronto me desviaba del discurso científico.

—¡Qué bobada! —decía yo—. ¿Y cuándo llegará el momento histórico si no es ahora, cuando están en el poder?

En tales casos Elemér se salía por la tangente. Decía cosas como: «Son cuestiones muy complejas. Aún no hemos avanzado tanto en tu aprendizaje». O bien: «De momento no te ocupes de esas cosas. Primero debes tener claras las nociones básicas».

Con o sin nociones básicas, no llegaba a comprenderlo con mi cabeza de campesino, y así de claro se lo dije. A veces Elemér me miraba como mira el médico a su paciente si detecta en él síntomas

preocupantes. Otras veces me daba la impresión de que en realidad le gustaban mis preguntas, aunque por alguna razón las eludía, lo cual no hacía más que desconcertarme. «No hay quien se aclare con este Cara de Palo», pensaba.

Me acuerdo de una controversia peculiar. Me hablaba de Mussolini, que en aquella época estaba considerado un semidiós en Hungría, e incluso la prensa democrática se postraba ante su grandeza. Elemér dijo que era el enemigo irreconciliable de la clase obrera, un Judas que había vendido el proletariado a la burguesía. Opinaba que el Partido debía concentrar toda su fuerza en la lucha contra el fascismo. Precisamente aquellos días leí que tras la guerra el Partido había tenido mucha presencia en Italia, y no comprendía por qué habían dejado que Mussolini llegara al poder.

—No es que le dejaran —explicó Elemér—. Lo que pasa es que el rey lo nombró a él, y pasó a controlar las fuerzas armadas.

Eso parecía una respuesta clara, la comprendí. La controversia se inició de hecho al sacar el tema de Alemania. Elemér me explicó que Hitler era aún más peligroso que Mussolini, porque si el fascismo llegaba a triunfar en Alemania, entonces toda Europa sería fascista y vendrían malos tiempos para el socialismo. Allí volvió a haber algo que no me cuadraba.

—En Prusia no hay rey —dije—. Allí la policía está en manos del Partido. ¿Por qué no acaban con ese Hitler?

—Porque en Alemania hay democracia —contestó— y en un país democrático todo el mundo hace lo que le place.

—Pero Hitler quiere acabar con la democracia, ¿no es así?

—Sí —asintió.

—Pues entonces —le miré—, ¿a qué esperan? ¿Esperan a que, en efecto, acabe con ellos también?

Elemér se puso algo nervioso.

—Trata de entender —explicó— que las leyes de la democracia garantizan plena libertad a todos los partidos. La cosa no es tan sencilla como imaginas.

—¡Cómo no lo iba a ser! —salté—. Por mucha democracia que haya, si uno se empeña en cargarse a mi familia, yo lo mato como a un perro. Y quien no lo haga o es cobarde o es idiota, aunque lo más probable es que sea las dos cosas a la vez.

Elemér estaba a punto de irse por las ramas, pero no le dejé. Y al final, cuando se sentía acorralado, dijo:

—Mira, yo tampoco estoy de acuerdo en todo con el Partido, pero en Hungría no hay otro partido obrero y… —Inesperadamente interrumpió la frase; me di cuenta de que se arrepentía de lo dicho.

«Bueno —pensé—, si todos esos sabios venerables no han sido capaces de idear algo más congruente, entonces prefiero guiarme por mi sentido común». Que me dejaran disponer de la policía prusiana, y ya verían lo pronto que solucionaba el problema de Hitler y de todos sus muchachos.

Volví a estar en el mismo punto que cuando le había arrebatado a Franciska el arma de la mano, pero Elemér ya no podía persuadirme. Lo único que había logrado era que prefiriera no discutir con él, porque temía que si le llevaba mucho la contraria no me llevaría al Partido, que era lo más importante para mí. Estaba firmemente convencido de que tenía que llegar al Partido, y que con el tiempo conseguiría el poder, al igual que había hecho en la escuela.

Sucedió que con el paso del tiempo se desarrollaron en mi mente dos ideas de socialismo. Una era la que explicaba Elemér; la otra, la que me imaginaba. La mía era una ideología turbia, magnífica, alocada y hermosa. Lo ingenuamente pueril se mezclaba en ella con lo instintivamente bueno, como solo podía ocurrir en la mente de un campesino de dieciséis años.

A mí no me preocupaban en absoluto los escrúpulos morales de Elemér. «Hay que conseguir el poder», me decía; el cómo me traía sin cuidado. La guerra es la guerra, y en la guerra todo está permitido. ¿Que se verterá sangre? Claro, por supuesto. ¿En qué guerra no ocurre? Sí, morirán miles, decenas de miles o tal vez centenares de miles de personas. ¿Acaso en la guerra de los

burgueses no habían muerto millones? ¿Y por qué? A mi padre le mandaron que matara italianos porque eran nuestros enemigos mortales; a mí, en cambio, me decían que los adorase porque eran nuestros mejores amigos. O sea, ha habido un error, querido compatriota, borrón y cuenta nueva. Todos los soldados caídos en las batallas de Piave e Isonzo no cuentan, ¿vale?

Si por «errores» así habían llevado al matadero a millones de personas, entonces, ¿para qué tener escrúpulos morales al emprender una lucha para evitar precisamente que volvieran a haber «errores» así? La nuestra sería una guerra contra la guerra: querríamos echar por tierra un régimen mundial desquiciado, incapaz de vivir sin guerras. Y si triunfábamos, implantaríamos la sociedad sin clases, en la que no volvería a haber ricos ni pobres; solo habría personas que por fin podrían amarse las unas a las otras, porque ya no tendrían razones para odiarse. Todos encontrarían un sitio bajo el sol, cada pueblo y cada persona. No habría opresores ni oprimidos, no habría ostentación ni miseria. Viviríamos una vida sencilla y pura, y en lugar de dinero pagaríamos con nuestro trabajo. La labor diaria obligatoria solo sería de cinco o seis horas, luego —así lo decía— todos podrían entregarse a tareas de orden superior. Seguiría habiendo competencia, pero no para ver quién le roba el pan al otro con mayor picardía sino para poder ofrecer lo mejor para el bien público. También habría guerras, sí, pero se librarían contra la ignorancia y la maldad, la enfermedad y la muerte.

¿Por qué iba a tener escrúpulos morales? Este fin justificaba todos los medios, hasta los más despiadados. El que se echara para atrás ante una guerra de estas características, no tendría derecho a hablar de moral. Pensé en las palabras de Petöfi:

> *Bribón y malvado quien por su bandera*
> *no diera la vida si preciso fuera.*

En ocasiones lloraba de emoción, al imaginar mi propia muerte. Cómo no, caía en combate, bajo el ondear de banderas rojas, en

una noche de tempestad, inmediatamente antes de la victoria decisiva. Toda la ciudad acudía a mi sepelio, aullaban las sirenas de las fábricas, el tráfico se detenía.

—¡Presenten armas! —Y tras la orden las banderas rojas se inclinaban en señal de respeto ante mi féretro.

Me parecía ver a los regimientos obreros ponerse en posición de firmes, oía el batir apagado de los tambores revestidos de luto, imaginaba mi estatua en la plaza del pueblo y mi tumba, en la que estaría grabado: «Murió para que pudiera vivir la libertad».

Pero la mayoría de las veces me imaginaba vivo. Veía a Béla, el aclamado y joven revolucionario; al Béla de sienes entrecanas, miembro distinguido de la sociedad sin clases; incluso al Béla veterano de guerra, encorvado, que avanzaba a paso lento hacia la casa de la tía Rozika apoyándose en su bastón. Para entonces el Estado ya habría comprado la casa, y a la vieja la habría matado la vejez o la sed de venganza de los niños pobres. Pero a la entrada me esperarían otros chicos, hijos del nuevo mundo, regordetes y con nuevos y crujientes zapatos, y susurrarían emocionados a mis espaldas.

«De no ser por él —dirían—, seguiríamos siendo bastardos hambrientos, harapientos y abandonados, y no tendríamos más remedio que soportar los gritos de desprecio que nos lanzasen desde detrás de los arbustos».

No, desde detrás de los arbustos nunca gritaría nadie más. Habría igualdad para los seres humanos de toda la tierra. Así será, me encargaré de ello, me juraba.

La lucha de clases y la revolución solo me interesaban desde ese punto de vista. Consideraba que se trataba de unos sinsabores necesarios por los que había que pasar, y cuanto antes mejor. «Ya no soy tan joven —pensaba con impaciencia—, ya he cumplido los dieciséis. ¿Hasta cuándo tendré que lidiar con este anacronismo que es el capitalismo? ¿Cómo me justificaré ante mis hijos? Ellos reflexionarán sobre el período anterior a la revolución como nosotros reflexionaríamos sobre los húngaros paganos o la prehistoria.

Cuando lo tengan que estudiar en la escuela se aburrirán, lo considerarán imposible y ridículo, despreciarán a sus antepasados por vivir durante siglos de una forma tan necia».

Ese mundo imaginario se convirtió para mí en una certeza. La vida real me parecía un carnaval pasajero que pronto desembocaría en el Miércoles de Ceniza. Entonces la gente se quitaría los antifaces y los disfraces y finalmente seguirían su estrella como los Reyes de Oriente, hacia el pesebre de la paz, el amor y la pureza.

Tenía ideas así de «poéticas» acerca de los tiempos venideros, todo lo pensaba con esa simplicidad. Fueron días fantásticos, da gusto recordarlos. En los sinuosos callejones de Buda florecían las acacias, en las casas de planta baja con sabor a pan dulce sonaba el piano, y el futuro parecía tan hermoso y sencillo como «Para Elisa».

15

Mientras tanto en casa acontecieron hechos misteriosos. Una noche, al entrar en la cocina, encontré a mi madre ante el espejo luciendo un vestido de seda, sí, no me he equivocado, un vestido de seda, y aunque parezca increíble se estaba pintando los labios.

—Tu padre me lleva al teatro —me contó muy emocionada—. Ya sabes, con actores de carne y hueso.

No sé qué contesté, creo que nada. Sabía de sobra que el teatro era un sueño inalcanzable incluso para los obreros bien remunerados, y que solo las damas llevaban vestidos de seda. ¿Qué habría pasado? ¿Les habría tocado la lotería? Estaba inquieto porque, para ser sincero, intuía que eso nada tenía que ver con la suerte.

Delante de mi padre, claro está, no me atreví a plantear preguntas. Los observaba mudo y sentía una extraña opresión en el estómago. Mi padre también estaba flamante. Llevaba un precioso traje azul, se notaba a la legua que no lo había comprado en el trapero como solía hacerse en Újpest, o mejor dicho, como se había hecho anteriormente, porque en aquella época ya no alcanzaba ni para eso. Así arreglado parecía aún más gallardo, más joven y atractivo. Estaba sentado sobre la mesa, columpiaba los pies, y en sus bellos ojos grises —la perdición de las mujeres— se reflejaba una alegría pícara. Se notaba que estaba satisfecho consigo mismo y con el mundo. Tarareaba una cancioncilla de moda y jugueteaba con la cadena de oro de su reloj, porque con lo bien que últimamente le iban las cosas tenía incluso cadena de oro.

Mi madre, al parecer, adivinó mis pensamientos y de pronto la vi rara. Hacía un tiempo que me daba la sensación de que se turbaba al toparse conmigo, algo que antes pocas veces ocurría. Cuando yo llegaba a casa ellos ya no estaban, y cuando ellos llegaban yo dormía profundamente. De vez en cuando, medio dormido, los oía entrar en el cuarto: se cambiaban de ropa y volvían a irse. Salían casi todas las noches. Tenían «programas», lo decían así, como los señores, aunque entre nosotros seguíamos hablando como campesinos. Las pocas veces que estaban en casa tampoco podía charlar mucho con ellos porque antes de acostarme leía tanto que por la tarde se me pegaban las sábanas y tenía que apresurarme para llegar a tiempo al hotel. Además, cada uno estaba muy ocupado con sus cosas. Yo, con el futuro, y mi madre, con el presente, que —ahora ya me doy cuenta— debía de ser tan maravilloso para ella como lo era el futuro para mí.

Pero por entonces yo no pensaba así. Si un hijo anda tan harapiento como yo, muestra escasa empatía por una madre enfundada en vestidos de seda. Sentía furia y envida. «¡Vaya padres! —me decía con amargura—. Estamos apañados. Nadie se extrañaría si en la calle les pidiera limosna».

Mi madre debió de pensar en algo similar, porque se sonrojó.

—Dime, Miska —se dirigió de pronto a mi padre—. ¿Podrías llevar a arreglar tu traje marrón para el muchacho? Ya sabes, aquel que ya no usas.

—¿Para qué? —se sorprendió él con jovialidad—. Mejor le compro uno nuevo. —Fue entonces cuando me miró y se quedó de piedra—. ¿Cómo le dejas salir así a la calle? —le preguntó indignado a mi madre, y estoy seguro de que su indignación fue sincera. Él era así. Hasta entones sencillamente no se había percatado del aspecto de mendigo que tenía su hijo—. Podías haberlo dicho antes —le reprochó a mi madre.

«Antes», aquella palabra resonó en mi interior. Sí, al parecer, este cambio no se había producido de un día para otro. De pronto me acordé de que mi madre llevaba ya mucho tiempo sin mencionar

la botella de lejía y que también había notado otros indicios, pero no había hecho caso. El futuro, ese futuro tan maravilloso, ese Futuro con mayúscula se había apropiado de todos mis pensamientos y, al igual que un caballo con anteojeras, solo miraba adelante sin ver lo que sucedía a mi alrededor.

Pero empecé a fijarme y cada día me preocupaba más. «¿De dónde sacan esta ingente cantidad de dinero?», me preguntaba. La forma de vida de mi padre no había cambiado, mi madre trabajaba menos que antes y… ¡demonios!, seguro que me habría enterado si de veras les hubiera tocado la lotería.

Una noche, cuando mi padre no estaba en casa, le pregunté a mi madre sin rodeos:

—¿Cómo es que de repente tenéis tanto dinero?

—¿Cómo? —dijo mirándome—. Lo gana tu padre.

—¿Con qué?

—Haciendo negocios.

—¿Qué negocios?

—No lo sé. Toda clase de negocios.

—¿Para quién trabaja?

—Para nadie. Trabaja por su cuenta.

—¿Tiene una tienda?

—No, no es tendero.

—¿Tiene algún despacho?

—Qué va.

—Entonces, no lo entiendo —afirmé.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Nada, para ser sincero. O se trabaja por cuenta propia o por cuenta ajena. No hay otra alternativa.

Al parecer mi madre no se había detenido a pensarlo. Me miró algo sorprendida, luego se encogió de hombros y tan solo dijo:

—Bueno, pues él trabaja así y ya ves lo bien que le va.

Con eso dimos por concluida la conversación. Eran ya pasadas las siete, tenía que irme al hotel. Mi madre llevaba otra vez un vestido nuevo y esperaba a mi padre. Iban a salir.

Sentía que algo no cuadraba, aunque tratara de convencerme de que todo estaba en orden. «Además —pensaba—, ¿qué tengo yo que ver eso? Ellos tampoco se rompen la cabeza pensando en mí».

Volví a considerar a mi madre como a una extraña, como en la infancia. Tenía dieciséis años, no la entendía, claro, ¿cómo iba a entenderla? La miraba con los crueles ojos de la adolescencia, con hostilidad y desconcierto. ¿Qué había sido de aquella mujer sencilla, natural y decente? Unos meses antes aún me hacía gracia verla imitar el carácter excesivamente desenfadado de mi padre, pero ahora no tenía ni que intentarlo. Resultó ser una buena discípula, pues aprendía con una velocidad vertiginosa.

Un día, al llegar a casa, la encontré en la cama.

—¿Estás enferma? —le pregunté.

—¡Qué enferma ni qué narices! —contestó mi padre en su lugar; estaba en calzoncillos, afeitándose—. Estuvimos de jarana toda la noche —relató con alegría—, llegamos a casa a eso de las seis.

—Y tu padre ni siquiera me ha dejado ir a trabajar —agregó mi madre, y se incorporó entre bostezos—. Dime, ¿podrías llamar a esa señora desde el hotel?

—Sí. ¿Qué le digo?

Inventó una mentira tan enrevesada que me dio vergüenza tener que decirla. Pero no hizo falta, porque la señora, al enterarse de con quién hablaba, se puso hecha una furia y gritó tanto que no me dejó decir ni una palabra más.

—¡Ya es la cuarta vez que me lo hace! —chilló—. ¡Pues no habrá una quinta! ¿Entendido? Conmigo no. ¡Una mujer así no volverá a cruzar el umbral de mi casa! Dígale que…

Del resto no me enteré, porque colgué el auricular.

Cuando le relaté la conversación, por unos instantes el rostro de mi madre volvió a ser como antes, esa cara asustada de campesina que tan familiar me resultaba desde la infancia.

—¡Ya ves! —dijo mirando a mi padre—. ¿Te lo había dicho o no?

—¡Qué más da! —Y rio—. Lo pasamos muy bien. Que la señora esa se vaya al cuerno.

—A ti no te preocupa —se lamentó ella—, pero al paso que voy perderé a todos mis clientes.

—¡Qué importa! —Mi padre interrumpió el afeitado y, tal como estaba, con el rostro enjabonado, se acercó a mi madre y la abrazó —. Ya falta poco para que no tengas que trabajar —dijo, y le cantó al oído con picardía:

Te compraré un cuarto lleno de espejos,
podrás mirarte de cerca y de lejos…

—¡Anda, quita, loco! —dijo mi madre y lo apartó, pero cuando me fui al cuarto oí que estaba cantando con él.

Sí, la buena mujer había perdido la cabeza. Si no cantaba, lloraba, y esto no es ninguna licencia poética. Cuando no la oía cantar en la cocina, después solía ver que tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Primero pensé que también se inquietaba por lo mismo que yo, pero luego me di cuenta de que no. Ni mucho menos. Lo que la atormentaba eran los celos. Por enésima vez habría vuelto a descubrir algo.

Una tarde me despertaron sus lamentos. Estaba en la cocina con Mári. Sin duda se trataba de un asunto de faldas, porque la vecina la consolaba diciendo:

—De esta se cansará como se cansó de las demás. Solo te quiere a ti.

—Sí —sollozaba mi madre, amargada—. A mí. Y a todo el género femenino. A nadie más.

Se notaba en su voz que no se lo creía. Y eso que había mucha verdad en ello, por fortuna no sabía cuánta. A veces me daba la impresión de que mi padre estaba literalmente enamorado de todo el género femenino, y además con tanta pasión como la que sienten otros hombres por una sola mujer. Era incapaz de pasar junto a una mujer sin establecer ningún contacto físico con ella, por leve que fuera. Si no había otro modo, usaba el pretexto de un apretón de manos para dejar caer una caricia, pero también las toqueteaba en otras partes del cuerpo, y ni siquiera en mi presencia podía

contenerse. Lo curioso era que no solo le interesaban las chicas bellas y jóvenes. Llegué a verle con una mujer a la que, con la salvedad de mi padre, seguramente nadie habría cortejado. Daba igual que fuera muy vieja o muy joven: con tal de que llevara falda, Miguelindo sentía curiosidad por saber qué se escondía debajo. También es verdad que no tenía que esforzarse mucho, pues las mujeres se derretían por él.

Ahora ya lo entiendo, desde luego que sí. Miguelindo era exactamente la clase de hombre por el que las mujeres están dispuestas a ir hasta el infierno tras haber caído en la tentación. ¡Qué locas están las mujeres!, pensaba en aquel entonces, pero ahora que los dieciséis años quedan muy lejos veo que andaba algo equivocado. Porque las cosas son, como son: quien quiera ser un experto debe practicar, y en las artes del amor solo sobresale quien, como Miguelindo, se dedica de pleno a ello. Los demás hombres serán personas excelentes, buenos maridos, padres ejemplares, pero en el terreno del amor nunca dejarán de ser meros aficionados, y las que puedan permitírselo, cómo no, siempre preferirán ponerse en manos de un maestro. Es una verdad triste, ya lo sé, pero no por ello deja de ser cierta. No dudo que las lágrimas del aficionado sean reales, pero no es él quien hace llorar al público. Para eso hace falta un actor, un actor de verdad, y el buen actor es siempre un farsante: conoce los resortes del alma y los manipula con mente fría. Sin embargo, el público termina diciendo: «Nunca olvidaré aquella noche».

Miguelindo era un gran actor. No obstante debo decir, porque mentiría si dijera otra cosa, que mi madre no podía haber soñado con un marido mejor. Claro que en este caso el término «marido» es una exageración, y no solo en el sentido jurídico, pero yo nunca he vuelto a ver a un marido que sea tan bueno, atento y cariñoso con su esposa como lo era Miguelindo con mi madre.

Recuerdo que una vez mi madre se lamentó entre sollozos de que un abogado de la avenida Andrássy —un aristócrata con dos títulos nobiliarios— la había llamado ladrona porque se le había

extraviado una camisa en la colada. Mi padre hizo como si no hubiera oído nada, pero luego se fue a la avenida Andrássy y le dio una zurra tremenda al noble letrado. Mi madre solo se enteró del asunto después de que este denunciara a mi padre por agresión.

Asistí al juicio. Tenía el día libre y mi padre me prometió que después me acompañaría a comprarme un traje.

—Y nunca está de más —añadió— que entiendas de estas cosas. Hay que saber tratar a las mujeres y a los jueces. Además, será una buena función, no te vas a aburrir.

Resultó, sin duda alguna, divertido. El abogado andaba bastante flojo en lo que a testigos se refería, porque mi padre lo había seguido hasta el bufete muy temprano por la mañana, cuando aún no había nadie; así que la tunda le había caído en privado. El pasante y la estenógrafa, que llegaron cuando mi padre ya se había marchado, solo pudieron declarar que el bufete se encontraba en «un estado desolador», que vieron rastros de pelea y que el abogado les había enseñado sus lesiones. Claro que estas no llevaban la firma de su autor, y como el abogado no tenía más pruebas que el certificado médico, mi padre podría haber ganado el pleito sin problemas en caso de negar la autoría de los hechos. Un setenta y cinco por ciento de personas «honradas» hubiera procedido así, pero el pícaro Miguelindo no. ¿Por qué no? No le hubiera divertido. Además, siendo como era un comediante nato no estaba dispuesto a perderse la posibilidad de actuar. Se le notaba que se había preparado a fondo para interpretar su papel y, hay que admitirlo, lo hizo muy bien. Se irguió ante el juez como la veracidad y el honor personificados, un ejemplo para el ciudadano de a pie, como ese «húngaro sencillo pero honrado» del que tanto se peroraba en aquel entonces. Pronunció un discurso más o menos así:

—Honorable tribunal: soy una persona sencilla, y pese a ello sé muy bien que la ley no condena al que acusan sin pruebas en su contra. Pero aún más que la ley a mí me gusta la verdad. Por eso confieso, admito sin rodeos, que le di una buena zurra a este

hombre. Siento de veras haber violado con ello la ley pero, como ya he dicho, la verdad me gusta más que la ley, así que honestamente también dejo constancia de que si este hombre vuelve a ofender a mi mujer, volveré a pegarle. Porque, honorable tribunal —dijo con un tono solemne—, quien no defiende a su mujer tampoco defiende a su patria, y yo defiendo a las dos; prueba de ello son, por un lado, las heridas en el rostro del abogado; por el otro, estas condecoraciones. —Y colocó ante el juez sus tres medallas de guerra, una de ellas de oro.

El abogado intervino con un deje irónico en la voz:

—Pero si esta mujer no es su esposa.

—También estoy dispuesto a defender a su esposa —reaccionó mi padre—, porque soy un buen húngaro y un buen húngaro defiende a toda mujer. Y quien se comporte de otro modo… —Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa—. Bueno, ese no vale mucho más que usted, señor abogado.

El público empezó a reírse por lo bajo, el juez tuvo que llamarles la atención dos veces, pero sospecho que él también hubiera preferido reírse. Sin duda, Miguelindo interpretaba su papel con gran maestría y poco tardó en dejar a su rival en ridículo.

Pero eso solo fue el principio. El juez le preguntó al abogado si, en efecto, había tildado de ladrona a mi madre. El abogado lo negó acaloradamente, pero su criada, a quien mi padre había llevado como testigo, juró que sí le había dicho a mi madre que era una ladrona, pese a que la camisa había aparecido finalmente. El señor abogado lo reconoció, pero siguió protestando contra la palabra «ladrona».

—¿Cómo sabe usted lo que le dije yo a la lavandera? —le ladró a la criada—. Ni siquiera estaba allí cuando todo ocurrió.

—¿Que no estaba? —estalló la bella criada—. ¿Insinúa que miento? ¡Tenga cuidado, señor abogado, porque yo también tengo novio!

En la sala estalló una carcajada.

—¡Silencio! —gritó el juez, pero se notaba que estaba de parte de mi padre.

Para ser fiel a la verdad, me veo obligado a apuntar que, gracias a una conversación posterior, supe que la criada no había estado presente en la discusión. ¿Por qué juró lo contrario y por qué arriesgó su trabajo? No lo sé, y tal vez sea mejor no indagar en ello, lo cierto es que mi padre «había hablado» anteriormente con ella.

Al final, teniendo en cuenta los atenuantes, a mi padre solo le pusieron una multa de unos cuantos pengos, lo que le enfureció, aunque no por el dinero. Le irritaba otra cosa.

—Si llego a saber que saldría tan barato —dijo al quedarnos solos—, te juro que le rompo la cabeza.

Luego se puso a imitar al juez, al abogado y en primer lugar a él mismo, al «húngaro sencillo pero honrado», con tal gracia que tanto mi madre como yo nos tronchamos de la risa. Me he cruzado con mucha gente capaz de imitar a otros, pero nunca y en ninguna parte he visto a nadie que supiera burlarse de sí mismo de una forma tan despiadada.

Sin embargo, la compra del traje quedó en el aire. Por el camino mi padre se encontró con un viejo amigo y se alegró tanto de volver a verlo que me dejó plantado. Solo me gritó desde la esquina:

—¡Ya te compraré el traje el próximo día que libres!

Pero tampoco me lo compró; no me lo compró nunca. Tenía muy buen corazón, pero muy mala memoria. Cuando me veía, creo que habría hecho cualquier cosa por mí; pero si no me veía, mucho me temo que se olvidaba incluso de mi existencia. Además, mi siguiente día libre cayó en domingo, con todas las tiendas cerradas, y después siempre surgía algo imprevisto, o nunca coincidíamos. En las pocas ocasiones en que nos cruzábamos, me preguntaba siempre:

—A ver, ¿cuándo te compro ese traje?

—El próximo día que libre —le decía, pero siempre acabábamos aplazándolo por un motivo u otro.

Por fin dejó de mencionarlo, y yo también tuve cierta culpa en ello. Me daban repelús él y su dinero. No lo niego, si me hubiera comprado el traje, lo habría llevado con orgullo, pero nunca se lo pedí ni se lo recordé; hasta ahí podíamos llegar.

Así, poco a poco, el asunto quedó sumido en el olvido. Mi madre, Dios sabe por qué, tampoco se lo recordó, pero un día arregló el raído traje marrón de mi padre y yo me sentí muy elegante con él, aunque bien pensado debía de tener un aspecto bastante cómico. El «arreglo» consistió en recortar las mangas de la chaqueta y las perneras del pantalón, con lo que el traje no sufrió cambios esenciales en la talla: en aquel traje cabían dos como yo.

A mi padre le gustaba dar… siempre y cuando no se le olvidaran las cosas. En una ocasión en que mi madre le pidió dinero, resultó que no llevaba ni un florín encima.

—Es que en las escaleras me he encontrado con el desgraciado de Jóska —relató— y me ha contado lo mal que le iba.

—¿Cuánto le has dado? —le preguntó mi madre.

—No lo sé —repuso—. Todo lo que llevaba en el bolsillo.

—¿Ni siquiera lo has contado?

—Qué va.

—Vamos —dijo mi madre—, a ti ya no te hace falta volverte loco. ¿Por qué haces esas cosas?

—¿Por qué? —Mi padre se encogió de hombros y luego se echó a reír—. Así es Miguelindo.

Recuerdo otro caso que no solo define a mi padre, sino otros muchos aspectos de la Hungría de entonces.

Una noche mi madre subió riéndose del lavadero.

—Hay que ver, esta Mári —dijo, pero no podía continuar de tanto reírse.

—¿Qué le ha pasado esta vez? —le preguntó mi padre, porque con Mári siempre pasaban cosas raras.

—Mírala —señaló mi madre por la ventana—, hay toda una asamblea a su alrededor.

Los tres nos asomamos. La «asamblea» estaba en el pasillo de la primera planta, habría una docena de mujeres congregadas en torno a Mári y ella no paraba de hablar, parecía una cotorra.

—¿Se está peleando con Rózsi? —preguntó mi padre, porque desde allí no se veía bien.

—¡Qué va! —contestó mi madre—. Están regateando.

—¿Por qué?

—Por el cochecito de Rózsi.

—¿Y eso? —se asombró él—. ¿Está encinta?

—¡Qué va! —dijo ella, y volvió a reír—. Pero Árpád acabará sus años de aprendiz el próximo sábado y ella va diciendo por toda la casa que en ese mismo instante concebirán un hijo. Ya han calculado el día de su nacimiento y le han puesto nombre y todo. También lo llamarán Árpád.

—¿Y si es niña?

—De eso me río precisamente —continuó mi madre—. Dice que no será niña. Se ve que los científicos ya han resuelto cómo hacerlo y que Árpád lo ha leído de un libro.

—¿Y cómo se hace?

Le dio vergüenza contarlo en mi presencia, pero mi padre se burló de ella.

—Puedes hablar tranquilamente —dijo—. Este muchacho ya no cree en la cigüeña. A ver, ¿cuál es esa solución científica?

—Pues que —mi madre se sentía confusa, no encontraba las palabras—, que… si es el hombre quien más goza, entonces será niña; y si es la mujer, será niño. Y el sábado por la noche Árpád se encargará de que Mári disfrute más.

—Fácil de decir —comentó mi padre con mala uva—. Con lo enclenque que es ese Árpád, mucho me temo que será niña.

—Qué mala sombra —le respondió mi madre, pero también se rio por lo bajo.

Mientras tanto la «asamblea» continuaba, y Mári no paraba de hablar.

—¿Acaso le parece demasiado caro? —preguntó mi padre.

—Qué va, el precio ya lo tienen pactado. Pagará a plazos, un pengo al mes durante nueve meses. El problema es que Rózsi no quiere entregarle el cochecito hasta que haya cobrado cinco pengos. Y Mári lo quiere ya.

—¿Para qué diablos?

—Solo para mirarlo, dice. Quiere imaginar al pequeño Árpád metido en el cochecito. La pobre cree que así se cumplirá antes su sueño. Está tan ansiosa por el bebé que ni siquiera ha concebido, que se ha vuelto loca de la espera.

Mi padre no dijo nada durante un buen rato, se limitó a observar a Mári sonriendo. Luego declaró:

—Nueve pengos es mucho por ese cochecito. Yo le consigo uno por la mitad y lo podrá tener enseguida. Ve y díselo.

—¡Anda ya! —protestó mi madre—. No vuelvas a hacer locuras. La pobre mujer se muere de ganas de tener el cochecito y seguro que te olvidas a la media hora.

—No se me olvidará —insistió mi padre y, en efecto, no se le olvidó.

Al día siguiente le trajo un cochecito a Mári. Se lo trajo de regalo. No era un cochecito usado como el de Rózsi, ni tampoco un cochecito proletario. Era uno señorial, habría costado una fortuna.

—¡Santo Dios! —se horrorizó mi madre—. ¿Y dónde has encontrado el dinero para esto?

Nunca nos enteramos del precio del cochecito; fue un secreto, como todo lo relacionado con mi padre.

El sábado por la noche lo llevamos a casa de Mári. Mi madre y yo entramos primero, porque mi padre se había quedado atrás con el cochecito para que hiciera mayor efecto. Fuimos con aire festivo, pero lo que encontramos poco tenía que ver con eso. Mári tenía el rostro hinchado de llorar y Árpád parpadeaba tras sus gruesas lentes como un gato cuando hay tormenta. Por educación no hicimos preguntas, nos comportamos como si no nos hubiéramos dado cuenta de nada.

—Buenas noches —dijimos.

—Buenas noches —dijeron ellos.

Luego se hizo un silencio. Pensé que solo habían reñido un poco, como suele ocurrir entre cónyuges, y que cuando vieran el regalo se pondrían de buen humor. Pero cuando mi padre entró empujando el cochecito no le hicieron ni caso.

—No vale la pena —dijo Mári—. No lo necesitamos.

—¿No lo necesitan? —Mi padre estaba perplejo—. ¿Por qué no?

Los ojos de Mári se empañaron.

—¿Para qué, si no lo usará nadie?

—¿Cómo dices? —preguntó mi madre con asombro.

Entonces Mári se echó sobre el sofá y volvió a llorar desconsoladamente.

—¡No habrá pequeño Árpád! —sollozó—. ¡No habrá pequeño Árpád!

—¿Lo ha dicho el médico? —inquirió mi madre.

—No.

—¿Entonces?

—La imprenta.

—¿Cómo que la imprenta? Árpád ha dejado de ser aprendiz, ¿no?

—Sí, eso es, y acto seguido lo han echado.

—¿Por qué?

—Porque entonces le tendrían que pagar decentemente. Y los muy cerdos no quieren.

Nos quedamos callados. ¿Qué podríamos haber dicho? Sabíamos de sobra qué significaba aquello.

Mi padre miró a Árpád.

—Pero si en la imprenta te apreciaban mucho, ¿no?

—Me apreciaban —dijo Árpád con un gesto de resignación—. Estas cosas suceden. El burgués es burgués, y lo único que le importa es el dinero. Han contratado a un muchacho para mi puesto y el trabajo se lo han confiado al aprendiz con mayor experiencia. Es lo que hacen en todas partes. No soy el único.

—Ya habíamos calculado incluso el día de su cumpleaños —lloró Mári—. ¡Ay!, ¿qué será de su cumpleaños?

—Ya encontrará trabajo en otra parte —mi madre trató de consolarlos—. ¿Verdad que sí, Árpád?

—Claro —asintió el hombre, pero su voz delataba poca esperanza.

—Casi nada, conseguir trabajo en este maldito mundo —gruñó Mári, y su amargura se desbordó—. Yo no soy comunista, pero ahora por mí ya pueden ahorcar a todos los burgueses. Son unos asesinos, merecen ser ahorcados. ¡Asesinos, asesinos, asesinos!

—No grites —le llamó la atención su marido en voz queda—. Ya sabes que el portero es un chivato.

—¡Me cago en el portero! —chilló Mári a grito pelado—. ¡Me cago en el mundo entero!

Mi madre se sentó a su lado y la abrazó.

—Vamos… —le iba diciendo con voz mimosa, como a un niño—. Ya os recuperaréis. Tampoco es el fin del mundo. Ni siquiera has mirado el cochecito.

Se lo acercó y, al verlo, el rostro de Mári experimentó un cambio radical.

—Pero si es nuevo —gritó—. ¡Y qué bonito! ¡Ay, Dios mío! Nunca había visto nada igual. Tiene hasta freno y… —La voz de repente se le serenó—. ¿Cuánto cuesta? —preguntó con cautela.

—Nada —respondió mi padre—. Es un regalo.

—¿Un regalo?

Mári se quedó con la boca abierta y luego sucedió lo que ya había leído muchas veces pero nunca había creído: lloró y rio al mismo tiempo.

—¡Ay, gracias! —Abrazó a mi madre y luego se lo agradeció a mi padre y, al final, me abrazó a mí.

—También está puesto el nombre —advirtió mi padre.

—¿El nombre? ¿Dónde?

—Aquí.

Seguramente Mári nunca había visto nada parecido. Se arrodilló junto al cochecito y fue deletreando las brillantes letras metálicas:

—Á-r-p-á-d. —Y rompió a llorar—. ¡Ay!, pobrecito pequeño Árpád, ¿qué han hecho contigo? ¿Qué será del día de tu cumpleaños?

En pleno ataque de histeria, colocó la cabeza sobre la almohada del pequeño Árpád y todos nos quedamos allí parados, alrededor del hermoso pero triste cochecito, como en torno a una tumba abierta. Nunca he visto un cochecito más lúgubre: en su interior, en vez de un niño, lloraba una madre desesperada.

Así acabó la fiesta. Al día siguiente vi cómo Mári quitaba la mesita de debajo de la ventana para colocar el cochecito en su lugar. Allí estaba, en el mejor sitio de la casa, y yo lo veía todos los días al pasar ante su ventana. Mientras, Árpád se iba en bicicleta a la ciudad, dándole a los pedales todo el santo día, pero solo se desgastaron los neumáticos, porque no encontró trabajo. Un día vendieron el viejo sofá que yo tantas veces había admirado y luego le tocó el turno al resto del mobiliario. Al final no quedó nada más que la cama, pero el cochecito siguió allí bajo la ventana, Mári no quería venderlo.

Poco a poco el pequeño Árpád se convirtió en una obsesión. Un día, cuando ya no tenían qué llevarse a la boca, Mári le dijo a su marido que pasara lo que pasase ella quería ser madre, que le daba lo mismo. Árpád se esforzó en hacerle entender que no tenía derecho a ello, que no podía asumir la responsabilidad de un bebé, pero fue en balde. Hubo una discusión tremenda, y Mári gritó tanto que se congregó todo el vecindario. Aunque al día siguiente admitió que Árpád tenía razón, al tercer día volvió a discutir con él por algún otro motivo, y así a partir de entonces. Las bellas rosas de labradora se marchitaron en su rostro, adelgazó, se volvió quisquillosa, se convirtió en una mujer gruñona y de lenguaje soez.

Una noche, cuando yo salía hacia el hotel, irrumpió en nuestra casa hecha una furia.

—¡Mirad! —gritó, y señaló en dirección del pasillo interior—. Se lleva el cochecito para venderlo.

En efecto, el pobre Árpád lo iba empujando; nunca había visto a un hombre tan triste llevando un cochecito.

—No le dejéis —suplicaba Mári—. ¡No tiene derecho a hacerlo! ¡Es un ladrón!

—Vamos, no te metas con el pobre —la tranquilizó mi madre—. Bastante le duele.

—¡No lo permitiré! —chilló Mári a pleno pulmón, y salió corriendo tras de su marido. Mi madre la agarró, la hizo entrar en la cocina y cerró la puerta con llave.

Mári se tiró al suelo y apretó los puños, como si hubiera perdido el juicio; lloraba, rabiaba, gritaba.

—¡Que matan a mi hijo! ¡Asesinos, asesinos, asesinos!

Ya en el bar del hotel me parecía seguir oyendo sus chillidos y apreté los puños, como había hecho ella, al contemplar a las parejas que bailaban. «¡Asesinos!», dije yo también.

Luego me sentí avergonzado. ¿Con qué derecho culpaba a alguien? Día tras día leía en los periódicos que en China morían de hambre miles de niños, ¿y qué sentía? A decir verdad, nada. Es terrible, concedía, y seguía hojeando el diario. Si me hubieran preguntado si eran cuarenta mil o cuatrocientos mil los niños chinos que morían de inanición, no habría sabido qué contestar. Un cero de diferencia. Cifras que no significaban nada. Estaban tan lejos de mi corazón como China, y no lograban impresionarme tanto como ese niño húngaro al que ni siquiera habían concebido.

Así es el ser humano. Así de limitado, así de miserable. En eso se apoyan ellos, por eso son tan fuertes y por eso están tan consolidados en su posición. Construyen sobre roca: la roca de la ignorancia humana. Habría que reclutar a esas madres pobres y miserables, a las chinas, a las húngaras y a todas las demás, a todas sin falta, para que gritaran al oído sordo del mundo, hasta que todos apretasen los puños: «¡Asesinos, asesinos, asesinos!».

16

Había una noche a la semana que no se parecía en nada a las demás. Era una noche especial, cuesta ponerlo en palabras. En cuanto me despertaba me emocionaba pensar que tendría la noche libre y que hasta la tarde siguiente podría hacer lo que me viniera en gana. «Tal vez suceda esta noche», pensaba con la cabeza aturdida, y me desperezaba como un gato sobre el tejado. Estaba desnudo, la noche de verano me contemplaba a través de la ventana, y la fragancia de las acacias subía hasta la tercera planta. A esa hora no había nadie en casa. Deambulaba soñoliento, iba de un lado para otro, me lavaba a fondo, con mucha calma, me contemplaba largamente en el espejo.

A esa hora todo parecía muy hermoso. Estaba ante el espejo y pensaba en los miles y miles de mujeres que también se miraban en uno, se arreglaban y se preparaban, y que tal vez había una entre ellas que lo hacía para mí. ¿Cómo sería? Me lo preguntaba y buscaba en el espejo como si pudiera verla. Esos instantes eran los más bellos. A esa hora aún todo parecía posible, aún podía suceder lo inesperado.

Me vestía como si me preparara para una ocasión especial, aunque ni yo mismo sabía cuál. No me esperaba nadie en absoluto, ni siquiera un perro sarnoso, y tampoco sabía adónde ir. Tenía una cita con la casualidad, esperaba la gran aventura, el encuentro providencial tantas veces ansiado.

Subía al tranvía con la sensación de que «sucedería algo». Dios sabe qué me imaginaba. Tal vez que en la próxima parada subiría el prodigio y «sucedería algo» que nunca me había ocurrido. Por

supuesto, nunca pasaba nada. El tranvía de las afueras traqueteaba adormecido y en sus asientos, en lugar del prodigio, viajaba la pobreza. Sobre los duros bancos de madera dormitaban jóvenes proletarias agotadas; venían del trabajo, y en sus rostros cansinos se notaba que, si soñaban, a lo sumo lo harían con una buena cena. No, en el tramo que mediaba entre Újpest y la estación de Nyugati nunca se produjeron milagros.

Me apeaba en la última estación y caminaba por la ciudad sin rumbo fijo. Miraba a las mujeres como si de veras esperara a alguien, a una persona en concreto, y temiera no localizarla entre la muchedumbre. En ocasiones, me paraba ante un poste de anuncios, donde solían darse cita los enamorados, y hacía como si aguardara a alguien. No me pregunten por qué. No lo sé. Simplemente me ponía allí a esperar. El poste estaba coronado por un reloj eléctrico y yo observaba cómo avanzaba la manecilla a saltos y trataba de parecer impaciente, como los enamorados felices que tienen motivos para esperar e impacientarse.

En ocasiones, al otro lado de la calle divisaba a una chica, y presa de la excitación me lanzaba tras ella. Algo me atraía a modo de imán, algo había prendido fuego a mi imaginación. Desde lejos las mujeres parecían diosas, y mirándolas por la espalda, uno podía imaginar infinidad de cosas. «Quizá sea ella —pensaba—. Sí, quizá sea ella». La seguía un rato, luego… Lo dejaba. Pese a que las había jóvenes y bonitas y que otras parecían llamarme con la mirada… No sé. De repente dejaban de interesarme.

Pensaba en ella. Me imaginaba qué sucedería si pasara frente a mí y… «¡Qué idiotez! —me dije—. Para empezar, ella nunca va a pie. Y aunque viniera andando y nos encontráramos, ¿qué pasaría? Nada. La saludaría, me desdeñaría el saludo y seguiría su camino». Cuando estaba sereno, zanjaba el asunto de esta forma, pero luego volvía a soñar sobre lo que pasaría si, a pesar de todo…

—Oh, ¿eres tú, András? —diría con esa voz aguda y cantarina que tenía, y me tocaría juguetona la punta de la nariz con sus dedos enguantados—. ¿Adónde vas?

—Al cine.

—¿Sí? Yo también.

Yo no diría nada. Estaríamos muy cerca, sentiría ese perfume exótico y penetrante, su cabellera pelirroja lanzaría destellos bajo la luz.

—¿Quieres venir conmigo? —me preguntaría—. Voy al Ufa.

El Ufa era por aquel entonces el cine más lujoso de Budapest. Siempre terminaba entrando allí aunque resultara caro, al menos para mi presupuesto. La localidad más barata costaba ochenta florines, en las dos primeras filas casi tocando la pantalla. Por el mismo precio, en un cine de barrio podía sentarme en un palco; aunque claro, se trataba de esos cines «cochambrosos», y además aquí podía encontrarme con ella, y uno está dispuesto a hacer muchas cosas por sus principios, incluso morir.

De todas formas el Ufa era un lugar maravilloso. En las noches de verano se descorría silenciosamente el techo y de pronto uno se encontraba sentado bajo el firmamento. Bajo las estrellas y esperando que se produjera el prodigio. Pero ya saben cómo son las cosas. Las mujeres bellas siempre se sentaban al lado de otros. A mi lado se ponían viejas que olían a ratón, comerciantes de caballos gordos y sudorosos o, en el mejor de los casos, una joven que casi desaparecía en el abrazo de su novio, como si yo no tuviera ya bastantes problemas. Las películas alemanas parecían natillas: eran baratas, empalagosas y artificiales, y muchas veces salía antes de que terminaran. Me recordaban a las palabras de Elemér, quien en numerosas ocasiones me había explicado que el cine era una especie de opio embrutecedor que el burgués metía en la pipa del proletario para que no se percatara de la realidad. Tenía razón, pensaba con remordimientos de conciencia, y me iba a casa enfurecido para ponerme a estudiar socialismo a destajo.

En una ocasión sí tuve una aventura. Se sentó junto a mí después de empezar la proyección; tocaban una melosa canción alemana, de manera que prácticamente hizo su entrada en mi vida con acompañamiento musical, como una *prima donna*. Era rubia,

joven y en la oscuridad me pareció preciosa. Mi brazo inició una cautelosa conversación con el suyo y al final de la sesión ya tenía su mano en la mía. Santo Dios, ¡qué emoción tiene un gesto así cuando tienes dieciséis años, y más aún si tienes unos dieciséis años tan acalorados como los míos! Sonaba la música, estábamos a oscuras, los actores se besaban en la pantalla y sobre nosotros centelleaban las estrellas. Todo parecía tan irreal como la película en la pantalla, pero era más bello, mucho más bello.

Sí, ese era el encuentro providencial: la gran aventura tan ansiada… hasta que se encendieron las luces.

No, no es que fuera fea. Era una joven bastante mona, pero… ¡era tan distinta a como la había imaginado en la oscuridad! De súbito dejó de llamarme la atención.

—¿La puedo acompañar a casa? —pregunté.

—No —contestó, presumida, y meneó la cabeza como un pájaro.

—¿Por qué no?

—Pues porque no.

Empecé a suplicar, pero todo en vano.

—Además, no voy a casa —dijo al final. Hacía muecas y no paraba de negar con la cabeza al hablar—. Es que tengo una cita.

Eso me enfureció. Hay que ver cómo son las mujeres.

—Entonces no la entretengo más —le dije secamente.

La joven no se movió.

—Es una noche preciosa —constató—. El verano ya ha llegado. ¿Qué hora será?

—Medianoche.

—¿Le apetece tomar algo en una cafetería?

—Si acaba de decir que tiene una cita.

La chica empezó a reírse por lo bajo.

—Lo he dicho por decir.

—¿Por qué?

—Si quiere saberlo, porque no suelo salir con desconocidos.

—¿Soy un desconocido? —le pregunté con tono sentimental y, mientras, pensaba en el pobre Gyula y en la mujer enigmática, a la

que había conocido en circunstancias similares. «Esta también será un buen bicho», pensé. «Se deja tocar por el primero que se le cruza en el camino y va a cafeterías a medianoche»—. ¿Por qué no contesta? —seguí interrogándola con voz afectada.

—No sea tan curioso, que la curiosidad mató al gato. ¿Entramos en un ambigú?

Ambigú… Vaya palabra. Seguro que esta también tiene sífilis.

—Lamentablemente yo sí que tengo una cita —contesté—. ¿Nos vemos mañana?

—¡Ya le he dicho que no suelo quedar con desconocidos!

Ahora tenía la voz cortante, y volvió la cabeza herida en su orgullo. No le dije nada. Seguíamos ante el Ufa. La multitud se iba dispersando, las luces del cine se habían apagado.

—Es usted un tipo raro —dijo al cabo de un rato.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Ya estaba harto del tira y afloja.

—Entonces, ¿cuándo podemos vernos? —pregunté.

No contestó, pero vi que deseaba hacerse de rogar. Callé a propósito. Ya estábamos solos ante el oscuro cine. Del interior salieron unos obreros con escaleras y herramientas, y procedieron a colocar sobre la entrada el anuncio de una nueva película. La joven fijó la mirada en el enorme cartel de colores.

—Será una buena película —dijo—. La vendré a ver.

—¿Cuándo?

—¿Qué le importa? —Me miró con un destello coqueto, luego volvió a mirar el cartel—. Creo que mañana —agregó como de paso.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—¿Aquí, delante del Ufa?

—¡Ay, qué espabilado! —estalló. Luego añadió—: Que sea a las diez menos cuarto.

—Está bien —asentí, aunque sabía de sobra que yo a las diez menos cuarto no estaría allí, sino en el bar del hotel.

Sentí alivio al librarme finalmente de ella, pero cuando el tranvía llegó a Újpest ya había tenido tiempo de arrepentirme por no haber ido con la chica. El café quizá no hubiera costado tanto, después la podría haber llevado al Mauthner. La isla Margarita no está lejos del Ufa, podríamos haber ido paseando cómodamente, «hablando, coqueteando, haciendo manitas». A ver, ¿a quién esperaba yo en realidad? ¿Al hada Ilona, o a quién? Ahora no me quedaba más remedio que irme solo a casa. ¡Mierda!

Decidí que al día siguiente me compraría un preservativo y que la próxima vez sería más listo. Pero no compré el preservativo y en la siguiente ocasión tampoco fui más listo. Cómo no, volví a soñar con la gran aventura, con aquel encuentro providencial, hasta que me fui a casa furioso a estudiar socialismo.

En tales ocasiones apenas dormía tres horas, porque Manci llegaba a casa sobre las siete de la mañana y no quería encontrarme con ella. Había veces en que no aparecía por casa durante varios días seguidos, pero eso no se podía prever y seguía muy vivo en mi memoria el recuerdo de aquellas dos semanas horribles, cuando me miraba aterrado cada media hora para ver si ya «se me notaba». En resumen, que me iba al hotel para acompañar a Elemér a la comisaría.

Así pasé varias semanas. Después de un tiempo me volví incluso incapaz de leer. Podía estar horas sufriendo con un libro, devorando las letras a regañadientes pero sin ser capaz de digerirlas. Al final apagaba la lámpara, me acostaba y trataba de conciliar el sueño, pero no hacía más que dar vueltas en la cama y, claro está, mis pensamientos no giraban en torno a Karl Marx. Como el estribillo de una canción, volvían a mi mente las mismas imágenes: el dormitorio sumido en la penumbra… la cama… el camisón… el cuarto de baño lleno de vaho. La veía arreglándose las medias en el ascensor, y por encima de las medias no había nada, solo esa blancura que me desquiciaba, y tal vez tampoco llevara bragas. O la veía sentada en la cama, inclinada sobre su desayuno,

y bajo el camisón… los blancos senos que asomaban y el hecho de que no se tapara aunque la estuviera mirando.

—*What a handsome boy*!

—*Isn't he*?

Luego me asaltaba el recuerdo del primer András, con el que, según se rumoreaba, había mantenido relaciones. Después de medianoche ya me había olvidado del «según se rumoreaba». Si tuvo relaciones con él, ¿por qué no conmigo? Ya me había llamado una vez, me parecía oír su voz:

—András… ¿eres tú?

Ay, si entonces no me hubiera comportado como un idiota y hubiera entrado…

Siempre empezaba así, y lo más vergonzoso era que a las tres de la mañana ya no pensaba en ella, me hubiera conformado con cualquiera, incluso con Manci. Me decía una y otra vez que la esperaría, pero al alba siempre recobraba el juicio. No voy a echar a perder mi vida por una hora, ¿verdad? Me levantaba con mucho sueño, con dolor de cabeza y me iba con Elemér a hablar de socialismo.

Pero un día no fui. Había soñado que estaba con Manci, pero con una Manci pelirroja y con los ojos rasgados y de color gris, luego ya no era Manci sino ella y al final volvió a ser Manci y todo acababa como aquella mañana en que volví a casa borracho. Eran ya pasadas las siete cuando me desperté. «Ya es tarde para levantarme —pensé—. Si viene, me encontrará en casa; y si no viene, ¿para qué levantarme? Además, es poco probable que llegue, ya son más de las siete. Pero si viniera y se diera el caso… Al fin y al cabo tampoco surgió ningún problema la vez anterior».

Vino y se dio el caso. Luego volví a tener miedo y asco, y volví a jurar que nunca más lo haría. Pero tampoco aquella vez hubo problemas y el siguiente día libre volví a esperarla. Volví a tener miedo y asco, y la semana siguiente… vuelta a empezar.

Un día, en efecto, compré preservativos y desde entonces desapareció el miedo. Cierto es que seguía sintiendo asco, pero ya

no era un asco real, sino adulto, malicioso; sabía que en pocas horas se me habría pasado.

En el hotel había un conserje que había contraído paludismo durante la guerra. La enfermedad le reaparecía cada determinado tiempo, pero ya no se asustaba, se había habituado a ella, se había acostumbrado como el perro se acostumbra a ladrar.

—¡Ay! —decía dos días antes—, que viene la fiebre.

Se iba a casa, se metía en la cama, se tomaba sus píldoras y unos días después estaba de nuevo en su puesto como si nada hubiera pasado.

«Lo mismo sucede con el deseo carnal», pensé. Reaparece como el paludismo. Y si hacia el fin de semana me sentía incapaz de dormir, me decía: «¡Ay!, que viene la fiebre».

Y yo tampoco le tenía miedo; me había habituado a ella, conocía el antídoto. Había dejado de ser un niño. Era un hombre sabio y desvergonzado. Cada semana me acostaba con Manci y al día siguiente estaba en mi puesto como si nada hubiera pasado.

Con el paso del tiempo, esta rutina me tranquilizó. Pude volver a leer y a dormir, y las brumas del remordimiento de conciencia se evaporaron paulatinamente. Me tranquilizaba diciendo que no por ello dejaba de ser un buen socialista. A fin de cuentas, Manci era una proletaria. Es más, bien mirado, era otra víctima del capitalismo.

Sin duda, la excelentísima señora no encajaba con tanta facilidad en mis «ideales socialistas». Trataba de no pensar en ella, y más o menos lo conseguía… durante seis días. El séptimo, al meterme en la cama de Manci, sucedía con una constancia hiriente lo mismo que había pasado aquella primera noche de borrachera. Al principio Manci me preguntaba por ella, luego ya era yo el que hablaba sin necesidad de preguntas. Ella siempre estaba allí con nosotros y al apagar la luz, Manci se le parecía cada semana más. Había instantes —instantes oscuros, enfermizos, locamente hermosos— en los que Manci dejaba de existir: solo estaba ella, solo ella. Una vez a la semana me acostaba con una mujer a la que no había visto desde hacía cuatro meses.

Y entonces, de repente, una noche entró en el bar.

17

Era una noche cálida, de escasa actividad, apenas había gente en el bar. La orquesta de jazz tenía un descanso de media hora, y los camareros jugaban al siete y medio. El conserje también jugaba a los naipes y yo había ocupado su puesto en la entrada. Caía una tibia lluvia tropical que todo lo llenaba de humedad; el aire era sofocante. Serían las dos de la madrugada. Me entretenía escuchando adormecido cómo caían las gotas de lluvia, y a veces me quedaba dormitando un par de minutos.

De pronto un automóvil se detuvo ante la puerta. Había cuatro personas dentro: ella, Brochón, el armero vienés con cara de ostra y un hombre al que no había visto nunca. En cuanto les abrí la puerta del coche, me saludaron entre gritos, alegres y achispados. Se habían divertido a lo grande, todos estaban algo bebidos.

La mujer me reconoció.

—Oh, ¿eres tú, András? —dijo con esa voz aguda y ligeramente cantarina, como de costumbre—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, su excelencia.

Ella también había bebido mucho. Estaba recostada y adormilada en el asiento, pero en sus ojos jugueteaban todos los hijos ilegítimos del diablo. Estaba muy guapa con el recogido aflojado, relajada pero excitada por el alcohol, nunca la había visto así. El corazón me latía con frenesí.

Los primeros en apearse fueron Brochón y el armero. Extendí sobre ellos el enorme paraguas y los acompañé hasta la puerta de entrada; luego volví al vehículo. El caballero desconocido le decía

algo al oído a la mujer, que se reía con ganas, con musicalidad, como trinando.

Tuve que esperar. Las gotas de lluvia golpeaban la tela del paraguas, sentía que las rodillas me temblaban.

¿Quién sería ese hombre?

Por fin se apearon. Bajo el paraguas la mujer se agarró a mi brazo, el diputado caminaba en el lado opuesto. Llevaba sombrero de copa, tenía que levantar mucho el brazo, pero entonces era la señora quien se mojaba.

—Baja un poco el paraguas —dijo, y al hacerlo, tiré el sombrero del diputado.

El viento arrastró el sombrero, el diputado tuvo que salir corriendo tras él porque la señora me arrastró hacia la entrada. Le estaba abriendo la puerta cuando nos alcanzó el diputado con el sombrero manchado de barro.

—¡Estúpido! —me gruñó, y descargó sobre mí una sonora bofetada.

Fue tan inesperada que cuando quise darme cuenta ya habían desaparecido. Sentí una furia descomunal. Le voy a pegar en presencia de la señora hasta dejarlo medio muerto, me juraba, pero el campesino sensato decía en mi interior: no lo harás. Te echarían, te pondrían en la lista negra y además ni siquiera llegarías a pegarle. Lo defendería el personal, el Estado, la ley, todo el mundo; y a ti, ¿quién te echaría una mano? Te llevarían a rastras a la policía, volverían a darte culatazos hasta hacerte perder el sentido, te encerrarían en un calabozo, te mandarían a un reformatorio, porque eres pobre y pueden hacer contigo lo que les plazca. ¡No puede ser!, se rebelaba el amor propio en mi interior. Pero sabía de sobra que sí podía ser, y el sentimiento de impotencia me enfureció aún más. No sabía qué hacer. La rabia casi me hizo llorar. Entonces sentí algo cálido sobre el rostro.

Lo toqué: era sangre. Al verla perdí la escasa serenidad que aún me quedaba. Era la sangre de mi padre, una sangre densa y peligrosa; la sensatez campesina de mi madre ya nada podía hacer.

Sentía que iba a hacer algo, algo que no haría nadie en su sano juicio, pero ni yo mismo sabía qué.

—Me las pagará —rezongué, mientras las pasiones se arremolinaban en mi interior como espoleadas por el mismísimo diablo.

De pronto oí gritar mi nombre. Era la voz del maître; entré. Me miró como si hubiera saqueado la caja del hotel o algo aún peor. Era un hombre calvo, descarnado, con rostro de lacayo, un auténtico «espíritu de ciclista», como decía Elemér. Pisoteaba hacia abajo y se erguía hacia arriba y yo, cómo no, me encontraba abajo, justo bajo la suela de sus zapatos. Me asió violentamente de la manga de la chaqueta y me arrastró a un rincón.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

Se lo relaté. Me escuchó negando con la cabeza, y estaba claro que no lo hacía a causa de la bofetada.

—Después pasaremos cuentas tú y yo —dijo con tono siniestro —. Ahora lávate la cara y ve al bar, que te llama su señoría.

Tenía que ponerme en marcha, pero no me moví. Iba a decir algo, pero ni yo mismo sabía qué. La ira me hacía temblar.

—Se te han puesto los pelos de punta, ¿a que sí? —dijo sonriendo con sarcasmo y enseñándome sus dientes postizos.

—Qué va —le espeté—. Hubiera ido a verle aunque no me llamara. A mí no se me puede pegar así como así.

—Cierra el pico —me ordenó en voz baja—. Puedes alegrarte si el asunto se zanja con esa bofetada. ¿O es que no sabes quién te la ha dado?

No, no lo sabía. El maître me lo dijo, y por muy hombre que me sintiera, al oír el nombre se me puso la piel de gallina. Era un nombre hartamente conocido y temido, y no solo para mí. Su señoría, antes de ser diputado, había sido un asesino profesional: uno de los oficiales más sanguinarios del Terror Blanco. Había matado y hecho matar a centenares de inocentes con la máxima autorización de Horthy, el almirante, general, gobernador y dios todopoderoso de la Hungría regia. Cazaba judíos y comunistas, pero

era él quien determinaba si lo eras o no, según lo que le pagaran por ello, o al menos eso se contaba en mi pueblo. Porque también cometió sus canalladas por allí, en un bosque cercano: mandó a doscientas personas cavar su propia fosa e hizo enterrar vivas a más de una. Ocho años después de los hechos, los niños evitábamos la zona, porque en el pueblo se rumoreaba que en los árboles había apostados fantasmas. La verdad es que entonces aquellas tumbas ya se habían limpiado, porque entretanto nos «habíamos consolidado», lo que en un lenguaje menos pomposo significa que el país se había debilitado tanto por las sangrías de la guerra y de las tres revoluciones que ya no había necesidad alguna de asesinar a escondidas. Habíamos pasado a ser un país refinado y civilizado, y se mataba legalmente a las pocas personas que se atrevían a abrir el pico. Les organizaban incluso juicios públicos y, para que no se les pasara por la cabeza quejarse por las torturas a que habían sido sometidas, ambas cámaras del noble Parlamento habían aprobado la ley del palo. Con una paliza autorizada por el poder, presionaban al procesado hasta que firmase una confesión en base a la cual lo ahorcaban de manera legal. No en vano Horthy se jactó más adelante de que Hitler y Mussolini habían aprendido mucho de él. Es verdad que los precedió a los dos, y los hombres de Estado franceses e ingleses, entonces aún todopoderosos y que habían tratado como a perros sarnosos a los representantes de la Hungría democrática, no habían tenido inconveniente en hacer buenas migas con él, al igual que hicieron más tarde con Mussolini y Hitler. Y mientras tanto los asesinos a quienes Horthy debía su poder, en vez de terminar en la horca, acabaron obteniendo puestos codiciados; así fue como ese hombre llegó a ser diputado parlamentario. En unas elecciones normales no le hubieran dado ni diez votos, pero en este país «consolidado», junto al nombre del campesino se acostumbraba a escribir a quién había votado, por lo que la viuda depositaba su voto en favor del asesino de su marido, pensando que de lo contrario el señor candidato terminaría

degollando también a su hijo. Resumiendo: había elegido a mi contrincante con singular acierto.

—¿Qué quiere de mí el señor diputado? —le pregunté al maître.

—Abrazarte seguro que no —contestó, y volvió a exhibir sus dientes postizos—. Solo te digo que cierres la boca si no quieres meterte en problemas, y haz lo que ordene. Vamos, date prisa.

Entré en los servicios y me lavé la sangre. Al secarme ante el espejo, de repente comprendí la situación. Sí, su señoría no me llamaba para abrazarme, y el señor comandante nunca me daría la razón. Así que, pasara lo que pasase, había llegado mi fin; pero en vez de ponerme triste, sentí un curioso alivio: ya no tenía nada que perder. Soy libre, como los pájaros, me cago en quien me dé la realísima gana. Ya casi me alegraba de que las cosas salieran así. «Pase lo que pase —me dije—, lo seguro es que a ese señor de la chistera le pagaré lo que le debo».

En el espejo vi que tenía el rostro muy pálido. Me lo pellizqué hasta que recobró su color, luego me estiré, apreté instintivamente la barbilla contra el pecho, como hacía de niño, y salí de los servicios.

Me pareció que todo el mundo tenía la mirada clavada en mí, y ya no me preocupé más que de mi «reputación». Caminé lentamente, con grandes pasos de labrador altanero, como solía hacer aquellas noches de verano en que después de la cosecha iba camino de casa en compañía de los adultos. Oía la canción; es más, me puse a cantarla en voz baja:

Soy tan fuerte como tú,
pego fuerte, igual que tú.

—No tararees —siseó el maître—. ¿Tan alegre estás?

—Nunca he estado más alegre —le contesté con insolencia, y entré en el bar.

Allí tampoco aceleré mis pasos, solo levanté la cabeza en alto, fue así como me acerqué a él.

Soy tan fuerte como tú,

pego fuerte, igual que tú.

Me detuve ante su mesa. Me cuadré, porque a los niños campesinos se les había inculcado con tal perseverancia que tenían que ponerse firmes en presencia de los señores que lo hacían aunque no quisieran.

—A su disposición —dije lenta y pausadamente, como un viejo campesino, sin dejar de mirar fijamente a los ojos del señor diputado.

El señor diputado estaba removiendo su bebida y de momento se quedó sin decir nada. Delataba señales alarmantes de exceso de alcohol. Tenía los ojos turbios y el rostro tan hinchado que parecía un queso. «Cadáver de ahogado —pensé—. Es igual que el cadáver de un ahogado».

La mujer lo miró y, como el hombre seguía sin hablar, de pronto se volvió hacia mí.

—András, el señor diputado siente haberte pegado —dijo.

Vi que lo que decía no se correspondía con la realidad, aunque el señor diputado hizo un leve gesto de asentimiento. Estaba más claro que el agua que lo hacía por complacer a la mujer, lo que me hizo aún más feliz. Esperaba algo tan distinto y ahora era precisamente ella… Del asombro me quedé, tal vez, con la boca abierta. Sigo sin saber por qué lo hizo. Bueno, no niego que hubiera algo de humanidad en aquella mujer loca; tal vez le di pena de verdad, tal vez yo le gustaba un poco, pero creo que lo que más la excitaba de la situación era la gracia de desafiar a aquel hombre. Sin duda, le agradaba aleccionar al famoso *enfant terrible*, probar su poder sobre él. Lo miraba con desafío, con una extraña sonrisa.

—Entonces dele la mano a András.

El señor diputado me alargó la mano de la misma forma en que uno le acerca la muela al dentista. Lo agarré desprevenido, pero en ese mismo instante sentí un dolor tremendo.

—Espero no haberte apretado la mano demasiado —dijo con un tono de voz maliciosa y una cortesía irónica.

—Qué va —le contesté—. A mi mano eso no le hace nada.

—¿Ah, no?

En su rostro amarillento se dibujó una sonrisa fea y empalagosa, y apretó con más fuerza.

El dolor ya casi resultaba inaguantable, pero sentí en mí la mirada de la mujer y ni siquiera rechisté. Me acuerdo que de frente colgaba una lámpara con pantalla roja; fue eso lo que miré fijamente y apreté los dientes.

La orquesta de jazz dejó de tocar, en el bar reinaba un silencio sepulcral. La lámpara empezó a temblar ante mis ojos.

—Suéltelo —advirtió la mujer a su señoría.

—No se preocupe —dije—. No me duele en absoluto.

—¿En absoluto?

El señor diputado soltó una sonrisita y me apretó la mano aún más fuerte.

—En absoluto —repetí, obstinado.

La mano me dolía tanto que los matices habían dejado de existir para mí. La ira y el odio me cegaban los sentidos. Aparté la mirada de la luz y le miré a la cara. Ahora su rostro parecía un queso fundiéndose por el calor. Tenía la cara perlada de gruesas gotas de sudor y en la frente se le habían hinchado las venas. Sus ojos estaban enrojecidos.

Por fin no aguantó más. Me soltó la mano.

—¿De qué está hecha tu mano? —preguntó negando con la cabeza, e hizo un amago de sonrisa.

Lo miré a los ojos y le respondí en voz alta:

—Es una mano de campesino, señoría.

Sentí en mí la mirada de la mujer, y se la devolví furtivamente. De sus ojos se desprendía algo palpable, los sentía sobre mí como una mano, una mano que parecía acariciarme. Me sonreía. Acto seguido, le dijo al señor diputado:

—Ahora deje que sea András quien le apriete la mano.

—¿La mía? —El hombre se dio aires de superioridad y no vaciló en extendérmela. Ya puede apretar, ya.

Contemplé su mano. Era hermosa, señorial, de dedos largos y blancos. «La mano de un asesino», pensé.

—Adelante —me animó, y le cogí la mano.

Titubeé durante un instante, luego la apreté tanto que también me dolió a mí. El rostro del diputado se torció por un instante.

—¿Duele? —preguntó la mujer con tono burlón.

—¡Qué va! —Hizo un gesto de desprecio con la que tenía libre y miró muy airoso—. Vamos chiquillo, sigue apretándola si puedes.

No me hice de rogar. Apreté con todas mis fuerzas. Toda la ira que sentía en mi interior —que no era poca— la concentré en apretar esa cuidada y pálida mano de asesino.

Los acompañantes, borrachos, me observaban aguantando la respiración. Estaban sentados alrededor de la mesa, tiesos como figuras de cera. El maître, desde unas mesas más allá, me indicó con un gesto furioso que la soltara ya, pero no le hice caso. Seguía apretándola con todas mis fuerzas. «¡Tu madre! —despotricaba en mi interior—. ¡La madre que te parió!».

El diputado seguía tratando de sonreír, pero en el rostro retorcido por el dolor la sonrisa parecía más bien la mueca de una calavera. Lo miré y de pronto me pareció ver otro rostro, el de una vieja campesina de pelo desgreñado, a la que en el pueblo llamaban simplemente Vilma la Loca. Doña Vilma pasó a ser Vilma la Loca tras ver cómo este señor diputado enterraba vivo a su marido.

No sé qué hice en aquel instante, solo recuerdo que de pronto el señor diputado emitió un chillido y retiró bruscamente la mano.

Seguía habiendo un silencio mortal. Yo estaba cuadrado, a la espera de lo que pasara.

—Está bien, András —oí entonces la voz de la señora—. Ya puedes irte.

La miré. Nunca había visto sus ojos así. No sé qué escondían; a los dieciséis años aún no se es capaz de descifrar la mirada de las mujeres, pero con lo que veía en ella me emborraché más, sin haber bebido siquiera una gota de alcohol. Di un taconazo como lo hacen los soldados y dije:

—Que pasen una buena noche.

Todo el mundo me miraba, pero yo no miré a nadie. Salí al igual que había entrado, con grandes pasos de labrador altanero, cuando en realidad me hubiera gustado brincar de alegría.

Soy tan fuerte como tú,
pego fuerte, igual que tú.

Al salir del bar, el maître me agarró del brazo y me arrastró furioso hacia la cocina.

—Si vuelve a llamar al muchacho —susurró a uno de los camareros—, decidle que se ha ido a casa.

Sin más, abrió de golpe la puerta de la cocina y me empujó con fuerza.

—Luego saldamos cuentas tú y yo —me gritó, y cerró la puerta a mis espaldas.

En la cocina todos estaban ya enterados del «asunto». Iluci me miró la mano muy preocupada, aún se veían las huellas del apretón.

—¿Te ha dolido? —preguntó.

—A él sí —contesté, y di el tema por zanjado.

Los camareros también me preguntaron, pero no dije más. La verdad es que me hubiera gustado hablar de ello, incluso fanfarronear un poco, pero siendo del campo sabía que eso no resultaba ni conveniente ni de buena educación. A quien hace algo encomiable lo van a adular de todas formas; en caso contrario poco vale sacar pecho. Pero sí encendí un pitillo, lo que en otras ocasiones no me hubiera atrevido a hacer, y los camareros lo consintieron sin comentarios. Eso era el mayor reconocimiento que podían darme: considerarme un hombre que bien se merece un cigarrillo.

Iluci me colocó delante un enorme plato. Estaba lleno de manjares exquisitos, y me los comí con ganas. Luego me tomé una copa de champán y me recosté cómodamente en la silla. «La vida es bella —pensé—. Es posible que ahora me echen, pero…». Me

tomé otra copa de champán y luego ya dejé de cavilar. ¡Que se preocupe otro!

De súbito oí la voz del maître.

—Cerramos —dijo.

Allí estaba, como caído del cielo, no me había percatado de que había entrado. El champán me seguía zumbando en la cabeza, le hacía cosquillas a mis pensamientos. «Así que ya han subido —pensé algo embriagado—. Ahora se estará desnudando».

Los camareros dejaron los naipes y empezaron a recoger las cosas. El maître me miró con cara de mal agüero; evidentemente esperaba quedarse a solas conmigo. «Viejo idiota —pensé—. ¿Crees que te tengo miedo?».

Entonces sonó el teléfono. Iluci descolgó el auricular.

—Sí, su excelencia —dijo—. Una botella. La marca de siempre. Sí. ¿Quién? —Su rostro se transformó—. ¿Quién dice? —repitió la pregunta—. Sí, aún está aquí. Como usted desee, su excelencia.

Colgó y miró al maître con excitación.

—Pide que sea András quien le suba el champán. ¿Qué querrán de nuevo de este muchacho?

—No le habrá dicho que aún está aquí, ¿no?

—Pues sí.

—M… —blasfemó el maître y encendió un cigarrillo con gesto nervioso—. Bueno, ya da lo mismo —soltó con un ademán de resignación, y me miró—. Sube el champán. Luego… —No llegó a decir lo que pretendía—. Luego puedes irte a casa.

Salió sin mirarme.

Iluci estaba muy agitada.

—Ten cuidado —dijo con sincera preocupación—. Ya sabes de quién se trata.

—Claro que lo sé. —Me encogí de hombros—. No se preocupe por mí.

Pero en mi interior no me sentía tan tranquilo. «No —pensé—, evidentemente el señor diputado no va a resignarse. Ahora lo tendrá más sencillo. Todo el hotel duerme y están solos en la suite».

Iluci me dio una botella de champán fría metida en un cubo de cristal y una bandeja de plata con cuatro copas. Era champán francés, una botella grande y pesada. «Si me toca —pensé en el ascensor—, le partiré la cabeza con ella».

Ya serían las tres. Al acercarme a la suite, las copas tintinearon con un ruido espectral en medio del pasillo desierto, donde sonaron ecos. Reinaba tal silencio que incluso se oían mis pasos en las mullidas alfombras. El amplio hueco del ascensor bordeado de rejas se abría oscuro como boca de lobo, los cables embadurnados de grasa colgaban inertes en el vacío. Nada se movía, parecía que incluso el aire se había condensado.

Me detuve ante la puerta sobradamente conocida y llamé con los nudillos.

—¿András? —Oí desde el interior la voz de la mujer.

—Sí, excelencia.

—Entra.

Pensaba que en el interior encontraría mucho jolgorio, con gente borracha hablando a gritos, pero la suite estaba tranquila, como si todos estuvieran dormidos. Al entrar, el silencio casi me golpeó en la cara, como el viento. El vestíbulo estaba oscuro, las puertas, abiertas de par en par. Me paré y miré alrededor. Dentro se vislumbraba una penumbra verdosa, como en un cuento de terror. En el fondo de la habitación, en un alto espejo veneciano, se reflejaba mi imagen y la de los muebles. ¿Qué es esto? —vacilé—. ¿Dónde están? Agucé el oído, pero solo se oía el suave tintineo de las copas sobre la bandeja y en el espejo vi que tenía el rostro muy pálido.

Por fin entré.

La mujer permanecía recostada en el sofá, fumando. Estaba sola, en la habitación solo había encendida una lámpara baja de pantalla verde; por la ventana abierta del balcón entraba el viento, las cortinas ondeaban en la penumbra. Había algo teatral e inverosímil en todo aquello. La mujer estaba inmóvil, como si fumara entre sueños, con los brazos desmadejados. Los párpados pesados

y maquillados de azul ocultaban sus ojos. Me miró, pero no dijo nada. Me detuve torpe y tímidamente, no sabía qué hacer. ¿Qué le habrá pasado? ¿Estará borracha, o enferma?

—Traigo el champán —dije casi en un susurro, como si no fuera evidente que lo traía.

—Déjalo ahí —dijo por fin, lenta y pensativa, como no queriendo precipitarse en su decisión, y señaló la mesita colocada ante el sofá. Hablaba como si tuviera la lengua hinchada, tenía la voz algo ronca por el alcohol—. Puedes servirlo —añadió, y con un gesto excéntrico tiró la ceniza del cigarrillo sobre la alfombra.

Fuera seguía lloviendo. De vez en cuando las ventanas se movían por una racha de viento, como si alguien las tocara suavemente, como si la noche pidiera permiso para entrar. Descorché la botella y empecé a servir el champán en las copas. Al alzar la botella sobre la tercera, la mujer dijo:

—Basta con dos.

Se me hizo un nudo en la garganta. «Así que están solos», pensé, y miré sin querer en dirección al dormitorio. La puerta estaba cerrada.

—Siéntate —dijo entonces en voz baja y ronca; hizo una leve mueca con el labio como queriendo sonreír, pero daba la impresión de que a falta de fuerza era incapaz de hacerlo y renunciaba a la empresa.

Me senté en el borde del sillón y aguardé, conteniendo la respiración.

—Bebe —dijo, y vacilando, como si estuviera sonámbula, alargó la mano hacia su copa.

De reojo yo seguía mirando en dirección al dormitorio. ¿Qué se traerá entre manos?

—A… la salud de su excelencia —tartamudeé, y era tanta mi turbación que apuré el champán de un solo trago.

Ella estuvo un buen rato bebiendo sorbo a sorbo, pensativa, con el rostro serio como un entendido catador, sin dejar de mirarme siquiera un instante a través de su copa. Me miraba soñolienta, pero

curiosa, como se mira un paisaje nocturno a través de la ventanilla del tren, cuando ya casi se te pegan los párpados.

—Ahí estás muy incómodo —dijo de repente. Su voz era extrañamente mansa, pero de algún modo también imperativa—. Quiero que te sientas a gusto —añadió con voz cantarina, y señaló la mesita—. Ahí tienes cigarrillos.

—Gracias —balbucí, y me eché un poco para atrás en el sillón, pero no toqué los cigarrillos.

Se produjo un silencio. El bochorno no había cesado. El aire estaba tan húmedo que parecía que en vez de lluvia cayera agua hirviendo del cielo; el viento tampoco traía alivio, era cálido e inquietante, como el aliento de una mujer excitada.

Esperaba que se abriera la puerta.

La habitación estaba ahora llena de ruidos. Las cortinas musitaban, movidas por el viento, como susurrando, algo crujía, algo crepitaba en alguna parte, no adivinaba qué, a ratos parecía que los ruidos procedían del dormitorio.

—¿Por qué miras la puerta sin parar? —preguntó de repente.

—No la miro —repuse tontamente, y sentí que me sonrojaba.

Entonces la señora se inclinó hacia delante, extrajo un pitillo con la punta de los dedos y me lo colocó entre los labios.

—Puedes encenderlo tranquilamente —dijo, y me sonrió de una forma extraña, como un fogonazo—. Estamos solos.

La cerilla me tembló en las manos cuando encendí el cigarrillo, la sangre me hervía. Estamos solos. Estoy solo con ella.

Sin querer, la miré, pero ella no dijo nada. Estaba inmóvil, reclinada en el sofá, mirándome como si fuera un paisaje nunca visto. Ahora de pronto me pareció extraña, como si no fuera la mujer que conocía. Como si solo me recordara a alguien, a otra mujer, que era ella y, sin embargo, no era ella, de la misma forma que recuerda el retrato a la modelo cuando el pintor ha hecho el trabajo en ausencia de la persona real. ¿La habré imaginado así en mis sueños, o en la oscuridad, estando con Manci? Lo ignoro. Resulta difícil de explicar. Ahora tenía algo en el rostro, en su ser, que hasta

entonces solo había intuido vagamente; algo que se había convertido en una realidad física, que hasta entonces había sido invisible e indefinible, como cuando la sal cristaliza en el agua del mar y el agua se convierte en una sustancia sólida, con peso y volumen: en un cuerpo tangible. Era tan bella que me hubiera gustado echarme a llorar o a gritar, o lanzarme sobre ella, morderla y estrangularla, o morir allí mismo, a sus pies. «Me he emborrachado», pensé. Luego volví a pensar: «Morir aquí, a sus pies».

—¿Cuántos años tienes? —preguntó entonces.

—Voy a cumplir diecisiete —respondí.

—¡Diecisiete! —repitió reflexiva, y asintió, como si fuera un médico al que el síntoma ha revelado la gravedad de la enfermedad pero no lo menciona y solo se lo dice más tarde a los familiares—. Bebe —dijo con un tono casi consolador, con la voz de una persona que ya ha probado el remedio y que sabe que alivia la dolencia.

Llené las copas y bebimos. Ahora volvió a mirarme a través de su copa, con seriedad, con atención, casi con mirada de entendido, como si de veras fuera un médico que narcotiza a su paciente y no empieza la operación hasta que el sopor llega al grado preciso.

No me atreví a mirarla, mi vista se perdía por la puerta abierta del balcón. El Danubio brillaba negro en medio de la noche húmeda y bajo las gotas de lluvia parecía burbujear igual que la pez cuando cuece. Todo el mundo parecía algo así: oscuro, nebuloso, calentado hasta el punto de ebullición.

—¿Estás mirando las estrellas? —preguntó.

Pensé que lo preguntaba en broma. Sonreí.

—Esta noche no hay estrellas —dije algo entrecortado, porque en ese momento también mi lengua parecía estar hinchada.

La mujer se inclinó hacia delante, su rostro era un enigma.

—Las hay —afirmó en voz baja, como una confidencia, como quien informa sobre un descubrimiento de gran trascendencia—. Las estrellas siempre están en el cielo, pero no las ves a causa de las nubes. —Eso la hizo meditar un rato, luego asintió lenta, pero

enérgicamente; se notaba que volvía a reflexionar sobre el asunto, pero ahora ya daba su visto bueno definitivo—. El cielo está lleno de estrellas —dijo— y no las vemos. —Eso la entristeció. Suspiró—. He bebido mucho —constató—, ponme un poco más.

Volvimos a beber. Me daba la sensación de que el champán no me llenaba el estómago sino la cabeza. Estaba mareado. La apoyé en el respaldo de la silla, ya no podía sostenerla. Pesaba mucho; tenía el cuerpo lleno de champán y estrellas.

—Es hermoso —dije meditando.

—¿El qué? —preguntó.

—Lo que ha dicho de las estrellas.

La mujer suspiró.

—Tú también te has emborrachado.

—Sí —dije con tono pensativo, y asentí, como quien está al tanto de la gravedad de la situación.

—Enséñame la mano —dijo súbitamente.

Ya nada me extrañaba, eso tampoco. Extendí la mano. La agarró con dos dedos, como si fuera un objeto frágil y delicado, pero todo mi cuerpo se estremeció, como si de sus dedos saliera un flujo eléctrico, una corriente extraña, de alta tensión. Estaba ocupada en mi mano. La observaba, la giraba, pensaba. Luego levantó la vista.

—¿Sabías de quién era la mano que estabas apretando? —preguntó.

—Sí —contesté.

—¿Y no tenías miedo?

—No —dije, pero luego me corregí—: Una vez hube empezado, ya no.

—Claro —asintió—. Solo la idea es terrible, siempre es la idea lo que da miedo. El hecho —torció los labios— no es nada, ¿verdad? Tomándolo así, la vida entera no es nada. —Hizo un gesto de desdén con la mano—. Uno la supera como hace con una operación. Es solo la idea de la operación —dijo con voz ronca, y de repente se calló. Tenía la mirada perdida; enarcó las cejas, se estremeció ligeramente—. Lo que es terrible —pronunció

lentamente esta palabra, y como si temiera que la pudiera oír, se me acercó más—. Hay que beber —susurró—. Beber mucho. O creer en algo profundamente. —De repente, se echó a reír, con una risa extraña, histérica—. Yo bebo —anunció con desprecio, y como habiendo puesto punto final al asunto, continuó con un tono muy distinto—: Apriétame la mano.

La miré sin comprender.

—¡Apriétamela! —insistió.

Le agarré la mano. Era delicada, blanca, hermosa, era tierna y frágil como un polluelo. «¿Cómo apretarla?», pensé. Pero entonces las rodillas y las manos empezaron a temblarme notablemente, y para que no lo notara, le di tal apretón que el rostro se le retorció de dolor.

—¿A mí tampoco me tienes miedo? —preguntó con una voz extraña.

—Un poco —confesé, y le solté la mano.

Me miró escudriñadora.

—¿Por qué? —preguntó.

¿Por qué?… Es verdad, ¿por qué? Me quedé pensando un buen rato.

—Es tan bella —dije a continuación.

Hablábamos susurrando, como si tramáramos una conspiración.

—Aprieta —dijo—. Apriétamela como apretaste la suya.

—Le dolerá —musité.

—No te preocupes por eso —dijo con un gesto de desprecio. Y luego añadió con un tono casi inaudible—: A veces sienta bien.

Ahora había algo alarmante en ella. Las pupilas se le habían dilatado, los labios entreabiertos le temblaban. Luego se echó hacia atrás con esa extraña mezcla de resolución y de miedo que se siente al subir a la mesa de operaciones. Cerró los ojos, apretó las mandíbulas; esperaba el dolor.

Al agarrarle la mano, se estremeció. Dobló las piernas, la falda se le subió por encima de las rodillas, vi que las juntaba. En la falda, pegada al cuerpo, se marcaban las ligas, pero no aparecía ninguna

otra señal. «No lleva bragas», pensé, y como si me diera un calambre, le apreté la mano.

Sentía el dolor atravesándole el cuerpo. Las piernas se le encogieron, la falda se le subió más y por encima de las medias asomaron los muslos, tan solo una fina franja blanca, pero casi me cegó.

La miré hipnotizado. Qué pasaría si ahora…

—¡Más! —susurró jadeando—. ¡Aprieta más!

«Está loca —pensé—. Se ha vuelto loca». Y entonces de veras le tuve un poco de miedo.

—¡Más…! ¡Más…!

Unas veces suplicaba como un niño, con voz entrecortada y llorosa, otras gritaba, deliraba, exigía:

—¡Más…! ¡Más…! ¡Más…!

La miraba hechizado y horrorizado. Hasta entonces el dolor y el placer me habían parecido fenómenos tan contrarios como el agua y el fuego o el nacimiento y la muerte, y ahora, ver fundirse ambos me dejó tan abatido que me quedé helado. La mujer tenía un rostro espectral, con una fealdad animal y una belleza sobrehumana. Me recordaba un poco a los santos mártires, o a los locos tranquilos y tímidos… a algo inexpresable que solo existe en el infierno sangriento de los sueños y que no puede expresarse con palabras.

No pude seguir viendo cómo sufría; volví la cabeza. Miré asustado y callado a la nada. De repente oí un chillido reprimido. La miré y se me cortó el aliento. La falda se le había subido del todo y… no llevaba bragas, confirmé. «Ahora, si me sentara al otro lado, frente a ella…».

De pronto tuve la impresión de que me estaba observando. La miré furtivamente, con el rabillo del ojo y, en efecto, tenía los ojos abiertos. Miraba cómo yo la observaba, pero no se bajó la falda. Nuestras miradas se cruzaron. «Ahora», pensé y me incliné hacia sus labios. Pero entonces de pronto se puso en pie.

—Tengo muchísimo calor —dijo—. Voy a bañarme.

«Lo he echado toda a perder», pensé rabioso, y me levanté.

—Buenas noches —gruñí, malhumorado.

La mujer se volvió.

—¿Quieres irte ya? —preguntó, y pareció asombrada.

—No —balbucí.

—Entonces espérame —dijo—. Termino en un par de minutos. —De pronto se agarró al respaldo de mi silla—. Estoy mareada —susurró, y se apretó la mano contra la frente.

Permaneció así unos instantes, luego con pasos inseguros entró en el dormitorio. Dejó la puerta entreabierta, pero desde donde yo estaba solo se veía la cama, pues el cuarto de baño se hallaba en el lado opuesto. Oí que se abría la puerta, pero no que se cerrara. «¿No la habrá dejado abierta?», pensé excitado. Estuve un buen rato escuchando, pero la puerta no se cerró. Y entonces se oyó algo que me heló la sangre.

Ruidos desde la habitación de Doni.

Un sudor frío me cubrió el cuerpo. ¿Qué era eso? ¿Estaba Doni? Los instantes parecieron minutos, los minutos, horas, y transcurrió toda una eternidad.

Luego, de pronto, me tranquilicé. Se oyó el gimotear del perro, ese gimoteo tenue que asemeja el llanto de los niños pero que al mismo tiempo parece un gemido de placer y que conoce muy bien todo el que entiende de perros. César estaba soñando. De manera que Doni no está en Budapest, constaté, ya que sabía que de lo contrario César dormiría en el vestíbulo.

Del cuarto de baño llegaba el gorgoteo del agua. «Se está desvistiendo —pensé—. ¿O ya está desnuda?».

De repente todo quedó en silencio. Luego chapoteó el agua, y se pudo oír claramente cómo se metía y se sentaba en la bañera. Estaba seguro de que la puerta estaba abierta. Por las tardes, a solas con César, cuántas veces la había imaginado así, metida en la bañera, y ahora solo faltaba dar unos pasos para que… Súbitamente me puse en pie y me dirigí al dormitorio. Pero entonces volvió a oírse un ruido en la habitación de Doni. Me paré y agucé el oído. Sí, era César, seguro que era él, pero me detuve por si las

moscas. «Acabaré por echarlo todo a perder», pensé, y volví a sentarme en mi sitio.

Unos minutos más tarde la oí salir de la bañera. «Pronto estará de vuelta —pensé—, y entonces… ¿qué pasará entonces?». Ya no comprendía nada de nada. Primero dejaba que le mirara sus muslos desnudos, luego me dejaba plantado al querer besarla, ahora se bañaba con la puerta abierta. Me quedé mirando tontamente el oscilar de las cortinas. Fuera el viento cobraba fuerza y la lluvia azotaba las ventanas. «Está loca —pensé—. Tal vez esté loca de verdad».

—¡András! —oí entonces su voz.

—Sí, excelencia.

—Entra.

Me mareé, caminé como un sonámbulo. La mujer estaba sentada ante el tocador, de espaldas a mí, en bata de baño.

—Báñate tú también —dijo sin ningún preámbulo ni explicación, sin volverse siquiera.

—Como desee —contesté estúpidamente, y entré en el cuarto de baño.

—Oye —me dijo—. ¡András!

—¿Sí?

—El albornoz del excelentísimo señor está colgado en el perchero. ¿Lo ves?

—Sí.

—Basta que te pongas eso. Hace mucho calor.

Creí haber oído mal. «Basta que te pongas eso… el albornoz del excelentísimo señor…». Tardé varios minutos en comprender qué significaba aquello o en creer, al menos, que de verdad significaba lo que a mí me parecía.

¿Para qué habrá que bañarse antes?, cavilé ya metido en la bañera, porque el agua me había serenado un poco. Es posible que piense que voy sucio. En ese instante la odié tanto que hubiera sido capaz de estrangularla, pero unos segundos después ya no me acordaba de nada, solo pensaba que… No, en realidad era incapaz

de pensar. En mi cabeza trabajaba un director de cine desquiciado, que había convertido mis ideas en imágenes, cada una un fotograma y luego, tras mezclarlas, las había montado boca abajo y les había prendido fuego. Al secarme aún me pasó por la mente que en realidad debería sentirme furioso, pero ya no recordaba por qué. ¡Ahora!, esa era la única palabra que oía, tronaba y relampagueaba en mi interior. ¡Ahora, ahora, ahora!

Al ponerme el albornoz de Doni y colocar la mano sobre el picaporte, por un instante me invadió la duda de si había entendido bien, pero entonces la puerta ya estaba abierta y yo me encontraba en el dormitorio.

Había una oscuridad total, no veía nada.

—¡Estoy aquí! —oí su voz, como si hablara en sueños.

Me dirigí a tientas en dirección a la voz. De pronto me topé con su mano extendida.

—Siéntate aquí —dijo, y obedecí mareado.

Me senté al borde de la cama. «Está tumbada a mi lado —pensé entre escalofríos—: ¡ahora, ahora, ahora!». Pero de pronto me sentí desconcertado. Ahora, sí, pero… ¿cómo empiezo? Con una muchacha campesina sería fácil, tampoco resultaría difícil con una camarera. Pero ¿qué se puede saber de una excelentísima señora tan misteriosa que te enseña los muslos y a continuación se levanta enfadada? No me atreví a moverme, pues temía «echarlo todo a perder». Permanecí sentado en el borde de la cama sin decir nada, temblando tremendamente avergonzado.

—Bebe —dijo entonces—. Allí está el coñac, sobre la mesita de noche.

Empecé a tantear. Encontré la botella, pero no vaso.

—¿Puedo encender la luz? —pregunté con torpeza.

—No —me contestó con esa voz ligeramente cantarina; parecía estar divirtiéndose.

Me armé de valor y le solté:

—¿Por qué no?

La mujer se rio por lo bajo.

—Bebe de la botella.

Bebí.

—Bebe más —me animó.

Y otra vez:

—Más.

Con las puertas y ventanas cerradas el bochorno era en el dormitorio, si cabe, aún más insoportable. La bebida parecía arder en mi cuerpo, ardía y ardía, me sacudían escalofríos.

—¿Por qué no puedo encender la luz? —repetí con voz temblorosa.

La mujer me acarició la cabeza.

—¿Eres virgen? —preguntó con voz queda.

—No.

—¿Estás con alguien?

—Sí.

Permaneció un rato callada.

—¿Cómo se llama?

—Manci.

—¿La amas?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás con ella?

—No sé. No tengo a nadie más.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Un par de meses.

—¿Ha sido la primera?

—Sí.

—¿Y antes?

—Nada.

—¿No pensabas en mujeres?

—Sí.

—¿Mucho?

—Vaya.

—¿Resultaba desagradable?

—Mucho.

—¿Y ahora estás mejor?

—No.

La mujer alargó la mano, agarró la botella y bebió un poco.

—A mí me pasaba lo mismo —dijo risueña—. A veces incluso me sigue pasando. La realidad normalmente es como Manci, con el tiempo te darás cuenta de ello. ¿Sigues soñando con otras mujeres?

—Sí.

—¿También cuando estás con ella?

—También.

—¿Y qué piensas entonces?

—Toda clase de cosas.

—¿Como qué?… Anda, cuéntame.

No podía hablar. Los dientes me castañetaban y apreté las mandíbulas para que no lo notara.

—Bebe —me ordenó, y volví a hacerlo.

Ya era incapaz de mantener los ojos abiertos. Me sentía como quien está despierto y sueña a la vez. Me oía hablar, pero mi voz me sonaba extraña:

—En esas ocasiones siempre me la imagino a usted.

Se me acercó, tenía la voz muy excitada.

—¿A mí?

—A usted.

—¿Y qué imaginas?

—De todo. Absolutamente de todo. Ya me he acostado en su cama.

—¿En mi cama…? ¿Aquí?

—Sí.

—¿Y qué hacías?

—Pensar en usted.

—Eso ya lo has dicho —susurró con impaciencia—. ¿Qué más?

—Tocar su camisón.

—¿Y?

—La imaginaba a usted dentro del camisón.

—¿Qué más? —Me apretó la mano con fuerza—. Cuéntamelo todo.

—No puedo —gemí.

Ya estaba muy cerca de mí, sentía su aliento. Respiraba con avidez, de manera entrecortada, y la voz se le quebraba por la excitación.

—¿Me lo cuentas si dejo que te acerques?

—Sí.

—Ven.

Al fin la toqué, pero la mujer me apartó casi con asco. Extendí la mano, pero ya había saltado de la cama.

—¿Quieres que llame a recepción? —me gritó, y la oí descolgar el auricular.

Me quedé estupefacto. Ella tampoco se movía, reinaba un silencio alarmante. «Esto es el final», pensé.

—¿Quieres que vuelva? —preguntó susurrando.

—Sí —le supliqué.

—¿No me volverás a tocar?

—…

—Contéstame.

—No.

—¿Solo harás lo que yo te diga?

—Sí.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

Se metió en la cama, tan lejos de mí como pudo.

—Entonces, cuéntame —bisbiseó.

—¿Qué?

—Ya sabes.

Estaba allí, tumbada a mi lado, pero tan lejos de mí como las estrellas. Los dientes me volvieron a castañetear, apreté las mandíbulas.

—¿Por qué no hablas? —preguntó con un tono de voz manso, casi tierno—. ¿Es que te da vergüenza?

—No.

—¿Quieres beber más?

—No.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué no hablas?

—Porque se ha alejado de mí como si yo fuera un sapo.

La mujer calló por un instante.

—¿Prometes no tocarme?

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro. No me torture más.

—Está bien —susurró, y de repente sentí su mano sobre mí.

Ya no tenía que suplicarme. Hablaba, las palabras fluían de mí. Lo conté todo, pero a ella no le bastaba. No consentía alusiones, oraciones a medio terminar, todo lo tenía que nombrar, ni la palabra más obscena le parecía demasiado desagradable. Y ahora también, como cuando le apretaba la mano, me suplicaba a veces como un niño, y otras gritaba y exigía.

—¡Más!… ¡Más!… ¡Más!…

Y de pronto retiró la mano.

—No —le supliqué—. Deme la mano.

Se inclinó sobre mí y por un instante sentí el roce de sus senos.

—Ahora piensa que no estoy aquí… Piensa que estás solo en mi cama… Así… Así… Así…

Encendió la luz y me miró.

—Bien —jadeó enloquecida—. ¡Bien!…

—¿Qué hace?

—¿No lo ves?

De repente la abracé, pero me empujó aún con más fiereza que antes y cuando intenté atraparla saltó de la cama. Pero esta vez ya no llegó a descolgar el teléfono ni a gritar. La cogí, le tapé la boca y la tiré sobre la cama. Pataleaba, mordía, arañaba, ¿pero a mí qué más me daba? Me porté como un animal salvaje desbocado, me tiré

encima de ella. El mundo parecía estallar en llamas, luego se hizo un silencio, como el día del juicio final.

Se durmió. Dormía profundamente entre mis brazos, respiraba tranquilamente. Fuera el viento parecía aplacarse, la aurora se vislumbraba por las rendijas de la persiana. Medio dormido oí el gimoteo de César, pero me sonó muy lejos, como si procediera de otra galaxia.

El perro de la excelentísima señora soñaba.

III

Yo y el maquinista sonriente

1

Me estaban zarandeando.

—Levántate —oí desde lejos.

La voz me pareció maravillosamente familiar. ¿Será ella?, aventuré. Curioso. Seguro que estoy soñando con ella, a menudo se sueña en sueños. No, no puede ser. Veamos. Ahora estoy soñando que estoy despierto, mejor dicho, estoy despierto y sueño que… ¡Déjame en paz! ¿Se me habrá hecho tarde?

—¿Qué hora es?

—No lo sé. Cuidado, que no te vean en el pasillo.

Por fin logré abrir los ojos.

La mujer yacía a mi lado tan inmóvil que en un primer instante pensé que me había hablado en sueños. Por las rendijas de la persiana se filtraba la luz del sol, en la penumbra temblaban unos haces finos y dorados. En la cabeza se me acumulaba niebla y en el estómago, náuseas; los párpados me pesaban. Estaba muy mareado. Tendría que andarme con cuidado para que no me vieran en el pasillo.

En ese instante la mujer pestañeó y abrió los ojos con esfuerzo.

—Allí está, en la cómoda —murmuró soñolienta, y luego añadió algo que no entendí.

—¿Cómo dice? —pregunté.

—Mi bolso —repitió, algo irritada—. Coge dinero.

—¿Cuánto?

—Lo que quieras.

Obedientemente salí de la cama, pero al pisar el suelo, este se movía bajo mis pies. Me agarré a la cabecera, pero entonces

también la cama se tambaleó, las paredes empezaron a temblar, la habitación se inclinó y todo cedió a su propio peso. «Qué extraño —pensé—. Hay que averiguar a qué se debe». Me quedé un buen rato meditando y al final lo comprendí. Ah, claro, estoy borracho, eso es todo. Bueno, a ver. ¿Dónde está la cómoda?

El camino hacia la cómoda era una pendiente muy pronunciada; antes no lo había notado. Curioso. Tenía que agarrarme cada dos por tres a alguna pieza del mobiliario.

El bolso, en efecto, estaba ahí. Lo tomé, lo observé, cavilé. Me di cuenta de que no entendía nada.

—¿Qué hago con el dinero? —pregunté.

La mujer no respondió. ¿Estará dormida? Arrastrando los pies, me acerqué a la cama con el bolso.

—Aquí tiene —dije, y se lo tendí.

—Déjame dormir —gimió. Me dio la espalda visiblemente enfadada.

Miré el bolso sin saber qué hacer. «¿Qué querrá? —pensé—. ¿Qué querrá de mí? Aquí estoy, como un tonto, y no tengo ni idea de nada».

Y eso que es mi amante, se me ocurrió de pronto, y repetí la palabra con el mismo ahínco con que se trata de grabar en la memoria un sueño en el momento de despertar: ¡es mi amante! Parece imposible.

Estaba acostada, con las piernas abiertas; había dormido con ella, acababa de bajar de su lecho y sin embargo parecía increíble. La miré como quien espía con unos gemelos a una mujer del edificio de enfrente, a una mujer desnuda que yace sin pudor alguno; está al alcance de la mano y, no obstante, se es consciente de que está lejos: al otro lado, al otro lado.

Estaba borracho, tenía dieciséis años, no podía serenarme. Me acerqué todo lo que pude a ella. Sentía su aliento, pero la distancia no parecía haber menguado. En vano me aproximaba cada vez más, porque no la sentía próxima. Veía su boca, que no decía nada, sus ojos, que permanecían cerrados; veía manos y pies, los senos,

la ingle, jeroglíficos hermosos e indescifrables de los que yo nada entendía. Era una mujer, una mujer hermosa; eso era lo único que había.

—¡Horrible! —dije, y me asusté de mi propia voz.

La mujer no se movió. Dormía profunda y plácidamente, con una indiferencia casi indignante. La luz le cubría medio cuerpo, el rostro permanecía sumido en la penumbra. El cabello se le veía casi negro, pero en las partes iluminadas refulgía un rojo dorado, como un signo de exclamación ardiente cuyo punto hubiera desaparecido; una advertencia dulce pero siniestra. «Qué hermosa», pensé, y me estremecí. Bella y horrible. Tendría que andarme con cuidado para que no me vieran en el pasillo.

A tientas entré en el cuarto de baño. Vi mi rostro en el espejo mientras me vestía, pero no me reconocí. Me quedé mirando asustado. «Hay algo que no he entendido —pensé inquieto—, y a la vez hay algo que sí. Tanto da», constaté con resignación, solo podría expresarlo con un poema, y lo que importaba entonces era que no me encontrara con nadie al salir de ahí.

En el pasillo tuve éxito, pero en cambio en la escalera de servicio me crucé con Franciska. «Que se vaya a la mierda», pensé, y no me preocupé más. Confiaba en la memoria de Franciska en lo referente al «accidente de tráfico».

«Que Elemér no me vea», rezaba para mis adentros, porque Franciska me lo había hecho recordar y me entraron escalofríos con la simple idea de toparme con él. Era consciente, incluso en el estado en que me encontraba, de que era la única persona en quien podía confiar ciegamente, que nunca y bajo ninguna circunstancia me traicionaría. Ahora, sin embargo, le tenía miedo, solo le temía a él y a nadie más, y lo curioso del caso era que no me extrañaba ni una pizca.

Aguardé un buen rato ante el lavabo antes de entrar, porque temía encontrarlo allí. Sin embargo, no había nadie. El suelo estaba encharcado, de modo que los del turno de día ya se habían lavado y cambiado, es decir, que ya eran las ocho pasadas. Lo malo es que

no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde esa hora. Solía encontrarme con Elemér a las ocho y media, y me preocupó encontrármelo esperando en la puerta. Para matar el tiempo me cambié a paso de tortuga, aunque como averigüé más tarde no había ninguna necesidad de ello. Eran las ocho y media pasadas, nadie me esperaba a la entrada. Eso me puso de tan buen humor que empecé a canturrear por la calle, en voz alta. La gente se me quedaba mirando pero ¡qué me importaban a mí ellos! No les tenía miedo. No le temía a nadie, a ningún hijo de vecino. Lo único que habría pedido, incluso al hijo de Dios, era poder dormir un rato. Pero para ello tenía que llegar a casa, lo que prometía ser una empresa bastante compleja.

La complicación estaba en los tranvías. Aquella mañana circulaba un número infinito de ellos por Budapest. Para llegar uno a casa, debía optar justo por el tranvía que iba precisamente en la dirección adecuada. Para ello, el pasajero necesitaba juicio, agudeza y serenidad, y si además tenía suerte —algo imprescindible en toda iniciativa— podía concluir con éxito la tarea. Lo difícil no era eso. El origen de la complejidad de la operación residía en que, después de subir al tranvía tras tantos impedimentos había que apearse y, para colmo de males, hacerlo en una única y determinada parada. Pero aquella mañana había infinidad de estaciones de tranvía en Újpest y los descorteses revisores no despertaban a la gente hasta llegar a la última, a un tiro de piedra de los confines del mundo, donde en el mejor de los casos eran los erizos los que iban a pasar la noche. De manera que me tocó bajar y volver a subir; parecía un problema irresoluble. Creo que se debió más bien a la casualidad y a la buena suerte el que por fin lograse llegar a casa.

Los «viejos» no estaban. Entré en la habitación, donde me vi obligado a afrontar nuevos desafíos. Las contraventanas estaban cerradas y en la oscuridad busqué en balde el interruptor de la luz. No estaba en ninguna parte, y eso que me acordaba muy bien de que el día anterior aún se encontraba en su lugar. Este contratiempo

me desesperó. Solté una sarta de maldiciones tal que del susto la luz se encendió sola, lo cual, después de todo lo ocurrido, ya no me sorprendía en absoluto. Además, tampoco podía descartarse la posibilidad de que la encendiera Manci, porque ella sí estaba en casa, como casi siempre a esa hora, lo que no dejó de asombrarme.

—Qué raro, ¿no? —Y meneé la cabeza.

Manci se echó a reír, lo que me encrespó.

—Hay que ver —dijo—, has pillado una buena, chaval.

—¿Te parece mal? —pregunté con un tono incisivo.

—En absoluto —me aseguró, y volvió a meterse en la cama—. Ven aquí.

—¿Qué quieres? —inquirí desconfiado.

—Lo contrario que tú, amiguito.

Eso ya me pareció excesivamente rebuscado. ¡Qué complicadas están las cosas hoy!

—No te entiendo —rezongué—, pero tampoco me importa.

—Entonces ven aquí.

Me acerqué y me eché en la cama. Manci no se contentó con eso.

—Desnúdate —ordenó.

—Déjame en paz —gruñí—. Estoy muerto de sueño.

Manci, no obstante, insistió en que me desvistiera. Yo ya estaba harto de tantas trabas. Hubo instantes en que incluso me planteé desnudarme, pero al segundo me olvidaba del asunto y cerraba los ojos. Finalmente Manci se levantó de la cama y empezó a quitarme la ropa.

—No es mala idea —comenté, y seguí durmiendo.

Pero ese día Manci estaba insaciable.

—Ponte de pie —dijo al rato—. Así no te puedo quitar los pantalones.

Y bien, me puse en pie. Pero entonces añadió:

—Ahora siéntate.

De pronto se me quitó el sueño. «Parece que hoy las cosas no marchan bien», pensé.

Manci me quitó los pantalones. La miré distraído.

—¡Pero si no eres rubia! —le solté.

—¿Ahora te das cuenta? —dijo riéndose.

—Es que no lo entendía —opuse muy serio—. Ya lo capto. Sí —asentí—, ya lo capto. Nadie se atreve a ser como es.

—Así no te puedo quitar la camisa —protestó—. Levanta los brazos.

—Espera —le indiqué—. Tengo que sopesarlo. Sí. Claro. —Observaba su cuerpo con atención—. Ya ves. —Recorrí su piel con la mano como un maestro que reseña los accidentes geográficos ante un mapa—. Todo esto se entiende. A ti se te entiende, Manci. Si me acerco, entonces estoy cerca de ti, si me alejo, estoy lejos. Te tiñes el pelo y sé por qué lo haces. Todo es sencillo y claro. —Le di unas palmaditas paternales en la cara—. Quizá es mejor que una mujer sea tonta. Qué va —recapacité—. Bueno, ¿y quién sabe? Los árboles también son tontos, y en realidad no sabemos nada de ellos. Por ejemplo, ¿qué sabes tú de los árboles?

A Manci los árboles la ponían nerviosa.

—No me preguntes cosas tan difíciles —dijo—. ¿Acaso soy un científico?

—¡Científicos! —dije con desdén—. Solo saben lo que ven. O lo que ya han visto otros, ya me entiendes. Pero ¿qué saben de las causas de las cosas, del principio y del fin? Oye, déjame en paz. —Le llamé la atención porque otra vez estaba tirándome de la camisa —. ¿Por dónde iba? Ah, sí, que los científicos solo saben lo que ven. Pues de eso se trata precisamente. ¿Qué puede ver uno, por muy sabio que sea? Solo jeroglíficos, Manci. Jeroglíficos y nada más. La vida se ha escrito en jeroglíficos, no lo olvides, es muy importante. Lo que ves es puro jeroglífico. Unos se pueden descifrar y otros no. Los científicos a veces gritan ¡eureka!, y creen que han dado con la solución, pero años más tarde descubren que el texto carece de sentido. No digo que no se pueda descifrar a veces una frase e intuir de qué va el asunto. Pero apenas dice nada, Manci, muy poca cosa, pero a la vez dice mucho, tanto que resulta

imposible ponerlo en palabras. Es como la música. Más bien puedes sentir el ritmo. ¿Entiendes? El ritmo, como en un poema. ¡Sí, es eso! —Me puse en pie de un salto—. Ahora creo que voy por buen camino. Uno siente que la vida no se ha escrito en prosa. Tiene una métrica rígida, como los poemas clásicos, tiene unas leyes y unas reglas inviolables. Es un poema, Manci, es un gran poema. Los versos riman. ¿Me entiendes? —Le agarré la mano—. Riman.

—Vale —dijo con una tranquilidad desquiciante—. Riman.

—Pero ¿con qué? —pregunté, fuera de mis casillas—. ¿Es que sigues sin comprenderlo? Falta el otro verso. Falta la rima. La rima, Manci —grité—. ¿Sabes ya de qué te hablo?

—Pues claro —asintió—. Tu madre me contó que escribes poemas. Ahora hazme el favor de levantar el brazo. Muy bien. Ya era hora —suspiró, porque al fin logró quitarme la camisa—. Ven, acuéstate aquí, majo. Un poco más hacia la pared, déjame un poco de sitio. Así.

Apagó la luz y se acurrucó a mi lado. La habitación estaba a oscuras, no se oía un ruido, se sentía el olor a cuerpo, el calor animal. Yo seguía pensando en el gran poema. Manci pensaba en otra cosa. Los minutos transcurrían. De repente noté algo en mí.

Era una transformación física, algo conocido y en absoluto preocupante, pero lo observaba como un científico alarmado que prueba un nuevo suero en su propia carne y unos síntomas aparentemente insignificantes le revelan que algo no anda bien en el experimento, que la práctica no se ajusta a la teoría. ¿Cómo? ¿Mi cuerpo es capaz de esto?, me pregunté horrorizado, y quedé tan confuso como solo pueden quedarse los científicos viejos y los poetas jóvenes. «Pero si no la deseo —me dije—, y mi cuerpo tampoco la desea. Me da asco, prefiero pensar en otra. ¿Quién la desea? ¿La naturaleza? ¿Qué querrá la naturaleza? ¿Qué pretende hacer con el ser humano? ¿Qué significa esto? ¿Y dónde está la rima?».

—¡Déjame! —le advertí a Manci, y me retiré con repugnancia.

A ella poco le importaba mi protesta, preguntó más bien por preguntar:

—¿Por qué no?

—No puede ser —susurré, pero parece que algo en mi voz la inquietó.

Me soltó.

—Oye —hablaba con un tono bien distinto—, no estarás enfermo, ¿verdad?

Ya tenía el «no» en la punta de la lengua, pero entonces me acordé de Gyula y pensé que si hubiera pillado lo que tenía él, o si al menos lo dijera…

—O sea, ¿sí? —dijo Manci, que más parecía afirmarlo que preguntarlo, y como yo seguía callado, insistió—. Contesta.

—Sí —concedí.

—¿Gonorrea?

—Sí.

Manci se incorporó.

—¿La excelentísima señora? —inquirió con deje irónico.

—Idiota —gruñí, y me hubiera gustado abofetearla. Pero la furia me había barrido de la cabeza el alcohol; de pronto me sentía sobrio, sereno. Estremecedoramente sereno—. De una camarera —solté con aspereza—. Trabaja en el hotel.

—¿Y qué dice la excelentísima señora?

La pregunta quedó en el aire, como pendida de un hilo. No contesté. Llevaba meses mintiéndole sobre la mujer, diciendo que era mi amante, y ahora que lo era, no podía hablar de ella. No solo se me había pasado la borrachera, también parecía que me hubieran extraído toda la sangre. Yacía en la cama frío y exangüe, me moría de vergüenza.

—Manci —dije repentinamente—, lo que te conté sobre la señora… no tiene ni pizca de verdad. Es cierto que se aloja allí, pero… ya te lo puedo decir… yo… no la conozco. Nunca he hablado con ella.

—¡No me digas! —Se rio Manci—. ¿No te habrás creído que me lo tragaba? Vamos, amiguito. Si me vienes con una mujer deshonrada o una señora mayor, bueno… Pero ¿la esposa de un ministro?… —Volvió a reír. Se reía de todo corazón, sin ironía ni mala uva, como se ríe la gente ante una inocente travesura infantil —. Estoy acostumbrada a esa clase de cosas —hizo un ademán con la mano y su voz fue entonces casi maternal—; hay gente que solo es capaz de gozar así —explicó, y relató algunos «casos» con una objetividad propia de médicos y prostitutas.

La escuché horrorizado, con la cabeza turbia, y de pronto me vino a la mente una palabra: estrellas. Ella había dicho algo acerca de las estrellas… ¿qué era? Algo hermoso.

Manci hablaba de un burdel de Kiskorös, donde…

Me quedé dormido.

Tuve un sueño horrible. La excelentísima señora se daba cuenta de que no llevaba calzoncillos. Sucedió en el dormitorio, me estaba desnudando a toda prisa, completamente excitado, fuera ululaba el viento, la lluvia golpeaba las ventanas. Ella estaba en la cama y hablaba de las estrellas. Ya pensaba que había sido una confusión, que la imaginación me había jugado una mala pasada, pero cuando quise acostarme, ella me rechazó con repugnancia.

—¿Te crees que no me he dado cuenta? —preguntaba en esa voz aguda y algo cantarina, y descolgaba el auricular con un brillo en los ojos—. Largo de aquí —me chillaba—, si no quieres que se lo diga al comandante.

Yo bajaba las escaleras como una exhalación, pero en el rellano me encontraba con Elemér y…

Desperté sobresaltado. La contraventana estaba entornada, la habría abierto Manci al vestirse. Parpadeaba aturdido en la penumbra de la habitación. Fuera aún había luz, en las ventanas de enfrente el sol de la tarde ardía en rojo y el cielo contemplaba el patio con ojos cárdenos. Manci ya estaría en la ciudad acechando

clientes, mis padres aún no habían vuelto a casa, el piso estaba vacío y tranquilo, se oía el gotear de agua en la cocina.

Me senté. Mi camisa yacía en una silla junto a la cama. Era un remiendo sobre otro y me quedaba tan pequeña que no me llegaba ni al ombligo. Era mi única camisa. La miré y me horrorizó pensar qué pasaría si algún día…, si alguna vez tenía que desnudarme ante ella. Quién sabe si esa misma noche.

Salté de la cama y empecé a rebuscar en los armarios. Mi padre tenía ropa interior nueva: me probé una camisa y unos calzoncillos. Hacía poco que sobre la palangana teníamos un gran espejo de marco dorado que mi padre le había comprado a Mári cuando ella y su marido empezaron a tener problemas. Desde entonces, siempre que recuerdo lo sucedido aquella tarde, le echo al espejo parte de la culpa. Allí, delante de ese espejo, empezó todo, aunque entonces no sabía que estuviera empezando nada: se trataba solo de una camisa y unos calzoncillos. Así comenzó una fase de mi juventud de la que todavía me avergüenzo.

No es que necesitara el espejo para darme cuenta de que aquella camisa y aquellos calzoncillos me quedaban enormes. Pese a ello me sentía bien llevando unos calzoncillos y una camisa que me llegaran más abajo del ombligo. Pero ante ese espejo, algo pasó en mi interior. Ya no me veía con mis ojos, sino con los de ella.

Sentí la mirada penetrante de sus ojos grises, la boca ancha y extraña esbozando una sonrisa irónica, y la simple idea de que eso pudiera ocurrir de verdad aquella misma noche me hizo perder la sensatez. Me juré que aquella misma tarde tenía que conseguir a toda costa una camisa y unos calzoncillos. Primero pensé en pedirle dinero a mi padre, pero luego me di cuenta de que eso no me serviría de nada, pues, las tiendas cerraban a las seis y ya eran las seis y media. No sabía qué hacer. Entonces me acordé del Sabueso.

No resulta fácil explicar quién era el Sabueso. La primera vez que entró en el hotel, Elemér le echó una mirada incrédula y susurró:

—¡Pero si es el Sabueso!

—¿Quién? —le pregunté.

—El Sabueso —repitió—. En Angyalföld, donde vivo, los proletarios le llaman así.

—¿Por qué? ¿Es detective?

—No —susurró—. Chivato. Al menos lo era. Si en una fábrica los obreros pedían un aumento de sueldo, la dirección lo contrataba y él se ocupaba de averiguar quiénes eran los «instigadores». Hace dos años casi lo matan a palos, entonces desapareció de Angyalföld. Ahora, si no me equivoco, se dedica a otra cosa.

—¿A qué? —pregunté.

—No lo sé —contestó Elemér. Entonces, en efecto, aún no lo sabía.

El Sabueso empezó a venir al hotel dos veces por semana. Era un tipo flaco, moreno, patilargo, con pinta de médico atareado. Saltaba de la carraca que tenía por automóvil con aires presuntuosos, entraba en el hotel con una presteza que no auguraba nada bueno y echaba un rápido vistazo alrededor. Todo su ser delataba cierta tensión nerviosa, caminaba de un lado a otro con pasos rápidos y nerviosos, al principio no me podía creer que llevara una prótesis en la pierna. Se apoyaba ostentosamente en su bastón, en el que se decía que escondía un puñal. Parece que Márton llegó a verlo. Siempre andaba con prisas y siempre parecía irritado, irrumpía dos veces a la semana en el hotel como si en alguna de las habitaciones le esperara un moribundo al que solo él podía salvar.

Se hacía llamar «señor doctor», aunque, como se supo más tarde en un juicio, no tenía derecho a ello. Solo llevaba tres años en la Facultad de Medicina cuando el Estado prefirió que se dedicara a matar gente antes que a sanarla, lo que a todas luces se ajustaba más a su personalidad. Llegó a ser un militar ejemplar. Uno de los primeros pilotos de guerra del país. Tras serle amputada la pierna izquierda se volvió a alistar y con una sola pierna, o más bien con su prótesis, siguió con sus bombardeos. Se escribieron grandes artículos sobre él, su fotografía salió en todos los periódicos, el rey

lo recibió en audiencia privada, un ardiente poeta le dedicó una oda, llegó a ser un héroe nacional. Tenía veintidós años.

Tres años más tarde se proclamó la paz y por un tiempo no hubo necesidad de más héroes nacionales. Sus antiguos compañeros de facultad ya se hacían llamar doctor con todas las de la ley, muchos se habían casado y con la dote de la esposa habían montado un consultorio. En cambio, el héroe nacional tendría que reconvertirse en estudiante y, para colmo, en uno de escasos medios. Había tenido que ponerse de nuevo su ropa de paisano raída y estrecha, comer en la infecta cantina, mendigar ayudas y becas, y ante todo estudiar, estudiar sin parar, para cazar tres años más tarde, con un poco de suerte, una esposa adinerada y abrir un consultorio en una humilde bocacalle. Nada de eso le atraía; ¿a qué héroe nacional le atraería? Seguro que le hubiera gustado ser médico, de otro modo no se hubiera hecho llamar «señor doctor». Muchos eran los culpables de que hubiera acabado clavando la bayoneta y no el bisturí en el cuerpo de la sufrida humanidad, él no era el único. Por su parte, él se ocupaba de hacer responsables a los judíos y a los comunistas, algo humanamente comprensible, ya que de esta manera volvía a tener víctimas en las que clavar su bayoneta y no se sentía desaprovechado. Fue oficial de los «destacamentos» de Horthy, asesinaba con gran destreza y a conciencia, pero, al contrario que mi señor diputado, él tenía principios, así que no llegó a nada.

Un día disolvieron los destacamentos, con lo que terminó su efímero reinado y tuvo que volver a vestirse de paisano. Entretanto, el país «se había consolidado» prodigiosamente. Los socialdemócratas, a los que antes asesinaba por encargo de Horthy, ahora tendían sus «encallecidas manos obreras» a ese mismo Horthy y los judíos ricos se apresuraban a pregonar en el extranjero que Horthy se había moderado, que ya se podía hacer negocios con él. Recibía capital inglés, francés, italiano y hasta estadounidense, a cambio de lo cual el gobernador regente, antisemita convencido, trataba de ilustres y excelentísimos señores a los judíos del país.

Ello no le impedía firmar las leyes de «protección racial» más inhumanas, pero estas solo afectaban a los judíos pobres, de los que los judíos ricos se ocupaban tan poco como los cristianos ricos. El pobre era más pobre ahora que antes de la guerra, independientemente de si iba a la iglesia o a la sinagoga, mientras que el rico era más rico. Pero no se puede negar que en el país reinaban la paz y el orden; lo soportaba el que podía y el que no, se tiraba al Danubio. El número de suicidios aumentaba día tras día, hasta batir todos los récords y ridiculizar las estadísticas del resto de naciones. En resumen, todo «se había consolidado» alrededor del Sabueso.

Poco a poco sus compañeros de fechorías también se integraron en la sociedad. Contaban ya con empleo, familia, asesor fiscal y médico de cabecera, algunos hasta echaron barriga. Solo el Sabueso seguía flaco y fiel a sus ideales, y en sus ojos el fuego del odio ardía con el fervor de siempre. Odiaba a todo el mundo: a los blancos por haber renunciado a sus principios, a los rojos por no haber renunciado a ellos, a los judíos por ser judíos, a los checos, serbios y rumanos, por ser checos, serbios y rumanos. Solo confiaba en la juventud. Buscaba cobijo espiritual en las organizaciones de estudiantes universitarios y pretendía realizar con ellas sus sueños heroicos. Sin embargo, la juventud no tenía ni un pelo de heroica. Sus padres habían soñado tanto en las espeluznantes noches de los últimos quince años, que a los hijos ya no les apetecía soñar. Era una juventud lánguida y serena que solo anhelaba un empleo humilde pero seguro, y si gracias a un tío con influencias conseguían uno, se casaban de inmediato —en la medida de lo posible, con una mujer que aportase una buena dote —, y nunca más se dejaban ver en las reuniones. Pero el Sabueso seguía soñando con entusiasmo jovial, aunque con las sienes entrecanas. Se afilió a todos los partidos, a todas las organizaciones y sectas secretas de la derecha, tomaba parte en cada paliza dada a obreros o judíos, aparecía incluso en los linchamientos espontáneos e imprevisibles; aunque jadeando, llegaba en el último

instante. Se ve que siempre dejaba dicho en casa dónde se encontraba, al igual que sus ex compañeros de carrera, los médicos de verdad, y acudía a armar jaleo cada vez que lo avisaban por teléfono, abandonando tertulias, funciones de teatro y citas amorosas para no perderse por nada del mundo ni el más mínimo brote del resurgimiento nacional.

Entretanto, claro está, tenía que vivir de algo. Durante un tiempo hizo dinero como chivato, pero luego eso también se «consolidó». Los sindicatos sumisos tenían a raya a la clase obrera con tal eficacia que los industriales ya no necesitaban sus servicios. Entonces optó por independizarse. Tenía acceso a las mejores casas donde compraba a precio de amigo la ropa interior y prendas varias que ya no necesitaban los señores y las vendía a plazos y a un precio razonable a aquellos que solo así podían procurarse ropa decente. Los camareros constituían su clientela principal, porque el frac era la prenda que mayores ganancias le aportaba, y gracias a sus contactos con la flor y nata de la sociedad dicha pieza era, sin lugar a dudas, su «especialidad». Solo acudía a los lugares más selectos. Siempre entablaba amistad con los directivos, en cambio despreciaba a los compradores, los trataba como si fueran sus subordinados. Llamaba «hijo» incluso a los camareros veinte años mayores que él, lo que —por muy curioso que parezca— acrecentaba no solo su prestigio sino también el volumen de negocio, porque en un restaurante «realmente selecto» solo se empleaba a la gente más servil, a la que le impresionaban esos «aires de gran señor». Se mostraba ante ellos como un general severo pero bondadoso que se detiene a escuchar los deseos de los soldados y los cumple si le parecen razonables. Su ordenanza de antaño, que ahora hacía de criado, cargaba majestuosamente las maletas repletas de mercancías y se cuadraba cuando el Sabueso le dirigía la palabra. Pasaba por el hotel dos veces por semana, venía a ver a los del turno de día a la hora del almuerzo; a los del turno de noche, entre las ocho y las nueve, cuando el bar aún estaba medio vacío. Nunca pasaba más de quince minutos en el

hotel. Negociaba con la celeridad de un tren rápido, dando a entender a sus clientes que, como héroe nacional y futuro general, tenía serias obligaciones para con la patria y no podía perder el tiempo con la chusma, además de que todo eso a él le importaba un comino.

—Pronto estallará la guerra —decía a veces esperanzado, como si fuera una confidencia—. Realmente, no importa a qué se dedique uno mientras tanto. A estas alturas ya no vale la pena emprender asuntos de mayor calibre.

Desde la primera vez que había aparecido por el hotel, ningún otro vendedor ambulante cruzó el umbral del establecimiento. Eso se lo debía en primer lugar a los judíos; el comandante, por respeto a los huéspedes judíos del hotel, no podía tomar parte abiertamente en apaleamientos antisemitas; de hecho, desahogaba su odio racial a través del Sabueso. Pero el Sabueso tampoco toleraba la competencia en otros establecimientos. En todas partes la dirección estaba en manos de un comandante como el nuestro, que por razones políticas lo veía con buenos ojos, u otro comandante de signo contrario que, por las mismas razones políticas, le tenía miedo. Era un negocio seguro y lucrativo que además le aportaba ganancias adicionales; en grandes hoteles como este siempre surgían cosas que no eran del agrado de la dirección y el Sabueso tenía buen olfato. Parece que en nuestro hotel también metía las narices donde tocara, o al menos eso decía Elemér.

Sobra decir que Elemér enseguida le declaró el boicot. Yo lo apoyaba con gran entusiasmo y sospecho que si los compañeros nunca compraban nada al Sabueso se debía más a mis puños que a la capacidad persuasiva de Elemér. Una vez abofeteé a Gábor por haberle comprado una corbata, y no le dejé en paz hasta que la devolvió.

Y ahora era yo quien pensaba acudir al Sabueso.

En un primer momento tal ocurrencia me repugnó, me avergonzó el solo hecho de habérmelo planteado. Pero como no encontraba otra solución, me puse a regatear conmigo mismo: se trata de una

necesidad imperiosa, al fin y al cabo no son más que una camisa y unos calzoncillos, con eso no renuncio a mis principios. Además, solo se enterarían los camareros del turno de noche, que no se cruzan con los del turno de día y, aunque se vieran, ¿por qué iban a preocuparse por mi camisa y mis calzoncillos? Al Sabueso le pagaría cuanto antes y santas pascuas.

¿Cómo lo iba a pagar? Eso no suponía ningún problema. Simplemente le daría a mi madre menos dinero del que ganaba. ¿Quién iba a controlarme?

Parecía sencillo, aunque el día anterior había sido incapaz de idear un plan así. A mi madre siempre le entregaba hasta el último florín de lo que ganaba y llevaba la contabilidad con rigor y esmero. Lo que me daba o me comía en casa, lo apuntaba enseguida en la casilla del debe, además de los cinco pengos mensuales por el alojamiento. Tengo las notas delante de mí, veo que llegué a apuntar hasta el hilo con el que mi madre me ajustó el traje de mi padre, incluso apunté a su favor el salario de tres horas de trabajo, un salario muy superior al que le pagaban los señores. Mi madre ya se habría olvidado hacía tiempo de la promesa que le hice al llegar a Budapest y seguramente no esperaba que yo siguiera llevando la contabilidad con una vehemencia casi infantil. Creo que desde el primer momento le había parecido una idea precipitada y pueril, pero yo me lo tomaba muy en serio. Quería devolverle hasta el último florín con intereses acumulados y me imaginaba lo bonito que sería el día en que le presentara mi libro de cuentas y le dijera modestamente, pero con hombría: «Mira, he cumplido lo que te había prometido». Pues sí, así es como lo veía hasta entonces. Ahora, de pronto, todo aquello me parecía una ñoñería ridícula.

—¡Qué idiotez! —rezongué.

Ya era tarde, me vestí con rapidez. Antes pensaba que el traje de mi padre me quedaba razonablemente bien, pero al verme en el espejo con sus ojos me dio la impresión de ser un pelagatos. ¿Qué pasaría si un día me veía en la calle?, pensé horrorizado, y sentí cómo me clavaba aquella mirada irónica. Decidí hablar con el

«viejo». ¿Cuánto tiempo llevaba prometiéndome ese traje? Ya era hora de que me lo comprara. Pero, al pensarlo mejor, esa solución tampoco me gustó. ¿Qué traje iba a comprarme? En el mejor de los casos, uno como los que tenía él. No digo que no tuviera trajes aceptables, decía que eran de lana inglesa, y no estaban mal cortados, pero —¿de qué diablos dependerá?— no parecían trajes de gran señor. ¿O era solo porque los llevaba él? Es posible. Pero ¿cómo saberlo? Ese traje azul que el maître le compró al Sabueso aún mantiene la corona de cinco puntas cosida al forro. Con ese traje cualquiera se siente seguro. Y si puedo comprarle camisa y calzoncillos, ¿por qué no comprarle un traje? ¿Qué tiene de malo? Ya da igual.

Claro que, en ese caso, pagar los plazos no sería tan sencillo. Esos trajes «con corona» cuestan mucho, muchísimo. Ya no bastaría con sisar la paga, pues acabaría por llamar la atención de mi madre. Lo pensé un buen rato hasta que me di por vencido. Lo de menos era que le llamara la atención, porque decidí decírselo. Cuando el comandante criticó mis botas, enseguida me llevó a comprarme unos zapatos nuevos, y eso que entonces no teníamos casi ni para comer. ¿Por qué no decirle ahora que habían criticado mi traje? Con todo respeto, si tiene dinero para ir al teatro y ponerse peripuesta, tampoco se morirá con mis plazos. Otros padres mantienen a sus hijos. Soy el único estúpido que se lo entrega todo. Ridículo. En realidad, tampoco me basta con una camisa y unos calzoncillos. Tendré que ponerme ropa interior limpia cada día, ya que nunca se sabe cuándo me mandará llamar. Pues sí, me compraré tres camisas y tres calzoncillos, y al que no le guste que se aguante. Además, necesito una corbata, claro, casi se me olvida. Con un traje tan elegante no se puede ir sin corbata. Y tampoco tengo calcetines, hay que ver. No tengo ni un par de calcetines, llevo peal, como los paletos. Mi madre lleva un vestido de seda, se pavonea, vive la vida. El viejo le ha comprado hasta un sombrero. Qué vergüenza. Alardea a costa de mi dinero. Si me pone pegas le cantaré las cuarenta.

Estaba a punto de ponerme en marcha cuando oí abrirse la puerta. Esperaba a mi madre preparado para el combate, pero no era ella, sino mi padre. Antes hubiera preferido morderme la lengua a hablarle de esas cosas, pero decidí aprovechar la ocasión, sabía que con él las cosas me serían más fáciles.

No me equivoqué. El «viejo» estaba indignado. No porque el comandante criticara su viejo traje, sino porque mi madre me lo hacía llevar. De tan indignado que estaba, ni se acordó de que lo llevaba porque no me había comprado el nuevo. Estaba realmente fuera de sí, sobre todo cuando salió el tema del dinero.

—Pero ¿sigues entregando lo que ganas? —dijo juntando las manos—. A decir verdad, no comprendo a tu madre. ¿Qué se ha creído? Yo soy capaz de mantener a mi familia, carajo. Desde hoy haces con tu paga lo que te dé la gana. ¿Entendido? Y si no te alcanza para lo que necesites, no te preocupes. Aquí está tu padre. ¿Necesitas dinero?

En realidad no lo necesitaba, ya que ese día aún no le había dado lo ganado a mi madre, pero le dije, por primera vez en la vida:

—Bueno… si me dieras algo…

Sacó un billete de diez pengos. Lo sacó del bolsillo del chaleco con la punta de los dedos, como si fuera un billete de tranvía usado. Escupió en él y luego, riéndose, me lo pegó en la frente, como solían hacer los señores con los músicos gitanos.

—Bastará para esta noche —me dijo guiñándome el ojo—. Ya te daré más si la chavala es hermosa.

No desperdició más palabras en el asunto: ya estaba solucionado. «Vaya —pensé al llegar a la calle—, hay que ser listo, eso es todo». Hasta entonces no tenía ni dos con veinte para comprarme el libro de inglés, ahora me crujía en el bolsillo un billete de diez. Sí, solo tengo que ser listo, me animé, como quien por fin ha dado con el secreto de la vida y ni me acordé de que el día anterior aún despreciaba esta forma de ver las cosas.

Decidí comprar el libro de inglés por el camino, pero al llegar a la calle del Emperador Guillermo cambié de idea. «Mejor otro día —me

dije—; ahora lo importante es llevar dinero encima. Ya se acabó lo de salir de casa sin dinero, la situación ha cambiado. Al fin y al cabo soy el amante de una excelentísima señora, de una condesa, a quien hasta Horthy cortejaba, o al menos eso dicen». Estaba muy satisfecho conmigo mismo y con el mundo entero. Entré en el hotel silbando.

En el bar todo el mundo quería saber qué me había pasado por la noche. No me sorprendió, estaba preparado para afrontar las preguntas, mentí con mayor fluidez que Franciska.

—No pasó nada —dije impertérrito—. Serví el champán y me fui a casa.

—¿Y el señor diputado? —preguntó el maître con sorna.

—Fue muy amable —contesté con desenvoltura—. Me dio diez pengos de propina.

Saqué el billete que me había dado mi padre y se lo enseñé.

—Estaría como una cuba —me soltó furioso, pero no dijo nada más, y ahí acabó todo.

Quedó pendiente el gran «ajuste de cuentas» con el que tantas veces me había amenazado la noche anterior. Se alejó sin volver al tema y ya no lo sacó más. «Claro —me repetí—, solo hay que ser listo. También me compraré pañuelos, tres normales y uno de esos de seda que asoman del bolsillo del puro». Muerto de hambre, me lancé sobre la cena, tomé una copa de champán, me fumé un cigarrillo y luego, plenamente satisfecho, subí al bar.

Era viernes, el día en que venía el Sabueso. Solía venir los lunes y los viernes, con puntualidad propia de un militar, entre las ocho y las nueve. Eran las ocho y media. Decidí comprarme también un sombrero. Y en ese preciso instante entró Elemér.

Mis ansias consumistas desaparecieron al instante. Me sentí tan mal como si el dinero con el que iba a comprar la ropa se lo hubiera robado a él. No me atreví a mirarle a los ojos, sentí que me sonrojaba y eso me desconcertó aún más.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no me esperaste por la mañana?

—No me encontraba bien —tartamudeé mirándome la punta de los zapatos como solía hacer mi madre.

—¿Estás enfermo?

—No, solo que… —me encogí de hombros, porque no se me ocurrió nada mejor—, solo que no me encontraba bien, eso es todo.

Elemér me escudriñó. «¿Habrá oído algo? —pensé asustado—. ¿Qué habrá oído? No me censurará por haberle hecho frente al diputado, al contrario. ¿O será que Franciska se ha ido de la lengua?». Le eché una mirada furtiva, pero su rostro grisáceo y rígido no revelaba nada. Sacó un libro del bolsillo.

—Es sobre el sindicalismo —explicó—. No estoy de acuerdo con lo que dice, pero… —De pronto interrumpió la frase. Seguí su mirada y mis rodillas empezaron a temblar.

Entró el Sabueso, escoltado por su asistente con la maleta a cuestas.

—Chivato —susurró Elemér, y me miró como si hubiera mordido un huevo podrido.

En aquel momento me pareció inconcebible que se me hubiera ocurrido comprarle cualquier cosa al Sabueso. «Soy un cerdo abyecto», pensé, pero al mismo tiempo también odiaba a Elemér, como si el cerdo abyecto fuera él.

Me hizo una seña para que le siguiera al pasillo.

—¿Me esperas por la mañana? —preguntó fuera.

—Aún no lo sé —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Cómo que no lo sabes?

Me miró con asombro y yo también me asombré un poco.

—Esta mañana he ido al médico —mentí—, y…

—¿No estarás enfermo? —me interrumpió con impaciencia.

—No —me iba animando—, pero estoy agotado de tanto trabajar de noche. El médico me dijo que tengo que dormir más. Por algún tiempo no te esperaré por la mañana.

Elemér no replicó. El silencio resultaba penoso. Seguramente esperaba que añadiera algo, pero yo callaba.

—Pues cuídate —dijo por fin estrechándome la mano. Su rostro impasible no revelaba si se refería a mi estado de salud o a otra cosa muy distinta.

Me quedé fuera, en el pasillo, caminando nervioso de un lado para otro. Si hubiera llegado unos minutos más tarde, pensé horrorizado, entonces…

En ese instante sonó el teléfono. Era en la cocina, oí la voz de Iluci:

—Sí. Como desee.

En ese mismo instante me olvidé de Elemér. ¿Estaría hablando con ella?

No, no era ella. Solo era una señora cualquiera que pedía dos martinis. «Esta noche pedirán una botella de champán», pensé horrorizado, y la camisa pequeña y remendada parecía arder sobre mi corazón. ¿Qué pasará si me tengo que desvestir ante ella?

—Dos martinis a la quinientos tres —gritó Iluci.

—Dos martinis a la quinientos tres —repitió automáticamente el camarero.

De repente giré sobre mis talones, entré en el bar y, como el ladrón novato que trapichea por primera vez con su botín, me acerqué al Sabueso con el corazón desbocado.

Así empezó todo.

2

En cuanto se marchó el Sabueso, me metí en el lavabo y me puse la camisa y los calzoncillos desechados por los señores. Hay que ver, sonreí, solo hay que ser listo. Ya me puede llamar. Podría desnudarme incluso en presencia de una archiduquesa.

Me contemplaba en el espejo henchido de satisfacción. Me gustaba la camisa, me gustaban los calzoncillos, me gustaba el curso que había tomado mi vida, me gustaba la vida desechada por los señores. Pero en lo más hondo de mi ser, en algún rincón de mi conciencia, los agentes secretos del remordimiento iban tras mis ideas con pasos sigilosos. Rompí y tiré al inodoro la vieja camisa, que tan fielmente me había servido en los años de miseria, y al desaparecer en el remolino del agua, me quedé mirándola como el asesino que se deshace de las pruebas del crimen y se cree que jamás podrán imputarle ningún delito. Me invadió un buen humor salvaje y temblón. Volví al bar silbando; desde entonces silbé todo el rato.

El bar seguía desierto. Entré en la cocina, me tomé una copa de champán, luego pasé por recepción para ver si estaba en el hotel. No estaba, la llave colgaba debajo del número de su suite. Volví a la cocina y me tomé otra copa de champán. ¿Qué pasa? ¿Acaso Marx no llevaba calzoncillos?

—¡Viva la vida! ¡Nunca moriremos! —le solté a Iluci riéndome, como quien no sabe qué rayos hacer con su buen humor, y le conté un chiste verde.

Al fin llegaron los primeros clientes. Poco a poco el aire se llenó de humo de tabaco, la orquesta de jazz empezó a tocar y el

champán comenzaba a subírseme a la cabeza. Me tranquilicé. El champán, el jazz, el humo y la noche: todo me traía su recuerdo. Mi imaginación, ese pintor chiflado, daba pinceladas de colores inverosímiles a las imágenes torcidas y desquiciadas del deseo. En mis fantasías ya me había metido en su cama; me hablaban y apenas me enteraba. Cada cuarto de hora salía a comprobar si su llave aún colgaba bajo el número de la suite, y hacia medianoche, al ver que ya no estaba, me mareé tanto que el jefe de turno me preguntó:

—¿Te pasa algo, hijo?

—El aire está muy cargado —dije secándome el sudor de la frente.

Mi corazón se agitaba como las campanas de la aldea que doblan para anunciar un incendio. ¡Está en la suite! ¡Está en la suite! Volví corriendo al bar y no hice más que aguardar su llamada. No paraba de asomarme a la puerta de la cocina y me quedaba sin aliento cada vez que sonaba el teléfono. Mi fantasía se desbordaba, como diría un escritor refinado, pero en mi cabeza —debo admitirlo — se agolpaban inquietudes menos poéticas. Ya sé que tratándose de amor no es de buen gusto hablar de cosas tan prosaicas, pero qué le vamos a hacer si a mí lo que me preocupaba de verdad era tener la camisa sudada. Cada dos por tres entraba en los servicios para lavarme, pero era en vano: al poco volvía a estar sudando. Tampoco paraba de enjuagarme la boca, porque los dioses hicieron la boca humana de tal forma que se amarga al sentir incluso la más divina de las emociones. Esperaba el milagro con hiel en la boca y transpirando, no podía dejar de pensar en lo que pasaría si apestaba a sudor o me olía el aliento, pero al mismo tiempo resonaban en mi interior los versos de un nuevo poema, porque los poemas y los prodigios nacen sin afeites y sin comadronas, entre penas solitarias, como un niño campesino pobre.

Ya era la una y aún no me había llamado. En la cocina el teléfono sonaba cada vez más a menudo, como sucedía siempre entre la una y las dos de la madrugada. Era la «hora del coñac»,

como lo llamaban en broma los camareros, porque a esa hora los señores preguntaban en el taxi, camino de casa, o en el último baile de una sala de fiestas aquello de «¿No le apetece, querida, subir a tomar una copa de coñac?». Aquella noche pidieron una cantidad extraordinaria de coñac, pero no hubo ninguna llamada de la 205 pidiendo champán.

Hacia las dos ya estaba literalmente enfermo de emoción. La gente iba saliendo del bar, el ambiente presagiaba el cierre inminente. Solo quedaba un grupo de personas en una mesa, y los camareros ya les ponían mala cara. No sabía explicarme el silencio de la mujer. ¿No se habría enfadado por ponerme violento al final? No, eso es imposible, discutía conmigo mismo. Si de veras no hubiera querido que «eso» ocurriese, ¿a santo de qué me dijo que me bañara y me metiera en la cama?

Hasta ese momento no le había prestado mucha atención. Me tranquilizaba diciéndome que al principio las mujeres siempre se hacen de rogar. Pero ahora, al recordar la noche anterior, me di cuenta de que había algo más. Volví a ver en su rostro la repulsa, volví a sentir en mis carnes sus patadas, sus mordiscos y arañazos… ¿Por qué, por qué, por qué?, me preguntaba desorientado. Pero si al final hizo cosas a las que ni siquiera Manci accedería, ¿por qué entonces esa expresión de asco?

Cuanto más pensaba en el asunto, menos lo entendía. ¿Sería un caso de lo que los compañeros llamaban «perversión»? Ya me habían hablado bastante de «perversiones» aquí en el hotel, y también había visto bastantes cosas por el ojo de las cerraduras, pero nunca me había topado con nada similar. Ahora comprendía a los muchachos que se preguntaban unos a otros con esa sonrisa particularmente asustada lo de: «Oye, dime, ¿no te ha pasado nunca que…?».

Cómo me hubiera gustado preguntárselo a alguien. Pero ¿a quién, a quién, a quién? Mi único amigo era Elemér, y con él no se podía hablar de eso.

—¿Estás dormido? —me gritó el maître, porque los huéspedes ya iban saliendo hacia el guardarropa y yo no me movía—. Haz el favor de ponerte en marcha de una vez.

Era la hora del cierre. Cumplí con mis tareas de una forma automática, luego fui cabizbajo a la cocina a esperar la llamada, hasta que lluci cerró también. Me quedé esperando hasta el último instante, pero todo fue en balde. El teléfono no sonó.

Me sentí desconcertado. Quizá había llegado Doni.

Pero no, Doni no había llegado; lo constaté al día siguiente. Se encontraba en Ginebra, en calidad de experto enviado por el gobierno ante la Sociedad de Naciones.

La mujer no dio señales de vida. Cada día me presentaba en el hotel con camisa y calzoncillos limpios, pero esperaba su llamada en vano. Entretanto, el Sabueso me entregó el nuevo traje; ya tenía corbata, pañuelos, calcetines, vamos, de todo; lo único que me faltaba era la persona por la cual había adquirido todo eso. Apenas comía, apenas dormía, apenas vivía. Me despertaba al cabo de una o dos horas de sueño y a veces pasaba horas llorando como un niño de pecho hambriento.

Luego, una noche, más o menos una semana después de lo sucedido, ella entró en el bar. Los proletarios como yo prestamos más atención a un chucho de la que ella me prestó al pasar a mi lado. Solo son capaces de mostrar tal indiferencia personas cuyos antepasados dejaron de considerar seres humanos a la «servidumbre» trescientos o cuatrocientos años atrás, y que no se dispondrían a hacerlo aunque los molieran a palos. Ni siquiera volvió la cabeza, ¡si al menos la hubiera vuelto! Ahí hubiera habido algo, algo dirigido a mí, algo que me recordara que yo también era un ser humano, al que otro ser humano ignoraba por algún motivo. Llegó con mucha gente, podría haberlo hecho sin llamar la atención, pero no. ¿Para qué? Me miró y, al saludarla, hasta hizo un leve gesto con la cabeza. No tenía la mirada «fría» ni «hostil», como suele decirse, qué va, nada de eso. Sonreía. Sonreía como sonríen las reinas a la muchedumbre que las aclama, y su sonrisa ni siquiera revelaba si

me había reconocido o no. Fue tan impersonal como un faro que proyecta su luz automáticamente sobre todo lo que se encuentra en su radio de acción y luego continúa girando, a gran altura sobre las olas, esbelto e inalcanzable, sin importarle que la humanidad perezca en la oscuridad, ¡qué más da!

No se quedaron mucho tiempo en el bar. Los seguí cuando salieron, vi que entraba sola en el ascensor y me invadió la remota esperanza de que quizá la imaginación me había jugado una mala pasada y aquella noche por fin me llamaría. Ni siquiera después del cierre del bar llegué a darlo todo por perdido. Cuando todos se habían ido, volví a hurtadillas a la cocina, y me quedé esperando su llamada hasta las seis de la madrugada. Entonces me di cuenta de que todo había terminado.

Sin embargo, la noche siguiente el maître me llamó:

—Bueno —dijo carraspeando, algo turbado—. Han llamado de la doscientos cinco. Que subas una botella de champán.

No justificó su silencio y cuando se lo pregunté, me miró como si fuera la botella de champán la que inquiría por qué no la habían encargado antes.

—No lo sé —dijo con aire ausente y, como quien no quiere distraerse de lo esencial, señaló la copa vacía—. Sírveme, por favor.

Bebimos y todo se desarrolló como la vez anterior. Ahora también se encontraba en el salón cuando entré, estaba recostada en el sofá, fumando. La luz estaba apagada, solo la luna entraba por la puerta abierta del balcón. Era luna llena, una plácida y calurosa noche de julio con el cielo tachonado de estrellas. Haría poco que había llegado, su capa de armiño estaba tirada sobre el brazo de la butaca, medio caída en el suelo, tal y como la había dejado. Llevaba un traje de noche con lentejuelas de plata, sin nada debajo. Más tarde me cercioré de ello, aunque solo con la vista. No me permitió tocarla, aunque estaba borracha, puede que más borracha que la vez anterior. A altas horas se le empezaron a ocurrir ideas tan salvajes y descabelladas que solo podrían mencionarse en un libro

de medicina, pero por nada del mundo estaba dispuesta a desvestirse. Solo accedió a mis súplicas cuando yo ya estaba a punto de enloquecer.

—Con una condición —dijo.

—¿Cuál?

Me miró y se quedó un rato callada.

—Ya sabes.

—Sí —asentí muy excitado.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Se lo prometí todo antes de entrar en el dormitorio, pero finalmente no fui capaz de cumplir mi palabra. Volvimos a forcejear y tuve que ponerme violento, en sentido literal. Luego se durmió enseguida y yo me quedé tumbado a su lado, con los ojos abiertos y las ideas enmarañadas por la desesperación; seguía sin entender ni jota.

Fuera ya despuntaba el alba. En el parque vecino se pusieron a trinar los pájaros, en el Danubio sonó la sirena del barco que llevaba a las verduleras al mercado.

Ella se movió.

—Levántate —gruñó con rudeza, y se cubrió con la manta.

—¿Está enfadada? —le pregunté.

No me contestó. El silencio era insoportable. De pronto sentí que ya no aguantaba más la tensión.

—¿Por qué es precisamente eso lo que no quiere? —susurré.

No contestó mi pregunta.

—Por el amor de Dios —le supliqué—, contésteme.

—No quiero —dijo lacónicamente—, y si vuelves a ponerte violento…

—¡No lo haré! —juré, y me incliné sobre ella con mirada implorante—. ¿Está enfadada?

—Déjame dormir —dijo, y me dio la espalda.

Así fue como nos separamos. Al salir por la puerta estaba firmemente convencido de que nunca más volvería a cruzar el

umbral de su puerta. Pero por la noche, esa misma noche, el maître me llamó carraspeando, y con una extraña mirada inquisidora me volvió a decir:

—Sube una botella de champán a la doscientos cinco.

Aquella noche cumplí mi promesa y todo sucedió como ella quería. Pero luego no me llamó durante seis días y estaba tan desesperado que apenas podía dominarme. Volvió a amenazarme, volví a jurarlo: así fue siempre desde entonces. Durante algún tiempo lograba contenerme, luego volvía a incumplir mi promesa. Entonces me arañaba y me mordía, estaba fuera de sí, a veces a duras penas podía con ella. Siempre tenía el cuerpo cubierto de cicatrices, en mi camisa a veces relucían manchas de sangre como en la de un asesino justo después de cometer el crimen.

Cuanto más estaba con ella, menos la entendía. Ella aborrecía lo que para mí era la consumación del amor, pero si trataba de contenerme se excitaba más aún. No se tranquilizaba hasta que yo perdía el juicio; más tarde me daba la sensación de que disfrutaba viéndome perder la calma y comportarme con ella como un animal salvaje. Pero entonces, ¿por qué me amenazaba después?, me preguntaba, porque solo podía preguntármelo a mí mismo, ya que ella nunca daba una respuesta aceptable. Siempre estaba borracha cuando me reclamaba, nunca me llamó estando sobria. Luego se dormía enseguida y yo temía el momento en que despertara.

En aquellas ocasiones estaba insoportable. Me odiaba, se odiaba a sí misma, odiaba al mundo entero, era toda asco y crueldad. Siempre que podía me escapaba mientras ella dormía, pero a veces se despertaba sobresaltada y entonces me echaba de la cama como si fuera un perro que se había metido en ella sin permiso. En algunos casos había tanto desprecio, tanta ira y odio en su mirada que camino de casa me dije en más de una ocasión: ¡nunca más, nunca más! Pero cuando no me llamaba estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por verla, en el sentido más oscuro de la palabra, hasta llegar a la bajeza más humillante.

Lo peor era que nunca sabía cuándo me iba a llamar. En ocasiones subía todas las noches de la semana y en otras no se acordaba de mí durante dos semanas enteras. No podía llamarla por teléfono, porque me lo había prohibido al principio, y estaba fuera de lugar que me presentara así como así, o que me dirigiera a ella en el pasillo o en el vestíbulo. En aquellas ocasiones andaba como un enfermo febril, el corazón se me salía del pecho, veía alucinaciones. Y si, tras días de sufrimiento y aterrado por los tormentos que se avecinaban, le preguntaba con mucha cautela cuándo podría volver a subir, en la mayoría de los casos solo se encogía de hombros.

—No lo sé —contestaba distraídamente. O decía cosas como—: Tal vez esta noche, tal vez nunca.

Muchas veces me daba la impresión de que no me consideraba un ser humano, que no significaba para ella más que César, o ni siquiera eso, que no era más que un objeto sin opinión ni voluntad, como un traje en el armario que se ponía o tiraba cuando le venía en gana.

Mi vida consistía en esperar. Durante el día esperaba la noche, por la noche, su llamada. Entre los encuentros vivía prácticamente en duermevela, narcotizado, como si se tratara de un trance por el que hay que pasar como sea.

Esa espera continua me destrozó los nervios. Estaba tremendamente irritable, irascible e insoportable. A veces no le dirigía la palabra a nadie durante días, otras veces me daba por hablar como si tuviera diarrea mental. En esas ocasiones no paraba de darle a la sin hueso durante horas, agotando al infeliz de mi interlocutor. Me volví precipitado y distraído, estaba trastornado, no se podía confiar en mí. Mi trabajo no valía un pimiento, seguramente el único motivo por el que no me echaron eran aquellas llamadas nocturnas pidiendo una botella de champán.

Tenía la cabeza como un basurero. Los trapos chillones de la vanidad se apilaban hasta arriba y en el fondo, bajo el polvo y la ceniza, yacían ideas desgajadas, sentimientos en descomposición y

convicciones quemadas en medio de un revoltijo desesperado, entre los juguetes rotos del deseo.

Por fin pude comprarme el libro de inglés, que tiempo atrás significaba Patsy, América y la libertad, aunque ahora que lo tenía no me servía de nada. Patsy había desaparecido como la infancia, ya no pensaba en América y era incapaz de estudiar. No me entraba nada en la cabeza. Ni siquiera podía leer y mucho menos escribir. Mi único alimento intelectual eran el cine y la radio. Pasaba todo mi tiempo libre en el cine, y en el hotel, si no tenía otra cosa que hacer, me ponía siempre junto a la radio. No me interesaba nada, solo ella. Vivía aletargado, silbaba mucho y me aburría un montón.

Se apoderó de mí una gula nauseabunda. Me dio por comer chucherías, llevaba los bolsillos llenos de caramelos y chocolatinas. Comía sin parar y, sin embargo, cada día estaba más flaco y pálido. Me habían salido ojeras y de madrugada sentía un extraño temblor en el corazón.

Me volví petulante y vanidoso. Me echaba colonias y afeites, mimaba mi cuerpo como hacen las ancianas con sus sucios perros falderos. Había perdido la mesura. Compraba sin tino, despilfarraba el dinero sin obtener placer alguno con ello.

Me torturaba un remordimiento vago y constante. Al llegar a las zonas más pobres de la ciudad me invadía una tensión extraña, incomprensible. Me avergonzaba de llevar ropa fina y en las tiendas me sentía tan turbado como si hubiera matado a alguien y estuviera gastando su dinero. Y eso que me había dejado bien claro que no tenía ningún motivo para sentir mala conciencia. Gastaba el dinero que yo mismo ganaba, no tenía que rendir cuentas a nadie. Mi madre no necesitaba mi sueldo. Al Sabueso le pagaba los plazos como Dios manda y si aún no habían descubierto que había violado el boicot, ya era poco probable que lo hicieran. En cuanto a una sociedad sin clases… Bueno, sí. Seguía creyendo en ella igual que antes, pero… ¿qué culpa tenía yo de que no se hubiera hecho realidad? Yo solo no podía cambiar el mundo. De alguna forma hay que vivir mientras no llegue la revolución. ¿Por qué conformarme si

puedo vivir bien? Al llegar a ese punto solía ponerme a silbar bajito, con aires de superioridad, tal y como había visto hacerlo a los señores, pero todo era en vano, haciéndolo tampoco lograba librarme de la inquietud.

La tierra, de la que era hijo legítimo, parecía tambalearse bajo mis pies. Como si andara por una cuerda floja entre la suite de la excelentísima señora y la miserable casa de Újpest. No pertenecía a un sitio ni a otro, mejor dicho, no quería pertenecer a donde pertenecía y no pertenecía a donde quería pertenecer. Tenía el alma vagabunda, y en vano le buscaba abrigo. Con ella no se podía hablar en serio. Al cabo de unos minutos la invadía un peculiar desasosiego, se veía que se sentía incómoda y por fin, desconcertada y nerviosa, se dirigía a mí:

—Deja eso. Bebamos.

Y eso que no era tonta, todo lo contrario. Era inteligente, y no solo como suelen serlo las mujeres. No era de esas hembras que parecen gatas; más bien la hubieras comparado con una pantera o una leona. La verdad es que pese a todas sus locuras era una persona de ideas claras, culta y sorprendentemente bien informada; tenía una mente refinada, morbosamente refinada, era independiente y a menudo original. En ocasiones, de madrugada, cuando ya parecía estar borracha por completo, con una palabra brillante, con un comentario casual, me desvelaba rincones tan ocultos y oscuros de la vida que me quedaba mirándola y admirándola con la boca abierta.

De esa clase de mujeres se suele decir que están «locas», «enfermas» o, lo que resulta aún más cómodo, que son «depravadas». Mera cháchara. Ahora sé que en el fondo no era peor que la clase social a la que pertenecía y los tiempos en que le había tocado vivir. Al evocar *a posteriori* lo que escribían y pensaban las figuras más destacadas de la época, me sorprende ver que sus ideas coincidían en gran medida con las de estas. Se trataba de esa forma «desengañada» de ver la vida después de la guerra, propia de la *lost generation*, la *neue Sachlichkeit* y los distintos *ismos*

literarios cuya filosofía en realidad reflejaba el mismo encogerse de hombros y los mismos gestos de resignación del campesino que, en un lenguaje más rudo, decía algo así como: vaya, amigo, todos los prodigios duran tres días y no se puede mear contra el viento. Así pensaban aquellos «desengañados», pero si el viento cambiaba de dirección, ellos también lo hacían, no de una forma atolondrada y precipitada, sino tomándose su tiempo y moviéndose como una veleta oxidada para que nadie les pudiera echar la culpa de nada. Porque eran inteligentes, cultos e ilustrados; ningún prejuicio oscurecía su agudeza, siempre y cuando estuvieran en juego sus propios intereses. Sabían de qué iba la cosa, algunos hasta tenían remordimientos de conciencia. Eran como las maduritas lascivas: sabían que ya habían consumido la mayor parte de su vida y solo les quedaba el pasado, un pasado bastante dudoso por cierto. Pero aterradas por la proximidad de la vejez, buscaban desesperadamente a un macho joven con la vida por delante. Yacían en el cómodo lecho del capitalismo, pero también se burlaban de este y le ponían los cuernos, como se hace con los maridos ricos y gordos. Coqueteaban con el marxismo, cuando el marxismo estaba en boga, y cuando la moda traía un nuevo credo, se inclinaban por él. Su biblia era el freudismo, que servía para explicarlo todo. Pero en realidad no creían en nada, solo en la cocina francesa y en el dólar estadounidense, y después de 1929, ni siquiera en eso. Cuando viró el viento, descubrieron al hombre de la calle, del que sabían tan poco como la excelentísima señora sabía de mí, y tuvieron con él una relación similar a la que ella tenía conmigo. En literatura se había puesto de moda la conciencia social; mostraban la miseria en sus teatros, sobre todo, claro está, ante los causantes de aquella miseria, porque las víctimas difícilmente podían permitirse las entradas prohibitivas. A los que las pagaban les gustaba la conciencia social, porque en aquel entonces todos eran inteligentes, cultos e ilustrados, y porque los escritores, pese a su conciencia social, siempre trataban a los clientes con la cautela necesaria. Sus obras eran lúgubres como las casas de citas, y no

menos lucrativas. Los ricos devoraban con apetito los dramas y las novelas sociales, cuya amargura resultaba tan excitante al paladar como la almendra amarga en los pasteles. Si ella hubiera tenido dotes de escritora, seguramente se habría hecho famosa; en aquellos años le habría encantado a todo el mundo.

Yo también estaba encantado, para qué negarlo. Trataba de imitarla, pero al mismo tiempo albergaba en mi interior un rencor ambiguo que ni podía ni quería comprender. Nunca creía en sus verdades, aunque siempre estaba convencido de que tenía razón y en cierto modo la tenía, o al menos relativamente de la misma manera que tiene razón quien perfora sus tierras en busca de petróleo y no pasa de cierta profundidad, la necesaria para ir tirando —con algún que otro rodeo— hasta dar con sus huesos en el hoyo. Pero yo era un campesino y los campesinos no creen en la verdad. Los campesinos solo creen en un instinto de supervivencia, lo que me hacía repeler aquella sabiduría como la sangre sana rechaza el veneno.

¿Por qué? Eso aún no lo sabía, ¿cómo lo iba a saber? Hay que vivir mucho, entusiasmarse y desengañarse y entusiasmarse otra vez para que un día se pueda constatar callada y humildemente que el famoso espíritu humano es como el queso: una vez maduro se llena de gusanos. Hay un tipo de sabiduría —y no es la peor— que solo se sustenta en la podredumbre, como el gusano del queso; una sabiduría que, si quieren, es más profunda que la de las primitivas clases creadoras, pero que, cuando ha perdido su capacidad de crear, no sirve para vivir sino para morir lenta y acompasadamente, como el mundo que la ha engendrado.

A veces meditaba durante semanas sobre alguna de sus observaciones, y en cambio ya no me interesaba un ápice que volvieran a echar a ciento cincuenta trabajadores de la fábrica Ganz o que casi todos los vecinos de nuestra finca hubieran perdido su trabajo. Mi interés, como un órgano enfermo, se encogió día tras día, mi universo llegó a menguar tanto que, con todos sus planetas y

cuerpos celestes, cabía en la cama de la señora sin siquiera asomar por los lados del edredón.

Mis pensamientos se paralizaron como si hubiera sufrido un derrame cerebral, era incapaz de ver más allá de la suite número 205.

A veces intuía que las cosas no podían continuar así. Me atormentaban presentimientos enfermizos, presagios turbios de que sucedería algo terrible; recuerdo madrugadas angustiosas cuando tras una noche salvaje me despertaba sobresaltado y miraba a la mujer dormida con un pavor que me helaba la sangre, como un enfermo mortal que, al recobrar la conciencia tras delirar por la fiebre, se mira el espejo y ve en él a la muerte.

Una noche Elemér entró en el bar. Hizo como si no supiera nada, pero era mal actor y enseguida me di cuenta de que estaba al tanto de todo.

Hacía tiempo que notaba que era la comidilla de los compañeros. A veces, al entrar en la cocina, la conversación se interrumpía súbitamente, sentía sobre mí sus miradas fisgonas, sabía que cuchicheaban a mis espaldas. Los primeros días me dolió, pero luego me acostumbré como el camello a la joroba y al final acabó por darme igual. Pero temía a Elemér. Le temía en el sentido más serio y ridículo de la palabra; no me había parado a pensar por qué, y simplemente había tratado de convencerme de que no le tenía ningún miedo. Si se entera, que se entere, ¿qué más me da? ¿Qué tengo que ver con él? Que se vaya al cuerno. Eso era precisamente lo que no comprendía. Aparentaba indiferencia y a la vez me aterrorizaba que pudiera enterarse, y aunque estaba más claro que el agua que ya estaba al tanto de los chismes, hasta ese momento había logrado persuadirme de que no sabía nada. Ahora estaba frente a mí, vi que lo sabía todo y, por mucho que presumiera de no tenerle miedo, noté cómo me temblaban las piernas.

Serían las ocho, aún no había nadie en el bar. La excitación me sofocaba y, lleno de preocupación, pensé en lo que pasaría si el

sudor me manchaba la camisa, pero trataba de aparentar despreocupación, hablaba por los codos, apenas le dejaba abrir la boca: hacía tiempo, como solíamos proceder en la escuela cuando temíamos que el profesor nos preguntara. Esperaba que entrara alguien o que me llamaran y me mandaran a alguna parte, pero no vino nadie ni me llamaron; estábamos solos, y el motivo de su visita era más que evidente. Se comportaba como un médico torpe, al que los parientes han invitado simulando una visita de cortesía porque el enfermo es testarudo y no quiere que lo examinen por muy grave que esté, de modo que hay que ser amable y tolerante con él, porque tal vez el pobre haya perdido la cabeza. Finalmente me di cuenta de que todo era en vano, así que pasé al extremo opuesto y no volví a soltar palabra.

Elemér me trató como si de veras temiera que hubiera perdido el juicio. Me conocía, sabía que era un caso difícil, me trató con la prudencia de un psiquiatra. Trataba de ganarse mi confianza, como suele decirse, pero como era una persona muy recta, se le daban mal esos tanteos. Se pasó de rosca —según decían los compañeros cuando uno trataba a alguien con excesiva amabilidad—. No paraba de hablar, hasta trató de bromear, para que viera que estaba de buen humor y que no sospechaba nada, que él no sabía nada de nada, qué va, solo había entrado a verme porque pasaba por allí, y no hacía sino balar un poco, como el más inocente de los corderos.

—¿Estás mejor? —preguntó por fin, sin duda para encauzar la conversación en la dirección adecuada.

Pero no di mi brazo a torcer. Le contesté que sí, un poco mejor, gracias, y seguí con mi silencio obstinado.

La conversación volvió a empantanarse; se veía que él tampoco sabía por dónde tirar.

—A propósito —acertó a decir, y se le iluminó el rostro—. ¿Qué te pareció el libro sobre el sindicalismo?

Con eso tampoco tuvo suerte. Le contesté que no lo había leído, que estaba muy ocupado, que tal vez al día siguiente o al otro.

Así cerca de media hora. Entonces el maître me llamó a la cocina y Elemér sabía muy bien que al jefe no se le podía hacer esperar. Con las prisas, de pronto, se olvidó de su papel y me dijo con la franqueza de costumbre:

—Oye, quiero hablar contigo. ¿No quieres esperarme por la mañana?

Seguramente puse cara de susto, porque añadió antes de que yo le pudiera responder:

—Solo quiero charlar un poco, ya me entiendes. Hace mucho que no lo hacemos.

En eso le di la razón.

—Otro día me encantaría —contesté—. Pero hoy estoy muy cansado.

—De acuerdo —dijo porque ya no podía decir otra cosa—. Entonces la próxima vez. Quizá el fin de semana vuelva a pasar por aquí.

Pero no esperó hasta el fin de semana, volvió al cabo de dos días. Esa conversación fue aún más penosa. Al no hallar otro tópico, volvió a sacar el tema del libro sobre sindicalismo y no me atreví a confesarle que seguía sin leerlo. Me iba por las ramas como el alumno que no se ha aprendido la lección, hablando sin ton ni son. Elemér, que otras veces me interrumpía a la primera incorrección, ahora me escuchaba asintiendo con la cabeza, como quien escucha a un loco inofensivo. Por fin me volvió a preguntar si le esperaría por la mañana y volví a responder con evasivas. Entonces apareció Mister Empalagoso con un huésped inglés y no pudimos seguir hablando.

—Bajemos al sótano —dijo Elemér y ahí ya no pude negarme ni aducir que estaba cansado.

Lo seguí inquieto. Sabía lo que me esperaba y estaba decidido a negarlo todo. Pero no tuve oportunidad de hacerlo. Elemér me dijo en voz baja y muy resuelto:

—Te ruego que no contestes a lo que te voy a decir.

En el sótano no había un alma, todo estaba en silencio y olía a moho. Junto a las paredes sin revocar pasaban gruesas tuberías herrumbrosas, como si estuviéramos en las entrañas del hotel, en las vísceras desparramadas del edificio. Elemér permaneció unos minutos en silencio. Caminamos mudos uno al lado del otro en la penumbra amarillenta; nuestras pisadas retumbaban bajo los desnudos arcos de cemento.

—Ibas por buen camino —habló por fin—. Por muy buen camino —repitió con énfasis y luego me dijo sin mirarme—: Ahora te has perdido.

Hizo una pausa, volví a oír el eco de nuestras pisadas, Elemér me miró.

—¿Me entiendes?

—No —apunté.

—Ya veo —dijo en voz baja, luego volvió la cabeza y añadió con cierto desconcierto—: Soy tu amigo. ¿Eso sí lo entiendes?

—Sí —asentí.

—Pues eso es todo. Soy tu amigo y te entiendo. Tú también me entenderás, siempre nos hemos entendido. Lo que ahora quiero decirte es solo esto: no tengas escrúpulos. No soy puritano ni burgués. No suelo echar sermones. Soy socialista. Hablaremos con calma y objetividad, como deben hacerlo dos proletarios cabales —y añadió rápidamente, porque había advertido algo en mi rostro—, pero no ahora. Cuando te haga falta. Entonces me esperarás por la mañana e iremos a dar una vuelta por Buda. ¿Te parece?

—Sí —asentí de nuevo.

Entonces sacó un libro del bolsillo, dijo que me lo leyera y que la próxima vez lo comentaríamos, luego me estrechó la mano como si nada hubiera pasado y se alejó.

En el libro había un montón de frases subrayadas a lápiz. En los libros de Elemér siempre había montones de fragmentos marcados, pero en este en particular había una frase que, nada más verla, supe que la había señalado para mí. Estaba subrayada con doble línea y había añadido al lado nada menos que tres signos de

exclamación. Era una cita de Montesquieu, aún me la sé de memoria y difícilmente la olvidaré: «En la vida de toda persona honrada hay un recuerdo que le causa sonrojo cuando piensa en él en un momento de calma».

Al separarnos, sentí una extraña presión en el estómago. Serían ya las nueve y media, el bar estaba preparado para recibir a los huéspedes, la orquesta de jazz ensayaba una pieza nueva. Me guardé el libro, me encogí de hombros, luego empecé a silbar bajito, con aires de superioridad, como había visto hacer a los señores. Pero el malestar no cedió, más bien al contrario.

A las diez me encontraba mal. Primero sentí unos espasmos agudos en la boca del estómago, luego dolores desgarradores que no acababan nunca. En mi vida había tenido dolores así, aunque había llegado a alimentarme de las sobras para el perro. No entendía qué me pasaba, porque en aquella época aún escribía poemas sobre el Alma con mayúscula y no sabía que a veces ella misma causa dolores de barriga tan poco poéticos y que no llega montada en un carro de fuego sino a pie y sudorosa, así entra, por la puerta de servicio y, la mayoría de las veces, cuando nadie la espera. Allí estaba y, como no quería percatarme de su existencia, me anunciaba con esas molestias que había llegado, que estaba allí, que seguía viva, que aún existía. Había vuelto a aparecer, quizá por última vez, y si no le prestaba atención podía llegar a abandonarme para siempre.

Evidentemente, no le hice caso. Estaba ocupado con mi dolor de estómago y con el odio que sentía hacia Elemér. Lo maldecía, lo mandaba al cuerno por meterse donde no lo llamaban, ya era hora de que el muy descarado se ocupara de sus propios asuntos. Pero pasadas las dos de la madrugada, cuando ya estaba seguro de que su excelencia no me llamaría, decidí de súbito que por la mañana le esperaría.

Sin embargo, no le esperé. Cuantas más vueltas le daba a la conversación del día anterior, más me convencía de que… a ver, ¿de qué? Me encogía de hombros. ¿Qué le podría decir y qué

podría decirme él a mí? De las mujeres no sabía más que lo que había escrito sobre ellas August Bebel en *La mujer y el socialismo*, lo cual de poco me serviría. ¿Qué más? Sí, claro. Me diría que la dejara, que me había extraviado, que ese no era un camino transitable para un proletario con conciencia y cosas por el estilo. Me parecía oír su voz, ver sus gestos, sabía que lo que dijese sería inteligente y convincente, como siempre, y que al final tal vez acabaría prometiéndole lo que fuera, por mucho que después no mantuviera mi palabra en cuanto ella requiriese mi presencia en la suite.

Al día siguiente no le esperé, y más adelante, tampoco, pero mentalmente siempre acudía a las citas y vivía entre la gente como si hubiera cometido un pecado horrible, quizá un asesinato, del que nadie sabía nada, solo Elemér, y con el paso del tiempo empecé a pensar en él como en un oscuro chantajista que se aprovechaba de mi lamentable situación. Lo odiaba por todo lo que había de odioso en este mundo y el odio crecía en mi interior día tras día, cual tumor canceroso.

Unas dos semanas más tarde, una noche, estando en la cocina, uno de los chicos del bar me dijo:

—Sube. Elemér te está esperando.

Le solté sin pensármelo siquiera:

—Ahora no puedo ir, tengo trabajo.

Pero nada más pronunciar estas palabras me quedé desconcertado. Sabía que con aquella mentira había dicho la verdad.

—¿Le digo que espere? —preguntó.

Tenía el no en la rampa de salida, pero de repente me mordí los labios. Sentí que en ese momento algo se iba a decidir definitiva e irremediablemente y no supe qué contestar. Solo los poetas de dieciséis años son capaces de atribuir a un instante tal grandeza y valor simbólico: a mí me sucedió en aquel momento. Miré al muchacho como si tuviera ante mí a Poncio Pilato preguntándome: ¿a quién eliges, a Jesús o a Barrabás?

—No, que no me espere —respondí, y de pronto me invadió un cansancio mortal, como el que siente un asesino que, después de negar con insistencia, sucumbe y al fin confiesa el crimen.

Elegí a Barrabás.

3

Un buen día mi padre desapareció.

Fue un día fuera de lo común, desconcertante desde el inicio; me acuerdo de que iba camino de casa canturreando. Venía de estar con la excelentísima señora, la luna del sábado aún trasnochaba sobre el Danubio, pero más allá de la cima de las montañas se había encendido la hoguera del alba y el domingo navegaba sobre nubes rosadas por encima de la ciudad. Las calles, como siempre a esa hora, estaban tomadas por los enamorados. En el crepúsculo añil se mecían sombras abrazadas, como arrastradas por el viento, un viento extraño, de otro mundo. De los parques brotaban nerviosas risas de mujer, por las calzadas desiertas pasaban automóviles sigilosos con las cortinas corridas, bajo los soportales se bamboleaban parejas fundidas en un beso y bajo el amanecer rosa todo parecía pura poesía.

En nuestro portal también había una pareja besándose. Los venía observando desde lejos, al cruzar los solares abandonados, y de repente me di cuenta de que eran mi madre y mi padre. Los dos estaban algo achispados, pero de una forma tan tierna, tan pícara, que tras los primeros instantes de desconcierto se me contagió su felicidad. Aguardaban al portero, porque evidentemente el portal estaba aún cerrado con llave y aquel no era amigo de andarse con prisas. Mi padre daba golpecitos en la puerta y los acompañaba cantando:

Abre, muñeca, la puerta de tu casa.

Mi madre, que no quería aguar la fiesta, lo secundaba cantando:

No la abro, que se enteran los vecinos.

Entonces mi «viejo» dejaba ir su hermosa y sonora voz de barítono:

Si se enteran que se enteren.
Ya sabe el mundo entero
que te amo, que te quiero,
y que nunca te olvidaré.

El viento del amanecer brincaba por los descampados, levantaba la basura, la removía en el aire, y bajo aquellas nubes rojas hasta la basura parecía hermosa, el mundo era tan joven que todo le quedaba bien.

—¿Por qué será —reflexionó mi padre— que uno no puede evitar ponerse a cantar en una mañana como esta? Me acuerdo de que cuando era marinero siempre estaba de pésimo humor cuando me tocaba la guardia de noche, pero al despuntar el alba, quién sabe por qué, siempre me entraban ganas de cantar.

Entretanto, cada cierto tiempo tocaba el timbre con travesura, sin olvidarse de la serenata:

Abre, muñeca, la puerta de tu casa.

Por fin apareció el portero arrastrando los pies. Sus zapatillas gastadas resonaban soñolientas en las baldosas agrietadas, de debajo de la chaqueta que se había echado sobre los hombros asomaban la camisa de dormir y los largos calzones. Mi padre le tiró, generoso, una moneda de un pengo.

—¡Viva la Vida! ¡No moriremos nunca! —gritó muy convencido, y dio una palmada amistosa en las posaderas del portero medio dormido.

Ya en el piso, descorchó una botella de vino tinto, nos sentamos alrededor de la mesa y nos pusimos a cantar mientras bebíamos. Su alegría crecía copa a copa, pero yo —no sabría decir por qué—,

cada vez me ponía más triste. Me sentía tan viejo al lado de mis padres y la juventud me parecía tan insoportable… Me hubiera gustado despojarme de ella como hacen con la ropa en llamas los que huyen de un incendio, pero yo sabía que me había encerrado con llave y que no tenía forma de escapar. «Moriré entre las llamas», pensé, y seguí bebiendo.

Mis «viejos» estaban tan ocupados el uno con el otro que no se percataron de mi decaimiento. Mi padre canturreaba ahora:

En el bosque donde entré,
un pajarillo me encontré
y un nido construía
y mi amor por ti crecía…

—¿Sabes cuándo aprendí esta canción? —preguntó, y enseguida contestó suspirando con nostalgia—: Pues… cuando vi por vez primera a tu madre.

—Eso ya lo has contado unas cuantas veces —murmuró mi madre, avergonzada, pero aun así miraba a mi padre dejando entrever que no le importaba oírlo de nuevo.

Mi padre se echó a reír.

—Mírala —dijo en tono jocoso—. Con lo vieja que es seguro que no te puedes figurar que un día fue joven y bella. Pues sí, lo era, muy bella por cierto. Lo creas o no, no me costó nada enamorarme de ella.

—Tú no te enamoraste —contestó mi madre con el valor que le infundía el vino, porque siempre se envalentonaba cuando bebía un poco—. En verdad tú no me querías.

—¿Acaso tú sí me querías?

—Yo he preguntado primero. Responde tú.

—¿Qué te voy a contestar? —Mi padre le daba vueltas a la copa de vino, vi que su cabeza estaba en otra parte—. Por entonces las mujeres solo me dejaban atontado. Aún no sabía nada del amor.

—¿Y ahora sí?

—¡Ojalá no la hubiera conocido nunca!

—¿Por qué?

—Porque cuando te agarras a una sola falda significa que te has hecho viejo.

Mi madre soltó una risa irónica.

—¿Quién se agarra a una sola falda?

—Este de aquí —dijo mi padre golpeándose el pecho—. ¡Maldita sea!

—¡Menudo donjuán estás hecho! —dijo mi madre, pero no pudo reprimir una sonrisa ni ocultar el deseo, que asomaba con la obstinación de los enseres que, media hora antes de la salida del tren, se resisten a dejarse embutir en una maleta llena.

—Y tú, ¿por qué estás tan callado? —preguntó mi padre—. ¿No tendrás mal de amores?

—¿Yo? ¡Qué va!

—Menos mal —condescendió—. Porque eso no me gustaría nada. Hay que disfrutar de la vida. Anda, acércame la billetera —dijo señalando con brillo en los ojos la chaqueta que había tirado sobre la cama al llegar a casa—. ¿Cuánto dinero hay?

—Treinta pengos.

—Gástatelos —dijo—, que ya no volverás a ser joven.

—¿Estás loco? —le reprendió mi madre, con el rostro serio—. Vaya cosas le enseñas al niño.

—Ya no es ningún crío. Acabo de hacer cálculos y resulta que tiene la misma edad que tú cuando te conocí.

Mi madre puso cara de no creérselo. Se notaba que estaba calculando mentalmente.

—Pues es verdad —dijo en voz baja, y se le nublaron los ojos—. Qué extraño, Dios mío. Yo entonces tenía a mis amos por unos viejos, aunque no eran mayores que nosotros ahora.

—¿Qué más da? —Se rio mi padre—. El que no quiera hacerse viejo, que se cuelgue de una viga. Andando, ancianita mía, a dormir. —Y pellizcó a mi madre en el costado—. Más vale no ponerse triste. Nos hemos ajado, es cierto, la piel se desgasta, sea del hombre o de la bota. Pero los que han traído al mundo a un mozo como este,

no se han desgastado en vano, te lo digo yo, que me lo ha dicho el mismísimo san Pedro.

Estaba tan jovial, tan tranquilo y tan seguro de sí mismo como si de veras hubiera despachado con el portero del cielo.

—Buenas noches —dijo sonriendo, tomó a mi madre por la cintura, como siempre, y antes de salir de la habitación me guiñó el ojo.

Esto ocurrió de madrugada, sobre las cinco. A las siete de la tarde se fue de casa y no volvió.

Nunca supe por qué. Mi madre no habló de ello y yo no le pregunté. Callamos como callan los campesinos.

Más tarde reviví en numerosas ocasiones aquella última madrugada. ¿Sabía él que no volvería? ¿Acaso sucedió algo entre las cinco de la madrugada y las siete de la tarde? ¿Qué pudo pasar? ¿Qué ocurrió en la cocina mientras yo dormía en la habitación? Puede que mi padre no supiera nada al irse de casa y que más tarde todo se precipitase. Pero ¿qué fue? ¿Otro asunto de faldas? ¿O…?

Hasta ahí llegaba. No me atrevía a seguir hilvanando pensamientos. «¡Qué más me da!», me conformaba. «Es asunto suyo. ¿Qué pinto yo en todo esto?». Ellos tampoco se rompían los cuernos pensando en mí. Trataba de ahuyentar la idea, pero volvía con insistencia al igual que los fantasmas en los cuentos de miedo de las viejas, y me tenía siempre en vilo. Me temblaban las manos al abrir los periódicos; buscaba en ellos el nombre de mi padre. Solo entonces me percaté de que desde el momento en que lo conocí lo creí capaz de cualquier cosa, desde lo más horrible hasta lo más sublime; pero está claro que no era lo más sublime lo que me llenaba de preocupación. Pensaba en sus negocios turbios y enigmáticos, en la enorme cantidad de dinero que se le escurría entre los dedos y… no, no me atrevía a ir más lejos. Me daban escalofríos. ¿Por eso estaba tan callada mi madre? ¿O ella tampoco sabía nada de nada?

Me di cuenta de que me rehuía. De madrugada, cuando llegaba a casa, siempre se hacía la dormida, pero más tarde, al acostarme, a menudo la oía llorar en la cocina. Cuando me despertaba por la tarde, la mayoría de las veces no estaba en casa, y de lo contrario se las ingeniaba para estar acompañada. Cuchicheaba con Mári en la cocina, como tramando algo, y al abrirse la puerta callaban desconcertadas.

Fueron unos días agobiantes. Las palabras no pronunciadas parecían haberse escondido en cada recoveco del piso y cuando no podía conciliar el sueño echaban a volar como murciélagos en medio de la oscuridad.

Una tarde sucedió algo extraño. A las seis y media me despertaron unos golpes en la puerta de la cocina. Llevarían un buen rato aporreando la puerta, daban unos golpes que hacían vibrar los cristales de la ventana. Me puse los pantalones a toda prisa y fui a abrir.

Entró un desconocido hecho una furia. Era un armario de hombre: una cicatriz le decoraba el cabezón calvo y una incipiente barba pelirroja le cubría el rostro tosco y huesudo. Cerró la puerta de una patada y con sus diminutos ojos de cerdo me miró de arriba abajo; en vez de saludarme, me chilló:

—¿Por qué no abrías?

—Estaba durmiendo —contesté desconcertado.

—¿Eres hijo de Miguelindo?

—Sí.

—¿Tú madre no está?

—No.

Me apartó y entró en la habitación sin abrir la boca. Se detuvo, echó un vistazo al cuarto y dijo bajando la voz:

—He traído una carta de tu padre.

—¿Sí? —inquirí presa de los nervios.

El hombre sacó una carta.

—Entrégasela a tu madre —dijo, y sin más giró sobre sus talones y desapareció sin despedirse.

Solo entonces me sobrepuse a la sorpresa. Abrí la puerta de entrada a toda prisa y le grité:

—¿Qué le digo? ¿Quién es usted?

El hombre se volvió, pero no me contestó. Desapareció rápidamente por las escaleras sin decir nada.

Miré el sobre arrugado con el corazón en un puño. «Ahora me enteraré de todo», pensé, y eché la llave a la puerta. Entré en la habitación y con sumo cuidado abrí el sobre sin romperlo. La carta consistía en cinco o seis líneas nerviosas, garabateadas con precipitación, se notaba que las habían escrito a toda prisa, las letras saltaban inquietas por los renglones torcidos. No llevaba fecha y en el texto no había indicios de dónde y cuándo había sido escrita. En realidad no revelaba mucho más, pero tenía dos frases que me causaron un gran sobresalto. Decían algo así como: «Sigo sin saber nada. Es posible que cuando te llegue esta carta yo ya esté en casa, pero también es posible que nunca os vuelva a ver».

La leí y la releí, pero no saqué nada en claro. Aún era todo más confuso que antes. O sea, que le gustaría venir a casa, lo que es más, tal vez llegue pronto, pero… «también es posible que nunca os vuelva a ver». ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Qué significa todo esto?

Debí de pasar un buen rato cavilando, porque al mirar el reloj vi con espanto que eran las siete y media pasadas. Me vestí apresuradamente, cerré el sobre y antes de salir lo coloqué en el suelo junto al umbral de la cocina para que mi madre pensara que alguien lo había pasado por debajo de la puerta mientras no había nadie en casa.

No podía quitarme esas dos frases de la cabeza. Cuando llegué a casa por la mañana pensé que tal vez ya habría vuelto. A partir de entonces empecé a esperarle. Me despertaba cada vez que alguien pasaba junto a la ventana y, en la calle, me volvía sobresaltado cuando alguien silbaba a mis espaldas.

No quería pensar en él, pero no podía evitarlo. Tenía sueños absurdos. Coches armados con metralletas le perseguían por

oscuras callejuelas, subía trepando como un gato a los campanarios de las iglesias o saltaba con elegancia, liviano, desde un sexto piso para luego seguir su camino. Parece que ni siquiera en sueños se me ocurría pensar que pudiera pasarle algo malo. Lo atacaban hordas de esbirros, destellaban navajas, sonaban disparos, pero él siempre terminaba ganando. Siempre salía airoso, siempre reía el último. Sus dientes fuertes y hermosos brillaban, bebía vino tinto, cortejaba a mi madre, oía su hermosa y sonora voz de barítono cantando a la belleza de la vida. O bien era por la mañana, se le oía silbar desde la cocina mientras se afeitaba con el torso desnudo ante el espejo de un palmo y en sueños no me enfadaba con él por llevar en el pecho a una mujer tatuada, con cabello real en la cabeza y otros sitios.

Sin embargo, cuando estaba despierto no era tan tolerante. Echaba pestes de él y del Todopoderoso, que había tenido la gentileza de darme un padre así. Pensaba en él con desprecio, con un odio implacable y al mismo tiempo lo echaba de menos, y su falta me causaba un dolor insoportable. Desde que no vivía con nosotros la casa parecía desangelada. Mi madre volvía a mantener un orden impecable, todo estaba limpio y reluciente, ya no había nadie que rompiera la armonía. Parecía un cementerio. En ocasiones, al entrar en el piso vacío, me daba la sensación de que allí no vivía nadie. La casa estaba muerta, la araña gris de la pena había tejido sus telas por los rincones y nuestros días estaban prendidos en ellas como moscas muertas.

Los recuerdos de nuestra efímera opulencia desaparecieron con rapidez. Los armarios se vaciaron, la casa quedó desnuda, hasta el espejo de marco dorado desapareció de encima del aguamanil. Una madrugada, al llegar a casa muerto de cansancio, busqué en vano mi ropa de cama. También se había volatilizado y no osé preguntar adónde había ido a parar. Tuve que volver a dormir sobre el suelo desnudo, porque Manci le tenía miedo a mi «enfermedad» y me pidió que no me metiera en su cama.

En el armario solo quedaba la ropa de mi padre. Mi madre no la vendió, la dejó tal como él la había dejado. Pero, curiosamente, su cenicero sí que desapareció. Era un cachivache sin valor. No entendía qué se habría hecho de él. Una noche, sin embargo, al abrir uno de los cajones de mi madre, lo encontré allí. Con una colilla. ¿Sería el último cigarrillo de Miguelindo? No lo sé, nunca lo llegué a saber. Mi madre, que por lo demás era tan limpia y ordenada, guardaba la colilla en un cajón. Yacía allí, entre cajitas perfectamente colocadas, como un muerto al que no dejan enterrar.

Un día desapareció también la ropa de mi padre. La casa parecía ya un árbol desnudo en invierno; Cara de Pez, el hombre de la casa de empeños, no hubiera pagado ni diez pengos por todo lo que quedaba.

Mi madre estaba en un estado lamentable. Se marchitaba a ojos vistas, como una planta de raíces enfermas. Adelgazó, le salieron arrugas, empezó a echar canas. Se deterioró en cuestión de días. Ya nada tenía que ver con la mujer joven y atractiva que había cantado con Miguelindo bajo las nubes rojas, pocas semanas atrás. Se abandonó, volvió a parecer una campesina, envejeció prematuramente y perdió las ganas de vivir. Cambió repentinamente, sin transición alguna, como la tierra tras el granizo. Su vida volvía a estar en barbecho, la maleza le cubrió el alma. Solo los ojos recordaban su antigua personalidad, sus hundidos ojos negros de campesina, que ahora siempre estaban rojos e hinchados por el llanto.

Yo sospechaba, mejor dicho, tenía la certeza de que volvía a pasar hambre. No podía ignorarlo, veía que no había ni una corteza de pan duro en la cocina. Sin embargo, no le daba dinero.

Y eso que lo tenía. En aquella época siempre llevaba unos pengos en el bolsillo, y se los podría haber dado sin problemas. Temía que si pasaba una vez, tendría que seguir dándole cada vez más, y al final las cosas volverían a ser como antes. Eso estaba fuera de cuestión. La excelentísima señora me mandaba salir a comprar cada dos por tres y en las tiendas había que pagar. Bueno,

siempre me decía que tomara el dinero de su bolso, el único problema era que… es peliagudo explicarlo… también me lo ordenaba cuando no había recados que hacer fuera…

Empezó ya la primera mañana. Entonces estaba tan borracho que no entendí a qué se refería y más tarde, al recobrar la serenidad, creí que lo había dicho porque estaba bebida. Pero pronto me di cuenta de que no. Esa misma frase sonaba a menudo.

—Ahí está mi bolso —solía decir con indiferencia, en el tono más natural del mundo—. Coge dinero.

Cada vez que lo decía me invadía una furia salvaje; siempre temía pegarle por ello. Pero no me atrevía a comentárselo. Hacía como si no lo hubiera oído y me mantenía a una distancia prudencial del bolso. Nunca hablamos de ello, sigo sin saber si alguna vez llegó a darse cuenta de que jamás había tocado el bolso. Pero por eso mismo tenía que pagar sus antojos de mi bolsillo.

Esa era la razón de que no le diera dinero a mi madre. La idea de que por su culpa algún día tuviera que tocar el bolso de su excelencia me parecía más horrible que verla pasar hambre.

Pues sí, así era yo entonces. Si un día uno llega a romper el fino dique que levanta la conciencia, no hay vuelta atrás, lo arrastra la riada. Solo el primer asesinato es un crimen. El segundo, el tercero y el enésimo son meras consecuencias.

Una noche mi madre se decidió a hablar. Estábamos solos, serían las siete de la tarde, me estaba lavando bajo el grifo. Mi madre iba de arriba abajo, inquieta, y de repente soltó:

—¿Podrías darme algo de dinero?

El corazón se me subió a la garganta.

—¿Cuánto quieres?

Suspiró.

—Mucho. No tengo para pagar el alquiler.

Yo, nervioso, seguía echándome agua en la cara.

—Ya sabes que tengo que ir pagando los plazos.

—Sí —volvió a suspirar—, pero ahora estoy metida en un buen lío, hijo. El portero nos quiere echar.

Cuántas veces había oído lo mismo y sin embargo aquellas palabras amenazantes no habían perdido su fuerza. Mis ojos se posaron involuntariamente en la botella de lejía y sentí escalofríos.

—¿Nos quiere echar?

—Sí —asintió—. Le debemos tres meses.

—¿Cómo es posible? —se me escapó—. Hace tres meses mi padre aún no se había ido. Siempre tenía tanto dinero que…

De pronto me callé. Tan solo entonces advertí de quién estábamos hablando. Se hizo un silencio. Mi madre se miró la punta de los zapatos y palideció.

—Ya sabes lo olvidadizo que es —balbuceó luego—. Se le olvidó pagar y el portero no le llamó la atención. Sabía que teníamos dinero y además le tenía miedo… —De repente rompió a llorar—. Ahora ya no le tiene miedo a nadie. Dios mío, ¿qué será de nosotros?

Se desplomó sobre el taburete, ocultó el rostro en el delantal, todo su cuerpo se agitaba con el llanto. Al verla así tuve ganas de escupirme en la cara.

—¿No se lo podrías pedir a mi padre? —le pregunté paralizado por la impotencia.

Mi madre se sonrojó.

—Tu padre no está en Budapest —dijo con un hilo de voz.

—¿Dónde está? —pregunté a bote pronto.

Mi madre desvió la mirada, tragó saliva y luego dijo:

—En provincias.

—¿No le podrías escribir?

—No.

Le podría haber preguntado que por qué no y aún un montón de cosas más, pero tenía miedo de que me contestara. Metí la cabeza bajo el grifo y permanecí en silencio.

—Dime —me preguntó entonces mi madre—, ¿no le podrías pedir a ese hombre que tuviera un poco de paciencia con los plazos?

—¿Cómo se te ocurre? —Estallé con un tono que hasta a mí me asustó—. Ese hombre es amigo del comandante. No hace ni dos semanas que echaron a un camarero por no pagarle.

Aunque era cierto, no fui del todo sincero. Lo podría haber intentado, no parecía tan descabellado. Últimamente el Sabueso me había cogido cariño, simpatizaba conmigo de una forma incomprensible e inquietante. Charlaba conmigo, lo que no hacía con los demás, se interesaba por mis asuntos, quería saberlo todo sobre mí. En una ocasión le dijo al maître:

—Este muchacho sabe más que tres adultos juntos.

Esas cosas, claro, halagan a un muchacho de dieciséis años; yo no era una excepción. A pesar de todo, recelaba de él desde el primer momento. Me invadía un miedo vago, inconcreto, que no sabía explicarme. Por entonces todo era muy confuso: le tenía miedo a la luz, me refugiaba en la penumbra, me resistía a razonar. Vivía como un cachorrillo, me guiaba solo por el instinto. Y al estar junto a él, mi instinto me advertía: ten cuidado, mucho cuidado.

—Se lo podrías pedir de todas formas —dijo mi madre poco convencida—. ¿Qué te puede pasar? En el peor de los casos te dirá que no, eso no te hará daño.

No, eso no; yo lo que temía era todo lo contrario. Que me dijera que sí y entonces…

—¡No he caído tan bajo! —grité histérico—. ¡No todavía!

Mi madre me miró petrificada.

—¿Qué cosas dices? No te entiendo.

Yo tampoco me entendía del todo. Asistía estupefacto a lo que sucedía en mi interior. El corazón me temblaba lleno de pavor, la ira me cegaba.

—¡Ni hablar! —grité, y enseguida supe que el grito no solo iba dirigido a mi madre.

No, todavía no había caído tan bajo, tan bajo no.

4

De alguna forma ese primero de mes nos libramos, la verdad es que no sé cómo. Sospechaba que mi madre volvía a hacer la colada gratis a los «conocidos» del portero, pero no sabía nada a ciencia cierta. Mi madre no mencionó el asunto y yo no pregunté. Seguíamos callando.

No le daba dinero a mi madre, pero cada día llevaba comida a casa. La compraba en elegantes tiendas del centro, pero antes de llevarla a casa la envolvía en papel de periódico para que pensara que era parte de lo que me daban en el hotel, como al principio. Pero tampoco de eso hablamos. De madrugada, al llegar a casa, dejaba el paquete sobre la mesa sin decir nada, luego entraba en la habitación y me acostaba. Al despertarme, la comida ya no estaba en la mesa de la cocina. Solo eso me indicaba que mi madre se la había comido. Al llegar a casa, mi madre ya dormía o al menos fingía que lo hacía, y al levantarme ya había salido.

Parece que mis preguntas aún nos habían distanciado más: huía de mí, en el sentido literal. Por la tarde, al oír que me despertaba, salía subrepticiamente del apartamento para ir a casa de Mári. Solo estaba en casa cuando Árpád no salía, y entonces era Mári quien venía.

—No quiero estar con ese sinvergüenza —decía, porque en aquella época hablaba así de su marido, del que antaño había estado tan enamorada.

Con la desaparición de mi padre también su vida se había derrumbado. Hasta entonces se las arreglaban de una manera u otra. Mi «viejo» no era capaz de pasar junto a Mári sin deslizarle en

la mano uno o dos pengos y sospecho que a veces le daba sumas más cuantiosas. Pero eso se acabó precisamente en el momento menos apropiado. La empresa de limpieza donde trabajaba Mári había quebrado, igual que había pasado con otras muchas empresas que se sustentaban en la clase media. La regia Hungría de Horthy, que ya había chupado toda la sangre de los obreros y de los campesinos, ahora —no teniendo otra alternativa— se mordía su propia cola: exprimía a la clase media, ya de por sí debilitada. Había ingenieros que conducían taxis, abogados que vivían del estraperlo y funcionarios que iban de casa en casa vendiendo aspiradoras, incluso había ilustrísimas señoras que tras enviudar cayeron tan bajo que llegaron al extremo de tener que abrir una tienda.

Pero estos eran casos excepcionales. Los demás preferían dedicarse a sisar el dinero de la empresa donde trabajaban u optaban por el suicidio, para evitar tal humillación. Los señores de clase media despreciaban todo trabajo que no fuera de oficina. Si se daba el caso de que una ilustrísima señora abría un estanco, los periódicos se referían al hecho con gran asombro en artículos de una columna, y los señoritos que los leían negaban con la cabeza horrorizados por lo mal que andaba el mundo.

No renunciaban a sus prejuicios engreídos, ni cuando las deudas y la miseria moral les llegaban hasta el cuello. En sus casas el búho de la necesidad ululaba en cada rincón, pero fuera seguían con su ostentoso modo de vida. «Uno tiene obligaciones sociales —decían —. No se puede renunciar al rango». Pero al zapatero muerto de hambre no le pagaban y si al desgraciado se le ocurría quejarse enseguida lo tachaban de comunista y lo amenazaban.

La mitad de la clientela del bar del hotel seguía siendo de clase media, a pesar de que era de los bares más caros de la ciudad. Cierto que se mostraban muy recatados a la hora de consumir y siempre que podían se olvidaban de la propina, no obstante, nosotros hubiéramos podido vivir holgadamente una semana entera con lo que ellos gastaban una noche de sábado. La procedencia del dinero para permitirse estos lujos solo se revelaba en los juicios o

tras el suicidio de algún caballero ampliamente respetado. Porque entonces la epidemia del suicidio ya se había propagado por los barrios señoriales; la clase media recurría a pastillas como el Veronal o el Luminal, lo que sin duda resultaba más agradable que la lejía, aunque al fin y al cabo el resultado fuese el mismo.

Ahora ya he aprendido que, como todo en la vida, también el mal es relativo; pero entonces siempre me daba la risa cuando se hablaba de la miseria de la clase media. Lo que ellos consideraban miseria, en Újpest era un lujo inalcanzable incluso en los mejores tiempos. En los periódicos se leía a diario que tal o cual matrimonio de la clase media «se había quitado la vida por lo desesperado de su situación económica», y sus cuerpos inertes —y esta frase se repetía como el estribillo de una canción— «habían sido encontrados en el dormitorio por la criada». ¡Pero si podían permitirse el lujo de tener criada!, me decía, y no entendía nada de nada.

En esas ocasiones pensaba en la familia del tío Mátyás. Dormían siete en una sola habitación, porque tenían que alquilar la cocina, que hacía las veces de dormitorio, a un tipo que les pagaba cuatro pengos al mes, los cuales constituían el único ingreso fijo de la familia. Comían —si podían— lo que los niños lograban robar, porque el tío Mátyás no sabía de esas cosas; de hecho solo sabía trabajar, pero no encontraba empleo pese a ser un hombre grandote, fuerte como un buey y de buen corazón, como el oso de los cuentos infantiles. Cuando llegué a Budapest, aún era de las personas que más ganaban en la casa; vivían suntuosamente en un piso —cocina y una habitación— que daba a la calle, en la primera planta.

El tío Mátyás era tornero, un obrero experto y fiable. No bebía, no jugaba a las cartas, no era mujeriego, los sábados por la tarde llevaba a casa todo lo que había ganado durante la semana y los domingos por la mañana nunca faltaba a misa. Pero año y medio atrás habían hecho ajustes de plantilla en la fábrica donde trabajaba, y en ese año y medio el cabello negro azabache del tío

Mátyás encaneció. No encontraba trabajo, su esposa tampoco, y sus hijos aún estaban en edad escolar. Del primer piso se trasladaron al sótano y ya no solo iba a misa los domingos, sino que también tenía tiempo para hacerlo los días laborables. Pero las autoridades celestiales no estaban por la labor de escuchar sus oraciones diarias. Seguían sin proporcionarle trabajo al padre de familia, no caía maná por la ventana del sótano y —al contrario de lo que sucede con los lirios del campo— la divina providencia tampoco se ocupaba de sus vestimentas. El tío Mátyás sabía que su joven esposa se acostaba con el portero por el alquiler; al parecer, la mujer siempre se lo advertía de antemano, porque en aquellas ocasiones el tío Mátyás salía de casa, y la mayoría de las veces se llevaba a sus cinco hijos a la iglesia. En la finca todos sabían lo que sucedía en aquel piso durante la misa; los niños, siguiendo su costumbre, espiaban al portero y comprobaban con el despertador «cuánto tardaba». Al final los hijos del tío Mátyás le tenían tanto miedo a los comentarios de los otros niños que no se atrevían a asomarse, vivían escondidos en el sótano, como ratas perseguidas. ¿Cómo se sentiría el tío Mátyás?

«Esa gente lo tiene fácil», decía la clase media al referirse a «las capas sociales más bajas», y lo decían mucho. «Tampoco tienen tantas necesidades».

Así pensaban sobre «las capas más bajas» y así las trataban. Los jueces, la mayoría de extracción social media, se mostraban despiadados con los pobres. No perdonaban ni a los niños que robaban pan por hambre. «Hay que escarmentarlos» era su principio. Tales ideas eran las que los ilustres jueces escogían de la montaña de basura que era el sistema judicial húngaro.

No obstante, los señores se olvidaban rápidamente de su honra si en su propia casa faltaba el pan. Entonces esgrimían el argumento de que su sueldo era escaso. Y claro, era cierto, pero aun así era mucho más alto que el de las clases bajas; tres o cuatro familias proletarias podrían vivir perfectamente con uno solo de esos sueldos.

La «clase media señorial», que en nombre de la moral cristiana trataba a los pobres con tan poca piedad, se pervirtió con mayor rapidez que «las capas sociales más bajas» tan denostadas en cuanto también se vio en problemas. Los periódicos estaban llenos de noticias sobre abusos, fraudes y desfalcos, y eso que, tratándose de señores, los periódicos preferían ocultar tales asuntos mientras fuera posible. Por aquella época, en Hungría casi todo el mundo estaba en venta; si no se podía comprar a alguien con dinero, entonces era con un buen cargo, un puesto en una junta directiva, un título, un rango o con promesas políticas. Ante tales ofertas, ya nadie se comportaba como un caballero.

Cerca del hotel había un local muy elegante cuya propietaria, atendiendo las demandas de los nuevos tiempos, se había especializado en la compraventa de mujeres. Solo mercadeaba con damas de alta cuna. De las otras no se ocupaba, a no ser que fueran actrices, y de renombre; en cualquier caso, las actrices eran otra historia. Nosotros, los botones, teníamos relaciones comerciales —por decirlo de alguna manera— con ella. Si un extranjero rico, con discreción, se mostraba interesado, lo mandábamos al distinguido local, de donde salía, por lo general, sumamente satisfecho. Me acuerdo de que, en una ocasión, un caballero inglés dijo chasqueando la lengua:

—*It's unique*!

Sin duda lo era. Las formas se mantenían de un modo impecable; una parte de los clientes ni siquiera estaba al tanto de lo que se cocía en el local. Fanny, la propietaria, a la que todo el mundo llamaba por su nombre de pila, conducía de vez en cuando a una dama que llegaba con retraso a la mesa de un caballero que la aguardaba, tal como era costumbre hacer con las señoras que no habían podido acudir con puntualidad a la cita. Eso y nada más. ¿Qué había de reprochable en ello? Los modales eran exquisitos y reservados, las parejas conversaban sobre teatro y literatura, intercambiaban informaciones sobre la vida de sociedad, se tomaban unos cócteles y luego se iban.

En el local nunca sucedía nada extraordinario. Fanny velaba celosamente por la reputación de su negocio, no toleraba ningún tipo de exceso. Además, tampoco tenía género almacenado, solo trabajaba por encargo, como los sastres de renombre. La clientela consistía sobre todo de aristócratas, banqueros, políticos y magnates, que al saborear un cóctel le preguntaban si tal o cual señorita ya estaba disponible. Lo preguntaban así, si ya estaba disponible, porque siendo hombres de gran experiencia sabían que la moral era como la fruta: había que darle tiempo. Entonces Fanny hacía sus pesquisas. Conocía a fondo los frutales de la ciudad, tenía excelentes contactos. Las damas más distinguidas acudían en automóvil, como los bomberos, y luego, por la noche y ya en casa, no tenían reparos en tildar a la criada de ramera si volvía después de las diez en su día libre, porque seguían teniendo criadas y seguían sin considerarlas seres humanos.

Sí, seguía habiendo criadas y perros en las casas, y el perro vivía mejor. La criada no podía comer de lo que ella misma preparaba para los señores, se le daba comida de criada, y mejor será no hablar de cómo era. En la mayoría de las casas tenía que levantarse a las seis de la madrugada, y si había invitados hasta las seis de la mañana del día siguiente, entonces debía estar al pie del cañón hasta esa hora. No tenía día de descanso, solo podía salir los domingos por la tarde, y se le exigía que volviera antes de que cerraran el portal. Tenía que besarle las manos al ama, y al amo también en otros sitios. Los hijos más creciditos la visitaban por las noches, lo que en la mayoría de las casas se toleraba tácitamente, y en los tiempos más difíciles incluso se llegaba a exigir que sirviera a la familia en ese aspecto. A sus superiores les gustaba llamarlas enemigas a sueldo y aún después de veinte años de servicio estaban convencidos de que si la doméstica no había robado era por no haber tenido la oportunidad. Los armarios se cerraban con llave, incluida la alacena, y si surgía cualquier sospecha, se la cacheaba, porque en virtud de la ley sobre criadas —incluso había una ley expresa para ellas— tenían derecho a hacerlo. Por si fuera

poco, muchas veces no le pagaban el sueldo, y si la muchacha se atrevía a abrir la boca venía la bronca, la llamaban bestia y comunista, y si con ello no bastaba le pegaban. La clase media, que tan orgullosa se sentía de su moral cristiana, lo consideraba un trato normal; es más, estaba sólidamente convencida de que era la criada la que debía estarles agradecida.

Seguían considerando a los campesinos y obreros como animales domésticos creados por Dios para su servicio. Pensaban en los días del comunismo como en la época previa a la doma de un potrillo y ni se les pasaba por la cabeza preguntarse si había sido casualidad o no que la revolución comunista triunfara precisamente en su país. Seguían sin ocuparse de los problemas de los pobres y seguían sin aprender de sus propios errores. Era un tiempo en que el gran capital ya los había desplumado por completo, y aun así lo seguían apoyando políticamente, además de votar solo a quienes destacaran por desollar al pueblo con más fiabilidad. Siempre habían sido abiertamente reaccionarios, y ahora que veían agravarse su situación, optaron por desplazarse aún más a la derecha. Esperaban que la salvación llegara de la mano de una variante húngara y señorial del fascismo; recelaron de Hitler por algún tiempo, pero solo debido a que su partido incluía la denominación de *Arbeiterpartei*, o sea, Partido Obrero. Más adelante, cuando se fundó el Partido Nazi húngaro, eliminaron la palabreja, ya que —según decían— algún límite había que trazar. Los tiempos pueden cambiar, pero la ley de Dios es eterna: el obrero sigue siendo un perro bajo Hitler, pero los señores mantienen su condición de señores incluso en el infierno.

El cajista y su esposa no eran señores. Formaban parte de aquellas capas sociales más bajas que no tenían necesidades pero curiosamente necesitaban comer. Todas las mañanas se iban a la ciudad en bicicleta y peregrinaban de una agencia de empleo a otra, pero su situación no mejoraba: tan solo les sirvió para desgastar los neumáticos. Llegó el día en que ya no los pudieron arreglar y, como

no tenían dinero para comprarse unos nuevos y tampoco soportaban el hambre, se vieron obligados a venderla. Se comieron el precio de la bicicleta en cuestión de días y ahí se quedaron: hambrientos, sin dinero para el tranvía y a tres horas del centro de Budapest. Si con el estómago vacío tampoco es que se pase muy bien sentado en casa, mucho peor es caminar seis horas al día para ir a la ciudad y volver. El cajista se iba andando cada día, ya que las autoridades del cielo también habían dado alma a los cajistas, y esta, al parecer, era incapaz de resignarse a que fueran los señores en vez del Señor los que pusieran punto final a su vida terrenal. El alma se empeñaba en vivir, en perpetuarse en pequeños Árpáds, pero los dioses, lamentablemente, lo habían encerrado en un cuerpo humano que no soportaba caminar seis horas al día con el estómago vacío. Al parecer, para ello hacía falta tener a un progenitor como Miguelindo y no a un minero de Salgótarján que le había dejado en herencia la tisis como si de un título de conde se tratara.

Una mañana Árpád no pudo levantarse de la cama. Mári vendió los pocos muebles que les quedaban pero solo le alcanzó para alimentar a su marido durante una semana. Entonces tuvo que vender la cama y claro, donde no hay cama, no puede haber enfermo postrado en ella: Árpád se levantó y se vistió, pero no volvió a ir a la ciudad. Hasta entonces había ido en vano, pero al menos por la noche podía decirle a su esposa:

—Tal vez mañana.

Ahora ni eso. Se pasaba el día callado, sentado junto a la ventana donde tiempo atrás habían colocado el cochecito del niño, contemplando a los transeúntes con la mirada perdida de los ciegos.

La primera vez que escupió sangre, Mári fue corriendo a contárselo entre lloros a mi madre. Debía de tener terribles remordimientos de conciencia, pues oí a través de la puerta cómo se culpaba. Estuvo dos semanas enteras sin comer nada, todo se lo daba a su marido enfermo. Mári era buena persona, pero los dioses, lamentablemente, también habían encerrado su alma en un cuerpo

humano, que reacciona de manera sorprendente si no prueba bocado en dos semanas. La tercera semana le dijo a Árpád que era un cochino holgazán, y luego se echó a llorar, reconoció su error y le pidió perdón, pero al cabo de unos días le estaba diciendo cosas aún peores. Como no podía acusarse a sí misma de su desgracia ni, siendo una católica devota, tampoco podía culpar a la Santísima Trinidad, no le quedaba otra salida que cargar las tintas sobre el pobre Árpád, porque el ser humano siempre necesita un chivo expiatorio.

Me acuerdo de una de sus discusiones. Un día en que libré fui a visitar a Árpád y lo que vi me chocó tanto que me quedé mudo durante minutos. En realidad no fue Árpád quien me descolocó, ya que a él lo veía todos los días sentado junto a la ventana, sino la habitación, que hacía meses que no pisaba. Estaba completamente vacía. Solo había dos maletas y una caja de madera tosca que hacía las veces de mesa. En las paredes solo se veían manchas claras, señal de que allí había habido cuadros, muebles y vida. Se veía dónde habían estado el espejo de marco dorado, las camas, el armario, el sofá. Aquellos claros en las paredes destacaban como lápidas en una cripta desolada.

Mári se percató de mi conmoción y echó a llorar.

—Si al menos tuviéramos un hijo —sollozó—. Si al menos tuviéramos un hijo.

—Sí —dijo Árpád—. Ahora podría morirse de hambre igual que nosotros.

Yo era del mismo parecer, pero Mári no. Lo fulminó con la mirada.

—Entonces sabría al menos por qué paso hambre —gritó, y en sus ojos ardió un odio irracional.

Árpád no respondió. ¿Qué podía contestarle? Parpadeaba pálido tras sus gruesas lentes que aumentaban pavorosamente sus ojos enrojecidos. Empezó a toser, se tapó la boca con el pañuelo y antes de guardarlo en el bolsillo le echó una breve mirada. Nadie dijo nada, en la habitación pesaba el silencio.

Mári volvió a llorar. Entonces Árpád se le acercó torpemente, le acarició la cabeza con timidez y, como si contestara a las disculpas reprimidas por su esposa, dijo en voz baja:

—Es que tienes hambre. Eso es todo.

No, no resultaba fácil odiar a Árpád, pero, como dicen los campesinos, Dios pone el conejo, pero también el matorral, y al final surgieron motivos para el odio. Árpád empezó a salir de noche. Primero salía muy de vez en cuando, luego cada vez con mayor frecuencia, y finalmente cada noche. Entonces ya no se dirigían la palabra, a lo sumo se insultaban. Cuando Mári le preguntaba entre taco y taco dónde había estado por la noche, Árpád se limitaba a contestarle:

—Tenía cosas que hacer.

—Y no dice nada más —se quejaba Mári a mi madre—. Se queda ahí, junto a la ventana, y no vuelve a abrir la boca.

En el edificio, donde todos sabían lo que hacían los demás, las misteriosas andanzas nocturnas de Árpád se convirtieron en tema de conversación. Hasta entonces había sido un hombre de conducta impecable, el ejemplo a seguir, las esposas infelices lo consideraban el marido modélico. De Mári se habían distanciado hacía tiempo porque se había vuelto una mujer malhablada, había partido peras con la mitad del edificio, pero a Árpád lo seguían queriendo, se compadecían de él y no entendían qué culpa tenía. ¿Bebía? No, nunca le habían visto volver borracho y además sabían que no le gustaba la bebida. ¿Jugaba a las cartas? Qué va. ¿De dónde iba a sacar dinero para jugar? ¿Tenía una amante? Eso parecía lo más viable, pero nadie se lo quería creer. ¿Árpád y las mujeres? No, qué va. Nadie se lo podía imaginar. Pero ¿dónde iría entonces todas las noches?

—Tal vez trabaje —dije una vez en un grupo que se había congregado para chismorrear un poco, porque quería evitar que hablaran mal de él.

—Su mujer lo sabría —respondió Rózsi, y no encontré argumentos para refutarla.

Entonces un carretero tuerto se sacó la pipa de la boca y dijo:

—Tal vez sea un trabajo que…

De pronto se calló. El carretero era una buena persona, no quería comprometer a Árpád; me di cuenta de que se arrepentía de haber empezado a hablar. Pero Rózsi, dispuesta a vender el alma por un buen chisme, se lanzó sobre el comentario como un ave de rapiña.

—Bien puede ser —dijo con entusiasmo—. Al fin y al cabo es cajista.

Y nos miró como diciendo: ya me entendéis.

—¡Imposible! —opuse con rabia, pero debo admitir que la sospecha también había echado sus raíces en mi alma.

«Algo de dinero sí que deben de tener —pensé—, porque aunque pasen hambre van pagando el alquiler». Pero pronto me enteré de que Árpád no se dedicaba a imprimir fotografías prohibidas o dinero falso, y que en general no hacía nada para llegar a fin de mes.

Una tarde, a eso de las seis, me despertó el ruido de la puerta abriéndose, y acto seguido oí la voz de Mári en la cocina.

—Ya sé qué hace ese sinvergüenza.

—Chitón —le advirtió mi madre—, que Béla sigue durmiendo.

Mári bajó la voz, pero lo que contó dejó a mi madre tan nerviosa que fue ella quien se olvidó de moderar el volumen.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó casi en un grito.

Mári se quedó un rato callada y luego salió con un:

—Lo he oído.

Mi madre ya no preguntó a quién se lo había oído; en nuestra casa no se hacían interrogatorios. Si alguien quería contar algo, nada se lo impedía, y si no quería, ¿para qué preguntárselo? Agucé el oído.

—¿Qué te parece? —volví a oír la voz de Mári.

—No me lo creo —dijo mi madre.

—¿Cómo que no? —protestó Mári.

—Pues no, no me lo creo —repitió mi madre—. Árpád siempre ha sido socialdemócrata.

—Lo era. —Mári enfatizó la forma del pasado—. Ahora los critica. Dice que han vendido al proletariado a Horthy.

—Pero eso lo dicen también otros —contestó mi madre—. Los hombres dicen muchas cosas si les sobra tiempo. ¿Qué significa eso? Nada. No son más que chismes, tonterías que cuentan las viejas. ¿Cómo que hace trabajo clandestino?

—Que es camionista. Que se ha metido a camionista.

—En Hungría no hay partido camionista.

—Por eso precisamente están en la clandestinidad.

—Entonces, ¿cómo pudieron verle?

—Lo vieron y punto.

—Habrán visto que trabaja para el partido; seguro que el rumor ha surgido de ahí. Lo que ocurre es que colabora con el Partido Socialdemócrata, siempre lo ha hecho. Antes pasaba mucho tiempo en la asociación, seguro que ahora también va allí.

—¿Toda la noche?

—Antes, cuando había reunión, volvía después de que cerraran abajo. Ahora no tiene dinero para pagarle al portero, ¿cómo va venir a casa? Seguro que duerme en el portal.

—¡Y un diablo que duerme! —gruñó Mári—. Se ha juntado con los rojos. Me lo dijo uno que lo sabe seguro.

—Pues qué bien —refunfuñó mi madre—. Yo también sé unas cuantas cosas. Sé por ejemplo que Árpád siempre había sido una persona decente, ¿cómo iba a ser camionista?

—Ahora ya no es una persona decente.

—No hables mal de él —la reprendió mi madre—. Es pecado hablar así del hombre tan bueno que te dio el Señor. Antes no parabas de alabarlo y ahora no haces más que echar pestes de él. ¿Por qué? Tú duermes con la misma persona que antes. Árpád no ha cambiado, eres tú quien ha cambiado.

—¿Solo yo? —estalló Mári—. Yo soy la única culpable, ¿verdad? ¿Que yo echo pestes y hago caso a los chismes de las viejas? ¿No

te creerás que todo me lo he sacado de la manga? Por si lo quieres saber, me lo ha dicho el portero.

—¿El portero…?

Mi madre pronunció la palabra con extraño énfasis. De pronto se hizo un silencio en la cocina.

—¿Cómo lo puede saber ese maldito alemán? —le espetó mi madre al cabo de un tiempo.

—Lo sabe —aseguró Mári—. Se entera de todo. Si sucede algo en Újpest, la pasma le pregunta a él. Tuvo el gesto de decírmelo cuando la pasma le hubiera pagado por la información. Es absurdo que le insultes, él me quiere bien.

—¡Claro! —dijo mi madre con retintín—. Quiere bien a cualquiera que lleve faldas y le dé lo que él pide. Pobres desgraciadas. —La voz de mi madre cambió súbitamente—. Dime, Mári, ¿es verdad que has ido al cine con él?

—¿Yo? —estalló—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Lo dicen por ahí.

—¿Tú también me vienes con eso? —La voz de Mári se cortó, oí que lloraba—. ¿Solo porque una vez me fui al cine con él?

Mi madre no contestó. Mári dijo entre sollozos:

—¡Malditos sean todos los judíos!

Al parecer mi madre entendía tan poco como yo la relación entre los judíos, el portero y el cine.

—¿Qué tienes contra ellos? —preguntó.

—Tienen la culpa de todo —sollozó Mári—. Ellos son los que llenan de pájaros la cabeza de los pobres parados. Fíjate en lo que hacen con ellos: los convierten en delincuentes o camionistas. Y a los muy asquerosos les pagan por ello desde Rusia. ¡Que se vayan al cuerno! —gritó y siguió echando pestes de los judíos.

El poder del portero aumentaba a la par que la miseria de los inquilinos. En la periferia seguía habiendo escasez de vivienda, la gente vivía hacinada en horribles casas de vecindad y, si quedaba algún apartamento libre, desde luego no se lo alquilaban a los

parados. Estos se quedaban sin más en la calle cuando los desalojaban y tenían que buscarse la vida. Los mayores se dedicaban a mendigar, los más jóvenes, a hurtar, y a todos les llegaba el momento en que el hambre les obligaba a caer aún más bajo. A cambio de una cena, chicas de catorce años de edad se iban al Mauthner y chicos de dieciséis agredían al primer transeúnte bien vestido que encontraban. El gobierno pensaba de los desempleados lo que piensa la gente del campo de los lobos hambrientos que en el frío invierno rondan alrededor de los pueblos. El subsidio del paro brillaba por su ausencia, el número de policías no hacía más que incrementarían y advertían a la población que evitara a los mendigos. Finalmente nadie se atrevía abrirles la puerta, se les tenía miedo, los echaban de todos los sitios. Se convirtieron en los leprosos de la ciudad, a los que todos rehuían horrorizados. Su siguiente morada era la cárcel, el burdel, el hospital o el cementerio, y los que querían llegar al hoyo saltándose las estaciones intermedias recurrían a la lejía cuando recibían la comunicación de desahucio.

Del portero dependía la entrega de dicha notificación, y los inquilinos lo sabían. Le tenían un miedo mortal y, para poder seguir en su miserable apartamento, que mal que bien mantenía unida a la familia, renunciaban incluso a los últimos restos de dignidad humana. Sospecho que por aquel entonces el tío Mátyás no era ya el único que se marchaba de casa cuando el portero se disponía a negociar el alquiler, y sé —al igual que lo sabía todo el mundo— que mi madre no era la única persona que le hacía trabajos gratis.

Él no obligaba a nadie. Dios le librase. Se limitaba a pedir favores de amigo. Al relojero que estaba sin trabajo le decía:

—Jóska, como no tiene nada mejor que hacer, podría arreglarme este reloj. Es de un conocido mío que anda mal de dinero, se trata de un favor de amigo.

Evidentemente, nadie se atrevía a negar estos «pequeños favores de amigo». El viejo relojero le arreglaba el reloj, el mecánico le arreglaba la radio, el hojalatero le arreglaba la tina, el tapicero le

tapizaba el sofá, y el carpintero le hacía cunas o ataúdes, según lo que hiciera falta. El portero tenía infinidad de amigos y conocidos; al final, la mitad del vecindario trabajaba para él. Sabían, cómo no, que el portero se quedaba con las ganancias, pero también sabían que había notificaciones de desahucio y nadie en su sano juicio habría declinado un «pequeño favor de amigo».

Solo el tío Gábor se atrevió a decirle que no, pero tampoco andaba muy bien de la cabeza. La miseria creciente acabó volviendo loco al singular profeta de los féretros alegres. Siempre había sido un chiflado, según decían en casa, pero antes apenas se le notaba mientras no hablara de sus féretros. Cierto es que sus desatinos antisemitas y militaristas también eran bastante locos, pero no llamaban la atención de nadie, pues en realidad no resultaban más descabelladas que los editoriales de los periódicos de la derecha, que supuestamente escribían personas en pleno poder de sus facultades mentales. Además, a todos les complacía su manía por el orden. Admiraban las escrupulosas simetrías con que se rodeaba y ni se les ocurría pensar que se tratase de una manifestación de delirio. Estaban encantados con su casa, la más ordenada de todas las casas habidas y por haber. Siempre la estaba limpiando, siempre la estaba reparando. En cuanto descubría un arañazo en un mueble, iba en busca del cepillo, se ponía nervioso si encontraba una motita de polvo y regañaba a sus inquilinas si movían las sillas de aquellos cuatro círculos con los colores nacionales que indicaban la posición de las mismas sobre el suelo. Cuidaba con gran esmero de su aspecto, he visto pocos ancianos más limpios, ordenados y atractivos que él.

—Está un poco tocado del ala —decían los vecinos del edificio, pero en el fondo lo tomaban en serio, y solo descubrieron que estaba loco cuando su manía por el orden pasó al extremo opuesto.

Un día anunció que se jubilaba y a partir de entonces dejó de lavarse. Tampoco siguió limpiando la casa, que fue invadida por arañas, chinches y cucarachas. Él también iba mugriento y andrajoso. Dejó de afeitarse, su barba blanca de profeta le llegó al

pecho, el pelo le cubrió los hombros y los bigotes llenos de baba le taparon los labios. Su mirada se perdió, empezó a babear como los bebés. Encerró su ataúd en una enorme caja negra, «no sea que la competencia lo copie», y con ello puso punto final a su actividad creadora. Nunca más cogió el cepillo ni el martillo. Se pasaba el día sentado ante la puerta de su piso, sin hacer nada, observando la puerta del edificio como a la espera de alguien. Las pocas veces que bajaba a dar un paseo por el patio les dejaba dicho a los vecinos dónde estaría, y preguntaba varias veces desde abajo si no le había ido a ver nadie. Siempre caminaba junto al muro, lenta y cautelosamente, casi pegado a él, y ponía muchísimo cuidado en pisar siempre uno de cada tres adoquines. Si se equivocaba, retrocedía en el acto y, para regocijo de los niños, volvía a ejecutar la operación.

Sári, Böske y Borcsa seguían viviendo en su casa, y le pagaban lo suficiente para cubrir el alquiler. Dejó de ocuparse de lo demás. Áron, el sabatario, le suministraba la comida; aparecía dos veces al día en su piso y le llevaba algo para comer. No es que ganara un sueldo fabuloso, solo cobraba diez pengos al mes como vigilante nocturno, pero a su amigo le parecía lo más natural del mundo que lo alimentara. Ni siquiera se mostraba agradecido, todo lo contrario. Trataba al sabatario como a un criado, lo regañaba, sentía envidia por lo que él comía, le quitaba su parte. Comía muchísimo. Tragaba la comida con ansia, sin masticarla, el rostro se le ponía morado al tragar, su frente sudaba. Fue el único inquilino que ganó peso. Engordó de una forma extraña, parecía una esponja llena de agua: se había hinchado y, sin embargo, estaba flácido. No hablaba con nadie, apenas le decía algo a Áron y si el portero pasaba a su lado, le gritaba:

—Debería saludarme porque soy mayor que usted, maldito alemán.

Creo que el portero no lo echó porque tampoco se atrevía a meterse con el sabatario. Una persona que se enfrenta a una gran empresa y logra obstaculizar la demolición de un edificio podía ser

capaz de muchas otras cosas. Ese debía de ser su razonamiento. Además, el comportamiento del tío Gábor no mermaba su prestigio; más bien demostraba que solo se atrevía a llevarle la contraria un loco.

No, el portero no era tonto. Se enriquecía a ojos vistas y cuanto más se enriquecía, tanto más tacaño se volvía. Se resistía a comprarle leche a su esposa, y eso que por entonces aquella tísica ya se estaba muriendo. Comía bien poco, pero al portero hasta eso le parecía demasiado; sin duda alguna temía que la leche le diera fuerzas. Antes había esperado la muerte de su esposa como el premio de la lotería, pero ahora que el final parecía inminente se impacientaba como los viajeros en el último tramo del camino.

Una vez que no estaba en casa, su mujer se puso mala y uno de los inquilinos llamó al médico. Este le dijo que tenía que alimentarse mejor, que todos los días se tomara al menos un litro de leche y le prescribió una larga lista de medicamentos. El portero pagó al galeno a regañadientes, pero no accedió a comprar los medicamentos. El asunto desembocó en una terrible riña que congregó a la mitad de los vecinos.

—Si no muero es porque no quiero —chillaba la mujer—. Te sobreviviré, asqueroso alemán.

—No sobrevivirás ni a los piojos que tienes en la cabeza —respondió amablemente el portero, que a partir de ese día renunció al café con leche para que su esposa no pudiera beber leche.

Sin embargo, ella lograba engañarlo. Tampoco era un ángel, llevaba años robándole dinero a su marido. Tenía quinientos pengos o más, si no me equivoco; los encontramos escondidos en el colchón después de su muerte. Con este dinero empezó a alimentarse. Cuando su marido salía de casa, se arrastraba hasta la puerta de entrada y le pedía a alguna vecina que pasaba por allí que le hiciera la compra. Mári fue la primera a quien cogió confianza. Mári cumplía sus encargos, pero el único problema era que a la hora de saldar las cuentas siempre le restaba el precio de dos litros de leche en vez de uno.

—¿Dónde está el segundo litro? —preguntaba entonces la portera.

—En el estómago del pequeño Mózes —respondía Mári, y miraba fijamente a los ojos de la mujer.

El pequeño en cuestión era, en lo que a su ocupación se refiere, un niño de pecho. Tendría entonces unos tres o cuatro meses y, pese a pertenecer a las «capas sociales más bajas», insistía en alimentarse con leche. Era el hijo del cerrajero, de aquel cerrajero joven que según la leyenda había jugado a las cartas con el vigilante del aserradero mientras su esposa se llevaba a casa toda la madera necesaria para que el tío Gábor les hiciera el mobiliario. De no ser tan precavidos sus padres, el pequeño Mózes hubiera nacido en el suelo en vez de la cama, porque la familia no había prosperado. El suntuoso nombre de Mózes lo había heredado de su padre, que se llamaba Mózes y que a su vez también lo había heredado del suyo, porque eran székely[3] de Transilvania, donde era muy común. No obstante, al pequeño Mózes de poco le sirvió el nombre bíblico. Pese al nombre, su padre, el Mózes grande, no estaba dotado para hacer manar agua de las rocas, lo que de todas formas al pequeño de poco le hubiera servido. Lo que él quería era leche y le daban ataques de ira si no se la daban. No podía alimentarse con la leche de su madre, cuyos pechos se habían secado de tanto pasar hambre, y la leche de vaca costaba dinero; claro, si la cerrajera no comía era precisamente por no tener dinero. En una ocasión el pequeño Mózes pasó nada menos que veinticuatro horas chillando sin parar y su madre estuvo a punto de estrangularlo. Si no lo hizo fue por pura casualidad. Su marido había salido corriendo de casa porque no podía soportar más los chillidos de su hijo, pero en la calle de pronto se acordó de que se había dejado la llave en casa y volvió a por ella. Gracias a eso, el pequeño Mózes pudo seguir pasando hambre.

Por muy raro que suene, la cerrajera era una madraza, se desvivía por su hijo. Lo malo era que el niño chillaba día y noche, y la madre era consciente de que no era cerveza lo que exigía con

tanta insistencia. Quien no puede dar de comer a su hijo es capaz de muchas cosas, de casi todo. El que no se lo crea que haga la prueba.

El caso del pequeño Mózes enterneció sobremanera a las mujeres del edificio, sobre todo a las más jóvenes. Hacía mucho tiempo que no había nacido ningún niño en la casa y había muchas mujeres que llevaban años deseando tener hijos. Era una desgracia quedarse embarazada, y a quien a pesar de todo le sucedía iba a toda prisa a ver a la tía Máli, que vivía en la primera planta; la tía Máli mataba niños a crédito. Sabían muy bien que no se lo podían permitir y parece que ello confería una belleza adicional a la maternidad. La tía Máli les vaciaba el útero, pero parecía como si sus almas siguieran encinta. El instinto, imposible de abortar, las hinchaba y les dolía, como los senos de una mujer cuya leche el bebé no mama. Necesitaban sentirse madres, y el único bebé de la casa era el pequeño Mózes. En él convergían todo el amor y toda la ternura que la naturaleza habría proporcionado a sus vecinos nonatos. Si su madre lo sacaba a la galería a tomar el aire, las jóvenes salían de sus oscuras viviendas como el oso cuando siente el aliento de la primavera. Se congregaban alrededor de la vieja caja de jabón —que en casa del cerrajero hacía de cuna—, y parecían esperar algo. La cerrajera, al parecer, sabía qué pensaban, porque de vez en cuando le decía a alguna:

—¿Por qué no lo mece? ¿Es que no se da cuenta con qué ojos la está mirando? ¿A qué espera?

¡Qué cambios operaban en ellas esas palabras! Sus rostros demacrados se llenaban de belleza, sus rasgos duros se alisaban, sus miradas se volvían dulces y cálidas como la leche materna.

Duérmete niño,
tu madre te mece,
cencerrea el corderito
de camino al pesebre.

Les cambiaba hasta la voz. Piaban como pajaritos, y con sus ávidos picos picoteaban las migajas de la dura maternidad de la

cerrajera. Si tenían leche, preferían reservarla para el pequeño Mózes. Era solo leche desnatada, pero ellas le llevaban aquel aguachirle grisáceo como si fuera agua bendita. Caminaban por el pasillo presumidas, para que todos los vecinos vieran que el pequeño Mózes se tomaría la leche que ellas llevaban. Se arrodillaban ante la caja de jabón y miraban cómo el bebé se bebía resoplando la leche aguada; parecía que estuvieran ante un altar.

La portera no tenía pensamientos tan tiernos. Era tacaña, igual que su marido, solo pensaba en su propia panza. Echaba pestes del pequeño Mózes, lo maldecía, pero eso al niño no le hacía el menor efecto, ni siquiera le causaba diarrea. Se tragaba la leche con ganas y Mári se reía de las protestas de la mujer con cara de rábano.

—Si no le gusta —decía con sorna—, preséntele las quejas a su marido.

La portera no la delató, pero al día siguiente probó suerte con Rózsi. No le dio mejor resultado. Rózsi también le restó el precio de dos litros de leche en vez de uno y, cuando la portera le preguntó dónde estaba el segundo litro, contestó lo mismo que Mári:

—En el estómago del pequeño Mózes.

Así sobrevivió el pequeño Mózes y así malvivían los vecinos de la casa. Lo maravilloso era que estos parias miserables, que vivían como animales, que a veces no tenían ni para comprarse pan, la mayoría de las veces se las ingeniaban de alguna forma para pagar el alquiler. En ocasiones acumulaban deudas durante meses, pero —si entretanto no los habían echado— al final conseguían reunir el dinero. ¿De dónde? ¿Cómo? No tengo ni idea. Lo único que sé es que cada vez más a menudo me despertaban unos golpes en la puerta y un niño advirtiéndole a mi madre:

—Oiga, que viene el ¡Eh!

Sabían que aquello no iba con mi madre, o al menos que hasta entonces había quedado al margen, pero por si las moscas también llamaban a su puerta. ¿Quién sabe? Con los tiempos que corren…

En el edificio no vivían rateros ni ladrones profesionales. Los vecinos eran obreros, casi todos personas honradas, lo que sucede

es que hasta el más honesto se harta de la honra al ver a sus hijos pasar hambre durante meses. El llanto de los niños es más potente que la voz de la conciencia: tan fuerte que instiga a huir, y se huye donde se puede. Si hacía falta hurtar, lo hacían con humildad y escasa maestría. Eran ladrones poco hábiles, pero no era eso lo único que les planteaba dificultades. Los aficionados de mala gana a tales actividades solo salían a robar de noche, pero como el portal se cerraba a las diez y no se abría hasta las cinco, el portero se enteraba de quién salía y quién entraba a aquellas horas, y de todo ello daba parte a la policía. Si sucedía algo por los alrededores, la policía se lanzaba primero sobre esas personas, lo que hacía bastante arriesgadas las excursiones nocturnas.

Fue así como se puso de moda la ventana del sótano. En la casa vivía una anciana a la que todo el mundo llamaba tía Samu porque el nombre de su marido era tío Samu. Era una mujer muy pícara. Se inclinaba sobre el bastón como si buscara el último clavo de su ataúd, pero en realidad lo que le interesaba era la felicidad terrenal y no paraba de idear argucias. En invierno asaba castañas ante la estación de Nyugati, en verano vendía fruta con un carrito de dos ruedas y, entretanto, siempre inventaba nuevos negocios de los que la gente de la casa solo hablaba en susurros. Un día le pidió a Árpád que le escribiera una carta a la Caja de Ahorros y por eso supimos que tenía ahorrados doscientos pengos. Aun así mandaba a mendigar a su marido ciego y solo se atrevía a guisar de noche, cuando ya todos dormían, porque temía que los vecinos la reprendieran por su riqueza.

Vivía en el sótano, y a través de su ventana resultaba fácil salir a la calle, por lo que un día le confió este detalle a los interesados. A partir de entonces, si alguien quería salir del edificio por la noche, llamaba a la puerta de la tía Samu y al día siguiente la pasma ya podía romperse la cabeza. Ella era una mujer muy creyente, pero no sacrificaba sus horas de sueño por amor al prójimo: cobraba el cincuenta por ciento, o sea que a la vuelta había que entregarle la mitad de lo robado. Los de la casa sí sabían quién salía y entraba a

través de la ventana de la tía Samu, pero no había policía que pudiera sonsacárselo. Los vecinos reñían entre ellos, pero cerraban filas en cuanto había que enfrentarse al mundo de los señores. La empresa de la tía Samu crecía y florecía, y con el paso del tiempo apenas hubo vecinos que no figuraran entre sus clientes.

Sí, Mári estaba en lo cierto, al final todos terminaban siendo o delincuentes o camionistas, y en Hungría ambos tenían prácticamente el mismo destino. Unos y otros terminaban dando con sus huesos en la cárcel, con la única diferencia de que al ladrón solo lo apresaban si robaba, mientras que a los camionistas también los metían en prisión si no lo eran. Si a alguien, estando borracho, se le ocurría cantar «La Internacional», lo procesaban inmediatamente por realizar actividades subversivas y hubo muchos inocentes que acabaron entre rejas porque algún malintencionado les acusó de ser comunistas. Aunque también hubo personas en nuestro edificio que sacaron provecho de lo del camionismo. Fue, por ejemplo, el caso del tío Mátyás.

Una noche, los cinco hijos del tío Mátyás se fueron a robar carbón. Un muchacho de la vecindad les había dicho que a medianoche llevarían carbón a la planta metalúrgica, lo que era bastante disparatado, pero los chiquillos se lo creyeron. No pudieron resistir la tentación, ya que la tía Samu daba medio kilo de pan a cambio de un cubo de carbón, y ellos llevaban el día entero sin probar bocado. Además, era invierno, hacía un frío que pelaba, y también tenían ganas de calentarse un poco junto a la estufa. Lo malo es que para robar carbón primero había que encontrarlo, y no aparecía por ninguna parte. Hambrientos, con los miembros entumecidos y completamente desalentados esperaron hasta las dos de la madrugada y luego volvieron a casa. Pero entonces sucedió algo prodigioso.

La puerta de la panadería de la esquina estaba abierta y no había nadie dentro. El viento abría y cerraba la puerta, y desde el oscuro interior les llegaba el olor del pan recién sacado del horno. Serían las dos y media, los chiquillos ya estaban aturdidos por el

hambre y el cansancio. Quizá fue por eso, o por la educación piadosa que les había dado el tío Mátyás, por lo que Andris, el menor de los hermanos, declararía entre lágrimas ante el tribunal de menores que pensaban que había ocurrido un milagro. Sin embargo, lo que realmente había sucedido era bastante más prosaico. El panadero había ido a la taberna y se le había olvidado echar la llave. La panadería daba al patio, pero también se podía llegar a la calle a través del establecimiento y el panadero había salido por allí para ahorrarse el dinero que debía pagarle al portero.

Los chiquillos no lo sabían. Era una noche blanca de Adviento, como las de los cuentos de Navidad. Nevaba, por la calle no pasaba nadie, la puerta de la panadería estaba abierta de par en par y dentro el pan recién horneado soltaba un aroma irresistible. Los chiquillos entraron y cada uno agarró un pan de dos kilos; se disponían a salir a toda prisa cuando se abrió la puerta y entró el panadero, que les quitó el pan y les dio a cambio una sonora bofetada a cada uno. Luego los encerró en el almacén donde guardaba la harina y volvió a la taberna a llamar a la policía.

El almacén se encontraba junto a los hornos donde se cocía el pan. A los niños hacía dos días que nadie les había dado absolutamente nada, con la salvedad de la bofetada del panadero y en ese estado un niño es capaz de muchas cosas, de casi todo. Yo no estuve allí, no sé cómo sucedió, pero el caso es que cuando el panadero volvió con el policía los hijos del muy devoto tío Mátyás estaban cantando «La Internacional» a voz en cuello:

¡Arriba, parias de la Tierra!
¡En pie, famélica legión…!

Lo primero que hizo el policía fue propinarle un bofetón a cada uno, luego agarró a los dos mayores por el cuello y a los menores les mandó que avanzaran delante de ellos. Los niños se pusieron en marcha muy obedientes y sin crear problemas. Hasta la tercera esquina. Allí, durante el día, se hacían obras en la calzada y los adoquines estaban amontonados junto a la acera. Los tres

hermanos menores agarraron un adoquín con cada mano y antes de que el policía pudiera reaccionar, un trozo de piedra cuadrada le dio en la frente. Del susto soltó a los dos mayores y los cinco pusieron pies en polvorosa. Corrieron como alma que lleva el diablo y llegaron a casa, pero ello no les sirvió de nada. El panadero los conocía, porque mientras habían podido pagar habían comprado el pan en su tienda, así que aquella misma noche apresaron a los chiquillos. Los metieron en el reformatorio de Aszód por «comportamiento comunista» y por «agredir a la autoridad», pese a que su edad —sumando la de todos— no llegaba a la del juez que los había condenado.

Para un burgués hubiera sido una enorme vergüenza; sin embargo, el tío Mátyás iba y venía por la casa como si le hubiera tocado la lotería.

—¿No les pegan? —le preguntó en una ocasión mi madre, porque todo el mundo sabía que en Aszód se maltrataba a los niños.

—Sí, les pegan —contestó el tío Mátyás—, pero también les dan de comer.

—Eso sí que es una suerte —reconoció mi madre—. ¿Están satisfechos los chiquillos?

—¡Qué va! —gruñó el tío Mátyás—. Estos críos aún no saben lo que es bueno. El otro día lograron mandarme a hurtadillas una carta tan llena de quejas que me da pena hasta leerla.

—¿Por las palizas?

—También —dijo el tío Mátyás—, pero eso solo lo mencionan de paso. Lo que echan en falta es la libertad.

—Claro —asintió mi madre—. Al fin y al cabo la libertad es lo más importante.

El tío Mátyás se sacó la pipa de la boca y lanzó un escupitajo.

—Libertad —gruñó entre dientes—. Lo primero que tiene que hacer uno es comer. Todo lo demás viene a continuación.

Aquel edificio hambriento se agazapaba en los confines de la ciudad como un perro apaleado. Servía al portero con el rabo entre las

patas y se cuadraba ante los señores. No se le oía, no soltaba palabra, no delataba a nadie. Solo rechinaba los dientes en la oscuridad de los miserables apartamentos; fuera, en las galerías, reinaba el silencio y el orden. La casa callaba; callaba tanto que a veces incluso se me ponía la piel de gallina.

Tengo un terrible recuerdo de aquella época. Una noche, poco antes de las elecciones, el portero habló a los inquilinos. Era un discurso electoral, violentamente patriótico y nacionalista, porque pese a ser de origen alemán el portero fue salvajemente húngaro hasta que Hitler le recordó que era alemán. Su salvaje nacionalismo húngaro consistía en hacer proselitismo a cambio de una suma razonable. Demostró, sin dejar un resquicio de duda, que los socialdemócratas eran judíos; los judíos, comunistas; y los comunistas, asesinos. Como consecuencia de ello, todo cristiano honrado y húngaro debía votar por el candidato del partido en el gobierno, un gran patriota húngaro con apellido alemán de quien hasta los niños sabían que era un gran desollador de obreros.

Nadie lo hubiera dicho, a tenor del aspecto de los inquilinos. La multitud congregada en el patio se asemejaba más a un conjunto escultórico mudo. Callaban y escuchaban con rostro inescrutable. Seguramente pensarían en nimiedades, como por ejemplo la manera de conseguir medio kilo de pan. En cambio, el portero hablaba de cosas grandiosas. En su discurso se refería a los horrores del dominio rojo, a los sangrientos ladrones judíos que habían encarcelado a los mejores hijos de la nación, entre ellos al candidato del gobierno. Aquel ilustre varón había pasado tres semanas sufriendo en la cárcel de los rojos y solo le habían dado de comer pan.

Algunos entonces esbozaron una sonrisa. Lo hicieron con cuidado, escondiéndose tras los que se encontraban delante de ellos; el portero no se percató de nada. Concluyó la arenga y volvió a su vivienda satisfecho con el resultado.

—¡Pobres ricos! —suspiró entonces Mózes, el cerrajero, y aquella fue la primera y la última vez que vi al edificio entero reírse.

Empezó con precaución. Apenas les salía sonido alguno por la garganta, reprimían aquel impulso que les hacía cosquillas. Pero en las escaleras una mujer ya no pudo más y rompió a reír. Nadie consiguió contenerse. La risa creció como un torrente, en las plantas superiores se desbordó de su lecho y la estridencia inundó las galerías. La casa no manifestaba su opinión, se limitaba a reírse, sin poder remediarlo. Los de extrema izquierda se habían ido para no tener que tomar parte en el encuentro, de manera que no eran ellos quienes reían y eso precisamente era lo más alarmante de aquella risa. No se trataba de una risa política, ni de una risa irónica. Surgía de las profundidades y llegaba hasta las mismísimas profundidades. Era una risa que daba miedo.

—¡Pobres ricos! —volvió a susurrar alguien, y la casa, que ya estaba a punto de apaciguarse, volvió a estallar en carcajadas.

Eran incapaces de parar. La risa, que se había iniciado con tanta precaución, degeneró a la media hora en una histeria colectiva. Nunca he visto nada parecido y nunca he oído nada similar. A la casa le dio un ataque de risa, en el sentido literal de la palabra. La gente se tambaleaba, chillaba, se golpeaba los muslos, extendía las manos hacia el prójimo, todos, enrojecidos y sudorosos como si les acechara un derrame cerebral. Los rostros se contorsionaron, adquirieron una expresión animal, en los cuellos se hincharon las arterias, se enrojecieron los ojos.

Esa risa me produjo escalofríos. Me acordé de las antiguas clases de historia, cuando estudiábamos la Revolución francesa y el señor maestro hablaba de los actos violentos cometidos por gentuza. Entonces no sentí más que desprecio por «la chusma francesa», pero ahora me imaginaba esas caras conocidas coronadas con gorros jacobinos y pensé: ¿cómo serían las casas de aquella gente? ¿Les podían dar leche a sus hijos? Y me pregunté si el tío Mátyás, el devoto tío Mátyás, también sería capaz de cometer tales atrocidades. ¿Y Árpád, el reservado Árpád? ¿Y Mózes, ese padre tan tierno? Y los demás padres y madres, ¿serían capaces de matar, de robar y de prenderle fuego al mundo? Miraba aquellas

caras conocidas como si las viera por primera vez, y de repente supe con toda certeza que sí serían capaces.

5

Desde que me había olvidado de soñar, mi existencia había quedado desprovista de rimas. No tenía sobre qué escribir, no tenía por lo que vivir. Algo se había paralizado en mi interior. Mis pensamientos eran incapaces de abandonar la cama de la señora, lo mejor de mí dormía a pierna suelta y no había nadie que lo despertara. Elemér dejó de buscarme y junto con él desaparecieron —casi por completo— los remordimientos de conciencia. Cuando me surgían, en momentos de miedo y soledad, pensaba en ellos igual que un ciego que recuerda los días en que aún podían dolerle los ojos. A mí ya no me dolían; ya nada me dolía. Estaba ciego.

La conciencia solo se me removía muy de vez en cuando al encontrarme con mi madre y ver cómo se deterioraba. Entonces me planteaba una y otra vez hablar con el Sabueso, pero cuando se presentaba en el bar, el miedo volvía a vencerme y no me atrevía a pedirle nada. Ese hombre me provocaba una repulsa visceral. En la mayoría de las ocasiones me esfumaba para no encontrármelo, pero hacía tiempo que no podía hacerlo, porque me había dado cuenta de que me observaba.

—Últimamente te veo muy ocupado —me dijo un día con un tono irritado—. ¿Adónde vas ahora?

—Tengo cosas que hacer —le contesté desconcertado.

—¿Algo urgente?

—N… no —tartamudeé.

—Entonces ven. Vamos a charlar un poco.

Siempre empezaba del mismo modo. Con un gesto de la mano, como un general llama al soldado raso, me llevaba a un rincón

apartado, hacía que me sentara, me ofrecía un cigarrillo y me decía «vamos a charlar un poco». No entendía por qué quería «charlar» precisamente conmigo, pero cuando me miraba con aquellos ojos amarillos que parpadeaban sin cesar siempre me daba la sensación de que él sí lo sabía. Tejía la conversación como una araña flaca y excitada; sentía que su objetivo era atraparme.

Una noche, cuando estaba solo en el bar, entró de improviso. Venía a toda prisa, como siempre, el eco de sus pasos nerviosos y precipitados resonaba en el recinto vacío, la prótesis emitía un extraño chirrido.

—¿Estás solo? —me preguntó en voz baja.

—Sí, señor —le dije desde lo alto de la escalera, porque estaba cambiando unas bombillas de la gran lámpara.

—Baja —musitó, y miró nervioso en dirección a la puerta.

Obedecí.

—¿Dónde está el maître? —inquirió.

—En la cocina —le contesté con creciente inquietud, porque se me acercó tanto que sentía hasta su aliento.

—Pídele permiso para irte —apuntó en un susurro—. Dile que te encuentras mal… —Hizo un ademán nervioso—. Dile lo que quieras.

Del susto se me cayó una bombilla de la mano y se hizo añicos en el suelo con gran estruendo.

—¿Por qué le tengo que decir que…?

—Ya lo sabrás —me interrumpió impaciente—. Ponte la ropa de calle y espérame delante del Vigadó. No les digas nada a los demás. ¿Entendido?

—Sí, señor —asentí preocupado—, pero…

—Nada de peros. Venga, andando.

—El maître no me creerá.

—No te preocupes por eso. El señor comandante está al tanto de todo el asunto.

—¿De qué asunto?

—No preguntes tanto. Dentro de diez minutos quiero verte delante del Vigadó.

Apenas me quedó tiempo para cavilar. El maître no hizo más que ponerme trabas, luego tuve que cambiarme de pies a cabeza y cuando llegué jadeando al Vigadó, el Sabueso ya me esperaba en su coche.

—Sube —me ordenó impaciente.

—Sí, señor.

En cuanto subí, puso en marcha el automóvil. Creía que por fin me aclararía lo que pretendía, pero no abrió la boca. Se inclinó mudo sobre el volante, miraba la calle con cara de pocos amigos y si otro coche se le ponía delante soltaba una ristra de palabrotas sin levantar la voz. Siempre el mismo aspecto furioso, la misma inquietud, incluso cuando negociaba el precio de fracs o calzoncillos. Sus ojos ardían sin cesar, como los de un enfermo febril. Apretaba sus finos y crueles labios con tanta fuerza que las mandíbulas le temblaban. Continuamente daba la sensación de que hervía por dentro, de ser una bomba a punto de estallar en cualquier instante.

Se dirigía a Buda. La carraca cruzó el puente resoplando. Era una noche hermosa. De los montes llegaba una brisa cálida y perfumada, la luna esparcía escamas plateadas sobre la superficie del río. «¿Adónde me llevará?», pensé angustiado. ¿Qué significa todo esto? Tenía la garganta seca, el corazón me palpitaba con fuerza. Ya no aguantaba más el silencio.

—¿Adónde me lleva? —le pregunté.

El Sabueso ni siquiera se tomó la molestia de mirarme.

—A cenar —dijo seca y escuetamente, luego siguió callado.

Aquella respuesta me agitó aún más. A cenar… así que no quiere decirme adónde me lleva. ¿Por qué? ¿Adónde vamos?

El automóvil subía por una cuesta. Íbamos por una zona donde nunca había estado. Ante el coche se ensortijaban callejuelas oscuras y tortuosas mal pavimentadas, el viento ululaba en las curvas. Había pocas farolas y muchos gatos, las casas de planta

baja parecían perder pie en la ladera. El coche se dolía por los baches en medio de la oscuridad, los gatos maullaban, el Sabueso blasfemaba. Por allí no pasaban vehículos ni peatones, en las calles reinaban el silencio y la oscuridad, tampoco se veía a ningún policía. Era una zona deshabitada, habían empezado a demoler las viviendas. Entre las casas amarillas y abandonadas aparecían solares negros, el viento zarandeaba aquellas puertas huérfanas de dueño y pasaba silbando por las ventanas con los cristales rotos. Me acordé de las historias de terror y se me pusieron los pelos de punta. Al tomar el coche una curva, un objeto duro me golpeó el pie. Lo palpé, era un destornillador de gran tamaño. «Tal vez lo necesite», pensé atemorizado, y me lo coloqué entre los muslos. Sin embargo parecía una medida de precaución excesiva, al menos de momento.

Nos detuvimos, en efecto, ante un restaurante. Los señores solían denominar pequeñas tabernas a estos restaurantes escondidos y pintorescos de Buda, pese a no ser pequeños ni mucho menos tabernas. Estaban amueblados con cierto gusto campesino, pero cobraban tanto por una cena que un campesino —apretándose el cinturón— podría haberse sustentado con eso durante un mes entero. Era un edificio de planta baja, pintado de blanco, de pequeñas ventanas adornadas con geranios. Aparentaba ser una humilde casa de campo, pero a la entrada se erguía un portero de guantes blancos que abría la portezuela de los automóviles, hablaba en un alemán fluido con un señor prusiano con monóculo que acababa de llegar y saludaba con un sonoro *bonsoir* a un grupo de franceses. Había una larga cola de coches esperando a la entrada, se notaba un fuerte olor a perfume y del interior salía música cíngara.

Entramos. Por dentro la casa tenía también un ambiente rústico; pero era una rusticidad muy pomposa; debía de haber costado una fortuna amueblarlo de una forma tan pobre. Era una austeridad muy rica, formidablemente rica; me acordé de las casas de mi pueblo y me sentí como si se estuvieran burlando de mí. El *maître d'hôtel*

lucía frac, preparaba una *crêpe suzette* con enigmáticos movimientos de alquimista, sobre las mesas había champán francés y caviar ruso, de las vigas colgaban mazorcas de maíz y todo tenía un aire rural. Junto a la lumbre, que ardía en una especie de chimenea, un tabernero panzudo y bigotudo en cuyos gruesos dedos brillaban los anillos daba vueltas a un asador. Ponía una cara tan seria y devota como solo puede tenerla quien rinde culto al único dios redentor y está seguro de que sus huéspedes tampoco adoran a otras deidades. Esta sala principal se abría en recintos más pequeños, en cuyos rincones semioscuros se abrazaban parejas de enamorados que susurraban como conspiradores.

Donde más animación había era en el patio. Bajo viejos nogales había mesas decoradas con flores y a su alrededor, en una penumbra sospechosa, cenadores cubiertos de parra virgen. En la mayoría de ellos había parejas, a todas luces no unidas en matrimonio. El primer violín tocaba de manera muy sentida una canción al oído de una mujer, y la orquesta lo acompañaba suavemente desde un podio. Sobre las mesas ardían velas amparadas por pantallas, la luna vertía un líquido plateado sobre los nogales; los extranjeros seguramente regresarían a sus respectivos países describiendo lo feliz y pintoresco que era el país que habían visitado. Cuando el primer violín terminó de tocar, pasó con un platillo por las mesas; a los extranjeros también eso les debía de parecer pintoresco, y por la cara que ponían seguramente no habían reparado en por qué tenían que vivir de las limosnas unas personas que trabajaban en un restaurante tan próspero.

Al Sabueso lo conocía todo el mundo. Los empleados le agasajaron, pero me pareció advertir cierta inquietud tras sus empalagosas sonrisas de lacayo. «Estos también le tienen miedo», pensé.

Conocía a muchos de los comensales. Saludaba a derecha e izquierda, se detuvo en alguna de las mesas. Se tuteaba con los señores, y sin embargo los llamaba por su título.

—¿Cómo te va, señor consejero…? ¿Qué tal estás, ilustrísimo señor…? ¿Cómo andas, señor general…?

No saludaba a todos de la misma forma. Dosificaba su sonrisa con la misma precisión con que el boticario pesa un tóxico. Al señor consejero le correspondía menos que al ilustrísimo señor, pero al señor general incluso más que al ilustrísimo señor. Y de pronto empezó a arder como las velas de las mesas y a rezumar devoción:

—Su seguro servidor, excelencia —dijo derritiéndose, e hizo una solemne reverencia; una sonrisa más amplia solo habría correspondido al jefe de Estado—. Es el ex ministro de Defensa —me susurró, y me di cuenta de que observaba de reojo el efecto que ejercía sobre mí aquella revelación.

«¿Por qué me habrá traído aquí? —me pregunté—. ¿Qué querrá?».

Los camareros brincaban a su alrededor como perros meneando el rabo.

—¿Le agrada esta mesa o prefiere una más alejada de los músicos?

Pero ya se le habían acabado las sonrisas y ni siquiera se molestó en contestarles. Apuntó a un cenador y a él se dirigió como una bala de cañón.

Nos sentamos. Había tres personas haciendo reverencias a nuestro alrededor, el maître, un camarero y el sumiller, pero el Sabueso seguía sin percatarse de su presencia. De repente se olvidó de las prisas. Se repantigó en la silla, sacó el monóculo con aparente desdén, lo frotó lenta y minuciosamente con el pañuelo y acto seguido se lo colocó en el ojo derecho; en vez de ocuparse de la carta empezó a espiar a los comensales. El maître, el camarero y el sumiller esperaba en posición de firmes; yo ni me atrevía a levantar la vista, tan avergonzado me sentía.

De súbito el Sabueso fijó la mirada en una de las mesas y se le torció el gesto. No vi nada extraordinario en el grupo que lo había indignado: eran unas personas elegantes y evidentemente ricas, su

aspecto y sus modales en nada los diferenciaban del resto de la concurrencia. El Sabueso, sin embargo, era de otra opinión.

—¿Qué es esto? —le espetó al maître—. ¿Una sinagoga?

Los de la mesa en cuestión hicieron como si no hubieran oído el comentario, pero unos minutos más tarde pagaron y se levantaron.

—¡Por fin! —dijo el Sabueso en voz alta, sin lugar a dudas para que lo oyeran, lanzando luego una risotada sarcástica.

Me puse rojo de indignación. Era como si me hubiera denigrado a mí; como si hubiera vuelto a oír el terrible coro infantil desde detrás de la valla: «Hijo de la tía Rozika, ¿dónde está tu padre?».

Aquellas señoras y caballeros judíos seguramente hubieran prohibido que sus hijos jugaran conmigo, al igual que habían hecho los padres de Sárika, pero ahora me identificaba con ellos. Apreté los puños, de lo sublevado que estaba el corazón me daba martillazos.

Entretanto el Sabueso encargó la comida; sin molestarse en consultarme. Pidió una cena opípara; lo malo era que no la saboreé. Parece que mi estómago se había rebelado contra la cena del «señor doctor», no segregaba los jugos necesarios para digerirla, tenía la boca seca y solo me apetecía tomar cerveza. Bebía con avidez, apuré una jarra enorme casi de un solo trago. El Sabueso enseguida me pidió otra y luego otra más, pero me puse en alerta. En el bar del hotel había observado que casi todos los señores trataban de emborrachar al interlocutor con quien sostenían negociaciones, y sospeché que él también pretendía negociar conmigo.

De momento, no obstante, no daba indicios de ello. Estuvo durante toda la cena mirando a las mujeres, haciendo apartes insolentes, contando anécdotas burdas y groseras.

De pronto dijo:

—Tengo entendido que te va bien con las mujeres.

—¿A mí? —balbucí torpemente, y sentí que me sonrojaba.

—¡Tole! —dijo imitando el acento de los judíos, porque le gustaba ridiculizarlos, y luego me guiñó el ojo—: Te envidio, hijo.

Aquello me hizo pensar que la singular cena tenía que ver con la suite 205, pero pronto supe que no. Fue mucho después cuando comprendí el porqué de aquel comentario.

Al acabar de comer llamó al camarero.

—Muchacho, ¿tienen una buena *pálinka* de albaricoque?

—Sí, señor —dijo el otro dando un taconazo—. Tenemos una añeja, de veinticinco años, de primerísima calidad. Hecha en Kecskemét con métodos artesanales, se la recomiendo de todo corazón.

—Está bien —asintió.

—¿Sirvo dos? —preguntó el camarero.

—Traiga la botella —dispuso el Sabueso—. Y luego déjenos en paz.

Estaba más claro que el agua que pretendía emborracharme. Me llenaba el vaso una y otra vez, bromeaba, relataba obscenidades, hacía de todo para distraerme. Yo bebía con cautela y solo lo hacía cuando no podía evitarlo, pero pese a todas las precauciones se me estaba nublando la cabeza. Me asusté. ¿Qué sucedería si me emborrachaba? Hice de tripas corazón.

—¿Podría pedir un café, por favor, señor doctor?

—Más tarde —dijo, yo sabía muy bien por qué.

Eso me aclaró la mente por un tiempo. Lo observaba como a un jugador de cartas tramposo, presentía que el juego iba en serio.

—Bueno, hijo —declaró de pronto y acercó su silla—, ¿cómo te sientes entre los señores?

—Pues… bien —musité.

—¿Te gustaría llegar a estar entre ellos?

—¿A quién no?

—Pues entonces aquí se te presenta una oportunidad —afirmó enigmáticamente—. Solo de ti depende si la aprovechas o no. —Me miró con gravedad, se calló, sin duda quería ver el efecto que ejercía sobre mí—. ¿Qué te parece? Podrías llegar muy alto.

—¿A qué se refiere, señor doctor? —pregunté tímidamente.

Se produjo un breve silencio. El Sabueso tardó en contestar. Se quitó el monóculo, lo frotó con el pañuelo y me lanzó una mirada escudriñadora.

—En realidad, ¿qué sabes de mí?

«¡Si te lo dijera!», pensé, y le dije titubeante:

—Pues… que el señor doctor fue un gran héroe en la guerra.

—¿Cómo que en la guerra? —estalló—. ¿Te crees, hijo, que ahora no hay guerra? En el dieciocho solo concluyó un acto, la obra no ha terminado, ni mucho menos. Ahora estamos en el intermedio, eso es todo. El público está tomando algo en la cafetería, pero tras el telón siguen los preparativos. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, señor.

«Curioso —pensé—, Elemér suele decir lo mismo».

—Las guerras —explicó— no empiezan cuando suenan los cañones y tampoco terminan cuando estos callan. Lo que ocurre entremedias es lo más importante. Los ensayos, ¿me explico? Es entonces cuando se decide si la pieza será un éxito o un fracaso. Los judíos ya lo saben desde hace tiempo. Cuando en el catorce fuimos a los campos de batalla, ellos ya habían socavado tanto el país en secreto que el colapso solo era cuestión de tiempo. Ahora se preparan para lo mismo. Estos topos rojos trabajan bajo tierra. Confían el trabajo sucio a los tontos *goyim*[4] mientras ellos viven de fábula con dinero soviético y colman de diamantes a sus amantes. Puedes tutearme. ¡A tu salud!

—A la tuya, señor doctor.

Me ofreció cigarrillos. Fumamos.

—Hubo un tiempo —prosiguió— en que estas cosas no se podían hacer. Después del comunismo también espabilaron los *goyim* y tuvimos que dejar malparados a los que no lo hicieron. Los viejos obreros no han olvidado la lección, pero los que tienen tu edad entonces ni siquiera iban a la escuela. Los judíos lo tienen muy fácil con los jóvenes de hoy. Las condiciones de vida son malas, la juventud está desesperada y estos mesías judíos *kosher* prometen un Canaán rojo. Se infiltran en las organizaciones juveniles de

obreros y… —Clavó los ojos en mí—. Bueno, de esto tú sabrás más que yo.

—¿Yo? —le miré asustado—. Qué va.

—Vamos, no me engañes —me ladró desconfiado—. No querrás decirme que nunca has oído hablar de la organización obrera juvenil…

—Sí, he oído… pero nada más. Ni siquiera sabía que estaba prohibida.

—Precisamente ahí está el problema, en que no está prohibida —contestó—. A los comunistas los pillan enseguida, pero los otros no confiesan que lo son. Están en el Partido Socialdemócrata y de momento es un partido que funciona con plena libertad, por desgracia. Se esparcen en la masa como agujas en un pajar. ¿Sabes a cuántos obreros jóvenes han embaucado ya?

—No, señor.

—¡A miles! —susurró con indignación—. ¡Decenas de miles! ¡Tal vez centenares de miles! ¿Tú qué opinas de todo esto?

«Ni se te ocurra soltárselo», pensé, y dije:

—Pues que menuda desfachatez.

—Es mucho más que eso —secundó—. Es una hecatombe, una matanza ideológica. ¿Entiendes por qué te he dicho que también ahora estamos en guerra? Toda persona honrada debe luchar contra ellos, ¿no te parece?

—Sí… claro…

Parecía que eso era justamente lo que esperaba el Sabueso. De repente se inclinó hacia mí y me puso la mano en el hombro.

—¿Quieres luchar con nosotros?

—Pues —tartamudeé— yo… no sé…

—¿Cómo que no sabes?

—¿Cómo… cómo podría luchar?

—Te lo explicaré, hijo. —Oteó alrededor para comprobar que nadie lo oía—. Atiende —bisbiseó luego y lanzó una mirada fulgurante como si se hubiera encendido tras sus ojos un fuego en señal de peligro—, si revelas una sola palabra de lo que ahora te

diré, aunque sea a tu madre, te romperé la crisma con estas dos manos. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Bueno. Eso no lo olvides nunca. —Sonrió—. Vayamos al grano. —Volvió a mirar alrededor, luego continuó bajando la voz—. Tienes que saber que los líderes socialdemócratas también le tienen miedo a ese movimiento. No son héroes, temen por su vida. La mayoría, creo yo, con gusto delataría a los comunistas, pero tampoco saben quiénes son. Los comunistas trabajan con mucha astucia, ni la policía ha logrado dar con ellos. Ahora yo he asumido esta tarea. Bueno. —Me miró—. ¿Quieres ayudarme?

—Sí… pero…

—No hay peros que valgan.

—Yo… no soy nada… solo un botones… un mozo…

—Precisamente por eso puedes ayudarme. Yo no puedo meterme entre ellos, pero tú sí. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿trato hecho? Estréchame la mano.

Su mano tenía textura de sapo, estaba fría y húmeda. Me estremecí. «¿Qué pasará ahora? —La pregunta repicaba en mi cabeza—. ¿Cómo voy a salir de este atolladero?».

El Sabueso me dio unas palmaditas en el hombro.

—Espero que te sientas orgulloso por haber sido elegido para esta misión.

¿Qué podía hacer? Me vi obligado a asentir.

—Ya puedes estarlo —me aseguró—. Es una gran cosa, muy grande. Si trabajas bien se te abrirán todas las puertas. Podrás llegar muy alto. —Levantó la copa—. A tu salud. Viva la patria.

—Viva.

Si ahora le pidiera aplazar los pagos, se me ocurrió, seguro que accedería. Sin embargo, en ese instante se dirigió a mí.

—Dime —preguntó—, ¿cómo reclutan a los jóvenes?

—No lo sé, señor doctor.

—¿Cómo que no lo sabes? A ti también te habrán querido reclutar, ¿no?

—Nunca.

El Sabueso frunció el entrecejo.

—¿Y cómo es eso? Vives en Újpest, en una finca de proletarios, y sé —le cambió la voz—, sé muy bien —repitió incisivamente— que también hay agitación dentro del hotel. Tienes que conocerlos. Son tus amigos.

«Elemér —pensé asustado—. Hay que avisar a Elemér». Le dije rápido:

—No tengo amigos, señor.

—¿Cómo que no?

—No los tengo.

—¿Tampoco los tuviste?

—Los tuve, pero…

—Pero no quieres delatarlos, ¿verdad? —me interrumpió, y emitió una breve risotada—, vamos, ¿por qué me miras con esa cara de susto? Haces muy bien. No se delata a los amigos. Yo no te pido eso. Somos caballeros, ¿no es así? A tu salud.

—A su salud, señor doctor.

Ya tenía la cabeza aturdida y el estómago revuelto.

—Enciende un pitillo —me animó, y me extendió la pitillera—. Te explico de qué se trata. Eres un muchacho listo, me vas a entender enseguida. Estoy buscando al que lleva la voz cantante, pero para poder localizarlo necesito saber quiénes son los miembros del grupo. A estos, evidentemente, no voy a hacerles nada. Son simplemente muchachos desorientados. A mí me interesa la caza mayor. Donde hay porquería, hay que buscar al judío. A los chicos no les pasará nada en absoluto. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—Entonces ve dictándome los nombres —soltó tan tranquilamente, y sacó una agenda.

—¿Qué nombres?

—¡La madre que te parió! —Se sulfuró—. No te hagas el idiota, porque tan listo no eres. Sabes muy bien de quién estoy hablando. Díctame los nombres de los comunistas.

—No conozco a comunistas.

—¿Ah, no? —preguntó con una risa siniestra—. No bromees, muchacho, que te voy a quitar las ganas de hacerte el gracioso.

—Hablo en serio.

El Sabueso se echó a reír.

—Claro, ya entiendo —dijo de repente más amistoso—. ¿Temes que los muchachos se enteren? Por eso no tienes que preocuparte. Es bien sencillo: un día detendremos a los judíos y con eso el asunto estará solucionado. Tus compañeros ni se enterarán de que los han espiado. Espero que no dudes de mi palabra.

—No, señor.

—Entonces a ver esos nombres.

—No conozco a ningún comunista.

El Sabueso arrojó la agenda sobre la mesa. Estaba rojo como un tomate.

—Dime, chico, ¿estás buscando un empleo nuevo?

—Pues no. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque te quiero advertir de que si pierdes este trabajo, nunca más encontrarás otro en este país. ¿O es que no has oído hablar de la lista negra?

—Sí, claro que sí.

—Entonces, recapacita y habla.

El susto me hizo recobrar la sensatez.

—Señor doctor —le dije al fin con firmeza y decisión—, yo tengo mucha necesidad del dinero que gano, pero no conozco a ningún comunista. En mi vida he conocido a ninguno. Otra cosa no puedo decirle.

Se hizo un largo silencio. El Sabueso volvió a quitarse el monóculo y a frotarlo con el pañuelo. Entretanto no dejó de mirarme fijamente.

—Escúchame —dijo al cabo con una tranquilidad que no auguraba nada bueno—. No sé qué sabes y qué no. No puedo ver qué tienes dentro de la cabeza, pero te juro que te la rompo si me mientes. —Sacó la cartera y extrajo una tarjeta—. Aquí tienes mi dirección y mi número de teléfono. Si no sabes lo que me interesa, entonces te recomiendo que lo averigües. Y hazlo pronto porque si no habrá problemas. Graves problemas. ¿Me explico?

—Sí, señor.

—Y ahora, vámonos. Camarero —gritó—, la cuenta.

Creí que por fin me dejaría, pero no.

—Sube —dijo a la puerta del restaurante.

Volvió a Pest y me asusté al ver que se dirigía hacia los suburbios. No entendía lo que significaba aquello, porque no me imaginaba que viviera en una zona pobre.

—¿Adónde vamos?

—Te llevo a casa —gruñó, sin mirarme a la cara—. Los tranvías ya no circulan.

—¿Cómo sabe usted dónde vivo?

—¿Que cómo lo sé? —Se volvió hacia mí y en sus labios se dibujó una sonrisa torva y maliciosa—. Sé mucho más sobre ti de lo que te imaginas. Bueno será que no lo olvides.

Volvió a inclinarse sobre el volante y no dijo nada más.

Detuvo el coche ante la chatarrería.

—Baja aquí —ordenó—. No conviene que los proletarios vean que te he traído a casa.

—Sí, señor. Buenas noches.

—Espero que sea buena —dijo con sorna, y arrancó.

Mi madre ya dormía cuando llegué a casa, pero Manci aún estaba despierta.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿Qué me iba a pasar? —rezongué—. Nada.

—Traes mala cara. —Tras negar con la cabeza me preguntó en voz baja—: ¿La gonorrea se te ha pasado?

—No.

—Qué pena —se rio—. Me vendría bien un somnífero.

Pero sin él también cayó redonda. Unos minutos más tarde ya roncaba.

Me desnudé, me tumbé en el suelo y mi mirada se perdió en la oscuridad. «Me van a echar —pensé—, me van a echar justo ahora, cuando mi madre también tiene problemas. Ni trabajo, ni casa, ni nada. Moriremos de hambre en medio de la calle, si es que el Sabueso no me retuerce antes el pescuezo». Veía la situación con mucha claridad. Era una lucidez extraña, aturdida, como un enfermo anestesiado debe de ver la operación a la que se va a someter. Me invadió un profundo sopor, un vacío tremendo y pavoroso.

—Es lo que me merezco —gruñí, y al oír mi propia voz me estremecí como cuando le leen la sentencia a un condenado.

Me acordé de Elemér. Él sí, él es todo un hombre, pero ¿yo? ¿He hecho alguna cosa buena o hermosa en la vida? No. Solo me han tirado de un lugar a otro, como un trapo y me lo merezco porque no valgo más que un trapo. El mundo no perderá nada conmigo. Mañana avisaré a Elemér, y luego… que pase lo que tenga que pasar.

Caí, mareado, en un sueño confuso, pero a las cinco de la madrugada ya estaba otra vez despierto. ¿Qué dirá Elemér?, fue mi primera pregunta y sentí un escalofrío. Se enterará de que he violado el boicot y… Estuve a punto de echarme a llorar. Me fulminó una idea terrible. Elemér me preguntará: «¿Y por qué te eligió el Sabueso precisamente a ti?». ¿Qué le puedo contestar? Acabará pensando que… Carajo. Faltaría más. Ya tengo bastantes problemas. ¿Por qué tengo que hablar con Elemér? En realidad, ¿de qué le quiero advertir? ¿Acaso el Sabueso dijo algo sobre él? No. Tampoco insinuó nada. ¿Qué quiero entonces? El Sabueso solo va a la caza de comunistas. Elemér es socialdemócrata. ¿No es lo que dice siempre? Pues ya está. Así que, ¿para qué revolver la mierda? Sería ridículo.

Pero ya no fui capaz de dormirme. Me levanté para sacar un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta; en medio de la oscuridad

tropecé con una silla y Manci se despertó.

—¿Qué pasa? —murmuró—. ¿No puedes dormir?

—No. ¿Puedes darme un poco de *pálinka*?

—Ahí la tienes, junto al aguamanil —dijo—. Pero no uses mi vaso.

—De acuerdo —gruñí—. Ya te la pegará otro.

Bebí hasta emborracharme por completo y entonces me dije muy valiente: «Ya veremos qué pasa, de peores he salido». Pero desde ese día no pude dormirme sin la *pálinka* de rigor.

Me aficioné a la bebida.

6

Vivía sumergido en la penumbra del aturdimiento, como los enfermos febriles y los locos inofensivos. Por las tardes me despertaba con resaca, me dormía borracho por las mañanas, durante la noche bajaba una y otra vez a la cocina para echar un trago, nunca estaba del todo sobrio. Me negaba a pensar. Me sentía atado con una correa, de la que solo podía escapar de una manera y sabía con cada una de las gotas de mi sangre que eso era lo único que nunca haría, bajo ninguna circunstancia. Y también sabía, naturalmente, que todo saldría a la luz un día u otro y que entonces me echarían del hotel, me pondrían en la lista negra y nunca más encontraría trabajo. Nos desalojarían, mi madre terminaría por beberse la lejía y al cabo de un tiempo me echaría a perder como el resto de la gente sin hogar. ¿En qué podría haber pensado si no? ¿En ser chivato o delincuente? Eran las dos únicas salidas que quedaban en mi patria, donde —según dice el poema— se debe vivir y morir.

Cada latido de mi corazón decía que no, no y no, pero ¿quién se preocupaba en Hungría del corazón de un muchacho campesino? ¿Qué podía hacer? Mi destino estaba en manos de otros. Alguien había puesto en marcha una bomba de relojería, había ajustado la hora y el minuto en que explotaría, yo sabía que podía estallar en cualquier instante y que no estaba en mi mano el impedirlo. Oía las amenazas del Sabueso incluso en sueños y aguardaba mi porvenir paralizado por el miedo y la impotencia.

Sucedió poco antes del primer día del mes. Por entonces nuestro desolado apartamento parecía una cripta a la espera del difunto. En

ocasiones me parecía sentir incluso el olor a incienso y flores y el tufillo a humanidad que había en los entierros de mi pueblo, cuando hacía de monaguillo. También tenía la impresión de que la botella de lejía, con la humedad del lavadero, había crecido.

Una noche mi madre volvió a trastear a mi alrededor mientras me lavaba y supe perfectamente lo que se proponía. No esperé a que me lo dijera.

—Tengo un poco de dinero —informé en un tono de forzada indiferencia, y empecé a rebuscar en los bolsillos.

Le di todo lo que llevaba encima, pero solo eran seis o siete pengos. Mi madre no dijo nada, se quedó parada mirándose los zapatos.

—¿Nos libramos del desalojo este mes? —pregunté vacilante.

—Hijo, eso solo lo saben Dios y el portero.

Eso fue todo. Mi mirada se deslizó involuntariamente hacia la botella de lejía y me estremecí.

Iba desgranando los días como las manos temblorosas de las ancianas pasan las cuentas del rosario. Camino de casa, en el tranvía me daban palpitaciones, siempre temía encontrarla muerta. En todos los rincones me acechaban los invisibles bandoleros del miedo, el mundo estaba lleno de ellos. El Sabueso. Mi padre. Elemér. Y ella, ¡ella! Heridas abiertas que me dolían atrozmente en cuanto mis pensamientos las rozaban. Y no tenía con quién hablar.

Llevaba ya tres semanas sin ver a la señora. Nunca me había hecho esperar tanto, y no podría haber elegido un momento menos oportuno. Ella constituía el único punto firme en la nebulosa ciénaga de aquellos días de pesadilla; ella era el pecado y la absolución, ya que todo había sucedido por ella, solo por ella. Por ella había llegado al infierno y sentía que solo con su ayuda podría escapar. «Si pudiera hablarle —pensé—. Ojalá pudiera». No sé qué esperaba de aquella conversación, aunque sospecho que entonces tampoco habría sabido definirlo con claridad. Pero cuanto más esperaba, más decisiva y crucial la consideraba, y finalmente me convencí de que

todo se solucionaría si pudiera hablar con ella. En vano. No me llamó.

Una madrugada, al salir del hotel, al otro lado de la calle vi a un hombre bajo, de hombros anchos y con sombrero de copa. Estaba apoyado sobre su bastón, parecía esperar a alguien. Solo le eché una mirada fugaz, ni siquiera me di cuenta de que mi retina lo había fotografiado. Mi mente solo reveló la imagen unos días más tarde, una noche de angustia, inesperadamente. Tenía el día libre y volvía a casa en tranvía. De pronto tuve la sensación de que alguien me observaba. Y entonces me pareció ver al mismo hombre.

¿Era él? En un primer instante lo hubiera jurado, pero luego me surgieron dudas. «Ya tengo alucinaciones», me dije nervioso, y traté de disipar la sospecha. Pero cuando bajé, él también lo hizo.

«Me están siguiendo», pensé horrorizado y eché a correr entre jadeos por los solares oscuros y desiertos. Durante varios minutos no me atreví a volver la cabeza. Corría, el sudor me chorreaba por el rostro. Finalmente me volví. Lo había perdido de vista.

A partir de entonces siempre tuve la sensación de que me seguían. Me estremecía al oír rumor de pasos a mi espalda, me paraba con frecuencia ante los escaparates o fingía que me ataba el cordón de los zapatos y de reojo miraba hacia atrás. Si al otro extremo de la calle divisaba a un hombre bajo, de hombros anchos y sombrero de copa, me metía por la primera bocacalle y huía despavorido. O todo lo contrario, lo seguía para comprobar si en efecto era él. Despejada la duda, al cabo de diez minutos volvía a aparecer otro tipo igual y empezaban a temblarme las rodillas.

Tenía miedo. Tenía un miedo tremendo, alarmante. Me hubiera gustado aullar de miedo como un animal caído en una trampa. Cada día bebía más, a pesar de que ya no soportaba el olor a alcohol. Lo odiaba, me daba asco, y sin embargo lo necesitaba, como necesitan una inyección los enfermos que se retuercen de dolor.

Tal era mi estado de ánimo cuando una noche la mujer entró en el bar. Otras veces no me atrevía a mirarla, pero en esa ocasión no le quité los ojos de encima. Quería que me viera, que sintiera lo que

se debatía en mi interior, que leyera la súplica en mi mirada. Seguro que notó algo, porque apartó la vista más rápido de lo normal.

Venía con un grupo muy numeroso, reían mucho. Los observaba desde el flanco de la cabina de teléfono y, en mi desesperación, hice algo que en otras circunstancias ni se me habría pasado por la cabeza. Le escribí una nota. Si no recuerdo mal, decía así: «Necesito hablar con usted sin falta. Le suplico que me llame por teléfono».

Doblé el papel y a eso de medianoche, al ponerle la capa, lo deslicé en su mano. La señora no hizo el más mínimo gesto. Siguió hablando y riéndose, luego salió con los demás sin mirarme. La vi entrar en el ascensor.

Esperé. Fue una noche larga, muy larga, y la siguió una madrugada aún peor.

No llamó. Después de cerrar, fui al paseo de la orilla del río y desde el otro lado de la calle miré las ventanas de su apartamento. En el salón las luces aún estaban encendidas. «Tal vez tenga invitados», pensé esperanzado, y volví a la cocina. Pasé varias horas acurrucado en la oscuridad, porque no me atrevía a darle al interruptor y llamar la atención del vigilante nocturno. No sirvió de nada. El teléfono no sonó.

Hacia las cuatro de la madrugada volví a salir, miré las ventanas. Ya estaban a oscuras. Me tumbé en un banco y me ahogué en lágrimas de impotencia.

El paseo estaba desierto, los tranvías ya no circulaban, en el viento de madrugada solo se oía el furioso rugido del Danubio. Era una noche muy negra. Abajo, en el agua, se balanceaba un bote de salvamento, sus luces echaban chispas verdes sobre las blancas crestas de las olas. Últimamente estas embarcaciones se utilizaban para ir a la caza de suicidas; habían inventado eso en vez del seguro del desempleo. En la lancha motora había un policía, y desde donde estaba yo parecía un muñeco grande y oscuro. Apoyaba la cabeza lánguidamente sobre el pecho y se mecía con la lancha. Dormía. La muerte había quedado sin vigilancia.

«Tal vez ni se entere hasta semanas más tarde», pensé al volver a mirar las oscuras ventanas. Y luego pensé: «Además, aún quiero ir a la escuela».

El viento perseguía grises nubes de humo, sobre mi cabeza galopaba la luna manchada de hollín. De pronto, como si hubiera perdido la razón, bramé:

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

Luego me eché sobre el banco y lloré de nuevo.

La noche siguiente, cuando bajé a cenar a la cocina, Iluci me llevó a un rincón y me dijo, muy nerviosa:

—¿Qué ha pasado? —susurró—. Cuéntame. ¿Qué ha sucedido?

La miré con asombro.

—¿Qué iba a pasar? —balbucí—. No ha pasado nada.

Iluci meneó la cabeza, incrédula.

—Vamos, dime. —Y me dio un codazo—. ¿No querrás engañarme a mí? Entonces, ¿por qué han puesto a Franciska en tu lugar?

—¿Qué? —pregunté petrificado—. ¿Cómo dice?

—¿Es que aún no lo sabes?

—No. ¿Qué?

—Que te han pasado al turno de día.

—¿Y han puesto a Franciska en mi lugar?

—Sí, y…

—¿Y qué? —inquirí impaciente, pero Iluci no contestó.

Me escrutó con la mirada. Daba la impresión de que se compadecía de mí.

—Dime —pero ahora hablaba con un tono extraño—, ¿de verdad que no sabes nada?

—Ya le he dicho que no. ¿Por qué? ¿Ha oído algo?

—No —dijo titubeante—, solo pensaba que… —La frase quedó en el aire—. Es extraño —añadió negando con la cabeza—. Es extraño.

—¿Qué es extraño? —pregunté cada vez más inquieto.

—No sé —se encogió de hombros y luego volvió a decir—: es extraño.

Subí al bar. Era temprano, una mujer sacaba brillo al parquet, los camareros ponían las mesas. Cuando entré, interrumpieron la conversación; en el repentino silencio solo se oía el tintineo de copas y cubiertos. «Así que es verdad —pensé—, ahora tendré que salvaguardar mi "reputación"».

El maître me llamó. Nunca le había caído bien, pero desde que era yo quien subía el champán a la 205 se tragaba la hiel sin ser capaz de digerirla. Se había solidificado en su interior como los cálculos en la vesícula, y a todas luces ahora pretendía darme con ella en la cabeza. Su rostro amarillento irradiaba jactancia, sonreía tanto que casi se le caía la dentadura postiza.

—Querido hijo mío —dijo relamiéndose a cada palabra—, a partir de pasado mañana…

—… estaré en el turno de día —terminé la frase sonriendo.

El hombrecito iracundo no fue capaz de ocultar su furia. Seguramente se había preparado para interpretar el papel del Destino y yo había echado a perder la función. Su cara de enfermo de bilis adquirió un tono verdoso; me miró como un siluro podrido.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó atropelladamente.

—Lo sé —espeté sin dejar de sonreír.

—¿También sabes quién se quedará en tu lugar?

—Claro —asentí—. Ferenc.

—Y —dijo en una salmodia asquerosa—, ¿qué te parece?

—¿Qué me iba a parecer? Espero que esté satisfecho con él.

—Pues dicen que trabaja bien. —Volvió a sonreír y echó una rápida mirada a los demás—. Tengo entendido que, en primer lugar, son las mujeres las que hablan bien de él.

«Idiota —pensé—. ¿No pretenderás despertar mis celos con un maricón?».

—Más bien los hombres —corregí con la superioridad de quien anda en lo cierto, pero mi buena información no me sosegó del todo.

Sentí que todos ellos sabían algo que yo ignoraba.

Aquella noche me puse ciego de alcohol; no sé cómo llegué a casa. Solo recuerdo que llovía y que tras la hora del cierre me quedé un buen rato ante el hotel, mirando las ventanas sin luz de la segunda planta. La puerta del balcón estaba abierta y de vez en cuando el viento levantaba la cortina que tan bien conocía, como si en la oscuridad alguien agitara un pañuelo, pero no a mí. Lloré a moco tendido. De repente un policía se plantó ante mí, me dijo algo, le contesté y desaparecí a toda prisa por la primera esquina. No recuerdo nada más.

Dormí un día entero, con su noche. Me desperté sobre las siete de la tarde, como de costumbre, pero me acordé de que no tenía que ir al bar y como no fue eso lo único que me vino a la cabeza, volví a beber. Luego ya era lunes por la mañana.

Los muchachos se incomodaron cuando entré en el lavabo. «Ya estarán enterados», pensé con angustia, y traté de aparentar indiferencia. Los saludé y pregunté cómo estaban, me devolvieron las formalidades y conversamos. Charlábamos entre risas nerviosas y todos sabíamos que no se debían precisamente al tema de conversación.

Había pasado un año desde que los había dejado, mucho tiempo a esa edad. Habían crecido, se habían puesto más fuertes, les había salido más vello, sus largos brazos de chimpancé sobresalían de las cortas mangas de los uniformes. A algunos les había cambiado hasta la voz, se había hecho tan grave e irreconocible como la de los ventrílocuos cuando presentan al pachá Alí a los niños. Por lo demás, seguían con lo mismo de siempre, hacían contrabando de mujeres, espiaban por el ojo de la cerradura y por las noches se llevaban a las chicas al Mauthner, donde: «Fijaos, chicos…».

Sí, todo era como antes y, sin embargo, las cosas habían cambiado. Mis compañeros más bien parecían los gemelos de quienes había conocido: como dos gotas de agua pero distintos.

Muchos de los antiguos mozos se habían ido y habían llegado otros, pero estos habían adoptado nuestra forma de hablar y nuestras costumbres, y pese a ser unos extraños resultaban exasperantemente familiares. «Nos imitan como loros», pensé con hostilidad al ver cómo se habían apropiado de nuestra jerga privada, creada con tanto esmero, en la que cada expresión, cada alusión y cada giro tenía su propia historia. Nosotros, los veteranos, habíamos estado presentes en su nacimiento, pero estos nuevos compañeros las habían adoptado y convertido en lugar común manido y anquilosado. Los consideraba unos intrusos y unos usurpadores, al igual que tres años atrás me vieron a mí los chicos de entonces.

Había entre ellos un muchacho de tez gitana, pestañas largas y muy hablador, al que me presentaron como Gyula.

—Este es Gyula.

Pues sí, incluso teníamos a otro Gyula. Si alguien decía «Gyula», ya nadie pensaba en el adolescente patilargo y pecoso a quien consideramos durante años un irresistible donjuán, la perdición de las chicas, cuando en realidad soñaba en secreto con una quinceañera virgen para acabar dejando tanto a esta como a las alegres musas y clavarse un cuchillo de matar cerdos. Su hermoso cuerpo joven seguramente se habría descompuesto bajo tierra, se habría convertido en una masa informe y pestilente, aquel cuerpo que hacía apenas un año tanto habían admirado las féminas. Ahora, para colmo de males, el nuevo Gyula había matado hasta su recuerdo. No quedaba nada de él. Yo había ocupado su lugar y mi tiempo también había pasado. ¿Me esperaba a mí su destino?… Empecé a silbar porque temía echarme a llorar.

Los nuevos me inspeccionaron con curiosidad. Por sus rostros vi que lo sabían todo de mí, al igual que yo sobre el otro András. Me miraban con una taimada mezcla de repulsa y de admiración: yo era la leyenda que había nacido sobre la paja de los rumores en un establo mugriento y de aire viciado, bajo la siniestra constelación de la pubertad. Cuando veían a la señora, seguramente me recordaban, como antaño había hecho yo con el otro András, y

pensaban que yo no tenía nada de extraordinario para que su excelencia hubiese reparado en mí. En ese caso, ¿por qué no les correspondía a ellos el honor de ser el nuevo András? Y seguirían dándole vueltas a eso durante un buen tiempo, estarían malhumorados, distraídos e irritables, por las mañanas llegarían al hotel con ojeras y, si la señora llegara a desfilar ante sus ojos, los invadiría el ardor, como si desde debajo de su falda soplara un viento ardiente.

Estos ya no sabían que me llamaba Béla.

—András —así me presentaron.

En el bar ese nombre me sonaba bastante natural. Allí había sido András desde el primer momento, el András de los excelentísimos señores, el que de madrugada subía champán a la suite 205. Pero los compañeros de antes me habían conocido como Béla, y me entraron ganas de llorar al oír que me llamaban András.

Me cambiaba aturdido, me dolía la cabeza. Otras veces, a esa hora me había tocado desvestirme. Llevaba un año durmiendo durante el día y ahora —tras ese período que me pareció infinito— que había vuelto al alboroto del vestuario, todo lo que había sucedido en el intermedio me parecía tan caótico e ilusorio como si hubiera dormido o estado borracho durante un año entero, como si acabara de recobrar el conocimiento y de ver que… Sí que había perdido mi nombre. Que me había perdido.

Fueron unos minutos de pesadilla. Llevaba un año sin mirarme en el espejo a la luz del día, y ahora, al peinarme ante él, me percaté de que no solo había muerto mi nombre. No, aquel no era Béla. Me miraba un petimetre pálido y ojeroso, un lechuguino peripuesto de ciudad sin nada en la cabeza. András. El András de los excelentísimos señores.

¿Adónde había ido a parar Béla? Hacía un año aún soñaba con irse a América, tenía fe, trabajaba con tesón, estudiaba y —por no tener otra alternativa— robaba palabras del diccionario del primer conserje. Tenía la maleta llena de planes redentores, en su corazón repicaban las campanas de Pascua de Resurrección y se pasaba el

día entero escribiendo poemas. Había dejado de existir. Lo había enterrado vivo. Se había podrido, igual que Gyula.

Miraba la puerta nervioso. Elemér aún no había llegado y lo esperaba tan angustiado como si fuera mi juez, como si le tuviera que rendir cuentas de todo lo cometido en el curso del último año. Llevaba meses sin verlo, lo rehuía como al mal de ojo, descartaba la idea de que fuera él quien removía en el caldero de mi mente aquella mezcla sucia, asquerosa y maravillosa que es la conciencia de un muchacho de diecisiete años. Cuanto menos pensaba en él, más me preocupaba. Había crecido en mi interior, se había desarrollado como una elefantiasis psíquica de la que poco a poco había nacido un monstruo simbólico que, montado en una escoba, como los fantasmas que me asediaban de niño, pero con la apariencia real de un mozo de hotel, pasaba lista a todos mis pecados.

—Ah de la casa, ¿cómo andas, amigo?

Era Antal, que se había acercado al espejo; era el experto en amores desgraciados al que hacía un año había considerado tan ridículo cuando, entre susurros y con los ojos perdidos, hablaba maravillas de Flóra, la camarera de la tercera planta. Ahora él era el único a quien tomaba en serio. «Con él tal vez se pueda hablar —pensé—, seguramente me entenderá». Me acerqué y le puse la mano en el hombro.

—¿Cómo está Flóra? —le pregunté en voz baja.

Me miró sorprendido.

—¿Esa zorra asquerosa? Amiguito —hizo un ademán de desprecio—, eso es agua pasada. ¿Tienes un pitillo?

—Sí.

Fumamos. En un rincón estallaron risas estridentes. Los dos miramos en esa dirección. Gyula, el nuevo Gyula de pestañas largas, enseñaba unas bragas de color rosa a los compañeros.

—Son unos inmaduros —gruñó Antal con desprecio—. Te juro que los nuevos no valen nada. —Dio una chupada al pitillo y añadió —: En nuestros tiempos los muchachos eran muy distintos.

—Sí —concedí, y le di una calada al cigarrillo—. ¿Te acuerdas de nuestro Gyula?

Así lo dije, «nuestro Gyula», y Antal asintió, dando a entender que compartíamos un código.

—¿Sabes que su sustituto está aquí de fogonero?

No le comprendí.

—¿Cómo que su sustituto?

—El que se casó con su novia.

—¿Con Katica? —pregunté en voz más alta de lo que hubiera querido—. ¿Katica se ha casado?

—Sí, ¿por qué te sorprende tanto?

—No es eso, sino que…

De pronto me pareció ver a Katica, sacudida por el llanto, en lo profundo del parque, diciendo —oía incluso su voz fina y ahogada —: «Dios mío, me volveré loca por todo esto».

Pero no había enloquecido. Se había casado con el fogonero. La novia de Gyula se había casado con otro, al igual que le habían dado a otro su armario, su uniforme, incluso su nombre. No tenía nada de extraño.

—¿Qué hay de Elemér? —me interesé.

—¿Tú qué crees? —Y se encogió de hombros—. Sigue igual. Ahora trata de introducir a los nuevos en los secretos del socialismo.

«Sí, debe de estar paseando con algún colega nuevo por Buda», pensé, y me invadieron unos celos feroces y pueriles, aunque hubiera preferido irme al infierno antes que pasear con él por la ciudad.

—¿El señor comandante lo sigue odiando?

—Pues claro —asintió Antal un poco irritado—. Desde hace cuatro años no oigo otra cosa que a Cara de Palo lo odian sus superiores y sin embargo —apenas logró disimular su envidia—, lo creas o no, la semana pasada fue a él a quien eligieron para suplir al primer conserje. ¿Te entra en la cabeza?

—No —dije, ya que en efecto no lo entendía—. ¿De modo que sigue en el vestíbulo?

—Sí —soltó Antal con aire resignado, y bostezando empezó a peinarse—. Me han dicho que a ti también te colocarán allí.

—¿En el vestíbulo? —pregunté estupefacto.

—Sí —asintió con indiferencia, porque estaba muy ocupado con su peinado y no se percató de mi susto—. Oye, ¿ni siquiera sabías que lo de Flóra había terminado? Pues amiguito —y dejó ir un silbido—, un día te contaré unas cuantas cosas más de aquella zorra asquerosa.

El resto no lo oí. Solo podía pensar en que a partir de entonces tendría que estar con Elemér todo el día, y la idea me parecía insoportable. Subí a toda prisa a los despachos, porque aún tenía la esperanza de que la noticia no fuera más que un rumor, pero allí me enteré de que no lo era. Me habían colocado en la conserjería y en escasa media hora estaría al lado de Elemér, sin la menor esperanza de escapar de él.

Estábamos junto a la columna más próxima a la salida, la que el señor comandante solía llamar, en sus órdenes y disposiciones, la número uno. El entusiasta militar había designado con números las columnas de mármol del vestíbulo, como suele hacerse con las cimas en los mapas estratégicos. Cada una de ellas tenía su propio cometido. Junto a la número uno debía «formar fila la reserva», o sea, los botones que en el momento no tuvieran nada particular que hacer. Teníamos que colocarnos en línea recta, a exactamente un paso del otro, con guantes blancos, independientemente de si era verano o invierno, uniforme reglamentario, en posición de descansen y con la sonrisa de rigor. Cuando llegaban huéspedes y superiores siempre nos poníamos en posición de firmes, inclinábamos la cabeza, sonreíamos más y dábamos un taconazo. Estaba prohibido sentarse y también hablar, pero esta última regla la solíamos burlar. Con la boca cerrada hablábamos con tal maestría que quien estuviera a diez metros no se percataba de nada.

Cuando me coloqué a su lado, Elemér estaba solo junto a la columna número uno.

—Hola —le susurré sin mover la mandíbula.

—Hola —me devolvió el saludo del mismo modo.

No nos miramos, también estaba prohibido. También solíamos burlar aquella norma, pero ahora los dos nos aferramos a ella. Siguió un silencio más bien largo. En la pared de enfrente había una chimenea con un reloj sobre la repisa. Yo miraba el vaivén soñoliento del péndulo e iba contando en voz baja, como hacía antes de dormirme en noches de insomnio. Ya me había adentrado en la selva de las centenas cuando Elemér me dio un codazo.

—Que viene Mussolini —bisbiseó.

Me cuadré, incliné la cabeza, sonreí y di un taconazo. El comandante pasó a nuestro lado.

—¿Desde cuándo lo llamáis Mussolini? —inquirí.

—Hace tiempo —dijo—. Muy acertado, ¿no?

—Genial.

Entonces la conversación volvió a encallar. En el vestíbulo hacía un fresco agradable y sin embargo yo sudaba sin parar. Serían las nueve de la mañana, los madrugadores ya habían salido y los que se levantaban tarde aún no habían aparecido. Por la sala solo vagaban cuatro o cinco huéspedes, las alfombras mullidas amortiguaban el ruido de sus pasos. De vez en cuando sonaba el teléfono y luego otra vez silencio. El péndulo del reloj se movía con una monotonía exasperante. Me sentía como si un ejército de hormigas caminara por mis nervios.

Miré a Elemér con el rabillo del ojo. Estaba tranquilo. Siempre me había irritado su tranquilidad inquebrantable, pero ahora directamente lo odiaba. «Parece estar tallado en madera —pensé—, de madera y de papel, relleno de ideales. Lo que tiene en la cabeza es tinta de imprenta, y por sus arterias también fluye tinta. No llora, no se ríe. Tiene el corazón de madera. Es invulnerable. Otros sufren, se emocionan, se dejan el alma, pero él no hace más que estar ahí con cara de palo, como si hubiera dado con la piedra filosofal, como si no le pudiera suceder nada malo en esta vida. El comandante lo odia, todos sus superiores lo odian, pero a él eso le

trae sin cuidado. Como si le pareciera lo más natural del mundo. No se hace el ofendido, pero tampoco busca los favores de nadie. Sin embargo, es a él a quien llaman si surge algo difícil de solucionar; es el primer botones que ha llegado a suplir al primer conserje».

No, a nadie le entra en la cabeza, Antal tiene razón. Los demás ya pueden matarse trabajando para que los peces gordos los aprecien, él se comporta ante los jefes como si fuera una máquina. Echan la moneda y sale el trabajo. No tiene ni una palabra amable, ni una sonrisa. Recibe las órdenes con un silencio gélido, casi hostil, y las lleva a cabo con la misma frialdad. Resuelve hasta los problemas más imposibles, lo sabe todo, entiende de todo, pese a que le importa un comino lo que hace. ¿Cómo se lo monta? ¿Qué es lo que le proporciona ese tesón, ese aguante repugnante e insoportable? Lo odiaba por su tranquilidad, tanto que hubiera sido capaz de estrangularlo.

Entonces, inesperadamente, me dirigió la palabra.

—He pensado mucho en ti.

Lo dijo con una voz sin matices, sin énfasis, tal como otros dirían: está lloviendo o hace sol. Era una afirmación impasible, objetiva, pero yo sabía que el sol brillaba realmente si era él quien lo afirmaba, y en mi corazón levantó el vuelo una tímida alegría.

—Yo también —le dije con tanta avidez que luego me avergoncé.

Otra vez adoptamos la posición de firmes, inclinamos la cabeza, sonreímos, dimos un taconazo. Casi todos eran huéspedes nuevos. Apenas había rostros conocidos.

—¿Qué tal los compañeros de ahora? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Oh —dijo—, igual que los de antes. Entre ellos hay uno que tiene las ideas bastante claras. Un proletario. Tiene quince años y ganas de aprender, es muy entusiasta. Bueno —añadió luego y se le oscureció la voz—, con el tiempo también a él lo echarán a perder.

«A él también —repetí en mi interior—. A él también».

—¿Cómo se llama?

—¿Ese chico?

—Sí.

—Laci.

—¿Se interesa —tragué saliva— por el movimiento?

—Sí.

—Entonces —volvía a tragar saliva—, entonces, ¿te has hecho amigo de él?

—No —dijo—, a mí me cuesta mucho. ¿Tú has trabado amistad con alguien?

—No. Yo no.

Me miró; fue la primera vez que me miró. Sentí que me ponía rojo.

—Tengo mal aspecto, ¿verdad? —le pregunté turbado—. Es por trabajar de noche… bueno… no me siento muy bien.

Del rostro de Elemér desapareció la sonrisa reglamentaria.

—Te recuperarás, Béla —dijo muy serio, con sencillez y supe que no se refería a mi estado de salud.

De repente renació la relación de antes, de cuando íbamos a pasear por las tortuosas callejuelas de Buda y hablábamos de las grandes cosas de la vida. Era la vieja emoción de cuando paseábamos bajo las ventanas con geranios, cuando nuestros pasos resonaban alegres por los adoquines y alguien tocaba el piano en una pequeña casa de planta baja: «Para Elisa»… «Tal vez algún día volvamos a pasear por aquellas calles —pensé—, y entonces todo se arreglará».

Seguimos hablando en voz baja. Durante media hora todo pareció sencillo. Y entonces se detuvo ante la entrada el coche del Sabueso.

Todos mis nervios se tensaron. «¿Qué sucederá —pensé—, si me llama a un rincón, como solía hacer en el bar? Elemér enseguida se dará cuenta de que…».

Me cuadré, incliné la cabeza, sonreí, di un taconazo.

No, el Sabueso no me reclamó. Venía con prisas, como siempre, miró alrededor con precipitación, parecía un médico

extremadamente ocupado. Al pasar a mi lado me extendió un maletín y me indicó que lo siguiera. Avanzaba delante de mí con pasos rápidos y renqueantes, su prótesis chirriaba. Sentí la mirada de Elemér clavada en la espalda.

El ordenanza venía detrás de nosotros, cargando dos pesadas maletas.

—Pasa tú primero —le dijo el Sabueso al llegar al pasillo de servicio.

El joven con cara de mastín cumplió la orden sin hablar. Nunca preguntaba, nunca abría la boca, y siempre me daba la impresión de que estaba al tanto de todo.

Avanzamos por la zona de cocinas. Por el aire húmedo se esparcía un fuerte olor a comida, las paredes grasientas parecían sudar, el vapor dejaba su aliento sobre las desnudas bombillas envueltas en alambre. El Sabueso se paró en seco.

—¿Por qué no has llamado? —disparó, sin levantar la voz.

—Es que… aún no me he enterado de nada.

—¿Así estamos? —Y no dijo nada más, pero sus ojos amarillos, que parpadeaban sin cesar, hablaban por sí solos. Me miraba con desconfianza, su mandíbula temblaba nerviosa bajo su piel tensa—. ¿Así estamos? —repitió—. Y entretanto, ¿qué has hecho?

Me encogí de hombros con timidez.

—Necesito más tiempo.

—Te he preguntado qué has hecho.

—Pues… tener los ojos bien abiertos.

—¿Y qué más?

—No me he enterado de nada —le repetí avergonzado.

—¿Así estamos? —volvió a decir, levantando la voz—. Pues ten mucho cuidado, no vaya a ser que me entere yo de algo.

Las rodillas me empezaron a temblar. Ya veía ante mí al hombre bajo, de hombros anchos, con sombrero de copa, aguardando apoyado en su bastón… ¿a quién esperará? ¿Qué querrán de mí? ¿Con qué derecho me amenaza este hombre? ¿Por qué les tengo

miedo? Elemér seguramente diría: yo no soy ningún chivato. ¿Por qué no lo digo también yo? Tarde o temprano lo averiguará.

—Señor doctor… le llamaré en cuanto sepa algo.

No respondió. Se quedó mirándome y de pronto me quitó bruscamente el maletín.

—Mejor será que te andes con cuidado —susurró. Se dio la vuelta y me dejó solo.

No sé cuánto rato me quedé en el pasillo; creo que bastante tiempo. De repente oí rumor de pasos. Solo entonces me di cuenta de que estaba fumando, no recordaba haber encendido un cigarrillo. Lo escondí en la mano y me metí rápido en los servicios.

Tragué el humo con avidez. «Mejor será que te andes con cuidado. Mejor será que te andes con cuidado. Mejor será que te andes con cuidado…». Aquellas palabras se repetían en mi interior con insistencia, como un disco rayado. Era incapaz de pensar. Terminé de fumar y volví a la columna número uno.

—Se ha olvidado de la propina, ¿no es así? —apuntó Elemér.

—Claro —repuse—, como siempre.

El rostro de Elemér reveló que estaba furioso.

—Asqueroso chivato —rezongó—. Me gustaría saber con qué derecho te hace llevarle la maleta.

Hablaba sin sospechar nada, estaba claro, pero en lugar de alivio sentí un enorme peso en el corazón. Estaba tremendamente avergonzado. «¡Soy un gusano!», pensé asqueado, y de súbito me di cuenta de que no podía continuar callando, que pasara lo que pasase se lo tenía que contar todo.

—Elemér —musité, atenazado por los nervios.

Me miró.

—Dime.

—Quiero contarte algo.

Estaba temblando. Creo que Elemér enseguida se dio cuenta de qué me pasaba. El péndulo del reloj parecía moverse con mayor rapidez y el aire se caldeó a nuestro alrededor.

—Sí —dijo, y también él pareció nervioso—. Dime, Béla.

Entonces en la conserjería sonó el timbre de los botones.

—¡Elemér! —gritó el primer conserje, y Elemér tuvo que acudir a la llamada.

Lo mandaron a las oficinas de aduana. Regresó por la tarde y hasta la noche no nos volvimos a encontrar.

—¿Qué querías decirme? —preguntó en cuanto nos quedamos a solas.

Pero el hechizo se había roto y yo había recobrado la serenidad.

—Vaya —dije esforzándome por parecer despreocupado—, lo he olvidado. No debía de ser tan importante.

Elemér me lanzó una mirada extraña pero no dijo nada. Calló como solo él sabía hacerlo y nunca más mencionó el asunto.

Los días se alejaron arrastrándose lenta y penosamente. Martes, miércoles, jueves… Había transcurrido una semana desde que logré deslizar el papel de la desesperación en la mano de la señora y seguía sin suceder nada. Ella pasaba varias veces al día por delante de la columna número uno y yo no podía decirle nada, ni siquiera sabía si me habría visto.

Un día intercambié unas palabras con ella, gracias a César. Al verme, el perro tiró de la correa hasta soltarse y se me echó encima. Se apoyó con las patas delanteras sobre mis hombros y me lamió por doquier, gañendo y dando sacudidas.

Me contagió la emoción. «Si volviera a sacarlo a pasear —pensé —, entonces podría subir cuatro veces al día a la doscientos cinco y…».

—¡César! —gritó la mujer, pero el perro no le hizo caso.

Finalmente fui yo quien lo arrastró hacia la dueña. Era mediodía, había mucho ajetreo a nuestro alrededor. Allí estaba, ante ella, desesperado y necesitado, pero ¿qué podía decirle?

—¿Puedo sacarlo a pasear? —aventuré tímidamente.

—No —contestó—. César se viene conmigo.

No fue hostil, tampoco simpática; fue la excelentísima señora. Sencillamente había hablado con un botones, y en ese instante me

pareció increíble que hubiera habido entre nosotros algo distinto a lo que suele haber entre dos seres tan diferentes.

A partir de entonces no hubo ni conversaciones breves. Un compañero subía dos veces al día a por César y lo sacaba a pasear. El primer conserje siempre mandaba al que no tenía otra cosa que hacer, pero se olvidaba de mí a propósito. César, al verme, se me acercaba corriendo, y cuando lo alejaban a rastras ladraba y mordía. En fin, él tampoco pudo hacer nada. Los dos éramos unos perros desgraciados, por mucho que nos rebeláramos contra nuestro destino.

Los días pasaban y nada se movía. Mi vida consistía en esperar y a veces ni siquiera sabía a qué. Me emborrachaba cada noche, pero aun así era incapaz de dormir más de tres o cuatro horas.

Tenía los nervios destrozados. Los campesinos no aguantan estos males. Del mismo modo que ciertas tribus primitivas fuertes habían perecido de enfermedades venéreas que no hacían el menor daño a los pueblos más débiles y pervertidos, un campesino fuerte como un buey sucumbe a veces a causa de males psíquicos que un señorito enclenque supera en dos semanas. Casi se me va la vida en ello. Estaba perdido, me consumía. Pretendía entender a toda costa lo que no se podía comprender con mente campesina, entreveía enigmas allí donde otros solo veían hechos, y tardé varias semanas en enterarme de lo que —salvo yo— todo el mundo sabía.

Todo empezó con una cajetilla de Amneris. Una noche de finales de junio, el primer conserje me dijo:

—Sube una cajetilla de Amneris a la trescientos dos.

Era la habitación donde se hospedaba el alemán de Franciska. Cuando yo llegué al hotel, ya vivía allí; desde tiempos inmemoriales él era para nosotros el número 302.

Pero me abrió la puerta una mujer joven. No me dejó entrar, solo extendió la mano por el resquicio de la puerta. Era una mujer hermosa, de muy buen ver, y me di cuenta de que estaba medio

desnuda. No entendí nada. ¿Se habría pasado el alemán a las mujeres?

—¿Qué ha pasado con el novio de Franciska? —le pregunté a Antal cuando bajé al vestíbulo.

Se quedó perplejo y no me pudo aguantar la mirada.

—Se ha trasladado —apuntó.

—¿Ha vuelto a Alemania?

—No. Se aloja en el Hungária.

—¿En el Hungária? —pregunté con asombro—. ¿Qué me dices? ¿No habrá roto con el muchacho?

—¿No lo sabías? —preguntó en un tono extraño.

—No —dije, y de pronto me invadió el desasosiego—. ¿Por qué? —le interrogué—. ¿Qué ha pasado?

Antal se ruborizó.

—Pues… no lo sé.

Tartamudeaba, se balanceaba al hablar, estaba confuso. Por mucho que le preguntaba, una y otra vez terminaba diciendo que no sabía nada más.

Con aquella mentira me enteré de la verdad. No lo comprendí paso a paso, a base de deducciones lógicas, sino más bien con un fogonazo, de manera instintiva. Me pareció oír la voz de Franciska cuando en el monte Gellért me dijo con arrogancia, encogiéndose de hombros:

«Unos nacen así y otros solo lo hacen. Yo solo lo hago».

Veía hasta los gestos con los que acompañaba lo dicho y aquella sonrisa perversa que se le había dibujado en los labios.

«¿Y por qué no lo voy a hacer si me conviene? Terminaré casándome y…».

Aquella noche no pude dormirme ni siquiera con *pálinka*. Veía a la señora desnuda en la cama, pero el que estaba a su lado era Franciska. Lo más suave que se me pasó por la mente fue estrangularlos en cuanto llegara al hotel, pero curiosamente a la mañana siguiente caí en el extremo opuesto. La idea me parecía absurda. ¿Ella y Franciska…? Ridículo. «Estoy loco —pensé—, todo

eso no es más que una monstruosa creación de mi fantasía». Pero por la noche volví a imaginarlos en la cama; los veía desde tan cerca, con una nitidez de la que solo es capaz la lente de los celos por la que se mira cuando se está solo por la noche y se piensa en una mujer que no está sola.

Un día me cansé de tanta duda. Sucedió de una forma inesperada. Estaba llamando por teléfono por encargo de un huésped cuando a través del cristal de la cabina la vi entrar en el ascensor. Era por la tarde, todavía hoy recuerdo que eran las siete menos cuarto. Miré el reloj. «Dentro de dos minutos estará en su habitación —pensé—, en tres minutos, a lo sumo. Añado dos más: cinco. Cinco por sesenta, trescientos». Empecé a contar.

De repente no comprendí por qué no la había llamado hasta entonces. Cierto es que me había prohibido llamarla, pero ahora se trataba de otra cosa, era cuestión de vida o muerte, ella también lo sabía, se lo había escrito en aquel papel. Doscientos cincuenta y dos, doscientos cincuenta y tres, doscientos cincuenta y cuatro… Sí, lo entenderá.

¿Lo entenderá? ¿O será mejor dejarlo y consultarlo con la almohada?

El teléfono sonó, nadie lo cogía. Ya me disponía a colgar cuando contestaron:

—¿Diga? ¿Quién habla?

—Béla —dije muy nervioso.

—¿Quién? —preguntó.

—Béla —repetí, y solo entonces me acordé de que ni siquiera sabía mi nombre real—. András —me corregí rápidamente.

La voz de la mujer experimentó un cambio repentino.

—¿Cómo? —me reprendió gritando—. ¿Me vienes con nombres falsos?

—Es que —tartamudeé—, yo… me…

No pude acabar la frase.

—¿No te había prohibido llamarme? —gritó—. Si vuelves a molestarme, sea por teléfono o de cualquier otra forma, entonces…

—Por favor… haga el favor de…

—… entonces tú tendrás la culpa de las consecuencias. ¿Has entendido?

—Por favor —le rogué—, escúcheme, por favor… yo…

—¿Has entendido? —repitió ruda y amenazante, y luego oí un chasquido.

Se acabó. Se cortó. El aparato estaba mudo y en mi interior se produjo un silencio pavoroso.

¿Se acabó?

Colgué el auricular lentamente, con mucho cuidado. Ahora subo y…

No vas a subir, decía el campesino sereno. Vas al primer conserje y le pides que te deje ir a casa. Por el camino te compras una botella de *pálinka*. Dormirás. Pondrás punto final a este día. Porque si no, acabarás subiendo y entonces…

Y entonces, ¿qué?

Y entonces, nada. Dormirás. Este día se ha acabado.

Salí de la cabina. Me encontraba a unos veinte pasos del primer conserje, pero esos veinte pasos no los olvidaré. Tenía los sentidos inusualmente afilados y sin embargo parecía estar soñando. Avancé por la mullida alfombra como por una ciénaga en la que uno teme hundirse en cualquier instante.

—¿Qué te pasa? —me preguntó el primer conserje.

—No lo sé.

Me miró extrañado, me pareció que demasiado rato. Hasta que dijo:

—Puedes irte.

Me fui a casa. Por el camino me compré una botella de *pálinka*.

Pero el día aún no se había acabado.

7

Nada más llegar al pasillo vi que estaba encendida la luz del cuarto. Serían las ocho. El lucero de la tarde titilaba adormecido sobre el patio y por el pasillo se difuminaba una penumbra azulada. El tío Gábor babeaba sentado a la puerta de su piso. En la segunda planta alguien tocaba la armónica.

Estaba nervioso. Traté de adivinar quién estaría en nuestro piso. ¿Manci? ¿Mi madre? En la cocina no había nadie. Cuando entré en la habitación me quedé parado en el umbral sin poder decir nada.

Vi a mi padre. La lámpara de petróleo arrojaba una luz vacilante, su sombra se movía en la pared. Estaba sentado a la mesa junto a mi madre. Me quedé boquiabierto. Había echado canas. En la cabellera azabache se destacaban mechas plateadas, y no solo había encanecido. Estaba pálido, descarnado. La nuez de Adán le sobresalía del cuello delgado, la ropa raída le quedaba ancha. Miguelindo se había convertido en un hombre deslucido, había envejecido, al igual que mi madre. La última vez que los había visto juntos se besaban en el portal, bajo las nubes rosas, estaban achispados, locos, jóvenes, cantaban con el viento de la madrugada y mi padre le arrojó un pengo al portero. Ahora todo aquello parecía difícil de creer. Junto a la mesa se veía a dos personas marchitas y viejas; la lámpara humeaba, apenas tenía petróleo.

Mi padre me sonrió, y yo traté de corresponderle.

—Buenas noches —dije con voz ronca.

—Buenas noches —contestó mi madre.

Mi padre no dijo nada. Se puso en pie, se me acercó e hizo algo que nunca había hecho: me abrazó y me besó. Vi sus ojos llenarse

de lágrimas y no pude dominar mis nervios destemplados. Rompí a llorar. Mi madre también sollozó, calladamente.

—Estamos apañados —gruñó mi padre, e hizo un esfuerzo por reírse.

Mi madre también se rio, y yo. Al final nos reímos los tres.

Luego se produjo un silencio incomprensible a mi alrededor. Se me quedaron mirando sobresaltados y solo entonces me percaté de que yo seguía con las carcajadas. Me salían unos sonidos broncos e inarticulados, me sacudía una risa enfermiza. No podía dejar de reírme. Apreté las mandíbulas con fuerza pero aun así tardé varios minutos en serenarme. Dije algo entre dientes, traté de zanjar el asunto con una broma, no sabía qué hacer. Seguía allí parado, tal como había llegado, con el sombrero en la cabeza y la botella de *pálinka* en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó mi madre, sin duda para romper el silencio.

—*Pálinka* —dije algo turbado—. Es que… me lo dio un huésped. ¿Quieres probarla? —le ofrecí a mi padre.

—Gracias —contestó—, pero ya no bebo.

Los dos lo miramos estupefactos. Menudo problema debía de tener Miguelindo si ya no le apetecía la *pálinka*.

—¿Estás enfermo? —se interesó mi madre muy asustada.

Mi padre se echó a reír, pero ahora de todo corazón.

—¡Qué voy a estar enfermo! —exclamó—. Pero he dejado de beber y no quiero volver a empezar.

—Podrías beber solo un poco —lo animó mi madre, pero Miguelindo era un hombre de principios.

—No, cariño, ni un poco. No puedo hacer nada a medias. Así soy yo. Lo creas o no, también he dejado de fumar.

—¿En serio? —preguntó mi madre, incrédula; noté la preocupación en sus ojos—. ¿Qué te ha pasado, cariño?

—¿A mí? —Volvió a reír—. Simplemente que quiero ser una persona honrada y tampoco eso lo puedo hacer a medias. Desde

que salí… —Se interrumpió, porque mi madre lo avisó con la mirada —, bueno, desde hace dos meses…

El resto lo oí a medias: aquella palabra me seguía dando martillazos en el oído. «Salí…». O sea, que había estado en prisión.

En prisión. Imposible. Entonces no le hubiera escrito a mi madre que… O mejor dicho… Sí.

«Es posible que cuando te llegue esta carta yo ya esté en casa, pero también es posible que nunca os vuelva a ver».

No, esa carta no la pudo escribir desde la cárcel. En la cárcel se sabe con toda certeza cuándo se sale. ¿Y por qué pensaría que nunca nos volvería a ver?

¿Qué había pasado con ese hombre? ¿Dónde había estado? ¿Qué delito había cometido? ¿Por qué había echado canas?

—¿He entendido bien? ¿Llevas ya dos meses…? —preguntó mi madre.

—Sí —asintió mi padre—. Ayer hizo dos meses.

—Entonces, ¿por qué no has vuelto a casa?

—¿Por qué? —Mi padre se encogió de hombros con la mirada clavada en el suelo—. No quería volver como un mendigo.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí… buscando trabajo. Pero en provincias no hay trabajo y no quería volver a Budapest con las manos vacías.

—¡Qué tontería! —dijo mi madre—. Trajiste bastante mientras tenías.

—Es fácil cuando te sobra. Cuando no hay es cuando se nota si uno es un caballero o no. Yo no he nacido para ser mendigo, reina. Preferí dormir en el bosque.

—¿Has encontrado algo?

—Sí, pero poca cosa.

—Por lo que veo has hecho trabajos duros. Se te nota en la ropa.

—Sí —sonrió mi padre—. A la ropa le sentó mal, pero a mí de poco me ha servido.

—Una vida de perros —añadió mi madre con resignación—; eso no hay cristiano que lo aguante.

Suspiró hondo, pero mi padre no la secundó. Se sentó alegremente a su lado, le guiñó el ojo y le dijo con la antigua voz de Miska el Guapo:

—Pero te he traído algo.

—¿De verdad?

—Vaya que sí. Se acabó el Miska cantamañanas. No tenía dinero para sedas, pero he traído un papel.

—¿Cómo?

—Un papel. Aquí lo tienes.

Extrajo del bolsillo una hoja doblada.

—¿Qué es esto?

—Una declaración. ¿No lo ves?

—¿Qué declaración?

—Una declaración oficial.

Había que arrancarle las palabras: se notaba que disfrutaba mucho con la comedia.

—¿Y qué dice la declaración oficial? —le pidió mi madre.

—Vaya, ¿qué dice? Veamos. —Desplegó el papel con lentitud premeditada—. Pues dice que… —adoptó un tono solemne—, que Mihály T., de cuarenta y tres años de edad, de religión católica, con domicilio en Budapest, declara que contraerá matrimonio… Aquí tienes, léelo.

Mi madre empalideció hasta en los labios. La hoja le temblaba en la mano y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vamos, no llores —se burló mi padre—. Tú aún no lo has firmado. Estás a tiempo de echarte atrás.

Mi madre se rio, pero no dejó de llorar.

—Miska —tartamudeó—, eres un verdadero… un verdadero… —No encontraba la palabra adecuada por mucho que la buscara—. Un verdadero marinero —fue todo lo que logró decir.

El quinqué parpadeaba, nos quedamos casi a oscuras.

—¿Has oído? —preguntó mi madre lloriqueando—, ¿has oído, Béla?

—Sí —murmuré—. No estoy sordo.

—Anda, acércate —me animó—. Léelo tú también.

Me puso el papel en la mano y esperó mi reacción. En vano, porque yo seguí a callado.

—¿Es que no lo ves? —dijo emocionada—. Este documento dice… dice que… dejarás de ser un bastardo.

—Sí —susurré—. Es eso lo que dice.

Traté de hacer como si la cosa no fuera conmigo, pero tuve que contenerme para no volver a llorar o a reír. Me acordé de aquella tarde en casa de la tía Rozika, cuando «Piroska de mi alma» y su marido se llevaron a Istvány y los observé mientras avanzaban por la calle principal, a la izquierda la media ración de mamaíta, a la derecha el corpulento papá y en medio Istvány, cogido de las manos de ambos. Y unos días después llegó la postal en la que en lugar de István Cs. había firmado István K., y los bastardos la leímos durante el desayuno y nos quedamos callados, sin atrever a mirarnos el uno al otro.

«Hijo de la tía Rozika, ¿dónde está tu padre…?».

Oía las burlas que me seguían despertando de noche, y me imaginé parándome en medio de la calle para decirle a todo el pueblo:

—Decid lo que queráis, ya me da igual.

Mihály T., de cuarenta y tres años de edad, de religión católica, con domicilio en Budapest, pasó dos meses durmiendo en el bosque, pero no volvió con las manos vacías. Era un caballero de pies a cabeza. Trajo un regalo.

Queda por ver cómo se lo agradecí yo.

Sigo sin poder hablar del tema sin avergonzarme, así que seré breve. Sucedió a la tarde siguiente. Estaba cenando cuando un camarero me llamó desde la puerta:

—András, sube a recepción.

Nada más llegar al vestíbulo, vi que allí estaba la señora. Se me hizo un nudo en la garganta y se me cortó la respiración.

Serían las siete y media. Los empleados de recepción habían bajado a cenar y Elemér sustituía a uno de ellos. Estaba ante el casillero de las cartas cuando llegué al mostrador, de espaldas, así que tardó en verme.

—A sus pies, excelencia —atiné a decir preso de la emoción.

La mujer hizo un leve gesto, pero no abrió la boca. Elemér sacó un montón de cartas del casillero de la 205, se dio la vuelta y se acercó al mostrador.

—Han venido a verte —me informó—. Creo que es tu padre.

Señaló en dirección a la entrada. Allí estaba mi padre, bajo las pomposas columnas de mármol, los estucos dorados y las arañas de cristal, y en aquel ostentoso resplandor parecía aún más deslucido y miserable. Aparté la vista y dije en voz alta, para que ella también lo oyera:

—¡Qué va a ser mi padre!

Así sucedió. Nada puedo añadir como atenuante.

—Ven, rápido —le susurré a mi padre antes de que pudiera abrir la boca, y salí con él a la calle.

El pobre hombre me escrutó con la mirada.

—¿No armarán jaleo por haberte llamado?

—Pues, a decir verdad —refunfuñé—, no lo ven con buenos ojos. ¿A qué has venido?

—Tenía pensado hablar con el primer conserje. Tal vez pueda darme algún trabajo en el hotel.

El corazón me dio un vuelco.

—El primer conserje no está —dije con la garganta reseca y, aunque sabía que solo había bajado a cenar, añadí—: No creo que vuelva hoy.

—¿Podrías decirle tú algo? —me preguntó sin sospechar nada.

—Claro.

—Dile —carraspeó nervioso— que estoy dispuesto a aceptar cualquier trabajo… hasta lo más degradante. —Sonrió torpemente y

no me miró a la cara—. Te sorprende, ¿verdad?

—¿Por qué iba a sorprenderme?

—Pues por haber caído tan bajo. Bueno da lo mismo, maldita sea. Con el orgullo de tu madre no se puede comprar pan. —Miró por encima de mi cabeza, como si examinara el cielo—. ¿Te has dado cuenta de lo mal que está?

—Sí —asentí, y me dio un retortijón.

—Su tos no me gusta nada. Tose mucho.

—Sí —asentí de nuevo.

Luego nos quedamos allí parados sin decir nada.

—Bueno, hasta luego —dijo por fin turbado y nervioso, y se fue rápido, como quien huye de algo.

Me quedé mirando cómo se alejaba en la oscuridad con la espalda encorvada y pensé: «Tal vez ha matado a alguien». Y en ese momento lo quise más que nunca, y me sentí tan culpable como si fuera yo quien hubiese cometido un crimen.

Me invadió un miedo enfermizo. No me atreví a volver al hotel, pues temía no poder mirar a Elemér a la cara. Deambulé por las calles como un asesino que huye de su juez.

Hacía mucho calor y todo estaba muy oscuro. En el cielo encapotado, sin estrellas, se concentraban nubes negras, en el aire pesaba un vaho agobiante. Me resistía a pensar. «Solo una copita», me dije, y entré en la primera tasca que encontré.

Era un local de mala muerte. Lo iluminaba una sola bombilla, que colgaba de una lámpara de gas llena de telarañas. Tras el mostrador había un anciano jorobado, por toda clientela tenía un gato mugriento que ronroneaba a sus pies. Me tomé un vasito de *pálinka* sin sentarme y pagué. Me disponía a salir cuando cambié de opinión.

—Póngame otra.

En la pared había un reloj de hojalata abollado, en la manilla se rascaba una mosca. Marcaba las ocho menos cuarto. «¿Qué puede pasar? —me dije—. A las ocho me relevan. Elemér pensará que

estoy hablando con mi padre, y cuando regrese el primer conserje ya estarán los del turno de noche».

—Otra más —dije.

Me metí en un rincón y bebí sin parar hasta las ocho y media. Entonces me dije: «A estas horas seguro que ya se ha ido a casa». Pagué, me puse en pie y salí; el mundo me daba vueltas.

Fuera lloviznaba, pero el calor seguía apretando. Caían gruesas gotas tibias, como de vapor condensado. Iba exhausto, el corazón me latía inquieto. En el hotel teníamos que presentarnos antes de irnos, pero afortunadamente el primer conserje estaba ocupado con un cliente y ni me miró. Llegué sin sobresaltos al vestuario y empecé a cambiarme.

Al verme en el espejo, sentí un odio irracional. Ningún rostro humano me había dado tanto asco como entonces el mío.

—¡Puaj! —exclamé, y escupí al espejo.

Salí dando tumbos. El sótano estaba desierto, no me crucé con nadie. Pero al salir por la puerta de servicio alguien me tocó el hombro en la penumbra.

Me estremecí. Era Elemér. Estaba en la puerta y me miró cariacontecido.

—¿Has bebido?

—Sí, he bebido. ¿Y qué?

Elemér volvió la cabeza. Estuvo un rato sin hablar, luego dijo sin mirarme:

—Con eso no se arregla nada.

—¿Se te ocurre algo mejor? —le pregunté con hostilidad.

No me contestó. Estábamos bajo la llovizna en silencio.

—¿Vas para casa? —soltó al fin.

—Sí.

—¿Te puedo acompañar hasta la estación de Nyugati?

—¿Para qué?

No me contestó. Caminamos en silencio. De pronto me cogió del brazo.

—Béla —dijo en voz baja—, espabila. ¿Es que no te das cuenta de hasta dónde has llegado?

—Digamos que me doy cuenta. ¿Y qué? —Le miré desafiante—. ¿Por qué te andas con rodeos? Dilo y santas pascuas.

—¿Qué tengo que decirte?

—Lo que piensas. Que estoy podrido.

Elemér me miró. Sus ojos de perro viejo eran inusualmente mansos, pero —resulta difícil de explicar— también reflejaban rigor.

—Pienso —dijo con tranquilidad y sencillez— que lo que está podrido es la sociedad que hace que un chico honrado de diecisiete años caiga tan bajo. Y tú te sientes mal por haber querido entrar en esa sociedad a pesar de que sabes cómo es. Sin convicción ni siquiera se puede ser burgués. O una cosa u otra. No se puede chapotear en las aguas del diluvio y estar al mismo tiempo en el arca de Noé. Nosotros somos el Noé de esta época. No podemos mezclarnos con ellos. ¿Me entiendes? No podemos mezclarnos con ellos. Debemos encerrarnos en el arca de nuestra convicción y solo podemos ver su mundo a través de la ventanilla. ¿Te acuerdas de lo que dice la Biblia sobre Noé? «Y tras él cerró Yahvé la puerta».

«Habla como un catequista», pensé irritado, y no pude prestar atención a lo que decía. Las imágenes se entremezclaban en la neblina de mi mente. La señora en el hotel, saludándome con un gesto breve e indiferente, y Franciska en el monte Gellért diciéndome con su sonrisa de pervertido: «¿Y por qué no lo voy a hacer si me conviene?». Y mi padre tal vez había matado a alguien, y mi madre tosía mucho, y ¿qué pasaría si el Sabueso se las arreglaba para que me echasen del hotel?

—En la sociedad del futuro… —explicó Elemér con su voz docta y seca. Estallé:

—¡Déjame en paz con lo de la sociedad del futuro! —grité—. Estamos en mil novecientos treinta, con Miklós Horthy en el palacio real. El campesino no puede comprar pan aunque trabaje catorce horas al día, y si me muero de hambre no me resucitará la sociedad del futuro. ¡A ver, dime qué hay que hacer en esta sociedad! ¿O es

que crees que el enfermo de cáncer sufre menos si le demuestran que dentro de cien años su enfermedad ya se podrá curar? A ti siempre te duelen los problemas de la sociedad. Dime, sabihondo, ¿qué pasará con mis problemas?

—Desaparecerán junto con esta sociedad —contestó Elemér tan tranquilo—. Todo cambiará cuando cambie la sociedad.

—¡Ah, carajo! —gruñí—. La naturaleza humana no cambiará. Entonces tampoco castigarán a una mujer por no corresponder el amor de un hombre y el hombre seguirá sufriendo igual. ¿O es que en la sociedad del futuro no habrá amor?

Elemér no contestó.

—Ahora callas, ¿verdad? —gruñí con sorna—. A eso no sabes responder.

Elemér me miró.

—Quizá no quiera contestar.

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta personalizar. Tú hablas del Amor con mayúscula, pero yo sé que te refieres a una persona en concreto.

—¿Y qué? —le dije con hostilidad.

Le contagié la irritación.

—Por el amor de Dios —dijo con una vehemencia poco común en él—, ¿sigues sin comprender que estás confundiendo los conceptos? ¡Amor! Ridículo. Una burguesa se aprovechó de ti, eso es todo. Hiciste de András. Ni siquiera se tomó la molestia de aprender tu nombre. Anteayer, András había sido un Dezsö, ayer un Béla, hoy un Franciska y mañana, ¿quién sabe? ¿Qué tiene que ver eso con el amor? No es más que un síntoma. Una minúscula parte de la *Überbau*, la superestructura de la que Karl Marx dice…

—¡Me cago en Karl Marx!

Elemér se detuvo. En su rostro gris e impasible nunca había visto tanto arrebato.

—¿No te da vergüenza? —me reprendió, sin por ello levantar la voz—. Tal vez en este preciso momento estén torturando a muerte a un camarada por haber sido fiel a los ideales marxistas. Muere por

nosotros, ¿entiendes? También por ti. ¿Y tú dices que te cagas en Marx, y reniegas de tu padre para quedar bien ante una ramera forrada de dinero? ¿Sabes cómo llama Marx a la gente como tú? Lumpenproletariado. Te comportas como un lumpenproletario.

—Y tú como un viejo rabino judío —le espeté—. Pretendes explicar la vida con el Talmud *kosher* de Marx. Tercer tomo, página cuatrocientos sesenta y ocho, párrafo doce: Amor. ¿Qué sabes tú del amor? Pareces hecho de madera, de madera y papel, estás relleno de teorías. Lo que tienes en la cabeza es tinta, y en lugar de corazón tienes un gramófono marxista. Te odio, ¿me entiendes? Siempre te he odiado. Me cago en ti y en tu marxismo judío. ¡Adiós!

Un tranvía se detuvo ante nosotros; me subí a él y me largué.

Así sucedió. Nada puedo añadir como atenuante.

Por la mañana, al llegar al hotel, presentí que algo había pasado. Me vino a la mente aquella siniestra noche de primavera en que todos callaban y yo no me enteré hasta horas más tarde de que Gyula se había suicidado. Entonces sentí la misma angustia imposible de explicar, el mismo desasosiego extraño y sin causa aparente que me invadía ahora.

Echaba en falta algo, no puedo expresarlo de otra forma. Presté atención a mi alrededor, pero no noté nada. La actividad del personal seguía su silenciosa órbita, como una estrella distante a la que no afectan las vulgares leyes de la tierra. Por el sótano no pasaba nadie. Reinaban el silencio y el olor a moho, en alguna parte zumbaba monótonamente una dinamo, las paredes temblaban en la penumbra amarillenta.

De pronto me detuve. Ya sabía de qué se trataba: faltaba el alboroto de los compañeros, ese barullo alegre y familiar que se oía cada mañana en el sótano entre las siete y media y las ocho. Ahora todo estaba en silencio, en un silencio incomprensible, tanto que mis pasos creaban un eco extraordinario bajo las desnudas bóvedas de cemento.

Primero pensé que había llegado tarde. Tal vez se nos había parado el reloj. Eché a correr, pero al entrar en el vestuario me di cuenta de que el problema no era la hora. Allí estaban todos sin falta. Se desvestían, se ponían el uniforme, se lavaban como otras veces; pero ahora lo hacían como sordomudos.

Los miré estupefacto y se me cortó el aliento. En un rincón había un hombre bajo, ancho de hombros y con un sombrero de copa; leía el periódico apoyado contra la pared. Pasaba las hojas con aparente indiferencia e interrumpía el insondable silencio al hacerlo.

—Es un polizonte —murmuró Lajos sin mover los labios. Paseó la mirada por el recinto y luego añadió con nerviosismo—: Ha venido a por Cara de Palo.

Estábamos a unos diez pasos del tipo. Lajos se encontraba ante su armario, la puerta lo ocultaba. Mi armario estaba al lado del suyo, lo abrí con un movimiento automático. Lajos dio un paso atrás y echó una rápida ojeada al agente, luego volvió a esconderse y me hizo una seña para que me acercara.

—Ten cuidado —susurró—. A Antal quiere sonsacarle con quién se lleva bien Cara de Palo.

—Vale —le respondí en voz baja, y me asomé desde detrás de la puerta.

El armario de Elemér estaba en el otro extremo del cuarto. Se cambiaba sentado en un banco. No se le notaba preocupación alguna. Se quitaba el uniforme como si hubiera llegado la noche y se fuera a casa pensando en la cena.

Vi que el hombre del sombrero de copa lo observaba desde detrás del periódico. Era un hombre corpulento, de tez colorada y bigotes negros; en la nuca, mullida y rapada, traía un esparadrapo de color rosa. Ahora también llevaba el traje azul cruzado con el que lo había visto en el tranvía, del brazo le colgaba el grueso bastón de paseo. «En su interior lleva un puñal —pensé—, sin duda ahí tiene un puñal». Y entonces sucedió algo en mi interior.

Era lo mismo que había sentido de niño al enfrentarme a la clase o al arrojarle el tintero al gendarme. Y más adelante, al apretar la

mano del señor diputado o colocarme ante el revólver cargado de Franciska. Son instantes de la vida que no tienen explicación. Al ver al hombre bajo, ancho de hombros y con sombrero de copa en la calle, a cien metros de mí, enseguida desaparecía por una esquina y huía despavorido. Ahora que estaba a tan solo diez pasos de mí, no sentí miedo en absoluto. Solo sentía rabia, una indignación tremenda, una ira indescriptible.

—No lo mires así —me advirtió Lajos.

No contesté. De súbito supe qué debía hacer. Cerré la puerta del armario y giré sobre mis talones.

—¿Adónde vas?

—A donde está Elemér.

Lajos me agarró de la manga.

—¿Te has vuelto loco? También te detendrá a ti.

—¡Qué más da! —le dije alzando tanto la voz que todos me miraron, y me acerqué a Elemér.

En tales ocasiones resurgía mi alma de campesino. Caminaba como si calzara unas toscas botas y en ellas escondiera un cuchillo. Vi que el hombre del sombrero de copa me seguía con la mirada, lo que me causó un extraño placer.

Me acerqué a Elemér y le miré a los ojos.

—Tenías razón —dije bien alto, para que me oyeran—. Elemér, tenías razón en todo.

Nunca olvidaré la cara que puso Elemér en aquel instante. Cuando la recuerdo, me vienen siempre a la mente las pinturas primitivas de las iglesias de los pueblos que representan a rústicos ascetas. Su rostro flaco y demacrado palideció más de lo normal, y en sus ojos prematuramente envejecidos se reflejó una conmoción algo torpe. Duró dos o tres segundos, tras los que, para mi sorpresa, me soltó:

—A ver, ¿dónde está el pengo?

No entendí a qué se refería.

—Ya te dije que perderías la apuesta —añadió, casi con alegría, y entonces lo comprendí.

Así era él, así era Cara de Palo. Hasta en aquella situación se preocupó por mí. Por mí, que el día anterior le había dicho que en vez de corazón tenía un gramófono marxista.

Me ruboricé. Con dedos nerviosos saqué una moneda de un pengo del bolsillo y se la di. A Elemér se le cayó y me di cuenta de que lo había hecho adrede. Me arrodillé, él también se inclinó y cuando nuestras cabezas se encontraron, me susurró al oído:

—Sal de aquí.

Lo dijo en un tono imperativo y cumplí su orden. Al segundo me encontraba fuera del vestuario sin saber qué hacer. Enfrente estaba el servicio del personal. Entré, me encerré y encendí un pitillo. Las ideas se me enmarañaban en la cabeza y ninguna era capaz de salir entera. Chocaban unas con otras, se pisoteaban. «¿Por qué estoy aquí sentado? —me pregunté—. ¿A qué espero? ¿Por qué no hago algo?».

Me puse en pie de un salto. Ahora volveré y… Ignoraba lo que quería hacer. Deseaba que el policía me llevara con él y que todo el mundo se fuera al carajo.

Entré corriendo en el vestuario, pero Elemér y el polizonte ya no estaban.

—¿Dónde están?

—Se han ido.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

Salí corriendo. Iba lo más rápido que podía, galopé por los largos y tortuosos pasillos del sótano, pero no los vi en ninguna parte.

De pronto me quedé petrificado. Por la primera ventana que daba a la calle, a través del polvoriento cristal, vi a Elemér: el policía lo conducía esposado. El coche celular, la Berta Verde, como se lo llamaba en Újpest, estaba aparcado justo delante de la ventana y a su alrededor se había formado un corrillo de curiosos. Debían de ser empleados y funcionarios que se dirigían a sus oficinas, caballeros y señoras madrugadoras que iban en dirección al picadero o las pistas de tenis. Se notaba que habían desayunado abundantemente, que

habían leído el periódico con calma, que sus criadas los habían despedido con un besamanos al salir de casa; es decir, que era gente «de bien» que tenía poco que ver con su compatriota esposado, tan poco como con un negro zulú o un cazador de cabezas de las Indias Orientales cuya imagen habían visto por casualidad entre un noticiario documental y una película. Observaban el espectáculo gratuito con moderado interés, sonreían, hacían preguntas. Un caballero con monóculo negaba con la cabeza en señal de reprobación, una señora vestida para jugar al tenis se reía como una idiota.

Elemér reaccionaba a sus miradas curiosas con tanta indiferencia como un árbol al que observan los turistas. Era un árbol pequeño, feo, deshojado, pero resistía la tempestad con singular tesón. Se le notaba que creía en el resurgir de la primavera. Subió al coche celular como un funcionario que entra en su despacho, un funcionario humilde y honesto en extremo que sabe que cumple con su deber y no espera elogios por ello.

El policía cerró la puerta del coche y la Berta Verde se puso en marcha. Entonces me di cuenta de que me había quitado el sombrero y estaba en posición de firmes, como teníamos que hacer en presencia de un superior.

8

La detención de Elemér causó un peculiar efecto en mí. Ahora que lo relato, me vuelve a invadir la misma sensación de desamparo que debe de sentir el piloto cuando su avión atraviesa un bache de aire.

Me explico: no es que quisiera cometer algo por lo que más adelante me condenaran, sino que simplemente quería estar en la cárcel, igual que Elemér. Así empezó; por entonces no podía pensar en otra cosa. El plan de asesinato solo lo concebí días después.

Una mañana Antal me llamó a un rincón del vestuario y sacó una pistola del bolsillo.

—¿Me la compras?

No me sorprendió la pregunta. Los compañeros siempre trapicheaban y las pistolas eran mercancías muy solicitadas. Todos éramos *leventes* y nos inculcaban muy pronto la afición por las armas. Yo tampoco constituía ninguna excepción, pero ¿de dónde iba a sacar dinero para comprarme una pistola?

—No la quiero —respondí escuetamente, y pensé que con ello zanjaría el asunto.

—¿Tienes revólver? —me preguntó Antal.

—No.

—Pues entonces, cómpratela ya, porque nunca vas a poder tener una pistola a este precio. Le pagué diez a un señor que estaba en apuros, y ahora soy yo el que está en un aprieto. Te la dejo por ocho.

Entendía de armas y veía claramente que esta valía el doble. Era una pistola con tambor de cinco cartuchos, un arma seria y fiable.

Me gustó, pero no se me pasaba por la cabeza comprármela.

—¿Para qué necesito un revólver?

—Siempre te puede venir bien. ¿Me la compras por siete?

—No tengo siete pengos.

Antal debía de llevar mucho tiempo tratando de deshacerse de la pistola y al parecer estaba entre la espada y la pared.

—Necesito la pasta —dijo—. Si me pagas al contado, te la dejo por cinco.

—¿Por cinco? —estaba asombrado.

—Sí, y también te doy veinte cartuchos.

No sabía qué hacer. Tenía cinco pengos, pero quería darle cuatro a mi madre.

—Antes me gustaría probarla —dije, en un último intento de evasiva.

Antal se quedó pensando.

—Si me prestas tres —declaró al fin—, te la puedes quedar hasta el lunes y mañana la pruebas en el campo de tiro. ¿Vale?

No pude rechazar la oferta. El domingo los *levantes* teníamos entrenamiento, y aquello sucedía un sábado por la mañana.

—De acuerdo —accedí, y saqué tres pengos—. El lunes te digo si la compro.

Me guardé la pistola y en ese instante se inició algo en mi interior. Lo tengo que decir de esta forma tan vaga: algo se inició en mí. Era como si hubiera ingerido un brebaje estimulante, no podía tranquilizarme. Mi excitación parecía totalmente infundada, pero crecía sin parar. Por la noche tardé mucho en dormirme; me tomé medio litro de *pálinka* y aun así me desperté sobresaltado una y otra vez.

Al día siguiente fui el primero en llegar al entrenamiento. Me dirigí directamente al campo de tiro y me planté en la línea de diez metros. Miré alrededor para comprobar que no me veía nadie y saqué la pistola. Hasta ese momento no había sido más que un objeto, pero de pronto cobró vida. Al cargarla y acariciar el gatillo, me invadió una sensación de seguridad inmensa, casi lujuriosa. Fue

la primera vez en la vida en que no me sentí indefenso. Si se daba el caso, ahora yo también podría tomar la iniciativa y no limitarme a ser la víctima. Me defiendo, luego existo. Empecé a cantar.

«Mejor será que te andes con cuidado…».

La amenaza del Sabueso me tenía en vilo desde hacía semanas, pero ahora me acordaba de él y me entraba la risa.

—Lo mismo te digo —espeté en voz alta, y apunté a la diana, una silueta de hombre negra y alta.

Vi sus ojos amarillos parpadeando sin cesar y me prometí: le voy a meter un tiro entre ceja y ceja.

La bala dio en el centro de la diana con gran estruendo.

Fue entonces cuando tomé la decisión.

¿Quería vengar a Elemér o a mí mismo? ¿Quería expiar mis pecados? No lo sé. Seguramente eran las tres cosas a la vez. Pero aun así sigue abierta una pregunta: ¿por qué no quise matarla a ella? No hay respuesta.

No me paré a pensar en las causas ni me preocupé por las consecuencias. La sed de venganza tiene mucho en común con el sexo y, en efecto, pensaba en el momento de actuar como piensa un enamorado en la noche en que colmará sus deseos. Incluso debo reconocer que a veces me figuraba al hombre bajo, ancho de hombros y con sombrero de copa en el papel de marido despechado. De todos modos, tampoco es que yo estuviera mucho más lúcido que alguien a quien el amor quita el sentido. Lo mío era un delirio, me enamoré de mis planes. Tras días de impotencia sentí una especie de alivio perverso por poder hacer algo al fin y no morirme simplemente como un gusano al que aplastan por casualidad. Pediré un alto precio por mi vida, no me entregaré tan fácilmente. Luego ya me podrán detener y por mí como si el mundo se va al cuerno.

«A estas horas —pensé—, ya se habrá enterado de que no tenía intención de delatar a Elemér, y solo es cuestión de horas o días que cumpla con sus amenazas. Pues que venga. El día en que me echen del hotel, le pegaré un tiro como si fuera un perro».

Esta decisión casi me tranquilizó del todo. El lunes compré la pistola y esperé.

En un principio no sucedió nada. Cuando el Sabueso venía al hotel pasaba a mi lado como si nunca me hubiera visto. No me acosaba, no me amenazaba como antes. Callaba de forma incomprensible y aterradora.

Nunca olvidaré aquellos encuentros mudos. Normalmente dejaba la pistola en mi armario del vestuario, porque temía que abultara bajo el uniforme ajustado, pero los días en que solía venir siempre la llevaba conmigo. Al ver que su coche se detenía ante el hotel, metía la mano en el bolsillo, quitaba el seguro y me secaba la humedad de la palma de la mano en la tela de los pantalones, como solía hacer en los entrenamientos de *levente* antes de disparar. Le voy a meter un tiro entre ceja y ceja.

La pistola se calentaba con el calor de mi cuerpo, tenía fiebre, deliraba. Sabía que podía suceder en cualquier instante y por ello cada momento adquiría un peso especial. En mi interior reinaba un silencio alarmante. Mis ideas caminaban de puntillas, la niebla me envolvía el corazón y el mundo se llenó de misteriosos indicios. Recuerdo que una vez leí la palabra «Inicio» en un cartel y me estremecí. Otra vez alguien dijo «Infinito» y las rodillas me empezaron a temblar. Imágenes que antes no me habían llamado la atención ahora me conmovían hasta hacerme llorar. Mi madre inclinada sobre la artesa, o saliendo a trabajar con la bolsa en la mano y ajustándose el pañuelo en la cabeza. Mi padre agachándose para coger algo y luego echándose hacia atrás su cabello sedoso y plateado con ese gesto tan característico. Una nube en el cielo. Un barco en el Danubio. El carretero tocando la armónica en el segundo piso. Me guardaba estas imágenes como quien se despide de una ciudad y de camino a la estación fija en su retina alguna instantánea. Eso era, nada más. Tanto. Tan poco.

Me despedía. Nunca fui tan manso como en los días en que me preparaba para matar. Dejé de beber. Daba a mi madre hasta el

último florín que ganaba y llevaba a casa gran parte de mi comida. Pasaba hambre, pero no como antes. Entonces estaba hambriento porque no tenía qué llevarme a la boca. Ahora era otra cosa: ayunaba, como hacía de niño antes de comulgar.

Me gustaba estar en casa. Me sentaba con mis padres en la galería o en la habitación, junto a la mesa destartalada. Sonreía si ellos lo hacían, asentía cuando ellos hablaban, que no era muy a menudo. Teníamos bastante que callar. Luego, cuando ya no soportábamos el silencio, alguno de nosotros proponía:

—¿Por qué no jugamos al siete y medio?

Había sido imposible empeñar la baraja. A veces jugábamos durante horas, sin que nadie dijera ni pío.

Últimamente, cuando mi madre traía a casa algo para lavar, mi padre se ponía junto a la artesa para ayudarla, y yo también le echaba una mano. En esas noches de canícula lavábamos entre los tres, el vapor nos ahogaba, el bochorno nos mareaba. A veces no nos alcanzaba para comprar petróleo y el quinqué se apagaba en pleno trabajo. Nos reíamos y seguíamos lavando. Nuestras manos se tocaban bajo el agua y en la oscuridad a veces me echaba a llorar. «Mis padres», pensé, y la palabra sonaba tan nueva y emocionante como si nunca la hubiera pronunciado nadie en el mundo. Mis padres, y yo soy su hijo.

Una noche, estando solo en casa, me topé con la solicitud de legitimación. Estaba encima del mueble de la cocina y faltaba pegarle una póliza, pero costaba dinero. La boda también suponía gastos, no muchos, pero no teníamos tanto. «Es una pena —pensé —, en la comisaría preguntarán por mis datos».

Me senté junto a la ventana para mirar la noche. Qué pena. Me lamentaba por muchas cosas. Si hubiera asistido a la escuela, al año siguiente haría el examen de bachillerato. Aún no habría ocurrido nada, tendría toda la vida por delante. Estudiaría, me prepararía para la vida. Había sido un buen alumno y hubiera seguido siéndolo. El señor maestro siempre me animaba diciendo que si sacaba todo sobresaliente durante doce años, después del

examen de bachillerato me darían una beca para hacer la carrera. Qué pena. Hubiera sido precioso. El mundo estaba lleno de prodigios y yo tenía unas ganas locas de buscarlos y encontrarlos. Qué lástima. No por mí, sino por lo que podría haber sido.

Lo que podría haber sido…

9

Una de aquellas noches en que jugábamos a cartas sin hablar, llamaron a la puerta. Era muy tarde, alrededor de las once.

—¿Quién será? —preguntó mi madre, y en su rostro se dibujó un mohín nervioso.

Había estado inquieta todo el rato. Apenas crucé el umbral, me dijo que jugáramos y desde entonces no había abierto la boca.

—Voy a ver —dije, y salí.

Era la tía Máli, una anciana de pecho plano, barriguda, mugrienta y remilgada al hablar.

—Alabado sea el Señor —dijo con una sonrisa empalagosa, porque era de los alrededores de Szeged y allí, en vez de desear buenas noches, alababan al Señor.

Era muy beata, chismosa y además apestaba, ninguno de nosotros la soportaba. Nunca habíamos estado en su casa ni ella tampoco en la nuestra, aunque vivíamos en el mismo edificio desde tiempos inmemoriales. No entendía qué la traía a esas horas de la noche. Debí de poner una cara muy extraña, porque justo después del «alabado sea el Señor» preguntó:

—¿He venido en mal momento?

—No. Pase, pase.

—¿Está tu madre?

—Sí.

La tía Mali entró en la casa escoltada por su pestilencia. Volvió a alabar al Señor y luego le dijo a mi madre:

—Me han dicho que ha venido a verme. Acabo de llegar a casa.

Mi padre miró a mi madre cariacontecido y esta se ruborizó.

—La… la buscaba por… la colada —balbuceó, y sonrió forzadamente a la anciana—. Ya sabe, tía Máli.

No, la tía Máli no sabía. Era una mujer espabilada, no tenía en absoluto problemas de oído, pero era evidente que no sabía.

—¿La colada? —repitió pensativa; como era bizca, miraba en dos direcciones.

—¿Ya no se acuerda? —preguntó mi madre en un tono inusualmente persuasivo—. El otro día me dijo que necesitaba una lavandera.

La tía Máli, de pronto, entendió de qué iba todo.

—¡Ah, claro! Qué memoria la mía —dijo, y se rio con una voz gutural—. Sí, la colada, claro.

Mi padre miraba alternativamente a una y otra mujer. Parecía insólitamente nervioso y de súbito yo también sentí un gran desasosiego. Sabía muy bien de qué vivía la anciana, lo sabían todos los niños de la casa. ¿No sería que…?

—Si quiere —propuso mi madre—, ahora mismo bajo para ver de qué se trata. También podemos fijar el precio, si le parece.

—Está bien —asintió la vieja con ademán astuto—. Abajo nos pondremos de acuerdo, querida. Alabado sea el Señor.

Salió sin más y mi madre la siguió.

—Enseguida vuelvo —masculló azorada, y desapareció.

Mi padre no dijo nada y yo tampoco. La vieja ya estaba en la galería, pero su olor seguía presente en el cuarto. Mi padre mezclaba los naipes distraído, luego los tiró sobre la mesa, como si hubiera descubierto una trampa. Se puso en pie furioso y salió a toda prisa tras mi madre.

Me di cuenta de que se avecinaba tormenta y me refugié en la oscuridad. Apagué el quinqué, me desnudé y me acosté.

Minutos después se abrió la puerta. Silencio. No hablaban. Mi madre entró en el cuarto, se acercó a la mesa de puntillas y salió con la lámpara. Se detuvo un instante en la puerta, luego la cerró lenta y cuidadosamente.

—Ya duerme —susurró.

Mi padre no contestó.

Se oyó el roce de una cerilla y por la rendija de la puerta se filtró la luz del quinqué. Abrieron la cama plegable; se oían pasos sobre las losas, trasteaban y se desvestían. Poco después chirrió la cama, uno de ellos se había acostado. El otro lo hizo al cabo de un rato. Después se apagó la luz y todo quedó en silencio.

El silencio era tan profundo que a través de la puerta oía el goteo del grifo. Plif plaf… plif plaf. Dos gotas seguidas, nada y luego otra vez: plif plaf… plif plaf.

—Miska —dijo mi madre al fin.

—¿Sí?

—¿Estás enfadado?

Mi padre no contestó.

—¿Habrías sido capaz de hacerlo? —preguntó mucho después, con una voz tan oscura como el cuarto—. ¿Lo habrías hecho a mis espaldas?

—Te juro que no —susurró mi madre—. Te lo juro por la Virgen María.

—Entonces, ¿por qué has ido a verla?

—Solo quería hablar con ella.

—¿No te he dicho que mientras yo viva esa vieja asquerosa no te pondrá la mano encima? Entonces, ¿de qué diablos has ido a hablar con ella?

—No sé. A preguntarle. Al fin y al cabo es comadrona. Claro que un médico lo haría mejor, pero si no hay dinero para…

—Ya sabes que habrá dinero. ¿No lo prometió Rudi en tu presencia?

—Sí, pero… fue hace tanto tiempo y… tú no has vuelto a sacar el tema.

—¿Qué otra cosa podía hacer? No soy una vieja cotorra.

—¿Cuándo hablaste con él por última vez?

—Ayer.

—¿Y qué dijo? ¿Nos dará el dinero?

—Sí.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo, cuándo? —refunfuñó mi padre, irritado—. La semana que viene.

—¿La semana que viene? —La voz de mi madre cambió—. Entonces no hay problema. Anda, Miska —dijo aliviada—, no te enfades.

—¿Cómo no me voy a enfadar? —rezongó mi padre—. Es que te he mentido; sí, señora, parece que no puedo parar de decir mentiras.

Se produjo un silencio tétrico.

—O sea, ¿que no tendrás el dinero la semana que viene? —preguntó mi madre con un hilo de voz.

—Ya lo tenía ayer —gruñó con furia—. El muy cerdo lo iba enseñando como una puta los pechos.

—¿Y no te lo dio?

—Me lo hubiera dado. Pero no lo acepté.

—¿Por qué no?

—No quise.

—¿Por qué no quisiste?

—¡No preguntes tanto! —le gritó mi padre—. No preguntes tanto, por el amor de Dios, porque te juro que ahora mismo salto de la cama y esta misma noche voy a buscar el dinero y que todo el mundo se vaya al carajo.

Mi madre no se atrevió a preguntar más. Callaron los dos, solo hablaba el grifo. Plif plaf… plif plaf…

Pasaron al menos diez minutos hasta que mi padre volvió a hablar. Entonces ya estaba tranquilo, angustiosamente tranquilo.

—No sé qué hacer —se quejó—. No sé qué hacer.

—¿Por qué? —susurró mi madre—. ¿Qué pasó ayer?

—Es que no pasó ayer, o mejor dicho… es difícil de explicar. Ayer también pasó algo, solo que… cómo decirlo… lo que ocurrió ayer empezó hace tiempo. En América.

—¿Rudi también estuvo en América?

—¿Ese canalla? ¡Qué va! Entonces ni siquiera sabía que estaba en este mundo. Fue hace ya mucho tiempo, aún era marinero. Un día desembarcamos en Nueva York, ya sabes, la ciudad más grande de Estados Unidos.

—Sí.

—Ese mismo día voy paseando por Nueva York, por la calle, y de pronto frena un coche a mi lado. Era un vehículo muy elegante, con un señor también elegante en su interior. El tipo me mira, casi se le saltan los ojos de tanto observarme. Luego detiene el coche y allí, en plena calle neoyorquina, me grita en húngaro: «¿Miguelindo?». «Sí, soy yo», le dije. «¿No me reconoces?», preguntó. Lo miré, y entonces caí en la cuenta: ¿Miguelelo?

—¿Cómo? —Mi madre se echó a reír.

—Espera, que esa es otra historia. Estudiamos en la misma escuela, y él se llamaba igual que yo, así que para distinguirnos los compañeros le apodaron Miguelelo. Porque era tan lelo, ya sabes, tan zoquete, que todos le tomaban el pelo.

—¿No sería el hijo del porquero?

—Sí. ¿Lo conoces?

—No, pero en el pueblo se hablaba mucho de él. Se decía que en navidades siempre les mandaba diez dólares a los viejos. Corría el rumor de que se había hecho millonario. ¿Allí se gana tanto siendo chófer?

—No era chófer. Iba en su propio coche. Tenía una *farm*.

—¿Una qué?

—Una *farm*. Una granja. Así las llaman los americanos. Me la enseñó y todo. Me llevó enseguida a la granja. Tendrías que haberla visto.

—¿De verdad se hizo millonario?

—No se hizo millonario, Anna, ni siquiera se hizo rico. Pero vivía mejor que aquí los señores. Tenía de todo: buenas tierras, cultivos diversos, vacas, cerdos, aves de corral, lo que quieras. En la granja había una casita blanca, con tres habitaciones. Vivía como un

obispo. Y la gente… ¡Cómo le hablaba! Como a un conde. Que si *míster* por aquí, *míster* por allá…

—¿Qué es eso de *míster*?

—Señor. *Missis* es señora.

—¿A su esposa la llamaban señora?

—Así llaman a todo el mundo.

—¿También a las lavanderas?

—Sí.

—Qué país más extraño —suspiró mi madre—. Y qué hermoso.

—Bueno, no es tan fabuloso como lo pintan algunos, porque por mucho *míster* que haya, el rico no deja de ser rico y sigue pisoteando al pobre. La única diferencia es que allí los ricos tienen más dinero y dejan algo más para los de abajo. Pero entonces aún no lo sabía, y me quedé con la boca abierta al ver la granja de Miguelelo. Le pregunté: «¿Cómo lo has hecho?». «Pues como todos los demás. Trabajando». «¿Trabajando de qué?». «Pues de lo mismo que hacía en casa: faenas del campo». «¿Te has hecho tan rico con eso?». «Qué va, no me he hecho rico», me dice, «sigo pagando la granja, porque la compré a plazos. No rinde mucho, pero lo suficiente para mantener a la familia». Porque también tenía familia, pero aún no me lo había contado. Se había casado con una húngara americana de muy buen ver. En el jardín había tres chiquillos gritando, me pasé todo el día jugando a policías y ladrones con ellos. Luego, cuando cayó la noche, sacamos un caldero al campo, igual que solíamos hacer de pequeños, y preparamos un *gulyás* para chuparse los dedos. Fue una noche preciosa, maravillosa. En el cielo brillaba la luna, no se me olvida, porque allí el cuarto creciente no tiene los cuernos como aquí, sino al revés. Sucedió allí, debajo de esa luna al revés. Comimos mucho, bebimos mucho, nos pusimos de muy buen humor. Y de pronto rompí a llorar.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez por culpa del viento. Soplaba un viento tibio, de final de verano, que de noche arrastra un olor a tierra y heno. Es

difícil de expresar. Ya sabes que yo me escapé de la pobreza que había en casa antes de que me asomara la barba. Entonces ya llevaba unos diez años surcando los mares del mundo, había vagabundeado por todos los lugares, iba en busca de algo, pero ni yo mismo sabía qué. Pues allí, debajo de esa luna al revés, con el viento que traía el olor a tierra y heno, de súbito supe lo que buscaba. Tierra. Y todo lo que la acompaña: una mujer, hijos, trabajo con la guadaña… una sana vida de campesino. Lo creas o no, al meterme en la cama, de pronto sentí el sabor del agua salada en la boca. ¿Te hace gracia?

—¿Por qué iba a reírme? Ni mucho menos. ¿Qué sucedió después?

—Nada. El barco me llevó a otros lugares. A otras ciudades, a otros mares, a otros mundos. Estalló la guerra, estalló la paz, estalló la revolución, estalló la contrarrevolución, estalló la miseria. Siempre había tantos problemas que no me daba tiempo a pensar, hasta que di con los huesos en la cárcel. Allí no tenía otra cosa que hacer. Metido en la celda, caminaba de un lado a otro y pensaba en la granja. Una noche en que no podía dormirme, me incorporé en el catre y me dije: Miguelindo, ¿no podrías hacer tú lo mismo que Miguelelo? Pues sí, sin ir más lejos, aquella noche decidí que, pase lo que pase, os llevaré a América. Haré de ti una *missis* y de nuestro hijo un *míster*. Mandaremos al muchacho a estudiar, y después a la universidad, para que escriba poemas tan bellos como los de Sándor Petöfi. Y nosotros no haremos más que trabajar por él. Mientras podamos, nos ocuparemos de la tierra, de los animales; y cuando nos hagamos viejos, nos sentaremos delante de la casa para mirar la luna al revés, así hasta que nuestro hijo nos dé el último adiós. Ese es el plan.

La cama chirrió. Mi padre se había sentado.

—Aquella noche me juré que no volvería a hacer nada que me causara problemas. Fue una noche extraña, apenas dormí, y sin embargo por la mañana me desperté como solía hacerlo de niño el

día que me tocaba comulgar, cuando ya me había confesado el día anterior. ¿Me entiendes?

—Cómo no. Te arrepentiste de tus pecados.

—¿Arrepentirme yo? ¿Por qué iba a hacerlo? No me entiendes, Anna. Yo digo lo mismo que Menyhért, mi compañero de armas, que en un mundo como el nuestro solo quedan dos alternativas: hacerse revolucionario o sinvergüenza. Yo no he nacido para ser revolucionario, pero, puedes creerme, tampoco para sinvergüenza. Fui una persona honrada mientras me dejaron. Si no nos hubieran quitado el mar, seguiría siendo marinero. Si no me hubieran quitado la tierra, seguiría siendo campesino hasta el último aliento. Es cierto que las fábricas no me gustan, pero aun así habría aceptado un puesto en alguna. Pero no había trabajo. ¿Qué salida me quedaba? ¿Morirme de hambre? Que se muera Horthy. ¿Quién es el culpable, el que tira a uno al agua o el que ahogándose se agarra a otro? A todos esos desempleados los han lanzado al mar, Anna. Los pobres se están ahogando, apenas pueden respirar. No hacen más que sufrir, aguantar, pasar hambre, y cuando no pueden más, le roban el pan al vecino. Y después los meten en la cárcel. Pues bien, al ver cómo estaban las cosas, me dije: Miguelindo, si los desfavorecidos acaban de todas formas a la sombra, entonces que sepan al menos por qué. Yo lo hice a mayor escala que los demás, por eso tardaron en pillarme. Si lo hubiera hecho a una escala aún mayor, tal vez nunca hubiera pasado por la cárcel. Habría llegado a ministro, porque nadie monta unos chanchullos como los suyos. Te lo digo para que veas que no me he arrepentido de nada. He decidido ser una persona honrada por amor a la tierra. Para poder llevaros a América. No quería más problemas y eso precisamente es lo que me ha metido en un lío.

—¿Cómo?

—Cuando me detuvieron, sabía muy bien que no tenían pruebas contra mí. Estaba de buen humor, el proceso me daba risa. Me complacía que no pudieran ser más listos que yo. Jugaba al gato y el ratón con ellos. Pero cuando me planteé lo de América, de

repente se me pasó el buen humor. Empecé a tener miedo. Temía por esa vida nuestra tan digna y decente. ¿Qué pasará si a pesar de todo encuentran algo en mi contra? A decir verdad, me asusté mucho. Luego, para colmo de males, en la celda contigua colocaron un día a un abogado y, tonto de mí, empecé a conversar a golpecitos con él.

—¿Cómo?

—Con golpecitos. Así es como hablan los presos.

—¿Y el señor abogado también lo estaba?

—Claro. Por tráfico de divisas.

—¿Eso qué es?

—Sacar dinero al extranjero.

—¿Dinero robado?

—¡Qué va! Dinero propio.

—¿Eso también es delito?

—El delito es lo que el señor declara como tal. No me refiero al Señor que está en los cielos sino al que está en el palacio real. Al que asesina a gente inocente siguiendo sus decretos, lo nombra diputado para que el pueblo lo mantenga. Al que no quiere tener su dinero en un país donde manda un asesino, lo meten en la cárcel. Así están las cosas, cariño. Te iba diciendo que trabé conversación con ese abogado y eso fue lo peor de todo.

—¿Por qué?

—Porque me empezó a picar la curiosidad. Le consulté cuánto le cae a uno por lo que había hecho yo. Claro, no le dije que lo había hecho yo, lo pregunté en general.

—¿Y qué dijo? ¿Cuánto cae?

—Uno o dos años.

—¿Uno o dos años? —repitió mi madre, horrorizada.

—Ojalá solo fuera eso. Pero entonces le hablé de mis delitos anteriores, porque en las noches de insomnio me iba acordando de todo lo que había cometido antes. El abogado no hacía más que añadir años y años. Yo los iba grabando en la pared y al final los sumé. ¿Sabes cuánto salió? Dieciocho años.

—Dios mío.

—Pues sí. Ahora tengo cuarenta y tres, me decía. Cuarenta y tres más dieciocho son sesenta y uno. ¿Qué hace uno a esa edad? Se acabó América. Se acabó la vida. Los demás prisioneros al menos sabían lo que les esperaba. Podían ir contando los días. Podían decir: un día menos. Pero yo cada noche me dormía sin saber si al día siguiente dormiría en tu cama o seguiría en aquel jergón hasta los sesenta años.

—Jesús —suspiró mi madre, y yo enseguida comprendí aquella carta incomprensible y unas cuantas cosas más.

—Pero me salí con la mía —continuó mi padre, no sin orgullo—. No pudieron probar nada. Aunque fue muy extraño, Anna, fue tremendo volver a mirarme en el espejo después de tanto tiempo. Creía que tenía el pelo negro, pero de pronto vi que lo tenía blanco. Me habían salido canas. Bueno, no importa, me dije. Miguelindo, te has puesto canoso, pero también eres más listo. De ahora en adelante ya no te meterás en problemas. Te llevarás a la familia a América y viviréis como seres humanos. Dejé de beber, dejé de fumar, no volví a jugar a las cartas y también me olvidé de las mujeres. No hay empleo que no hubiera aceptado. Si hubiera hecho falta me habría puesto a limpiar letrinas. Pero incluso los trabajos así escasean. Luego me enteré de que estabas en estado. En ese caso, pensé, no puedo evitar ir a ver a Rudi. No te he dicho que cuando me pillaron estaba de compinche de Rudi y el muy sinvergüenza se libró gracias a mí. No me debe lo que le he pedido, sino diez o veinte veces más. Tras el cambio de mentalidad no quería verle, pero a la vista de los hechos pensé que también me dejaría en paz si le pedía tan poco.

—Pero ¿no te dejó en paz?

—Claro que no. En tu presencia me prometió el dinero, pero cuando fui a su casa para preguntarle cuándo me lo daría, dijo: «Cuando vuelvas a trabajar conmigo».

—¿Intentó escabullirse?

—Ni siquiera eso. Se rio, nada más. Soltó: «Si no te gusta el trato, Miguelindo, ve y denúnciame». Eso dijo. Nunca se había atrevido a hablarme así. Sabía muy bien que soy mucho más fuerte que él. Pero esta gentuza se da cuenta de cuando no quieres pelea. Porque no quería pegarle. Temía por nuestro viaje. Ahora no sé qué hacer. Si le quito el dinero, todo volverá a empezar; y si no, tú tendrás que recurrir a esa vieja. Te juro por Dios que me gustaría ser honrado. Pero si te pierdo, ¿de qué me sirve? Ahora no sé qué hacer, Anna. No sé qué hacer.

Mi padre calló. Se hizo un silencio tenso y oscuro. El grifo parecía gotear con más fuerza, como si el silencio se estuviera desaguando en la oscuridad.

Mi madre fue quien habló.

—Pues me quedo el niño —dijo.

No hubo respuesta.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó ella.

A mi padre le vino una carraspera muy extraña.

—No soy yo quien debe decidir.

—¿Por qué no? Eres el padre.

—Es fácil ser padre. Nuestro hijo no me da más que satisfacciones. Fuiste tú quien sufrió por él.

—Por eso mismo lo digo.

—¿Cómo?

—Que vale la pena. Que vale la pena sufrir. Ya ves, si hace dieciocho años la criada del farmacéutico no se hubiera desangrado y las aborteras no se hubieran asustado de los gendarmes, ahora Béla no estaría con nosotros.

—Sí —dijo mi padre con voz solemne—. Y vaya muchacho. Sándor Petöfi se queda corto a su lado. No hablo por hablar. Por él me puse a analizar a Sándor Petöfi.

—¿Qué hiciste?

—Analizarlo. Ya sabes, en la cárcel, por buen comportamiento, te permiten leer y yo me leí los poemas de Sándor Petöfi, del primero al último. Pues bien, el sabihondo que escribió el prefacio

estaba encantado con la cuna tan baja que había tenido Petöfi: era hijo de un matarife. Maldita sea, un matarife tiene al menos carne para darle a su hijo. ¿Qué tuvo el nuestro? Y a pesar de todo, qué poemas más bonitos escribió con quince años.

—Pues sí —secundó mi madre—. Y sin ir a la escuela, sin pan; hasta el papel lo tuvo que robar del hotel. Dime, Miska, ¿de dónde saca el chico el talento?

—Yo no sé de dónde le viene, pero seguro que no de los señores.

—Tal vez del Señor. ¿Sigues sin creer?

—¿Quién demonios va a saberlo? Al ver al muchacho, a veces es casi como si creyera.

—¿Y no quieres otro?

—No puedo entrometerme en eso —repitió con terquedad, en voz baja, pero de pronto la voz se le llenó de alegría—. Seremos cuatro los que vayamos a América.

—Ojalá —suspiró mi madre.

Ojalá, suspiré yo también.

El grifo siguió goteando.

10

Días más tarde, en una calurosa tarde de finales de agosto, sucedió algo extraño. Llegué a casa alrededor de las nueve, pero había tanta calma en el edificio como otras veces pasada la medianoche. Ya en la entrada sospeché que algo había sucedido, porque si un edificio habitado por proletarios está tan tranquilo, tiene que haber algún problema. ¿Otro registro domiciliario?

¿O había muerto alguien?

Agucé el oído. Estaba inquieto. Silencio y oscuridad por doquier, ni un alma en ningún lado. Mis pasos resonaron lúgubres por las tortuosas escaleras mientras subía a trompicones en la penumbra.

En el rellano de la primera planta algo me llamó la atención. Me pareció oír un ruido. Me asomé a la galería y se me cortó la respiración. Había gente agolpada en la oscuridad, como un conjunto escultórico mudo. Se apoyaban en la barandilla con el cuello estirado, y al hablar miraban en dirección a la tercera planta.

¿Habría pasado algo en nuestra casa? Eché a correr como un loco. Pero al llegar al tercer piso, vi que todos miraban la puerta del cajista.

No entendí qué pasaba. Árpád estaba a la entrada de su casa, pero no había nada inusual en él. Permanecía allí tan tranquilo, como si acabara de llegar y llamase a la puerta acristalada de la cocina. Escena más cotidiana no puede imaginarse. Un inquilino llega a casa por la noche y llama a la puerta. ¿Qué tiene eso de extraño? Me hubiera gustado preguntarlo, pero todo el mundo estaba tan callado y tan serio que no me atreví a dirigirles la palabra.

Árpád encendió una cerilla y la acercó al ojo de la cerradura. La llave, al parecer, estaba puesta, porque de pronto se puso muy nervioso.

—¡Mári! —gritó zarandeando la puerta—, ¿te ha pasado algo?

Me di cuenta de que las contraventanas del cuarto estaban cerradas. Con el bochorno que hacía cualquiera las tendría abiertas por la noche, sobre todo a esa hora, cuando refrescaba un poco. Me estremecí. ¿Se habrá suicidado? ¿Por eso estarán mirando tanto? Pero entonces, ¿por qué no se lo dicen a Árpád?

De repente se produjo un giro inesperado. Árpád, como si hubiera detectado las miradas curiosas, dio media vuelta y, al percatarse de la cantidad de gente que le observaba, tomó rumbo hacia las escaleras, sin dirigirles la palabra.

Aquello resultaba aún más incomprensible. Hacía un rato temía que a Mári le hubiera sucedido algo y ahora se iba sin decir nada. ¿Por qué?

Entré en casa a toda prisa para averiguar qué había sucedido, pero mis padres aún no habían llegado. Fuera la gente empezó a desfilar. En la oscuridad se formaron corrillos, susurraban, pero desde la ventana no lograba oír sus comentarios. Iba a salir cuando vi algo sorprendente. En la cocina del cajista alguien corrió la cortina con gran sigilo. Por la falta de luz no se podía distinguir quién era, pero no pude evitar quedarme pegado a la ventana.

Pasaron cinco minutos, diez, quince, y nada sucedía. Estaba por creer que lo de antes había sido una alucinación, cuando al otro lado del pasillo se abrió la puerta.

Sobrevino un tétrico silencio.

Fue el portero quien salió.

Pasó por delante de los vecinos erguido, sacando pecho. Le dejaron pasar. Nadie dijo nada, nadie se movió, solo las cabezas se volvían siguiendo su avance. Y en medio de aquel silencio, de pronto alguien se echó a reír.

El portero hizo primero como si no lo oyera, pero como la risa crecía, se detuvo súbitamente.

—¿Quién se ríe? —preguntó con un tono que nada bueno auguraba.

Nadie respondió. El silencio se hizo más denso y la risa, más intensa. Nunca había oído una risa igual. Se parecía un poco al llanto de los niños y un poco al aullido de los perros y, sin embargo, no dejaba de ser una risa, una risa sin alegría, una risa espectral.

Me coloqué ante la puerta y entonces vi que era el tío Gábor quien reía. Lo hacía como si no fuera consciente de ello. Tenía el rostro serio, la mirada perdida y se le caía la baba.

El portero se le acercó y bramó:

—A ver, ¿de qué se ríe?

El fabricante de féretros no le contestó. Seguía riéndose a carcajadas, pero era una risa demente, como si ni siquiera hubiera oído la pregunta que le habían hecho, como si no hubiera visto al portero, que de pronto lo asió por el pecho.

—¡Viejo idiota! —le gritó, y le dio tal mamporro en la boca que el anciano cayó al suelo.

Al caer debió de darse un golpe tremendo porque entre los tres que acudimos a socorrerle apenas pudimos levantarlo.

Cuando se sostuvo en pie, hizo como si nada hubiera pasado. Otras veces, cuando el portero pasaba por delante de él, siempre le gritaba: «A ver, ¿por qué no saluda a una persona que es mayor que usted?». Pero ahora, después de lo sucedido, no dijo ni mu. Tenía el rostro inexpresivo, la mirada perdida y babeaba sin parar.

El portero se largó como un Dios vengativo y desapareció por las escaleras con paso lento y majestuoso. Entonces, como un trueno, una voz grave de hombre desgarró el silencio y la penumbra:

—¡Sinvergüenza!

La palabra cayó como un rayo y prendió fuego a todo el edificio.

—¡Sinvergüenza! —gritaron a pleno pulmón desde todos los rincones de la finca—. ¡Sinvergüenza!

El sótano, la planta baja y los tres pisos repetían al unísono lo mismo; toda la casa se había convertido en una bestia azuzada que gruñía enfurecida en su jaula.

—¡Sinvergüenza!

—¡Sinvergüenzaa!

—¡Sinvergüenzaaa!

—¡A callar! —bramó el portero desde el patio—. Cerrad el pico o llamo a la policía.

Pero nadie lo cerró.

—¡Sinvergüenza! —La indignación retronaba cada vez con más fuerza—. ¡Sinvergüenza!

Pasó más de media hora hasta que se restableció la calma, aunque el portero no llamó a la policía.

—No se atreve a remover la mierda —dijo el carretero tuerto—. Hasta la policía se daría cuenta de que aquí hay algo que apesta.

—Por eso mismo no ha dicho la última palabra —apuntó Mózes, el cerrajero, quien por desgracia tuvo razón.

Por la mañana me despertó la voz de mi madre en la cocina:

—Mira, Miska, han vuelto a echar una octavilla de esas.

Me levanté de un salto y me vestí para llegar lo antes posible a la cocina, porque sabía que mi madre quemaba enseguida aquellas octavillas, que ya habían complicado la vida de más de un vecino. La policía hacía registros domiciliarios y detenía a todo el que tuviera alguna, aunque las detenciones de bien poco servían. Solo lograban apresar a los más bobos e inocentes, porque los que tenían algo de sesera o algo que temer, no guardaban octavillas en casa. Los detenidos no sabían nada de nada, y los que sabían algo no hablaban con la policía. Sucedía que alguien se levantaba por la mañana y en la cocina encontraba una «octavilla de esas». La habían pasado por debajo de la puerta, nadie sabía ni quién ni cuándo. En las mañanas así, todos los vecinos del edificio se sonreían enigmáticamente. La gente leía la octavilla y luego la tiraba a la estufa; cuando ya se había quemado comentaban la jugada con los demás:

—No está mal, ¿verdad?

No precisaban a qué se referían, nadie hacía preguntas al respecto. Intercambiaban miradas como los campesinos en tiempos de sequía, cuando el cielo empieza a nublarse. Habrá tormenta, decían sus ojos, y todos los vecinos del edificio se limitaban a esperar y a callar.

En cuanto me puse los pantalones, salí a la cocina. Mi madre se estremeció al oír que se abría la puerta.

—¿Ya te asusta hasta tu hijo? —se burló mi padre, que rio sin poder disimular su nerviosismo.

—Enseñádmela —murmuré, ya que se baja instintivamente la voz al hablar de octavillas clandestinas.

Mi madre se acercó a la puerta y echó la llave. Luego nos sentamos los tres al borde la cama y nos pusimos a leer. El papel no estaba impreso como los demás, solo era una hoja mecanografiada copiada con papel carbón. Enseguida entendí el porqué. Decía:

CAMARADAS, HERMANOS PROLETARIOS:

No os dejéis llevar por la indignación, por muy justificada que sea.

La tiranía del portero no es más que un síntoma del fascismo que ha dejado maltrecho al proletariado húngaro y que ahora trata de ahogar sus gritos de socorro con la ayuda de la policía.

Luchad contra el régimen que es incapaz de vivir sin porteros inhumanos, sin chivatos, matones, negreros y policías sádicos. Hay que cortar de raíz el árbol podrido; ¿de qué os sirve cortar una sola hoja?

Solo la chusma ignora el trasfondo de las cosas. Los proletarios conscientes luchan contra

la opresión fascista de manera organizada y no desperdician sus fuerzas en acciones individuales de poca monta.

Le hacéis un favor al enemigo si llamáis la atención de la policía con actos irresponsables.

Nuestra tarea no es destruir, sino edificar.

Queremos edificar una sociedad sana y erradicaremos el germen de las enfermedades por la vía legal. Tendrán que perecer los que chupan nuestra sangre: los pequeños piojos que traicionan a los proletarios, al igual que los grandes parásitos que oprimen a obreros y campesinos. Los llevaremos a todos ellos ante un tribunal proletario y no habrá piedad para los que no la tienen con nosotros.

Pensad en esto en los oscuros días de desesperación e impotencia. Unid fuerzas, informad a los compañeros que caminan a tientas en la oscuridad, enseñad y aprended para ser buenos guerreros en la lucha que liberará a los proletarios, para ser dignos de la misión que os depara la historia.

¡Abajo el fascismo!

¡Proletarios del mundo, uníos!

Mi madre ya traía la cerilla para quemar el peligroso escrito, pero mi padre volvió a leerlo con atención.

—Gran proeza —dijo con tono reflexivo.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi madre.

—Hay que tener valor para escribir esto. ¿Sabes cuánto te puede caer por una cosa así?

—¿Cuánto?

—Yo conocí a uno al que le metieron quince años.

—¡Santo cielo!

—Y ya ves. No se echan atrás.

—¿Por qué? ¿Quién les paga?

Mi padre sonrió al oír aquella pregunta tan ingenua.

—Trabajan a crédito, querida —contestó, pero ella seguía sin comprender.

—¿Para quién? —inquirió con expresión seria.

—Para este —repuso mi padre señalándome a mí, y la sonrisa desapareció de su rostro—. Para este y para todos los demás niños pobres.

—Deben de ser buena gente —dijo mi madre, pensativa. Luego le quitó la octavilla a mi padre y le prendió fuego.

El papel ardió y por unos instantes iluminó la cocina.

Así ardían las octavillas en el edificio. Si un polizonte o un hada se hubieran asomado por los ojos de las cerraduras, habrían visto lucecitas iguales a la nuestra en cada una de las viviendas.

En la ventana del cajista, las contraventanas permanecieron cerradas todo el día y Mári tampoco se asomó.

—Habría que averiguar qué le pasa —propuso mi madre, pero no se animó a ir a verla.

Los vecinos habían excomulgado a Mári y mi madre sabía que a ella también si iba a verla. Quería mucho a Árpád, odiaba al portero y la infidelidad de Mári la indignó sobremanera; es decir, que estaba plenamente de acuerdo con los vecinos pero a pesar de todo le daba tanta pena la mujer que pasó muy mala noche; incluso la vi llorar a ratos.

Y eso que ya no se llevaban bien. Mári —me enteré aquella noche— se entendía con el portero desde hacía unos meses, por lo que mi madre se había distanciado de ella. No estaban enfadadas,

pero Mári solo iba a verla cuando mi madre la invitaba, lo que ocurría cuando tenía algo para darle de comer o cuando lavaba en casa. Entonces Mári se traía su propia colada, porque el portero era un hombre tan desprendido que su amante ni siquiera tenía para comprar jabón.

—No sé qué hacer —se quejó mi madre—. ¿Tú qué piensas?

—Haz lo que mejor te parezca, amor —contestó mi padre, pero ella no tenía nada claro qué le parecía mejor.

—Lo peor es que todo el mundo tiene razón —dijo. Luego lloriqueó un rato y finalmente no fue a ver a Mári.

El día siguiente libré. Mi madre se quedó en casa por la mañana para lavar, y mi padre y yo la ayudamos. Hacía un calor sofocante. En la estrecha cocina desprovista de ventana el vapor apenas nos dejaba ver, porque ni siquiera en días de bochorno se permitía tener la puerta abierta. Lo había dispuesto así el portero, cuyas órdenes eran inescrutables, como los designios del Señor.

Cada diez minutos mi madre se acercaba a la puerta, limpiaba el vaho que se había depositado en el cristal y miraba lo que ocurría en casa del cajista. Las celosías seguían cerradas. Árpád no había llegado a casa y Mári tampoco daba señales de vida.

—Ya lleva tres días así —dijo con voz ronca, y se quedó un buen rato mirándose la punta de los zapatos. Luego añadió por lo bajo—: Pase lo que pase, voy a verla.

Mi padre no la animó ni se opuso, pero en cuanto ella salió, se colocó ante la puerta para que todo el mundo viera que quien se metiera con mi madre tendría que vérselas con él.

El edificio entero se puso a la escucha.

—Mira eso —dijo una de las mujeres en voz alta al ver que mi madre llamaba a la puerta de Mári. Luego se hizo un silencio tétrico.

Mári tardó en reaccionar. Ya temíamos que de verdad le hubiera ocurrido algo cuando al fin abrió la puerta. Tenía un aspecto lastimoso, apenas se la podía reconocer. Allí estaba el blanco de las miradas hostiles, como un animal herido al que ya no le quedan fuerzas para defenderse de sus cazadores.

Mi madre ignoró a los vecinos.

—Estamos haciendo la colada —dijo con tranquilidad—. Ven y trae la ropa sucia.

—Gra… gracias —tartamudeó Mári, que hizo esfuerzos por ahogar el llanto.

Mi madre se quedó esperando a la puerta mientras Mári recogía la ropa. Cuando Mári salió a la galería, todas las ventanas y puertas se habían llenado de curiosos. La miraban con furia, con disgusto, parecían dispuestos a atacar, pero, como ya he dicho, mi padre estaba presente y en Újpest todo el mundo sabía que no convenía meterse con Miguelindo.

Así que no sucedió nada. Mi padre cerró la puerta de la cocina y Mári se dispuso, en silencio, a lavar. Mi madre sacó del mueble de la cocina tres patatas cocidas y un buen trozo de pan y se lo dio. Era nuestro almuerzo, pero en aquel lugar profesábamos unos principios extravagantes en lo que tenía que ver con la propiedad privada, casi diría que punibles. Éramos de la opinión de que la comida la merecía la persona que más tiempo llevaba sin almorzar y aquel día Mári llevaba todas las de ganar. La desgraciada no debía de haber probado bocado desde hacía mucho, porque ni siquiera se tomó la molestia de hacerse de rogar, como se acostumbra a hacer en tales casos, sino que se lanzó sin titubear sobre el plato. Ni se sentó, tan solo se retiró a un rincón, nos dio la espalda. Al comer el llanto le sacudía los hombros. Hicimos como si no la viéramos, y seguimos lavando como si nada. Pero de pronto emitió un sonido desarticulado y, si mi madre no la hubiera agarrado en el último instante, se habría caído al suelo. Los tres sabíamos muy bien qué era pasar hambre, sabíamos qué significaba. No necesitábamos instrucciones, nos pusimos en acción con rapidez y sin comentarios. Mi madre ayudó a Mári, que estaba medio desfallecida, a entrar en el cuarto, la acostó en la cama de Manci y le desabrochó la blusa. Mi padre entró con un cubo de agua y llenó la palangana y un jarro, yo empapé un trapo y saqué una toalla limpia del armario. Luego

dejamos a las mujeres a solas, porque sabíamos lo que venía a continuación.

Media hora después los cuatro estábamos alrededor de la artesa lavando. Yo estaba a punto de bajar a la tienda porque se nos había acabado el azulete cuando vi que Mózes venía corriendo en dirección a nuestra casa.

—¡Que viene la policía! —susurró, e hizo lo mismo en las otras puertas.

Mi madre echó una rápida ojeada a Mári.

—¿La has quemado? —preguntó.

Sin mayores explicaciones, Mári entendió. Asintió y continuamos lavando. Ya nos habíamos acostumbrado a esas cosas. Además, estábamos seguros de que no vendrían a nuestra casa.

No obstante, llamaron minutos más tarde y a través del cristal empañado de la puerta de la cocina se dibujó la silueta de una gorra de policía.

Mi padre palideció al verla, pero no se salió de su papel de Miguelindo. Guiñó un ojo con picardía, se secó las manos y salió dando unos pasos tremendamente tranquilos. No oímos de qué hablaron él y el policía, ya que había cerrado la puerta al salir, pero en cuanto volvió vimos que se trataba de un asunto serio.

—Mári —dijo con nerviosismo mal disimulado—, el señor agente quiere hablar contigo.

El señor agente llevaba unos anteojos que se empañaron inmediatamente por el vaho y se paró en la entrada, como si de pronto se hubiera quedado ciego. Era un hombre mayor, de bigotes blancos, alto y algo panzudo. Se quitó las gafas y miró alrededor con ojos de miope. Tenía cara de campesino humilde, en las manos le hubiera quedado mejor una guadaña que el cartapacio de hule que ahora abrió con toda ceremoniosidad. Hojeó los papeles y en uno de ellos leyó el nombre de Mári.

—¿Quién es? —inquirió.

—Yo, señor —afirmó Mári con humildad.

El agente se le acercó. Su mansedumbre resultaba inquietante, nunca había visto un policía así de dócil. Dijo:

—¿Podría acompañarme, señora?

—Sí —asintió Mári, y empezó a secarse las manos. Pero parece que la docilidad de la autoridad también le inquietaba a ella, porque de pronto soltó la toalla y preguntó—: ¿Adónde me lleva, señor policía?

—A la morgue —repuso el otro con voz apagada, sin mirarla a la cara.

—¿Quién… ha… muerto? —balbució Mári.

—Eso lo tendrá que aclarar usted.

—¿Por qué, señor policía?

—Porque dicen que es su marido.

Se hizo un silencio sepulcral. Mári, que normalmente lloraba con facilidad, miró ahora al policía con los ojos secos y no emitió sonido alguno. Gritamos de dolor si nos pisan un callo, pero si nos pegan un tiro en el corazón solo sentimos un golpe seco. Luego caemos muertos.

En ese instante, el rostro de Mári parecía más bien el de un difunto. Se quedó rígido, como si aquello no fuera con ella, siniestra e inhumanamente indiferente. En su frente bañada en sudor se posó una mosca, pero la piel se le había vuelto tan insensible que ni siquiera lo notó. Cada vez que recuerdo aquellos instantes, veo la mosca que camina plácidamente por su cara, desde la frente hasta la nariz, de la nariz al labio superior y desde el labio hasta el alegre hoyo que antaño formaba una especie de embudo cada vez que se reía y que ahora parecía tan tétrico como la cuenca vacía de un ojo.

Mi madre lloraba en voz baja.

—¿Qué le ha pasado al pobre? —le preguntó sollozando al policía.

El policía acercó el documento a sus ojos miopes y luego dijo secamente:

—Hemorragia pulmonar.

—¿En el hospital?

—No, pereció en la ambulancia.

Mári escuchaba aquella conversación como si se desarrollara en un idioma extraño y no entendiera una palabra.

—¿Podemos irnos? —preguntó el agente, y se puso en marcha.

Entonces se había formado todo un tumulto ante nuestra puerta. La gente hacía comentarios presa de excitación, una mujer se echó a llorar.

—¿Podemos irnos ya? —volvió a preguntar el policía.

Mári no se inmutó. Miraba al suelo como si estuviera a punto de dormirse y le costara gran esfuerzo mantener los ojos abiertos. Mi madre se le acercó y la abrazó entre lloros.

—Anda, ve con él —dijo, y le dio un largo beso.

Mári iba como una sonámbula. Fuera la gente le dejó paso, nadie la miró con hostilidad. Se paraban a sendos lados de la galería como si alguien los hubiera mandado callar con un gesto mudo, alguien de cuya llegada Mózes no había advertido a los vecinos porque había llegado embozado en una capa de niebla, sin espada ni pistola, y mañana tal vez viniera para llamar a otra puerta y llevarse a alguno de nosotros como ahora este policía.

Al llegar ante la puerta de su apartamento, Mári se detuvo en seco. Dijo:

—Ay.

Así, sin signos de exclamación, breve y secamente, casi con objetividad. Tal vez pensara en un pañuelo olvidado o en que quería llevar consigo el bolso y le iba a pedir permiso al policía para entrar a buscarlo. Pero en lugar de eso, se le escapó un chillido ensordecedor. Echó a temblar de pies a cabeza, pataleó e hizo aspavientos como un demente y, antes de que el policía lo pudiera impedir, se cayó al suelo, entre la gente.

Nadie se veía capaz de levantarla, hasta que el dócil agente se acordó de que él era la autoridad. Se agachó, levantó a Mári de un tirón y le gritó con tosquedad, según correspondía a su papel:

—¡Vamos, venga ya, maldita sea!

Eso tuvo un efecto inmediato. Era la voz de la autoridad de la Hungría regia: la voz del amo que enseguida traía a la mente del perro húngaro el azote milenario y le hacía adoptar la posición de firmes aunque estuviera agonizando.

—Sí…, sí…, señor policía —lloraba Mári, y se encaminó detrás del amo, como haría un perro bien adiestrado.

Aquello pasó sobre las nueve de la mañana. A las doce —recuerdo que repicaban las campanas— Rózsi llamó a nuestra puerta muy excitada:

—Que viene el portero con los alemanes.

Nuestras miradas se encontraron. Aquello significaba que desalojaban a alguien. Los vecinos del inmueble se negaban a tirar a la calle las pertenencias de otro, y además el portero no confiaba en los húngaros. En tales ocasiones se valía de la ayuda de dos alemanes de la vecina aldea de Budakeszi, dos gigantes rubios de ojos azul aguado que iban y venían por el edificio como verdugos y no miraban a los ojos a los desgraciados húngaros, no tanto por odio racial como porque también eran pobres y les resultaba más sencillo odiar que sentir vergüenza.

—¿A quién desalojan? —preguntó mi madre.

—No sé —contestó Rózsi—. Parlotean en alemán.

Y siguió sin más su carrera para llevar la noticia al siguiente vecino.

Entramos en el cuarto y nos pusimos junto a la ventana porque el portero ya venía con los alemanes; estaban a punto de llegar a la tercera planta.

—Vienen hacia aquí —dijo mi madre, que perdió el color hasta en el cráneo.

Palideció también todo el edificio. Los vecinos miraban desde sus pisos como los presos observan desde sus celdas al compañero al que conducen a la horca.

Al cabo de un minuto todo el mundo sabía ya a quién se disponía a desalojar el portero: se detuvo ante la puerta de Mári, abrió la

puerta con su llave, hizo una seña a los matones y entraron los tres. El portero abrió las contraventanas que Mári no se había atrevido a abrir por su culpa y los alemanes tiraron por la ventana el «mobiliario» de la casa que —para presentar un inventario exhaustivo— consistía en dos maletas desgastadas, una burda manta de color marrón y una caja de madera tosca que hacía las veces de mesa. Y nada más. Eso era todo lo que había quedado de aquel cajista tan laborioso que no bebía ni jugaba a las cartas, que trabajó de sol a sol mientras le dejaron y que soñaba con un hijo y con un mundo más humano.

—¡Que me parta un rayo! —estalló mi padre—. ¡Esto es demasiado!

Tenía algo en la mirada que me heló la sangre. Nunca lo había visto así. Mi madre se asustó.

—Miska, cariño —susurró con voz suplicante—, no hagas locuras. Ya sabes que a nosotros también nos puede echar cuando le venga en gana.

—Sí, lo sé —contestó lacónico mi padre, a quien los dientes le rechinaban de la furia y la impotencia que sentía—. Lo sé —repitió despacio, en un carraspeo, y lanzó a mi madre una mirada fulminante—. ¿Conque debería dejar que echen a la pobre viuda antes de enterrar a su marido?

Mi madre rompió a llorar.

—¿Qué puedes hacer? No está en tu mano hacer nada.

—Eso ya lo veremos —gruñó mi padre. Se apretó el cinturón y salió.

Caminaba lento, con el porte del campesino gallardo que no tiene ninguna prisa. Cuando los vecinos lo vieron, salieron al pasillo y el edificio entero enmudeció, como si todos retuvieran el aliento.

—¿Qué hacéis? —disparó, con una voz tan sosegada que alguien que no estuviera al tanto podría haber pensado que simplemente había salido de casa por aburrimiento y se asomaba a charlar un poco.

El portero no fue capaz de dominarse. Se puso colorado: parecía que le hubieran salpicado la cara con cal, porque las marcas de la viruela permanecieron blancas.

—Estamos desalojando —dijo con forzada indiferencia, imitando el estilo de mi padre, pero echando miradas furtivas y astutas a los alemanes, que ya reculaban para en caso de necesidad poder atacar a mi padre por la espalda.

Al verlo, también yo me apreté el cinturón y salí. Era lo que probablemente esperaban los vecinos de mí, porque enseguida se apartaron para dejarme pasar, como suele hacerse con el orador en una asamblea popular.

Mi padre dijo entonces con toda tranquilidad:

—Pero si ni siquiera habéis entregado la notificación.

—¿Que no? —rio el portero—. Hace más de medio año que la recibieron. Solo consentí que se quedaran por compasión.

Mári no nos lo había dicho. Vi que a mi padre también le sorprendió la noticia. Hizo una pausa.

—¿Sabes que se le ha muerto el marido? —preguntó acto seguido.

—Pues claro que lo sé —dijo el portero encogiéndose de hombros—. Pero la vida sigue.

Entonces se produjo un gran alboroto. Todos se volvieron, y siguiendo sus miradas vi que Mári estaba parada ante sus enseres, que yacían esparcidos en la galería.

—Déjalo, Miska —dijo con un hilo de voz—. Ya da lo mismo.

Hizo un gesto cansino, giró sobre sus talones y fue en dirección a las escaleras. Mi padre la siguió.

—Tú te quedas aquí —ordenó.

—Déjame —le suplicó Mári—. No quiero ver a ese sapo —dijo señalando al portero.

—¡Que te quedes, he dicho! —insistió mi padre, porque Mári había vuelto a ponerse en marcha.

—Ya volveré —dijo—. Ahora déjame. —Y de pronto rompió a llorar—. No…, no quiero… no quiero verlo…

—Está bien —la apaciguó mi padre—. Vuelve dentro de media hora. Entonces todo estará arreglado.

—Que Dios te lo pague, Miska —sollozó la mujer—, porque yo no tengo con qué.

Con eso se alejó, pero no regresó a la media hora. Ni tampoco al cabo de una: no regresó. No volvimos a saber de ella, nunca supimos qué le pasó. Pero entonces aún no lo sospechábamos.

Al irse Mári, mi padre se dirigió al portero:

—Tengo que hablar contigo. Entra aquí un segundito —dijo indicando el piso de Mári.

—Ahora no tengo tiempo —apuntó el portero—. Mejor otro día.

—Quiero hablar contigo ahora mismo —dijo mi padre con una serenidad que no auguraba nada bueno.

Entonces de pronto comprendí por qué toda Újpest le temía. Asustaba verle allí parado ante el portero, y eso que seguía aparentando una tranquilidad tan espeluznante como por la mañana, cuando salió a abrirle la puerta al policía.

—Si Miguelindo quiere hablar con alguien —dijo pausadamente, casi silabeando las palabras—, entonces ese alguien o habla con él o no vuelve a abrir la boca. ¿Entendido? —le gritó, e intuyendo las intenciones de los alemanes súbitamente se dio la vuelta.

En ese instante algo brilló en la mano del portero. Era un cuchillo de hoja larga, de los que se usan en la cocina. No sé de dónde lo habría sacado, si de entre las posesiones de Mári o de su propio bolsillo. No sé qué pasó exactamente en aquellos segundos, porque entonces los alemanes también sacaron sendas navajas y yo inmediatamente los apunté con la pistola.

—Tiradlas —ordené, y con el reverso de la mano izquierda les di un bofetón a cada uno.

Los alemanes obedecieron y con el pie tiré las navajas al patio. Todo sucedió tan rápido que la gente que estaba a mi alrededor, observando el duelo de Miguelindo, ni siquiera se enteró.

En realidad solo entonces me percaté de lo que ocurría. Mi padre agarraba la muñeca del portero, pero como este tampoco era un

hombre débil, el cuchillo estaba bailando entre la garganta y el pecho de mi padre. Sabía muy bien que el portero podía darle inesperadamente una cuchillada en el corazón, y también era consciente de que yo solo necesitaba dar dos pasos al frente para que viese la pistola y soltara el cuchillo. Pero no los llegué a dar.

Por nuestras tierras los duelos estaban regidos por leyes ancestrales, era un código estricto y no escrito. Un húngaro podía agredir a dos alemanes, pero nunca dos a uno. Sabía que si llegaba a apuntar al portero con la pistola, mi padre me molería a palos y nunca me perdonaría aquella vergüenza. De modo que tuve que resignarme a mirar la hoja del cuchillo que apuntaba directamente al corazón de mi padre.

Alguien a mi lado reprimió un grito. Volví la cabeza en esa dirección: era mi madre. Amaba a aquel hombre más que a su propia vida y ahora pretendían matarlo. Era una mujer fuerte: si cogía la sartén de hierro de Mári, seguro que ponía fin a la pelea. Pero también era una mujer del campo y respetaba aquellas mismas leyes ancestrales, de manera que no se valió de la sartén. Estaba pálida, le temblaban los labios y miraba a su marido sin moverse.

De pronto todos contuvieron la respiración. El portero zancadilleó a mi padre, que a punto estuvo de caer contra la punta del cuchillo. En el último instante recobró el equilibrio, y la furia le dobló las fuerzas. Torció el brazo del portero con tal energía que este chilló como un animal herido. El cuchillo se le cayó de la mano.

—Vaya, vaya —dijo mi padre sonriendo, y se metió lentamente la mano izquierda en el bolsillo.

Sacó una navaja imponente. Era una navaja de resorte de la que saltó una hoja larga y delgada.

—Como puedes ver —le dijo al portero—, yo también tengo una. Pero no la utilizo. Porque si Miguelindo quiere rajar a alguien no duda en hacerlo, pero si quiere hablar con él, entonces va y habla. Y ahora quiero hablar contigo.

Con eso me entregó la navaja y soltó al portero, que le siguió callado y con la cabeza gacha.

Entraron en el apartamento de Mári. Permanecieron dentro un par de minutos, y al salir, el portero les dijo a los alemanes:

—Metedlo todo en el piso.

Cumplieron la orden y luego los tres desaparecieron.

Los vecinos nunca habían presenciado semejante prodigio. Les embriagó la idea de que alguien pudiera imponerse al todopoderoso portero, con el que ya se veían obligados a compartir hasta sus mujeres. Levantaron a mi padre a hombros y lo pasearon en marcha triunfal por la galería.

—¡Viva Miguelindo! —gritaron el sótano, la planta baja y los tres pisos—. ¡Viva Miguelindo!

Y yo grité con ellos.

11

¡András! —uno de los empleados en los despachos entró en el vestuario a llamarme—. El señor comandante quiere verte.

—Enseguida voy —grité como respuesta, y me sorprendí al oír mi voz tan tranquila.

Era una mañana de domingo, el 31 de agosto de 1930. «Vaya, ha llegado el día», me dije, y no sentí nada en absoluto. Saqué la ropa del armario y automáticamente empecé a vestirme. De modo que es hoy.

Menos mal que cae en domingo. El Sabueso viene cada domingo… Al menos no tendré que esperar. Ahora subo, el comandante me comunica el despido y después…

Consulté el reloj de Lajos. Eran las ocho menos cuarto. A las once el Sabueso habría llegado. Faltaban aún tres horas. Ciento ochenta minutos.

El lavabo estaba abarrotado, los chicos cuchicheaban a mi alrededor armando mucho bullicio. Antal hablaba de una chica a la que había llevado al Mauthner la noche anterior.

—Oíd, muchachos…

Y los muchachos escuchaban como hechizados los detalles obscenos para de vez en cuando estallar en carcajadas. «¡Si supierais!», pensé y escudándome tras la puerta de la taquilla para que no se dieran cuenta, deslicé la pistola en el bolsillo.

Tuve que esperar un buen rato en la antesala del comandante. Durante el primer cuarto de hora aún me sentí tenso, fue desagradable, pero luego mis nervios se relajaron y me invadió una especie de estupor. No pensaba en nada. Me limité a apoyarme en

una u otra pierna y a mirar el reloj que había en la pared. Durante sesenta segundos las grandes manecillas negras permanecían inmóviles, luego daban un salto con un leve chasquido. Aún faltan ciento treinta y cinco minutos… ciento treinta y cuatro… ciento treinta y tres…

Por fin se abrió la puerta tapizada de verde y el primer conserje me indicó con una seña que entrara.

Mussolini leía un expediente, ni siquiera levantó los ojos cuando entré. Miraba fijamente el papel con su rostro de rana, enjuto e inexpresivo, y el monóculo brillaba siniestro en su pequeño ojo amarillento. Tenía ante sí un enorme tintero hecho con el casco de un proyectil, a cuyos lados se alineaban en semicírculo plumas y lápices en un orden castrense; había muchísimos y estaban ordenados según el color y el tamaño, dispuestos con perfecta simetría. El tío Gábor había adorado este tipo de simetrías en la primera fase de su demencia, cuando los vecinos aún le admiraban por ello, al igual que la prensa «liberal» admiraba al Duce por la puntualidad de los trenes italianos. En ese altar marcial todo era simétrico, como si la ubicación de los muebles, los cuadros y las pilas de documentos hubiese sido trazada con regla y compás. Daba la sensación de que toda la sala estaba en posición de firmes y enseguida se daría la vuelta si el comandante daba la orden.

Sin embargo, no dijo nada. El señor comandante leía y ni se percató de mi presencia. Reinaba un silencio tan impenetrable como el de un cementerio militar; tan solo se oía el crujir del papel al pasar página. Yo estaba completamente cuadrado, con las manos en la costura lateral del pantalón, según lo reglamentario. El primer conserje estaba igual. Solo faltaban los tambores.

Eran las nueve y cuarto. En la pared había también un reloj eléctrico en este caso, que parecía marchar a un ritmo más lento. Quedaban aún ciento cinco minutos… ciento cinco minutos… ciento cinco minutos…

Por fin Mussolini alzó la vista.

—¿Cómo estamos? —preguntó con una efusividad que me impactó. Incluso me sonrió.

No era lo que yo esperaba, ni mucho menos. Estaba tan nervioso que empecé a tartamudear:

—Bien, gra… gracias… su seguro servidor.

El comandante apuntó algo en el margen de un documento y luego me dijo sin levantar los ojos:

—Según me han contado, has ganado un premio en tiro.

Aquello me sorprendió aún más. Así que era cierto que los instructores de los *levente* le enviaban informes.

—Sí, señor —atiné a decir.

—Muy bien —me elogió con un tono militar—. Ya verás lo bien que te vendrá en la vida.

«Si supieras lo pronto que le sacaré provecho», pensé, y me pareció sentir que la pistola se movía en el bolsillo.

Entonces el ilustre hombre dejó la lectura.

—Te mandé llamar —empezó— porque…

En ese instante sonó el teléfono. Algún excelentísimo señor lo llamaba. Quedaron por la noche en el casino de oficiales. Transcurrieron otros cinco minutos.

—Bueno —dijo distraídamente después de colgar el auricular—, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, el primer conserje me comunica que el ascensorista del turno de noche ha enfermado. ¿Podrías sustituirlo esta noche?

La pregunta me pilló tan de improviso que no supe qué contestar. ¿Me había llamado solo por eso?… No, imposible.

—¿Por qué pones esa cara de susto? —preguntó—. ¿Es que tienes compromisos?

—No… no… —mascullé—. No tengo ninguna otra cosa que hacer, señor comandante.

—Bien —asintió, y volvió a hojear la pila de papeles—. Entonces ahora puedes marcharte a casa a dormir un rato.

—Sí —contesté, y seguí esperando a que me despidiera, pero en lugar de eso me volvió a sonreír e indicó que podía irme.

No entendía qué significaba todo aquello. ¿Cómo lo iba a entender? El Sabueso me había dejado bien claro que «el comandante estaba al tanto del asunto», de modo que también debía de tener conocimiento de que no había delatado a Elemér, o sea que… lo sabía todo. Y ahora, en vez de expulsarme, me preguntaba cómo estaba, elogiaba mis dotes militares y me proponía sustituir al ascensorista de noche. ¿Por qué?

¿Qué se traían entre manos?

Intuía que algo había sucedido, algo de lo que una vez más solo me enteraría más tarde… Pero ¿qué?

Me fui a casa y no pude dormirme. Esperé a que llegara la noche aturdido, angustiado.

Hasta medianoche no sucedió nada inusual. Estaba ante el ascensor sin hacer nada. Llegaban a pasar diez o quince minutos sin que apareciera nadie. La mayoría de los huéspedes se había ido después del día de San Esteban, por todas partes discurría el tedio líquido y putrefacto de la temporada baja. El restaurante cerraba una hora antes que en verano, el vestíbulo quedaba desierto a las once. A medianoche apagaron las luces de las arañas de cristal. A mi alrededor reinaban el silencio y la penumbra, como en la habitación de un enfermo. Me apoyaba en una u otra pierna, según se me dormían, porque ni en esos momentos nos estaba permitido sentarnos o caminar. Estaba quieto y miraba la pared. A veces me llegaba la música del bar, pero era tan tenue e irreal que parecía proceder de otro edificio o tal vez de otro mundo… Dormitaba de pie.

Me despertó el ruido de la puerta de los despachos, que se abría. Salió el funcionario de turno y se dirigió directamente hacia mí.

—András —ordenó—, sube a la doscientos cinco y avisa a su excelencia de que la llama el excelentísimo señor desde Ginebra. Ya llevamos cinco minutos intentando conectar con ella, pero no contestan. Parece que ha descolgado el auricular.

—Tal vez esté durmiendo —dije nervioso.

—Entonces despiértala —contestó—. Entretanto me quedo yo junto al ascensor.

—Ya voy.

Tenía un nudo en la garganta y no sabía si era de alegría o de miedo. Todo había sucedido de repente: un minuto antes aún dormía, en un sueño tan discreto y alerta como solo pueden tenerlo los que trabajan de noche. Ahora la realidad me parecía mucho más irreal. Al fin podré verla, hablar con ella, le podré decir que… ¿decirle qué? Me sobresalté pensando que ignoraba qué quería decirle. Ya no estaba seguro de si quería hablar con ella, habían pasado tantas cosas… Las últimas semanas me había alejado de la suite 205, y ahora estaba otra vez allí, delante de su puerta, oyendo el ruido de mis nudillos al llamar.

Dentro se oía el piano, un alegre jolgorio, una mujer se reía como si estuviera trinando. ¿Será ella…? Se derramó en mi interior una sospechosa dulzura. ¿Era la esperanza…? ¿O solo el recuerdos…?

Estuve llamando a la puerta largamente, pero nadie contestó. Por fin opté por abrir. La suite estaba llena de huéspedes, bailaban hasta en la antesala. En la penumbra se arremolinaban rostros desconocidos, hombros desnudos de mujer, pecheras relucientes, dolmanes de oficial con alamares dorados, y entre ellos zigzagueaban, como en la cuerda floja, camareros con bandejas alzadas sobre las cabezas. Todos los invitados debían de haber bebido mucho porque ya nadie estaba sobrio. A mi alrededor, entre mareantes nubes de perfume, los bailarines se apretujaban los unos contra los otros en vertiginoso vaivén; en la media luz bermeja del dormitorio se besaba una pareja sin prestar atención al resto de la concurrencia; en el cuarto de Doni estalló un aplauso, desconozco el motivo; en otra parte se oyó una carcajada; aquí había susurros, allá gritos y más allá el sonido del piano lo dominaba todo, vertiendo estridentes notas de empalagosa música de baile, burdamente sentimental.

En medio de la confusión no localicé a la señora. El baile era ahora un tango. Las luces eran tenues pero a alguien le pareció demasiado: una de las lámparas se apagó, el salón se sumió en una penumbra más espesa y la noche pareció iluminarse tras las ventanas. La imagen era preciosa, casi irreal. El azogue plateado del Danubio bañado por la luna, las doradas guirnaldas de farolas salpicando la ladera del monte, los pálidos encajes de mármol del bastión de los Pescadores, las cúpulas verdosas del palacio real, el firmamento, las estrellas, el paisaje nocturno al otro lado de las ventanas, las parejas bailando ante todo ello… Solo había visto espectáculos similares en el cine. Me hechizó. El mundo giraba a mi alrededor, me arrastraban con ellos, me pisaban, un caballero furioso me reprendió, una dama se rio… ¿Se reiría de mí? Me sentía como si en lugar de un patio de butacas hubiera caído casualmente en un escenario y la gente me mirase sin entender qué pasaba; en cualquier momento podían darse cuenta y entonces estallarían las carcajadas y se armaría un escándalo.

Por fin la vi. Bailaba en el cuarto de Doni, al fondo, en un rincón oscuro. Bailaba apasionadamente con un capitán de húsares, con su dolmán celeste de alamares dorados, su irresistible bigote, sus condecoraciones, sus espuelas y con un rostro sacado de un anuncio de dentífrico que irradiaba olor a celuloide; en aquella época era Greta Garbo la que bailaba con capitanes de húsares tan improbables como ese, pero solo en películas ambientadas en el siglo XIX, preferentemente en las noches nevadas de San Petersburgo. El galán habría bebido mucho, porque al bailar susurraba como quien delira en sueños y la mujer reía sin parar. Se había soltado la cabellera pelirroja, que volaba alrededor de su rostro. Los senos se mecían al girar y de vez en cuando asomaban por debajo de la seda negra. Estaba hermosa y muy borracha. La miré azorado, apenas pude dirigirle la palabra.

—Su excelencia…

Me sonrió al verme, y lo hizo de tal forma que me temblaron las rodillas. Conocía muy bien aquella sonrisa ebria. ¡Dios mío, cómo la

conocía! Eran recuerdos que me provocaban escalofríos, recuerdos de noches pasadas, cuando de madrugada salía bebida del bar y yo tenía la certeza de que me haría llamar al cabo de unos minutos.

—Oh, ¿eres tú, András? —dijo con esa voz aguda y algo cantarina, y como en los viejos tiempos me tocó traviesa la punta de la nariz—. ¿Qué hay de nuevo?

—La llama el excelentísimo señor desde Ginebra —tartamudeé.

—¿El excelentísimo señor? —repitió distraída, como si no supiera de quién se trataba. Luego se alisó la cabellera con un gesto fugaz y familiar, y añadió soñolienta—: Pues decidle que aún no he vuelto.

—¿No quiere que pasen la llamada a mi habitación? —preguntó el capitán en voz baja, sonriendo, con la mirada turbia—. Tal vez sea importante.

No contestó. Se notaba que pensaba y también que le costaba trabajo hacerlo. Mientras, sus ojos descansaban en mí, me miraba, me miraba a mí… ¿solo porque estaba muy borracha? O tal vez… Sentí un ardor por todo el cuerpo.

Entonces se separó un poco del capitán y se acercó a mí.

—Llamaré luego, cuando se vayan los invitados —susurró. Y, sonriendo, volvió a tocarme la punta de la nariz.

Salí al pasillo como si también yo estuviera borracho. «Luego, cuando se vayan los invitados… Luego, cuando se vayan los invitados…». ¿Quién me sustituirá si llama? ¿Acaso Franciska?

—¿Han hablado? —preguntó el funcionario.

—No, señor —repliqué—. Diga que su excelencia aún no ha llegado.

El empleado asintió y volvió enseguida al despacho, pero apenas hubo cerrado la puerta me cruzó la mente un pensamiento terrible. Tal vez tenía que haber dicho otra cosa. Tal vez la había malentendido.

«Llamaré luego, cuando se vayan los invitados…». ¿Quiso decir que llamaría a Doni? Pero entonces, ¿por qué lo dijo tan bajo? ¿Solo porque temía que los invitados la malinterpretaran y pensaran

que quería deshacerse de ellos? En ese caso, ¿por qué me miraba de aquella forma? ¿Solo porque había bebido? No… Sí… No… Sí…

A la una y media ya no pude dominarme. Le pedí al portero de noche que ocupara mi puesto durante unos minutos.

—Tengo que salir —dije, como se solía hacer en esos casos, pero en lugar de ello bajé a la cocina y eché unos tragos.

Acto seguido ya me inclinaba más por el sí: sí, sí, sí, me llamará.

Hacia las dos los invitados empezaron a despedirse y a las dos y media también bajaron los camareros.

—¿Se han ido todos? —pregunté.

Me contestaron que sí y pensé: «Ahora se estará desvistiendo».

En cuanto sonaba cualquiera de los teléfonos, me quedaba sin aliento. Ahora, ahora, ahora… No… Tal vez antes se dé un baño…

De pronto se abrió la puerta del bar y casi grité de alegría. Salió Franciska, que vino directamente hacia el ascensor. No me había equivocado: me había llamado. Y ahora Franciska me sustituiría. Qué gracia. ¿Con quién si no iban a sustituirme?

Aparenté no haberlo visto, miré en otra dirección. Oí sus pasos al acercarse… ahora se detendrá ante mí y…

No se detuvo. Entró en el ascensor.

—Segundo piso —dijo en voz baja y algo ronca, sin mirarme a la cara.

Yo ya debía de estar bastante borracho, porque tardé en entender lo sucedido. Al instante cerré la puerta y puse el ascensor en marcha. Estábamos mudos, no nos miramos. El ascensor subía. Yo me mareaba.

Ya habíamos pasado la primera planta cuando mi mirada se posó en la botella de champán. Estaba en un cubo de cristal, también había cuatro copas sobre una bandeja… como solía llevar yo. La cabeza me empezó a arder, me invadió una furia descomunal, y si en ese instante no hubiera sucedido algo, seguro que me hubiese lanzado a por él.

Ocurrió una insignificancia, una nimiedad, pero en la vida de una persona casi todo depende de nimiedades, y yo estaba borracho. Lo

que pasó fue que desde abajo llamaron el ascensor. Entonces ya estábamos en el segundo piso y, antes de que me repusiera de la sorpresa, Franciska salió, yo me hundí con el ascensor y el mundo entero. En la planta baja aguardaba un matrimonio, los subí a la tercera, luego volví abajo y lo que sucedió a continuación obedeció solamente a lo que mis manos y pies dictaron. En aquellos instantes me conducía como una lombriz cortada en dos: la cabeza por un lado y el cuerpo por otro, sin conexión entre ellos.

Bajé corriendo al vestuario, saqué la pistola de la taquilla y me la guardé en el bolsillo. Luego mis pies siguieron su acción autónoma: sótano, escaleras, pasillo, pasos y más pasos.

Cuando volví al vestíbulo, me asusté al ver que el ascensor no estaba en la planta baja. Ya pensaba subir a pie cuando de súbito el ascensor se detuvo ante mí y salió de él el portero de noche.

—Maldita sea —estaba hecho una furia—. ¿Dónde diablos te habías metido?

—Es que —balbucí—, verá…

No fui capaz de decir nada más. Me mareé, me cubrió el sudor y tras un escalofrío se me revolvieran las tripas.

El portero me miró sobresaltado.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Estás más blanco que la sal. ¿No tendrás retortijones?

Le dije que sí, que tenía retortijones. Entonces se tranquilizó un poco.

—De todas formas tendrías que haber avisado.

Le dije que sí, que tendría que haber avisado. Entonces me explicó con profusión de detalles que en el frente siempre le daba diarrea antes de los combates, y que como lo sabía de antemano se preparaba.

—Hay unos polvos —me explicó—, son unos polvos marrones que enseguida te recomponen. Camino de casa entra en una farmacia y pídelos.

Le dije que sí, que camino de casa entraría en una farmacia. Por fin se alejó y cuando me disponía a entrar en el ascensor se detuvo

y se volvió hacia mí.

—Ah, sí —dijo—. Casi se me olvida. Está aquí tu padre.

—¿Mi padre? —No salía de mi asombro—. ¿Qué quiere?

—Ni idea. Está fuera, a la entrada.

A la entrada… a las tres de la madrugada. Recobré la serenidad de golpe. Mañana es primero de mes. Sentí una punzada y me pareció ver el rostro del portero retorcido por el dolor al dejar caer el cuchillo. Hoy han entregado la orden de desahucio…

—¿Puedo hablar con él? —pregunté con la garganta seca.

—Sí —repuso—, pero…

Se calló y yo sabía por qué. A una persona tan harapienta como mi padre no se la podía dejar entrar en el vestíbulo.

—¿Por qué no te pones tú a la entrada y yo me quedo en el ascensor?

—Muchas gracias. Se lo agradezco de veras.

Salí a toda prisa. Mi padre caminaba de un lado a otro delante del hotel; lo vi desde lejos, al bajar las escaleras, pero él a mí no. Observaba la acera como buscando algo; solo levantó la cabeza cuando yo ya estaba en la calle. Miraba parpadeando, como si acabara de despertar, tenía la mirada tan nublada que en un primer instante pensé que estaba borracho.

No pude saludarle, a él también le costó trabajo. Carraspeó, trató de sonreír.

—Pasaba por aquí —dijo torpemente, con voz entrecortada—. Pensé en venir a verte.

Recuerdo perfectamente que en ese instante lo supe todo. Había llegado la notificación de desahucio y mi madre… mi madre…

—¿Pasabas por aquí? —repetí neciamente.

—Sí —asintió, y se le torció el rostro al forzar una sonrisa—. He estado en el hospital —musitó, y agregó sin mirarme—: Ya… ya está fuera de peligro.

No dijo quién, yo tampoco pregunté. Los que han crecido junto a su madre no pueden comprender lo que yo sentí en esos instantes. En el ambiente templado del hogar los sentimientos maduran con

lentitud, tanto el apego a una madre como el sentimiento opuesto: saber que antes o después la perderemos. Cuando llega el momento, la mayoría de la gente constata con sorpresa que en su subconsciente ya se había preparado para la muerte de la madre y afronta el golpe con relativa facilidad. A mí me sucedió lo contrario. Hasta ese día no me había atrevido a jurar que la amaba. En mi interior vacilaban sentimientos difusos y tímidos, y solo en aquel momento de peligro comprendí qué se ocultaba tras tanta reticencia y pudor: una pasión encarnizada y desbordante. El niño arisco al que la fría soledad de la infancia había congelado todo amor filial se echó a llorar en el cuerpo de un mozo bigotudo de metro ochenta.

Tardé mucho en poder hablar, y solo para preguntar:

—¿Ha llegado la comunicación de desahucio?

También podía haber preguntado: ¿Estamos acabados?

Mi padre asintió. Me estremecí.

—¿Ha bebido lejía?

—No… no mucha —dijo titubeando—. Llegué a tiempo… es que…

Se quitó el sombrero, se secó el sudor de la frente. Me encontraba a su lado sin poder moverme ni decir nada. Él tampoco. Callamos como solo pueden callar dos campesinos.

—Si llego a entrar un minuto más tarde… —dijo al fin mi padre, pero dejó la frase sin terminar. Su mirada se perdió en la lejanía; negó con la cabeza—. Un minuto —masculló con los ojos fijos en el suelo—. ¿Qué es un minuto? Lo que se tarda en encender un pitillo. Fue eso lo que le salvó la vida. Gracias a Dios, enseguida me di cuenta de que había dejado puesta la llave por dentro y fui corriendo a la ventana. También estaba cerrada, pero la rompí de un puñetazo. Mira. —Me mostró la mano que seguía manchada de sangre coagulada. Tragó saliva y volvió a mirar la acera—. Nunca hubiera imaginado —murmuró— que una mujer tan dócil como ella pudiera desear tanto la muerte. Fue la primera vez que se ponía violenta. No quería soltar la botella de lejía, peleaba conmigo, y eso que apenas se sostenía en pie. La tuve que bajar en brazos, como a

una niña pequeña. Cargué con ella hasta la taberna para llamar por teléfono. Cuando salimos, en la calle ya se había formado un corrillo, luego llegó la ambulancia. —Hizo un ademán de rechazo con la mano—. Mejor no hablar de ello.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que pasará unos días malos, pero no le dejará secuelas graves. El niño… el niño también está bien —añadió en voz baja, algo avergonzado—, porque… bueno… a ti ni siquiera te lo hemos dicho… tu madre está esperando un niño… No entiendo cómo ha sido capaz —me miró—. ¿Tú lo entiendes?

No contesté. Me miraba la punta de los zapatos, como solía hacer mi madre. Volvimos a guardar silencio.

—Nos tenemos que ir del piso el uno de octubre —gruñó mi padre, y se me acercó más—. Hijo —me miró a los ojos—, si hasta entonces no logramos reunir el dinero, todo será en vano, porque lo intentará otra vez.

—¿Eso dijo?

—Ella no. Sus ojos. Lo vi en sus ojos… ¿Me entiendes?

—Claro. ¿Cuánto debemos?

—Setenta y seis, más veinte del próximo mes. ¡Ridículo! —estalló furioso, pero su voz delató desprecio—. Noventa y seis pengos… Lo podría conseguir en media hora, si… —Solo entonces se dio cuenta de que se había ido de la lengua, porque de pronto se calló—. Un día te lo explicaré todo —añadió en un susurro—. Ahora lo importante es conseguir esos noventa y seis pengos.

—Por eso no ha de ser —estallé—. Por el amor de Dios, somos tres, tres personas que trabajan. A mi madre le llevaré todo lo que aquí me den de comer, y nosotros dos ya nos las arreglaremos. Uno no se muere de hambre así como así.

—¡Claro que no! —secundó mi padre y su rostro rejuveneció. Sus bellos ojos grises volvieron a llenarse de vida, de la intrepidez que tanto caracterizaba a Miguelindo—. ¡Caramba! —gritó—. Noventa y seis pengos no son el fin del mundo. He pensado un par de cosas. Están, por ejemplo, las estaciones. La gente ahora no

tiene para pagar a los mozos de carga, pero a los ancianos les pesa mucho el equipaje. Me pondré al acecho en la salida, porque ya sabes que no dejan entrar, y así me sacaré unos *krajcár*. No es mala idea, ¿verdad?

—¡Estupendo! —asentí entusiasmado, y también en mi interior empecé a hacer planes—. Yo, cuando salga del trabajo, bajaré al Danubio a la caza de barcos que atraquen por la noche. Si entrego la mitad de lo que me pagan al vigilante del muelle, seguro que me deja entrar a cargar sacos, ¿no es así? Y también puedo tratar de hacerlo antes del trabajo. Los barcos del mercado llegan de madrugada…

—Y luego están todos esos señores borrachos —me interrumpió mi padre, más animado—. Después de medianoche, cuando ya no haya otro tipo de trabajo, vendré por los bares, y cuando llegue uno, le abro la puerta del coche y extiendo la mano para que me dé propina. Dicen que la mayoría paga con tal de que los traten de ilustrísimo señor. Pues que no falte: yo los llamaré excelencia. Esos ingresos extra no nos vendrán mal.

Estaba encantado con la idea, y enseguida se me ocurrió otra que, a su vez, le encantó a él. Más tarde, al pensar en esos días, no acertaba a comprender cómo mi padre, un hombre inteligente y con tanta experiencia, podía creer en aquellas necedades. Pero ahora sé que el ser humano o cree o bebe lejía; y si cree, tanto da en qué. En la vida, como en las canciones, lo esencial nunca es la letra, sino la forma en que se canta. Miguelindo a veces se perdía, pero siempre cantaba de maravilla. No era raro verle dar la espalda a quienes dictaban las leyes y las letras, pero siempre era fiel al espíritu de la obra. Toda su vileza y grandeza, todos sus hechos, sus intenciones e ideas parecían estar escritos para un estribillo que entonaba al final de cada movimiento: ¡vivir, vivir, vivir! ¡Y a mí no me manda nadie! No, él nunca hubiera bebido lejía, y aquella madrugada supe que yo tampoco. Me di cuenta, casi literalmente, de que era sangre de su sangre, y que por mucho que se

diferenciaran las letras de nuestras vidas, la melodía era básicamente la misma.

Nunca había sentido a nadie tan próximo a mí como a él en aquellos instantes. Hablamos sin parar, las palabras rebotaban en nuestros labios como una pelota, vendíamos y comprábamos planes, los quemábamos uno tras otro y estábamos encantados. Vivir, vivir, vivir: cada una de nuestras palabras rimaba con la vida, y por eso mismo tomábamos en serio hasta los planes más descabellados, como el creyente toma en serio las ceremonias de su iglesia, porque más allá de las palabras y las formas lo importante para él es la esencia.

Nos embriagaron nuestras palabras, creímos tanto en ellas que no entendimos por qué habíamos estado tan desesperados un rato antes, y de repente constatamos con sorpresa que estábamos riendo.

—¡Ahí va! —gritó mi padre, y sus dientes hermosos y fuertes brillaron al reírse—. Hijo, si unimos nuestras fuerzas hasta el mismísimo Belcebú se meará encima, ¿no crees?

—Pues sí señor.

—¿Nos unimos para vencerlo?

—Claro que sí.

—¡Entonces, chócala!

Lo hicimos y yo me conmoví tanto que temí echarme a llorar. Esa es otra sensación, que solo puede tener quien toca por primera vez la mano de su padre a los quince años y por última a los diecisiete. ¡Cuánta ternura había en esa mano recia, cuántas cosas que no se pueden contar con palabras! En mi interior había un aguacero de emociones, las lágrimas me caían como cae la lluvia por un alero agujereado. Aparté la cabeza, pero entonces también estaba a punto de llover en el alma de mi padre, porque sin transición alguna gruñó un «hasta luego» y me dejó plantado.

En ese mismo instante lo decidí. Me sequé las lágrimas y salí corriendo tras él.

—¡Padre!

—¿Qué quieres? —preguntó azorado.

Saqué la pistola del bolsillo y se la di. El gesto tenía cierto simbolismo grandilocuente y mi padre, al parecer, también lo notó. Me miró sorprendido, pero no preguntó nada.

—Véndela —le dije en voz baja—. Con lo que saques empezaremos a ahorrar.

—Vale —contestó sin mirarme siquiera, y hundió la pistola en el bolsillo—. Bueno, me voy —rezongó—, mañana quiero levantarme temprano. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuré yo también, y de pronto le agarré la mano.

Fue la primera vez que le besé la mano. Aún recuerdo la forma en que me miró, esa expresión no puede olvidarse. Trató de sonreír pero no lo consiguió. Quiso decir algo pero tampoco tuvo mejor suerte. Al final giró sobre sus talones y se fue sin decir nada.

Lo vi alejarse por la calle, ya casi al alba. Hacía mucho tiempo que no estaba de tan buen humor.

De la señora simplemente me olvidé. Calculaba fríamente lo que ahorraría tras pagar los plazos cuando de súbito —entre suma y suma— se me pasó por la cabeza que a punto había estado de matarla. La idea no me pareció terrible; más bien inverosímil, sin encanto, como un sueño que se recuerda mientras te atas el cordón de los zapatos, después de haber fumado el primer cigarrillo del día, mirando el sol por la ventana. Había despertado en un mundo y ahora me desperezaba en otro completamente diferente.

Me asediaba un recuerdo de infancia, el de una siniestra noche de noviembre en que el sacerdote iba a dar misa al pueblo vecino y nos llevó de monaguillos. Era un otoño deprimente, ideal para suicidarse, y gracias a los harapos con que me vestía había agarrado un resfriado tremendo. Al cura no le dije nada, porque temía que entonces no me llevara con él; subí con los demás a un desvencijado carro, tiritando de fiebre. Cuando entramos, el pueblo dormía. Había niebla, era noche cerrada, el viento ululaba. El carro

se hundía hasta los ejes en el barro, avanzando con lentitud. Yo miraba la oscuridad temblando: nunca había visto una aldea que me diera tanto miedo. No había ni un punto de luz, no había un alma. De las tinieblas, como surgidas del barro, se erguían unas casas fantasmagóricas, cubiertas casi de niebla. Solo en sueños había visto casas de aspecto tan extraño. Tras las diminutas y oscuras ventanas se asomaba de vez en cuando un rostro curioso, por la noche deambulaban sombras sospechosas y, al pasar junto al cementerio, me estremecí al ver a alguien esconderse entre las tumbas. El viento profería ruidos extraños, parecía gemir, algo había sucedido en ese pueblo; a veces oía claramente el sonido de cuchillos afilándose. Cuando llegamos a nuestro destino, yo ya estaba casi desfallecido por la fiebre y el miedo. La anciana en cuya casa nos alojamos, me hizo beber vino hervido con canela; no se ha inventado mejor remedio contra el catarro. Al día siguiente me desperté sin fiebre y salí corriendo de la casa para ver aquel pueblo irreal y aterrador. La niebla se había levantado, el viento se había calmado y en aquella mañana gris de domingo de invierno la aldea dejó de ser irreal y aterradora. Era un pequeño pueblo del Transdanubio que no tenía nada fuera de lo común, era igual que el nuestro, que cualquier otro; no desperté en el lugar donde me había dormido, y sin embargo, estaba en el mismo sitio.

Ahora parecía haber sucedido lo mismo. Mi situación no había cambiado en absoluto, y no obstante era distinta a la de media hora antes, porque la miraba con otros ojos. Sí, sabía que el comandante con cara de sapo no había elogiado gratuitamente mis dotes militares, y seguía siendo evidente que el «señor doctor» de pata de palo tramaba algo. Seguía odiando a esa araña flaca y nerviosa de párpados descontrolados de cuya telaraña era incapaz de escapar, pero, matarlo… ¿por qué? Si me echan de hotel, ¿voy y le digo a mi madre que se beba tranquilamente la lejía, porque ya da lo mismo, y que de ahora en adelante me dedicaré a pegar tiros por ahí? No, no, no. Yo no tenía tiempo para perderlo en la cárcel, ni para tener mal

de amores: la vida de mi madre dependía de noventa y seis pengos y yo no tenía derecho a pensar en otra cosa.

Llegó la hora del cierre. Los dientes empezaron a salir del bar y de pronto cambió el mundo a mi alrededor. Aparecieron como por arte de magia automóviles iluminados y chóferes uniformados que daban taconazos. Crujían sedas, brillaban alhajas, flotaban nubes de perfume por el aire. «Esta gente paga veinte pengos por una botella de champán», pensé, y mientras les hacía la reverencia esbozando la sonrisa de rigor. ¡La vida de mi madre dependía de cinco botellas de champán! ¿Solo la de mi madre? No. La vida de millones y millones de personas.

—*Good bye, sir*! —dije, ofreciendo mi mejor sonrisa de perro de madera a un lord inglés fascista, pero supe que me estaba despidiendo definitivamente de su mundo.

12

Mi madre se fugó del hospital. Una tarde, al llegar a casa mi padre y yo, la encontramos otra vez junto a la artesa; lavaba como lo había hecho una semana antes, un año antes, toda la vida. Recibió nuestro saludo con apatía, apenas levantó los ojos de la artesa, y siguió machacando la ropa, impertérrita.

—Le he prometido a la quiosquera que mañana lo tendría —dijo, y continuó frotando como si nada hubiera pasado.

También nosotros tratamos de disimular. No le preguntamos cómo se encontraba, era más que evidente que estaba mal. Estábamos empapados, así que nos quitamos la ropa sin decir nada y nos pusimos a lavar. Era una tarde lluviosa, despiadada; el viento aullaba en la chimenea como si fuera otoño, arrojando gotas de lluvia contra la ventana y sacudiendo la puerta desvencijada como si pretendiera entrar.

—Hace un tiempo de perros —dije, solo por hablar.

—Sí —asintió mi madre—. Ya se huele el otoño.

Apenas teníamos de qué hablar. Al rato mi padre empezó a contar una enmarañada historia de marinos, pero cuando mi madre vertió lejía en la artesa se quedó desconcertado.

—¿Por dónde iba?

—Pues…

—Sí, esto… ¿por dónde?

Ninguno de los tres lo sabía. Se produjo un silencio incómodo. Mi madre se inclinó sobre la artesa y se echó a llorar con un llanto mudo que le sacudía los hombros.

—Este año el otoño llega muy pronto —comentó mi padre, como si no lo hubiera notado, y me lanzó una mirada ladina.

Sabía qué venía a continuación. Se acercó al mueble de cocina y sacó la caja de jengibre donde teníamos guardado el dinero.

—Mira —dijo alzando la voz, y le extendió a mi madre la caja de hojalata.

Había quince pengos. La mujer miró las gastadas monedas de plata sin dar crédito.

—¿Habéis matado a alguien?

—Hemos trabajado —declaró con orgullo. Se notaba que estaba satisfecho con el efecto causado.

Los quince pengos obraron el milagro. En el rostro de mi madre afloró la esperanza.

—Dios mío —suspiró—, si las cosas continuaran así…

—¿Y por qué no iban a hacerlo? —preguntó mi padre con desenvoltura—. Manci pagará otros cinco a final de mes. Ya son veinte. Y hoy solo estamos a día cinco.

—¿Habéis ganado quince pengos en menos de una semana?

—Así es.

No era del todo verdad. Nos habían dado siete por la pistola, y yo había puesto tres del dinero que debía pagar por los plazos. Fue mi padre quien me convenció para que recurriera a esta artimaña.

—Suena mejor —dijo—. Tu madre se alegrará más.

—Pero ¿qué pasará cuando los tenga que quitar?

—¿Por qué tendrías que quitarlos? Cuando llegue el momento ya habré ganado cinco veces más.

Estaba firmemente convencido, lo que quizá tranquilizaba su conciencia pero eso no cambiaba nuestra situación. En un día bueno mi padre ganaba un pengo, y no tenía más remedio que ponerlo en la cajita, porque mi madre la controlaba cada noche.

—Mañana —me animaba él cuando nos quedábamos solos, y al día siguiente volvía a decir lo mismo: Mañana.

Los días pasaban. Mi padre lo intentó todo, a veces recorría la ciudad de madrugada a madrugada, en vano. No había trabajo.

Delante de las fábricas acampaban grupos de desempleados, esperando sin saber qué. La dirección anunciaba con enormes carteles que no se necesitaba mano de obra, pero los parados aparecían de todas formas cada mañana y no se movían hasta entrada la noche. Los que no tenían casa tampoco tenían adónde ir, y los que la tenían no querían ver a sus hijos pasando hambre. Allí, ante la puerta de la fábrica, al menos podían tener la esperanza de que algún día sucediera algo: que la máquina cortara la mano de un compañero, que la policía detuviera a alguien, que proclamaran la dictadura del proletariado o que un bondadoso millonario estadounidense decidiera comprar la empresa.

Las perspectivas de mi padre eran aún menos alentadoras. Un tornero podía soñar con que algún día se necesitaran torneros y que, de entre los innumerables torneros sin trabajo —por alguna razón inexplicable—, lo eligieran precisamente a él. Pero ¿con qué podía soñar un marinero? Las fábricas, y hasta los talleres, tiendas u oficinas más pequeñas, tenían a miles de obreros cualificados entre los que elegir. Solo podía obtener empleo quien tuviera certificados de muchos años, e incluso estos eran recibidos con recelo si no llevaban carta de recomendación. Pero esos eran documentos que apenas se conseguían, porque todo el mundo trataba de colocar a su propia gente.

Traté de llevarlo al hotel. Hablé con el primer conserje, me humillé, le dije que mi madre estaba enferma, que nos echarían de casa si mi padre no conseguía trabajo, pero no hizo más que encogerse de hombros.

—A lo mejor dentro de un año yo también estoy como él —dijo —. Ya sabes que recortarán la plantilla.

Era verdad, pero la verdad solo da sustento a los jueces. Las dos terceras partes de las habitaciones estaban desocupadas, y con las propinas que me daban apenas podía pagar los plazos. Cada tarde salía a la ciudad y hasta altas horas de la noche iba a la caza de algún trabajo extra. Muchas veces averiguaba ya durante el día en cuál de los embarcaderos descargarían barcos, y del hotel iba

corriendo directamente al muelle. De obtener trabajo, con gusto hubiera dado parte de mi paga al vigilante o a quien fuera, pero otros también lo habían pensado y la mayoría de las veces me quedaba con un palmo de narices. Solo una vez encontré trabajo en el puerto, y fue por casualidad. Un amigo estibador, cuya mujer llevaba ya dos días de parto, me pidió que lo sustituyera mientras se iba al hospital a ver a su esposa. Me prometió cuarenta florines, pero al final solo me dio la mitad, porque la otra se la gastó en bebida, ya que entretanto había nacido el niño.

No tuve suerte. Era inútil peinar la ciudad en busca de trabajo, porque las hambrientas hordas de parados siempre se me adelantaban. Tenían más tiempo durante el día, muchas veces se ponían en la cola por la mañana para obtener algún trabajo por la noche y no toleraban a los «aficionados» como yo. En una ocasión hasta me pegaron, porque de madrugada bajé al barco del mercado y le ofrecí a una vieja subirle la mercancía a la plaza. En vano insistí en la mucha necesidad de dinero que tenía, aquellos tipos harapientos no me hicieron ni caso.

—Sí, claro, y vas con estos trajes…

¿Qué podía contestarles? No volví al puerto.

Un día la suerte volvió a sonreírme. Al final quedó en aventura breve, pero por entonces pensaba que duraría para siempre, o al menos hasta que pudiéramos pagar el alquiler. La efímera fortuna se la debí a Lajos, o mejor dicho, al enamoramiento de Lajos. Se prendó de Eszter, aquella hermosa doncella de la segunda planta a quien en una ocasión la excelentísima señora había abofeteado. No todos los huéspedes se mostraban tan rudos con Eszter. Uno de los secretarios de la embajada de Italia la trataba, por ejemplo, con mucha ternura. Le daba propinas cuantiosas y una noche, mientras hacía la cama, Eszter se enteró del porqué. Lajos, que esperaba al fondo del pasillo, oyó los gritos y como consecuencia de ello en vez de Eszter fue el secretario quien aterrizó en la cama. No pudo

levantarse durante tres días, pero al cuarto bajó renqueando a los despachos y entonces echaron tanto a Lajos como a Eszter.

Lajos, según me enteré más tarde, además de entregarse al amor también se dedicaba a mantener a su familia. Su padre no tenía empleo, sus tres hermanos menores aún estaban en edad escolar y su madre llevaba varios años postrada en cama. Lajos nunca había hablado de ello. Era uno de esos jóvenes proletarios de Pest que habían visto tantas miserias durante la niñez que ya se reían de todo. Vivían en la jungla de la ciudad como zorros hambrientos en plena caza, y Lajos era de los más listos. Estaba orgulloso de su astucia, hablaba a gritos, decía palabrotas y se mostraba altivo, pero en el fondo era un tipo sentimental, lo cual le avergonzaba, por lo que disimulaba como si se tratase de una tara física. Habíamos trabajado juntos durante tres años y siempre nos habíamos llevado bien, pero nunca habíamos intimado fuera del hotel. Lo echaron en primavera y desde entonces no nos habíamos vuelto a ver. Una noche, cuando iba a la caza de algún bulto que cargar delante de la estación de Keleti, me gritó:

—¿Qué te trae por aquí?

Me dio vergüenza confesarle la verdad, así que le contesté:

—Hace buen tiempo. Estoy dando una vuelta.

—Entonces charlemos un rato —repuso—. Siéntate, Béla. Tengo que esperar media hora más.

—¿A quién esperas?

—A Eszter.

—¿En qué tren viene?

—En ninguno. Está cenando.

—¿En la estación?

—Sí.

No entendí.

—¿Cómo es eso?

—Porque en casa solo podría cenar aire.

—¿Y en la estación es gratis?

—Según de quién se trate. —Lajos me guiñó el ojo y se me acercó más—. Una idea colosal —susurró, y levantó el puño en señal de orgullo—. En la estación hay una de esas cosas de caridad, un como se llame de ayuda al viajero. Viejecitas burguesas aburridas que se empeñan en velar por el honor de las mujeres que viajan solas. Ya me entiendes, amigo, para qué enrollarme más. Eszter es ahora una señorita que viaja sola. Lleva una maleta vieja, con esa maleta entra donde las abuelitas e interpreta el papel de virgen pueblerina con un arte que te tronchas de risa. Les dice que en el tren, mientras dormía, le robaron el dinero y lo demás ya te lo imaginas. Las va engatusando y al final no puede más y, ay querida señora, qué hambre tengo. No le cuesta mucho aparentar, porque últimamente pasa tanta hambre que se comería hasta los clavos de las herraduras. Las ricas lo notan, pero las muy fulanas no le dan dinero porque, ¿para qué lo va a querer una muchacha proletaria hambrienta? Lo que cuenta es el honor, ¿no? Pero a esas alturas Eszter ya está hecha un mar de lágrimas y la vieja no aguanta más, y entre una cosa y otra la invita al restaurante de la estación. Ya lleva una semana comiendo así.

—¿Y no se dan cuenta del ardid?

—¿Cómo van a darse cuenta? Cada día va a una estación diferente, y siempre a horas distintas. ¿O acaso crees que soy un novato? Sé exactamente cuándo relevan a las viejas, desgraciadamente ya solo queda para cuatro comidas. No está mal, ¿verdad?

—Genial —le dije con un gesto de reconocimiento.

Y nos reímos. ¡Cómo nos reímos de aquello! La carcajada se me escapó como el vapor de una caldera. Nos tambaleamos y chillamos, pero no podíamos dejarlo. Nos miró un señor entrado en carnes y comentó resoplando:

—Qué bonito es ser joven, ¿verdad?

—Tu madre —gruñó Lajos, una vez se hubo ido el tipo, y lanzó un escupitajo.

Era una noche hermosa. Volvió el calor del verano, un viento tibio levantaba las faldas de las mujeres y en el cielo desfilaban estrellas. Sentados en las escaleras de la estación, nos hubiera gustado ser viejos y gordos.

—¿Cómo está Eszter? —pregunté.

Lajos se encogió de hombros.

—¿Cómo va a estar? Sin trabajo, sin pasta, un carnicero sarnoso ha pedido su mano y sus viejos la riñen por estar conmigo. Todo lo demás bien, ¿y tú?

Hice un gesto de resignación.

—Algo por el estilo.

Lajos sacó un cigarrillo arrugado de detrás de la oreja.

—¿Tú no tienes? —preguntó.

—No.

Partió el pitillo en dos y me dio la mitad. Fumamos sin hablar.

—Preferiría que no fuera tan guapa —dijo al cabo de un rato—. Todo el mundo le viene con el mismo cuento, que con lo bonita que es podría forjarse un porvenir seguro y, ¿quién sabe?, a lo mejor tienen razón. Todos le van detrás, por la calle le lanzan piropos tíos que conducen automóvil, le prometen el oro y el moro, y yo le doy de cenar así. ¿Cuánto puede aguantar una mujer?

¿Qué podía decirle? Callé. Lajos tiró la colilla.

—Amigo —y silbó—, no está nada bien enamorarse así de una mujer. No soporto los celos, me estoy volviendo loco. ¿Quieres que te haga reír? La acompaño a casa cada noche y por la mañana el cartero la despierta con mi carta.

—¿Le escribes todos los días?

—Todos los días. Tengo que hacerlo. Si no, me siento mal. ¿Lo entiendes?

—Lo de la carta sí —le dije—, lo que no entiendo es lo de los sellos. ¿De dónde sacas el dinero?

—No pongo sello.

—¿Cómo que no?

—Muy sencillo. Me pongo a mí mismo como destinatario y a Eszti como remitente. ¿Lo entiendes ya?

—No.

—Chico, qué ingenuo eres. Si la carta no lleva sello, el cartero la devuelve al remitente y como la remitente es Eszter, la recibe ella. Está claro, ¿no?

Volvimos a reírnos.

—La vida no es más que un truco, amigo —cavilaba Lajos—. No hay que andarse con remilgos. Hoy en día el único mandamiento que está en vigor es el undécimo: sobrevivirás. El proletario, o lo aprende o se muere de hambre. Yo ya voy aprendiendo. Hasta me he procurado un empleo.

—Anda, y ¿cómo?

—Eso es otra historia. Tengo un tío, un tipo tacaño a más no poder, que no le da dinero ni a su propia madre, y eso que gana una barbaridad. Como es gerente de un bar nocturno bastante bueno, mi madre le suplicó que me diera trabajo, pero parece que mi odio es correspondido: el viejo le dijo que me detestaba y que prefería que me muriera de hambre, que de todos modos acabaría en la horca. Y cuando mi madre me lo contó, me fui a verlo. «Lárgate», me gritó. «No voy a hablar contigo». «Ni falta que hace», le dije. «Ahora soy yo quien le va a hablar a usted. ¿Quiere ganar cincuenta pengos al mes? ¿A que sí? Pues entonces contráteme y yo le pago todo el sueldo». Eso sí que le gustó al viejo idiota. «Pero si aún eres aprendiz», me dijo. «Sí», le contesté, «pero el dueño no tiene por qué saberlo. Yo firmo el recibo conforme he cobrado y me quedo con la propina que me den». Pues así fue. El tipo, con lo rico que es, gana cincuenta pengos extras con mi trabajo y yo, el pordiosero, treinta y cinco o treinta y seis. ¿Que es injusto? Pues sí, pero es mejor que morirse de hambre.

Siguió hablando del malvado tío, pero yo ya lo escuchaba solo a medias.

—Oye —le solté de repente—, llévame a ver a ese tío. Yo también estaría dispuesto a darle mi sueldo.

Lajos me miró extrañado.

—¿También te han echado del hotel?

—No —repuse—, pero necesito dinero.

Lajos sabía qué significaba aquello y no preguntó nada.

—Se lo puedo proponer —dijo, y no volvió a sacar el tema.

Pero aquella misma noche me presentó a su tío y me dieron el empleo. De día trabajaba en el hotel, de noche en el bar. Este paraíso de vida duró cuatro días. Resultó que la señora del guardarropa quería enchufar a su hijo, y por despecho denunció al gerente a la agrupación gremial; si el tío de Lajos no llega a emplear, muy perspicazmente, a uno de los parientes del secretario de la agrupación gremial, yo por mi parte podría haber perdido hasta el empleo en el hotel.

Así terminó mi breve período de prosperidad. No tenía trabajos extra y en el hotel las propinas eran cada día más escasas. No me quedó otro remedio que sacar los tres pengos de la caja de jengibre para poder pagar los plazos. Mi madre se dio cuenta aquella misma noche. No supe qué decirle. Y al final fue mi padre quien salvó la situación.

—Lo devolverá la semana que viene —anunció con una sonrisa angelical, y le guiñó un ojo con picardía, dando a entender que se trataba de un asunto de faldas y era mejor no entrar en detalles.

Mi madre se tranquilizó más o menos, pero unos días después surgieron otros problemas con la caja de jengibre. Una tarde, mientras estábamos lavando en la cocina, entró una anciana desaseada y dijo sin rodeos:

—He venido a por las cosas de la señorita Manci.

Mi madre se puso blanca como la cal.

—¿Ha alquilado cama en otro lado? —preguntó nerviosa, pero la vieja desdentada negó con la cabeza.

—No, qué va. Ahora la visitan en su propia cama.

—¿Se ha casado?

—No —contestó—, mejor todavía. Ha tenido mucha suerte. Ha entrado en un burdel.

De manera que también perdimos aquella fuente de ingresos. Manci, por si fuera poco, nos debía un par de pengos y dejó recado de que el domingo vendría a pagarlos, pero mi madre la esperó en vano. No apareció y nunca más la volvimos a ver.

Su cama quedó libre. Los que tenían trabajo no la alquilaban porque les asustaba el precio del tranvía. Y a los desempleados no los queríamos. Además, aún hacía buen tiempo, y si los pobres tenían dinero preferían gastarlo en comida y luego dormir en un banco o bajo un arbusto del parque Népliget. El Népliget vivía una doble vida, como los caballeros criminales de las películas. De día acudían a él piadosos pequeñoburgueses, niños, ayas y parejas de enamorados; de noche lo invadían personas sin hogar y entonces incluso los policías preferían evitar la zona, porque entre los arbustos podía pasar de todo. Era un mundo aparte, una sociedad aparte. Bajo los arbustos se alojaban familias, generaciones enteras, desde los abuelos hasta los nietos. Los ronquidos interrumpían el canto de los grillos, aquí lloraba un bebé, allí hacían el amor, los ancianos gemían, los enfermos se lamentaban; de pronto se oía un griterío y en la oscuridad destellaban cuchillos. Gente harapienta se peleaba y fornicaba, rezaba y calumniaba, se metía en negocios turbios; bajo los arbustos tenían lugar debates políticos e incluso literarios, jóvenes delgados y nerviosos recitaban poemas ante otros jóvenes igualmente delgados y nerviosos, se reunían sectas religiosas prohibidas alrededor de profetas descalzos con melena, mendigos y ladrones vendían y compraban apuestas, se cerraban tratos siniestros: aquello era la flor y nata del hampa. El patrón oro era el pan, por él se podía comprar de todo. De todo, en el sentido más escalofriante de la palabra. De noche gateaban las adolescentes de un arbusto a otro ofreciéndose con voz aguda de colegiala a hombres cuyo rostro ni siquiera veían.

—¿Tiene algo de pan? —preguntaban entre susurros, y al día siguiente no recordaban ni con quién se habían acostado.

Así, de las niñas se hacían rameras, de los obreros, criminales y de los desesperados, asesinos.

Eso era lo que nos aguardaba y de eso quiso escapar mi madre optando por la muerte, con razón se sentía cada día más angustiada. Por mucho que tratáramos de animarla, poco a poco se fue dando cuenta del piadoso engaño.

—Mientras no estaba en casa —decía—, al parecer ganabais tres pengos al día. Y ahora que… —Señaló la caja de jengibre y se echó a llorar.

Mi padre aseguró que el día 1 ya tendríamos el dinero, pero mi madre ya no se dejaba engatusar.

—¿Cómo? —preguntaba una y otra vez—. ¿Cómo?

Una noche mi padre perdió la paciencia.

—¡No te preocupes por eso! —le gruñó, y dio un golpe en la mesa—. Lo reuniré pase lo que pase.

Ella presenció asustada aquel arranque de furia.

—Miska —dijo en voz queda—, ¿te acuerdas de lo que prometiste?

—Sí —rezongó mi padre ya más tranquilo.

—¿Cumplirás tu promesa?

—La cumpliré.

Pero a mi madre eso no le bastó.

—¿Me lo juras? —preguntó.

—Te lo juro.

—Júralo por algo.

—Por lo que tú quieras.

—¿Por mi vida?

—Lo juro por tu vida.

Mi padre lo juró y, milagrosamente, cumplió con su palabra. No le asustaba el trabajo más inhumano, hacía esfuerzos brutales, pasaba hambre, vestía andrajos y, no obstante, a veces —es curioso— me daba la sensación de que era un papel más que interpretaba. Tampoco era capaz de tomar en serio la miseria, no era más que una función que trataba de representar lo mejor

posible. Hacía de mendigo, pero lo hacía como si entretanto sostuviera negociaciones secretas para interpretar un papel de rey que ya le hubieran prometido y del que solo faltara ajustar algunos flecos. Más orgulloso que en cualquier otro momento de su vida, andaba con la cabeza bien alta y nunca dejaba de ser Miguelindo. Curiosamente, empezó a parecerse a los galanes de sienes plateadas con los que aún sueñan las adolescentes. Era guapo, gallardo, alegre, siempre con ganas de broma. A veces cuando llegaba a casa por la noche apenas podía hablar de lo agotado que estaba, pero por la mañana siempre me despertaba oyéndole silbar en la cocina y a veces me devolvía el saludo como si por la noche le hubiera tocado la lotería.

—Tengo una idea —anunciaba entonces muy animado—. Vale una fortuna, amigo, es simplemente genial.

Hacía alusiones enigmáticas, sonreía como insinuando algo, y cuando mi madre salía de la cocina decía cosas como:

—Mañana ya no la dejo ir a trabajar.

Ese era su sueño. Hubiera preferido tener a mi madre en la cama todo el día, para que no hiciera más que comer y beber y esperar a su hijo, porque estaba tan convencido de que sería un varoncito como de lo infalible de su idea.

—Esta noche todo estará solucionado —decía antes de irse de casa, y se notaba que estaba plenamente convencido de ello.

Luego volvía y no decía nada. Sacaba cincuenta o sesenta florines del bolsillo o en el mejor de los casos un pengo, lo colocaba avergonzado en la caja de jengibre, se desvestía y se metía en la cama. En tales ocasiones se comportaba como un escolar que ha sacado mala nota y no se atreve a mirar a los ojos de los adultos. Pero al cabo de unos días volvía a tener otra idea y decía de nuevo por la mañana:

—Esta noche todo estará solucionado.

A veces se le ocurrían ideas formidables. El problema estaba en que no se podían llevar a cabo. Se necesitaba un poco de dinero, un poco de tiempo, y algún que otro enchufe, pero nosotros no

teníamos nada de todo eso. El 30 de septiembre debíamos haber reunido el dinero, pero el contenido de la cajita de jengibre no infundía muchas esperanzas.

—¿Qué será de nosotros? —le preguntaba a veces a mi padre cuando nos quedábamos a solas, pero él siempre me daba la misma respuesta:

—El día uno tendremos el dinero.

—¿Cómo?

—No te rompas los cascos con eso.

Aún seguía sólidamente convencido de que algún día se le ocurriría una idea que lo solucionaría todo en un santiamén.

—Hay que intentarlo todo hasta conseguirlo —decía, y seguía con sus experimentos como un alquimista.

Una noche regresó irradiando satisfacción.

—Lo tengo —dijo con gran emoción—. Lo tengo de veras.

—¿Qué tienes? —le preguntó mi madre.

—He dado con la solución al paro —anunció en un tono resabido, y se le encendió en el rostro la felicidad de los descubridores—. Es muy sencillo —explicó con aires de suficiencia —. No sé cómo no se me había ocurrido antes. Hay que pensar científicamente, eso es todo. ¿Por qué no encuentra trabajo el cerrajero? Porque hay muchos cerrajeros. ¿Por qué no encuentra trabajo el carpintero? Porque hay muchos carpinteros. Está claro, ¿no? Lo sabe todo el mundo. Lo único que no se le ocurre a la gente son las consecuencias que eso implica. Anoche, cuando por fin lo comprendí, me entusiasmé tanto que no pude pegar ojo. Por la mañana me fui corriendo a la biblioteca municipal a estudiar las estadísticas laborales.

—¿Las qué?

Mi padre explicó qué eran las estadísticas laborales, pero entonces mi madre se asombró aún más.

—¿Para qué diablos has estudiado esas cosas?

—¿Sigues sin entenderlo? —preguntó él—. Buscaba algún oficio en que faltara mano de obra.

—¿Hay alguno?

—Claro que sí. No tuve que buscar mucho. Lo encontré en la letra be. Vamos, adivinadlo.

No logramos adivinarlo.

—Buzo —gritó triunfal—. En Hungría hay escasez de buzos.

—¿Nadie más se ha dado cuenta?

Mi padre se echó a reír.

—Y si se han dado cuenta, ¿de qué les sirve? La gente de Pest es de secano. ¿Quién va a entender aquí de buceo? —Se notaba que le divertían los recelos de mi madre. La levantó con alegría y la sentó en su regazo—. Vamos, mamá —preguntó con picardía—, ¿qué te parece? Genial, ¿no?

—Sí —repuso ella poco convencida—, pero ¿cuándo encontrarás en Budapest trabajo de buzo?

—Ya lo he encontrado —contestó tan tranquilamente—. Mañana empiezo.

—¿Y lo dices así, sin más? —gritó mi madre.

—¿Cómo lo iba a decir? —Mi padre se rio y negó con la cabeza como el jugador de ajedrez que no entiende cómo el otro puede dudar de su victoria tras una brillante serie de movimientos—. Hay que pensar científicamente. ¿Entiendes, cariño?

—Sí —contestó mi madre feliz, aunque era evidente que no había entendido nada de nada.

Al día siguiente me llamaron por teléfono al hotel. Un empleado de los astilleros me comunicó que mi padre había sufrido un accidente y que fuera enseguida.

Acudí atenazado por el miedo. Encontré a mi padre en la enfermería; estaba tumbado en un sofá, en una salita blanca que olía a desinfectante. Él también estaba blanco, de un modo alarmante, y a su alrededor había algodones y compresas ensangrentadas, pero por lo demás no se le notaba ninguna secuela.

—¿Qué ha pasado? —pregunté preocupado.

Mi padre se echó a reír, como siempre que me veía asustado.

—Nada especial —dijo con indiferencia—. Me empezó a sangrar la nariz bajo el agua, luego también sangré por la boca y los oídos, y después ya no recuerdo nada más. Dicen que por poco estiro la pata.

Escuché horrorizado su alegre relato.

—¿Quién ha tenido la culpa? —pregunté.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Tampoco importa. Lo malo es que no me quieren pagar el salario de hoy.

Eso ya no lo entendí.

—¿Por qué no? —pregunté indignado, pero él siguió encogiéndose de hombros.

—Cerdos —gruñó.

No, no entendí un pimiento. Al final me surgió la vaga sospecha de que él también tenía algo de culpa. «Hace tiempo que no ha buceado —pensé—, habrá perdido la práctica». No quería herirle, así que no se lo pregunté directamente.

—Padre —pregunté con mucha prudencia—, ¿dónde buceaste por última vez?

—¿Yo? —se rio—. En la barriga de mi madre. Parece que desde entonces he perdido la costumbre.

Pero la experiencia lo hizo recapacitar, porque días más tarde le dijo a mi madre:

—Esto no está bien. A ti te dan tres pengos al día por lavar y yo no gano más de uno. ¿Por qué no trabajas en casa? Entonces podría lavar contigo todo el día y ganaría el triple.

—Yo también había pensado en ello —contestó mi madre—. Pero solo la gente que no tiene lavadero deja que me lleve la ropa.

—¿Y si lo hiciéramos más barato por dos pengos, digamos?

Primero mi madre se horrorizó, pero mi padre volvió a sacar a relucir su razonamiento «científico» y demostró de manera diáfana que con más trabajo y tarifas más bajas, obtendríamos mayores ingresos.

—Se puede intentar —dijo finalmente mi madre, y así lo hicimos.

La idea dio buen resultado, al menos en el sentido de que se traía a casa muchísima ropa para lavar. Supongo que excepto nosotros nadie hacía la colada por dos pengos, y pronto supimos por qué. Una parte del dinero la gastábamos en el tranvía, necesitábamos muchísimo combustible para calentar el agua, más detergente, más petróleo, y tampoco nos daban gratis el jabón y todo lo demás. Mi madre y mi padre trabajaban catorce o quince horas al día, y por las noches yo también me ponía a lavar. Teníamos que trabajar veinticuatro horas por turnos para que quedara algo de los dos pengos.

Y entretanto pasábamos hambre. Mientras mi madre iba a las casas a lavar, además de los tres pengos le daban de comer, y así comía bien al menos diez o quince veces al mes. Ahora los tres nos alimentábamos de lo que yo llevaba a casa del hotel. En vano mentíamos mi padre y yo diciendo que ya habíamos picado algo en la ciudad, mi madre siempre dividía la cena en tres partes y no tocaba la suya mientras nosotros no nos comiéramos la nuestra. Como consecuencia los tres pasábamos hambre.

Una vida así no le hace bien a nadie, y menos a una mujer en estado. No podía digerir lo poco que comía, vomitaba tres o cuatro veces al día, la mayoría de las veces hiel, ya que era todo lo que le quedaba en el cuerpo. Era puro hueso, y tosía tanto que a veces se ponía azul. En su seno creía una nueva vida, en sus pulmones ladraba la muerte, y ella se iba diluyendo entre los dos misterios últimos, en la apatía espectral del estado intermedio. Ya ni siquiera lloraba, ni siquiera se lamentaba. Lavaba y callaba.

A veces al trabajar notaba dolor, se tocaba el pecho o los riñones, y el gesto se le torcía. En esas ocasiones, en vez de echarse a descansar, se encerraba en la habitación para rezar.

Se hizo tremendamente creyente. Antes iba muy poco a misa, pero ahora lo hacía dos o tres veces a la semana, y comulgaba cada domingo.

Si tenía un rato libre, se quedaba en un rincón del cuarto a pasar el rosario. A veces, mientras hacíamos la colada, notábamos cómo

movía los labios, rezando. Apenas pronunciaba una frase sin mencionar a Jesús o a los santos. En mi tierra, el campesino no es muy dado al misticismo y su Jesús tampoco era un ser místico. Ella hablaba de él como puede hablar un niño del campo de un tío emigrado a América que mucho tiempo atrás, antes de nacer él, había vivido en el pueblo y que era muy pobre; al igual que ellos, jornalero o tal vez carpintero. Pero el tío ahora vivía entre las nubes, en el piso cien o más arriba, y si se portaba bien y era un niño obediente, entonces tal vez algún día le echase una mano, o le mandara un pasaje de barco y lo acogiera en su casa. Así pensaba en Jesucristo, y a mí, cuando me hablaba de él, a veces me daba la impresión de que lo veía en frac o en uniforme de entorchados magiar, como los ricos en las revistas ilustradas. Sí, solo ella era capaz de imaginar al Señor como a los señores, a un señor húngaro, a un señor muy grande, más grande incluso que Miklós Horthy, y lo único que había de místico en esa imagen era que pudiera existir un señor superior a Miklós Horthy, que hablara con ella de tú a tú y pudiera echarle una mano. El Señor era el único señor en Hungría que se mostraba dispuesto a ello, que la consideraba a ella, a la lavandera, un ser humano, al igual que a la quiosquera o a la esposa de un secretario ministerial.

—¡Cuántas veces me he olvidado de él! —decía con tono penitente, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Mi padre no paraba de suplicarle que se acostara, que descansara un poco, que él terminaría el trabajo, todo en balde, ni madre no se separaba de la artesa.

—Piensa en el niño —le suplicaba mi padre—. No aguantarás mucho así.

Entonces ella contestaba en voz baja:

—Si Dios quiere, lo aguantaré. Si no lo quiere, tampoco habrá sido tan grave.

Luego se santiguaba y seguía lavando.

Una noche me despertó mi padre zarandeándome.

—Levántate, Béla —dijo muy preocupado—. No sé qué ha pasado con tu madre.

Oí lo que dijo, pero no pude asimilarlo al instante. Desperté del sueño profundo y desfallecido de los hambrientos, y el rostro de mi padre me pareció una visión al inclinarse sobre mí con el quinqué en la mano. Observaba aturdido su enorme sombra, que se proyectaba sobre el techo y se tambaleaba sobre mí. Tiritaba de sueño y de susto.

—¿Qué ha pasado? —balbucí.

—No sé —dijo en voz ronca—. Aún no ha vuelto.

—¿Qué hora es?

—Casi las dos.

—¿Cuándo se fue?

—Por la tarde. Fue a llevar la colada a casa del capitán. Dijo que estaría de vuelta a las ocho.

Miré el reloj. Me acuerdo de que eran las dos menos diez. Me incorporé. Estábamos el uno al lado del otro sin saber qué hacer. El tictac del reloj rompía el silencio como una bomba de relojería.

—Ya no sé qué pensar —gruñó mi padre, y con el rostro pálido agarró el sombrero—. Voy a llamar a casa del capitán.

—Espera —le dije, buscando los pantalones—. Yo también voy.

Bajamos corriendo a la taberna. Era víspera de domingo, los gitanos seguían tocando. En la neblina con olor a cerveza del recinto se tambaleaban borrachos de cara abotargada y una chica de cabello pajizo bailaba sobre una mesa. La tabernera también estaba borracha y abrazaba con vehemencia a un adolescente barbilampiño. Al vernos, se retiró azorada del muchacho, aunque no tendría por qué haberlo hecho, pues mi padre ni la miró.

Nos encerramos en la cabina de teléfono y esperamos nerviosos. Durante minutos nadie contestó. Ya estaba a punto de colgar y volver a llamar cuando oí un leve chasquido.

—¿Quién habla? —preguntó una soñolienta voz de mujer.

Se lo dije.

—¿Quién? —repitió irritada—. ¿Quién?

Le hablé en el tono más humilde que podía.

—Estimada señora, disculpe que la moleste a estas horas —le dije—, pero tenemos un grave problema. Esta tarde mi madre se fue a su casa y aún no ha regresado.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —chilló histérica la estimada señora—. ¿Cómo se atreve a llamar a esta hora?

—Con todo el respeto —le supliqué—, solo quisiera saber si… trate de entender… estimada señora…

—¡Que se vaya al cuerno su madre! —me interrumpió, la ira la hacía atragantarse—. ¡Despertar a la gente tan tarde! ¡Vaya gentuza!

Con eso colgó y nos quedamos allí, ante el aparato mudo, sin poder reaccionar.

—¿Qué hacemos? —pregunté desamparado.

—Vamos a la policía —murmuró mi padre mientras echaba pestes de la estimada señora.

La comisaría estaba cerca. Consistía en dos cuartuchos sucios; en uno no encontramos a nadie, así que entramos en el otro.

—¡Podrían llamar a la puerta! —gritó un sargento gordo, calvo y de rostro rojo crustáceo, que se levantó de la cama resoplando—. ¿Qué se creen, que esto es una tasca?

Mi padre sabía lo que le correspondía con la autoridad.

—Disculpe —dijo con una humildad poco común en él—. Venimos por un asunto muy urgente, señor policía.

—A ver, ¿qué es ese asunto tan urgente? —inquirió el sargento, y antes de que mi padre pudiera responder entró en el excusado. Dejó la puerta abierta y oímos cómo meaba—. Vamos, hable —gritó —. Decía que era urgente.

Mi padre le contó lo que había pasado. El sargento regresó abrochándose la bragueta, bostezó, se sentó, encendió la pipa sin prisas y se colocó los anteojos; luego abrió un libro y empezó a examinarlo.

—No ha llegado ningún parte —dijo por fin con tono oficial, y al instante volvió a echarse al catre.

Estábamos junto a la mesa desorientados, sabíamos que teníamos que irnos, pero no adónde.

—¿Dónde podemos buscar? —preguntó mi padre, que parecía tan indefenso como un niño.

—No lo sé —le dije.

De pronto el Espíritu Santo se apoderó del sargento o este se acordó de su propia esposa, porque de pronto se levantó y dijo:

—Esperen, llamo al cuartel general.

Llamó, pero allí tampoco sabían nada. Caminamos hacia casa desconcertados. Delante de la taberna mi padre dijo:

—Ven, entremos. Vamos a llamar al servicio de ambulancias.

Entramos y les volví a relatar la historia.

—Espere, por favor —contestó una voz.

Esperamos, pero no sucedió nada. De repente la línea se cortó, no teníamos más dinero. Mi padre soltó un taco.

—A lo mejor ya ha vuelto a casa —traté de tranquilizarlo y subí corriendo.

No estaba. Saqué dinero de la caja de jengibre, regresamos a la taberna y volví a llamar al servicio de ambulancias.

—Sí, han ingresado a una mujer con ese nombre en el San Roque.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté sin aliento.

—Lo siento —dijo—. No puedo facilitarle más información.

—Dígame solo si está viva —supliqué.

—Pregunte en el hospital —contestó, y colgó.

Salimos corriendo. Los tranvías aún no circulaban, así que emprendimos el camino a pie. Era una noche de verano tibia, plateada, por las calles desiertas merodeaban los fantasmas de la luna, el miedo y el hambre. Íbamos a toda prisa y los edificios pálidos y sonámbulos parecían correr con nosotros. Hicimos el camino de tres horas en dos.

En el hospital nos mandaron al médico de guardia. Este era un tipo atractivo que estaba enfrascado en una conversación telefónica. Con su cabello rubio engominado, su corbata de seda color malva,

su monóculo, su anillo de sello y su apostura de alano fiel parecía más una estrella de cine alemana que el médico de guardia de un hospital público húngaro. Arrullaba al auricular con voz aflautada al igual que los galanes de las películas germanas más empalagosas.

—Pero gatita —susurraba en el momento en que entramos exhaustos, y ni se tomó la molestia de interrumpir el ronroneo. Había unas cuantas sillas junto a la puerta, indicó que nos sentáramos y volvió a decir—: Pero gatita…

La gatita debía de ser una mujer cobarde que no se atrevía a visitar al señor doctor.

—¿Por qué? —le preguntó él con un tono de voz de lo más sensual—. ¿Qué le da miedo? Fue usted misma quien me dijo que él volvería pasado mañana… Vaya… ¿y qué pasa si la ven? ¿Qué van a ver? ¿Que entra en San Roque? ¿Sabe cuántas personas entran aquí cada día…? Vamos, querida, ¿cómo se le ocurre preguntar algo así? ¿Por qué iba a ir uno al San Roque? Pues a visitar a una amiga… Bueno, entonces a una amiga no. A una criada, digamos, a una criada muy fiel, a una criada anciana, su aya, yo qué sé… Vamos gatita, no se ponga así…

Mi padre no aguantó más. Se puso en pie de un salto y se acercó a él.

—¡Solo dígame si está viva! —le suplicó, pero el gallardo suevo solo hizo un ademán irritado.

—Perdone, gatita —susurró al auricular, luego lo cubrió con la palma de la mano y sus ojos celestes de *Herrenvolk* echaron chispas siniestras sobre el húngaro harapiento—. ¡Qué modales tan groseros son estos! —gritó—. ¡Espere su turno! —Y estuvo otro cuarto de hora hablando por teléfono.

Mi padre escuchaba su voz aflautada y hacía rechinar los dientes; cada dos por tres quería saltar y arremeter contra el médico.

—No hagas barbaridades —le decía yo, y apretaba sus manos con fuerza—. No hagas barbaridades.

Si no hubiera estado yo allí, tal vez hubiera estrangulado al hombre, y cualquiera que haya vivido un cuarto de hora parecido a aquel no habría lamentado el destino del apuesto médico.

Por fin la gatita se rindió. El médico colgó el auricular y accedió a escuchar a mi padre, luego consultó un libro y nos comunicó en tono aburrido que sí, que mi madre estaba en el hospital, la habían llevado en ambulancia por la noche, se había desmayado en la avenida Miklós Horthy, y estaba en la sala tal y tal.

—¡Está viva! —balbuceó mi padre en voz baja y ronca, y sus rasgos quedaron tan relajados tras la tensión que su rostro parecía el de un borracho. Miraba al suelo con la mirada perdida, y pasaron dos o tres minutos antes de que preguntara—: ¿Qué le ha pasado?

El médico volvió a consultar el libro.

—Aborto espontáneo —dijo distraídamente.

No entendí el término. Me quedé mirando como un bobo al apuesto doctor, que se entretenía frotando el monóculo con el pañuelo mientras, al parecer, pensaba en la gatita, porque alrededor de sus labios se dibujaba una sonrisa juguetona. Hubo un grave silencio, y luego habló mi padre:

—Se ha muerto tu hermano, Béla.

Fue eso lo que dijo, palabra por palabra; el médico seguramente pensó que estaba borracho, lo que es cierto, porque ya no estaba del todo en sí.

—Ha muerto —repitió entre dientes, una y otra vez, y negaba con la cabeza con el rostro petrificado—. No tiene nada de extraño. —Hizo un gesto con la mano, como si hubiese comprendido que era inútil gastar saliva, pero sus labios seguían moviéndose, vacíos, sin emitir sonido alguno.

—¿Y mi madre? —le pregunté al médico—. ¿Cómo está mi madre?

El apuesto médico daba vueltas al monóculo, embelesado.

—¿Cómo dice? —reaccionó a mi pregunta—. Ah sí. —Se acordó, y sonrió con cortesía—. El estado de la paciente es bastante grave.

—¿Peligra su vida?

—Sí.

Entonces mi padre giró sobre sus talones sin decir nada y se dirigió hacia la puerta a grandes pasos.

—Espera —le dije, porque quería seguir hablando con el médico, pero mi padre no se detuvo—. ¿Adónde vas?

—A ver a tu madre —rezongó, y siguió su camino.

—¿Cómo se le ocurre? —gritó el médico—. ¿Quiere visitar a una enferma a esta hora? Vuelva mañana y pida permiso.

Mi padre no contestó, tampoco lo miró. Salió sin despedirse y cerró de un portazo.

Lo alcancé en las escaleras. Subía los peldaños de tres en tres.

—La salida no es por ahí —le grité, pero él siguió su camino.

Fui corriendo tras él y en la primera planta le corté el paso, porque vi que pretendía entrar en la sala.

—Ya sabes que no está permitido —susurré—. Por el amor de Dios, ¡no armes un escándalo!

Mi padre ni me miró. Me apartó sin hablar y abrió la puerta. En el vano de la puerta se detuvo en seco, como paralizado.

Desde la penumbra de la enorme sala de luz azulada y olor a desinfectante salía un silencio helado y aterrador. Nada se movía, solo se oía algún que otro gemido, lo que no hacía más que acentuar el silencio. Mi madre estaba en la cuarta cama a la izquierda. Boca arriba, tapada hasta la barbilla, rígida, inmóvil. Dormía. Con la boca abierta, como los muertos; la nariz muy blanca entre la boca abierta y las ojeras. Estaba a ocho o diez pasos de nosotros y, sin embargo, la sentía muy lejos, tan lejos como la felicidad.

—Anna —gimió mi padre; se le cortó la voz y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La sala también se nubló ante mis ojos.

—Madre —oí mi propia voz, y me estremecí.

Mi madre no se movió, pero de pronto, como salida de la nada, apareció una enfermera. Era una anciana enjuta, cegata, por debajo

de su larga y afilada nariz lucía un bigote de mozuelo.

—¿A quién buscan? —preguntó en voz, baja y hostil.

—A mi esposa —musitó mi padre, y señaló a mi madre.

—¿Está mal de la cabeza? —ladró la vieja—. Estas no son horas de visita. Váyanse.

—Enseguida —repuso mi padre sin quitarle los ojos a mi madre, solo hizo un gesto con la mano para indicarle a la enfermera que esperara, que se iría rápido.

—Nada de enseguida —insistió la enfermera—. Ahora mismo.

Se dispuso a cerrar la puerta, pero mi padre colocó un pie entre la hoja y el umbral. La vieja se puso histérica.

—¡Menuda desfachatez! —le chilló a mi padre—. Lárguese de aquí, si no haré que lo echen.

Entonces mi padre la miró. La miró como si acabara de despertar de un sueño.

—¿A quién van a echar? —preguntó con voz ronca, soltando toda la amargura que había estado reprimiendo—. Pero ¿qué se creen ustedes, que no somos seres humanos? Ándese con cuidado, maldita sea, o le diré algo que hará que se le caiga esa cruz que lleva en el cuello.

La vieja se tambaleó hacia el teléfono sin poder hablar. Agarré del brazo a mi padre.

—¡Ven! —le supliqué, y lo arrastré hacia las escaleras—. Ven, por el amor de Dios.

Mi padre blasfemó en voz alta. En la sala, de pronto, oí el gemido de mi madre.

—Miska —dijo con un hilo de voz—. Miska, querido.

Mi padre, por fortuna, no la oyó, porque seguía maldiciendo. Se le caían las lágrimas, pero no era consciente de que lloraba.

Sentí un gran alivio al ganar la calle, pero no duró mucho. En la segunda esquina dio la vuelta.

—Espera —dijo.

—¿Adónde vas? —le pregunté asustado—. Voy contigo.

—¡Te he dicho que esperes! —rugió en un tono que no admitía contradicción, y a paso rápido se alejó en dirección del hospital.

No me atreví a llevarle la contraria, pero al verlo desaparecer por la esquina detrás de la mole del edificio, salí corriendo tras él. Solo llegué hasta la esquina, allí me quedé paralizado. Ante la capilla del hospital había un crucifijo y mi padre, agnóstico empedernido, estaba arrodillado ante la cruz. Aparté la vista, como si le hubiera visto hacer algo indebido, y volví a la esquina.

Ya clareaba. Era una mañana de domingo, las campanas de la basílica llamaban a misa. «Dentro de nada tendré que ir a trabajar», pensé.

13

Aquella mañana tuve que entregar una carta extraña.

—Es confidencial —dijo el comandante—. Tienes que entregarla personalmente.

—Sí, señor —contesté, y me acerqué al escritorio para recogerla.

El comandante no me la dio. Le daba vueltas en la mano, distraído; de pronto me miró.

—Quiero decirte algo. Anda, cierra la puerta.

La puerta que daba a la secretaría estaba abierta, me acerqué y la cerré. El comandante bajó la voz.

—Los demás no deben saber adónde vas —dijo, y me escrutó con mirada cómplice—. ¿Has entendido?

—Sí, señor comandante.

—Si te preguntan, diles que te he mandado a la estación de Déli.

—Sí, señor comandante.

—Tengo entendido que eres un joven propenso al patriotismo —añadió, lentamente, con un énfasis peculiar, y en sus labios de sapo se dibujó un esbozo de sonrisa.

—Sí, señor —balbucí.

El comandante siguió sonriendo.

—Pues que lo sigas siendo —me animó con un tono paternal, me entregó la carta y añadió enigmáticamente—: no te arrepentirás.

Miré el sobre y se me cortó la respiración. Iba dirigido al Sabueso.

No me dio tiempo a pensar. El Sabueso vivía cerca, y a los pocos minutos ya estaba en la puerta de su casa, en un tercer piso de la calle Aranykéz.

El ordenanza con cara de mastín abrió.

—Espera —me espetó, y antes de poder decirle a qué venía, desapareció tras la puerta con el sigilo de un gato.

Examiné, angustiado, la umbría antesala. Me habían hablado mucho de aquel piso, por la ciudad corrían extraños rumores sobre él. Se decía que en la época del Terror Blanco, cuando las vidas humanas eran baratas y los pisos tan caros que apenas resultaban accesibles, al inquilino anterior se lo habían llevado por la noche al sótano de un cuartel del destacamento de oficiales, donde el «señor doctor» lo atendió, como a tantos otros pacientes políticos, y antes de tacharlo para siempre de la lista de los propietarios de pisos terrenales, le hizo firmar un contrato de compraventa, ya que era una persona muy meticulosa y detestaba el desorden.

No se consideraba un caso muy llamativo en Budapest, no se le daba más importancia que a un chisme medianamente interesante. En aquella época sucedían cosas más relevantes en los sótanos de los destacamentos; cuando escaseaban las noticias, hasta la prensa extranjera se escandalizaba con ellas y un diputado inglés llegó a sacar a colación el asunto en el Parlamento, donde lo escucharon y olvidaron con suma cortesía. Pero atender a tal asunto en el Parlamento es muy diferente de pensar en él en la antesala del piso en cuestión, más aún si no eres ni lord ni inglés y sabes de sobra que nadie armará un escándalo si un día desapareces sin dejar rastro.

Las rodillas me temblaban. Tras las emociones de la noche, el nuevo susto me pilló en ayunas y mi estómago empezó a rebelarse. Los ácidos en paro me roían los intestinos, se me hizo un nudo en la garganta y empecé a marearme.

El ordenanza con cara de perro seguía dentro del piso. Yo aguzaba el oído como un perro de caza que rastrea una presa, pero

solo oía el borboteo del agua del cuarto de baño que daba a la antesala.

Por fin salió el esbirro.

—El señor doctor vendrá enseguida —masculló sin mirarme siquiera, y desapareció con cautos pasos tras la puerta de la cocina.

Los minutos pasaban con lentitud. En el cuarto de baño cerraron el grifo, se hizo un silencio. Oí a alguien meterse en la bañera. Más tarde alguien empezó a tararear. Era una voz grave, agradable, una voz femenina. «¿Quién será?», pensé. En el hotel se rumoreaba que el Sabueso llevaba varios años de relaciones con la esposa de cierto diputado de la extrema derecha, lo que siempre me había parecido una información algo dudosa. La mujer solía venir al bar acompañada de su marido, llevaba un moño apretado, no se pintaba y presidía una organización femenina patriótica. ¿Sería ella?

Pasó al menos un cuarto de hora hasta que salió el Sabueso. Llevaba un pijama de brocado de seda decorado con una corona de cinco puntas, porque el «señor doctor» era noble y al parecer no quería olvidarse de ello ni mientras dormía. Entró por la puerta sonriendo, pero al oír la voz de la mujer torció el gesto.

—¿Aún sigues aquí? —grito con furia en dirección al cuarto de baño—. ¿No te había dicho que te fueras a casa?

—¿Así?

La puerta se abrió y apareció la presidenta de la asociación femenina patriótica tal como su madre la había traído al mundo. Al verme soltó un chillido y cerró la puerta de golpe, pero la cosa no debió de preocuparle mucho, porque desde dentro dijo con tono risueño.

—Tráeme la ropa, potro mío.

«Potro mío» no contestó. Negando con la cabeza, se dirigió hacia el despacho y con un gesto me indicó que lo siguiera.

—Espera —dijo cuando llegamos al despacho, y entró en el dormitorio.

Allí dentro aún era de noche. Las persianas estaban bajadas, pero se vislumbraba un desorden de aúpa, y había prendas

femeninas tiradas por todas partes. El Sabueso las recogió malhumorado y las llevó al cuarto de baño.

Desde fuera se oyó una discusión apagada. La puerta estaba cerrada, no entendía qué decían, pero de pronto algo me llamó la atención. Parecían hablar de mí. ¿O solo fantaseaba?

No, otra vez lo dijeron: botones de hotel. Oí la palabra con toda claridad, la decía la mujer, pero no entendía en qué contexto. Me acerqué de puntillas a la puerta y escuché con atención. Solo logré captar alguna que otra expresión que pronunciaban en voz alta, pero poco a poco empezó a dibujarse algo. Al parecer, el Sabueso, antes de llegar yo, le había dicho a la mujer que se fuera, ya que esperaba una visita oficial, un secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores. La mujer no le creyó y por eso se quedó, o simplemente se olvidó de las prisas y solo le surgieron sospechas al verme. No me enteré del motivo, pero el caso es que no estaba dispuesta a irse.

—A ver, ¿dónde está ese secretario de Estado? —repetía nerviosa—. ¿Dónde está?

—¿Quieres que te encuentre aquí? —le gritó el Sabueso.

—No te preocupes, en el cuarto de baño no me verá. Lo esperaré, sí señor.

—¡No lo vas a esperar!

—Porque no vendrá, ¿no es así? —La mujer carraspeó por la excitación—. Dime, ¿es otra vez lo mismo? —gritó—. ¿Qué quieres de ese muchacho?

—Chitón —musitó el Sabueso—. No grites o te parto la boca.

La mujer no se calló y el Sabueso, evidentemente, cumplió lo prometido. De pronto oí un grito, y luego el silencio, un silencio incomprensible. Escuchaba con el aliento retenido, pero no percibía nada.

Pasaron unos diez minutos. Entonces se abrió una puerta, luego otra —susurros, pasos—, alguien se acercaba al despacho. Me alejé de un salto de la puerta e intenté aparentar indiferencia.

Era el joven con cara de mastín. Cruzó el despacho sin decir nada y entró en el dormitorio. Volvió con un sombrero de mujer y desapareció otra vez. Fuera se abrió una puerta y se oyó el ruido característico de unos tacones altos. Era seguramente la mujer que salía del cuarto de baño, pero esta vez estaba callada, de manera incomprensible. No se oyó ni una palabra. Los tacones cruzaron la antesala, y desaparecieron tras una puerta que se cerró. Acto seguido apareció el Sabueso.

Estaba tan tranquilo como si nada hubiera pasado. Le entregué la carta y se la metió distraídamente en el bolsillo. Luego, entre bostezos, se acercó a la librería y extrajo una botella de *pálinka*. Se sirvió una copita, se la bebió de un trago, y repitió la misma operación dos veces, sin dilación. ¿Los libros también le gustaban? ¿O los había coleccionado el inquilino anterior?

Yo estaba en posición de firmes, mi corazón palpitaba desbocado. Tras la tercera copa, el Sabueso emitió un sonido gutural de satisfacción y se sacudió como un perro que sale del agua. Luego encendió un pitillo y se volvió hacia mí.

—Siéntate —dijo de manera lacónica.

Me senté. Él siguió de pie. El rostro se le había enrojecido por la bebida, los ojos se le habían inyectado en sangre. Me miró fijamente.

—¿Sabes por qué estás aquí? —inquirió.

—El… señor comandante me dijo que le entregara la carta personalmente. —No se me ocurrió nada mejor.

Sacó la carta del bolsillo.

—¿La has leído?

—No… —balbucí—, ¿cómo iba a leerla?

—Pues léela —dijo, y me extendió la carta.

Lo miré desvalido, no entendía qué pretendía. El sobre estaba cerrado.

—Ábrelo —ordenó.

Despegué el sobre y miré el papel boquiabierto. No había nada escrito.

El Sabueso esbozó una sonrisa sarcástica.

—Una carta curiosa, ¿verdad que sí?

La escena parecía sacada de un folletín. La carta, la vivienda, el héroe nacional reconvertido en vendedor ambulante… Hasta entonces creía que esas cosas solo existían en las novelas por entregas y el problema es que también lo creía todo el mundo. En despachos así de escondidos y con personajes así de desconocidos; de una forma tan simple y torpe empezaba por toda Europa el folletín histórico cuyos sanguinarios autores provocaban en aquella época la sonrisa de sus futuras víctimas, que nada sospechaban.

No sonreí. Temía por mi vida, como lo haría unos años más tarde el mundo entero. A todas luces el Sabueso disfrutaba de ello.

—Vamos, dime, ¿te acuerdas de lo que te dije en aquella taberna de Buda? —preguntó con una siniestra cantinela.

—Sí —contesté.

—¿De todo?

—Sí.

—¿También de lo que te pasará si no cumples mis órdenes?

—Sí, señor.

—Repite lo que te dije.

—Palabra… por palabra no me acuerdo.

—¿Ah, no?

El Sabueso sonrió. Era una sonrisa fea, daba miedo, sus labios finos y fieros se retorcieron.

—Yo te las haré recordar —dijo lentamente, enfatizando cada una de las palabras, y se me acercó tanto que sentí el olor a *pálinka* de su aliento—. Te dije que te partiría la crisma.

Esto me lo dijo también sonriendo, con una sonrisa sabrosa e ilusionada, como si disfrutara de antemano con la mera idea de hacerlo.

—¿O no era eso lo que te dije?

—Sí, era eso.

—¿Has cumplido mis órdenes?

—Por favor, señor doctor… yo…

—¡No farfulles! ¿Has cumplido mis órdenes sí o no?

—No.

—¿Y por qué crees que no te he partido la cabeza? ¿Por qué he callado hasta ahora? ¿Por qué he esperado?

No contesté. ¿Qué podía haberle dicho? Estaba tan mareado que apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¿No dices nada? —preguntó con cortesía irónica, y volvió a sonreír—. Bueno, da lo mismo. Tampoco hemos llegado a ese punto. Antes quisiera preguntarte unas cuantas cosas. Haz el favor de no mentirme esta vez. Quiero decir —añadió afectuosamente, y quitó una mota de polvo de mi uniforme—, quiero decir si quieres irte de aquí con la cabeza sobre los hombros. ¿Me explico?

—Sí, señor.

—Muy bien —asintió; luego se acercó a la librería y vació de un trago otra copa de *pálinka*—. Primera pregunta. Piénsate bien la respuesta. ¿Quién está enterado de lo que te dije en aquella taberna?

—Nadie.

—¿Tampoco tus padres?

—No.

—¿Amigos? ¿Tu amante?

—Nadie, se lo aseguro.

—¿Y Elemér?

—¡Qué va! —se me escapó—. Él mucho menos.

El Sabueso me inspeccionó.

—¿Por qué mucho menos?

—Porque… es que… con él nunca he hablado del señor doctor.

—¿De qué has hablado con él?

—De todo un poco.

—¿También de política?

—Pues… a veces.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho que es comunista? Esta es la segunda pregunta.

—Él decía que era socialdemócrata.

—¿Y tú te lo creíste?

—Todos se lo creyeron. A los demás también les decía lo mismo.

—Con los demás no se llevaba tan bien. Eso me trae a la mente la tercera pregunta. ¿Por qué negaste que era tu amigo?

—Yo no tengo amigos, señor.

—¿Tan solitario eres? Pobre muchacho. —Fingió preocupación y negó con la cabeza—. Solo hay una cosa que no entiendo —prosiguió—. Un pajarito me ha dicho que todas las mañanas dabais paseos por Buda. Parece que el sujeto mintió.

—No, señor. Eso… es verdad.

—No me digas —se asombró—. Qué cosa más rara en un muchacho tan solitario. Trabaja toda la noche y después, en vez de irse a casa, se queda en el hotel porque por la mañana quiere encontrarse con una persona que… no es su amigo. Dime, ¿no te da miedo perder esa cabeza tan solitaria que tienes?

—Es que yo…

—¡No farfulles! —me gritó.

—Es que yo solo he dicho…

—Déjalo. —Hizo un gesto de desprecio—. Ahora viene la pregunta número cuatro. ¿Por qué no te afiliaste al partido si tan bien os llevabais? Seguro que Elemér intentó convencerte.

—No, señor.

—¿No?

—No.

—Curioso —dijo arrastrando las letras, y me dio una tremenda bofetada—. Tu amigo le dijo justamente lo contrario a la policía.

«Imposible —pensé—. En realidad fui yo quien quería apuntarse al movimiento y Elemér quien me disuadió. Si me hubiera pegado dos minutos antes, cuando le mentí, lo habría entendido, pero ahora…». ¿Por qué le indignó precisamente esa respuesta?

—¿Te sorprende? —preguntó sonriendo con sorna—. Tu amigo también ha confesado otras cosas. Claro, no lo hizo enseguida. Aguantó bastante. Ahora ya te puedo decir que me he mantenido al

margen justo por eso. Tu amigo es muy reservado. Le cansa hablar. Nuestra charla lo ha agotado tanto que ahora tendrá que descansar semanas enteras en un hospital. Fractura de costillas y cosas por el estilo. Pues sí, amigo mío, es lo que le pasa a quien…

El resto no lo oí. El buey y el labrador pueden aguantar mucho, pero no todo. Después de la carrera nocturna en busca de mi madre, el sinfín de emociones, el hambre de varias semanas, y ahora esto… De pronto el mundo se oscureció.

Fue el joven con cara de perro quien me hizo recobrar el conocimiento, tendría mucha experiencia en ello. El Sabueso lo observaba con apatía sentado en un sillón, como el cirujano que confía los preparativos de la operación a su asistente. Al ver que ya volvía en mí, le indicó al joven que saliera. Se levantó, echó otro trago de *pálinka* y se me acercó.

—Espero que el desmayo te haya hecho recobrar la razón —dijo en un tono conciliador y se sentó frente a mí—. ¿Estás dispuesto a hablar con sinceridad?

—Sí, señor —gemí.

Entonces se produjo un giro inesperado. El Sabueso dijo:

—Elemér confesó en la policía que tú no entraste en el partido porque eres fascista. ¿Es verdad eso?

Ahora lo entendía todo. Así era Elemér, Cara de Palo. Primero me prestó su traje, luego el corazón y la razón, y ahora su cuerpo me servía de protección. Me sentía incapaz de hablar. El llanto me atenazaba la garganta.

Asentí con la cabeza. Sabía que actuaba según la voluntad de Elemér, que era él quien quería que así lo hiciera y, sin embargo, sentí una vergüenza indescriptible.

—Entonces, ¿por qué mentiste? —preguntó—. Deberías saber que estabas confesando en tu propia contra. ¿Tanto te preocupas por ese sinvergüenza?

Me eché a llorar. Ese «sinvergüenza» se encontraba en el hospital de la prisión con las costillas partidas, molido a golpes. Me pareció ver su cabeza vendada en la cama del hospital, mirándome

con sus ojos de perro viejo y haciendo un gesto con la mano, como solía hacer cuando le agradecía algo: «Tonterías. Somos proletarios, debemos unirnos, eso es todo».

El Sabueso se inclinó sobre mí y me colocó la mano en el hombro.

—Contéstame con sinceridad —dijo—. Es lo único que te puede sacar del aprieto. ¿Pretendías encubrirlo?

—Sí —sollocé.

—Bien. Eso, digamos, lo puedo entender. Pero ¿por qué no me echaste una mano en el partido si de veras eres fascista? ¿Elemér sospechaba algo? ¿Te amenazó?

—No, señor.

—Entonces, ¿quién te intimidó?

—Nadie.

—Pues no te entiendo, amiguito. Y es un problema que yo no entienda a alguien.

En medio del silencio solo oía mi llanto.

—No llores como una vieja —dijo—. Confiesa la verdad como un hombre.

Yo seguía llorando, no pude evitarlo. Aunque apretara los dientes, aunque me esforzase, las lágrimas me brotaban de forma incontenible, como la sangre de una arteria.

Finalmente el Sabueso perdió la paciencia.

—¿Por qué no contestas? ¿Quieres que haga que te echen del hotel? ¿Que te ponga en la lista negra para que nunca te vuelvan a dar trabajo en este país? —Levantó de la mesa el papel en blanco de la carta y lo blandió ante mi rostro—. En esta hoja puedo escribir lo que me salga de las narices.

Sabía que era verdad, pero no le tenía miedo. Me volvió a poseer el mismo deseo loco y enfermizo que tras la detención de Elemér casi me había llevado a matar: quería ir a la cárcel. Deseaba que se produjera un terremoto, un diluvio, una lluvia de azufre, que el polizonte me llevara preso y que el mundo entero se fuera al cuerno.

El Sabueso se puso en pie.

—Espero que sepas —dijo con una sonrisa siniestra—, que de aquí no te irás hasta que no me lo confieses todo. ¿Por qué eres tan cobarde? ¿Por qué no afrontas la verdad?

No sé por qué fue precisamente eso lo que me sacó de quicio; lo más probable es que ya cualquier cosa lo hubiera hecho. Había perdido los estribos.

—¡Yo no soy un cobarde! —grité histérico, y salté haciendo aspavientos—. Soy un campesino con el que los señores pueden hacer lo que les dé la realísima gana, pero que nadie diga que soy un cobarde, porque… porque… no sé… es verdad que ahora estoy llorando, pero… solo… porque ya estoy débil por el hambre… sí… no me da vergüenza… somos proletarios… y no nos da para comer… a pesar de que trabajamos los tres… trabajamos como mulas y mi madre casi se ha matado trabajando… la recogió anoche una ambulancia en plena calle… y dicen que… está muy grave… y entonces el señor doctor se imagina que yo no tengo nada mejor que hacer que husmear secretos… cuando mi pobre madre está en el San Roque… y el día uno… nos echarán de casa… y…

No sé qué insensateces gritaría. Lo sorprendente fue que el Sabueso lo consintiera. No me cortó, todo lo contrario, asintió con rostro serio, como quien todo lo entiende, pero en sus ojos amarillos que pestañeaban sin parar se ocultaba el perro rastrero que no para de aguzar el oído a la espera de que la liebre salte del matorral.

De pronto me serené.

—Disculpe —balbucí y me desplomé mareado sobre la silla; el cuarto daba vueltas a mi alrededor, temía volver a desmayarme.

El Sabueso se sentó a mi lado.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —preguntó—. Somos seres humanos. Somos húngaros. Tal vez pueda echarte una mano.

Me miró esperando mi reacción.

—Sí, señor —musité. El sudor me chorreaba por todo el cuerpo.

El Sabueso se arrimó.

—Si me traes noticias interesantes —dijo con un tono más apagado, y sonrió tratando de parecer cómplice—, entonces… creo que… podría conseguirte algo de dinero. No mucho —añadió con cautela—, la policía es poco generosa pero —me dio unas palmaditas en el hombro como para animarme— podríais pagar el alquiler y también alcanzaría para comprar pan.

—Sí, señor —dije, porque veía que esperaba una respuesta, y pensé: «Preferiría morirme de hambre».

El «señor doctor», tan experto en el tratamiento quirúrgico de pacientes políticos, no delataba la misma destreza en el terreno de la psicología.

—¿Trato hecho? —preguntó con candidez. Estaba tan seguro de su éxito que me extendió la mano.

Se la estreché, claro; ¿qué otra cosa podía hacer? Para dejar las cosas bien atadas, volvió a amenazarme con que me rompería la cabeza si no cumplía sus órdenes, y luego pasó a hablar de asuntos más prácticos. Me hizo prometer que en un plazo de veinticuatro horas me afiliaría al Partido Comunista y que sería un buen camarada. Que diría lo que esperaran que dijera, haría lo que me mandaran y me mezclaría entre la gente; pero a la hora de obrar, sería el más valiente, el más sacrificado y na-tu-ral-men-te —lo dijo así, mascando cada sílaba como un perro un hueso—, na-tu-ral-men-te, el más comunista. Sus consejos paternales no dejaron nada al azar: conocía a fondo el movimiento de los jóvenes obreros, las condiciones económicas de los líderes, sus principios, costumbres e incluso sus debilidades, y me explicó con profusión de detalles cómo ganarse la confianza de cada uno de ellos. Hizo especial hincapié en las camaradas.

—En la cama y en la tasca todos se van de la lengua —explicó con mucho oficio—. El problema solo está en que la tasca no entra en juego, porque esos jóvenes rojos son unos santos y casi ninguno bebe. Tienen principios, amigo mío —dijo riéndose—. Los camaradas solo se emborrachan con palabras. Sin embargo, a las camaradas les gusta… pues eso… ya me entiendes… y tú

cumplirás tu deber de buen proletario. No está mal, ¿verdad? Ja, ja, ja —se rio y yo también traté de reírme, sí, señor, je, je, je.

Nos entendimos a la perfección. Me miró de arriba a abajo y me dijo sin transición:

—Si te esmeras, de aquí a un año ya no llevarás este uniforme.

Lo miré extrañado y él se quedó encantado con mi asombro. Le gustaban los giros inesperados. Se colocó el monóculo lenta y presuntuosamente y esbozó una sonrisa enigmática.

—A ver, ¿qué sabes de Hitler?

Sabía bastante. Durante los paseos por Buda Elemér me había hablado mucho sobre el nacionalsocialismo, que tenía muy controlado. El Sabueso no paraba de elogiarme. Estaba encantado.

—Muy bien —dijo, y me dio unas palmaditas en la espalda—. Ya veo que te ocupas a fondo de la cuestión. Dentro de unas semanas, en Hungría también se creará el Partido Nacionalsocialista, y si espabilas podrás llegar muy alto. ¿Has oído hablar de la *Hitler-Jugend*?

—Sí, señor.

—Entonces ya sabes a qué me refiero —dijo con tono confidencial—. Aquí también organizaremos un movimiento juvenil similar. No es que queramos imitar a Hitler —aclaró con amor propio —. La verdad es que es Hitler quien nos imita. La *Hitler-Jugend* no es más que nuestro movimiento de *levente*. El nacionalsocialismo no es otra cosa que lo que los contrarrevolucionarios húngaros pusimos en práctica en mil novecientos diecinueve. ¿Dónde estaba Hitler entonces? ¿Dónde estaba Mussolini? El mundo bailaba al son de los sueños democráticos del señor Wilson y nosotros acabamos con la democracia, el socialismo y los judíos ante sus propios ojos. Nos pasamos por el forro los tratados de paz, nos armamos sin tapujos y al que protestó le pegamos un tiro. ¡Qué tiempos aquellos! —recordó con nostalgia—. Nos enfrentamos al mundo entero y triunfamos. Triunfamos con excesiva facilidad, ahí está el problema. Al cabo de un año, los franceses y los ingleses, tan temidos por todos, ya le estaban lamiendo los pies a Horthy y el muy

desvergonzado se acomodó para que se los siguieran lamiendo. Se detuvo a mitad de camino y ahora, poco a poco, volvemos a estar en el mismo sitio de donde partimos. —Hizo un gesto de amargura —. Éramos los maestros del mundo y ahora nuestros propios discípulos nos mojan la oreja. Fíjate en Hitler, por ejemplo. Él no dejará el trabajo a medias, seguro que no. ¿Has leído lo que le dijo al juez? En pleno juicio le gritó a la cara que cuando llegara al poder, rodarían cabezas. Él sí que tiene valor. Hoy el mundo aún se ríe de él, pero yo ya veo cómo rodarán esas cabezas que ahora se ríen, sí, amigo, yo ya las veo —exclamó, y no lo cuestioné.

Debí de poner una cara muy estúpida, porque de pronto se calló.

—¿Por qué miras con cara de miedo? —preguntó, y se echó a reír—. ¿No te habrán comido el coco los curas? Yo soy buen cristiano, pero el cristianismo solo fue grande cuando la Iglesia pensaba como Hitler ahora. ¿O es que en tiempos de la Inquisición no rodaron cabezas?

—Sí —repuse con obediencia.

—Entonces no seas santurrón —dijo—. El que no está conmigo está contra mí; y al que está contra mí le corto la cabeza. Solo los débiles hablan de igualdad: el mundo está en manos de los fuertes. Siempre ha habido señores que mandan y siempre habrá siervos que obedezcan. El problema está en que hoy en día el señor no es señor y el siervo no es siervo. Hasta los bueyes se integran en sindicatos y los burros quieren ser más listos que su amo. Pues amiguito, tenemos que poner fin a ello. Restableceremos el orden de toda la vida, y si no gusta rodarán cabezas. ¿Me explico?

—Sí, señor —dije muy convencido, porque sentía que más claro no podía hablar.

Me había hecho comprender algo, algo que al cabo de muchos años el mundo seguía sin entender, y me había dejado tan convencido que se acabaron todas mis dudas. Ya sabía lo que debía hacer.

Por la tarde conseguí la dirección, y después de salir del hotel fui al edificio. Vivían en Angyalföld, casi en el fin del mundo, donde según la leyenda ni los polizontes se atrevían a andar con reloj de oro. El edificio estaba en una callejuela empinada; di unas vueltas antes de entrar porque temía que lo estuvieran vigilando. Era una noche oscura y sofocante, un chaparrón arrojaba gotas gruesas contra los muros. No pasaba nadie, el portal también estaba desierto. En un tablero estaba la lista de los inquilinos, pero no encontré el nombre que buscaba. Me quedé desconcertado ante aquella madera gastada y manchada por las moscas. ¿Me habrían dado una dirección equivocada? ¿O se habrían trasladado?

De súbito oí rumor de pasos. Un muchacho con boina y calado hasta los huesos entró a refugiarse en el portal; sería un aprendiz, tendría unos quince o dieciséis años. Le pregunté si los conocía.

—Sí —dijo—. Viven aquí.

—¿Dónde?

—En el sótano. Ven. Te acompañaré.

Atravesamos el patio oscuro.

—¿Por qué no figura su nombre? —pregunté.

—Por el banco —repuso—. Los han desahuciado.

—Entonces, ¿cómo es que viven aquí?

El muchacho soltó una carcajada.

—Pues viviendo a lo proletario —dijo—. A escondidas. Uno de los inquilinos les prestó la leñera y el portero hace la vista gorda porque ahora les cobra lo que le puedan pagar. Ya hemos llegado —indicó las escaleras que conducían al sótano y me dejó solo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

La entrada era tan baja que tuve que agacharme. De las mugrientas paredes colgaban telarañas, los peldaños viejos y carcomidos se movían peligrosamente bajo mis pies. Encendí una cerilla, porque estaba oscuro como boca de lobo, pero del sótano subió una corriente de aire que apagó la llama; lo intenté sin éxito

varias veces. Cuando llegué abajo, ya se me habían acabado las cerillas.

Avancé a tientas. Era un sótano amplio, antiguo, profundo y lleno de humedad. El agua que se filtraba había convertido el suelo en una esponja, no oía el ruido de mis propios pasos. Reinaba un silencio insoportable. Se oía un goteo incesante, de las paredes brotaban unos hongos viscosos, asquerosos al tacto. Me dio la sensación de que llevaba varias horas caminando y de que no podría salir de allí hasta el día del juicio final.

De pronto me detuve. Me pareció oír el llanto de un niño. Fui en dirección a los sonidos, pero a los pocos pasos choqué contra el muro. Allí terminaba el corredor, no tenía continuación. Tanteé en la oscuridad sin saber qué hacer. El llanto no había salido de allí sino de más lejos, mucho más lejos. Me quedé un rato escuchando pero no oí nada. ¿Habría sido una alucinación?

Ya me disponía a dar la vuelta cuando mis manos se toparon con una puerta. Así el picaporte y se abrió. Me encontré en un pasillo largo y angosto, al fondo del cual se vislumbraba una luz tenue. Allí se hallaban las leñeras de los vecinos, me di cuenta enseguida. Las leñeras de nuestra casa también eran compartimientos hechos con tablas destartaladas como estas, y ni aquí ni allí tenían leña. Eran las criptas de los edificios de proletarios, el cementerio de carritos de bebés muertos, cacharros caídos en desgracia, almohadas destripadas y muebles destrozados.

La luz se filtraba desde el último compartimiento. También era una leñera, igual que las demás, pero allí, en vez de cachivaches yacían cinco niños en el suelo, cinco chiquillos dormidos, envueltos en harapos. El más pequeño debía de tener unos cuatro años, el mayor tal vez dieciséis. Estaban uno al lado del otro, muy juntos, de otra forma no hubieran cabido en el estrecho trastero. Delante de ellos, sentado sobre una caja, un hombre mayor, ancho de hombros y con grandes bigotes, mecía a una niña que lloriqueaba. La niña le habría despertado, porque no llevaba ni zapatos ni pantalones, solo un deshilachado abrigo negro verduzco por debajo del cual

asomaban unos largos calzoncillos. A veces la niña se despertaba entre lloros y el hombre trataba de tranquilizarla. No me oyó entrar, porque al verme aparecer en la oscuridad levantó la cabeza como si viera un fantasma. Solo entonces me percaté de que le faltaba un ojo.

Nos miramos asustados. El quinqué llameaba inquieto en la corriente de aire.

—Soy amigo de Elemér —susurré nervioso.

—Y yo su padre —dijo el hombre con una dignidad algo torpe y examinándome con desconfianza—. ¿Qué se le ofrece?

No sabía por dónde empezar. El plan que había concebido en casa del Sabueso había ocupado mis pensamientos de tal forma que no me había parado a pensar en los detalles prácticos. Pensé sencillamente en venir, en contárselo y nada más. Ahora estaba allí, ante el anciano, y me invadieron las dudas. Tal vez no estaba enterado del asunto… tal vez todo lo contrario… No, no, al padre de Elemér no me lo había imaginado así.

—Solo quería saber —dije azorado, porque algo tenía que decir, y traté de sonreír— cómo está Elemér.

El hombre no contestó, me miró fijamente con su único ojo. Sabía qué significaba que un proletario te mirase así. Para ganarme su confianza, le pregunté:

—¿Sigue en el hospital?

—¿En el hospital? —repitió boquiabierto, y el miedo otorgó a su rostro amarillo y mal afeitado un tanto verdoso—. ¿Desde cuándo está en el hospital? ¿Qué le pasa?

—No sé —contesté. Temía decirle la verdad, pero con ello, claro está, no hice más que abonar sus sospechas.

El hombre me miró cariacontecido.

—Entonces, ¿de dónde saca que esté en el hospital?

—Me lo han dicho.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un… conocido común —balbucí, y sentí que me ponía rojo.

Entonces alguien soltó una risa irónica a mis espaldas. Me volví. Era el mayor de los hermanos. Estaba de pie, con las piernas separadas y las manos en los bolsillos; sus ojos negros lanzaban destellos de odio.

—¿Quién es ese conocido común? —preguntó, preparado para el combate.

—Uno de los amigos de Elemér —mentí y volví a sonrojarme—. Un… amigo común —añadí rápidamente, para disimular mi turbación—, un muchacho que…

—¿Cómo se llama? —me interrumpió—. Conozco a todos los amigos de Elemér.

Me sentía cada vez más confuso. Le dije:

—A este no lo conocerás.

—¿Ah, no?

Me miró de arriba abajo y volvió a reírse.

—Entonces ya me imagino quién es —dijo—. En ese caso obsérvelo todo muy bien, señorito, tome nota para poder pasar informaciones exactas. Nos va fenomenal. De Moscú nos mandan oro a raudales. ¿No lo ve? —preguntó con un grito y señaló a los niños enclenques y harapientos que me miraban muertos de miedo desde su mísero cobijo—. ¿No lo ve, joven? Estamos forrados de rublos.

Mi mirada se desvió involuntariamente hacia su mano derecha, vi que la movía en del bolsillo. Conocía bien el gesto. Sabía que tenía una navaja.

—No seas idiota —estallé—. Soy el mejor amigo de tu hermano. Trabajamos tres años juntos.

—¿Dónde?

—Pues en el hotel.

—¿Cómo te llamas?

Se lo dije.

La expresión de muchacho cambió de inmediato.

—Eso es otra cosa —musitó con una sonrisa avergonzada en los labios—. ¿Por qué no lo dijiste enseguida? Soy Imre. ¿Qué tal?

Nos dimos la mano. Era un muchacho alto, moreno, atractivo; no se parecía en nada a su hermano.

—Perdona —se excusó riéndose—. Mandan a tantos chivatos que ya sospechamos hasta de nuestras propias pulgas. Vamos, siéntate —dijo con tono cortés, y guiñándome un ojo me indicó una caja de jabones con un gesto imperial—. Una caja suntuosa. También de Moscú. En su tiempo fue el trono de Iván el Terrible.

Yo también me eché a reír. Los tres nos reímos. Los cuatro chiquillos salieron de su cobijo y me miraron como si fuera un espectáculo circense.

—Vamos —les ordenó Imre—, a dormir, que si no llamaré a Horthy. Venga, andando. Mañana es lunes y hay clase.

Los chiquillos volvieron a su sitio, pero la niña se había despertado con las carcajadas y rompió a llorar como una Magdalena. El viejo la mecía como a un niño de pecho, aunque ya tendría unos tres años. Era una chiquilla enclenque, raquítica, con la tripa terriblemente hinchada, como les pasa a los niños a los que la sociedad tiene a régimen. La enorme barriga temblaba bajo su blusita raída, su rostro enfermo y ceniciento se retorcía de dolor.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—No sé, tal vez tenga retortijones.

—¡Qué va! —me susurró Imre—. Lo que tiene es hambre.

En la leñera reinaba el silencio, roto solo por el llanto de la pequeña. Un minuto antes aún nos reíamos y ahora parecía que la niña lloraba por todos nosotros, por toda Angyalföld, por toda Újpest.

—Les puedo dar unos pengos —balbucí azorado, y empecé a hurgar en los bolsillos.

—No somos mendigos —gruñó el viejo—. Todavía no.

—Vamos. —Imre hizo un ademán quitándole dramatismo—. No te pongas así con un amigo. ¿Cuánto nos puedes dar?

—Solo necesito para el tranvía —le dije—. Lo demás os lo puedo dar.

—Entonces, ¡día de fiesta! —gritó y se guardó el dinero con alegría—. Con esto podremos comprar un pan entero. Ahora mismo

voy, que luego cierran el portal.

Nos miramos y enseguida supe que era él con quien tenía que hablar y no con el padre.

—Yo también voy —dije, y me despedí del viejo.

Fuera había dejado de llover y corría un aire cálido. En las hojas de las acacias aún temblaban las gotas de lluvia, pero el viento ya había secado casi por completo las aceras y el cielo estaba salpicado de estrellas. Cogí a Imre del brazo y de pronto todo pareció muy sencillo.

—Imre —le dije con un tono tranquilo, sin titubeos—, he venido a veros porque…

—Ten cuidado —susurró—. Nos están observando desde la casa de enfrente. En la tercera ventana de la planta baja, a la izquierda. ¿Lo ves?

—Ya lo veo. ¿Un poli?

—Sí —asintió—. Camina tranquilo. Ya conozco sus costumbres. Ahora saldrá, nos seguirá durante un tiempo, luego pasará a nuestro lado, doblará la esquina y dentro de unos minutos aparecerá a nuestra espalda. Mientras esté en la otra calle, podrás hablar tranquilo. No corras tanto. —Me dio un codazo—. Camina lento, te acompañaré al tranvía.

—Vale.

Paseamos uno al lado del otro. La calle estaba desierta, solo nos cruzamos con algún que otro borracho. Los proletarios sobrios ya se habían ido a casa para no pagarle al portero, pero en cuanto a los borrachos no se podía saber si de verdad lo eran. Los moradores de la noche patrullaban los bajos fondos: soplones, atracadores, prostitutas y policías, que a esas horas solo se atrevían a acercarse en parejas. El polizonte, en efecto, salió del edificio. En medio del silencio que todo lo dominaba oímos sus pasos con claridad.

—¿Con el viejo también querías hablar de eso? —preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza.

—Me lo imaginaba —dijo y vi que también sabía por qué no había hablado con él—. ¡Pobre viejo! —suspiró—. Hace tiempo fue un buen camarada. Lleva más de treinta años en el partido, el ojo lo perdió en los felices años de la paz, gracias a la policía. Era de armas tomar, según cuentan. Siempre estaba en el ala izquierda del partido. Ahora ya no está en ninguna parte. Después de la revolución pasó tres años en la cárcel, luego no le dieron trabajo, el año pasado nuestra madre murió de tuberculosis y el viejo se quedó aquí con seis hijos hambrientos y… —Imre alzó las cejas e hizo un gesto de resignación—. Ya sabes cómo es eso. Con el tiempo se ha vuelto apático. Ya no nos entiende. Ahora tiene cincuenta y ocho años, se pasa el día sentado en la leñera y no hace más que recordar los felices años de la paz. De cuando los policías lo dejaron tuerto. No está mal, ¿verdad?

Los pasos del poli se hicieron más rápidos detrás de nosotros.

—¿Viene? —pregunté.

Imre movió la cabeza afirmativamente.

—Vuélvete hacia mí para que no te vea la cara —susurró, y sin más empezó a hablar del partido de fútbol del día anterior.

El tipo pasó lentamente a nuestro lado y se metió por la primera bocacalle. Imre me guiñó el ojo.

—Ya puedes hablar.

Sentí en mí su mirada franca y no me costó trabajo hablarle.

—Quiero entrar en una célula clandestina —le dije sencillamente, sin rodeos.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo sé —repitió—. Elemér me dijo que tarde o temprano vendrías a vernos, que eras un buen camarada.

El corazón me dio un vuelco de alegría. Nunca me había sentido tan orgulloso, nunca había sentido tanta humildad.

—¿Tú qué eres —preguntó Imre—, socialdemócrata o comunista?

—No sé —contesté—. Sé muy poco. El que está contra ellos es mi amigo y el que está con ellos es mi enemigo. Esto es lo único que tengo por seguro.

Imre sonrió. Todo era así de sencillo.

—¿Puedes presentarme a los camaradas? —pregunté.

—Todavía no —contestó—. Ya ves, me vigilan.

—Es bastante urgente.

—¿Por qué?

—Por el Sabueso. ¿Lo conoces?

—¡Vaya que si lo conozco! —dijo, y los ojos le brillaron—. ¿Qué hay de él?

—Quiere que entre en el partido y… lo demás ya te lo puedes imaginar. Esta mañana me ha prometido hasta dinero.

—Entonces… sí que es urgente —dijo pensativo—. Lo que no sé es si… —Se calló y se encogió de hombros—. Da igual. Lo arreglaré de alguna forma. En unos días te llevaré allí.

Detrás de nosotros volvió a oírse el rumor de pasos. Imre miró hacia atrás de reojo.

—Aquí está otra vez —musitó—. Esfúmate.

—¿Me llamarás?

—Sí, corre.

Señaló hacia la curva por donde acababa de aparecer el tranvía.

—¿Va en buena dirección? —pregunté.

—Sí —contestó, y hoy sé que tenía razón.

Llegué a donde tenía que llegar.

14

Al día siguiente el médico que atendía a mi madre nos comunicó sin más que se estaba muriendo.

—Prepárense para lo peor —dijo—. No creo que llegue a mañana.

Pero llegó. Apenas dos semanas después, una tarde en que mi padre y yo estábamos en la cocina lavando, se abrió la puerta y mi madre apareció entre el vapor, como una visión. No dábamos crédito. El primer día, cuando la visitamos en el hospital, estaba postrada en cama y no tenía ganas ni de sentarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre—. ¿Te has escapado?

—¿Yo? —dijo con resignación.

—Entonces, ¿cómo es que estás aquí?

Sus pálidos labios se desdibujaron en una sonrisa patética.

—Me he curado —dijo, y soltó una breve risa.

Creíamos que estaba de broma. Apenas podía tenerse en pie.

Mi padre la miraba negando con la cabeza.

—¿Cómo has podido hacer algo así?

Mi madre volvió a reírse, pero ahora no pudo parar. Le entró también un ataque de tos y la cara, entre las sacudidas de las carcajadas, se le puso azul.

—¿No lo entiendes? —preguntó ahogándose—. El médico en jefe dijo hoy a mediodía que me había curado. Primero yo también pensé que lo decía en broma, pero luego se me acercó la enfermera para decirme que me levantara, que otra necesitaba la cama. Así que me he curado.

No dijimos nada. ¿Qué podíamos decir? Quedaba colada por hacer, así que lavamos. Mi madre entró en la habitación para hacer la cama, pero no tenía fuerzas ni para eso.

—Miska, ¿podrías hacer la cama? —le preguntó a mi padre—. Estoy agotada.

Mi padre entró y yo seguí lavando. Habíamos trabajado día y noche, pero aún no teníamos los noventa y seis pengos. Ya era 26 de septiembre y en la caja de jengibre no había ni setenta pengos. ¿Qué diría mi madre?… Aguardé angustiado, pero la puerta de la habitación estaba cerrada y en el fogón hervía el agua para lavar. No oí nada.

Al cabo de un rato salió mi padre; venía de puntillas y estaba muy pálido.

—La pobre está durmiendo —susurró—. Se ha dormido nada más poner la cabeza en la almohada.

—¿No ha preguntado por el alquiler?

—No, aún no. —Mi padre torció el gesto con amargura—. Pero no te preocupes —murmuró—, ya preguntará mañana.

No preguntó. No preguntó nada, no dijo nada, solo callaba, estaba tan callada como las tierras baldías de las afueras de la aldea; se decía que estaban «malditas» y que en ellas, según las viejas supersticiosas, germinaba la «simiente negra». Por la mañana se levantó a duras penas, y se acercó a la artesa, pero cuando mi padre la mandó de vuelta a la cama no protestó. Regresó a la habitación, se sentó junto a la mesa y fijó los ojos en el mantel. Así permaneció horas, sin apenas moverse. Su rosario colgaba de una pequeña cruz a la cabeza de la cama; no lo tocó, ya no lo necesitaba. No volvió a rezar. Ya no tenía nada que decirle a Dios.

—¿Por qué no vas a misa? —propuso mi padre.

—No quiero ir.

—¿Por qué no?

—¿Para qué?

Esas palabras le cayeron de la boca como aves muertas. Mi padre y yo nos miramos, y el pesar nos cerró la boca. En la

habitación parecía soplar un viento gélido, me entraron escalofríos pese al vaho del agua caliente.

Las horas pasaban lenta y penosamente. Libraba y últimamente aborrecía los días libres. Habían pasado ya dos semanas desde mi visita a Angyalföld, pero Imre aún no me había llamado. Estaba presa de la inquietud, lleno de malos presentimientos, y siempre temía que no estuviera en el hotel cuando me llamara. Sabía que en ese caso volvería a llamarme al día siguiente y que solo se perdería un día, pero a mí incluso eso me parecía demasiado.

Cada minuto me parecía demasiado. Me sentía muy impaciente, como si me hubieran condenado a muerte y esperara la noticia del indulto por boca de Imre, y eso que sabía perfectamente que en Hungría aquello que tanto anhelaba a más de uno le había costado la vida.

¿Por qué estaba tan impaciente? ¿Era un fanático? No lo sé. Esta clase de palabras me infunde sospechas. Yo quería vivir como cualquier otra persona, a ser posible vivir bien y sin peligros. El peligro solo lo buscan los que se han hastiado de la falta de peligro, y los que en Hungría habían nacido pobres no corrían ese riesgo. No, el proletario no se dedica a cazar leones si no es necesario. Pero era necesario. Yo no tenía otra salida. Asumí el peligro como la mujer asume los riesgos del parto, porque piensa en la vida que llega y sabe que no hay vuelta atrás.

Solo entonces comprendí por qué se habían podrido en mí los poemas, por qué no había sido capaz de escribir, ni siquiera en los días de prosperidad, cuando en mis bolsillos tintineaban las monedas ganadas con facilidad y en casa aún todo estaba en su sitio. Ahora todo estaba en desorden y, sin embargo, tras catorce o quince horas de trabajo, mareado por el hambre y el agotamiento, tenía que coger el lápiz. Los poemas me salían casi hechos, y cada uno de ellos constituía un sí a la vida: eran un amén y un aleluya. Yo vivía en la sólida realidad de un hotel de lujo y de un antro miserable; sin embargo, por encima o por debajo de ella, flotaba a la vez en ese limbo que solo conocen los locos y los creadores. Era

como una especie de permanente embriaguez sobria, un éxtasis despierto. La superficie llana de la realidad estaba iluminada por luces maravillosas, las imágenes harto conocidas adquirían profundidades nuevas, todo era más sencillo y complejo, más comprensible y enigmático. ¿Pasar hambre? ¿Perder el hogar? ¿Romperme las costillas? ¿Morir? Ya nada me daba miedo, solo aquel terrible «¿para qué?» que acababa de pronunciar mi madre, y yo estaba dispuesto a asumir cualquier riesgo sin vacilar con tal de no tener que pronunciarlo.

Así me preparaba para la tarea que me esperaba, así aguardaba lo que el destino me deparase. Por la mañana me despertaba pensando: «Es hoy, hoy se cumplirá», y por la noche me acostaba deseando: «Mañana, será mañana». Pero un día me llamaron por teléfono y todo sucedió de otra forma.

Fue un lunes, el 29 de septiembre. Serían las dos de la tarde cuando, al salir del ascensor de servicio, Boldizsár me dijo con el rostro indiferente:

—Te llaman.

Me emocioné tanto que, haciendo caso omiso a las leyes de la casa, fui corriendo hasta la cabina. Oí una voz de mujer.

—¿Es usted, Béla?

—Sí, ¿quién habla?

—No importa —me contestó en voz baja—. Han detenido a Imre.

Se me cortó la respiración.

—¿Lo han detenido?

—Hace una semana. Hoy he ido a verlo a la prisión de la calle Markó. Le manda recuerdos.

—¿No ha dicho nada más?

—No.

—¿Tampoco que… cuándo podría encontrarme con… ustedes?

—Ahora no podrá ser, pasará algún tiempo.

—¿Por qué no? —pregunté puerilmente—. Imre me lo prometió.

—Debe entender que es imposible —contestó escuetamente, con impaciencia—. Tengo que colgar.

—¡Espere! —grité—. Oiga… oiga…

Se oyó un chasquido, la comunicación se cortó. Primero me engañé a mí mismo diciendo que la línea se había cortado por casualidad, pero esperé en vano, el aparato no volvió a sonar. A través del cristal de la cabina veía el reloj eléctrico cuya manecilla daba un salto cada sesenta segundos, con una monotonía exasperante. Un minuto, cinco minutos, diez minutos. Ya no me engañaba, sabía que todo era en vano, pero seguía allí, en la cabina, sin moverme.

¿Para qué?

Teníamos que pagar el alquiler el 30 de septiembre. «En caso contrario —constaba en la carta del banco—, tendrán de plazo hasta la medianoche para abandonar la vivienda».

El asunto me tuvo preocupado todo el día y por la tarde al llegar a casa pregunté nada más llegar:

—¿Qué hay?

Mi padre se rio.

—¿Qué iba a haber?

Estaba sentado sobre la mesa, columpiaba los pies, sus dientes fuertes y hermosos brillaban al reírse. No entendía por qué estaba de tan buen humor. ¿Acaso había sucedido algo mientras estaba fuera de casa?

—¿Lo habéis podido solucionar?

—Aún no hemos hablado con el alemán —dijo mi padre, pero lo dijo tan alegre que el asunto me pareció aún más incomprensible—. No quería que tu madre fuera sola —explicó con desenvoltura, sonriendo—, y ella dijo que sería mejor que yo no la acompañara, de modo que irás tú con ella.

—De acuerdo —asentí, y observé nervioso a aquel hombre radiante.

¿Qué había pasado?

Mi madre callaba, como siempre. Estaba sentada a la mesa, con la mejor ropa que tenía; la pobre parecía prepararse para una

audiencia real. Se le notaba cierta solemnidad, y en su rostro la excitación ardía en forma de manchas moradas. Mi padre parecía tan tranquilo y despreocupado, sentado encima de la mesa, columpiando los pies, que casi llegué a pensar que al final había logrado reunir el dinero.

—¿Cuánto hay? —pregunté.

—Setenta y cuatro pengos —dijo con altivez, como si no supiera que teníamos que pagar noventa y seis—. Vamos, ¿por qué pones esa cara tan triste? —preguntó, y volvió a echarse a reír—. Tú y tu madre sois la repera. No pensaréis que nos van a echar por veintidós pengos. ¿Te crees que el banco es idiota? Saben muy bien que entonces perderían todo el dinero. No están tan locos como para tirar setenta y cuatro pengos por la ventana.

Sabía que esa forma de hablar tan desenfadada iba dirigida a mi madre, pero yo también empecé a sentir el cosquilleo de una vaga esperanza.

—Es verdad —dije, y lancé una sonrisa alentadora a mi madre —. En tal caso, vamos. Mejor pasar este trance cuanto antes.

A mi madre aún le costaba mucho esfuerzo bajar las escaleras. Se agotaba, tosía cada dos por tres, se ahogaba. A su corazón tampoco le sentaron bien las tres plantas, tuvimos que esperar un buen rato ante la puerta del portero para que recobrara el aliento. Entonces se irguió como un soldado y llamó a la puerta suave y humildemente, y también hizo esfuerzos para sonreír, como debe hacerlo una mujer pobre bien educada.

—Pasen —gritó el portero desde dentro, y entramos.

—Buenas noches —dijo mi madre.

—Buenas noches —dije yo.

El portero no dijo nada. Estaba sentado a la mesa, echando cuentas en un libro, como un Dios severo que suma los pecados de los mortales y se dispone a juzgarlos.

Nos detuvimos en la puerta y esperamos muy humildemente. El portero había remozado su piso con esmero desde que su esposa se había trasladado al cementerio. La mujer no había muerto aún y

él ya se estaba jactando en la tasca de que, tras mucho lamentarse ante las autoridades, había conseguido para ella un entierro gratis, y que con el dinero ahorrado volvería a amueblar la casa para que «nada le recordara a ese espantajo del demonio». En efecto, no quedaba nada que la recordara. Todo era nuevo pero al portero no le había costado ni el precio de un entierro de tercera clase. Se lo habían hecho todo «como favor de amigo» los vecinos del edificio, que eran expertos en sus oficios pero no lo eran tanto, lamentablemente, a la hora de pagar el alquiler. El portero no los había invitado ni a una copita de *pálinka*. No había mostrado estima ni por la Virgen María, ni por ella había querido pagar. Tenía una imagen colgada sobre la cama, pero la había obtenido del tío Mátyás sin pagar, a fuerza de chantajes. Este era muy devoto y se resistía a desprenderse de ella, pero acabó regalándola porque, ¿qué remedio le quedaba? El portero ya había dejado de interesarse por su esposa.

Nosotros también habíamos dejado de interesarle. Seguía sumido en sus cálculos sin hacernos caso. En el cuarto reinaba un silencio sofocante y un penetrante olor a perfume barato. Últimamente el portero se perfumaba. Cierto es que antes también olía, pero no se trataba de un olor agradable. Había cambiado, al igual que su casa; iba acicalado y tremendamente elegante. Compraba sin tino la ropa que desechaban los señores, los domingos se ponía zapatos de charol negro y blanco y del brazo se colgaba un bastón de paseo con empuñadura de plata. También había cambiado en el plano político, pero de momento eso solo se manifestaba en el bigote al estilo de su ilustre compatriota Adolf Hitler. Ante las autoridades seguía declarándose húngaro, y en las elecciones —a cambio de una remuneración razonable— seguía soltando arengas patrióticas.

Por fin alzó la vista.

—¿A qué han venido?

Sus palabras nos llegaron como escupitajos a los ojos. Pero mi madre siguió sonriendo muy humildemente.

—Hemos traído setenta y cuatro pengos, señor portero —dijo en voz baja, nerviosa, y miró al hombre omnipotente para comprobar si la castigaba o la indultaba.

No hizo ni una cosa ni otra. Estaba entretenido con un puro que no tiraba bien, tenía el rostro inescrutable, como los caminos del Señor.

Mi madre hizo acopio de valor.

—Señor portero, verá la buena intención…

El señor portero se echó hacia atrás en su silla mientras chupaba con esfuerzo aquel puro asmático.

—¿Qué buena intención? —preguntó con sequedad.

—Pues que… hemos traído setenta y cuatro pengos —repitió mi madre—. Es mucho dinero, señor portero.

El señor portero no se manifestó.

—Depende —dijo evasivamente y, como mi madre seguía sin moverse del hueco de la puerta, le espetó con impaciencia—: Vamos, ¿qué hace ahí parada? Deme el dinero.

Mi madre me miró como si esperase un consejo, luego se miró titubeante los zapatos y al fin se acercó al portero y le entregó el dinero. Lo contó, pero siguió sin dictar sentencia.

—Setenta y cuatro pengos —constató en tono neutro—. Enseguida le doy un recibo.

—Gracias, señor portero.

El señor portero se puso en pie, sacó el cuaderno del cajón del armario y se volvió a sentar a la mesa con mucha majestuosidad. En el silencio se oía la pesada respiración de mi madre. El portero se inclinó hacia delante, mojó la pluma en el tintero y antes de empezar a escribir le dijo a mi madre:

—Espero que conozca las disposiciones legales —gruñó bajo sus bigotes de Hitler—. No pueden llevarse nada de la casa. Mañana la embargaremos.

Al parecer, mi madre no le entendió, porque siguió tratando de sonreír.

—Perdone, ¿qué harán?

—Embargaremos. A cambio de lo que deben.

La pobre ahora sí entendió. Los labios le empezaron a temblar.

—Es que… ¿nos echa?

—No —dijo con sorna el portero—, los alojaré aquí en mi casa. Pero ¿qué se ha creído?

Mi madre apenas se atrevía a abrir la boca. Apretujaba su pañuelo sin saber qué hacer, estaba ante el gran hombre como la desesperación personificada.

—No hará eso con nosotros, ¿verdad, señor portero?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —rugió—. ¿Tan buenos inquilinos son? Será un placer librarse de gente tan desvergonzada.

Mi madre, la pobre, se tragaba las lágrimas, y con ellas las injurias.

—Señor portero —le suplicó—, por Cristo nuestro Señor le pido que…

—No me contradiga —gritó el hombre—. Lo dicho, dicho está. Si no se van del piso antes de la medianoche, los echaré con la ayuda de la policía. ¿Entendido? Y ahora cállese. Le extiendo el recibo.

Entonces, con aires de suficiencia, se inclinó encima del cuaderno y, lenta y torpemente, con la punta de la lengua fuera, empezó a trazar letras como un alumno de primaria.

El dinero estaba delante de nosotros sobre la mesa. Mi madre no dejaba de mirarlo. ¿En qué pensaría? ¿En las noches de trabajo? ¿En los días de hambre? ¿En la avenida de Miklós Horthy donde se desmayó extenuada? ¿En la ambulancia? ¿En la mesa del quirófano? ¿En la criatura que había perdido por ese dinero? De pronto hizo algo de lo que nunca se hubiera creído capaz. Cogió el dinero como un ave de rapiña y salió corriendo del piso.

—¡Ladrona! —bramó el portero, que salió tras ella—. ¡Ladrona! ¡Agárrenla! ¡Se lleva el dinero del banco!

El portal se llenó de curiosos en un abrir y cerrar de ojos, pero ni se les ocurrió apresar a mi madre. Únicamente la persiguió el portero y no por mucho tiempo. De súbito, como caído del cielo, apareció mi padre. Entonces el alemán se dio la vuelta y regresó a

casa. Solo después de entornar la puerta y sentirse plenamente seguro volvió a recobrar la hombría.

—¡Quédenselo! —gritó con furia estéril—. Ya se lo confiscará mañana la policía. Se lo quitarán todo, hasta la salvación del alma. ¡Ladrones, atracadores de banco! ¡De esta no saldrán impunes!

Lo oímos todo desde la calle. Mi madre corría como una loca, pero mi padre la había alcanzado delante del portal y la hizo caminar con él a paso tranquilo, para que todos vieran que no tenían ningún motivo para correr.

En la esquina mi madre se dio la vuelta.

—¿Adónde vas? —preguntó mi padre.

Los ojos de mi madre echaban chispas.

—A la tienda de ultramarinos.

—Ya está cerrada.

—Abrirán —dijo con un extraño tono ronco, y soltó una breve risotada—. Porque pienso gastarme los setenta y cuatro pengos. Setenta y cuatro pengos, sí, señor. ¿Os ha quedado claro?

No nos quedaba claro. Algo incomprensible había sucedido y casi daba miedo. Se echó a reír como una demente y no pudo parar.

—Nos comeremos los setenta y cuatro pengos —dijo entre carcajadas—. Y que mañana los señores se coman las sobras. Eso se lo podrán llevar. ¡Eso es lo que se merecen! —gritó, y siguió riéndose a mandíbula batiente.

Era una risa horrorosa, aún hoy a veces me despierta. Tenía entonces treinta y cuatro años. A los seis ya cuidaba las ocas del conde y hasta ese día siempre había servido a los señores con lealtad. Le gustaba el orden, odiaba las ideas subversivas, respetaba las leyes del cielo y de la tierra. Ahora lo único que podía hacer era reírse. ¿De las leyes? ¿De sí misma?

En el corazón de Anna R., lavandera de treinta y cuatro años, había estallado la revolución.

En la tienda compró todos los comestibles que pudo encontrar. También es verdad que no había muchos. El tendero era un

mutilado de guerra a quien tras el conflicto habían dado muchas condecoraciones pero poco crédito. El desgraciado ni siquiera tenía nevera, de manera que en verano no tenía más productos perecederos que los que podía vender en un solo día. La tienda era minúscula, la más pequeña que jamás había visto, pero no pudimos entrar en tiendas con más surtido porque ya eran las nueve. A falta de mejor vivienda el vendedor vivía en la tienda, lo que seguramente le resultaba incómodo pero también ventajoso en casos así.

—Si viene la policía —musitó en la puerta—, digan que han venido de visita.

Pero mi madre no había esperado realizar una «visita» así. Por mucho que se esforzó, no logró gastar más que diez de los setenta y cuatro pengos que tenía.

—¿Qué hacemos con el resto? —preguntó al salir; tenía tal expresión de preocupación en el rostro que mi padre se echó a reír.

—¡Déjamelo a mí, reina! —dijo—. Vosotros llevad la comida a casa y enseguida voy con una sorpresa.

Media hora después ya estaba de vuelta, pero solo nos sorprendió viniendo con las manos vacías.

—¿Dónde está la sorpresa? —preguntó mi madre.

—De camino —contestó, y sonrió enigmáticamente.

—¿Y qué será?

Mi padre chasqueó los dedos.

—En Újpest se hablará de ella durante mucho tiempo.

Por más que insistimos no reveló otros detalles.

—A comer —dijo con misterio—, que luego no nos dará tiempo. Hasta medianoche han de pasar muchas cosas.

Y sin más se arremangó la camisa como quien se dispone a hacer un trabajo pesado y se sentó a la mesa. Hasta que llegó, mi madre y yo no tocamos la comida, porque si los miembros de una familia pasan hambre juntos, también tienen que comer juntos. Mi madre cerró la puerta con llave, como los malhechores cuando dan cuenta del botín, se sentó y se inició el banquete.

Fue bello y horrible. Llevábamos meses sin alimentarnos bien, ni nos acordábamos de la última vez en que nos habíamos saciado, y ahora desfilaba ante nosotros una enorme cantidad de viandas de las que podíamos comer cuanto quisiéramos. La simple idea nos embriagó y yo también, como un borracho, me olvidé de todo. No pensaba en lo que iba a suceder después de medianoche, no pensaba en nada en absoluto. Me sucedió lo mismo que en la cárcel tres años antes, cuando encontré en el bolsillo el paquete de comida y al comer ni siquiera sentí el dolor, y eso que las heridas hechas con la culata de un fusil duelen tremendamente. Volvió a inundarme un placer sedante y precioso; tras el hablar confuso y atribulado del alma frágil y angustiada, se oyó la voz simple y redentora del cuerpo: ¡tengo hambre! ¡Tengo hambre y hay comida! ¡Puedo comer todo lo que quiera! En mi estómago se formó un ajetreo feliz, los dientes desgarraban la carne con arrebato, las mandíbulas ejecutaban su labor con diligencia apasionada, me recorrían todo el cuerpo los más estimulantes fluidos. La dulce y sólida seguridad de la existencia física duró… veinte minutos, media hora.

Luego sentí una resaca mortal. Resulta difícil explicárselo a alguien que no lo haya vivido. Los manjares aún excitan a la imaginación, pero ya no al paladar y el estómago; estás ahíto pero no lo sabes, no estás dispuesto a aceptarlo: sigues comiendo, devorando, atiborrándote. Te posee la histeria insaciable que domina a los amantes cuando, tras una larga espera, por fin pasan una noche juntos y nada frena su deseo. Quieren más, siempre más. Es el grado de placer que uno busca en vano en la cama o en la mesa y que solo existe en la selva tropical de una mente calenturienta y en las visiones de los locos.

Fue mi madre la que primero se sintió mal. De pronto su rostro adquirió un tono amarillento, la frente se le cubrió de sudor, en sus labios se dibujó una mueca similar a una sonrisa, pues la pobre hacía esfuerzos por sonreír para que no notáramos lo que le pasaba. Al final se puso en pie y salió al retrete. Nosotros hicimos como si, en efecto, no hubiéramos notado nada. Cuando volvió, mi

padre le dio de beber aguardiente de centeno, lo que al parecer le recompuso el estómago, porque volvió a comer. Entonces me puse mal yo y luego, mi padre. Engullimos, vomitamos y volvimos a engullir; no podíamos, no queríamos acabar.

De repente desde las escaleras se oyó una peculiar algarabía.

—¿Qué es eso? —preguntó mi madre.

—No sé —contestó mi padre, pero era evidente que lo sabía muy bien.

No nos dejó mirar por la ventana, nos sirvió bebida y brindamos.

—¡Viva la vida! ¡Nunca moriremos! —gritó.

—¡Viva la vida! ¡Nunca moriremos! —secundé.

Mi madre no dijo nada, solo volvió la cabeza. Fuera el ruido crecía, y sin embargo dentro de la habitación se hizo tal silencio que me estremecí.

De pronto, ante la puerta se oyó la banda de gitanos. Tocaban muy bajo y un hombre cantaba entre susurros:

Abre, muñeca, la puerta de tu casa.

Entonces una voz de mujer:

No la abro, que se enteran los vecinos.

En ese momento mi padre abrazó a mi madre y desató su hermosa voz de barítono:

Si se enteran que se enteren,
ya sabe el mundo entero
que te amo, que te quiero
y que nunca te olvidaré.

La puesta en escena hizo su efecto, y mi padre nos miró con cara de satisfacción.

—Vamos, entrad —gritó el fin.

—No se puede —contestó una voz con acento cíngaro—. Está cerrado.

—Ah, claro.

Entre risas, mi padre fue a abrirles la puerta. Entró un violinista harapiento. Dio un taconazo y sacó el arco de debajo del brazo, como si desenvainara la espada para saludar.

—A la orden —gritó—, cuatro gitanos y un barril de vino.

—Y cien mil personas —añadió mi padre, porque entonces en el pasillo se había congregado una multitud, todos los vecinos habían salido a ver el número.

Los gitanos hicieron rodar el barril hasta la habitación y mi padre le gritó a la gente:

—Traigan un vaso y pónganse en fila.

Los cíngaros colocaron el barril sobre dos sillas en la cocina y mi padre les ofreció vino a todos. Era un vino malo, ácido, pero era vino al fin y al cabo, y lo había en cantidad, podría emborracharse toda la casa. En aquel entonces la embriaguez era barata en Hungría. Los dirigentes, como los medicastros, recetaban estupefacientes en lugar de medicinas para combatir la galopante pobreza. La embriaguez venía ora del interior del barril ora de boca de demagogos subidos al barril; nos hacían beber vino y odio para que no viéramos la realidad. El pobre y harapiento borracho le pegaba a su mujer y el uniformado, al «enemigo», y unos y otros se dieron cuenta demasiado tarde de que no habían pegado a quien en realidad debían. «¡Viva la vida, nunca moriremos!», gritaban desde hacía siglos, y entretanto el país se iba destruyendo poco a poco, y casi nunca por culpa del supuesto «enemigo». La paz siempre nos ha resultado más peligrosa que la guerra, porque aún no se ha inventado ninguna bomba que provoque tanta devastación como la pobreza.

—¡Viva la vida, nunca moriremos! —gritaban los inquilinos, y colocaban el vaso bajo la espita.

La banda de cíngaros tocaba, y también se emborracharon pronto porque a los hambrientos poco vino les basta. Bebieron hasta los que no solían; el vino aplacaba el dolor y cada uno necesitaba su anestesia.

Se emborrachó el devoto tío Mátyás, a quien habían quitado hasta a la Virgen María; se emborrachó su bella esposa, a la que el portero ya no quería, y se emborrachó la tía Máli, que mataba a los niños a crédito. Se emborrachó el tío Gábor, el fabricante de ataúdes que pretendía declararle la guerra al mundo entero para restablecer las fronteras anteriores de Hungría, y también Áron el sabatario se emborrachó un poco, el que solo creía en el reino de Dios. Se emborrachó Mózes, que pese a su nombre no era capaz de hacer manar agua de las rocas, y se emborrachó su esposa, que amaba tanto al pequeño Mózes que a punto había estado de estrangularlo. Se emborrachó el tío Samu, que estaba ciego, y la tía Samu, que veía demasiado; también se emborracharon los que de noche salían a robar por su ventana y que de día trabajaban gratis para el portero. Todos se emborracharon. El edificio entero era como un manicomio en rebelión, nadie se tenía en pie, incluso las paredes parecían tambalearse.

El portero aguantó un buen rato. Le tenía miedo a mi padre y seguramente pensaba que pronto sería medianoche y entonces se libraría de una vez por todas de ese hombre tan peligroso. Pero se armó tanto jaleo que acabó saliendo de su guarida.

—¡Silencio! —gritó desde abajo—, o llamo a la policía.

Eso serenó un poco al ebrio vecindario. Callaron durante unos minutos, pero entonces mi padre les preguntó:

—¿Qué es esto, un entierro?

Áron trató de serenarlo, lo animó a que entrara en razón para que no les cayera encima la policía, ya que todos tenían algo que ocultar. Le hizo ver que seríamos nosotros los que saldríamos perdiendo si el portero perdía los estribos.

—Ya lo apaciguaré yo —dijo con una sonrisa siniestra, y se dispuso a bajar.

Quise seguirlo, porque me temía cómo podía acabar la cosa, pero en el piso había tanta gente que cuando logré salir ya no lo vi por ninguna parte. Me dirigí a la planta baja, pero solo llegué hasta la primera. Entonces oí unos gritos bestiales que subían del patio.

Salí a la galería interior y me asomé.

Mi padre había tirado al portero al suelo, le había atado las manos por detrás y estaba metiéndole un trapo en la boca. Luego le ató un pañuelo alrededor de los ojos y entre los gritos de aprobación de los tres pisos lo subió a nuestra casa.

Los gitanos tocaron unas notas en su honor y por todo el edificio se extendió una especie de histeria colectiva. Brincaban, bailaban, gritaban, se daban palpadas unos a otros, no sabían qué hacer. Mi padre subió de un salto a la mesa, arrastró consigo al portero y, cogido por el cuello, lo presentó al público borracho como solían hacer los charlatanes con los «caníbales» en las barracas de feria.

—Señoras y señores —gritó—. Ante sus ojos tienen al gran jefe de la tribu de los caníbales, un ser tan prodigioso que él solito es más fuerte que todos nosotros juntos. Sin trampa ni cartón. Los invito a comprobarlo. Esta bestia humana le parte el pescuezo a cualquiera. Reduce a la esclavitud a todo hombre. Se lleva a la cama a toda mujer. Es fuerte como el mismísimo demonio y omnipotente como Dios. A todos nos debe algo y ahora, gracias a Miguelindo, podrán ustedes ajustar cuentas. No se pierdan la oportunidad. Un golpe por persona, dos si son soldados, de sargento para abajo. Vengan, señoras y señores, adelante, ya empieza el espectáculo.

Era lo único que le faltaba a la turba enloquecida. Querían golpear al portero todos a la vez, pero antes de que lo pudieran tocar, mi padre se bajó de la mesa y restableció el orden.

—En fila, pónganse en fila —gritó—. Aquí no hay enchufe que valga. Aquí impera la democracia.

Dos hombres agarraron al portero y los demás se colocaron en fila delante de su trasero.

Toses sangre y no hay pan,
ellos se santiguarán.
Los ricos se compadecen
de a quien luego venderán.

—¡Así es! —rugían—. ¡Así es!

Lo habrían dejado sin vida al cabo de un buen rato de no ser por mi padre, que se ocupó de que solo le dieran en el trasero.

Le tocó a Áron. De repente el piso quedó sumido en un silencio, todos sentían curiosidad por ver qué haría el sabatario. También a él le costaba tenerse en pie, el alcohol parecía haberle prendido fuego, sus ojos ardían, en el rostro le brillaba la indignación con un rojo intenso y tan solo su fina nariz apergaminada seguía blanca. Se le escapó un sonoro hipo, luego se agachó hacia el portero, que tenía los ojos vendados, y con pronunciación vacilante, pero en un tono muy ceremonioso le dijo:

—Soy Áron, el sabatario. ¿Me entiendes, portero? Yo no te pegaré, porque desapruebo la maldad en la gente, pero no creas que estoy contigo. No estoy contigo, pagano, sino con el Nazareno. Y en verdad te digo que así castigarán al mundo entero si no se vuelve a tiempo hacia el Señor.

—¡Bravo, bravo! —exclamó la esposa del tío Mátyás, que ya estaba muy ebria—. Dejemos los sermones. Ahora me toca a mí.

Entonces, antes de que mi padre pudiera impedirlo, volvió con gran presteza al portero y le dio una patada donde más le duele a un hombre. Debió de ser un golpe brutal, porque el alemán grandullón se desmayó en el acto y cayó al suelo.

—Basta —dijo mi padre—. Ya ha tenido bastante.

Gracias a esta intervención, no mataron al portero y quince años más tarde, ya siendo comandante de las SS en el campo de concentración de B…, pudo asesinar a centenares de inocentes. Pero ahora permanecía dócil, como suelen serlo los que están inconscientes, y muchos empezaron a compadecerse de él. Áron y el carretero tuerto lo levantaron del suelo y lo sacaron del piso como si fuera un saco.

—Y ahora —gritó mi padre—, que cada cual traiga su hacha.

Me acuerdo muy bien; nadie preguntó por qué. Salieron y la trajeron. Hubieran traído cualquier cosa, hubieran hecho cualquier cosa; había llegado el momento en que cualquier cosa podía pasar.

Mi padre dispuso a los hombres en círculo.

—Nos quedan diez minutos hasta la medianoche —dijo—. Hay que hacer añicos todo lo que veis aquí para que a esos sinvergüenzas no les quede nada. Os lo daría todo, hermanos, pero entonces os lo quitarían a vosotros, y así al menos podréis utilizarlo como leña. ¡Adelante! —gritó, y le pegó tal hachazo al armario que el desvencijado mueble quedó destrozado al instante.

Los borrachos se lanzaron contra el mobiliario. Al ver sus rostros desfigurados, supe que también atacarían a seres humanos si alguien se lo mandara. Los desocupados por fin tenían algo en que ocuparse: destruir y arrasar.

A medianoche el piso ya estaba vacío. El barril lo llevaron al piso vecino, a casa del tío Gábor, y la gente se fue tras el vino.

De repente me encontré solo. Miré las paredes desnudas en las que solo unas manchas blancas indicaban el lugar de los muebles y cuadros, y me eché a llorar en plena borrachera.

—¿Por qué lloras? —me reñí—. ¿Tan bello ha sido?

No, no había sido bello. Se trataba de algo más: tres primaveras, tres veranos, tres otoños y tres inviernos. La creación del mundo, el diluvio, el infierno y el paraíso: la primera juventud. Era mi padre, al que había conocido allí. Era mi madre, que en esa casa me había preparado por primera vez estofado de col a la Székely. Era Manci, que me había enseñado lo que eran el amor y la repugnancia y aún algo más, algo más enigmático, que hasta ella misma ignoraba. Por esa puerta había entrado Patsy y con ella la felicidad, y en aquella cocina mi madre había bebido lejía. Allí habíamos jugado a las cartas, bebido y cantado aquella primavera loca, cuando cada noche brindábamos por el as de picas. Allí habíamos pasado hambre y ratos ociosos, habíamos trasnochado y soñado, nos habíamos peleado y amado. Había sido bello. Había sido feo. Había sido vida. Habíamos reñido y nos habíamos preocupado por el otro, a veces no nos habíamos entendido y otras nos habíamos reconciliado: éramos una familia. Ahora se había acabado todo. Algo había desaparecido de allí junto con los muebles, algo que nunca resucitaría había muerto. Me apoyé contra la pared, sentí en la boca

el sabor del agua salada y me sacudió el llanto. Y entonces, de pronto, me di cuenta de que habían olvidado algo en el piso.

Me estremecí. Era la botella de lejía: lo único que había sobrevivido a la devastación, solo eso, nada más. Se había escondido debajo de la pila, oscura y artera, como un animal emboscado, y al mirarla borracho casi me pareció ver que me enseñaba los dientes. Solté una maldición. Fui a la cocina dando tumbos, agarré la botella y la estrellé contra la pared.

Eso me serenó un poco. De pronto me acordé de mi madre. ¿Dónde estaría?

Salí corriendo del piso. En casa del vecino los gitanos tocaban y la multitud borracha bebía y gritaba.

¿Dónde estaba mi madre?

En el piso del tío Gábor había tal tumulto que no pude entrar por la puerta, donde se amontonaba la gente, pues todos querían ver lo que sucedía en el interior. Tardé varios minutos en poder pasar y observar qué estaba pasando.

Fue un espectáculo escalofriante. En medio de la habitación ardían dos cirios y bajo ellos estaba el tío Gábor sentado en su féretro. Mecía un vaso de vino por encima de la cabeza y vociferaba sin parar:

Si me muero, moriré
y al cielo subiré,
si la diño, diñaré
y al infierno bajaré.

Los gitanos tocaban sin parar, y las parejas, enloquecidas, bailaban *czardas* alrededor del ataúd.

¡Viva la vida, nunca moriremos! —gritaban—. ¡Nunca moriremos!

Los pies repicaban y levantaban polvo, las velas ardían, todo se bamboleaba.

—¡Nunca moriremos, nunca moriremos!

En la cocina marcaban el ritmo con tapaderas, Jóska el relojero estaba montado a horcajadas en el barril.

—¡Arre, arre! ¡Nunca moriremos!

Volaban las faldas, abundaban los besos.

—¡Viva la vida, nunca moriremos!

—Silencio —bramó Áron, desquiciado. Estaba a la cabecera del féretro, alzó sus delgados brazos y dijo—: hermanos, ¿es que no os dais cuenta de que estamos en un entierro? Poneos de rodillas. Recogeos. Estamos enterrando un mundo, un mundo pecaminoso y malvado, que…

—¡Cierra el pico! —gritó el tío Gábor desde el ataúd—. ¡Cállate, santurrón!

Si me muero, moriré
y al cielo subiré,
si la diño, diñaré
y al infierno bajaré.

Por fin vi a mi madre. Bailaba *czardas* con mi padre, se divertía como los demás, pero al ver su cara comprendí enseguida que la juerga terminaría muy mal. No, ella no iría al parque Népliget con los vagabundos. Se preparaba para irse a otro lado, a un lugar muy distinto.

Yo ya estaba completamente sobrio. «Tengo que hacer algo», me dije, tengo que hacer algo ya. Y de pronto supe qué debía hacer.

En un principio la idea me asustó, pero después terminé por encogerme de hombros.

Da igual.

Ya todo da igual.

Debo hacerlo.

15

Entré con sigilo por la puerta de servicio. Serían las tres de la madrugada, el hotel ya dormía profundamente. Subí al segundo piso a escondidas y me paré ante aquella puerta que tan bien conocía. El pasillo estaba desierto, no se oía ruido alguno en el apartamento. ¿Duerme? O quizá…

Me estremecí. Alguien parecía moverse dentro. ¿No habrá vuelto Doni de Ginebra? ¿O es que la mujer tiene compañía?

Escuché aguantando la respiración. Ahora nada se movía. Había un silencio tan profundo que me pareció oír el latido de mi corazón.

¿Qué haré si me abre Doni? O si…

Da igual.

Ya todo da igual.

Llamé a la puerta.

El pasillo reprodujo espectralmente el eco de los golpes. Aguardé agarrotado por el miedo. Nada. ¿No lo había oído? ¿O no había querido oírlo?

En la habitación de al lado alguien empezó a toser. ¿Los habré despertado? ¿Qué pasará si salen y…?

Que salgan. Ya todo da lo mismo. Volví a llamar.

Nada, nada en absoluto. Pasaron varios minutos y el mudo pasillo se llenó de rumores preocupantes. Se oyó un leve ruido, luego otro… ¿qué?… ¿dónde? Otra vez el agobiante silencio. ¿No estaré borracho?

Pasé a aporrear la puerta con el puño. Hacía un año, en una noche escalofriante, alguien había llamado del mismo modo. Ella se limitó a sonreír. «Ya se cansará», susurró, y luego me dijo al oído

cosas totalmente distintas; estábamos en la cama, muy borrachos. ¿Con quién estará cuchicheando ahora? ¿Con Franciska?

De repente oí rumor de pasos en las escaleras del fondo. Un sudor frío me recorrió el cuerpo. ¿Quién vendría a esa hora? Huéspedes, seguro que no. Aquellas escaleras solo las utilizaba el servicio. ¿Sería el vigilante nocturno? ¿O tal vez el comandante? En una ocasión me lo encontré de madrugada. Pero aquella noche yo llevaba uniforme y a su vez el caballero de estricta moral sabía de sobra de dónde venía yo. No preguntó. Ahora seguro que sí lo haría.

No sabía cómo reaccionar. Los pasos se oían cada vez más cerca. Me sentí tan desamparado que giré el picaporte. La puerta cedió.

En el interior reinaban el silencio y la oscuridad. Cerré la puerta rápido y sin hacer ruido y me quedé a la escucha. El rumor de pasos seguía oyéndose. Afortunadamente, César no estaba en la antesala. «Duerme en el cuarto de Doni», pensé con alivio. Así que el viejo no ha vuelto.

Fuera volvió a haber silencio. ¿Se habrán detenido ante la puerta o habrán subido a otro piso?

Me acerqué de puntillas a la entrada del salón y miré por el ojo de la cerradura. En el interior había luz. Está aquí.

Llamé. Otra vez en vano. Finalmente abrí.

La habitación estaba sumida en una tenue luz verdosa, como en los cuentos de terror. Silencio. Nadie a la vista. Solo estaba encendida la verde lámpara de pie en el rincón, a su alrededor zumbaban bichitos nocturnos. Por la puerta abierta del balcón entraba el viento, que agitaba las cortinas en la penumbra.

¿Habría vuelto borracha? Era entonces cuando dormía tan profundamente. ¿O estaría despierta? ¿Estarían despiertos?

Daba igual. Ya todo daba igual. Me dirigí al dormitorio.

La puerta estaba entornada. Me asomé. Nadie. La cama estaba vacía. El cuarto de baño, a oscuras. ¿No estaba? O quizá…

Me deslicé hacia la habitación de Doni y me quedé largo rato escuchando con la oreja contra la puerta cerrada. Oí una especie de

jadeo desde el interior. ¿César?… Claro que era César. ¿Quién iba a ser? «Me he vuelto completamente loco», pensé.

Miré el reloj. Las tres y cuarto. Llegará en cualquier momento. ¿Qué dirá si me encuentra aquí? Discúlpeme, su excelencia, por molestarla a estas horas. La vida de mi madre corre peligro y… ¡Qué idiotez! Qué le va a importar eso a ella. No, no saldrá bien. Es absurdo y melodramático. Debo decirle algo más sencillo, más objetivo. Al fin y al cabo solo se trata de un préstamo. ¿Qué son cien pengos para ella? El precio de cinco botellas de champán. Paga doscientos cincuenta por un vestido y luego se lo regala a una doncella. Tenga, madre, doscientos cincuenta pengos, con esto encontraremos dónde cobijarnos.

Me mareé, estaba terriblemente mareado. Me habían sentado mal tanto vino, tanta comida, tanta emoción; tenía unos retortijones terribles. Me desplomé en una silla y sentí escalofríos.

Y de repente todo se fundió. Creí que solo había cabeceado unos minutos, pero al mirar el reloj vi que eran las cuatro menos cuarto. Quizá no vuelva al hotel. Y yo allí, sentado y durmiendo, mientras mi madre…

Santo Dios, ¿cómo podía abandonarla? No debería dejarla sola toda la noche, por la mañana tendría que haber ido con ella a la ciudad. Una huésped me prometió doscientos cincuenta pengos, madre. Si me espera delante del hotel, subo a recoger el dinero y luego podrá ir a buscar casa. Sí, es lo que debería haberle dicho, o…

Me puse en pie de un salto. No es tan tarde. Si ahora vuelvo a casa a toda prisa, seguro que la encuentro en el piso del tío Gábor. Salí corriendo.

Sin embargo, me detuve en la antesala. De fuera llegó la voz de la mujer. Hablaba con un hombre, sus pasos se acercaban con rapidez. ¿Entrará con él?

Volví y corrí de una habitación a otra como si hubiera perdido el juicio. No sabía dónde meterme. ¿Debajo de la cama? No, imposible, no cabía. ¿El armario? Qué va, seguro que lo abrirá.

Finalmente salí al balcón y me acurruqué en un rincón tras una silla. Se abrió la puerta de entrada, y se oía la risa de la mujer en la antesala. Se reía de una forma peculiar, con trinos breves y roncos, como siempre que había bebido.

Venían directamente hacia mí. Su sombra se proyectó desde la habitación y la señora, de repente, apareció a la puerta del balcón.

—Aquí al menos hay un poco de aire fresco —dijo, y levantó el rostro para disfrutar de la brisa—. ¡Qué bochorno!

Apoyada contra la jamba de la puerta, completamente borracha, se abanicaba con la cabeza echada hacia atrás.

—Tráeme un cigarrillo —le dijo al hombre, que seguía dentro—. Hay una cajetilla encima de la mesa, ¿la ves?

—Sí —contestó él, y trajo la cajetilla.

No quise dar crédito a mis ojos. El «hombre», al que imaginaba como un caballero con frac, era un muchacho gitano de dieciséis o diecisiete años, uno de aquellos chiquillos miserables y harapientos que se pasaban la noche merodeando alrededor de los locales nocturnos y trataban de ganarse un dinerito tocando algo para los señores que se encaminaban a sus automóviles, siempre y cuando los policías o porteros no los espantaran. Llevaba el violín apretado bajo el brazo, se notaba que no entendía de qué iba el asunto. Era un chico bien parecido, de tez morena y ojos brillantes.

La señora lo miraba con una lánguida sonrisa.

—Fuma tú también —dijo con esa voz aguda y algo cantarina, y le puso un pitillo entre los labios.

El gitanillo sonreía bobo, incómodo.

—Señora —musitó—, ¿no habrá problemas?

La mujer se echó a reír.

—¿Qué problema podría haber?

—No sé —dijo el mozo encogiéndose de hombros—, este es un hotel… tan distinguido —hablaba entrecortadamente—, yo pensé que… cuando me invitó a subir a ese suntuoso automóvil… que tenía que tocar algo… es que usted ha bebido demasiado… y yo no quiero problemas.

—Borrico —dijo la señora, y con la yema del dedo le tocó traviesamente la punta de la nariz—. Anda, dame fuego.

El joven sacó nerviosamente las cerillas del bolsillo. Ella acercó el cigarrillo como si ofreciera sus labios y al inclinarse hacia delante, sus senos rozaron al muchacho. La cerilla tembló en las manos del jovencito, sus grandes ojos negros ardían de excitación. La mujer le echó el humo a la cara y se rio calladamente.

—Eres muy guapo —dijo sin más, y luego con los gestos lentos de un sonámbulo le quitó el violín de debajo del brazo y lo colocó sobre la butaca—. Ven, bebamos —susurró, y condujo al muchacho al interior, llevándolo del brazo.

Los miembros se me habían entumecido de tanto estar de cuclillas. Ahora que por fin habían entrado, me levanté, pero lo hice con tan mala fortuna que perdí el equilibrio y moví la silla.

—¿Ha oído? —exclamó dentro el muchacho.

—¿Qué? —preguntó la señora, que al parecer estaba preparando un cóctel.

—Ahí hay alguien —dijo asustado.

—¡Tonterías! —se rio ella—. Habrá alguien en el balcón vecino. Vamos, bebamos. Salud.

—A su salud.

Estaba agazapado en la oscuridad, como cuando las ranas aparentan estar muertas. Sudaba y apenas me atrevía a respirar.

Dentro se rompió el silencio:

—¡Señora!… Seguro que hay alguien allí fuera.

—No seas bobo.

—Se lo juro —insistió el muchacho—. Mírelo usted.

Oí cómo se ponía en pie y venía hacia el balcón. Se me cortó la respiración. Estaba seguro de que me descubriría, pero solo asomó la punta de la nariz.

—Qué va —dijo—, aquí no hay nadie.

Luego entró y cerró la puerta con llave.

Era una noche oscura, el aire estaba cargado, relampagueaba tras el monte del Castillo. Un viento cálido y húmedo zarandeaba el

toldo. Abajo, el Danubio rugía con insidia.

El tiempo pasó. No tenía ni idea de la hora que era. A través de la puerta cerrada solo captaba fragmentos de la conversación; a veces entrechocaban las copas, y la señora se reía. Y yo en la oscuridad veía a mi madre salir de entre los bailarines, coger a escondidas el cuchillo del tío Gábor y metérselo bajo la blusa. Mientras, la gente seguía bailando *czardas* y los gitanos tocaban enloquecidos, hasta que de repente el edificio borracho se estremecía con un grito ensordecedor. Chillaba la sirena de la ambulancia, tintineaba la espada del policía que llegaba corriendo, se formaba un corro, rostros pálidos, por las escaleras bajaban un féretro negro.

Casi me eché a llorar de lo impotente que me sentía. Tengo que salir de aquí. Debo irme a casa antes de que sea demasiado tarde. Pero ¿cómo?

Así pasaron unos treinta o cuarenta minutos. Entonces, inesperadamente, se abrió la puerta y me quedé atónito al ver al gitanillo salir al balcón. Venía solo. Sin ella.

Dentro había un silencio mortal. El chico se movía nervioso por el balcón, se sentaba, se levantaba, se sentía perdido.

¿Dónde estaba la señora? ¿Qué había pasado? Me acordé de noches estremecedoras de invierno en la aldea cuando, mientras desgranábamos el maíz, las viejas contaban historias de miedo sobre gitanos sedientos de sangre. Llegué a pensar que la mujer de Doni estaba tendida en su dormitorio, sin vida. Pero de pronto oí su voz.

—Gaspár, cielo —arrulló.

—Sí, señora.

—Ven, báñate tú también.

Se me encogió el estómago. Así que a todos los manda bañarse primero. Una mujer muy aseada.

El gitanillo entró corriendo. «Mientras se lava —pensé—, podría hablar con ella». Sabía que no era el momento más apropiado, pero ¿qué podía hacer? Daba igual. Ya todo daba igual.

Entré a gatas. En el salón no había nadie. Avancé por la mullida alfombra sin hacer ruido, agucé el oído, olfateé como una fiera en el matorral. La puerta del dormitorio estaba abierta. La señora se encontraba junto a la cama, llevaba una bata, estaba de espaldas a mí. En la mesita de noche había una lámpara encendida y debajo de ella destellaban sus joyas. «Con una piedra de esas podría salvar la vida de mi madre», pensé.

En el cuarto de baño el agua empezó a borbotear con estruendo. «Ahora el gitanillo no puede oírme», me dije, y me levanté despacio y con cautela. La mujer se quitó la bata y desnuda se metió en la cama. Aparecí en la puerta del dormitorio. Del susto dio un grito.

—Cállese —le dije, y de un salto me puse junto a la cama—. Y escúcheme.

Recuperó la sobriedad de golpe.

—¿Qué haces tú aquí? —me preguntó con voz apagada.

De lo nervioso que estaba no supe qué contestar, pese a que desde que había salido de casa no había hecho más que pensar palabra por palabra lo que tenía que decirle. Dios sabe cuántas versiones habría elaborado, pero entonces no me acordé de ninguna. Solo acerté a tartamudear como un idiota:

—Por favor, deme doscientos cincuenta pengos.

Alzó la cabeza presa de la ira, pero luego, al parecer, cambió de idea. Cuando habló tenía la voz calmada:

—¿Cuánto?

—Doscientos cincuenta —repetí algo aliviado; iré en taxi, pensé, quizá entonces llegue a tiempo.

Alargó la mano hacia la mesita de noche y luego fijó los ojos en mí.

—¿Chantaje? —preguntó en voz baja, con voz ronca, y sacó una pequeña pistola con incrustaciones de nácar—. Andas equivocado, sucio campesino —susurró, y me apuntó—. ¡Lárgate!

—Por favor —balbucí—, escúcheme… yo…

—¡Que te largues! —repitió—. Largo de aquí o te mataré como a un perro.

Vi que cualquier esfuerzo era inútil.

—Vamos, dispare —le grité—. Pero yo no me muevo de aquí hasta que me dé el dinero.

Seguramente ella esperaba otra cosa. Vaciló unos instantes, luego se volvió con la rapidez de un gato y levantó el auricular del teléfono. En ese instante agarré una sortija con un brillante que había sobre la mesita de noche y desaparecí.

No oí lo que decía por teléfono, ni si llamaba de veras. Bajé las escaleras a toda prisa y me escurrí por la entrada de servicio. En ese preciso momento pasaba un taxi, lo cogí y di la dirección de la casa de empeños.

—Corra —ordené—. Le doy un pengo de propina.

Solo tenía cincuenta florines. «Da igual», pensé. Con un poco de suerte aún llegaría a tiempo.

El coche pasó a toda velocidad por las calles desiertas. En media hora llegamos a Újpest.

—Espere aquí —dije ante la casa de empeños—. Enseguida vuelvo.

Serían las cinco, la puerta estaba aún cerrada. Apreté el timbre con impaciencia. Debía de ofrecer un aspecto lamentable, porque el viejo portero, que estaba muerto de sueño, me examinó con recelo.

—¿Adónde va?

—A la casa de empeños.

—¿A esta hora? ¿En plena noche?

—Un asunto familiar. Es urgente.

Le extendí el dinero que debía pagarle por abrirme el portal. Hubiera entrado aunque fuera por encima de su cadáver, porque todo me daba lo mismo, ya no me preocupaba nada.

Crucé el patio y llamé a la puerta del prestamista. El viejo con cara de pez acudió en camisa y calzoncillos. Se enfureció al verme.

—¿Cómo te atreves a despertarme? —me gritó con voz gutural.

—Es urgente —aclaré extenuado—. Me manda un huésped.

El viejo abrió sus ojos de lucio llenos de legañas.

—¿Un huésped? ¿Qué huésped?

—Un huésped del hotel —farfullé nervioso, y saqué la sortija del bolsillo.

Cara de Pez la observó y la expresión de su rostro cambió. Me lanzó una mirada sagaz.

—¿Por qué es tan urgente?

—Necesita dinero.

—Hum —gruñó con suspicacia, acercando el brillante a la luz.

—Dese prisa —le dije con impaciencia—. Me espera un taxi.

Sus ojos de pez se clavaron en mí.

—¿Taxi?… ¿Ya vas en taxi?

Sentí que me ponía colorado.

—Lo paga el huésped.

—Hum —dijo algo entre dientes, y me indicó que lo siguiera.

Pasó en silencio por la antesala que olía a cebolla y a través de la puerta trasera me condujo a la casa de empeños. Encendió la luz, se sentó, sacó una lupa y examinó la sortija.

—¿Cuánto quiere el huésped? —preguntó por fin.

Ahora sé que el «huésped» hubiera pedido cuatro o cinco mil pengos, pero entonces yo no tenía ni idea de lo que valía. Esquivé la respuesta.

—¿Cuánto me daría usted, señor?

Cara de Pez no dio su brazo a torcer.

—He preguntado cuánto quiere el huésped.

Pensé que seguramente valdría cien pengos, así que dije:

—Doscientos.

—¿Doscientos?

Esbozó una extraña sonrisa. Pensé que había pedido demasiado.

—Bueno —dije irritado—, entonces deme ciento cincuenta.

—De noche no tengo tanto dinero en casa —contestó, pero en vez de devolverme la sortija, se encaminó a la puerta.

—¿Adónde va? —pregunté.

—A llamar a mi cuñado —gruñó—. Tal vez pueda prestarme algo.

Eso ya no me gustó. Si hubiera hecho caso a mis instintos, le habría arrebatado la sortija y salido corriendo. Pero ¿adónde?, me pregunté. La ciudad aún dormía, las casas de empeño no abrían hasta varias horas más tarde y entonces tal vez no podría salvar a mi madre ni con el legendario tesoro del rey Darío. Además, Cara de Pez no esperó a que yo respondiera, sino que salió sin más. ¿Qué podía hacer? Me encogí de hombros. Daba igual. Ya todo daba igual.

Al cabo de unos minutos el viejo volvió y me lanzó una sonrisa alentadora.

—Enseguida viene.

—¿Trae el dinero?

—Sí.

Al rato, en efecto, sonó el timbre. El viejo salió arrastrando los pies y yo miré el reloj con alivio. Las cinco y cuarto. Seguramente continuarían bailando. En diez minutos estaría en casa.

Pero entonces apareció un policía barrigón con bigote de gato.

—Venga, muévete —me gritó—. Calladito y andando.

—Pero, señor —balbucí desconcertado—, tengo que irme a casa… yo…

—Vas a estar mucho tiempo sin ir a casa —gruñó, y se abalanzó sobre mí echándome encima el aliento de *pálinka*.

—Señor agente —le supliqué reculando—, ¡escúcheme! Mi madre… mi madre…

Un porrazo tremendo, el policía arrastrándome afuera, y lo demás solo lo recuerdo como en un sueño confuso. Rostros curiosos. El portero diciendo que él «enseguida» se había dado cuenta. El chófer vociferando para que le pagara. Cacheos, maldiciones, golpes y más golpes. El policía me mete en el coche con brusquedad. El vehículo avanza a toda prisa y se detiene. Me sacan del coche sin miramientos. Me empujan por una puerta. Escaleras, pasillos, puertas, rostros, uniformes. Me tiran a un despacho. En la pared un reloj. La manecilla de los minutos está sobre el número once. Faltan cinco minutos para las seis. Dentro

siguen bailando *czardas*, los gitanos tocan con frenesí y un tremendo chillido interrumpe la fiesta.

—¿Por qué lloras? —me grita alguien—. Contesta, la madre que te parió, o te hago picadillo.

Volví a la realidad. Tenía delante de mí a un tipo soñoliento, de rostro redondo, que me enseñaba la sortija de la excelentísima señora. Lo miré como si en verdad acabara de volver en mí.

—¿Cómo dice?

—¡No te hagas el idiota, carajo, contesta! ¿De quién es esta sortija?

Se lo dije. El hombre dormido se despertó de inmediato, como si hubiera pronunciado una fórmula mágica. Era un pobre y mísero detective, un funcionario del regio Estado húngaro, y había pocos funcionarios en la regia patria que no desearan tener algún vínculo con Doni. El buen hombre apenas pudo disimular su alegría, seguramente ya se veía ascendido. Lo quiso saber todo sobre sus excelencias, absolutamente todo. Rumiaba como una vaca entrometida, masticaba detalles insignificantes que nada tenían que ver con el asunto y, entretanto, en la pared seguía oyéndose el tictac del reloj. Las seis, las seis y cuarto, las seis y media… Por las escaleras ya bajaban el ataúd.

Finalmente llamó al hotel, pero a la excelentísima señora no le pasaron la llamada. Su excelencia tenía asuntos más importantes de que ocuparse.

—¿A qué hora suele levantarse?

—Hacia las once.

—Entonces continuaremos nuestra charla a esa hora —dijo con una sonrisa maliciosa, e indicó al agente que podía sacarme de allí —. Que lo vuelvan a traer a las once.

¡A las once!… Dios santo… ¡A las once!…

El policía me empujó a una celda pestilente donde se hacinaban los delincuentes con menos pretensiones de la patria. Había una anciana de setenta años que pasaba el rosario moviendo los labios en silencio; una ramera adolescente que con la impasibilidad de un

contable detallaba los pormenores técnicos y comerciales de su oficio; un burgués remilgado que con gesto arrogante y los pantalones subidos alardeaba de sus calcetines de seda y de su superioridad; y un vagabundo harapiento, semidesnudo, cubierto de una capa de mugre renegrida que parecía esmalte. Había un obrero serio, de bigotes entrecanos y con conciencia de clase que se mantenía de pie y en silencio en medio del murmullo de la muchedumbre, y un joven gamberro, altivo y fanfarrón que en el tranvía le había robado dos pengos a un pasajero y ahora se las daba de gran ladrón, como si hubiera saqueado el Banco Nacional.

Todos esperaban a ser interrogados. De vez en cuando se abría la puerta y un policía gritaba algún nombre; entonces alguien atravesaba a duras penas la muchedumbre y salía con el rostro descolorido. Había un bullicio terrible. Junto a mí reñía un joven ladrón de bancos, experto en perforar cajas fuertes, con dos colegas mayores. Echaba pestes de ellos por no adaptarse a los nuevos tiempos, les decía que ya no se podían hacer las cosas así, que él ya los había advertido. Una joven desgreñada lloriqueaba mientras un bebé mamaba de su flácido pecho. Detrás, en secreto, se jugaba al siete y medio, mientras el profeta de una secta prohibida recitaba la Biblia y prometía la llegada inminente de otro diluvio. Luego se oyeron unos chillidos de escándalo porque un borracho había vomitado; todos se apartaron del tipo, que no se tenía en pie, y en medio de la estampida a una mujer le dio un ataque de histeria. Soltando espumarajos, la emprendió a golpes contra la puerta pidiendo que la dejaran salir, que se ahogaba. Entonces entró un policía y le dio una buena zurra con la porra, lo que la hizo callar.

Poco a poco llegó la mañana. Por la ventana empezó a filtrarse una luz verde grisácea, como de aguas fecales. El reventador de cajas fuertes se quedó dormido de pie, apoyándose en mí y roncando suavemente.

De pronto tuve la desagradable sensación de ser espiado. Al fondo de la celda había tres muchachos con aspecto de aprendiz; hasta entonces no los había visto entre aquel hervidero de gente. Al

observarlos desviaron la mirada, pero de un modo u otro surgió entre nosotros un contacto vago e inquietante, alguna relación que no puede explicarse con palabras, una especie de corriente eléctrica, como entre antenas que funcionan en la misma onda. Eran unos chicos reservados y serios, como eran en Hungría los proletarios de menos de veinte años, a los que todavía no habían quitado la capacidad de asombro a fuerza de golpes. Los observaba con el rabillo del ojo, disimuladamente, como solía hacer con los huéspedes del hotel, y a veces me daba cuenta de que ellos también me miraban a hurtadillas. Más tarde comentaron algo entre susurros y uno se me acercó.

—¿Camarada? —preguntó en voz baja.

La palabra me provocó un calor placentero.

—Sí —asentí.

El muchacho me extendió la mano y nos sonreímos.

—¿Cuándo te detuvieron?

—Esta madrugada.

—A nosotros también —musitó—. Llevábamos panfletos. ¿Tú también estás en la clandestinidad?

—No.

—¿Entonces?

Me ruboricé. Nunca antes había sentido tanta vergüenza.

—Pues… una sortija… —balbucí—. Necesitaba el dinero y…

El rostro del joven cambió repentinamente y no pude terminar la frase. Me atraganté con las palabras, no fui capaz de continuar. Él no preguntó nada, se quedó un rato a mi lado. Luego volvió sin chistar con sus compañeros. Sabía que hablaban de mí y no me atreví a mirarlos.

Me quedé allí como si acabaran de leer mi sentencia. Hasta entonces no me sentía culpable, del mismo modo que el soldado tampoco se siente culpable cuando el enemigo lo hace prisionero. Hay lucha de clases y soy un soldado del proletariado: hasta entonces lo había visto así. Pero de repente desperté a la realidad. ¿Soldado del proletariado?… Eso eran palabras mayores. La

realidad era muy distinta, más humilde, como estos muchachos proletarios reservados y serios que por las noches repartían octavillas y soportaban la humillación, la cárcel, los horrores para luego volver a empezar. Sí, ellos sí son soldados del proletariado. Ellos han luchado, han hecho algo, pero tú… tú has robado. Ellos han llegado a la cárcel como prisioneros de guerra a los que el enemigo ha capturado en las trincheras, pero tú… tú no eres más que un ladrón cualquiera al que han pillado con las manos en la masa, un delincuente gris, miserable, de pacotilla. Me odiaba, y a ellos también, odiaba al mundo entero.

—¡No te apoyes en mí! —le gruñí al experto en cajas fuertes y lo empujé con tremenda furia.

Fue la gota que colmó el vaso; ya no era responsable de mis actos. El pobre hombre, al que acababa de despertar, no dejó la afrenta sin respuesta, se puso chulo, y entonces le di tal puñetazo que le empezó a sangrar la nariz.

En ese instante se abrió la puerta y el policía gritó mi nombre. «¡Vamos —me dije—, también te voy a dar a ti, Cararredonda! ¡Ahora me cargo a todo el mundo! Ya todo da lo mismo».

Sin embargo, Cararredonda me recibió con una sonrisa.

—Anda, sinvergüenza —dijo—, tienes una suerte que no te la mereces.

No entendí a qué se refería, observé su sonrisa con recelo.

—¿Suerte?… ¿Cómo que suerte?

—Pues que su excelencia no quiere meterse en asuntos sucios. Me pidió que te dejara libre.

No quería dar crédito a lo que oía.

—¿Me sueltan? —pregunté muy excitado.

—Con una condición —apuntó—. Solo si prometes no volver a cruzar el umbral del hotel.

—Sí, señor —balbucí.

—¿Me lo prometes?

—Se lo prometo.

—Bien —y asintió con la cabeza—, entonces ya puedes irte. Pero si te atreves a presentarte otra vez en el hotel, la excelentísima señora te echará el guante. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Entonces, ¡lárgate!

No me lo tuvo que decir dos veces. Me largué y no me detuve hasta llegar a casa.

A medida que me acercaba al del edificio caminaba más despacio y el corazón me latía más rápido.

La zona estaba desierta y el edificio se acurrucaba como un camello solitario en un mar de solares abandonados. Delante del portal había una carretilla con muebles viejos y decrépitos.

Tres chiquillos andrajosos se afanaban alrededor de la carretilla. Un hombre, posiblemente su padre, cargaba a cuestas una mesa hacia el portal. Se trasladaban. A nuestro piso.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó ya con la seguridad del inquilino el menor de los chiquillos, que tendría unos cinco años y tuberculosis.

No le contesté. Ahora odiaba incluso a ese chiquillo de cinco años. ¡Se mudaban a nuestro piso!

—Vivo aquí —afirmó el chiquillo con orgullo—. ¿No se lo cree?

—Vete al cuerno —le espeté y observé nervioso el portal para ver si estaba el portero.

—Le juro que vivo aquí —insistió el niño—. Porque el tranvía le cortó la pierna a mi madre y le dieron trescientos pengos, y ahora somos ricos y ya no tenemos que dormir bajo los arbustos. Yo esta misma noche dormiré en una habitación. ¿No se lo cree?

—Sí —dije avergonzado, sin dejar de observar la entrada—. ¿Conoces al portero?

—¿A ese tipo grandote y pelirrojo?

—Sí, a ese. Vamos, entra y mira si está. Pero no digas que te he enviado yo.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa cómplice, y entró corriendo. Un minuto después ya lo tenía delante resoplando:

—No está.

Subí subrepticiamente al primer piso y llamé a la puerta del sabatario. Me abrió despeinado, con los ojos legañosos, pero al verme se despejó de un modo alarmante. Su mirada zigzagueaba, su rostro palideció bajo la barba bermeja.

—Buenos días, Béla.

—Buenos días, tío Áron.

Después callamos. Evidentemente esperaba que hablara yo, y yo me quedé mirando su cara asustada sin poder decir nada.

—¿Ah, vienes del San Roque? —preguntó al fin.

—¿De dónde?

—Bueno, no te asustes tanto —dijo con precipitación—. Aún estaba viva cuando la metieron en la ambulancia. Te juro que estaba viva. Estaba a su lado.

—¿Qué pasó?

—¿Es que no lo sabes?

—No.

El sabatario tragó saliva. Luego dijo:

—Se tiró al patio.

—¿Desde el tercer piso?

—Sí.

—¡Dios santo!

El tío Áron me agarró del brazo, me hizo sentarme y salió a por agua. Pero cuando volvió yo ya estaba otra vez de pie.

—¿Mi padre está en el hospital?

—No.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. Se fugó de los polizontes.

—¿Querían detenerlo?

—Sí. Lo denunció el portero. Aún estábamos de fiesta, bebiendo, cuando se nos echaron encima. El poli ya estaba delante de él cuando inesperadamente se fundió la bombilla. Cuando lograron hacer algo de luz ya había desaparecido.

—¿Ni siquiera sabe qué le pasó a mi madre?

—No. Eso fue después. En medio del caos de repente oímos un tremendo chillido y…

No terminó la frase. Se quedó con los ojos clavados en el suelo, meneando su flaca cabeza de Cristo. Fuera se oían los gritos del portero, reñía con el nuevo inquilino, por desconchar la pared al subir los muebles.

El tío Áron me miró.

—¿Tienes donde pasar la noche?

—No.

—Pero aquí no puedes quedarte. El portero también te haría detener.

—Claro. Ya lo sé.

Volvió el silencio. El tío Áron se acercó al armario, abrió un cajón y rebuscó en él. Luego se acercó y me colocó dos pengos en la mano.

—Es todo lo que tengo —dijo en voz queda—. Cuánta miseria. Que Dios te bendiga, hijo.

—Que Dios le bendiga, tío Áron —musité, pero seguí allí sin poder moverme.

—Tienes que irte —dijo—. Si llegas tarde no te dejarán entrar en el hospital.

Así que me fui. Las piernas aún me funcionaban, pero la cabeza ya no. No me queda ningún recuerdo de aquel camino. No sé cómo llegué al hospital, tampoco entonces lo supe. De pronto estaba allí, en el cubículo del médico de guardia donde aquella madrugada habíamos esperado tanto tiempo con mi padre. Ahora no tuve que esperar.

—Murió en la ambulancia —dijo el médico—. Si quiere, pueda verla abajo, en la morgue.

—Sí —asentí, y como si hubiera dicho algo sumamente gracioso, me eché a reír.

Luego perdí el conocimiento.

16

Al recobrar la conciencia, el médico me colocó delante un recibo.

—Fírmelo.

—Sí, señor.

El recibo era por «los bienes personales de la difunta». Tenía que dar mi visto bueno a que lo había recibido todo en orden y que no presentaría ninguna demanda. El médico me entregó un diminuto sobre con todos los «los bienes personales de la difunta»: una fina cadena de oro, una cruz gastada. Mi madre la había recibido de mi abuela, mi abuela de mi bisabuela y mi bisabuela… ¿quién sabe? Era una cruz antigua, la había llevado mucha gente. Ahora me tocaba a mí. Me la había legado a cambio de un recibo. ¿Y no podía presentar ninguna demanda?

El médico se impacientaba.

—Bien —preguntó—. ¿Todo en orden?

¿En orden?… No contesté. Salí lentamente; llevaba la cruz, que se iba calentando en mi mano, en el puño. No, señor doctor, nada está en orden. Nada lo está en este mundo.

En la calle miraba a la gente bien vestida como si fueran mis enemigos mortales. Allí dentro yacía mi madre muerta, aquí fuera sus asesinos vivían a sus anchas. ¿Y no podía presentar ninguna demanda?

Miré a la ciudad con ojos furibundos. Era un día hermoso, despejado. El cielo era azul, la hierba verdeaba, los perros ladraban, los pobres pasaban hambre y, en general, todo estaba en perfecto orden. El que podía aguantar, lo hacía, y el que no se tiraba al vacío.

La riqueza movía su gordo trasero y las manos enfundadas en guantes blancos de los policías descansaban en la pistolera. En la ciudad reinaba el orden y el silencio. La vida giraba en su órbita definida, como un planeta desconocido al que no afectan las ordinarias leyes de la existencia terrenal.

Miraba ese orden fino y señorial y me acordé de aquella mañana añil de primavera en que Gyula se quitó la vida con un cuchillo de matar cerdos. En el hotel también reinaba un orden fino y señorial. La mayoría del personal no sabía qué había pasado con Gyula, y los que sí, preferían callarse, pues no convenía entrometerse en los asuntos de los demás ni meterse con los peces gordos. Sacaron el cadáver desangrado a escondidas, por la puerta de atrás, y luego volvieron a servir a los huéspedes y callaron. Todo el mundo callaba y, entretanto, el país se desangraba.

Me estremecí, debía de tener fiebre. Mareado, me desplomé sobre un banco; tenía escalofríos. Detrás de mí, en la terraza de una cafetería un grupo de personas se reía. Una voz me resultó familiar, me volví automáticamente. Era el conde de mi pueblo. Nuestras miradas se cruzaron, pero el señor conde no me reconoció. Tampoco me habría reconocido si hubiera ido hacia él, porque los condes no conocen a sus campesinos. «Pero yo te conozco —me dije—, yo te conozco. Berci murió porque a su padre le pagabas un jornal más bajo de lo que pagarías aquí por una comida. Berci iba descalzo a la escuela en tiempo de heladas, y le sonaban tan fuerte las tripas que, cuando en clase hacíamos los deberes en silencio, se oían perfectamente. Pero te ríes porque tu conciencia está limpia. Sabes que ningún tribunal húngaro te declarará culpable. Eres inocente y ríes. Anda, sigue así. Ya estoy viendo tu cabeza risueña en una estaca. Ya veo al nuevo György Dózsa conduciendo a los campesinos rebeldes contra los palacios de los condes. Entonces rodarán cabezas y…».

Me pareció haber oído la frase. Rodarán cabezas… ¿Quién la había dicho? A ver. ¿El Sabueso? No, mejor dicho… sí. Citaba a Hitler. ¿Y ahora estaba yo diciendo lo mismo que Hitler?

En mi interior se produjo un silencio atroz. No pude sostener la cabeza erguida. Me cayó sobre el pecho, los ojos se me cerraron. Me despertó un policía zarandeándome.

—¡Aquí no se puede dormir! —ladró—. Si quieres dormir, vete a casa.

—¿A casa…?

Me eché a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada —farfullé, y me alejé en silencio.

Los dientes me castañeteaban por la fiebre. ¿Adónde voy?… Me habían echado de casa. Me habían echado del hotel. Y aquel policía ni siquiera consentía que me sentara en el banco.

¿Sería siempre así? Sí, así sería. Y peor aún. Hasta ahora tenía techo, tenía trabajo, objetivos, hogar, y si pasaba hambre la compartía con mis padres. Pero ¿ahora?… Mi madre en la morgue, Elemér en la cárcel, mi padre, ¿quién sabe dónde? ¿Adónde podía ir? ¿A quién podía dirigirme? ¿Al Sabueso, tal vez? Pues sí, él al menos me ofrecía esperanzas. Pronto se crearía el Partido Nacionalsocialista y allí podría llegar muy alto. Lo malo era que algún día se daría cuenta de que había calibrado mal mis dotes de Judas y entonces me colocaría en la lista negra y, aunque lo hubiera, nunca más me darían trabajo.

¿Qué me quedaba? El parque Népliget, el delito y la lenta perdición. ¿Cómo había dicho Menyhért? «En un mundo como el nuestro, solo hay dos alternativas: hacerse revolucionario o sinvergüenza». Sí, si no hubieran detenido a Imre… Si pudiera luchar por algo mejor y más justo. Pero ¿así?… No tengo objetivos. Tengo diecisiete años y ya he estado dos veces en la cárcel. He robado y he estado a punto de matar a una persona. ¿A qué espero? ¿No sería mejor arrojarme al vacío?

—¡No! —dije en voz tan alta que los peatones volvieron la cabeza—. ¡No, no y no!

No soy un ladrón. No soy un asesino. ¿Por qué condenarme a muerte? Los asesinos son ellos y no dejaré que me quiten de en

medio, como se suele hacer con los testigos incómodos. Viviré, viviré porque sí, seré el acusador y el testigo y ¡no abriré el puño mientras al mundo no se le abran los ojos!

Deja la perorata, decía en mi interior el sentido común del campesino. ¿Qué significan acusador, testigo y puño? Cuando tengas mucho sueño, tú también te irás al parque Népliget, porque no puedes evitar dormir, y cuando tengas mucha hambre, tú también robarás, porque no se puede evitar comer. ¿Pretendes cambiar el mundo? Vamos. No digas tonterías.

¿Digo tonterías?… ¿Quién sabe? Desde que el mundo es mundo, las manzanas caían del árbol y todos lo consideraban natural. Entonces llegó un caballero, un tal Isaac Newton, y planteó la pregunta: ¿por qué tiene que caerse la manzana del árbol? No digas tonterías, le soltaron entonces los conformistas que se resignan al estado actual de las cosas. Pero hoy en día hasta el profesor de física más viejo enseña lo que se desprende de aquella pregunta tan tonta.

Pues, estimados contemporáneos, yo no me resigno. Ayer me sacudieron del árbol de la sociedad y yo, como manzana caída y siguiendo las reglas, debería rodar por la pendiente para terminar pudriéndome en la cuneta. Pero, señoras y señores, yo no soy una manzana así. Yo me rebelo contra el árbol y le pego un mordisco a su tronco podrido, y si es necesario desenterraré sus raíces con las uñas. A mí no me doblegaréis tan fácilmente. No iré al parque Népliget. No robaré. No, no me perderé.

«¿Y que harás entonces?», preguntó mi sentido común, y siguió un silencio tremendo. Me detuve, estuve varios minutos parado; en aquel rato se decidió el rumbo de mi vida.

De repente oí mi propia voz.

—¡Me largo de aquí!

Debí de decirlo en voz alta, porque alguien volvió la cabeza y se echó a reír. «Reíd —me dije—. Vosotros sois listos y estáis cuerdos, lo sabéis todo, os guiáis por los hechos. Pero yo creo en algo y eso vale más. No me pudriré por estar entre vosotros. Me voy de aquí,

porque mi patria está donde la gente como Elemér viva en libertad y donde los asesinos estén en la cárcel».

Caminaba más y más rápido, como si temiera no dar alcance a mis propios pensamientos. Pasé varias horas andando así, casi en éxtasis. Entretanto, el cielo se había encapotado, un chaparrón azotaba las calles, pero yo seguía paseando. Ya debía de tener mucha fiebre. Sudaba copiosamente, ardía, me sacudían los escalofríos y tenía la sensación de que no caminaba pisando la acera sino unos centímetros por encima de ella.

De pronto me vi a orillas del Danubio. Me detuve como un gato mojado bajo el chubasco y me quedé mirando el barco de Viena sin moverme. Mañana por la mañana ya estaría en Austria, y de ahí saldrían más barcos.

Si pudiera subir a bordo… Si pudiera irme en él…

Me asaltó el crudo olor a aventura del humo del barco, y volvió a envolverme el viejo hechizo de mi infancia, cuando el viento transportaba el olor del humo de la locomotora. Irme de aquí, irme de aquí, cantaba en mi alma el antiguo deseo. Escapar del destino que me había sido deparado. Buscar los huevos de Pascua de la felicidad que el Dios de los cuentos había escondido para mí en alguna parte.

Las palabras me zumbaban en la cabeza. Eran palabras extrañas, mágicas, como si abejas de otro mundo almacenaran en mí su miel dulce y amarga. Llevaba treinta y seis horas sin pegar ojo, veinticuatro horas sin probar bocado, tendría cuarenta grados de fiebre y, en lugar de buscarme un rincón seco para cobijarme como un perro enfermo, seguía parado bajo la lluvia y el viento, escribiendo un poema sobre los huevos de Pascua de la felicidad que un Dios juguetón había escondido de tal forma que, para encontrarlos, había que dar rodeos hasta ir a parar al cementerio.

Ya no pensaba en nada más que en ese poema cuando sucedió algo inesperado. Me pareció un milagro, aunque fue un hecho de lo más cotidiano. Un chiquillo que vendía periódicos subió al barco.

—¡*Diario de las Ocho, El Mensajero, Hungría*! —gritó, y los vigilantes lo dejaron subir sin más.

En ese instante eché a correr. Me llevó el instinto de vivir, la desesperación o alguna otra cosa, algo más enigmático que no puede expresarse con palabras. Con todo el dinero que tenía compré unos periódicos y luego, pies para que os quiero, volví a la orilla.

—¡*Diario de las Ocho, El Mensajero, Hungría*! —yo también grité el nombre de los vespertinos y de pronto me encontré a bordo del barco.

Iba ofreciendo los periódicos a grito pelado y, mientras, trataba de orientarme. Recorría pasillos estrechos y tenebrosos, ni yo mismo sabía adónde conducían. Era la primera vez en mi vida que estaba a bordo de un barco de verdad, ignoraba dónde estaban las cosas y qué finalidad tenían. Corría resoplando, con el corazón palpitando, por un sinfín de escaleras, pasillos y cubiertas, como si realmente estuviera buscando el huevo de Pascua de la felicidad. La nave me pareció inmensa, y sin embargo, no lograba encontrar en ella ni un diminuto lugar donde esconderme del mundo hostil.

De repente tocaron una campana y ordenaron a todos los que no viajaban que se bajaran del barco. Corrí como un loco para poder escapar, pero por fin me agarró un marinero.

—¿Es que estás sordo? —me gritó—. ¿Acaso no te has enterado de que vamos a zarpar? ¡Lárgate!

—Sí, señor —contesté, pero me dije: «Vas listo».

En cuanto se dio la vuelta, giré sobre mis talones y eché a correr como alma que lleva el diablo. «¡Irme de aquí! —gritaba para mis adentros—. ¡Irme de aquí!». El dinero que tenía en el bolsillo no alcanzaba ni para llegar al pueblo más próximo, pero parece que no solo nos lleva lo que tenemos en el bolsillo. Me invadió una maravillosa sensación de seguridad, la fuerza y el equilibrio misteriosos que guían a los sonámbulos por los tejados. Era una especie de embriaguez sobria, un éxtasis sereno que hasta entonces solo había sentido al escribir. Sabía que había llegado el

momento y que no debía detenerme mientras oyera la melodía, que tenía que encontrar la rima de la vida antes de que se pasaran la fiebre y el hechizo.

Ya había sonado la tercera señal cuando llegué a cubierta. Miré alrededor. Nadie a la vista. El chubasco de gruesas gotas golpeaba ruidosamente la cubierta, tenía que sujetarme una y otra vez para no ser arrastrado por el viento. El ancla ya se levaba chirriando en la proa de la nave, el capitán llegaría en cualquier instante al puente de mando y yo, claro está, sabía que en cubierta llamaría la atención. Me dirigía hacia unas escaleras para bajar cuando vi que por una de las chimeneas no salía humo. El corazón me dio un vuelco. Constaté que no era una chimenea de verdad, que solo la habían construido al lado de la otra por cuestión de simetría. Casi grité de alegría.

¿Sonríen? Aquella noche me daría cuenta, por desgracia, de que otros también habían descubierto aquella peculiaridad de la construcción naval, pero en ese momento no tenía ni idea y me metí en ella con la inocencia de los ignorantes. Era más estrecha de lo que me había imaginado, a duras penas logré introducirme en ella. Estiraba el cuello como una jirafa, hacía esfuerzos para no ahogarme. Al cabo de unos minutos tuve que meter hasta la cabeza, porque en el puente de mando aparecieron dos hombres en impermeable y la chimenea quedaba justamente enfrente de ellos. Pero ¡qué me importaba! Noté que el suelo empezaba a temblar bajo mis pies. Se oyó el estruendo de la sirena, que bramaba como un animal feliz, y abajo, en alguna parte, una banda tocaba *La marcha Rákóczi*. El barco zarpó y yo estaba en él.

Me sentía plenamente seguro. Tras tanta tensión, mis nervios se relajaron, me invadió una serenidad plácida y reposada. La fiebre me arropó y dormí varias horas con la certeza de que hasta Viena ya no me podía pasar nada malo.

Pero me despertó una sensación de sofoco. Sobre la cabeza me cayó algo voluminoso y pesado que taponó el conducto. Mi primera reacción instintiva fue empujarlo fuera, pero en el estrecho tubo no

podía ni moverme y cuando me percaté de la situación, ya no me atreví. Sentía que tenía sobre la cabeza un bulto y, aunque no entendía de navegación fluvial ni marítima, sospechaba que los bultos no solían guardarse en las chimeneas. ¿Quién lo habría puesto allí? ¿Y por qué?

Tal vez hubiera alguien fuera observándome.

Temía morir asfixiado, pero no me atreví a moverme. No sé cuánto tiempo pasé así; en un aprieto cada minuto dura sesenta infiernos.

De pronto oí rumor de pasos.

—¡Aquí está! —susurró la voz de un hombre justo delante de mí.

—Sácalo —susurró el otro—. El aduanero seguro que mirará aquí. En la cocina hay un sitio, donde…

No oí el resto. El bulto y los dos hombres desaparecieron. Engullí el aire fresco a bocanadas.

Era una noche oscura como boca de lobo. Había dejado de llover, en la chimenea silbaba un viento húmedo con olor a pescado, encima de mí negreaba un cielo sin estrellas. ¿Dónde estábamos…? Ahora ya sabía que debía encontrar un escondrijo mejor antes de llegar a la frontera. Pero ¿cómo salir de allí?

Me asomé con sumo cuidado. El capitán caminaba de un lado a otro por el puente con los brazos cruzados detrás del cuerpo. Volví a esconderme.

Otra vez pasaron minutos que parecían horas. De vez en cuando oía la voz del capitán dando órdenes por la bocina, luego volvía el silencio. Debajo de mí rugía el Danubio, por encima de mí ululaba el viento. No tenía la menor de idea de dónde estábamos, cuánto tiempo había dormido, qué hora era.

De súbito aulló la sirena y el barco aminoró la marcha. Se sucedían órdenes, ajetreo, se oía el ruido de pasos en cubierta. Atracamos.

—¡Gönyä! —gritó una voz—. ¡Control fronterizo!

Se me paró el corazón. Sabía que allí se decidiría todo. O salía de allí y superaba de alguna manera los controles de la frontera, o…

No me atreví a continuar ese razonamiento. Si me llevan de vuelta por la fuerza y tengo que empezar todo de nuevo… no, no y no. Antes saltar al Danubio, degollar al guardia de frontera, antes…

Entonces algo me llamó la atención. La cubierta se había tranquilizado. Me quedé un rato escuchando sin respirar y luego me asomé por el extremo de la chimenea. Silencio, oscuridad, no había nadie en ninguna parte. Salí, pero mis pies aún no habían tocado el suelo cuando oí voces desde una de las escaleras.

Me tumbé boca abajo. Al otro lado también había una escalera; me arrastré hacia ella, rápido y sin hacer ruido. Solo me atreví a mirar atrás cuando la alcancé. Por la oscura cubierta se movían sombras uniformadas.

Me esfumé. La escalera conducía a la proa del banco, allí no me crucé con nadie. Pero el pasillo estaba bastante concurrido y noté asustado que todos los que pasaban a mi lado se me quedaban mirando.

No entendí qué pasaba. Huyendo de las miradas curiosas, buscaba un hueco oscuro donde esconderme, pero en vez de eso me topé con un iluminado salón de primera clase. Enfrente de mí colgaba un espejo y casi me caigo al verme. Tenía todo el rostro tiznado, la ropa llena de barro, los pantalones se me habían rajado y asomaban los calzoncillos.

Los ciudadanos de primera clase de la patria, sentados en sofás de terciopelo rojo, se quedaron pasmados al verme.

—Disculpen —balbucí con torpeza, y salí mareado.

Fuera ya no pude dominarme. El pánico se adueñó de mí, eché a correr. Bajé por la primera escalera que encontré, huyendo de la luz, para llegar cuanto más hondo mejor.

De pronto me encontré en las entrañas del barco, en un pasillo estrecho, manchado de hollín y mal iluminado. Cerca de mí zumbaban dinamos y en el aire se percibía el aliento cálido y excitado de las calderas. Bajo la planta de los pies tremolaba una estrecha pasarela de hierro y en mis manos la barandilla de acero caliente palpitaba como si fuera el pulso del barco. No, allí no había

alfombras ni arañas de cristal ni monóculos ni indiferencia. Allí la realidad tangible y fiable yacía con las ingles descubiertas y desde su oscuro útero traía al mundo la luz, el calor y la fuerza.

Ese era mi mundo. Me tranquilicé un poco. Las máquinas rugían y zumbaban, todo traqueteaba, se estremecía y temblaba, y sin embargo, de alguna manera, todo era más agradable. Miré alrededor. No había nadie cerca. Los operarios, tal vez, hacían una pausa. Al otro lado de la puerta se oía el entrechocar de cacharros.

Avancé de puntillas. En la sala de máquinas no había nadie. Al pasar por delante de esta vi un grifo junto a la puerta. Allí podría lavarme, pensé, y volví a mirar alrededor. No vi a nadie, solo se oía el zumbido monótono de las máquinas. Me acerqué al grifo y metí la cabeza bajo el agua. En ese instante se abrió la puerta de enfrente.

Tenía ante mí a un maquinista joven. Me dijo algo que no entendí. Hablaba en lengua extranjera. «Claro, es un barco austríaco», pensé, y quise escapar corriendo. Pero entonces el maquinista me sonrió y me lanzó una toalla.

Lo miré sorprendido. ¿Pensará que soy del barco? No, no puede ser, ya que sin duda alguna conoce a todos los que trabajan aquí abajo, y los demás llevan uniforme. Entonces, ¿por qué sonríe?

Me sequé rápido y nervioso. El maquinista seguía parado frente a mí sin dejar de sonreír. Tenía un rostro agradable y sencillo. ¿Qué pensará? Tiene que saber que estoy en un aprieto. ¿Pensará, al igual que Elemér, que los proletarios deben ayudarse entre ellos? ¿O solo sonríe como hizo Cara de Pez, y terminará entregándome a la policía?

Entonces el maquinista volvió a hablar, pero ahora le entendí porque también hablaba con los ojos. Lanzó una mirada rápida y llena de significado hacia la ventana que daba al pasillo y yo seguí sus ojos asustado. Eran los guardias de frontera austríacos, que se acercaban.

El maquinista, sin decir nada, me indicó una puerta lateral y yo salí corriendo.

—Gracias —musité, y él también murmuró algo.

La puerta daba al depósito de carbón, en el que dos hombres semidesnudos trabajaban paleando. Me miraron, pero no dijeron nada, y yo seguí corriendo por aquel laberinto de almacenes, depósitos de herramientas y pasillos.

Al fin encontré la escalera. Subí por ella y llegué al mismo sitio de donde había salido. Casi me topé con los guardias de frontera húngaros.

Tuve suerte. Aquello sucedió en la proa del barco, donde convergían dos pasillos paralelos. Yo iba por el final del de la derecha cuando en las escaleras vi asomarse los pantalones de un aduanero que bajaba de la cubierta. Me dio tiempo a esconderme y ellos siguieron su camino por el otro pasillo. Ya han terminado la inspección arriba, constaté, y subí por la escalera.

No había nadie, así que volví a esconderme en la chimenea. Solo entonces me acordé de que, quizá, los austríacos aún no habían examinado la cubierta y que en ese caso me descubrirían. Quise salir, pero ya era tarde. Oí rumor de pasos. Ya me veía entre dos hombres armados que me obligaban a bajar del barco cuando de pronto bramó la sirena.

—En marcha —oí la voz de capitán, y noté que el barco se ponía en movimiento.

Me asomé. Lenta, casi imperceptiblemente nos alejamos de la orilla húngara. El jefe del puerto saludó al barco y se apagaron las luces encima del minúsculo punto de control en tierra.

Sería medianoche. Hungría dormía. Europa dormía. El mundo entero dormía. El número de desocupados aumentaba, Hungría servía de escenario para las operetas y el mundo cantaba con añoranza al bello Danubio azul, que discurría entre la Selva Negra y el mar Negro y por el que a un compás de tres por cuatro flotaban cadáveres de suicidas.

El barco viró lentamente en la oscuridad de la noche. Pensé en el maquinista sonriente. Ahora estaría ante una palanca, esperando la orden para accionarla. Sí, allí abajo, en la profundidad, ya habían vuelto al trabajo.

—En marcha —repitieron desde el puente de mando—. ¡A toda máquina!

Nueva York, 1947

JÁNOS SZÉKELY (Budapest, Hungría, 7 de julio de 1901 - Berlín Oriental, RDA, 16 de diciembre de 1958). Poeta, escritor, dramaturgo y guionista húngaro.

Entre 1923 y 1958 escribió casi una veintena de guiones firmados bajo diversos seudonimos: John Pen, Hans Székely y John S. Toldy. En 1940 obtuvo el premio Oscar al Mejor guión, junto con el también guionista Benjamin Glazer, por su trabajo en la película *Arisa, My Love*.

En 1935 comenzó la redacción de la que sería su obra maestra, la novela autobiográfica *Tentación*, que se publicó en 1949 bajo su seudónimo de John Pen.

Víctima de la caza de brujas maccarthista, Székely se vio obligado a trasladarse primero a México y luego a Alemania.

Notas

[1] Nombre con que se conocía la moneda de cobre de dos florines. (N. de la T.). <<

[2] Movimiento paramilitar para dar a los jóvenes de doce a veintiún años una formación patriótica. (N. de la T.). <<

[3] Grupo étnico de lengua húngara residente en Transilvania. (N. de la T.). <<

[4] Palabra con la que los judíos designan a los que no lo son. (N. de la T.). <<